

Los inconformistas del Centenario

Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)

Autor:

Stefanoni, Pablo

Tutor:

Altamirano, Carlos

2014

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Posgrado

Los inconformistas del Centenario
Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis
(1925-1939)

TESIS DOCTORAL DE PABLO ANTONIO STEFANONI
(D.N.I. 22.544.925)

DIRECTOR: CARLOS ALTAMIRANO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

2014

Índice

Introducción general	5
----------------------------	---

PRIMERA PARTE: UNA NACIÓN MÁS ANCHA

La Bolivia del Centenario y la irrupción de la cuestión social

Introducción.....	24
Capítulo 1. El Centenario como realidad y como ilusión	28
Capítulo 2. Cuando la “cuestión social” se politiza: redes de difusión de la idea socialista.....	51
Capítulo 3. “Ni dioses en el cielo ni amos en la tierra”: Intelectuales, caciques y obreros en la batalla por las ideas.....	80
Conclusiones.....	122

SEGUNDA PARTE. UNA NACIÓN ESQUIVA

Comunismo, indianismo, feminismo: nuevas sensibilidades en tiempos de guerra

Introducción.....	126
Capítulo 4. La Internacional Comunista “descubre América”, ¿y Bolivia?.....	133
Capítulo 5. “Guerra a la guerra”: pacifismo, antiimperialismo y antifascismo.....	177

Capítulo 6. Indianismo y nación... en clave vitalista.....	192
Capítulo 7. Ciudadanía, sufragio y sotasas: mujeres inconformistas en la disputa por la nación.....	237
Conclusiones.....	261

TERCERA PARTE. ¿UNA NACIÓN MÁS DENSA?

El socialismo como salvación nacional

Introducción.....	265
Capítulo 8. El socialismo militar en la postguerra: la respuesta funcional a la nación liberal.....	271
Capítulo 9. Rejuvenecer la nación: ¿socialismo nacional o nacionalsocialismo?.....	300
Conclusiones	366
CONCLUSIONES GENERALES.....	369
AGRADECIMIENTOS.....	379
BIBLIOGRAFÍA.....	381

***“Yo os digo con Renan: ‘La juventud es el descubrimiento
de un horizonte inmenso, que es la Vida’***

(José Enrique Rodó, *Ariel*, 1900)

***“Un joven puede ser comunista, fascista, cualquier cosa menos tener viejas ideas
liberales [...] Los jóvenes queremos para la política, como hemos querido para el
arte, ideas actuales, de hoy, con el perfil y el carácter de nuestra época”***

(César Arconada, escritor español, 1928).

INTRODUCCIÓN GENERAL

Especificación del tema

Esta investigación se propone indagar sobre el entramado de discursos, debates, redes de sociabilidad y transformaciones políticas en el que se disputó el sentido de la nación boliviana desde el Centenario de la República, en 1925, hasta el final del llamado “socialismo militar”, en 1939. El trabajo se enmarca en la historia intelectual, a la cual, parafraseando a José Sazbón, podemos considerar un campo de estudios crecientemente reformado y “hospitalario”, en parte por una atenuación de cánones y fronteras¹. O, en palabras de Carlos Altamirano, una subdisciplina, donde –al igual que en el campo de la historia en su conjunto– “reina también la dispersión teórica y la pluralización de criterios para recortar objetos”, y se busca comunicar historia política, historia de las élites culturales y un análisis histórico de la “literatura de ideas”². A su vez, Martin Jay planteó el potencial de la historia intelectual como un campo de fuerza entre diferentes impulsos, en un momento en el que ya no se puede pretender tener el “viento de la historia en las velas”: “el viento ha sido eliminado no sólo de las narrativas marxistas de la historia sino también de la idea misma de narrativa rectora”³.

¹ José Sazbón, *Historia y representación*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, p. 9.

² Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 13-14. Sobre el recorrido de la historia intelectual en las últimas décadas, *cfr.* Anthony Grafton, “La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000 y más allá”, *Prismas, Revista de historia intelectual*, N° 11, 2007, pp. 123-148.

³ Martin Jay, *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires, Paidós, 2003 [1993], p. 14. Jay explica su visión de la historia intelectual: “Juzgada a menudo como un híbrido entre la filosofía, la historia de los intelectuales y sus instituciones y la historia cultural en un sentido amplio, la historia intelectual ha sido acusada de no cumplir bien ninguna de las tareas de estas disciplinas. Su modo de manipular las ideas rara vez es lo suficientemente riguroso para el filósofo profesional; la atención que presta al contexto con frecuencia es demasiado superficial para satisfacer a los sociólogos del conocimiento, y el persistente interés que manifiesta por la cultura de elite ofende las sensibilidades antijerárquicas de muchos historiadores de la cultura [...] A veces se la acusa [...] de poner a hervir la olla sin cocer bien ninguno de los ingredientes. Sin embargo, bien podría ser una fuerza oculta de la historia intelectual el hecho de que ésta opere en la cambiante intersección de diferentes discursos a menudo en conflicto. Consciente de la deuda que el pensamiento actual tiene con el pasado, la historia intelectual elude la falacia de pensar que la originalidad es siempre una virtud evidente por sí misma. Antes que desmerecer el ‘mero’ comentario y considerarlo inferior a la innovación creadora, esta

El *corpus* de esta investigación se basó en obras publicadas en el periodo estudiado –enmarcadas en la “literatura de ideas”–, en la lectura de periódicos, revistas, documentos oficiales y privados, y folletos donde se discutió el devenir de la nación y se disputó el sentido del socialismo –en tanto ideología de salvación nacional– en la Bolivia de los años veinte y treinta. Pero a su vez, el trabajo de archivo nos proveyó de cartas que, sumadas a la lectura de memorias, nos permitió reconstruir biografías intelectuales y círculos de sociabilidad. Finalmente, trabajamos sobre documentos históricos reunidos en fondos personales así como en la correspondencia oficial relevada en archivos de Bolivia y Argentina, y en los debates parlamentarios, especialmente los de la Convención Constituyente de 1938. Gracias al generoso apoyo de Andrey Schelchkov pudimos acceder también a documentación desclasificada de la Internacional Comunista presente en el Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica. En gran medida nos “dejamos llevar” por los materiales sin olvidar algunas precauciones metodológicas.

La hipótesis orientadora que recorre esta tesis es que en el periodo estudiado se fue procesando una revolución de las ideas tanto dentro como fuera del Estado, cuya fuente principal fue el antiliberalismo, articulado bajo diferentes *figuras del socialismo*. Estas ideas renovadoras tuvieron como sustrato una serie de redes político-intelectuales y soportes materiales que buscaremos reconstruir desde una perspectiva que no se ocupe solamente de los textos canónicos ya relevados por la historia de las ideas en su sentido estricto, sino que traiga hacia el presente obras “menores” pero influyentes en la construcción del espíritu de la época. Asumimos junto a Robert Darnton –aunque de manera más modesta que su enorme y erudita investigación plasmada en *Edición y subversión* y otros de sus trabajos sobre la Francia del siglo XVIII– que “escarbar en la

disciplina reconoce el impacto aún poderoso que ejercen las ideas del pasado en nuevas e inesperadas constelaciones con otras procedentes de diferentes contextos. En inevitable sintonía con las tendencias intelectuales recientes, desconfía de los enfoques históricos que fingen indiferencia ante las disputas teóricas actuales. Por el contrario, los historiadores intelectuales frecuentemente se sienten impulsados a incorporar algunos logros de los desarrollos recientes en su intento por recrear el pasado. La variada recepción de las ideas –la enmarañada madeja de lecturas y las apropiaciones erróneas que caracterizan la circulación de cualquier idea o creación cultural que merezca ser estudiada– inevitablemente incluye aquellas que dominan la época misma que le toca vivir al historiador. En esencia, la historia intelectual puede entenderse a su vez como el producto de un campo de fuerza de impulsos que con frecuencia están en conflicto y que la atraen hacia un lado o hacia otro y plantean más interrogantes de los que esta disciplina puede responder. Antes de situarse como el observador distante de un campo cultural o discursivo, el estudioso de la historia intelectual debe pues conceptualizar su propio punto de vista ventajoso como un campo de juego” (*Ibidem*, pp. 15-16).

historia intelectual requiere nuevos métodos y nuevos materiales, desenterrar archivos antes que detenerse en tratados filosóficos”⁴.

En este sentido, tomamos varios recaudos metodológicos, entre ellos –como ya advirtiera Quentin Skinner, aunque este trabajo no se enmarca en el tipo de objeto con el que él trabaja–, evitar considerar a las “ideas” y los “conceptos” como unidades teóricas “que atraviesan la historia intocadas por la contingencia que ella implica, sobrevolándola desde el lugar de una intemporalidad cerrada y autosubsistente”⁵. Por el contrario, es necesario “atravesar la supuesta homogeneidad significativa de nuestro objeto poniéndolo en relación con el contexto particular del que emerge. Una puesta en relación que implica contrastar el episodio intelectual que estamos estudiando con el contexto de significaciones disponibles en su propia época, para evaluar los alcances, conservadores o disruptivos, de la intervención estudiada”⁶. Dicho de otro modo: “situar su contenido proposicional [del acto de habla] en la trama de relaciones lingüísticas en el que este se inserta a fin de descubrir, tras tales actos de habla, la *intencionalidad* (conciente o no) del agente (su fuerza elocutiva), es decir, qué hacía este al afirmar lo que afirmó en el contexto en el que lo hizo”⁷. En este sentido, el contexto no es determinante de lo que se dice sino el marco último para ayudar a decidir qué significados convencionalmente reconocibles tiene lo que se dice en una sociedad determinada⁸.

Con estas salvaguardas –junto a otras que indicaremos a continuación– y acompañando la constatación de que “las ideas no se pasean desnudas por la calle”⁹, nos enfocaremos en cómo las nuevas ideas –y una serie de significantes como “cuestión social”, “democracia funcional”, “totalitarismo”, etc.– encontraron un terreno fértil

⁴ Robert Darnton, *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 15.

⁵ Luis Ignacio García, “Encuesta sobre el concepto de recepción”, en *Políticas de la Memoria*, Anuario de Investigación e Información del CeDInCI, Buenos Aires, 2008, p. 107. Cfr. Elías J. Palti, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano”, en Carmen McEvoy y Ana María Stuenkel, *La república peregrina. Hombres de armas y letras en América del sur 1800-1884*, Lima, IFEA-IEP, 2007, pp. 63-81.

⁶ García, “Encuesta sobre el concepto de recepción...”, *ob. cit.*, p. 107.

⁷ Palti, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’...”, *ob. cit.*, p. 68. “Erróneamente, el ‘contexto’ llega a considerarse como determinante de lo que se dice. Es necesario, antes bien, tratarlo como un marco último que colabore en la tarea de decidir qué significados convencionalmente reconocibles, en principio, podría haber sido posible que alguien pretendiera comunicar en una sociedad de ese tipo” (Quentin Skinner, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, en *Prismas. Revista de Historia intelectual*, N° 4, 2000, p. 188).

⁸ Palti, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’...”, *ob. cit.*, p. 69.

⁹ Jacques Julliard, “Le fascisme en France”, AESC, N°4, julio-agosto 1994, citado en Jean-François Sirinelli, *Génération intellectuelle : Khâgneux et normaliens dans l'entre deux guerres*, París, Quadrige des Presses Universitaires de France, 1994, p. 11. (Traducción nuestra).

donde germinar y “trabajaron” para producir nuevos imaginarios transformadores que disputaron con el liberalismo-conservador en declive los sentidos de la nación y buscaron su renacimiento en medio de un clima de crisis marcado por la Guerra del Chaco (1932-1935)¹⁰.

En el caso boliviano, este fenómeno de inconformismo que conoció expresiones a escala mundial tuvo la particularidad de que un socialismo que contuvo diversidad de figuras –a menudo en tensión– encarnó en la “generación del Centenario” y, durante el clima de crisis y desorganización propiciado por la guerra, se transformó en una ideología de salvación nacional bajo el llamado “socialismo militar”. O dicho de otro modo, estas ideas (y filosofías) –cuyos centros “emisores” eran Moscú, Roma, Berlín y México– fueron incorporadas en el marco de un objetivo más general –aunque muy preciso–: encontrar un “pegamento” que permitiera unir a un país en crisis y fragmentado social, regional y étnicamente y construir una nación más densa y articulada. Todo lo cual amplió tanto la influencia del socialismo en tanto gran paraguas significativo para la construcción de una nación “de verdad” como erosionó sus fronteras, que fluctuaron entre el marxismo y el nacional-socialismo, con preeminencia de un socialismo en clave vitalista y regeneradora.

Otro resguardo metodológico: como ya es habitual en los trabajos contemporáneos que incluyen la recepción de ideas, y siguiendo los trabajos de Horacio Tarcus y Mariana Canavese, no buscaremos acá detectar “desviaciones” respecto a una idea “original” de socialismo. Por el contrario, nos concentraremos, más que en la recepción, en sus *usos* en un país –muy alejado de lo que los teóricos socialistas europeos en todas sus variantes tenían en mente– y en un contexto histórico determinado¹¹. Junto con Jorge Dotti podemos decir que “ni siquiera la aduana ideológica más impermeable puede evitar un efecto paradójico: leer textos ajenos genera inevitablemente respuestas autóctonas; más aún: receptar y concretizar discursos que se generan en otros ámbitos es siempre un gesto original por menardista que fuere. Así como todo autor precedente es inevitablemente contemporáneo a la lectura que de él

¹⁰ Sobre el liberalismo boliviano, *cfr.* capítulo 1.

¹¹ Sobre este enfoque acerca de los usos de autores e ideas, este trabajo es deudor de escritos como Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2007; y Mariana Canavese, *Usos de Foucault en Argentina (1958-1989): del hombre nuevo al fin de la primavera democrática*, Tesis de Doctorado, UBA-EHESS, 2013.

se hace, así también toda idea receptada es necesariamente tan local como la comprensión y uso –argumentativo, retórico y/o político– que de ella se ensaya”¹².

Como ha mostrado Darnton para el caso de la ilustración tardía, en la circulación e influencia de las “grandes ideas” intervienen una serie de publicistas y difusores muy alejados de la erudición, la elegancia y la consistencia teórica presente en las “grandes obras” de los *clerics*, pero mucho más cercanos al gran público (y esto es particularmente importante en contextos como el boliviano de los años veinte y treinta, donde la mayoría de la población no estaba habituada a la lectura). En ese sentido, no cabe duda que en la Bolivia del Centenario las ideas renovadoras transitaron por las “páginas obreras” de algunos periódicos masivos, diversas columnas de opinión en la prensa “burguesa”, pasquines más o menos elaborados, panfletos diversos y discursos orales que permitieron a los obreros pensarse como clase políticamente autónoma, informaron sobre sucesos mundiales que pusieron en cuestión (al menos en los discursos) al liberalismo dominante –y a las jerarquías sedimentadas–, y, a la postre, aglutinaron una serie de figuras ideológicas desde las cuales los sectores inconformistas –obreros, estudiantes, militares– se lanzaron a disputar el sentido de la *bolivianidad* y de la nación con las clases dominantes.

Una última precaución: en este trabajo buscamos evitar caer en la tentación de analizar el accionar político (e intelectual) como un mero reflejo de las ideologías en juego. Si la historia muestra que los referentes políticos (e intelectuales) no han tenido mayores problemas en contradecir sus ideas siempre que lo consideraran necesario¹³, eso requiere reponer algunas tramas de la historia política que explican las tomas de posición de los actores. Ello no significa que las ideas no importen, por el contrario, la historia intelectual se justifica en que los hombres y mujeres, “por más cínicos que sean, no tienen una vía de acceso inmediata respecto del sentido de sus acciones y eventos, [por lo que] éstos deben hacer uso de herramientas conceptuales, socialmente transmitidas, a fin de comprender el sentido último de su accionar”. En este sentido, el objetivo último de la historia intelectual no sería comprender qué dijo cada pensador sino cómo fue posible para éste decir lo que dijo en un contexto determinado¹⁴.

Dicho esto, encontramos sugerente la propuesta de Luis Ignacio García de pensar –asumiendo que existen tensiones– posibles articulaciones entre el “giro

¹² Jorge Dotti, “Encuesta sobre el concepto de recepción”, en *Políticas de la Memoria, ob. cit.*, p. 98.

¹³ Palti, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’...”, *ob. cit.*, p. 66.

¹⁴ *Ibidem*, p. 70.

lingüístico” y el “giro material”. Por un lado, incorporando el descentramiento e historización del sentido que se opera en la historia de las ideas y, por el otro, repensando los procesos de circulación de las ideas, las condiciones materiales de su difusión, edición, lectura, traducción, etc.¹⁵.

En este marco, las preguntas orientadoras que nos convocan son: ¿Cuáles fueron las vertientes político-ideológicas de las que se nutrió el socialismo boliviano desde el Centenario de 1925? ¿Qué significados adquirió el significante socialismo en Bolivia entre 1925 y 1939? ¿Sobre qué redes de sociabilidad y estructuras organizativas se asentaron una serie de ideas antisistémicas capaces de contener visiones opuestas sobre la realidad nacional y aspiraciones muy divergentes sobre el porvenir del país que desde la mitad de la década del treinta (en la posguerra del Chaco) y con múltiples significaciones llegó a transformarse en proyecto estatal –conocido como el “socialismo militar”– y a teñir de manera sorprendente casi toda la discursividad política nacional? ¿Cómo operó el concepto “socialismo” para dar forma a nuevos proyectos estatales de reforma social antiliberal?, ¿cómo se articularon estas sensibilidades renovadas con la búsqueda de soluciones al llamado “problema indio”? y, finalmente, pero no menos importante: ¿qué nos dice este periodo acerca de la consolidación de una cultura política subalterna de tipo sindical-corporativa (cultura del cogobierno estatal/popular) que con diversas mutaciones predomina hasta hoy en día?

Creemos que así como otras naciones en Europa y América Latina, Bolivia tuvo también su “espíritu” de los años veinte y treinta y sus “inconformistas” que leyeron la realidad, construyeron sus diagnósticos y pensaron proyectos de renovación nacional en clave antiliberal, vitalista, indigenista y socialista. Dicho de manera muy sintética, buscaron fórmulas que les permitieran reemplazar la “democracia burguesa” (o democracia del número) por formas organicistas de representación en las que lo colectivo subsumiera y disciplinara el “egoísmo” del individuo, lo que en muchos casos se expresó con la fórmula “democracia funcional”; *à la limite*, un sistema que se proponía hacer desaparecer a los partidos políticos (que fragmentaban el cuerpo social) y sustituirlos por organizaciones sindicales obreras y patronales. En este marco, el Estado boliviano asumió un rol desconocido hasta entonces, como entidad que encaró la tarea de colocarse –al menos en teoría– por encima de las clases y equilibrar el capital y el trabajo. Pero en gran medida operó un “estatismo sin Estado” (estrictamente

¹⁵ García, “Encuesta sobre el concepto de recepción...”, en *Políticas de la Memoria*, ob. cit., p. 109.

estatismo con un Estado débil) que fue un problema con el que durante toda la historia nacional se enfrentaron los proyectos socializantes en la nación andina.

En el caso boliviano, este inconformismo fue encarnado por la “generación del Centenario”, retomando la definición de Enrique Baldivieso (parte él mismo de esa “generación”). Creemos que esta idea de comunidad o núcleo generacional¹⁶ resulta útil para pensar cómo un conjunto de bolivianos y bolivianas nacidos hacia 1900 asumieron críticamente la realidad del país en los festejos del Centenario (un momento de introspección nacional en el que comenzaban su actividad política e intelectual desde la universidad, el movimiento obrero o el periodismo –y también en las Fuerzas Armadas). Pero, al mismo tiempo, estos se propusieron ser portavoces de nuevas ideas radicales bajo la influencia de las revoluciones rusa y mexicana, la reforma universitaria argentina, el ascenso del fascismo y el nazismo, y los primeros gobiernos reformistas (presididos por Bautista Saavedra y Hernando Siles). Pero también bajo el peso de un *acontecimiento* tan traumático como productivo en términos de emergencia de nuevos imaginarios de país: la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935, en el marco de la cual se embarcaron en diversas experiencias político culturales. Obviamente, estamos atentos al hecho de que esta noción de comunidad generacional no implica ninguna unanimidad entre sus miembros sino más bien unas respuestas plurales a unas preguntas comunes de un tiempo compartido, un “espíritu del tiempo”; se trata, como señala Dosse, de un concepto “no reductible a su función biológica, sino considerado como el resultante de la travesía en una edad juvenil de acontecimientos traumáticos”¹⁷ expresada en un conjunto de palabras claves: una de las más pronunciadas en los treinta bolivianos fue “socialismo” (pero también “democracia funcional”, “totalitarismo”, “cuestión social”).

En nuestro trabajo, no pensamos en la generación del Centenario en un sentido “fuerte”, como por ejemplo lo hace Sirinelli al analizar los normalistas franceses¹⁸, que compartieron un espacio de sociabilidad específico, sino como un camino con itinerarios, preocupaciones y preguntas comunes, a partir de las cuales, un conjunto de jóvenes asumieron desde temprana edad una tarea de creadores y mediadores culturales y un compromiso con la vida pública, proponiéndose personificar una nueva “conciencia de época” que los obligaba a ser contemporáneos de su tiempo.

¹⁶ François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universitat de València, 2007, pp. 45-51.

¹⁷ *Ibidem*, p. 47.

¹⁸ Sirinelli, *Génération intellectuelle...*, *ob. cit.*, cfr. “Introduction”.

Lo que constituye una posición común en el ámbito social –escribió Karl Mannheim en 1928 como parte de su análisis sociológico de las generaciones– “no es el hecho de que el nacimiento tenga lugar cronológicamente al mismo tiempo –el hecho de ser joven, adulto o viejo en el mismo período que otros–, sino que lo que la constituye primordialmente es la posibilidad, que en ese periodo se adquiere, de participar en los mismos sucesos, en los mismos contenidos vitales; más aún, la posibilidad de hacerlo a partir de la misma modalidad de estratificación de la conciencia [y de la vivencia]”¹⁹. Esa participación en el destino común le permitirá al autor húngaro-alemán distinguir entre posición, conexión y unidad generacional²⁰. Pero ello no implica de ningún modo homogeneidad ideológica. Por el contrario, “en el ámbito de la misma conexión generacional pueden formarse varias unidades generacionales [que no implican grupos concretos aunque los grupos actúen como embriones] que luchen entre sí desde posiciones polarmente opuestas”²¹. Esas unidades generacionales establecen “conexiones” –un “agitarse juntos”, un rango de experiencias posibles y la exposición a similares síntomas sociales e intelectuales– que establecen una sintonía entre sí aunque se combatan (o precisamente por ello). En este sentido, la generación es una potencia “dormida” que a veces se activa debido a la aceleración de la dinámica social y a procesos de desestabilización dinámica que despiertan a los nuevos “impulsos generacionales”.

Las preguntas comunes desde mediados de la década del veinte referían a cómo construir finalmente una nación incluyente, cuál debía ser el rol del Estado en este proceso y qué sistema poner en práctica tras la crisis del liberalismo, tanto en Bolivia como en Europa. Y el antiliberalismo –que en este periodo tomó el nombre de socialismo– habilitaba diversas “conexiones” generacionales y experiencias comunes.

En nuestra investigación no tomamos el concepto “socialismo” como dado, tampoco nos interesa dilucidar si estos socialistas fueron “verdaderos socialistas” o si eran doctrinariamente consistentes, sino, por el contrario, buscaremos problematizar la construcción de las ideas socialistas en el marco de la disputa por la nación, en el escenario concreto de la Bolivia entre 1925 y 1939 donde a menudo se confundía socialismo con mero antiliberalismo y los sentidos del concepto eran “jalados” tanto del

¹⁹ Karl Mannheim, “El problema de las generaciones”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* [Reis], N° 62, abril-junio, 1993, p. 216.

²⁰ *Ibidem*, p. 221.

²¹ *Ibidem*, p. 225.

socialismo soviético como del nacionalsocialismo alemán, pasando por el cardenismo mexicano, en una época en la que la experiencia alemana (y también la italiana) era discutida como un modelo disponible de cambio político y social revolucionario.

Dicho en términos de Koselleck, procuraremos retomar “las conexiones vivenciales”²² que dieron origen a las ideas renovadoras en el periodo estudiado. Aunque la guerra del Chaco contribuyó a acelerar la historia, el proyecto socialista de posguerra actuó sobre ideas, redes y sentidos construidos ya desde los años veinte, por eso optamos por denominarla “generación del Centenario” y no “generación del Chaco”.

Como ya señalamos, en el abordaje de esta investigación no queremos enclaustrarnos en el análisis de las ideas, menos aún prestar atención sólo al discurso de los “grandes personajes”. Por eso miramos hacia un conjunto de “intelectuales menores” (maestros, periodistas, estudiantes, obreros, que en muchos casos no quedaron consagrados por la historia y en otros quedaron instalados por su actividad en las siguientes décadas, pero se perdió el registro de sus aportes de juventud); “intelectuales menores” que actuaron –desde dentro y fuera del Estado– como agentes de emisión y circulación de una serie de discursos que contribuyó a dar forma al clima ideológico de esta década y media, tanto en lo referido a la cuestión social como a la cuestión étnico-cultural.

Asumiendo este objetivo, abordamos también la producción de mujeres que desde diferentes lugares cumplieron una *función intelectual* en un momento en el que las discusiones sobre los derechos civiles y políticos de la mujer tuvieron particularidades propias que las diferenciaron de la década anterior. Pero también trabajaremos sobre las redes y estructuras de sociabilidad político-intelectual puestas en pie. En este tránsito, publicaciones como *Arte y Trabajo*, *Flecha*, *América Libre*, etc. nos permiten reconstruir instancias de sociabilidad así como espacios de fermentación intelectual y de puesta en escena de “deseos de expresión colectiva”²³. Pero también nos enfocamos en otro tipo de redes como agrupamientos político-intelectuales y culturales, asociaciones de mujeres, congresos, convenciones y eventos “materiales” de diverso tipo, sin olvidar las conferencias de los “intelectuales viajeros”, que atraían la atención del público con la promesa de nuevas filosofías traídas de Europa.

²² Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, en *Ayer*, N°53, 2004 (1), p. 27-45.

²³ Jacqueline Pluet-Despatin, “Une contribution a l’histoire des intellectuels: les revues”, en *Les Cahiers de l’IHTP*, N° 20, marzo de 1992, pp. 126-127.

Estamos convencidos de que estos recorridos nos pueden ayudar a dar cuenta de una presencia de las ideas socialistas –articuladas con nacionalismo, indigenismo y vitalismo– que no se explicaría si sólo miráramos los (pequeños) partidos socialistas más o menos institucionalizados, ni las obras escritas en la época (algunas de ellas en el exilio y con poca circulación en el país). Por ejemplo, podemos interrogarnos: ¿cómo un obrero gráfico simpatizante de las ideas comunistas (y pacifistas durante la guerra del Chaco) llegó a convertirse en el primer ministro de trabajo en un país como Bolivia, donde la bibliografía indica que las ideas de izquierda eran extremadamente débiles –y doctrinariamente inconsistentes–, especialmente si se las comparaba con países vecinos como Chile y Argentina? ¿Qué nos dice eso acerca de una lógica de “cogobierno” sindical/estatal que se volverá una de las claves de las futuras revoluciones nacional–populares? ¿Por qué Bolivia no tuvo un Partido Comunista afiliado a la IC (ya Kominform) hasta 1950? Sobre este último interrogante, creemos que el material de archivo de José Antonio Arze (intercambios epistolares con la Internacional Comunista, estatutos de partidos, informes de la IC, etc.) nos dan pistas que están ausentes en sus obras académicas e intelectuales, donde este pionero de la sociología y del marxismo boliviano aparecía simplemente como un estalinista convencido y como un gran admirador de la Unión Soviética, lo que efectivamente era, pero no le alcanzó para ganarse la confianza de Moscú.

A partir del trabajo realizado, tenemos la convicción de que en el periodo elegido (1925-1939), y eso justifica este recorte temporal, se procesó una intensa disputa por la nación –en la que irrumpieron con fuerza la cuestión social y la búsqueda de las raíces “antiguas” de Bolivia, lo que no pareció contradictorio con la necesidad de rejuvenecer la nación– en un “magma” antiliberal e inconformista que puso en crisis el Estado oligárquico en paralelo a la emergencia de nuevos actores: universitarios radicalizados, obreros clasistas, jóvenes militares nacionalistas y mujeres feministas.

Esta periodización comienza con el Centenario patrio, las postrimerías del saavedrismo y el inicio de la administración de Hernando Siles, que conllevó un esfuerzo frustrado en clave nacionalista. Y finaliza con el suicidio de Germán Busch y el fin de la experiencia del “socialismo militar”. Un periodo atravesado, cabe destacar, por la Guerra del Chaco, que actuó como un acelerador de la historia nacional. Fue en este periodo que maduraron las condiciones para la emergencia –al final de la década– de nuevas fuerzas que lograron hacer cuajar en cuatro corrientes político-ideológicas el inconformismo de los años treinta: el Movimiento Nacionalista Revolucionario

(nacional-reformista), el Partido de la Izquierda Revolucionaria (un caso sui géneris de comunismo nacional), Falange Socialista Boliviana (inspirada en la Falange chilena) y el Partido Obrero Revolucionario (trotskista). Pero el mencionado magma socialista/antiliberal del interregno 1925-1939 llama a ser analizado desde perspectivas que lo tomen como objeto de estudio más que como mero “antecedente” de lo que vino después. En este sentido, tomamos este periodo como un momento de experimentación política y social reformista en el que una nueva generación civil y militar –la mencionada “generación del Centenario”– participó en un bloque de poder en el que las tensiones entre los “jóvenes” y los “viejos” –muchos de estos últimos convertidos sin fe a la “idea socialista”– transformaron al “socialismo militar” en un verdadero régimen en disputa entre, por un lado, la conservación remozada del viejo orden; y, por el otro, la puesta en marcha de un nuevo Estado, capaz de salvar a Bolivia de la debacle mediante la activación de toda sus energías vitales.

Estado de la cuestión

Aunque evidentemente existen trabajos que se ocupan de diferentes aspectos de la realidad boliviana en los años veinte y treinta, el aporte de esta tesis reside en reconstruir un “espíritu de época” y el modo en el que las ideas socialistas –desde las de matriz clasista hasta las vitalistas– “trabajaron” para dar a luz nuevos imaginarios y proyectos de nación.

La historiografía de los años veinte y treinta sobre Bolivia, especialmente desde la subdisciplina de la historia intelectual, es menos abundante de lo que podría parecer, dada la importancia –y las especificidades– que este periodo tiene en el siglo XX. A menudo, este periodo aparece en la historiografía –con excepción de la historia política-militar referida a la guerra del Chaco– como un “antecedente” de la Revolución Nacional de 1952 que, dada su enorme importancia política y simbólica, construyó como hechos *precursores* a muchos de los acontecimientos que la precedieron.

Aunque ya un clásico, e imprescindible para cualquier historia sobre el siglo XX boliviano, en esta perspectiva se enmarca la obra de Herbert Klein, *Orígenes de la revolución nacional boliviana*²⁴, sostenida en una historia política que comienza con el liberalismo y culmina en la década de 1940. Algo similar ocurre con *La revolución*

²⁴ Herbet S. Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional boliviana*, La Paz, Librería editorial “Juventud”, [1968] 1995.

derrotada de Liborio Justo, el cual, no obstante, incluye una perspectiva –y una lectura– marxista militante sobre el proceso político, en oposición a la línea del nacionalismo revolucionario²⁵. En el plano de la historia de las ideas en su sentido tradicional, una obra pionera es *Historia del pensamiento boliviano en el siglo 20*, de Guillermo Francovich²⁶, quien por otra parte ha buscado escudriñar en algunos “mitos profundos” que dan cuenta de la cultura política local²⁷.

Dicho esto, debemos señalar, antes de proseguir, que esta tesis tiene una deuda especial con el trabajo de Andrey Schelchkov *El laberinto boliviano de experimentación social: el régimen del “socialismo de estado”, 1936-1939*²⁸, el cual –construido en una intersección entre la historia política y la historia de las ideas– influyó en una doble vía en nuestro trabajo: como base de información y análisis imprescindible y, no menos importante, como fuente de inspiración intelectual. También retomamos algunos análisis de Laura Gotkowitz respecto a la cuestión de la relación de los sectores subalternos con al ley –y el uso que hicieron de ella-, los debates sobre la ciudadanía y la nación y las discusiones en eventos como la Asamblea Constituyente de 1938²⁹.

Otros libros sobre el periodo, desde la historia política en sentido estricto, son los dos tomos de Ferrán Gallego³⁰. Fuente detallada de la historia de los años treinta, encontramos, sin embargo, que el uso explicativo de categorías como “generación del Chaco” y el clivaje establecido entre el “antiguo régimen” y el nuevo orden, tienden por momentos a dibujar contornos demasiado nítidos para un periodo caracterizado por la fluidez del magma antiliberal, lo cual, sin embargo, no reduce su importancia en términos historiográficos, como una minuciosa obra de referencia sobre el socialismo militar.

Para quien decida enfocarse en la historia del movimiento obrero y la izquierda boliviana, el trabajo de Guillermo Lora sigue siendo imprescindible. Aunque está escrito como una historia militante, en gran medida para justificar sus posteriores

²⁵ Liborio Justo, *Bolivia: La revolución derrotada*, Buenos Aires, Razón y revolución, [1961] 2007.

²⁶ Guillermo Francovich, *El pensamiento boliviano en el siglo 20*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

²⁷ Guillermo Francovich, *Los mitos profundos de Bolivia*, La Paz, Los amigos del libro, 1980.

²⁸ Andrey Schelchkov, *El laberinto boliviano de experimentación social: el régimen del “socialismo de estado”, 1936-1939*, Moscú, mimeo. Hay edición rusa: Щелчков А.А. Режим «государственного социализма» в Боливии. 1936 – 1939 гг. М.: ИВИ РАН, 2001.

²⁹ Laura Gotkowitz, *La revolución antes de la Revolución. Luchas indígenas por tierra y justicia en Bolivia 1880-1952*, La Paz, Pieb-Plural, 2011.

³⁰ Ferrán Gallego, *Los orígenes del reformismo militar en América Latina. La gestión de David Toro en Bolivia*, Barcelona, PPU, 1991; F. Gallego, *Ejército, nacionalismo y reformismo en América Latina. La gestión de Germán Busch en Bolivia*, Barcelona, PPU, 1992.

decisiones políticas como jefe máximo del Partido Obrero Revolucionario (POR), ello no le quita su valor: además de contar con un envidiable archivo personal y de haber vivido muchos de los hechos históricos que relata, su *Historia del movimiento obrero boliviano* incluye breves biografías intelectuales, resoluciones de congresos y debates ideológicos que resultan en una fuente difícil de subestimar³¹. Hay que decir que, a menudo con opiniones personales mezcladas con la información histórica, y cierto desorden expositivo, casi nada de lo que se pueda decir sobre la izquierda boliviana es completamente ajeno a esta obra de historia política-social. Dentro del género del ensayo histórico, libros como *El dictador suicida*³², o *Toro Busch Quintanilla 1936-1940*³³, constituyen una mezcla de libros de intervención, historiografía militante y expresión de vivencias, que dejan traslucir las experiencias de los propios actores, de allí la validez de este género y su utilidad en la historia intelectual. Estos libros constituyen fuentes así como bibliografía de consulta.

Más recientemente, Irma Lorini produjo dos trabajos sobre el periodo en el que centramos nuestra tesis: *El movimiento socialista “embrionario” en Bolivia 1920-1939* y *El nacionalismo en la pre y posguerra del Chaco (1910-1945)*³⁴. En el primero de los libros, la autora reconstruye los itinerarios de la izquierda antes de la contienda del Chaco; se trata de un texto en gran medida precursor –con la excepción mencionada de Lora–. En el segundo reconstruye grupos, redes e ideas del nacionalismo boliviano. Nuestra diferencia con el enfoque de Lorini reside en su perspectiva a menudo normativa sobre la “calidad” de las izquierdas bolivianas en comparación con las experiencias vecinas –chilenas o argentinas– y su menor interés por los usos de esas ideas “receptadas”; al mismo tiempo nos distanciamos de su tesis fuerte acerca de que la debilidad de las izquierdas andinas se debió a la escasa migración. Aunque es un elemento a tener el cuenta, la experiencia de difusión –y apropiación– del comunismo en Asia, por ejemplo, pone en cuestión una correlación demasiado rápida, al igual que la difusión de algunas izquierdas sui géneris en la región andina (como Sendero Luminoso

³¹ Guillermo Lora, *Historia del movimiento obrero boliviano 1900-1923*, La Paz, Los amigos del libro, 1969; G. Lora, *Historia del movimiento obrero boliviano 1923-1933*, La Paz, Los amigos del libro, 1970; G. Lora, *Historia del movimiento obrero boliviano 1933-1952*, La Paz, Los amigos del libro, 1980.

³² Augusto Céspedes, *El dictador suicida*, La Paz, Librería editorial “Juventud”, [1956] 2002.

³³ Porfirio Díaz Machicao, *Toro Busch Quintanilla. 1936-1940*, La Paz, Librería editorial “Juventud”, 1957.

³⁴ Irma Lorini, *El movimiento socialista “embrionario” en Bolivia 1920-1939. Entre nuevas ideas y residuos de la sociedad tradicional*, La Paz, Los amigos del libro, 1994; I. Lorini, *El nacionalismo en la pre y posguerra del Chaco (1910-1945)*, La Paz, Plural, 2006.

en la sierra peruana). Un caso inverso (numerosa migración-debilidad de la izquierda), como lo es Estados Unidos, evidencia también la dificultad que a menudo presenta este factor explicativo. La experiencia argentina, modelo de este tipo de análisis, también tiene múltiples aristas, especialmente si consideramos la emergencia del peronismo y la debilidad relativa del movimiento socialista y comunista respecto a otras opciones, primero el radicalismo y más tarde el peronismo. Lorini y Lora comparten, por otro lado, el abordaje del socialismo como una doctrina cerrada, cuya recepción, apropiación y desvíos pueden evaluarse de manera más o menos objetiva.

En la intercepción de la historia política y militar, el trabajo de Robert Brockmann, que sigue la huella del general Hans Kundt en Bolivia, reconstruye varios aspectos fundamentales de la década del veinte y treinta, echando luz sobre el Centenario –nuestro trabajo sobre esas celebraciones encontró en este libro una serie de datos para “tirar del ovillo” en función de nuestro propio interés–, el periodo saavedrista, la era Siles y, especialmente, la guerra del Chaco.

Respecto al anarquismo, la historia del anarcosindicalismo, de Huáscar Rodríguez, incluye un epílogo informado sobre Cesáreo Capriles y la revista *Arte y Trabajo*³⁵, el cual, sumado a *Artesanos libertarios* de Silvia Rivera y Zulema Lehm, permite abordar diversas facetas del movimiento libertario boliviano³⁶. Una mención especial merece el artículo de Forrest Hylton en el que reconstruye las redes urbano-rurales entre caciques apoderados, militantes socialistas y dirigentes obreros y artesanales, que iluminan un aspecto crucial de la circulación de ideas radicales en los años veinte en Bolivia³⁷.

Tres tesis resultaron imprescindibles para esta investigación. La tesis de maestría de María Elvira Álvarez sobre el movimiento boliviano de lucha por el sufragio femenino³⁸ nos permitió reponer una serie de elementos sobre las transformaciones del feminismo boliviano entre los años veinte y treinta, para poder contextualizar las polémicas –y redes– en torno a la Legión de Educación Popular “América” (que

³⁵ Huáscar Rodríguez García, *La choledad antiestatal. El anarquismo en el movimiento obrero boliviano (1912-1965)*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2010.

³⁶ Zulema Lehm y Silvia Rivera C., *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*, La Paz, Gramma, 1988.

³⁷ Forrest Hylton, “Tierra común: caciques, artesanos e intelectuales radicales y la rebelión de Chayanta”, en AA.VV., *Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de la insurgencia indígena*, La Paz, Muela del Diablo, 2003, pp. 134-198.

³⁸ María Elvira Álvarez, *Mouvement féministe et droit de vote en Bolivie (1920-1952)*, Tesis de Maestría, Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne, París, 2010. (Todas las citas a este trabajo que no están en español son traducción nuestra).

tomamos como objeto de esta investigación sobre la participación de las mujeres en la disputa por la nación), para cuyo abordaje resultó fundamental el libro compilado por las hijas de Etelvina Villanueva: *Acción socialista de la mujer en Bolivia*³⁹.

La segunda tesis –en este caso de licenciatura– de la que se nutrió nuestra investigación es la de Ivan Bonan, sobre las relaciones boliviano-italianas bajo el socialismo militar. La investigación está basada en un minucioso trabajo de archivo en la Cancillería italiana sin el cual nos hubiera resultado imposible reconstruir el impacto que tuvo la misión policial italiana en Bolivia y a partir de ella una serie de cuestiones relativas al lugar que el fascismo ocupó en las mentes de los políticos e intelectuales de la Bolivia de los años treinta⁴⁰. Finalmente, la tesis de licenciatura de Hernán Topasso dio forma a una rica historia intelectual del joven Tristán Marof, que permite articular sus obras con sus redes de sociabilidad –especialmente en Europa– y reponer una etapa hasta ahora poco estudiada de la vida de este particular intelectual boliviano⁴¹.

Aunque se trata de un trabajo sobre período anterior, el libro de Françoise Martinez, *Régénérer la race. Politique éducative en Bolivie (1898-1920)*, resulta una provechosa obra analítica sobre las políticas educativas liberales –en relación con la propia voluntad de construir una nación moderna– y en este sentido ha sido muy relevante para poder poner en perspectiva una serie de tópicos posteriores referidos tanto a la educación del indio como a las ideas en juego sobre etnicidad y nación⁴². Lo mismo ocurre con el libro de Martha Irurozqui –*La armonía de las desigualdades*⁴³–, también sobre el período liberal, y *Entre el pacto y la confrontación*, de Pilar Mendieta, sobre Pablo Zárate Willka y la Guerra Federal (1899); estas obras brindan perspectivas de análisis, nuevos datos, y lecturas historiográficas estimulantes para estudiar los períodos posteriores⁴⁴. El artículo de Irurozqui sobre el saavedrismo brinda también una perspectiva interesante sobre los cambios sociales y las formas de dominación en la

³⁹ Etelvina Villanueva y Saavedra, *Acción socialista de la mujer en Bolivia*, La Paz, Cooperativa de Artes Gráficas E. Burillo, 1970, p. 17 (compilación de textos de Magda y Delma Arguedas Villanueva).

⁴⁰ Ivan Bonan: *La Paz-Roma: il “socialismo militare boliviano” nelle corrispondenze dei diplomatici italiani (1936-1942)*, Tesis de licenciatura, Universidad de Padua, 1998.

⁴¹ Hernán Topasso, *Tristán Marof o el enigma de América Latina (1915-1920)*, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2007.

⁴² Françoise Martinez, « Régénérer la race ». *Politique éducative en Bolivie (1898-1920)*, París, IHEAL-CEDAL, 2010.

⁴³ Marta Irurozqui, *La armonía de las desigualdades. Elites y conflictos de poder en Bolivia 1880-1920*, Madrid-Cuzco, Consejo Superior de Investigaciones Científicas- Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las Casas”, 1994.

⁴⁴ Pilar Mendieta, *Entre la alianza y la confrontación. Pablo Zárate Willka y la rebelión indígena de 1899 en Bolivia*, La Paz, Asdi-IFEA-Plural-IEB, 2010.

primera mitad de la década del veinte boliviana y la experiencia del gobierno “plebeyo” de Bautista Saavedra⁴⁵.

En relación al lugar que Tiwanaku ocupó en el indianismo de este periodo, el trabajo de Pablo Quisbert aporta una mirada novedosa y productiva sobre las articulaciones entre indianismo, arqueología y nación que inspiraron parte de este trabajo⁴⁶.

Finalmente, pero no menos importante, el libro de Patricia Funes –*Salvar la nación*– provee una interpretación de la década del veinte imprescindible para quien decida sumergirse en los debates de ideas de esos “años locos” con una perspectiva latinoamericana. Y a este texto debemos agregar los trabajos de Martín Bergel sobre antiimperialismo, latinoamericanismo y “orientalismo” a partir de la reforma universitaria de Córdoba⁴⁷.

Con respecto a nuestra propia producción, el libro *Qué hacer con los indios... Y otros traumas irresueltos de la colonialidad*, junto a algunas ponencias para congresos y artículos de revistas⁴⁸, fueron trabajos realizados antes o en paralelo a esta tesis, y nos permitieron ir introduciéndonos en los laberintos de este periodo de la historia boliviana marcado por los primeros esfuerzos para realizar cambios políticos y sociales profundos con el objetivo de disputarle la nación a las clases dominantes liberales y conservadoras tradicionales.

⁴⁵ Marta Irurozqui Victoriano, “Partidos políticos y golpe de estado en Bolivia. La política nacional-popular de Bautista Saavedra, 1921-1925”, en *Revista de Indias*, vol. LIV, N° 200, 1994, pp. 137-156.

⁴⁶ Pablo Quisbert, “La gloria de la raza'. Historia prehispánica, imaginarios e identidades entre 1930-1950”, en *Estudios Bolivianos* N° 12, [El discurso del pre-52], La Paz, IEB-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Mayor San Andrés, 2004, pp. 177-212.

⁴⁷ Patricia Funes, *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2006; Martín Bergel, “Latinoamerica desde abajo. Las redes transnacionales de la Reforma Universitaria (1918-1930)”, en AA.VV. *La Reforma Universitaria. Desafíos y perspectivas, noventa años después*, Buenos Aires, Clacso, 2008; -----, “Orientalismo invertido y prototercermundismo en la cultura argentina y latinoamericana de la primera posguerra”, Coloquio Internacional “El Orientalismo en América Latina: ¿Un discurso y una visión propios de Occidente?”, Fundación Los Cedros- Centre de Recherches et de Documentation sur l'Amérique Latine (CREDAL)-Grupo de Investigación Interdisciplinario Mundo Árabe y América Latina, Buenos Aires, 23 y 24 de junio de 2011; El anti-antinorteamericanismo en América Latina (1898-1930). Apuntes para una historia intelectual, *Nueva Sociedad*, N° 236, noviembre-diciembre 2011, pp. 152-167; “Un caso de orientalismo invertido. Representaciones intelectuales del oriente en la cultura argentina de la primera posguerra (1918-1930)”, Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2010.

⁴⁸ “*Qué hacer con los indios*”...y otros traumas irresueltos de la colonialidad, La Paz, Plural, 2010; “Jano en los Andes: buscando la cuna mítica de la nación. Arqueólogos y maestros en la Semana indianista boliviana de 1931”, en Esther del Campo (ed.) *Interculturalidad, democracia y desarrollo en Bolivia*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2012; “Guerra a la guerra’: comunismo, antiimperialismo y reformismo universitario durante la contienda del Chaco, en *Revista Boliviana de Investigación-Bolivian research review*, junio 2014 (en prensa).

La presente tesis está organizada bajo un doble criterio: cronológico y analítico. El trabajo está compuesto de tres partes y nueve capítulos. La primera –“una nación más ancha”– aborda los efectos sociopolíticos e intelectuales de la difusión de la “cuestión social” en la Bolivia del Centenario; la segunda parte –“Una nación esquiva”– remite a las disputas por la nación en tiempos de la guerra del Chaco; y la tercera –“¿Una nación más densa?”– nos acerca a los esfuerzos (y tensiones) del llamado socialismo militar para construir la nación apelando a los efectos “depuradores” de la guerra y a la energía vital desplegada en el campo de batalla. Cada parte tiene un acápite conclusivo.

En los capítulos 1, 2 y 3 problematizamos la reconfiguración del mundo político-intelectual a partir de tres actores centrales: estudiantes, obreros e indígenas, procurando mostrar cómo se “ensancha” la nación mediante tres planos de análisis: los debates intelectuales, las transformaciones en el mundo sindical y la emergencia de los primeros partidos socialistas, y finalmente los impulsos juvenilistas renovadores plasmados en el Partido Nacionalista de Hernando Siles y en el movimiento universitario.

En los capítulos 4, 5, 6 y 7 analizamos cómo el comunismo, el indianismo y el feminismo –ideas cuyo significado último estaba lejos de ser cerrado– “trabajaron” en este periodo para construir redes de sociabilidad político-intelectual y nuevos imaginarios de cambio social. En esa medida, nos enfocamos en los inestables vínculos de los comunistas bolivianos con la Internacional Comunista y abordamos la activa campaña antiguerrera del comunismo internacional (capítulos 4 y 5). Luego nos dedicamos a indagar en los numerosos pliegues del indianismo de los treinta –que combinaba diversas facetas del romanticismo con perspectivas de izquierda inspiradas en la revolución mexicana– (capítulo 6) . En el capítulo 7 dirigimos nuestra atención a las transformaciones en el mundo de la mujer y su participación en la disputa por la nación.

En los capítulos 8 y 9 nos enfocamos en las vertientes intelectuales y los modos de apropiación de las ideas socialistas bajo el régimen del “socialismo militar”; para ello recortamos dos dimensiones: el objetivo de implementar una “democracia funcional” como modo de organización político-social, y la voluntad de emprender un rejuvenecimiento vitalista de la nación. Todo ello en el marco de cruzadas influencias

mexicanas, italianas y alemanas que llegaban al país por diferentes canales sobre los que nos detendremos en la exposición.

Finalmente, en las conclusiones recuperamos las preguntas e hipótesis que han guiado la investigación y las ponemos en relación con los hallazgos centrales de la pesquisa, con la finalidad de remarcar algunas especificidades del periodo estudiado y la originalidad del estudio.

PRIMERA PARTE

UNA NACIÓN MÁS ANCHA

La Bolivia del centenario y la irrupción de la cuestión social

Introducción

Los años veinte bolivianos coinciden con la salida del poder del Partido Liberal, la fuerza que entre 1900 y 1920 intentó plasmar un proyecto de “orden y progreso” capaz de modernizar al país con la mirada puesta en Europa y en naciones vecinas como Argentina (panacea del blanqueamiento de la sociedad). En vista de estas metas, no resulta sorprendente que los liberales –cuyo proyecto buscaba implantar una cultura civilista que dejara atrás el caudillismo– hayan invertido parte de sus energías en la puesta en marcha de una educación moderna (en gran medida pensada para neutralizar la amenaza de la “guerra de razas”), cuyas fórmulas fueron a buscar a los países más avanzados de entonces: Bélgica respecto de la escuela normal o Suecia en cuanto a la gimnasia científica⁴⁹.

Paralelamente, una camada de intelectuales con residencia entre La Paz y París, como Alcides Arguedas, se propusieron identificar las “taras” de la nación (de ahí el título de su libro más conocido: *Pueblo enfermo*⁵⁰ al tiempo que el mismo Arguedas denunciaba los penosos tratos que los indios recibían en las haciendas (*Raza de bronce* [1919]). Otros, como Armando Chirveches, plasmaron en sus novelas, como *La Candidatura de Rojas* [1909], el espesor de la cultura rentística respecto a la política que esterilizaba a la élite mestiza que había reemplazado a los colonizadores españoles.

El ciclo liberal coincidió con la consolidación de La Paz como sede del gobierno luego de derrotar militarmente a la más “aristocrática” Sucre, lo cual se sobrepuso, a su

⁴⁹ Sobre el darwinismo social y el positivismo en Bolivia, Demélas destaca que “si el comtismo apenas ha tocado a los criollos bolivianos, una teoría europea ha conocido cierta fortuna: el darwinismo social que, de 1880 a 1910 aproximadamente, representa el modo de pensamiento común a la mayor parte de los dirigentes que tratan de aplicar a la sociedad leyes científicas, en particular las de la lucha por la existencia y de la selección natural por ‘la supervivencia del más apto’ [...] El positivismo boliviano es, entonces, una manera convencional de reagrupar bajo el mismo término el interés de las élites criollas por las ciencias exactas, el liberalismo y algunas veleidades anticlericales. En efecto, este concepto está tomado en una acepción tan vaga, que algunos conservadores, clericales de buen tono, podrían ser calificados de positivistas; por lo demás, teniendo el positivismo buena prensa en Europe, ¿no lo debía [profesar] todo criollo cultivado? (Marie-Danielle Demélas, “Darwinismo a la criolla: el darwinismo social en Bolivia 1880-1910”, en *Historia boliviana*, I/2, La Paz, 1981, p. 56).

⁵⁰ Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*, La Paz, América, [1909] 1996.

vez, al reemplazo del “ciclo de la plata” por el “ciclo del estaño” como base de sustento de la economía nacional. Pero con el comienzo de la década del veinte, los liberales ya estaban fuera del gobierno y el poder recayó en Bautista Saavedra, un político hábil y con proyección intelectual que hizo del *cholaje* su base de sustentación. Los años veinte son también los de la llegada –en barco desde Europa, y en tren desde Chile y Argentina– de las nuevas ideas sobre la “cuestión social”; en efecto, muchos debatían, como veremos, si tal cosa existía en Bolivia, donde la mayoría de los trabajadores eran artesanos capaces de vender su voto por un poco de alcohol (preferentemente *chicha*)⁵¹– decían los críticos– al Partido Republicano de Saavedra, e incluso a los liberales. Pero en cualquier caso, los procesos de modernización –aunque muy moderados– dejaban ver, también, a “verdaderos proletarios” como los mineros, los ferroviarios o los gráficos, quienes pusieron en pie los primeros experimentos sindicales que se proyectaron a la política a través de pioneros partidos socialistas (en la práctica, partidos de los propios sindicatos, que funcionaban regionalmente)⁵². Los años veinte son, así, un periodo de aparición de nuevos actores: a los mencionados obreros “modernos” se sumaron los estudiantes, cuyo inconformismo los llevó a distanciarse de su propia clase para buscar alianzas con trabajadores urbanos, al tiempo que estos últimos buscaron tender puentes con los indígenas de las comunidades y las haciendas.

Las ideas renovadoras provenientes de la revolución rusa y mexicana –y de experiencias como la del APRA peruana, así como de las filosofías vitalistas en auge–, comenzaban a hacer mella en un país que parecía lejos de haber podido construir una verdadera nación y ponían en tela de juicio a quienes *imaginaron la comunidad imaginada*, que había colocado a una minoría blanco-mestiza en la cúspide y a la mayoría indígena fuera de cualquier pretensión de ingreso a la fortaleza blindada de la ciudadanía, reservada para unos pocos. Es precisamente en 1925 –durante los festejos del Centenario de la República– cuando la impugnación a la nación oficial, y los intentos por romper los techos de cristal construidos por las élites, alcanza nuevas dimensiones y coloca a los estudiantes inconformistas como un nuevo sujeto

⁵¹ Sobre la ética del trabajo de los artesanos anarquistas y la crisis del mundo artesanal, narrada por los propios actores como historia oral, *cfr.* Lehm y Rivera, *Los artesanos libertarios...*, *op. cit.*, pp.119-152.

⁵² Sobre las transformaciones en la minería y la emergencia de una nueva identidad de clase, *cfr.* Gustavo Rodríguez Ostría, “Los mineros de Bolivia en una perspectiva histórica”, en *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 8, N° 24, enero-abril, 2001, pp. 271-297. Como advierte el autor, para los mineros, pero vale para todos estos sectores “modernos”, no hay que considerar cambios radicales entre nuevas y viejas formas de organización sino concatenaciones y recreaciones de diversas tradiciones en los nuevos contextos (“La hermenéutica de la acción minera mezclaba por ello mismo las conductas preindustriales del motín y del tropel con las ‘modernas’ huelgas obreras” (p. 278)).

sociopolítico. Además de cuestionar a la nación liberal-conservadora heredada, muchos de ellos impugnaban la forma de “gobernar a patadas” de Saavedra, a quien asimilaban con los caudillos del siglo XIX, precisamente esos que el liberalismo procuró dejar atrás. En este sentido, el Centenario, detrás de los fuegos de artificios de las celebraciones, operó como un momento de introspección. Las “taras” que los “darwinistas a la criolla” atribuían a los indios (y pesimistas/degeneracionistas como Arguedas a la nación toda) cobraban otro sentido: comenzaban a ser leídas como el resultado de un régimen concreto de dominación que era menester dejar atrás. Cabe destacar, además, que ese régimen empezaba a ser visualizado en un contexto más amplio de relaciones desiguales –respecto al orden mundial– a través de la lente de las ideas antiimperialistas y latinoamericanistas cuya circulación estaba anudada a la iniciativa de los activos viajeros intelectuales del periodo, como Alfredo Palacios o José Ingenieros, pero también a las obras de José Enrique Rodó, José Carlos Mariátegui, José Vasconcelos –y en ultramar, de Romain Roland o Henri Barbusse– entre varios otros⁵³.

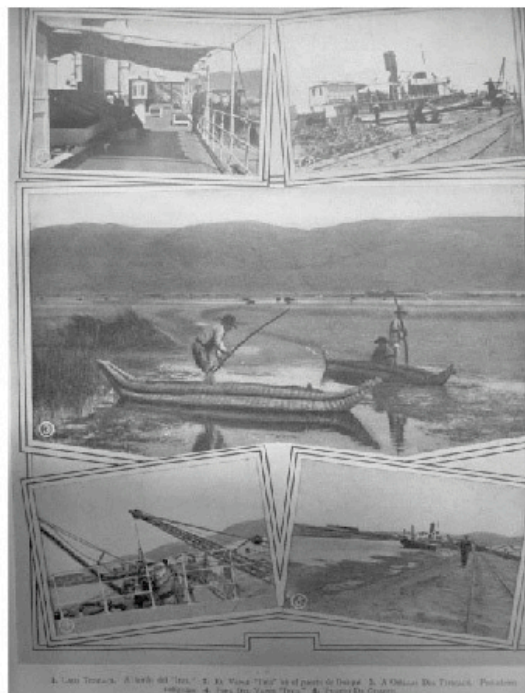
En esta primera parte nos enfocaremos en las formas que tomaron estas impugnaciones a lo que aparecía como una nación quimérica, las dimensiones que adquirieron los nuevos agrupamientos, los esfuerzos de los trabajadores por desbordarse del sindicalismo mutualista hacia la puesta en marcha de partidos socialistas con base sindical, y las apuestas de los estudiantes inconformistas en esta nueva realidad, sin olvidar cómo estas nuevas ideas fueron *usadas* para organizar lenguajes y nuevas fuerzas reformistas y/o antisistémicas que buscaban ser “contemporáneas de su tiempo”. Revistas como *Arte y Trabajo* nos proporcionan, en este marco, una buena base de apoyo para analizar la circulación de estas ideas (que incluían un decidido entusiasmo por los descubrimientos científicos pero también cuestionamientos al materialismo liberal en clave espiritualista) a partir de sus soportes materiales y redes intelectuales que daban vida a nuevas sociabilidades que permitían desnaturalizar las exclusiones y opresiones sobre las que se había construido Bolivia y leerlas desde perspectivas renovadas. Estos inconformistas dieron forma a un núcleo generacional cuyo tránsito informa sobre diferentes experimentos en favor del cambio (y la igualdad) social, pero también sobre las dificultades para dejar atrás un pasado considerado ominoso.

⁵³ Cfr. Patricia Funes, *Salvar la Nación...*, *ob. cit.*; Martín Bergel, “Latinoamérica desde abajo. Las redes transnacionales de la Reforma Universitaria (1918-1930)”, en AA.VV., *La Reforma Universitaria. Desafíos y perspectivas, noventa años después*, Buenos Aires, Clacso, 2008, pp. 146-184.



Imagen de Bautista Saavedra,
Libro del Centenario, 1925.

Portada y foto del interior
del *Libro del Centenario*.



CAPÍTULO 1

El Centenario como realidad y como ilusión

Gobierno plebeyo: entre el paternalismo y la represión

El 12 de julio de 1920, un golpe de estado derrocó al gobierno liberal de José Gutiérrez Guerra (débil y enfermo) y llevó al poder al Partido Republicano, una formación disidente del liberalismo entre cuyos líderes se encontraban Bautista Saavedra, José María Escalier y Daniel Salamanca, que había sido capaz de incorporar a diversos sectores desplazados del Partido Liberal. Se ponía fin así a dos décadas de predominio del liberalismo que, de la mano de ideas positivistas y darwinistas *a la boliviana*, había buscado la superación del atraso y la regeneración racial del país mediante una ideología civilista y un inédito empeño por poner en pie un Estado docente capaz de integrar al indio por la vía de las nuevas propuestas pedagógicas entonces en boga⁵⁴. No obstante, esos esfuerzos liberales encontraron como límite unas ideas que atribuyeron los males nacionales a las “taras” sociales y étnicas (además de los déficits morales) y no al tipo de organización social del país, que más tarde sería denunciada por los inconformistas –socialistas y nacionalistas– como el dominio de la feudal-burguesía⁵⁵.

⁵⁴ Sobre el periodo liberal, *cfr.* Irurozqui, *La armonía de las desigualdades...*, *ob. cit.*; sobre el proyecto de regeneración racial a través de la educación –y de la introducción de la educación física–, *cfr.* Martínez, « *Régénérer la race* », *ob. cit.*. Sobre la Guerra Federal y la alianza entre liberales e indígenas, que allanó el camino al ciclo liberal (1900-1920), *cfr.* Mendieta, *Entre la alianza y la confrontación...*, *ob. cit.*; Ramiro Condarco, *Zárate, el “temible” Willka: historia de la rebelión indígena de 1899*, Santa Cruz de la Sierra, El País, [1965] 2011; Marta Irurozqui Victoriano, “Los hombres chacales en armas. Militarización y criminalización indígenas en la revolución federal boliviana de 1899”, en M. Irurozqui V. (editora), en *La mirada esquiva. Reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en Los Andes (Bolivia, Ecuador, Perú), siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005, pp. 309-310. Sobre la formación del intelectual liberal, *cfr.* Salvador Romero Pittari, *El nacimiento del intelectual en Bolivia*, La Paz, Neftalí Lorenzo E. Caraspas, 2009; Josefa Salmón, *El espejo indígena. El discurso indigenista en Bolivia 1900-1956*, La Paz, Plural, [1997] 2013.

⁵⁵ Sobre la visión patológica del país, *cfr.* Edmundo Paz Soldán, *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*, La Paz, Plural, 2003. A una escala latinoamericana, *cfr.* Patricia Funes y Waldo Ansaldi, “Patologías y rechazos. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana”, en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, nueva época, vol. 1, México DF, septiembre-diciembre de 1994, pp. 193-229. Para el caso de Arguedas, Demélas destaca la condena del mestizaje y el pesimismo moralizador como el

El golpe de estado republicano –motorizado por un partido que había nacido en 1914 como una instancia de los disidentes liberales y los antimontistas⁵⁶ logró atraer a casi todos los descontentos y hacerse con el poder en 1920⁵⁷. Todas las previsiones de la élite apuntaban a posicionar a Daniel Salamanca (ex parlamentario y rico propietario de tierras) como nuevo Presidente, pero las cosas no salieron como fueron previstas y el rápido ascenso de Saavedra cambió la correlación de fuerzas al interior del Partido Republicano.

Aunque la revolución contra los liberales fue dirigida por el mencionado triunvirato, Saavedra –que combinaba enormes dosis de ambición personal con una impresionante habilidad política– logró desplazar a sus adversarios internos y hacerse con el poder. Mientras que, tras el golpe, Escalier se hizo cargo de una posición tan prestigiosa como simbólica (el Ministerio de Relaciones Exteriores), y el otro miembro de la Junta, Juan Manuel Ramírez, asumía en las carteras de Guerra y Hacienda, Saavedra se quedó con el estratégico Ministerio de Gobierno, desde el cual, en un país unitario como Bolivia, podía modificar a su antojo la composición de los poderes regionales, lo que concretó poniendo a sus adeptos a la cabeza de prefecturas

eje de su obra, influida por Taine, Renan, Le Bon y, más aún, de Gobineau, y la diferencia del darwinismo social: “Mucho más próximo a Gobineau que a Spencer, enlaza con una tradición del lenguaje político sudamericano: la condena del adversario en nombre de la moral” (Demélas, “Darwinismo a la criolla...”, *ob. cit.*, pp. 79-80). Una buena biografía intelectual de Arguedas puede encontrarse en Juan Albarracín Millán, *Arguedas. La conciencia crítica de una época*, La Paz, Réplica, 1979. Referido a las limitaciones que mencionamos, Millán señala que “Aunque reformista en la crítica, Arguedas sólo ve perfiles individuales en el atraso. Por esta ausencia de método genético y de contenidos socioeconómicos, sostiene que la decadencia del criollismo liberal obedece sólo a la preeminencia de impulsos egoístas de sus personalidades dominantes”. Su procedimiento consistió en “identificar vicios sociales” para corregirlos después, propiciando un mejoramiento del sistema dentro de los moldes del liberalismo en crisis (p. 35).

⁵⁶ Ismael Montes (1861-1933) fue uno de los hombres fuertes del Partido Liberal y ejerció dos veces como presidente (1904-1909; 1913-1917); durante su presidencia se firmó el acuerdo de paz con Chile de 1904 que selló la pérdida del litoral marítimo boliviano.

⁵⁷ Al republicanismo acudieron antiguos conservadores chuquisaqueños desplazados tras la Guerra Federal [de 1899 que trasladó el poder a La Paz]; artesanos y empleados afectados por la crisis económica y los aspirantes a puestos en la administración que necesitaban un cambio de partido en el poder para acceder a los derechos clientelares (Ferrán Gallego, “La postguerra del Chaco en Bolivia (1935-1939). Crisis del Estado liberal y experiencias de reformismo militar”, en *Boletín Americanista*, N°36 Edicions i publicacions de la Universitat de Barcelona, enero 1987). Como todo partido recién fundado, los republicanos propugnaban elecciones libres y sin violencia, un Parlamento independiente y una justicia libre de la manipulación del Poder Ejecutivo; pero una vez logrado el objetivo de llegar al poder lo trataron de conservar sin demasiados escrúpulos legalistas. Dado que el partido que ejercía el poder no podía perder en unas elecciones censitarias y completamente alteradas, el recambio solía hacerse mediante “revoluciones” (golpes cívico-militares). Esta búsqueda de cargos públicos sin muchos pruritos a la hora de elegir el partido por el cual presentarse está bien reconstruida en la novela *La candidatura de Rojas*, escrita por Armando Chirveches en 1909, en la que cuenta las peripecias de un joven abogado de la élite de provincias que busca desesperada –e infructuosamente– conseguir prestigio y una vida acomodada mediante una diputación. Aunque era ideológicamente liberal (lo que incluía simpatía por el positivismo y rechazo al clericalismo), Rojas se candidató finalmente con los conservadores luego de ser rechazado por los liberales en el poder por tener ya cubierta esa candidatura.

(gobernaciones) y otros cargos provinciales. Incluso logró armar una buena base de apoyo al interior de las Fuerzas Armadas⁵⁸. Carente de un apoyo significativo entre las élites, más cercanas a su contrincante Salamanca, apodado “el Tribuno” y con un importante ascendente entre la juventud universitaria, Saavedra apeló a los sectores plebeyos y comerciales urbanos –una “chusma chola”, según la oposición– con la que ya mantenía lazos desde la fundación del Partido Republicano. Ello, a su vez, abrió canales institucionales para las demandas de los emergentes sectores artesanales y obreros. Fue así como el saavedrismo se pudo imponer fácilmente en la Convención Constituyente de 1921, destinada a legitimar la asonada republicana y, a la postre, mecanismo funcional al encumbramiento de Saavedra como el nuevo caudillo nacional frente a la impotencia de Salamanca y Escalier, que fundaron el Partido Republicano Genuino, férreamente opositor al “caudillo de la plebe” y otra vez cercano a los liberales contra los que habían combatido poco tiempo atrás. Una de las figuras de relieve en el golpe republicano y en el armado político saavedrista en la Convención fue Hernando Siles, llamado a jugar un rol central en la política boliviana en la segunda mitad de la década de 1920.

De los mencionados grupos urbano-populares, el caudillo letrado sacó también una masa de milicianos que constituyeron la Guardia Republicana, un grupo paramilitar en un comienzo utilizado para cimentar su poder y más tarde encargado de neutralizar golpes y revoluciones promovidos por sus opositores, que iban desde sectores del Ejército regular hasta los viejos liberales. Si la Guardia Blanca liberal estaba conformada por jóvenes hijos de la élite, la nueva milicia civil de Saavedra estaba compuesta por los “cholos” urbanos y acabó por estar mejor pagada y por contar con mejor equipamiento que la propia policía regular (e incluso que el Ejército)⁵⁹. Obviamente, esta fuerza –que contaba con su propia banda de música y era mucho más que un simple grupo de matones aunque no ahorrara en brutalidad– respondía directamente al entronado Saavedra, un hombre sofisticado que combinaba una enorme erudición con un castellano propio de los aymarahablantes que delataba unos orígenes

⁵⁸ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, p. 77.

⁵⁹ Robert Brockmann, *El general y sus presidentes. Vida y tiempos de Hans Kundt, Ernst Röhm y siete presidentes de Bolivia 1911-1939*, La Paz, Plural, [2007] 2009, pp. 62-63. Esta constatación no debe ocultar que también los liberales habían organizado sus propias pandillas o “clubes” formados por cholos y sectores sociales bajos cuyo centro de reunión eran las chicherías (*cf.* Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, p. 56).

alejados de la alcurnia hispánica⁶⁰. Fue así, precisamente, como lo describió la revista *Time*: “En Bolivia hay menos blancos que en Minneapolis, y hay unos 3.000.000 millones de indios y cholos (mestizos). Hay un cholo que se llama Saavedra. Bien educado, abogado astuto, fue rector de la universidad estatal; es un hombre viajado. Hace un tiempo condujo una revolución. Ahora es el presidente Saavedra”⁶¹. Por eso, sus adversarios le reprochaban el abismo entre su cultura y su forma de gobernar “a patadas”, apelando a esa “chusma alcoholizada” para poner a raya a los opositores, muchos de ellos estudiantes universitarios provenientes de las élites que admiraban las cualidades de Salamanca, ahora un férreo opositor al republicanismo oficial. Parte de esa chusma eran las “ovejas de Achacachi”, famosas después de que la prensa opositora denunciara que el prefecto (saavedrista) de La Paz utilizaba esa clave para pedir fuerzas de choque al alcalde de esa localidad del Altiplano boliviano.

Saavedra asumió la presidencia el 28 de enero de 1921 y puso en marcha un proyecto tibiamente reformista que mezcló paternalismo y represión, y asumió la necesidad de construir un Estado más autónomo capaz de regular la conflictividad social (así como las disputas intraélites) en un momento en el cual los grupos subalternos –como nunca antes– buscaban formas de autorepresentación influidos por ideas radicales. En algunos aspectos, su régimen represivo, con aspiraciones modernizadoras y apoyo de parte de los sectores populares, puede compararse con el régimen de Augusto B. Leguía en el vecino Perú, en momentos de transición hacia sociedades más urbanizadas⁶².

Para completar el armado de su poder, Saavedra necesitaba un jefe militar ajeno a la desconfianza que sentía hacia la cúpula militar (incluso hacia quienes lo habían llevado al poder mediante el golpe de 1920); esa necesidad abriría las puertas a un militar alemán que había llegado al país varios años antes como instructor, había vuelto a Europa durante la Primera Guerra Mundial y finalmente –ya de baja de la *Reichswehr*– estaba de regreso en los Andes animado por la posibilidad de emprender negocios privados: Hans Kundt.

Pero el destino del militar germano cambió abruptamente con el ofrecimiento del nuevo mandatario, que lo proyectó como hombre fuerte del Ejército, y, como ha

⁶⁰ Fue uno de los introductores de la sociología positivista spenceriana en Bolivia, un erudito profesor universitario y autor de obras clásicas como *El Ayllu*.

⁶¹ *Time*, 12/11/1923, citado en Brockmann, *El general y sus presidentes...*, ob. cit., p. 63.

⁶² Saavedra fue el único presidente que concurrió a los festejos del Centenario de la batalla de Ayacucho, en Lima, en 1924.

señalado Robert Brockmann, lo transformó en una suerte de “general-policía” encargado de desactivar cualquier conato de rebelión interna en unas Fuerzas Armadas siempre incómodas bajo el saavedrismo. Paradojas de la historia: con la finalidad de “limpiar” al Ejército de las influencias liberales, fue un general alemán quien contribuyó a una cierta indianización de la fuerza armada, lo cual fue captado por el ministro plenipotenciario de Estados Unidos en La Paz, Jesse S. Cottrell, quien el 1 de junio de 1925 informaba al Departamento de Estado en términos elogiosos:

Gradualmente, [Kundt] dio de baja del Ejército a todos los oficiales y soldados de ideas liberales y comenzó a construir un Ejército de entre 8.000 y 10.000 efectivos indios aymaras y quechuas. Estableció escuelas en todos los cuarteles, eliminó el uso de coca y alcohol y proveyó alimentación adecuada y acomodación confortable, con el resultado de que hoy Bolivia tiene el mejor Ejército de su historia –el primero que es científicamente entrenado⁶³.

La eficacia de Kundt para montar una enorme red de espías y delatores al interior del Ejército fue clave en la estabilidad política de la que gozó Saavedra pese a todos los intentos por derrocarlo. A ello se sumaron los atropellos a diputados opositores, asaltos nocturnos a las casas de enemigos políticos y manifestaciones callejeras ante el menor conato de rebelión, lo cual tiñó al régimen de un innegable carácter plebeyo⁶⁴.

Como ha señalado Marta Irurozqui, las imágenes de peligrosidad atribuidas desde el siglo XIX, y especialmente a comienzos del siglo XX, a los indios refractarios a la civilización, comenzaron a desplazarse hacia el emergente mundo obrero/artesanal, de la mano de la persistente instalación de la “cuestión social” en el debate político boliviano y de la ampliación de la actividad sindical, a menudo asociada a ideas anarquistas y socialistas de reforma social⁶⁵. Eso no significa que las rebeliones indígenas hubieran desaparecido (ni que el temor a la guerra de razas se hubiera extinguido, como lo dejó en claro la rebelión indígena de 1921, en Jesús de Machaca, cuando los atávicos miedos de los vecinos de pueblo en esas región del Altiplano volvieron a emerger), pero no dejan de ser sintomáticos ciertos desplazamientos

⁶³ US Department State, Serial Files on Bolivia, 1910-29, Records relating to Internal Affairs of Bolivia, National Archives, 824.20/31. Citado en Brockmann, *El general y sus presidentes...*, *ob. cit.*, p. 71.

⁶⁴ Agustín Barcelli S., Agustín Barcelli S., *Medio siglo de luchas sindicales revolucionarias en Bolivia 1905-1955*, La Paz, Ed. del Estado, 1956, p. 104.

⁶⁵ Irurozqui Victoriano, “Partidos políticos y golpe de estado en Bolivia...”, *ob. cit.*

discursivos sobre ellas. La reacción tradicional era denunciar las pulsiones de los indios –especialmente los aymaras– hacia la guerra de razas y el exterminio de los blancos, discurso que tuvo su momento más resonante en los juicios a los acusados por la masacre de Mohoza durante la Guerra Federal de 1899, en los cuales fue precisamente Saavedra quien, como abogado, defendió a algunos de los acusados con argumentos que combinaban percepciones sobre el indio víctima de todo tipo de abusos e iniquidades por parte de hacendados, curas y corregidores, con imágenes del indio criminal y dado a orgías de sangre y utopías de aniquilamiento de la raza blanca⁶⁶. Pero ahora, en los años veinte, había otros elementos en juego, los grupos obreros y sobre todo artesanales advertían sobre otro peligro –la revuelta social–, transformada en el nuevo fantasma que perturbaba a las élites. De este modo, la “barbarie” ya no provenía solamente de los indios sino de una plebe urbana mestiza –tanto en las grandes urbes como en los pueblos– que el saavedrismo supo instrumentalizar en su favor como fuerza de choque contra la oposición liberal y “republicana genuina”. En ese desplazamiento de sentidos, en paralelo a la emergencia de nuevos actores, la principal rebelión indígena de la década –la de 1927 con sede en Chayanta, a la que nos referiremos más adelante– fue duramente reprimida durante el gobierno de Hernando Siles, bajo la acusación de que los indios sublevados estaban influenciados por activistas marxistas (notablemente por el Partido Socialista de Tristán Marof) y buscaban instaurar el comunismo mediante una guerra de razas. Así, la guerra de razas se articuló con la imagen del resentimiento mestizo, que, en el nuevo contexto ideológico post revolución rusa, se manifestaba como lucha de clases⁶⁷ y por medio de ideologías “exóticas” como el comunismo.

⁶⁶ El caso de Mohoza fue clave para estabilizar esa imagen del indio víctima/indio criminal por sus repercusiones y el uso que el liberalismo hizo de la masacre ocurrida durante la Guerra Federal, en la que los aymaras –liderados por Pablo Zárate Willka– combatieron como “ejército auxiliar” del lado de los liberales paceños contra los conservadores de Sucre. Esa masacre es una de las más traumáticas de la historia boliviana. Entre el 28 de febrero y el 1 de marzo de 1899, 120 integrantes del regimiento Pando, varios vecinos del pueblo y la familia Rocha fueron ultimados por un grupo de indios liderados por Lorenzo Ramírez, lugarteniente de Zárate Willka, jefe del ejército auxiliar aymara. El hecho fue particularmente perturbador porque los indígenas eran aliados de los liberales; otras masacres contra los conservadores, como la de Ayo Ayo o Corocoro, no habían provocado tanta excitación entre las élites liberales (de hecho, las aprobaron), pero si los indios podían masacrar a sus aliados eso los mostraba como verdaderamente sanguinarios e incontrolables. Las causas de Mohoza aún son discutidas por los historiadores (en la misma participaron también mestizos), pero en cualquier caso la matanza sirvió para construir una imagen criminal del indio: a semejantes salvajes no podían concedérsele derechos ciudadanos. Sobre este tema, que no podemos desarrollar aquí, *cfr.*, entre otros, Gotkowitz, *La revolución antes de la Revolución...*, *ob. cit.*; Mendieta, *Entre la alianza y la confrontación...*, *ob. cit.*; Condarco, Zárate, *el “temible” Willka...*, *ob. cit.*; Irurozqui, “Los hombres chacales en armas...”, *ob. cit.* Sobre el alegato de Saavedra, *cfr.*: “Proceso de Mohoza. Defensa del abogado Bautista Saavedra. Pronunciada en la Audiencia del 12 de octubre de 1901”, en B. Saavedra, *El ayllu. Estudios sociológicos /Proceso de, La Paz, Librería editorial G.U.M., s/f.*, pp. 133-159.

⁶⁷ Irurozqui, “Partidos políticos y golpe de estado...”, *ob. cit.*, p. 153.

No deja de ser significativo que una huelga general de ferroviarios y tranviarios declarada en enero de 1921 tuviera como caldo de cultivo un hecho en apariencia menor: la “indignación moral” de los trabajadores frente a un agravio sufrido por el “diputado socialista” Ricardo Soruco Ipiña⁶⁸. El ataque verbal fue lanzado por su colega Abel Iturralde, cercano a posiciones clericales y antiizquierdistas, quien amenazó con hacerlo fusilar por sus ideas radicales⁶⁹. Tras ello, la contundente respuesta obrera ante el altercado parlamentario habla de una creciente autoconfianza del movimiento obrero “moderno”, en ese entonces minoritario frente a los sectores artesanales de matriz tradicional, y afincado especialmente en los ferrocarriles, las empresas gráficas y la minería. Como veremos luego, los grupos vinculados al marxismo de la época atribuían a estos sectores un rango superior en la escala civilizatoria frente a unos artesanos “prostituidos” por el alcohol y la inmoralidad, y puestos al servicio del “matonismo saavedrista”.

En este nuevo contexto, no es sorprendente que Saavedra impulsara una legislación social limitada pero inédita hasta ese momento, que incluyó una ley de accidentes laborales, una de jornada máxima de trabajo y otra de indemnización por accidentes mineros. Más importante aún, una iniciativa enviada al Parlamento para reglamentar huelgas y establecer consejos de conciliación entre el capital y el trabajo fue justificada en el hecho de que “el fenómeno de las huelgas se ha presentado entre nosotros como consecuencia de la lucha de obreros de grandes empresas industriales en resguardo de sus intereses de clase”⁷⁰. Estos cambios en la idea de Estado –que promovían el fortalecimiento de sus capacidades reguladoras– quedan bien ilustrados por esta definición aparecida en *La República*, el órgano de los republicanos: “La misión del Estado no es otra cosa que una perpetua transacción o concordancia entre el ideal individual que pugna por salirse de su esfera y el ideal colectivo y político que tiende a centralizar, unificar los distintos sentimientos aislados de los particulares, todo para el

⁶⁸ Soruco Ipiña ingresó al Parlamento en 1921 como candidato republicano pero era considerado un diputado obrero y socialista, especialmente por los sindicatos ferroviarios. En el Congreso defendió la causa obrera desde una perspectiva de izquierda. Son memorables sus intervenciones en repudio a las masacres de Jesús de Machaca y Uncía que mencionaremos más adelante. Trifonio Delgado apunta que ante la negativa congresal a revalidar sus credenciales fue impuesto en su banca por una huelga ferroviaria (Trifonio Delgado, *100 años de lucha obrera en Bolivia*, La Paz, ediciones Isla, 1984, p. 124).

⁶⁹ Al parecer, Iturralde replicó una intervención proobrero de Soruco Ipiña gritándole: “Es usted un filibustero que solo merece el fusilamiento por sus ideas socialistas” (Barcelli, *Medio siglo de luchas sindicales...*, ob. cit., p.p. 94-95; Lora, *Historia del movimiento obrero... 1900-1923*, ob. cit., p. 421). Según Lora el incidente generó una movilización de protesta de 10.000 obreros en La Paz, a la que se plegó el Partido Socialista de Uyuni.

⁷⁰ Barcelli S., *Medio siglo de luchas sindicales...*, ob. cit., p. 104.

bien y el progreso de la patria”⁷¹.

No obstante, en el quinquenio saavedrista no estuvieron ausentes las tradicionales represiones sangrientas, como ocurrió con la rebelión indígena de Jesús de Machaca contra los abusos del corregidor y la usurpación de tierras comunitarias, que provocó la muerte varios vecinos del pueblo –incluyendo al odiado corregidor Lucio Estrada– y la posterior y sangrienta represión militar⁷².

Otro tanto ocurrió en la localidad minera de Uncía, donde los trabajadores del socavón libraron una enérgica batalla por sus derechos a la organización sindical y escribieron una de las páginas más heroicas de la historia social boliviana. Vale la pena detenernos un momento en estas luchas. El 1º de mayo de 1923, los mineros de esta región ubicada en el departamento de Potosí no sólo conmemoraron a los mártires de Chicago, sino que pusieron en pie a la anhelada Federación Obrera Central de Uncía (FOCU), constituida en portavoz de los obreros de la Empresa La Salvadora (del magnate Simón I. Patiño) y de la chilena Estañífera Llallagua, y ferozmente resistida por las patronales mineras.

La voluntad de sindicalización se entrelazó con el rechazo a los abusos cometidos por el gerente chileno Emilio Díaz, y en un clima de creciente descontento y agitación las demandas confluyeron en un pliego petitorio enviado al gobierno en La Paz, al que los mineros consideraban si no aliado al menos neutral en el conflicto. Incluso, en sus esfuerzos por expulsar al gerente, la FOCU envió un telegrama a la central obrera chilena pidiéndole apoyo contra Díaz por sus “vejámenes y ultrajes deprimentes” dejando constancia –no obstante– “que obreros ésta proceden sin reparos nacionalidad, inspirados solamente defensa proletarios que no conocen fronteras”. De hecho, los migrantes chilenos a las minas bolivianas eran agentes de agitación y transmisión de ideas clasistas. El telegrama iba firmado por Guillermo Gamarra, el presidente de la Federación, que se había formado en las ideas socialistas en el Centro Obrero de Estudios Sociales de La Paz⁷³. Uno de los vocales era Milquíades Maldonado, quien más tarde migró a Argentina donde entró en contacto con la Internacional Sindical Roja y a su regreso, como imprentero –según Lora– se volvió un distribuidor de *El Trabajador latinoamericano*, el vocero sindical de la Internacional Comunista.

⁷¹ “La oposición”, *La República*, La Paz, 7/6/1923, citado en Irurozqui, “Partidos políticos y golpe de estado en Bolivia...”, *ob. cit.*, p. 143.

⁷² Para una documentada exposición de la rebelión, *cfr.* Roberto Choque y Esteban Ticona, *Jesús de Machaca: la marka rebelde 2. Sublevación y masacre de 1921*, La Paz, Cedoin-CIPCA, 1996, especialmente pp. 41-83.

⁷³ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1900-1923*, *ob. cit.*, p. 383.

El gobierno respondió con una actitud ambivalente. Mientras aprobaba casi todo el petitorio –y garantizaba a los trabajadores el derecho a la sindicalización– permitió que la empresa desconociera el acuerdo y actuara decididamente para romper la FOCU. Todo ello pese a que el propio ministro de Fomento y Comunicaciones, Adolfo Flores (quien, según dijo para generar más confianza entre los mineros, había militado en el Partido Socialista argentino), se hizo presente en Uncía, el 19 de mayo, donde dio la razón a la federación en la mayor parte de sus demandas⁷⁴.

En este clima, los mineros se prepararon para la huelga, pero en sus esfuerzos por no quedar aislados en una lejana región altiplánica donde podían ser masacrados como en anteriores oportunidades, buscaron expandir el conflicto buscando el apoyo de otras federaciones, así como de los sindicatos ferroviarios. La respuesta oficial no se hizo esperar y en un aumento de la escalada de violencia fue decretado el estado de sitio. En opinión de Saavedra –como explicó más tarde– “trabajos de subversión” promovían un “paro general de obreros de toda la república”, con obreros armados “con dinamita y armas de fuego”. El envío de fuerzas militares, en medio de tensas negociaciones, engaños y movilización general de la población local, acabó con los militares abriendo fuego contra los movilizados, con un saldo de cinco muertos, según consignaron con nombres y apellidos periódicos como *Bandera Roja*. Aunque en comparación con otras represiones la cifra puede parecer baja, estos hechos pasaron a ser conocidos dentro y fuera de Bolivia como la “masacre de Uncía”. Para Lora “ningún otro acontecimiento ha tenido tanta influencia en la estructuración del movimiento sindical y revolucionario de Bolivia [...] Antes de esta fecha ha habido huelgas y enfrentamientos de las masas con las fuerzas gubernamentales, pero ninguno ha tenido como objetivo la lucha por el derecho a la sindicalización”. Por otro lado, en este caso, “el asesinato colectivo fue consumado por el gobierno que ostentaba con orgullo sus ribetes populacheros”⁷⁵. Sea como fuese, esas jornadas fueron investidas de una épica tal que el 4 de junio fue declarado como el “Día del trabajador boliviano” y desestabilizaron la imagen populista de Saavedra, al menos entre la emergente dirigencia clasista, minoritaria pero cada vez más efectiva para construir imaginarios de autonomía de clase frente a los “partidos burgueses”.

En verdad, pese a su “cara plebeya”, Saavedra logró el apoyo de uno de los tres *barones del estaño*, que habían desplazado a las tradicionales élites vinculadas a la

⁷⁴ También Hernando Siles participó en las negociaciones como delegado del gobierno.

⁷⁵ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1900-1923*, ob. cit., p. 371.

explotación de la plata. Así el magnate minero Félix Avelino Aramayo fue enviado como embajador a París y su hijo Víctor como representante de Bolivia ante la Liga de las Naciones⁷⁶, al tiempo que el gobierno daba un notable impulso al ingreso de inversiones extranjeras y estrechaba los vínculos con los capitales estadounidenses. En ese marco, una de las medidas más significativas de Saavedra fue la apertura de las explotaciones petroleras que comenzaban a desarrollarse en el país a empresas norteamericanas, notablemente a la Standard Oil de Nueva Jersey, que creó como filial local la Standard Oil Company of Bolivia. Pero estas políticas no carecieron de detractores, entre los que se encontraban sectores conservadores que propiciaban la explotación de los recursos naturales por parte de capitales nacionales. Uno de estos conservadores con perspectivas nacionalistas sobre el petróleo fue el mencionado parlamentario de la derecha clerical y antiobrera Abel Iturralde, quien se transformó en un defensor de la renta petrolera para el país, e incluso fue llamado por el escritor Moisés Alcazar el “Centinela del petróleo”⁷⁷, por ser el autor de una ley que limitaba las concesiones petroleras a 100.000 hectáreas.

La Standard Oil, no obstante, no fue afectada por esta ley, porque la norma no tenía carácter retroactivo y fue aprobada después de que la empresa estadounidense adquiriera las concesiones de la Richmond Levering, de Nueva York, y de la William & Spruille Braden⁷⁸. No obstante, las mayores críticas a Saavedra se concentraron en el llamado “empréstito Nicolaus” por el cual el Estado boliviano tomó el mayor préstamo extranjero conocido hasta entonces (33 millones de dólares) en condiciones extremadamente comprometedoras para el erario –y la soberanía– nacional: de acuerdo a los términos del contrato, Bolivia comprometía el total de sus recaudaciones aduaneras (equivalentes al 45% de los ingresos totales del gobierno), pero además brindó seguridades colaterales como valores del Banco de la Nación y bonos de ferrocarril. Empero, el punto más sensible fue la cláusula que establecía la conformación de una Comisión Fiscal Permanente compuesta por tres integrantes, dos de ellos nombrados por los bancos estadounidenses, que debía hacerse cargo de la recaudación de impuestos en Bolivia durante el cuarto de siglo de duración del empréstito⁷⁹. No obstante, pese a que ello implicó una fuerte erosión de la soberanía, algunos reconocen que esa comisión acabó por coadyuvar en la sistematización del

⁷⁶ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, ob. cit., p. 84.

⁷⁷ Moisés Alcazar, *Abel Iturralde, el Centinela del Petróleo*, La Paz, editorial La Paz, 1941.

⁷⁸ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, ob. cit., p. 89.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 91.

arcaico sistema tributario boliviano y terminó siendo elogiada tanto por el gobierno como por la oposición⁸⁰. De hecho, para resolver parte del déficit del Estado, aprovechando el aumento del precio de los minerales que siguió a la crisis de 1920-21, el gobierno aumentó los impuestos a la gran minería, tratando de que, en la nueva coyuntura, la bonanza beneficiara al menos parcialmente a la nación⁸¹. Pero todas estas medidas reformistas se llevaron adelante sin una gran convicción y a menudo el gobierno saavedristas cedió ante las presiones o los cantos de sirenas de la gran minería.

Sea como fuere, Saavedra tuvo la oportunidad de pasar a la historia sobre el final de su mandato, brevemente prorrogado mientras buscaba febrilmente un delfín para mantener su poder tras las sombras. Los festejos del Centenario le dieron una excepcional plataforma para aparecer como el artífice de un ansiado despegue nacional que, aunque se estrellaba contra las evidencias, escenificó el avance nacional y logró, durante unos días, fascinar a los bolivianos con diversos artefactos publicitarios, fiestas populares, y exposición de los progresos técnicos. Vale la pena revivir esos momentos, que como en otros países de la región, constituyeron hitos en los que se luchó –tras los fuegos de artificio– por (re)definir el rumbo del país, en una verdadera disputa por la nación.

La “voz de la centuria”: discursos y contradiscursos en el Centenario

El 5 de agosto de 1925 (el día previo al primer centenario patrio), Oruro despertó con salvas y repiques de campanas, mientras la Banda Departamental recorría toda la ciudad. A lo largo de esa larga jornada habría una misa en la plaza principal, en homenaje a los caídos en las guerras del Acre y del Pacífico, se entregaría la obra de la Avenida “6 de agosto” –que reemplazó al Boulevard del ferrocarril– y asociaciones como la Sociedad Yugoslava de Socorros Mutuos recorrerían en procesión la ciudad. En la noche fue organizada una marcha de antorchas y carros alegóricos, se dispuso la iluminación general de esa importante urbe minera, una banda escolar de Challapata amenizó la fiesta nocturna y el Directorio Obrero Republicano ofreció un banquete celebratorio⁸².

⁸⁰ *Idem*.

⁸¹ En mayo de 1924, en parte para evadir las nuevas tributaciones, Patiño trasladó sus empresas a Estados Unidos, estableciendo la Patiño Mines & Enterprises Consolidated Inc en el estado de Delaware (*ibidem*, p. 92).

⁸² *La Patria*, Oruro, edición especial, agosto de 1925.

De esa forma, Oruro –una ciudad que junto a la más elegante y bella Potosí constituía el corazón económico de un país dependiente de la extracción de minerales– recibía al 6 de agosto entre pitazos de sirenas y de locomotoras (símbolo de la modernidad que justamente buscaba proyectarse en esos cien primeros años de la nación⁸³). Ya el día patrio, una enorme procesión cívica movilizó a sociedades de albañiles, mineros, choferes, electricistas, matarifes, mecánicos, panaderos, sastres y zapateros; además de instituciones como la Filarmónica 1º de Mayo, la Federación de Box o la Sociedad de Fútbol. Las colonias de Alemania, Argentina, Austria, Chile, España, Francia, Inglaterra, Italia, Japón, Estados Unidos, Perú, Yugoslavia, Siria y Palestina atestiguaban que la actividad minera atraía a numerosos extranjeros que se afincaron en esta ciudad del altiplano boliviano y participaron de los festejos junto a las cámaras de Comercio y Minería, que además de los desfiles incluyeron diversos tipos de actividades como corridas de toros y *match* de box⁸⁴.

Estos fueron los festejos en Oruro, y puestas en escena similares se desarrollaron en toda Bolivia. Pero las celebraciones oficiales se concentraron en La Paz (la sede de gobierno) –con el argumento de que era más fácil la llegada de las delegaciones extranjeras–, lo cual dejó en un segundo lugar a Sucre, capital constitucional del país⁸⁵. Ello actualizó la rivalidad histórica. Por ello, en uno de los clásicos conflictos locales que afectan a Bolivia desde su fundación, los sectores regionalistas llamaron a boicotear los festejos oficiales por considerar que la decisión presidencial implicaba “un monstruoso ultraje a Chuquisaca”. No obstante, Saavedra viajó a la capital, donde llegó

⁸³ Françoise Martinez, “Monumentos de papel. Las obras conmemorativas publicadas en México y Bolivia en el primer centenario de su independencia”, en *Revista Boliviana de Investigación-Bolivian research review*, vol.10, agosto de 2013, pp. 47-90.

⁸⁴ *La Patria*, Oruro, edición especial, agosto de 1925.

⁸⁵ La Paz se transformó en la sede formal del gobierno tras la mencionada Guerra Federal de 1899. La llamada Ley de Radicatoria, aprobada el 29 de noviembre de 1898, que declaraba a la ciudad de Sucre como asiento del Poder Ejecutivo fue la gota que desbordó el vaso en las ya tensas relaciones entre La Paz y Sucre. Aunque esta última era la capital formal del país, como solía decirse los presidentes bolivianos “gobernaban desde el caballo”, y en verdad, pasaban más tiempo en su sede pacaña –el conocido como Palacio Quemado– que en la “culta Charcas”, como era llamada la capital constitucional de la República, mucho más aristocrática que la urbe mestiza y “acholada” del Altiplano, y heredera de las familias patricias que manejaban el país en la era colonial. Como reacción a la nueva “Ley de Radicatoria”, votada por el Parlamento en diciembre de 1898 se puso en marcha una insurrección, dirigida –desde La Paz– por una Junta de Gobierno que el 12 de diciembre conformó un poder revolucionario al grito de “¡Viva la federación!” (Irurozqui, *La armonía de las desigualdades...*, *ob. cit.*, p. 107). Tras el triunfo pacaño, los liberales se hicieron con el poder pero abandonaron sus discursos federalistas y reconstruyeron el unitarismo desde La Paz. Un elemento fundamental de este conflicto es que para poder triunfar sobre los conservadores, los liberales se aliaron a los aymaras de Pablo Zárate Willka, que combatió con un “ejército auxiliar” indígena (sobre este tema, que no podemos desarrollar acá, *cfr.*, entre otros, Gotkowitz, *La revolución...*, *ob. cit.*; Mendieta, *Entre la alianza y la confrontación...*, *ob. cit.*; Condarco Morales, *Zárate...*, *ob. cit.*; Irurozqui, “Los hombres chacales en armas...”, *ob. cit.*).

por vía terrestre el 4 de agosto “en medio de ovaciones y aclamaciones del pueblo de Sucre representado por todas las clases sociales”, según el oficialista periódico *La República*⁸⁶. A las seis de la mañana del 6 de agosto, las iglesias de todas las ciudades hicieron repiquetear sus campanas y la población despertó bajo el tronar de las salvas de artillería⁸⁷. Bandas militares recorrieron las ciudades y el presidente Saavedra asistió al Tedéum en Sucre.

En La Paz, una de las actividades más importantes programadas para el mes del Centenario fue la Exposición Industrial Internacional, cuyo propósito era –como en otros centenarios latinoamericanos– “poner en contacto y comunicación más estrecha al mundo comercial boliviano con los fabricantes e industriales del mundo entero”⁸⁸. Para garantizar el éxito de la exposición fue creado el Centro de Propaganda y Defensa Nacional. La idea del gobierno de Saavedra era que todo el mes de agosto fuera de fiesta pero las celebraciones programadas se desarrollaron entre el 5 y el 22, para lo cual el Comité de Celebración del Centenario previó la entrega de una serie de obras, financiadas con el Impuesto Pro Centenario. El mensaje no era original, ya había aparecido en los centenarios de México, Perú, Argentina o Brasil: progreso, administración, orden, luces, civilización⁸⁹. Una operación publicitaria que hoy se llamaría “marca país”. Pero el saavedrismo combinaba políticas sociales limitadas con destierros y continuos abusos de poder, lo cual no era novedoso pero contribuyó a que las celebraciones generaran fuertes expresiones de introspección crítica, especialmente de parte de una nueva generación de estudiantes, más tarde conocida como “generación del Centenario” que simplemente se preguntaba, sin esperar la respuesta, si en verdad Bolivia tenía algo que festejar, al tiempo que denunciaba la “tragicomedia de los cien años”.

Estos jóvenes inconformistas hablaban de la “centuria trágica”, de una “voz mojada en lágrimas pero de la que se exprime sangre” y denunciaban con riesgo de ir a la cárcel que tras el encandilamiento de las avenidas iluminadas, los sonidos de las

⁸⁶ La Liga Cívica de Sucre lanzó un Manifiesto a la Nación solicitando que fueran suspendidos los festejos debido a que los actos oficiales no se realizarían en la capital de la República (Gastón Dick, *Las fiestas del Centenario de la República de 1925*, Bolivia de ayer, Serie: Ciudades de Bolivia de Ayer y Hoy, Vol. 10, La Paz, 2000, p. 51).

⁸⁷ Brockmann, *El general y sus presidentes...*, ob. cit., p. 88.

⁸⁸ Eugenia Bridikhina, “Bolivia en 1925 en busca de una imagen”, Discurso de ingreso a la Academia de Historia, *La Razón*, 29/12/2012 (suplemento Tendencias).

⁸⁹ Patria Funes, “Centenarios en América Latina ¿Canto del cisne del orden oligárquico?”, en Waldo Ansaldi, Patricia Funes y Susana Villavicencio (comps.), *Bicentenario: otros relatos*, Buenos Aires, Editorial del Puerto, 2010, pp. 275-299.

bocinas de las locomotoras y la música de las fanfarrias, y junto a las grandes obras, sólo se procesaba un operativo de legitimación del “matonismo saavedrista”⁹⁰. ¿Acaso expresiones como progreso, administración, orden, luces y civilización significaban algo en esas alturas en el Altiplano?, ¿tenía futuro un conjunto desarticulado de regiones y razas tan lejos de imaginarse como una comunidad nacional? Si el futuro se limitaba a proyectar el pasado sólo debía esperarse atraso, anarquía, represión y degradación moral. También los liberales, desplazados por Saavedra en la revolución republicana del 12 de julio de 1920, se enfrentaron a la fiesta del “tirano”, “verdugo” o “gran simio”.

En todos los periódicos opositores se repitió el argumento: el pueblo no podía festejar la fecha de la libertad cuando esa libertad había sido escarnecida; Bolivia no podía manifestar alegría cuando estaba “gimiendo bajo el tacón de la tiranía de Saavedra”⁹¹.

Los estudiantes sucrenses se declararon en huelga activa contra los festejos e intentaron sabotear el Desfile Escolar en Homenaje a los Cien años de Fundación de la República, cometiendo –según el gobierno– “actos de irreverencia a la bandera”. La respuesta del presidente fue drástica: Saavedra emitió una resolución mediante la cual fue cerrada la Facultad de Medicina –“foco de indisciplina y de desorden”– por cinco meses, “perdiendo el año universitario sus alumnos comprometidos con la huelga y otros actos”⁹². Igual determinación se tomó con el tercer curso de la Facultad de Derecho, el sexto año del Colegio Junín, el cuarto y quinto año del Liceo de Señoritas, y el tercero y cuarto de la Escuela Normal de Mujeres. Pero la huelga estudiantil trascendió las puntuales motivaciones de Sucre y se extendió a varias partes del país. En Cochabamba, según *La República*, estudiantes huelguistas trataron de impedir el desfile escolar “vociferando en la plaza principal a pesar de los pedidos de calma hechos por el prefecto y un honorable caballero”. Los colegios Sucre y Bolívar fueron clausurados mientras los medios oficialistas llamaban a los “imberbes escolares al cumplimiento de sus deberes patrios”⁹³. Pero estas críticas no lograron opacar las puestas en escena del

⁹⁰ “Así deberíamos hablar en esta fecha del 6 de Agosto de 1925. Esta debe ser la voz de la centuria. Voz mojada en lágrimas pero de la que se exprime sangre” (“La Voz de la Centuria”, *Arte y Trabajo* (nueva época), 6/8/1925). La misma revista ironizaba en un editorial: “Cien años más pasarán y la sola disculpa a tanta ignominia será –a guisa de consolación– que el tirano Montes lo fue menos que el tirano Saavedra... Es decir que hay progreso, porque las tiranías son la única cosa en que Bolivia se perfecciona”, “Honor nacional” (*Arte y Trabajo*, 15/12/1922).

⁹¹ Gastón Dick O., *Ciudades de ayer...*, ob. cit., p. 44.

⁹² *Ibidem*, p. 57.

⁹³ *Ibidem*, p. 60.

caudillo, que por esos días buscaba desesperadamente mantener el poder a través de un delfín en el Palacio Quemado.

En una época en la que los *raids* aéreos estaban en boga, se organizó uno para conmemorar los cien años de la “Hija predilecta de Bolívar”, como la historia escolar solía referirse al país andino cuyo nombre fue un homenaje al libertador venezolano. El piloto argentino Juan José Etcheberry voló en un raid de confraternidad argentino-boliviano los 2.800 kilómetros y 19 horas que separan Buenos Aires de La Paz en un biplano Curtiss, con escalas en las que fue agasajado por grandes fanfarrias y “colosales recibimientos al valiente aviador”. En un telegrama desde Uyuni, el piloto advertía: “no se si podré llegar a La Paz que tiene la misma altura [a la que vuela el avión, unos 4000 metros]”. Pero finalmente aterrizó “sin novedad” en el campo de volación [sic] de El Alto el 12 de agosto guiado por el eterno nevado Illimani y por las vías del ferrocarril⁹⁴. En ese marco de entusiasmo con los avances de la aviación y sentimientos patrióticos, la colonia alemana en La Paz donó al gobierno un Junkers F-13 “de puro metal”, que sólo un mes después se convertiría en la primera nave del Lloyd Aéreo Boliviano⁹⁵, fundada por Guillermo Kyllman y una de las primeras aerolíneas de América Latina.

El 15 de agosto fueron inauguradas las sesiones oficiales de un Congreso remodelado; al día siguiente, 20.000 estudiantes, con uniformes provistos por el Estado, desfilaron ante unas 60.000 personas, a lo largo de la Avenida Saavedra –inaugurada para la ocasión en el barrio paceño de Miraflores–. El lunes 17 al medio día, el presidente Saavedra recorrió la bandera que cubría al monumento ecuestre al libertador Simón Bolívar, en la Plaza Venezuela, obra del escultor francés Emmanuel Frémiet, mientras tres biplanos militares “evolucionaban” sobre la ceremonia⁹⁶. Por la tarde, el jefe del Estado se dirigió a la zona de El Alto, hoy una ciudad de un millón de habitantes pero en ese tiempo un inmenso descampado, con una estación de trenes, un retén policial, algunas casas precarias y la escuela de aviación⁹⁷. Allí se desarrolló una de las actividades estrella del Centenario: la parada militar del lunes 17 agosto, “que sería la joya sobre las coronas de los festejos”, bajo el mando del general Kundt. Ese desfile, en el cierre de un mes que buscó transformar radicalmente la imagen del país, tuvo un testigo peculiar: el mayor alemán Adolf Röpnack, parte del grupo del general Kundt, y que sirvió en el ejército boliviano entre 1923 y 1927. El militar –que fue

⁹⁴ Dick O., *Ciudades de ayer...*, *ob. cit.*, pp. 75-76.

⁹⁵ Brokmann, *El general y sus presidentes...*, *ob. cit.*, p. 91.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 90.

⁹⁷ *Ibidem*

inspector de municiones durante la Segunda Guerra Mundial– dejó testimonio de esos momentos en un artículo publicado en una revista del ejército alemán, donde escribió que “la culminación de los festejos del Centenario en todo el mundo sudamericano fue el desfile militar –se puede decir tranquilamente– germano-boliviano del 17 de agosto”⁹⁸. Y agregó un conjunto de impresiones que permiten reconstruir el clima del acto, marcado por la influencia cultural germana personificada en el jefe de las FF.AA. de Bolivia, pero que iba más allá del propio general Kundt, que había llegado a La Paz en 1911 como parte de una misión militar alemana⁹⁹.

El Jefe del Ejército y jefe del desfile, el general Kundt, descendió de la primera gradería y se acercó al carruaje de gala, tirado por seis caballos blancos del cual se apeó el presidente Saavedra. El general reportó las novedades y sonó el Himno Nacional. Los regimientos presentaron armas en filas de acero. Los estandartes bajaron al ritmo de la Marcha Prusiana de Presentación (*Preussische Präsentiermarsch*) [...] ¡Un nuevo cuerpo de músicos hace una figura! Ahí, de manera espontánea, una dama en la tribuna de la colonia alemana exclama en alemán: ‘¡Caramba! Pero si esa es nuestra marcha alemana de desfile, *Du Berliner Pflanze* ¡Qué te parece!’ Y así era en efecto. Al ritmo de esa marcha, acompañada por el bombo de un ejecutante indio con su penacho rojo oscilando, pasó también el Segundo Regimiento¹⁰⁰.

Röpnack consideró al desfile “un gran evento histórico que nunca de repetirá de la misma manera”, una “simple y sencilla tropa morena” que con “su sangre indígena había sido capaz de semejante hazaña a la altura de la cumbre del Montblanc”¹⁰¹. Soldados indígenas capaces, además, de marchar al ritmo del compás y la música de *Lampenputzer ist mein Vater; Alte Kamaraden; Torgauer-Marsch*, “¡e incluso

⁹⁸ Adolph Röpnack, “Aus den Memoiren eines Deutschen Offiziers in bolivianischen Diensten”, en *Deutsches Soldatenkalender*, 1962, pp. 239-242, citado en Brokmann, *El general y sus presidentes...*, ob. cit., p. 90-91.

⁹⁹ Para una historia del general Kundt en Bolivia, *cfr. ibidem...*, pp. 1-410.

¹⁰⁰ *Ibidem*, 91-92. “Después [...] marchó la última tropa montada, el espectacular y hasta entonces desconocido Regimiento Montado en Mulas. Este regimiento había sido formado con todo sigilo en el año previo en un rincón alejado de la cordillera cerca de la frontera argentina, país del que provenían las mulas. Había funcionado de manera espléndida, considerando el difícil manejo de estos animales intratables, los jinetes, sin lanzas naturalmente, iban en uniforme caqui según el modelo de las tropas coloniales alemanas y con sombrero, lo cual los diferenciaba considerablemente de los restantes regimientos”.

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 92.

Fridericus-Rex!”¹⁰². El diario germanoparlante argentino *Deutsche La Plata Zeitung*, reproducía pocos días después declaraciones de Kundt en las que aseguraba que los soldados indios podía ser considerados “los mejores infantes del mundo después del soldado alemán”, ya que, acostumbrado desde joven a la escasez de todo, el indio es “muy poco exigente con la alimentación, vestuario y vivienda, hasta el punto de que en casos de urgencia se contenta en materia de alimentación con algunas hojas de coca. Su aptitud para las marchas y como tirador es muy buena, por su calma, tranquilidad y resistencia física; por su costumbre al frío, al hambre y a la vida mala”¹⁰³. Pero no todos consideraban de esta forma al indio boliviano.

En una columna en *El Diario*, uno de sus periodistas escribió en la sección “Comentarios ingenuos”: “Llegó ayer a la Plaza Murillo un indígena que llevaba sobre sus hombros un poncho de vistosos colores; su sola presencia fue un toque de alarma para el guardián de esa jurisdicción. En términos nada corteses –¿qué cortesía es menester con un autóctono?– el vigilante le notificó la prohibición de atravesar ese paseo y concluyó por echarlo del lugar a empellones sin que aquél se animara a formular la menor protesta. Resulta irónico que uno de los legítimos dueños de la tierra fuera arrojado de ella con la mayor severidad”¹⁰⁴. En efecto, Saavedra había aprobado una resolución que prohibía a los indígenas circular por zonas céntricas vestidos con sus ropas típicas, lo que posiblemente combinara motivaciones racistas con la intención de impedir asambleas de indios que, de la mano de los llamados “caciques apoderados”, venían reuniéndose en las ciudades para organizar las luchas por la tierra, la educación y el autogobierno originario local.

¿Pero qué tipo de nación proyectaba el Centenario saavedrista?

Proyecciones y quimeras del Centenario: la nación y sus indios

Françoise Martínez analiza en el artículo “Monumentos de papel. Las obras conmemorativas publicadas en México y Bolivia en el primer centenario de su independencia”, lo que en ambas naciones proyectaban en sus respectivos Libros del Centenario¹⁰⁵. En el caso del país andino, la obra se tituló *Bolivia en el primer centenario de su independencia*, alcanzó las 1.141 páginas en papel ilustración y su

¹⁰² *Idem.*

¹⁰³ Citado en *Ibidem*, p. 93

¹⁰⁴ Dick O., *Ciudades de ayer...*, *ob. cit.*, p.15.

¹⁰⁵ Martínez, “Monumentos de papel...”, *ob. cit.*

estética lujosa –que incluía tapas duras de cuero con motivos tiwanacotas– abrigaba el deseo de proyectar una nueva imagen del país, “atractivo, turístico, exótico, digno de descubrirse y lleno de potencialidades [para los inversores]”¹⁰⁶. Pero ¿qué es lo que se buscaba mostrar? Básicamente, “una alianza de lo pintoresco y de la modernidad. Así, por ejemplo, se privilegió una foto del Lago Titicaca que juntaba las tradicionales totoras con las grúas del vapor ‘El Inca’”¹⁰⁷. Martínez observa que de Cochabamba, “que solía rimar con paisajes bucólicos, se presentaron los trenes, entonces motivos de orgullo por toda América Latina al constituirse en indicios innegables de progreso nacional”. De las ciudades mineras, “se presentaron los monumentos, casas, avenidas y escuelas, convirtiéndolas en ciudades que podían hacer alarde de su historia y cultura”. Y en este marco, “las pocas llamitas presentes abajo [de una de las fotos] sólo pretenden dar una idea del entorno de la ciudad, un paisaje sosegado y tranquilo”¹⁰⁸.

Como reivindicación del litoral del Pacífico perdido en la guerra con Chile (1879-1883) el libro incluye a Antofagasta, la provincia litoraleña que pasó a manos del país trasandino, desprendiendo a Bolivia de su “cualidad marítima”. Esta amputación de la nación marcaría a fuego a la generación de intelectuales que intervino en las letras y la política en el último cuarto de siglo XIX y la primera década del XX (La “generación de la amargura”):

Los jóvenes indagaron asimismo con instrumentos y conceptos nuevos las razones de la derrota. Hallaron parte de esa respuesta en el pasado anárquico, repleto de golpes de Estado y cuartelazos, en las autocracias personalizadas de militares ignorantes, en la falta de instrucción del pueblo, en la pervivencia del dogmatismo y de la moralidad encogida e hipócrita, reñida con la ciencia moderna, en la estrechez de las relaciones sociales que se basaban en el nacimiento y la herencia, en los rangos¹⁰⁹.

En efecto, a comienzos del siglo XX, Bolivia tenía 1.600.000 habitantes (La Paz era el departamento más poblado con 427.000, 76% de los cuales eran indígenas), y la estimación para 1925 es de aproximadamente dos millones: 900.000 blancos y mestizos

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 68.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 69.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 70.

¹⁰⁹ Romero Pittari, *El nacimiento del intelectual...*, *ob. cit.*. “Esa actitud sería de la juventud [intelectual] se volcó al conocimiento de la geografía, de la historia nacional, de la cultura, de las riquezas nacionales del suelo, y de las potencialidades de la población”, uno de cuyos resultados fue la creación en varias capitales departamentales de sociedades geográficas y de historia (p. 25).

y 1.100.000 indígenas¹¹⁰. Pero más que una nación, el país andino aparecía, según uno de sus referentes intelectuales, Franz Tamayo, como una amalgama de pueblos dispersos sin lazos afectivos ni físicos (debido a la incomunicación terrestre) y sin sentimientos de pertenencia nacionales¹¹¹.

La casa editorial extranjera The University Society Inc se hizo cargo del “Álbum del Centenario”, como fue conocido, aunque la obra fue supervisada por la Presidencia de la República. Con tapa grabada con motivos tiwanakotas, el libro incluye monografías sobre las diferentes regiones de Bolivia, además de un acápite dedicado elogiosamente a la “administración Saavedra”, escrito por Gabriel Gosálvez, quien tendrá un importante rol político en los siguientes años. El estudio preliminar fue escrito por el prestigioso intelectual Daniel Sánchez Bustamante, quien plantea sin eufemismos la visión que las élites del Centenario tenían de la cuestión indígena: “No hay sino un dilema al frente: o se eliminan las razas indígenas implacablemente, para situar en su lugar otras de tinte caucásico, o se las educa e incorpora dentro de la civilización, afectuosamente”¹¹². Educador él mismo –fue ministro de Educación bajo el régimen liberal en los años diez–, Sánchez Bustamante era, sin duda, partidario de la segunda opción, a la que, no obstante, considera muy compleja. Si lo primero “solo se le ocurriría a algún ideólogo vendado ante las enseñanzas sociológicas que expresan que no hay razas incapaces en lo absoluto para la cultura [...] lo segundo es el tema un tanto estropeado de programas y campañas políticas y será una realidad militante y eficaz sólo el día en que aparezcan algunos apóstoles como Pestalozzi o Booker Washington que pongan en el terreno de los hechos lo que no pasa de ser hasta hoy plática circunstancial”¹¹³. Para Sánchez Bustamante, los migrantes indígenas a las ciudades constituyen una evidencia de que la raza puede mejorar cambiando algunos parámetros del medio (alimenticios, educativos, etc.) pero el alcance de “altas cualidades morales e intelectuales” es una tarea de más largo aliento. Estas “no son el fruto improvisado de la escuela sino de una larga elaboración ancestral, y los tres siglos que [los indígenas] llevan de tinieblas y de tristeza sobre su frente no dan margen a ilusiones en ese concepto”¹¹⁴. De lo que se trata, entonces, es de hacer del indio un buen agricultor, preferentemente un agricultor “moderno”. “No es posible sostener que el indio

¹¹⁰ Ricardo J. Alarcón (dir.), *Bolivia en el primer centenario de su independencia*, La Paz, The University society, 1925.

¹¹¹ Martínez, « *Régénérer la race...* », *ob. cit.*, p. 35.

¹¹² *Bolivia en el Primer Centenario...*, p. X.

¹¹³ *Idem.*

¹¹⁴ *Ibidem*, p. XI.

boliviano será de golpe excelente filósofo, fecundo descubridor, jurisconsulto o político”. Por el contrario, “sus aptitudes manuales, su inteligencia práctica, sus virtudes de hogar y su adaptabilidad social, le enseñan como a uno de los tipos étnicos mejor aprovechables en la América. Mil veces preferible al roto chileno o al negro peruano. Excepcionales ejemplares de buenos pensadores, hombres de Estado o empresarios, de pura cepa indígena, tampoco han faltado ni faltarán... malos sobran!”¹¹⁵. Pero donde el indígena es verdaderamente “irreemplazable y maestro es en la agricultura”, lo único que le falta es “conocer y aplicar la máquina, el moderno arado, el fecundo abono y el amor al árbol”¹¹⁶. En síntesis, el indígena no tiene “ninguna tara irremediable”. Pero los remedios no son sencillos ni rápidos. Parafraseando al argentino Juan Bautista Alberdi, Sánchez Bustamante sostiene que si en América, gobernar es poblar, en el Altiplano gobernar es educar al indio.

Sin embargo, estas menciones a los indios no evitaron que estos hayan quedado invisibilizados en la imagen de nación *mostrada* por la lujosa obra. *Bolivia en el Primer Centenario...* presentó unas 500 fotos sin un solo indígena o mestizo en primer plano. Pero sí posaron damas de la élite sonriendo y disfrazadas con los trajes tradicionales indígenas en las galerías¹¹⁷. En otras fotos, los indígenas aparecen como parte del pasado lejano y heroico de Tiwanaku (es decir, como expresión del pasado), o, peor aún, como mendigos: al pie de una de las fotografías se escribe que los soldados muestran su compasión con los indígenas y se ve a dos militares entregándoles unas monedas a dos andrajosos indios, fotografiados entre los centenarios que pedían una limosna en las urbes bolivianas del Centenario con el epígrafe “Caridad militar”¹¹⁸. La Cancillería boliviana recomendaba a las legaciones bolivianas en el exterior que en las ilustraciones sobre Bolivia “no aparezcan tantos clichés de indígenas”, priorizando las imágenes sobre el progreso industrial y urbano del país¹¹⁹.

Es que los “indios”, que según Kundt, podían ser (bajo la jefatura de un prusiano), los mejores soldados del mundo, también podían rebelarse de manera violenta contra los seculares abusos en las haciendas, donde vivían como colonos las iniquidades corrientes del patrón, el corregidor y el cura; en efecto, las rebeliones violentas fueron una constante en la historia boliviana, aunque más violenta aún fue a

¹¹⁵ *Idem.*

¹¹⁶ *Idem.*

¹¹⁷ Martínez, “Monumentos de papel...”, *ob. cit.*, p. 85.

¹¹⁸ *Bolivia en el Primer Centenario...*, *ob. cit.*, p. 14.

¹¹⁹ Bridikhina, “Bolivia en 1925...”, *ob. cit.*

menudo la respuesta del Estado. Eso había ocurrido recientemente con la sublevación de Jesús de Machaca, en 1921, y durante la Guerra Federal, con las ya mencionadas masacres de Mohoza y Ayo Ayo, que aunque habían ocurrido hacía veinticinco años aún proyectaban la imagen de la “guerra de razas” y los peligros de una rebelión general de indios que buscara borrar a los blancos del mapa boliviano. Esta imagen del peligro de la guerra de razas será, como hemos señalado, fundamental en estos años. En plenos preparativos de los festejos del Centenario volvieron a circular rumores de sublevaciones de indios, según denunciaron vecinos de pueblos y autoridades locales. En mayo de 1925, Francisco Guachalla, propietario de la finca Ancoamaya, ubicada en el cantón de Santiago Huata, en la combativa provincia de Omasuyos, pedía amparo y garantías contra las violencias y hechos punibles cometidos por sus colonos, y la investigación policial reveló que los indígenas enviaron comisionados a otras comunidades de Omasuyos y Lacareja para promover una sublevación general¹²⁰. Supuestamente, los indios

contagiados con la propaganda descabellada de los principales caciques de ayllos en toda la república, preparaban un golpe decisivo contra la vecindad de pueblos y más claro desaparecer por completo la raza blanca [sic] y quedar de este modo como ‘señores’ y dueños absolutos tanto de comunidades como de fincas, con autoridades propias, que ello significa el Centenario, señalado para la sublevación¹²¹.

Bajo esta zozobra, los indígenas se limitaron a participar de los desfiles desde “las colinas adyacentes a la avenida [con sus coloridos trajes]”¹²². De este modo, la invisibilización de los indios de carne y hueso, convivía con la exaltación de las “civilizaciones indígenas” precolombinas, cuyos restos de gloria pasada quedaron sedimentados en las ruinas de Tiwanaku, por esos años ya promocionadas por el arqueólogo austriaco residente en Bolivia Arturo Posnansky. Estas ambivalencias traen a la palestra una actitud ya resumida por la historiadora peruana Cecilia Méndez en la fórmula de “incas sí, indios no”, con que la élite peruana pensó el pasado y presente de las poblaciones indígenas en relación a la construcción de la imagería nacional¹²³.

¹²⁰ *Idem*

¹²¹ *Ibidem*

¹²² Jorge Mac Lean: Crónica de las fiestas patrias del primer centenario de Bolivia, 1926. Citado en Bridikhina, “Bolivia en 1925...”, *ob. cit.*

¹²³ Cecilia Méndez, “Incas sí, indios no: Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú”, IEP, en *Documentos de Trabajo* N° 56, Lima, 1996, pp. 1-34.

Aunque más modestas que en México o en Buenos Aires, las celebraciones bolivianas fueron igualmente un éxito. Pero Bolivia estaba en plena ebullición, y detrás de los cambios socioculturales que acompañaban la emergencia de un movimiento obrero más extendido y una expansión de la universidad que ponía en crisis los esquemas de gobierno y educación tradicionales, se iba creando un caldo de cultivo adecuado para la penetración de nuevas ideas renovadoras, en las cuales, la llamada “cuestión social” ocuparía un papel significativo en la conformación de nuevos sujetos y nuevas impugnaciones al orden establecido.



Julio Cordero.
Cholos años veinte y treinta.
Cortesía: Archivo Unidad de Museos
Municipales, Gobierno Autónomo
Municipal de La Paz, La Paz , Bolivia.

CAPÍTULO 2

Cuando la “cuestión social” se politiza: redes de difusión de la idea socialista

Los “hijos del taller” se lanzan a la política: los primeros partidos socialistas

En los años veinte, Bolivia vive un intenso debate de ideas que incluye fuertes desafíos a la estancada estructura política y económica nacional. A pesar de los procesos de urbanización, crecimiento de la clase obrera –aunque con un importante peso de los sectores artesanales– y el auge de la minería, la mayoría de los bolivianos seguía inmersa en un sistema agrario-latifundista heredado del periodo colonial¹²⁴. Esas transformaciones socioeconómicas tuvieron como correlato la expansión de las ideas de reforma social durante los años veinte. Si la intelectualidad crítica de matriz liberal había limitado su proyecto a una suerte de regeneración moral del país¹²⁵, desde los sectores laborales y universitarios irán apareciendo planteamientos –y espacios de sociabilidad político-intelectual– que permitirán constatar que la “cuestión social” finalmente hacía su ingreso al debate de ideas boliviano, incluso si muchos se mostraban escépticos sobre el hecho de que tal “cuestión” existiera realmente en un país atrasado, “feudal” y “de indios” como la nación altiplánica. Por una parte, el Partido Republicano de Saavedra había incluido proyectos vinculados a la cuestión obrera en su programa y sectores laborales importantes adherían a la figura del caudillo letrado¹²⁶.

¹²⁴La Paz se convierte en una metrópolis de más de 150.000 habitantes en 1930. Cfr. Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, ob. cit., p. 189; Lorini, *El movimiento socialista “embrionario”...*, ob. cit.; Schelchkov, “El laberinto boliviano...”, ob. cit.

¹²⁵ Albarracín Millán, *Arguedas...*, ob. cit., p. 32.

¹²⁶ Cfr., por ejemplo, el periódico *El Obrero*, de la oriental región de Beni –dirigido por José M. Prat–, que en su número 3 sostenía esta posición: “los obreros bolivianos encontraron en la asociación el medio para desarrollar su conciencia de clase y encontraron en la tutela legislativa el razonable motivo de poner su mayoría numérica organizada a disposición del actual partido político triunfante [el Partido Republicano] [...] Los obreros del Beni conscientes de sus derechos y deberes se aprestan a llevar su contribución colectiva para el triunfo de las próximas elecciones generales en las personas de don Hernando Siles y don Abdón Saavedra”. Antes del gobierno de Saavedra “la explotación de nuestras riquezas naturales se efectuaba explotando también al obrero nacional, al cual no sólo se le desconocía su

Incluso figuras como el izquierdista Ricardo Soruco Ipiña ingresaron al Congreso a través del republicanismo, aunque al mismo tiempo este “diputado obrero” formaba parte de uno de los partidos socialistas. Por la otra, las federaciones obreras de los distintos departamentos de Bolivia –muchas de las cuales participaron de la revolución antiliberal de 1920– lograron poner en pie partidos socialistas locales¹²⁷.

El movimiento sindical era entonces disputado por anarcosindicalistas, sindicalistas vinculados a los partidos tradicionales y los emergentes comunistas, organizados en la Federación Obrera del trabajo (FOT) y la Confederación de Trabajadores de Bolivia (CTB), además de las numerosas federaciones obreras locales¹²⁸. Este aspecto –la puesta en pie de partidos socialistas regionales– resulta particularmente interesante e ilustrativo de las dinámicas gremial/corporativas que asume la política popular en Bolivia (y esas capas superpuestas de culturas políticas modernas y tradicionales). Se trataba de partidos organizados partir de las estructuras sindicales regionales, en un contexto en el que el movimiento obrero aún no había logrado una efectiva unificación nacional, de allí las dificultades que encontraron los varios intentos de unificar a esos múltiples partidos socialistas obreros en un partido socialista único a escala nacional. Como apuntó correctamente Guillermo Lora, en general se confundían las organizaciones sindicales con los partidos políticos obreros –de allí el hecho de que muchos de ellos perdieran fuerza luego de la contienda electoral, para volver a organizarse a veces con un nombre algo diferente en la siguiente elección–, y era común que estos partidos socialistas obreros concentraran sus fuerzas en las contiendas municipales¹²⁹. El peso del artesanado favorecía, además, el regionalismo y el federalismo sindical y político.

En efecto, “partidos socialistas obreros”, en los que tuvieron influencia las ideas del chileno Luis E. Recabarren, lograron ingresar obreros en los consejos municipales de algunas de las grandes ciudades bolivianas¹³⁰. Y esas victorias conllevaban

carácter jurídico sino también su carácter humano” (*El Obrero*, Órgano de la clase trabajadora de Trinidad, Beni, 25/10/25, p. 1).

¹²⁷ Guillermo Lora, *Historia del movimiento obrero... 1923-1933*, ob. cit., pp. 142 y 147.

¹²⁸ *Ibidem* y Lehm y Rivera C., *Los artesanos libertarios...*, ob. cit.

¹²⁹ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1923-1933*, ob. cit., p. 142.

¹³⁰ Uno de los trabajadores bolivianos que se formó políticamente en el sindicalismo chileno y llevó luego sus ideas a Bolivia fue el sastre Enrique Loza, quien en los años veinte fue uno de los pilares de un movimiento de amplio alcance que se cristalizó en varios partidos socialistas (*ibidem*, pp. 134-135). También Dick Ampuero, quien publicó “Organización sindicalista”, influido por su experiencia en la FOCh. Lora sostiene que el periódico *Despertar*, de la Federación Obrera de Chile, era leído en Bolivia (como mencionamos, el movimiento iba en ambos sentidos, bolivianos que trabajaban en Chile, y chilenos en Bolivia).

importantes acciones en el espacio público, con festejos y manifestaciones de júbilo de los sectores laborales implicados en estos tempranos proyectos de independencia de clase, que sobre todo en el ámbito municipal iba perforando, aunque aún débilmente, el carácter exclusivista de una democracia basada en el voto censitario que exigía saber leer y escribir y poseer autonomía económica.

El primer ensayo registrado en este sentido fue la constitución del Partido Socialista en 1914 (organizado por miembros de la Federación Obrera Internacional – antecedente de la FOT– como Ezequiel Salvatierra)¹³¹. Pero esta experiencia tuvo corta vida. Hacia el mismo año se creó una organización de gran importancia en la difusión de las ideas socialistas (y luego marxistas): el Centro Obrero de Estudios Sociales (COES), animado por el sastre y abogado orureño Ricardo Perales, y que contó con una importante participación de Angélica Azcui. El COES sostenía que “no hay que esperar que otros lo hagan porque eso es imposible, ya lo dijo Carlos Marx: ‘La obra de la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de ellos mismos’”. Como parte de sus actividades puso en pie hacia 1918-1919 el Cuadro Dramático Rosa Luxemburgo, en el que Angélica Azcui tuvo un rol destacado, y junto al grupo “Luz y verdad”, de Arturo Borda, fueron los precursores del teatro social en Bolivia¹³².

Más tarde –ya en 1919– se retomó la propaganda en favor de la conformación del Partido Socialista, que logra plasmarse en los PS de Oruro, La Paz y Uyuni (importante núcleo ferroviario); los panfletos solían ser firmados por “obreros socialistas”¹³³ y en efecto, esa apelación marcará con fuerza los intentos de poner en marcha partidos en los años veinte. La candidatura de “hijos del taller” marchaba en paralelo a los llamados a la independencia de clase y a los notables esfuerzos por sacar a los obreros de la influencia de los partidos tradicionales. Por esos años, la emergencia

¹³¹ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1923-1933, ob. cit.*, p. 131.

¹³² “Fue un ideal el que nos animó querer trocar las ilusiones en realidades y llenos de ardor juvenil nos presentamos en el escenario por primera vez con la obra “El Sendero del Crimen”, escrita por nuestro infatigable compañero doctor Ricardo Perales, la noche del Primero de Mayo de 1918” (Angélica Azcui, “El Cuadro Dramático Rosa Luxemburgo ante la sociedad”, en *Cultural*, revista del Centro Social Educativo, La Paz, 1928; reproducida en Lora, *Historia del movimiento obrero... 1900-1923, ob. cit.*, p.191)

¹³³ Por ejemplo, el titulado “A la clase obrera de Oruro” (1/12/1919) decía: “Los trabajadores que se han agrupado en derredor de la bandera roja; los que han llevado un pan a las víctimas de Uncía; los que han amparado a los mineros de Huanuni, Monte Blanco y Colquiri; los que han pedido leyes obreras al Legislativo; los que están consiguiendo un instituto nocturno para formar bachilleres obreros; en fin, los que han consagrado su vida al servicio de la causa del trabajo, esos han jurado solemnemente en nombre de Dios, de la Patria y del Honor, unirse y llamar a sus hermanos para defender la sagrada enseña del pueblo proletario [...] Obreros: ¿al bando de los ricos y de los pobres? ¡Si sois pobres uníos a nosotros!” (citado en Lora, *Historia del movimiento obrero... 1923-1933, ob. cit.* p. 137). La mención a Dios que vemos acá es bastante excepcional, dado que estos movimientos eran anticlericales y es más bien excepcional.

de la cuestión social quedó plasmada en las “páginas obreras” que algunos periódicos “burgueses” incluían como parte de su modernidad, una inestimable tribuna de difusión de las ideas de la reforma social¹³⁴.

Pese a los esfuerzos de unificación, como el de 1921, siguió habiendo partidos obreros socialistas en La Paz, Oruro, Uyuni, Potosí, Cochabamba y Santa Cruz. Como señalaba el folleto “El socialismo en Bolivia, polémica y didáctica” (1921), “Bolivia tiene que ser arrastrada en el torbellino de la cuestión social, como lo fueron todas las naciones civilizadas”. No obstante, esa publicación consideraba que Bolivia aún no estaba preparada para una revolución que impusiera el “programa máximo del socialismo, con su carácter revolucionario y catastrófico” y que había que bregar por un conjunto de reformas¹³⁵. Otros –como ocurría con el PS de La Paz– estaban influidos por ideales más utópicos, difundidos por Gerardo F. Ramírez, autor del folleto *La sociedad futura*, donde esbozaba una próxima República Federal Socialista en Bolivia¹³⁶. Sin agrupamientos doctrinarios nítidos, estos programas giraban entre el proyecto de la segunda internacional y el marxismo revolucionario, cuyas ideas se iban asentando entre grupos pequeños pero activos de dirigentes obreros y artesanales.

Uno de los voceros del socialismo marxista fue el periódico *Bandera Roja*, a cargo de Carlos Mendoza Mamani, Oscar A. Cerruto¹³⁷, Rafael A. Reyeros y Julio M. Ordoñez, con Felipe Reque Lozano como administrador gerente. Fue una de las publicaciones más importantes de la izquierda radical de los años veinte, con un fuerte contenido anticlerical y antimilitarista. Salió entre 1926 y 1927 y llegó a las 52 ediciones. Algunos de sus redactores colaboraron puntualmente con *Correspondencia Sudamericana* y, en opinión de Guillermo Lora, este periódico puede ser considerado como el primer vocero que pone en evidencia la influencia de la Tercera Internacional en Bolivia. En sus páginas, bajo el slogan “Periódico de doctrina y de combate. Órgano oficial del proletariado”, *Bandera Roja* se convirtió en un vocero de las diferentes

¹³⁴Los dirigentes obreros apreciaban mucho estas tribunas, que resultaron un inestimable espacio de difusión de ideas desde la propia prensa comercial. En 1922, cuando el propietario del diario *El Republicano* se negó a otorgar la página obrera prometida por el director, salió un volante en el que se denunciaba: “El pueblo de Cochabamba sufre un atropello por parte de la burguesía. La clase trabajadora está en el deber de boycotear a ‘El Republicano’”. Firman los “obreros socialistas” de Cochabamba. (Citado en Lora, *Historia del movimiento obrero... 1923-1933, ob. cit.*, p. 153).

¹³⁵ *Ibidem*, p. 149.

¹³⁶ “La sociedad futura”: Conferencia socialista, disertada en la Federación de Estudiantes el 1º de Mayo de 1921, en homenaje a la fiesta universal del trabajo.

¹³⁷ Lora lo considera el “cerebro” de la revista pese a que sólo tenía 15 años. Cerruto colaboró con *Amauta* (dirigida por J.C. Mariátegui). Radicó en Chile y en Buenos Aires, donde fue redactor de la revista *Pan*.

corrientes de izquierda y la redacción fue incrementando la presencia de obreros en detrimento de los intelectuales. Al tiempo que denunciaba los abusos en las minas y las diferentes empresas, no se olvidó nunca de los curas, a menudo atacados con tono violento y con referencias a “la podredumbre moral del clero”¹³⁸. Al mismo tiempo, llamaba a los obreros a solidarizarse con los indígenas frente a los abusos patronales y eran comunes interpelaciones como estas: “Obrero: no permitáis que se ultraje al compañero indio, defiéndelo con energía en toda ocasión”. “Camarada obrero: si ves que un compañero indígena es ultrajado o conducido por la fuerza por un gendarme, soldado u otro, para prestar sus servicios gratuitos, defiéndelo e intercede por él porque es tu hermano”. También recomendaba la lectura de libros como *El derecho de matar*, del peruano Serafín del Mar (en colaboración con Magda Portal), considerada una “hermosa obra revolucionaria [por la] que a su autor le fuera aplicada la ley de residencia”¹³⁹. La dinámica de participación en el terreno social y al mismo tiempo electoral (en ámbitos sobre todo locales) queda bien reflejada en el enérgico artículo que cuenta la elección del “Camarada Dr. Carrasco” como concejal por La Paz, y el “delirante entusiasmo y grandioso desfile triunfal” tras el resultado electoral; sin mencionar el partido que lo llevó en sus listas, *Bandera Roja* habla simplemente del “candidato del proletariado”, lo que deja en evidencia esta visión “sindicalista revolucionaria” de la política radical boliviana, que perdurará hasta nuestros días¹⁴⁰.

Terminada que fue la elección y conocido el resultado, más de dos mil proletarios frenéticos de entusiasmo desplegaron el pendón rojo, organizaron una grandiosa manifestación, colocando al camarada Carrasco en hombros, y dando así varias vueltas a la Plaza España, y recorriendo con atronadores vítores al citado camarada y a *Bandera Roja*, las calles Colombia, Recrero, Lanza, Comercio, dando una vuelta por la Plaza Murillo y continuando por Socabaya y Potosí, para rematar en la casa del camarada Carrasco, situada en la calle Colón, desde cuyos balcones dirigió la palabra, en frases cálidas de agradecimiento y de entusiasmo dicho camarada. También hablaron los camaradas Wenceslao Hermani y Felipe Reque Lozano¹⁴¹.

¹³⁸ “A pesar de todo, el semanario rinde tributo a las condiciones nacionales en que se desarrolla el movimiento sindical: aparece exageradamente anti-clerical, gran parte de sus páginas se dedican a divulgar las ideas del anarquismo, a denunciar la inmoralidad y las arbitrariedades de obispos y curas menores de parroquias. Técnicamente se trataba de un semanario magnífico para la época, impreso a dos tintas y casi todos sus números tenían 12 páginas” (Lora, *Historia del movimiento obrero... 1900-1923*, *ob. cit.*, p. 258).

¹³⁹ La edición fue publicada en 1926 por la imprenta Continental en La Paz.

¹⁴⁰ Se trataba de Demetrio Carrasco, abogado de federaciones y sociedades obreras.

¹⁴¹ *Bandera Roja*, 13/12/1926.

También alcanzaron la victoria candidatos obreros en varios distritos fuera de La Paz; por su parte, en Corocoro se impuso la fórmula de la Unión Obrera, en Uncía triunfó “el camarada Desiderio Aillón M., de la candidatura popular obrera”. Hasta en la lejana y campesina Chayanta llegó al municipio el “camarada Juan Manuel Crespo”¹⁴². Al mismo tiempo, el uso que se le daba a las concejalías y diputaciones obreras (o de amigos del proletariado) resulta muy claro en ocasión de un incidente en el que quedó involucrado el activista Gustavo Navarro (alias Tristán Marof), en la ciudad de Potosí. En el breve período entre su regreso de Europa y su nueva salida de Bolivia, Marof intentó dictar una conferencia en esa urbe colonial, pero sus intentos de difusión de la idea socialista –con consignas como “Minas al Estado, tierra a los indios”– acabaron en un escándalo, con patrullas policiales para impedirle y movilización obrera para apoyarla. Al salir de su alojamiento, el político socialista fue notificado de la prohibición de la conferencia y posteriormente fue “expulsado” de Potosí¹⁴³. El conflicto siguió; Marof era un verdadero agitador de ideas que no se rendía con facilidad (aunque su victoria fue muy provisional y poco tiempo después debió huir hacia Argentina luego de ser apresado en agosto de 1927). Haciéndose eco de la batalla por la libertad para difundir ideas radicales, *Bandera Roja* publicó un largo artículo, en el que, con tono optimista, informó sobre la victoria obrera contra el prefecto potosino.

El periódico proletario informó que con motivo del “grave atentado” perpetrado contra el “hábil y temido conferencista Gustavo Navarro” se organizó una interpelación al Ministro de Gobierno por parte del “diputado obrero y socialista Soruco Ipiña”, en la que el parlamentario exigió al funcionario que manifestara con claridad “si la propaganda del sindicalismo marxista y de cualquier otra doctrina moderna estaba reñida con la Constitución”, que explicara “por qué había cometido el prefecto de Potosí el delito al que hemos hecho referencia y cuáles eran las medidas que había tomado el gobierno para el castigo del culpable”. Para presionar el gobierno, el sindicalismo llenó de trabajadores las galerías del Congreso, en una imagen que grafica el clima de extensión de la organización obrera bajo la administración de Hernando Siles (1926-1930) y la propia evolución político/social del país que se estaba produciendo. Así describe *Bandera Roja* la interpelación parlamentaria:

¹⁴² *Bandera Roja*, 16/12/1926, citado en Lora, *Historia del movimiento obrero... 1900-1923, ob. cit.*, p. 266.

¹⁴³ Agradezco a Hernán Topasso varias precisiones sobre estos hechos en una conversación informal.

Ante la justa ansiedad del pueblo obrero que se había agrupado en el recinto de la cámara baja, el representante del ejecutivo declaró enfáticamente que *según dispone la Carta Magna y las leyes de la república podía hacerse cualquiera propaganda doctrinal y cualquier manifestación del pensamiento*. Dijo también que *el prefecto de Potosí sería destituido luego de ser juzgado por la Corte Superior de aquel distrito*.

Y la cámara por gran mayoría aprobó la dispensación de trámites de la siguiente minuta de comunicación presentada por el diputado socialista: Dígase al Poder Ejecutivo que la Cámara de Diputados considera necesario garantizar *en el país, sin limitación alguna, la propaganda de todas las doctrinas sociales, tendientes al mejoramiento de las clases trabajadoras*¹⁴⁴.

Otro propagandista de la causa socialista de la segunda mitad de los años veinte fue Moisés Dick Ampuero, quien en 1923 dice haberse presentado a las elecciones como “candidato obrero comunista”¹⁴⁵ y tras su destierro de Bolivia estableció sólidos vínculos con el sindicalismo y la izquierda chilena¹⁴⁶. El folleto más importante de Dick Ampuero es *Organización sindicalista* (1926), marcado por un fuerte tono autorreferencial¹⁴⁷. De hecho, escribe que “para evitar adulteraciones o falsas interrogaciones, todo folleto del autor lleva su sello: Taller Artístico de pintura M. Dick. A.”. En efecto, el dirigente sindical parecía seguro de que con su retorno a Bolivia se iniciaba el cambio social (por eso fecho el follero estaba fechado en el “primer año de la etapa revolucionaria de Bolivia”) y que su convocatoria permitiría poner en pie una poderosa Federación Obrera de Bolivia, adherida a la Internacional Sindical Roja, organizada siguiendo el ejemplo de la Federación Obrera Chilena (FOCh). Para ello se

¹⁴⁴“Un hermoso triunfo de la causa proletaria”, *Bandera Roja*, 14/2/1927, p. 2 (cursivas en el original).

¹⁴⁵ Lora señala que si esa información es cierta, sería el primero en utilizar ese rótulo en una contienda electoral.

¹⁴⁶ Dick Ampuero estaba enemistado con Reque Lozano y *Bandera Roja*, a la que consideraba un “pasquín”, pero no son claros los motivos de la disputa, en general refiere a conflictos coyunturales que llevan a Dick Ampuero a acusar a Reque Lozano, Exequiel Salvatierra y Moisés Álvarez de “vender la causa proletaria” (M.L. Dick Ampuero, “Preparando una respuesta. Al pasquín ‘Bandera Roja’”, 2/2/1927).

¹⁴⁷“Esta obra fue escrita en Copacabana de regreso del Ostracismo, después de haber militado en los Sindicatos de Chile y de haber sido Consejero de las Organizaciones del Perú. En Junio 16 de 1923, [Dick Ampuero] fue deportado por el Tirano Saavedra, de Potosí, por haber terciado como Candidato Obrero Comunista, por la Capital de Potosí y Provincia Frías, en las elecciones de ese año; arrojado a Chile, ingresó el autor, inmediatamente, en la Federación Obrera de Chile, donde habría ocupado (no hemos podido verificarlo) los siguientes cargos:

Secretario de la Junta Provincial (cabeza o dirección de los Sindicatos).

Secretario General del Consejo de Oficios Varios.

Secretario General y Organizador de la Federación de Comerciantes Ambulantes

Secretario de la Juventud Comunista.

Secretario General del Comité Departamental del Partido Comunista de Antofagasta.

Secretario General del Grupo Comunista Boliviano Organizado en Chile”.

dedicó a elaborar –en eso consiste básicamente el folleto– el “Programa y estatutos de la Federación Obrera de Bolivia”. En él se considera a la propiedad privada “el germen de la desgracia humana”, por lo que se proponía abolirla, junto con el salario y la desigualdad social¹⁴⁸. No obstante, la nueva central sindical deberá dotarse –sostiene– de un programa de acción inmediata que incluye la lucha “contra el alcohol y otros vicios: juegos de azar, boxeo, carreras de caballos, peleas de gallos, corridas de toros, y lucha romana”, y el impulso a escuelas, bibliotecas e imprentas, y cooperativas de consumo¹⁴⁹.

Por esos mismos años, el periódico *El Socialista*, “Órgano del proletariado socialista de Sucre” y tribuna del Partido Socialista de Marof (donde militaba Rómulo Chumacero) bregaba también por la autoorganización política de clase y el rechazo a los partidos tradicionales. En uno de sus primeros números, sostiene que “el obrero que se afilia a un partido burgués, llámese republicano, liberal o ‘mamón nacionalista’ es un traidor a su clase¹⁵⁰, al tiempo que establece vínculos entre la causa socialista y “la causa de Cristo”¹⁵¹. Todos los miércoles a las ocho de la noche, en el local de la FOT, el periódico organizaba las “Conversaciones socialistas”, en la que todos los obreros estaban invitados a “nutrirse de nuestras ideas o refutarlas, si [lo] creyeran conveniente”.

En sus páginas, *El Socialista* difundió el Tercer Congreso obrero reunido en 1927 en la ciudad de Oruro, presidido por Chumacero. Según reportó, participaron dirigentes universitarios (como Rafael Reyerros y Manuel Frontaura Argandoña) y “varios indios fueron a presentar sus quejas” ante el cónclave de los trabajadores, lo cual se correspondía con el esfuerzo de partidos como el de Marof por establecer vínculos con los caciques apoderados indígenas, como veremos más adelante. Carlos Mamani, delegado por La Paz, propuso un homenaje a los proletarios caídos durante la sangrienta represión de la huelga minera de Uncía (bajo el gobierno de Saavedra) y, en ese marco, se aprobó su propuesta de declarar el 4 de junio como el Día del obrero boliviano junto a la iniciativa de enviar a los trabajadores de Estados Unidos un voto de protesta ante la sentencia a muerte contra Sacco y Vanzetti.

¹⁴⁸ Moisés Dick Ampuero, *Organización Sindicalista*, Biblioteca Revolucionaria, La Paz, [s.n.], 1926, p. 12.

¹⁴⁹ *Ibidem*, p. 13.

¹⁵⁰ *El Socialista*, Sucre, 24/1/1927.

¹⁵¹ *El Socialista*, Sucre, 19/2/1927.

Arte y Trabajo: un espacio para la intelectualidad crítica de Cochabamba

Si las ideas se anclan en dispositivos materiales que permiten su circulación y la construcción de espacios de sociabilidad¹⁵², vale la pena enfocarnos en una de las revistas más importantes de los años veinte como espacio de difusión de sensibilidades inconformistas en un formato que trascendía el periódico partidario o las revistas culturales o literarias de pequeños círculos. *Arte y Trabajo* funcionó como una revista comercial y, al mismo tiempo, como difusora de las ideas de renovación social que ya se discutían desde hacía tiempo en otras partes del mundo y luchaban por ingresar a Bolivia¹⁵³.

Guillermo Lora escribió que *Arte y Trabajo* no sólo tuvo importancia dentro del movimiento obrero o de tal o cual secta izquierdista, sino que fue la expresión de la cultura del país en un cierto momento. Quizás dicho así suene algo exagerado, pero ciertamente la revista habilitó la confluencia de una cierta sociabilidad crítica cochabambina¹⁵⁴. En esa medida, funcionó como una “estructura de sociabilidad” o un “tejido humano”¹⁵⁵ para quienes ya podían considerarse parte de la “generación del Centenario”, un grupo de jóvenes contestatarios que vivían con hastío la monotonía de la vida pueblerina de la élite cochabambina¹⁵⁶, levantaban banderas juvenilistas de renovación moral, se sentían influidos de manera más o menos difusa por las nuevas ideas radicales y rechazaban con virulencia la política caudillista de entonces, considerada causa de la decadencia nacional. El factótum de la publicación fue un singular personaje que adhería al anarquismo, aunque no formaba parte de ningún grupo: Cesáreo Capriles López.

¹⁵² Pluet-Despatin, “Une contribution a l’histoire des intellectuels...”, *ob. cit.*

¹⁵³ Consultamos los ejemplares de la revista en el Archivo y Biblioteca Nacionales de Sucre, la Biblioteca Municipal de Cochabamba y el archivo personal de José Antonio Arze. Agradezco a Alber Quispe, quien me facilitó fotocopias de varios ejemplares.

¹⁵⁴ Cochabamba fue históricamente un importante centro de producción de ideas en Bolivia, especialmente marxistas y nacionalistas, con una activa casa de estudios: la Universidad Mayor San Simón, editora de publicaciones importantes como la *Revista Jurídica*.

¹⁵⁵ Pluet-Despatin, “Une contribution a l’histoire des intellectuels...”, *ob. cit.*, p. 125-126.

¹⁵⁶ Terán remarca esta cuestión –la del hastío– en el joven Mariátegui cronista parlamentario, y en sus notas sobre la política oficial, que llevaban títulos como “No pasa nada”, “Pereza”, “Monotonía”, “Languidez”, “Fastidio cotidiano”, “Nos aburrimos”... (Oscar Terán, *Discutir Mariátegui*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1985, p. 31).

Arte y Trabajo y *el inconformismo cochabambino*

El historiador Andrey Schelchkov dijo una vez que un personaje histórico con una biografía extraordinaria no es extraño en un país como Bolivia. “Parece que la propia tierra dota a sus hijos de una suerte única. Bolivia –añadía– da al mundo innumerables ejemplos de destinos extraños, de peripecias contradictorias, de historias trágicas pero, lamentablemente, su historia es a menudo olvidada por sus propios habitantes”¹⁵⁷. No estaba hablando de Cesáreo Capriles López, pero esta frase se ajusta exactamente a su doble destino de personaje fuera de lo común y luego olvidado. Claro que en este caso, como veremos luego, el propio Capriles contribuyó activamente a construir su propio olvido, a que no quedara registro alguno de él para las generaciones futuras. No lo logró por completo, pero estuvo cerca. De hecho, hoy no tenemos siquiera una fotografía para conocer a este personaje, dicen que delgado, enhiesto y taciturno, y que exponía sus puntos de vista con una franqueza que desafiaba cual bomba al orden establecido.

Hacer historia intelectual sobre él constituye una especie de profanación de su voluntad de desaparición, de llevarse con él fotos, recuerdos, cartas y cualquier cosa que testimoniara su paso por el mundo y, más aún, su influencia sobre el escenario político cochabambino en los años veinte, treinta y en mucha menor medida en la década del cuarenta. Sin embargo, no debemos exagerar este perfil “excéntrico”, aunque en efecto le cabía a la perfección. Para el periodo previo a los años treinta, personajes así no son tan infrecuentes en América Latina. Se trataba de hijos descolocados de la élite, influidos por un conjunto de ideas donde se entrecruzan ideales libertarios con cierta visión elitista (y hasta racista), el nietzschianismo se combinaba a menudo con un higienismo social puritano, y el apoyo a la organización de los trabajadores no parecía contradictorio con la creencia en el individualismo como motor de la modernización¹⁵⁸. Hoy aparecen como personajes románticos, egocéntricos, perdedores natos, que brillan respecto al modelo de militante partidario disciplinado, a menudo gris y aséptico, que se fue imponiendo de la mano de la homogeneización de la cultura comunista promovida por la Comintern, especialmente tras la *bolchevización* de los partidos después de la Primera Conferencia latinoamericana, que abordaremos más adelante, y el debilitamiento y/o desaparición de las corrientes libertarias en beneficio de la

¹⁵⁷ Andrey Schelchkov: “Roberto Hinojosa: ¿revolucionario nacionalista o Goebbels criollo?”, en *Izquierdas*, N° 2, Santiago de Chile, 2008, versión *on line* consultada el 10/1/2011, disponible en <http://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/izquierdas/article/view/964>.

¹⁵⁸ Agradezco a Horacio Tarcus el intercambio informal sobre este tema.

estructuración de campos políticos más institucionalizados, dominados por nacionalistas, socialistas y comunistas ya organizados bajo formas partidarias más sólidas, modernas y jerárquicas¹⁵⁹. En ese sentido, pese a sus innegables costados quijotescos, es posible encuadrar a Capriles en un *ethos* militante propio de los años 20: junto a algunos proyectos alocados, el intelectual ácrata logró poner en pie una publicación que sobrevivió más de una década, y consiguió articular durante varios años un significativo espacio intelectual mediante la revista *Arte y trabajo*, cuyo primer número vio la luz en 1921, además de mantener vínculos con las organizaciones obreras cochabambinas¹⁶⁰.

Capriles nació en 1883 en el seno de una familia culta y fervientemente católica de Cochabamba. Su niñez se desarrolló en lo que entonces era un apacible poblado en la zona valluna de Bolivia pero, dadas las condiciones socioculturales de su hogar, tuvo acceso a una nutrida biblioteca familiar. En efecto, no podemos entender el devenir posterior del joven Capriles sin ese vínculo con la lectura, que lo fue llevando por el camino de las ideas inconformistas y radicales que marcarían su vida. Al parecer –no existe una biografía en el sentido estricto de la palabra y cualquier reconstrucción de su vida tiene baches y aspectos conjeturales– accedió a textos anarquistas a través de un fotógrafo italiano, apellidado Modotti, que tenía su taller en la Plaza 14 de Setiembre, en el centro de la ciudad. Así, el joven inquieto habría comenzado a leer a Bakunin, Faure, Tolstoi, Proudhon y Kropotkin¹⁶¹. En su investigación sobre el anarquismo boliviano, Huáscar Rodríguez García encontró una carta en la que Capriles cita a los franceses del siglo XVI Montaigne y La Boétie, este último autor de los discursos sobre la servidumbre voluntaria. Estas lecturas fueron llevando a Capriles hacia el anarquismo individualista o filosófico, al mismo tiempo desarrollaba una irresistible pasión por la astronomía (la farmacia “Cosmos”, que regenteó en los últimos años de su vida, y que

¹⁵⁹ Los jóvenes Leopoldo Lugones y José Ingenieros entran dentro de esta tipología, a la que se suman muchos otros, como Germán Avé Lallemand, que combina la citada mezcla de actitud *pioneer*, individualismo, socialismo y racismo (Cfr. Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina...*, ob. cit. pp. 176-267). Sobre el mundo anarcosocialista atravesado por el iluminismo, la política como pedagogía, el higienismo social y el afán modernizador a través de las nuevas tecnologías –aplicadas no sólo a la industrialización sino al servicio del pueblo, especialmente a través de la educación– cfr. Dora Barrancos, *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Contrapunto, Buenos Aires, 1990.

¹⁶⁰ Nivardo Rojas, “Recordando al semanario Arte y Trabajo”, *Bolpress*, 7/11/2005.

¹⁶¹ Rodríguez García, *La choledad antiestatal...*, ob. cit., p. 332. Las cartas fueron consultadas por Rodríguez en el archivo privado de Luis Alberto Ponce, hijo de Luis Ponce Suárez, amigo de Capriles y colaborador de *Arte y Trabajo*.

sigue en pie en la plaza de armas de Cochabamba, queda como recuerdo de esas aficiones) y un interés por la minería, área en la que trabajaría brevemente en Estados Unidos. Es difícil, en un personaje como este, separar la realidad de la mitología construida alrededor de su figura. Guillermo Lora, por ejemplo, señala que Capriles poseía “una fortaleza admirable y, con los músculos debidamente templados, era capaz de cubrir a pie enormes distancias a un ritmo acelerado y casi sin consumir alimentos. Es fama que de Oruro a Cochabamba se trasladaba en dos días y sin llevar impedimento de ninguna clase”. Capriles –arriesga Lora– se nos antoja una especie de John Muir criollo, con la diferencia substancial de que nunca llevó libreta de notas¹⁶². Su personalidad sedujo al político y escritor trotskista, que no era afecto a elogios fáciles hacia quienes defendieron ideas antisistémicas antes que él: “Todo obrero tenía abiertas las puertas de su casa para ir en busca de consejo o aliento. Se descubre fácilmente su finalidad, empujar hacia delante el proceso social”¹⁶³.

Uno de los proyectos más singulares de Capriles lo llevó adelante en su juventud, cuando ya la idea de sacar a Bolivia del atraso había germinado en su cabeza y –como sería una marca en su vida– se lanzó a una aventura romántica: con un pequeño capital obtenido de un regalo paterno y de una “sociedad” que armó con un amigo de su padre –Teodomiro Estrada, con quien compartía la pasión por la astronomía– puso en marcha su plan: instalar teléfonos en Uncía, una aislada localidad minera del Norte de Potosí, donde se produjo la masacre de 1923. En 1906 llevó los postes, cables y equipos desde La Paz, a lomo de mula. Previsiblemente, el plan fue un fracaso, y Capriles quedó varado en ese pueblo de montaña donde, para intentar recuperar el capital perdido, terminó trabajando en una pulpería¹⁶⁴. La situación se le volvió insoportable.

En sus cartas a Estrada, Capriles transmitió la angustia que le provocaba ese sitio sórdido y de clima hostil, y la creciente aversión que fue acumulando frente al alcohol. “Todos estos días ha habido que entendérselas con los borrachos y con los copteles [sic]. [...] Quisiera dormir un sueño tranquilo y no despertar jamás. Me desagrada tanto este lugar y me aburre todo que no sé donde quisiera huir”. En otra parte agrega: “Mi estado es peor que el suyo, a usted aqueja un mal físico, en mí el alma está muerta [...]

¹⁶² Lora, *Historia del movimiento obrero... 1923-1933*, ob. cit., p. 107. Se refiere al explorador y naturalista escocés que vivió entre 1838 y 1924 y escribió numerosos artículos y libros de sus viajes.

¹⁶³ *Ibidem*, p. 111.

¹⁶⁴ Rodríguez García, *La choledad antiestatal...*, ob. cit., p. 331.

Las noches son terribles, los días desesperantes y este lugar me parece un infierno”¹⁶⁵.

La historiografía es una especie de permanente violación de los deseos de Capriles, que le pedía a un amigo que “queme lo que escribo”, ya que “el contenido de las cartas debe ser solo para el que escribe y para aquel para quien van dirigidas”. Pero gracias a algunos que conservaron esas esquelas podemos reconstruir los días que Capriles pasó en Uncía y algunas marcas que dejaría esa residencia en su vida posterior, como sus posiciones radicalmente contrarias al alcohol (que eran compartidas por varios socialistas y anarquistas de esos años en otras latitudes). El hecho de que su trabajo en la pulpería fuera “dar veneno a los desgraciados borrachos” y batir cócteles “para toda una cáfila de puercos” le causaba una profunda conmoción interior (“la rabia sale espumante de mi boca”); sensación desagradable que trataba de aplacar leyendo libros “de esas colecciones sociológicas que tanto me gustan”¹⁶⁶.

Finalmente, en 1907 decidió abandonar Uncía, y dada la imposibilidad de retornar a Cochabamba sin que su padre le pasara cuentas, terminó embarcándose rumbo al Beni, en la amazonía boliviana, donde trabajó en la oficina de Aduanas¹⁶⁷. En 1916 o 1917 se casa con Julia Gutiérrez de la Reza, de quien se había enamorado varios años atrás, y con quien tendrá tres hijos. La muerte de su madre lo marcaría a fuego: dicen que el negro que vistió desde entonces se debió a la decisión de mantener un luto perpetuo. Pero que, al mismo tiempo, el funeral activó en él un rechazo a las ceremonias fúnebres que tendrá una consecuencia directa en su propia muerte/desaparición a comienzos de los años cincuenta.

En 1921 emprende un nuevo proyecto, destinado a dejar una huella en la historia intelectual cochabambina: ya reinstalado en Cochabamba funda la revista político-cultural *Arte y Trabajo*, en la cual no sólo escribió sino que la puso al servicio de una nueva generación de jóvenes inconformistas que influirían decisivamente en el marxismo y el nacionalismo posteriores¹⁶⁸.

Más que una revista anarquista

“Cochabamba no piensa en revolución, porque no piensa en nada”, dirá, *Arte y Trabajo*,

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 332.

¹⁶⁶ *Ibidem*

¹⁶⁷ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1923-1933*, *ob. cit.*, p. 109.

¹⁶⁸ Nivardo Rojas sostiene que el nombre de la revista está inspirado en el ex libris de la editorial valenciana F. Sempere y Com, denominado “Arte y libertad”, que publicaba autores anarquistas y literatura universal (Rojas, “Recordando al semanario...”, *ob. cit.*).

en uno de sus artículos¹⁶⁹. Y este clima inconformista tuvo su impacto también en la universidad del valle. Rodríguez Ostría recuerda que, en 1923, se operó un cambio sustancial en el seno del estudiantado cochabambino. Ese año, un grupo de estudiantes de la Facultad de Derecho, entre los que se encontraban José Antonio Arze, Carlos Montenegro, José Valdivieso y Augusto Guzmán fundan el Centro de Estudios, que rompió con la Federación de estudiantes, de orientación tradicional¹⁷⁰. Conocidos por la prensa gobiernista como los “sovietistas”, mostraban lo que, en términos de Oscar Terán, podríamos considerar una “voluntad de marxismo”¹⁷¹ alentada por la bibliografía comunista que llegaba a Cochabamba, y desde ese lugar subversivo lograron controlar brevemente la Federación en 1924, difundiendo desde allí ideas de izquierda¹⁷². Varios de estos jóvenes eran colaboradores más o menos fijos de la revista de Cesáreo Capriles (para los cuales constituyó una suerte de círculo iniciático como intelectuales públicos), e incluso, como ocurrió con Arze y Montenegro, fueron parte de dirección de la misma.

¿Pero cuáles eran las afinidades político-ideológicas, estéticas y culturales puestas en juego en *Arte y Trabajo*? La publicación vio la luz unos meses después de que Bautista Saavedra llegara a la presidencia con el apoyo de los artesanos –y los sectores plebeyos– urbanos. A diferencia de otras publicaciones de la época, que utilizaban el formato de periódico, *Arte y Trabajo* apostó a la “forma revista”, con una estética modernista que incluso apeló a concursos (por ejemplo uno en el que se obsequiaban lapiceras) para lograr más lectores y difusión, al tiempo que promocionaba

¹⁶⁹ El editorial del 24/12/22 “¡Somos cobardes...!” firmado por Carlos Montenegro, sostiene: “Y quien aferra a los viejos principios nacidos de nuestra mala sangre –¡no olvidemos que ni somos indios ni somos castellanos!– es nada más que un cobarde; tú mismo, lector, eres algo menos que un hombre cuando al conocer un atropello, una violación, un apaleamiento, apenas te indignas [...] ¿Hasta cuándo vamos a complicarnos en el vergonzoso crimen de elegirnos amos que nos engañan y que terminan por robarnos? [...] Vamos directamente hacia el final de nuestra disfrazada vida republicana; vamos sin esperanza de atajo hacia el momento en que algunos, menos hipócritas, y menos cobardes que nosotros, planten su bandera de conquista sobre el montón de nuestra podredumbre, que ellos ya sanearán con su sangre. ¿Nada hemos de hacer para salvarnos?” (*Arte y Trabajo*, 24/12/1922, pp. 3-4.).

¹⁷⁰ Gustavo Rodríguez Ostría, “Orígenes del movimiento universitario cochabambino (1924-28)”, en *Revista de Cultura*, Universidad Mayor San Simón, N° 7, Cochabamba, 1983, p. 69.

¹⁷¹ Oscar Terán, *Aníbal Ponce: ¿el marxismo sin nación?*, Cuadernos de Pasado y Presente, Buenos Aires, 1983, p. 7.

¹⁷² En mayo de 1924, el Comisario de Asuntos Públicos de la Federación, Carlos Montenegro, informó que la nueva directiva tomaría posesión de sus cargos. El nuevo Directorio en cuestión estaba conformado por Raúl Prada, Carlos Montenegro, José Antonio Arze, José Valdivieso, Avelino Loza y Campero Araoz, quienes juraron “a la manera soviética” (con el puño en alto) a sus cargos de Comisario de Prensa, de Ceremonias, de Educación, de Actas, de Hacienda, y de Correspondencia respectivamente. El Rector no reconoció a los nuevos dirigentes y la antigua directiva, encabezada por Antonio Zegada, acusó a los recién posesionados como “ácratas”, solicitando a los estudiantes desconocer a los izquierdistas (*El Republicano*, 7/5/1924, citado en Rodríguez, “Orígenes del movimiento universitario...”, *ob. cit.*, p. 70). Este grupo volverá pronto a cargos dirigentes en el movimiento estudiantil; en esos años la Federación de estudiantes incluía a universitarios y secundarios.

consultorios jurídicos y médicos gratuitos (por correo).

Sus tapas podían variar entre un llamado a votar por “candidatos obreros” en las elecciones municipales¹⁷³, a dibujos, fotos de regiones de Bolivia, motivos tiwanakotas o figuras del espectáculo¹⁷⁴, e incluso –en el número 40– un retrato del ministro de exteriores soviético Gueorgui Chicherin bajo el título: “M. Tchitcherine. El célebre Comisario de relaciones del soviét, que ha representado a Rusia como delegado en las conferencias de Génova demostrando su gran capacidad de estadista”. En el número 131 promocionan en portada el combate entre el profesor Kentaro Jara –introdutor del karate en Bolivia– y el famoso “gigante” Manuel Camacho, un hombre de casi dos metros y medio cuya popularidad llegó hasta Brasil, Argentina y otros países de América Latina como figura de combates y exposiciones en circos (a veces presentado junto al “enano Ayalita” para aumentar aún más el efecto de su gigantismo¹⁷⁵).

Arte y Trabajo comenzó con un tiraje de 500 ejemplares, con una frecuencia semanal, y logró todo un récord para Bolivia: resistió, con algunas interrupciones (una de ellas de unos seis meses) hasta el número 300 (1934)¹⁷⁶. Su encabezamiento rezaba: “Literatura. Arte. Propaganda comercial. Actualidades”. Se imprimió en la imprenta de F.O. Cuenca y el propio F. Otthón Cuenca fungió como gerente administrador.

Si es cierto que las revistas suelen encarnarse menos en un grupo que en una persona que le da su principal impulso¹⁷⁷, ese factótum individual fue Cesáreo Capriles, quien ideó y puso en marcha el proyecto. No obstante, este rol personal estuvo lejos de teñir a *Arte y Trabajo* como una “revista anarquista”¹⁷⁸: se trató de un emprendimiento que, sobre todo, se dedicó a fustigar la indiferencia pueblerina de Cochabamba, además de luchar a viva voz por la higiene, contra el consumo de alcohol y contra el

¹⁷³ En el número 154, dice la portada: “Candidatura Independiente para munícipes del bienio 1923-1924: Gerardo Barrios, Juan José Quezada, Moisés Meruvia, ¡Obreros! Los que no tenéis corrompida vuestra moralidad política: uníos para hacer surgir vuestra candidatura, que significa Honradez, Civismo y laboriosidad”; en la 174 interpela: “Obreros: No os dejéis engañar con los políticos y sus promesas siempre viles, siempre falsas. No seáis verdugos de vuestros compañeros. No os vendáis por un puñado de dinero ni por una granjería ideal. Anulad a quien quiera comprar vuestra conciencia, volved el arma sobre quien quiera armaros. Sed hombres, no seáis cosas”.

¹⁷⁴ En el número 155 aparece Perla White con la leyenda: “La estrella cinematográfica cuyas risas son cantos de oro actuará en el papel de Perla Standis en ‘La joya fatal’”; en el número 128 bajo el título “El genio del terror”, se anuncia: “¡Robespierre!. Película que el cine Olimpo ofrece a nuestro público”.

¹⁷⁵ Sobre el Gigante Camacho, *cfr.* Alber Quispe, *Manuel María Camacho Medrano. Semblanza del gigante de Jaihuayco (1899-1952)*. Colección Semblanzas Ignoradas de Nuestro Pueblo, N° 1, Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia-ABNB, Sucre, 2011.

¹⁷⁶ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1900-1923, ob. cit.*, p. 118.

¹⁷⁷ Pluet-Despatin, “Une contribution...”, *ob. cit.*, p. 126.

¹⁷⁸ En el editorial N° 9 de *Arte y Trabajo* (24/4/1921), escribía: “Sus páginas están al servicio de todos los ideales y en ellas admite la controversia de las teorías más divergentes. No le temáis porque toque los extremos; refutadle si juzgáis preciso”.

clericalismo. Son estos ejes, junto a la difusión de la idea socialista –que por momentos le daba una cierta tonalidad anarcocomunista–, los que nos interesan en este trabajo, aunque la revista abordaba otros temas culturales, poesía, cine, nuevos descubrimientos científicos (como la teoría de la relatividad de Einstein), etc. Nos concentramos en su primera etapa –hasta 1925– luego de la cual su línea editorial se vuelve más compleja, ya sin Capriles, dado el apoyo de varios de los jóvenes colaboradores al nuevo régimen “renovador” de Hernando Siles.

Aunque *Arte y Trabajo* podría genéricamente ser considerada una revista de izquierda, que combatió al régimen de Saavedra y apoyó a las incipientes organizaciones sindicales locales, la publicación contaba con abundante publicidad comercial, incluyendo bancos, concesionarias de automóviles y laboratorios de medicamentos (además de la zapatería “Tolstoy”, que promociona regularmente sus productos) –sin olvidar que el antialcoholismo radical no le impidió incluir algunos avisos de cervecerías y bodegas–. En efecto, las ideas anarquistas se publicaban de manera discontinua, a iniciativa de su director, pero dejaron su marca: un homenaje al anarquista ruso Kropotkin, un fragmento del libro *Filosofía del anarquismo*, de Charles Malato, o algún otro texto firmado por el propio Capriles, como el publicado en el número 35, en el que tras las iniciales CCL, exclamaba:

¡La palabra anarquía aterroriza! Y hierde por igual los oídos del burgués que los del proletario, ¡y aún quizás los de los sabios también!, ¿Habrà razón o simplemente se desconoce el concepto? Pensamos que cuando mentalidades de selección, individuos de elevado sentimentalismo como Reclus y Kropotkine, para no citar más, se hicieron panegiristas de la teoría, no hay motivo para el espanto, y sí, más bien, para la reflexión.

Si observamos el proceso humano en sus aparentes progresos, y consideramos la realidad de sus fracasos en su constante batallar [...] no cabe sino aceptar la incapacidad de perfeccionamiento de la especie o la inutilidad de las instituciones políticas.

Y entretanto se resuelva el dilema, el único ideal no humillante para el hombre será la ANARQUÍA, porque esta forma de sociedad, que presupone una cultura general superior, es la única que lo dignifica, ya que le quita de encima al hombre el tutelaje de otro hombre (gobiernos y gerarquías [sic]) y lo eleva en el campo ético hasta

hacerle rechazar a dios por inútil¹⁷⁹.

Arte y Trabajo incluía noticias, cuentos, humor, dibujos, caricaturas, grabados, poesía, artículos de divulgación científica, notas proaviación o proferrocarril... Cabe destacar también sus referencias a Lenin (bautizado como “el precursor”), Luis Recabarren y Anatole France en ocasión de sus respectivos fallecimientos¹⁸⁰. Adicionalmente, dieron espacio a Romain Rolland y a la conferencia del “intelectual Seoane” en La Paz¹⁸¹; y destinaron varios números a cubrir las tres conferencias que el regeneracionista español Eugenio Noel dio en el teatro Achá de Cochabamba (“ante un lleno raramente visto”) en 1925¹⁸². Pero, como bien señala Rodríguez García, más allá de su eclecticismo, una serie de constantes daban su personalidad a la revista: el antialcoholismo, los llamados a la profilaxis social y la necesidad de promover la modernización de Cochabamba. Incluso llegó a considerarse que “el desconocimiento de la higiene” conduce a la degeneración de la raza, al igual que el alcoholismo¹⁸³. Cochabamba era, para Capriles y su revista, “la ciudad más mortífera del mundo”¹⁸⁴, plagada de inmundicias, carente de alcantarillado y cubierta por una atmósfera irrespirable, lo que efectivamente estaba bastante cerca de la realidad urbana de entonces.

“Puede observarse –apunta Rodríguez García– que *Arte y Trabajo* encerraba las más íntimas preocupaciones y obsesiones personales de su director: Capriles no bebía, desconfiaba de los políticos, era exageradamente pulcro y manifestaba con entusiasmo su fe en el progreso económico [...]”¹⁸⁵. En este punto, Cesáreo Capriles combinaba anarquismo con alguna dosis de lo que hoy se denominaría anarcoliberalismo, ya que

¹⁷⁹ *Arte y Trabajo*, 1/5/1922, citado en Rodríguez García, *La choledad antiestatal...*, ob. cit., p. 338. Nótese que Capriles escribía dios con minúscula, lo que era sólo una de las expresiones de su anticlericalismo.

¹⁸⁰ *Cfr.*, por ejemplo, Juan Pérez [Carlos Montenegro]: “Anatole France ha muerto”, *Arte y Trabajo*, 20/10/1924, p. 5.

¹⁸¹ Más adelante nos referiremos a este viaje que el aprista peruano residente en Buenos Aires dejó retratado en su libro *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia*, Buenos Aires, Imprenta y papelería Juan Perrotti, 1926.

¹⁸² Apodado E. Noel, Eugenio Muñoz Díaz (1885-1936) fue un republicano español que formó parte de la llamada Generación del 98 y que dedicó su vida a la causa antitaurina y antiflanquista. *Arte y Trabajo* se refería a él como el “Maestro” Eugenio Noel. Entre los temas tratados por Noel estuvieron el “Sentimiento trágico de la vida en la conciencia nacional” y “Proyección del genio de la raza sobre el arte. Energía y espiritualidad modernas”. Los artículos sobre Noel fueron escritos por Carlos Montenegro (para una reproducción de esos artículos, *cfr.* Mariano Baptista Gumucio, *Montenegro el desconocido*, La Paz, Biblioteca Popular Boliviana de Última Hora, 1979, pp. 267-273).

¹⁸³ Juan Mirón, “La fabricación del alcohol en Bolivia”, *Arte y Trabajo*, 3/4/1921.

¹⁸⁴ *Arte y Trabajo*, 23/7/1922.

¹⁸⁵ Rodríguez, *La choledad antiestatal...*, ob. cit., p. 342.

sentía atracción y simpatía por la iniciativa individual (como vimos en su propio caso con su frustrado intento de llevar teléfonos a Uncía) y el emprendedorismo privado.

Para Capriles, el obrero era un explotado a quien su incultura empujaba al vicio. Por eso, en ocasión del Primero de Mayo de 1921 –frente a la ingente circulación de alcohol en la fiesta de los trabajadores–, se atrevió a caracterizar al artesano cochabambino como “un animal anfibio que vive entre la chicha y la política”¹⁸⁶ (es decir, la política caudillista de los partidos tradicionales, en esos años hegemonizada por el republicanismo saavedrista). El artículo dice que su función no es agradar a los artesanos sino interpelarlos crudamente acerca de su realidad. “Al dirigimos hoy a los artesanos de Cochabamba, queremos hacerlo en forma sincera, hablándoles con la crudeza que requiere su desgraciada condición social, para incitarlos a reflexionar sobre su posible rehabilitación a la categoría de *hombres*”¹⁸⁷. Para ese “animal anfibio”,

la mayor gloria consiste en tener por compadre a un abogado a quien sirve bajamente todo el año, y a quien tiene el alto honor de abrazar el día de las elecciones [...] todo en medio de un mar de chicha. ¡Qué honor codearse con los grandes de la patria, insultar a los contrarios, poder apalear a los de levita¹⁸⁸, y todo ello sin saber leer ni escribir! Así, al artesanado de aquí y en este estado de salud moral, le ha llegado el socialismo, al que hoy [primero de mayo] festejará¹⁸⁹.

En estas circunstancias, la redención de estos “seres caídos en el fango” correspondía a la nueva juventud –a la que Capriles atribuía una misión redentora– y la revista tendría un lugar de primer orden en la lucha contra la “*incivilización*” cochabambina¹⁹⁰. Por eso convocaba: “¡Juventud, deja la política del caudillaje y el parasitismo y entrégate de lleno a la propaganda de este ideal humano [el socialismo]. Redime al artesano del alcohol, aléjale de la política, sustráelo del fanatismo religioso, dale el ejemplo del trabajo y habrás hecho obra socialista”¹⁹¹.

A Capriles lo indignaba el hecho de que en las manifestaciones del día del trabajo estuvieran “los mismos” que en las del 6 de agosto (día patrio), el viernes santo y las

¹⁸⁶ *Arte y Trabajo*, 1/5/1921, p. 5.

¹⁸⁷ *Idem*.

¹⁸⁸ Acá está analizando a las bases del saavedrismo, como ya vimos, un partido “popular” con fuerte apoyo del artesanado que los días de elecciones se enfrentaban a los liberales y otros partidos “burgueses”.

¹⁸⁹ *Ibidem*

¹⁹⁰ Rodríguez García, *La choledad antiestatal...*, *ob. cit.*, p. 335.

¹⁹¹ *Arte y Trabajo*, 1/5/1921, p. 9.

fiestas de los clubes republicanos y liberales, y que después de la conmemoración los artesanos se dispusieran a llenar las chicherías “sin saber ni remotamente por qué se sacrificaron los mártires de Chicago”¹⁹². Era, pues, una época en la que a menudo se consideraba que la cuestión social atañía a los “verdaderos” proletarios –ferroviarios, mineros, gráficos– y no a un artesanado que era la base de los caudillos que sobornaban a la plebe con algunas prebendas para usarla en su beneficio durante las jornadas electorales (donde se buscaba que los adversarios no llegaran a los lugares de votación por medio de la violencia) o cuando alguna revolución cívico-militar amenazaba su poder.

Otro de los temas que ocupaban las páginas de *Arte y Trabajo* eran el feminismo y la defensa de los derechos de la mujer. Desde allí se reivindicaba el derecho al divorcio absoluto. “¿Necesitará Bolivia que todas las naciones del orbe hayan establecido la disolubilidad del vínculo matrimonial para integrarse a la civilización y seguir la irresistible corriente del progreso humano?”, se preguntaba Guillermo Viscarra desde un artículo económicamente titulado “El divorcio”¹⁹³. Y unos versos atribuidos a Víctor Hugo daban fuerza a la lucha contra los roles de la mujer en la sociedad burguesa: “*de soltera nos reprimen/de viuda nos oprimen /de casada nos exprimen/y de vieja nos suprimen*”¹⁹⁴. Pero como ha registrado Huáscar Rodríguez García¹⁹⁵, estas posiciones convivieron, en las páginas de la revista cochabambina, con ácidos, y a veces irónicos, ataques al feminismo –en boca de Carlos Montenegro– y a la revista femenina de Oruro, *Feminiflor*¹⁹⁶. Con su pseudónimo “Juan Pérez” y a sus veintiún años, Montenegro calificó a las jóvenes orureñas pertenecientes a la élite de necias, pedantes, snobistas y sin educación¹⁹⁷. Tampoco se contuvo de calificar a las feministas como “feas”¹⁹⁸. No

¹⁹² *Idem*.

¹⁹³ *Arte y Trabajo*, 26/11/22, p. 11.

¹⁹⁴ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1900-1923*, *ob. cit.*, p. 116.

¹⁹⁵ Rodríguez García, “El patriarcado ‘progresista’. Mujeres, moral y vida cotidiana en la revista *Arte y Trabajo* (1921-1926)”, La Paz, mimeo, 2013.

¹⁹⁶ *Feminiflor* fue una revista editada por jovencitas orureñas, destinada a un público femenino y dirigida por Bethsabé Salmón, no exenta del tono cursi de la época (Cfr. Luis Ramiro Beltrán, “*Feminiflor*”. *Un hito en el periodismo femenino de Bolivia*, La Paz, CIMCA- Círculo de Mujeres Periodistas- CIDEM, 1987).

¹⁹⁷ Rodríguez García, “El patriarcado ‘progresista...’”, *ob. cit.*, p.8.

¹⁹⁸ “Si yo fuera mujer, por lo fea que resultaría, juro que me declaro feminista ¡Qué iba a ser si no! [...] y me tendrían ustedes hablando de derechos de feminista [...] Hay dos formas, para las mujeres feas, de remediar su lógico y lamentable desencanto: o enclaustrarse, colocando entre ellas y el mundo los funebres muros convencionales, o dedicarse al feminismo, con lo cual no hay varón, por densamente idiótico que se presume, capaz de incubar sentimientos amorosos hacia una dama, fea de nacimiento y feminista por inclinaciones. [...] Pero todo esto pudiera ser tomado como algo de sentido hartamente severo. Y es justo evitarlo; no son solamente feas las feministas. Las hay bonitas, aunque en número inferior y transitoriamente, pues, hasta las bien parecidas pierden su modesta belleza a poco de iniciarse en los

obstante, él mismo se terminó casando con la feminista María Quiroga Vargas y mostraba una admiración apologética por la poetiza Adela Zamudio, también colaboradora de la revista; una suerte de “santa laica” incorporada al panteón de las mujeres distinguidas de la patria en 1926 y a menudo considerada como “alma de luz”, “mujer cumbre”, “esclava de sus impulsos generosos”, etc.¹⁹⁹.

Como toda publicación política boliviana, en *Arte y Trabajo* no podía estar ausente el “problema indio”, especialmente en un momento –primera parte del siglo XX– atravesado por violentas sublevaciones indígenas y sangrientas represiones militares punitivas (como la mencionada de Jesús de Machaca en 1921). En el semanario no escasearon menciones a las degeneraciones raciales (producto de la falta de higiene, la explotación y el alcohol), mientras se mantenía siempre presente la denuncia de la explotación de los indígenas, no sin grandes dosis de ironía. Por ejemplo, un artículo titulado “Peligro latente. El indio”, organiza la crítica tomando algunos argumentos –y prejuicios– corrientes del momento y dándole una vuelta irónica, en un juego de pliegues superpuestos que por momentos desorientan al lector. ¿El indio es un peligro? Frente a las noticias alarmistas sobre las “recientes sublevaciones de indios”, el artículo responde: “Tranquilízate lector. Todo esto lo inventa la ardiente imaginación criolla, o el miedo burgués. Mas no pierdas de vista que un levantamiento general de indios sería cosa grave, y que esta raza constituye un peligro latente para el organismo nacional”. ¿Pero por qué ocurre esto? Simplemente como consecuencia de siglos de abusos. “Si examinamos sin apasionamiento su condición actual, acaso se puede justificar el espíritu subversivo y su apetito de carne blanca...”. El artículo firmado por Ruy Barbo (atribuido por Lora a Capriles) prosigue: “Tiene, pues, el indio en Bolivia, sobradas razones para sublevarse y pensar en recobrar sus derechos, mas su raza está tan desgraciada y la voluntad de sus dominadores es tan ajena a salvarla, que quizás el único remedio que cabe para evitar el amenazante peligro es exterminar al indio, para lo que tal vez convendría a la nación sustituir a los polígonos de tiro con ellos”. Pero el autor continúa el razonamiento hasta el final, sin mostrar alteración alguna: “Si el solo remedio es este, ¿quién debería encargarse de su aplicación? El problema ofrece

encantos del feminismo. La regla general, en semejante orden de cosas, me parece que se formula así: las niñas feas hacen el feminismo y el feminismo hace feas a las niñas. Y no es chiste. [...] qué hace, realmente, una feminista? Hace papel ridículo y quiere hacer de la mujer un hombre, más o menos afeminado, o una mujer más o menos ahomburada [...] El feminismo se ha hecho para las mujeres que tienen barba o para las que no tienen nada útil que hacer. Y si el feminismo no fuera tan cursi, resultaría digno de una casa de orates o de una penitenciaría” (Juan Pérez, “Feminismo”, *Arte y Trabajo*, 7/9/1924, pp. 8 y 14).

¹⁹⁹ Rodríguez García, “El patriarcado ‘progresista...’”, *ob. cit.*, p.11.

dificultades por razones étnicas, porque ¿quién no es indio? ¿La clase militar? No nos parece, porque si miramos sin tanto patriotismo, nuestro ejército es de indios. ¿La clase sacerdotal? En el supuesto de que se pudiese pedir licencias para q' maneje el rifle tampoco nos parece, porque nuestro clero, con excepción hecha de alguna Señoría, parece descender en línea recta del santo Benito. ¿Los políticos? Peor, ¡si tienen hasta el alma cobriza!". Pese al uso de cosméticos, concluye con sarcasmo, basta rascar un poco la epidermis de cualquier boliviano –desde el Presidente de la República hasta un ciudadano común– para ver “salir a flor de piel todas las roñas que hacen despreciable al indio”²⁰⁰. Quizás una solución alternativa, dice, es propiciar la inmigración europea... Y estos pliegues discursivos superpuestos –comunes en la época– hacen por momentos difícil separar los razonamientos irónicos de los literales, los prejuicios de las denuncias, en una combinación de críticas radicales de la explotación con imágenes arraigadas de degeneración racial de las poblaciones originarias aymaras y quechuas, presentadas como una raza agotada.

Cesáreo Capriles dejó sus huellas en *Arte y Trabajo*, pero más que un escritor, fue un lector –y un conversador– de grandes proporciones. Aunque era un anarquista convencido, escribe Lora, siempre se negó a tratar de convencer a otros de sus ideas ácratas²⁰¹. No fue un maestro ni tuvo discípulos. Menos aún se le ocurrió formar un grupo. Lo cual, sin embargo, no le impidió articular en torno suyo a una nueva generación de jóvenes idealistas, recomendarles libros, empaparlos de ideas y provocaciones, y convocarlos a formar parte de la singular experiencia que tomó vida alrededor de *Arte y Trabajo*, donde hicieron sus primeras armas como escritores.

Tras la muerte de Capriles, José Antonio Arze recordará que *Arte y Trabajo* –una revista que le ocasionaba pérdidas pecuniarias a su director en cada número– era ante todo una tribuna del pensamiento de izquierda, pero dio también amplia acogida a otras expresiones ideológicas. Y apunta que

fueron colaboradores de sus páginas la poetisa Adela Zamudio, el financista Rafael Urquidi, el vate Gregorio Reynolds, el político Daniel Salamanca, el novelista Arturo Oblitas. Todos los intelectuales cochabambinos que se han hecho una reputación de escritores en las últimas tres décadas –Jesús Lara, Carlos Walter Urquidi, Augusto

²⁰⁰ *Arte y Trabajo*, N°6, 3/4/1921, p. 11.

²⁰¹ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1900-1923*, ob. cit., p. 110

Guzmán, Carlos Montenegro, los Unzueta, etc., etc.– hallaron en ‘Arte y Trabajo’ una acogida siempre auspiciosa para sus producciones. Y es que Capriles intentó hacer de su revista una verdadera palestra, donde se pudiese discutirse con plena libertad todos los credos filosóficos²⁰².

Arze y Montenegro (quien firmaba también como Vago Vega y Juan Pérez), llegaron a dirigir temporalmente la revista en la primera mitad de los años veinte, y mantuvieron una colaboración regular en sus páginas.

Una tribuna de la idea socialista y la organización sindical

Arte y Trabajo estuvo siempre abierta a los sindicatos y a la Federación Obrera del Trabajo de Cochabamba, y fue además una tribuna de difusión de las ideas renovadoras.

Con sólo 17 años, el precoz y entusiasta lector José Antonio Arze –que será una de las principales figuras del marxismo boliviano– había fundado el Instituto Superior de Artesanos (también llamado Instituto Superior de Obreros), dependiente de la Municipalidad de Cochabamba; un establecimiento educativo nocturno destinado a llevar la cultura al proletariado en el que se difundían ideas socialistas y de reforma social²⁰³. El propio Arze, en un discurso el 30 de abril de 1921, explica el origen del día del trabajador y convoca a “cultivar el terreno donde ha de caer la semilla de la revolución social” una vez que el desarrollo capitalista vaya generando en Bolivia las condiciones para transformaciones de tipo socialistas²⁰⁴. En su artículo “Patria burguesa”, el joven Arze (que también firmaba como León Martel y que es quien más escribe sobre temas obreros en la revista) apuntaba que la contradicción principal de la sociedad era entre burgueses y proletarios, defendía una posición internacionalista y cuestionaba el patriotismo: “sobre todas las fronteras y bajo todos los pendones se alza un solo enemigo universal: el capitalismo”²⁰⁵. Arze –que dirigió un tiempo la revista a partir del número 11 (mayo de 1921)– identifica el nuevo sistema en la Rusia Soviética,

²⁰² José Antonio Arze, “Don Cesáreo Capriles López ha desaparecido desde el 4 de mayo”, *La Razón*, La Paz, 15/5/1950. Reproducido en José A. Arze, *Escritos Literarios (Comentarios y semblanzas)* [preparación, prólogo y notas de José Roberto Arce], La Paz, Rolando Diez de Medina, [1981] 2009, p. 143.

²⁰³ Valentín Abecia López, *7 políticos bolivianos*, Librería editorial “Juventud”, La Paz, 1986, p. 44; *cfr. Arte y Trabajo*, 1/1/1922, p. 5.

²⁰⁴ José Antonio Arze, “En memoria de los mártires de Chicago”, Discurso pronunciado en la velada del Instituto Superior de Artesanos de Cochabamba, reproducido en *Arte y Trabajo*, 8/5/1921, pp. 7 y 21.

²⁰⁵ León Martel, “La patria burguesa”, *Arte y Trabajo*, 19/2/1922, p. 10.

que según su visión ocupa en los comienzos del siglo XX el papel de Francia en el siglo XVIII. Allí enmarca la importancia del nuevo Partido Socialista de Cochabamba, que agrupa a algunos obreros e intelectuales. “Aunque sepamos que la significación de este grupo es todavía pigmea”²⁰⁶, su proyección se asocia al desarrollo mundial de las nuevas ideas y a las luchas concretas de los trabajadores. Por eso *Arte y Trabajo* era un amplificador de esos combates del proletariado boliviano, en una década de avance de la sindicalización de los sectores claves de una economía basada en la explotación minera.

Fiel a estos principios, en febrero de 1922, la revista cochabambina acompañará una serie de reacciones a un intento del gobierno de restringir el derecho de huelga. Los conflictos comenzaron como respuesta a una curiosa ordenanza: en una medida absurda, el gobierno prohibió la circulación de taxis a partir de las diez de la noche por la ciudad de La Paz. Aunque el argumento formal fue que el transporte de alquiler perturbaba el sueño de los habitantes de “la Hoyada”, la verdadera razón era que se buscaba impedir que supuestos conspiradores usaran el transporte público en las noches para reunirse y eventualmente trasladar armas²⁰⁷. Indignados por la medida, los choferes decretaron el paro y pidieron el apoyo de la FOT. Uno de los sindicatos más activos que salieron en su apoyo fue la Federación de Artes Gráficas, que puso su órgano periodístico, *Palabra Libre*, al servicio de los huelguistas; otro fue el de los ferroviarios. En medio de un ascenso de la protesta, el 9 de febrero de ese año, la FOT declara una huelga que pasaría a la historia como la primera huelga general boliviana: choferes, ferroviarios, gráficos, Luz y Fuerza y tranviarios se sumaron a la medida, y su efecto fue contundente: durante algunos días no hubo transporte ni periódicos²⁰⁸.

En medio del conflicto, el 12 de enero, *Arte y Trabajo* salió con un número titulado “Parando el golpe”, donde denunciaba un decreto de Saavedra que declaraba funcionarios públicos a los trabajadores ferroviarios, con la finalidad inmediata de evitar la declaratoria de huelga. Pero su objetivo, de acuerdo a la revista, era de mayores proporciones: “asestar un golpe maestro al socialismo obrero boliviano, en su única agrupación verdaderamente organizada y fuerte numéricamente: la Federación de ferroviarios”²⁰⁹. Desde el editorial la revista defiende el derecho a la protesta como “un derecho inalienable e inherente a la condición de hombre civilizado, y aunque se emplee

²⁰⁶ León Martel, “Significación del Partido Socialista de Cochabamba”, *Arte y Trabajo*, 5/2/1922, p. 13.

²⁰⁷ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, ob. cit., p. 87.

²⁰⁸ Álvarez, *Historia del sindicato gráfico...*, ob. cit.

²⁰⁹ *Arte y Trabajo*, 12/2/1922, p. 6.

mordaza en todas sus formas, se levantará la protesta donde haya tiranos”²¹⁰.

El 13 de febrero la disposición fue finalmente revocada por el Consejo Municipal de La Paz. Pero pese al triunfo obrero, o más bien a causa de él, se procedió a la detención selectiva de varios dirigentes, a la clausura de *Palabra Libre* y a varios cuestionamientos parlamentarios al derecho de huelga. Esos intentos de limitar la protesta social fueron también enfrentados desde *Arte y Trabajo*, que abrió su número del 9 de abril de 1922 difundiendo el mitin obrero organizado en la Plaza Colón de Cochabamba contra la iniciativa gubernamental. El artículo estaba firmado por León Martel (Arze) que por ese entonces tenía 18 años de edad. Con estas protestas, Cochabamba demostró que “no estaba tan muerta como parecía” y que los obreros llevaban la delantera respecto a los intelectuales y los estudiantes universitarios en la lucha contra el gobierno²¹¹. Defender el derecho de huelga era como defender “la función respiratoria de su colectividad aprisionada en las injustas redes del imperante capitalismo”²¹². En varios números, *Arte y Trabajo* emprendió campañas contra los esbirros políticos y en defensa de la FOT, que iba dando sus primeros pasos y ya ponía en alerta a la burguesía.

Se inquietan los ricos, se inquietan los de levita, se inquietan las autoridades y hasta el clero se inquieta” –escribe nuevamente Arze– pero finalmente explica que pasará aún mucho tiempo antes que Bolivia esté madura para el socialismo: “Dormid tranquilos, señores propietarios: vuestros hijos y aún vuestros nietos usufructuarán todavía de las prerrogativas del actual sistema económico”; no obstante aconsejaba a los capitalistas no cerrarse en sus privilegios y habilitar algunas reformas si no querían dejar como única opción la revolución: “Lo que debéis hacer, para ahorrarnos sinsabores, es ir adaptándoos con cordura a la gravedad histórica de nuestro siglo, porque si persistís en considerar a los asalariados máquinas de producción sin derecho a las expansiones de ser racional, si os empeñáis en negarles su clamor al reposo, a la instrucción, a la higiene, a las distracciones, cortándoos los caminos a su dignificación, habrá de levantarse un día esa masa de esclavos para hostilizaros a su vez, y entonces tendréis que soportar su dictadura y exclamar el *Nostra Culpa*”²¹³.

²¹⁰ *Idem.*

²¹¹ León Martel, “Meeting obrero”, *Arte y Trabajo*, 9/4/1922, pp. 5-6.

²¹² *Idem.*

²¹³ León Martel, “El movimiento obrero”, *Arte y Trabajo*, 1/5/1922, pp. 7-9.

A los “enlevitados” les dice:

se asocian los mugrientos, los malolientes; esos que no usan cuello ni corbata, esos q’ no habitan viviendas confortables sino pocilgas, se asocian esos que no conocen los refinamientos de la moda, ni los códigos de urbanidad ni las novedades. ¿Y por qué os alarmáis de que se solidaricen? ¿Es acaso para turbar el ruido de vuestras fiestas o invadir vuestros salones? ¿Teméis acaso por vuestra seguridad personal? [...] no podemos esperar su resignación perpetua [de los obreros]. Sois ciertamente egoístas!²¹⁴.

Los únicos que sí tienen razón inmediata para alarmarse –prosigue Arze– son los gobernantes y los partidos burgueses, porque ya no podrán usar a su antojo a los obreros como mera fuerza de choque de tal o cual caudillo. A partir, sobre todo, de su pluma, *Arte y Trabajo* se erigió así en una activa defensora de la vigencia de la “cuestión social” en Bolivia y en tribuna de combate contra quienes señalaban que el socialismo era una idea absurdamente importada en la nación andina en virtud de su atraso socioeconómico²¹⁵:

También está gastado el sofisma de que la ‘cuestión social’ no existe en Bolivia y que, por ende, corrientes socialistas son exóticas o inoportunas. Eso es lenguaje de la miopía moral o del interés. ¿Que no hay ‘cuestión social’ en un país donde vegeta un paria llamado ‘indio’; donde bajo el barniz de la democracia está entronizado el caudillismo; donde hay obreros parasitarios y alcohólicos porque hay demagogos que los envilecen; donde hay juventud venal y sin ideas porque se la corrompe con el sanchopancismo; donde hay mujeres sin instrucción y sin derechos porque se las embrutece en el aislamiento y en la superstición religiosa? Con todo esto, ¿no existe una ‘cuestión social’?”²¹⁶.

Polemizando con el periódico *El Republicano*, en su editorial del 17 de septiembre de 1922, *Arte y Trabajo* sostiene:

Un buen número de plebeyos haraganea toda su vida y los más de estos son

²¹⁴ *Idem.*

²¹⁵ León Martel, “Sobre el movimiento socialista en Bolivia”, *Arte y Trabajo*, 1/10/1922, p. 5.; L. Martel, “Significación del Partido Socialista de Cochabamba”, *Arte y Trabajo*, 5/2/1922, p. 13.

²¹⁶ L. Martel, “Significación del Partido Socialista...”, *ob. cit.*, p. 13.

cabalmente los agentes de los políticos; pero, ¿por qué no se quiere ver como proletarios a los ferroviarios de las grandes empresas que consumen su vida en un trabajo sin el cual Bolivia no tendría ni la etiqueta de civilización de los rails sobre los que corre el penacho del progreso? ¿No es proletario el minero sin cuyos músculos no podría cubrirse el presupuesto de peculados con que se paga esa otra haraganería de la administración pública, ese cretinismo de los legisladores y la osadía de los gobernantes? ¿No es proletario el indio de los campos sin cuyo sudor se moriría de hambre el indio de las ciudades, que desconociendo su paradero inmediato lo carga de todas las culpas que son las suyas? [...] Hay peligro en propagar ideas revolucionarias, pero también hay peligro de mantener la podredumbre actual²¹⁷.

A partir del número 145 (12 de octubre de 1924) se observa una fuerte inestabilidad en la dirección (R. Sahonero, Miguel Mercado, Roberto Barbery I., Armando y Carlos Montenegro, José Valdivieso, Ricardo Anaya, David Escóbar M., José Peña dirigirán algunos números de la revista). La situación había cambiado: en 1925 había llegado a la presidencia Hernando Siles, un ex saavedrista que tras romper con el viejo caudillo fundó un nuevo partido –el Nacionalista– e interpeló a una nueva fuerza sociocultural: los jóvenes inconformistas. Allí estarían varios de los editores de *Arte y Trabajo*. Pero todo ello generaría un distanciamiento con Capriles, quien se mantuvo firme en sus ideas ácratas²¹⁸.

En la segunda mitad de los años veinte, este singular personaje viajó a La Paz y luego a Estados Unidos donde trabajó como capataz en un emprendimiento minero de carbón y vivió algo más de un año²¹⁹. Más tarde retornó a Bolivia, donde en los años treinta se opuso radicalmente a la guerra del Chaco y apoyó activamente los actos de resistencia pacifista en el interior de Bolivia. Los vínculos de Capriles con el sindicalismo propiciaron que la federación obrera de Cochabamba lo propusiera como ministro de trabajo durante el socialismo militar de los años treinta. Como recuerda Lora, su personalidad atrevida y su excesiva franqueza para expresar sus ideas radicales le dieron fama de excéntrico y hasta de chiflado²²⁰. Más tarde, un incidente con un clérigo, en plena calle Sucre de Cochabamba, le agregaría fama de “pega curas”. La discusión, mientras compraba en un almacén, derivó hacia la guerra civil española y las posiciones franquistas del sacerdote acabaron con la paciencia de Capriles, quien le

²¹⁷ *Arte y Trabajo*, 17/9/1922, p. 6.

²¹⁸ Rodríguez García, *La choledad antiestatal...*, ob. cit., p. 343.

²¹⁹ *Ibidem*.

²²⁰ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1900-1923*, ob. cit., pp. 116-117.

asestó un cachetazo. Nivardo Paz Arze recuerda que a partir de entonces las beatas se persignaban cuando se lo topaban en la calle, y en algunas ocasiones el ácrata gustaba provocarlas gritando frases como “¡viva el demonio!”. En las movilizaciones de protesta que recorrieron los años cuarenta bolivianos, dicen que Capriles gustaba gritar consignas provocadoras, como “¡Abajo dios y su concubina la patria!”²²¹, precisamente en un momento de ascenso del nacionalismo político boliviano: ya se había fundado el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Se enfrentó también, al parecer con éxito, a un cáncer de los ojos²²². Y la última parte de su vida gestionó la mencionada farmacia “Cosmos”, en el centro de Cochabamba.

En 1950, con 70 años, Capriles pone en marcha su plan para desaparecer. Recoge cartas y fotos en manos de sus amigos con diversas excusas y prepara su partida²²³. La última misiva que le envió a José Antonio Arze incluía una frase inquietante: “No me conteste esta carta, mañana viajo con rumbo desconocido”, cuyo significado completo comprendería poco tiempo después. Todas las hipótesis coinciden que ese rumbo desconocido elegido por el anarquista fue la región subtropical del Chapare (hoy una región cocalera), ubicada entre Cochabamba y Santa Cruz, donde se internó para nunca más regresar. Sus amigos armaron expediciones, la Escuela de Aviación envió un avión explorador... El artículo homenaje escrito por Arze termina con una expresión de deseos:

Me resisto todavía a admitir que la desaparición de Capriles signifique un suicidio, y por eso no querría que las presentes líneas fuesen tomadas como un homenaje necrológico, sino como una simple exposición de los antecedentes biográficos de ese amigo leal, integérrimo, de ese luchador de izquierda honesto a quien todos admiramos y respetamos como a uno de los pioneros del socialismo boliviano en este siglo²²⁴.

Pero, efectivamente, fue una necrológica. Capriles nunca más aparecería vivo ni dejó rastros que permitieran encontrar su cuerpo. Había decidido simplemente “desaparecer” y evitar la humillación postmortem de sus denostadas ceremonias

²²¹ Rodríguez García, *La choledad antiestatal...*, *ob. cit.*, pp. 345-347.

²²² Según Rodríguez García viajó a tratarse a Buenos Aires, según Arze lo hizo a Chile.

²²³ No existen fotografías de Capriles, aunque se dice que una fotografía, en la que aparece con Demetrio Canelas, está “perdida” en alguna parte de los depósitos del periódico cochabambino *Los Tiempos* (Rodríguez García, *La choledad antiestatal...*, *ob. cit.*, p. 349, nota 145).

²²⁴ Arze, “Don Cesáreo Capriles...”, *ob. cit.*, p. 145.

fúnebres; quizás tuvo otras razones que a falta de información nunca sabremos. Lora señala que “cuando comprendió que ya era inútil la lucha se autoeliminó”²²⁵. Para Rodríguez García, fiel a sus creencias, Capriles dejó un testimonio nietzschiano de “voluntad de poder como desaparición”. Pero en cualquier caso se trata de conjeturas; lo cierto es que lo que no pudo hacer desaparecer son las páginas de su revista, que en unas pocas colecciones (generalmente incompletas) perviven en bibliotecas y archivos personales y públicos de Bolivia y el extranjero.

²²⁵ Lora, *Historia del movimiento obrero... (1900-1923)*, ob. cit., p. 117.



Julio Cordero. Indígenas en La Paz.
Sin fecha. Cortesía Archivo Unidad de
Museos Municipales, Gobierno Autónomo
Municipal de La Paz, La Paz, Bolivia.

Julio Cordero. Desfile en El Prado 1930
frente al Monumento a Bolívar.
Cortesía Archivo Unidad de
Museos Municipales, Gobierno Autónomo
Municipal de La Paz, La Paz, Bolivia.



CAPÍTULO 3

“Ni dioses en el cielo ni amos en la tierra”:

Intelectuales, caciques y obreros en la batalla por las ideas

En el plano intelectual, los jóvenes de la segunda mitad de los años veinte se dividían entre quienes se dejaron seducir por las propuestas renovadoras del presidente Hernando Siles (1925-1930) y su flamante Partido Nacionalista, y los que –en su mayoría en el exilio y con vínculos más o menos cercanos con el comunismo– denunciaban a la “dictadura silista” (posición, esta última, asumida por la Internacional Comunista). En el primer grupo se encontraban, entre otros, el líder estudiantil paceño Enrique Baldivieso, Humberto Palza, Carlos Montenegro y Augusto Céspedes, quienes encabezaban el ala radical del partido y proponían una suerte de programa antiliberal y socialista de renacimiento nacional²²⁶. También José Antonio Arze fue seducido por el proyecto silista²²⁷ y Roberto Hinojosa (luego antisilista virulento) fue enviado como secretario a la embajada boliviana en Brasil. Por esos años estaba en boga la idea de reemplazar a la democracia parlamentaria por la democracia funcional (es decir, de matriz corporativista). José Ingenieros, de amplia influencia en Bolivia en su faceta positivista²²⁸ ya había publicado *La democracia funcional en Rusia*, donde consideraba que la democracia parlamentaria es una forma de gobierno “detestable” que mantiene a

²²⁶ Schelchkov, *El laberinto boliviano...*, ob. cit., p. 15.

²²⁷ En una carta al Secretariado de la Internacional Comunista, Arze se justifica, señalando que al conformarse el Partido Nacionalista, “recluta bajo sus banderas a los jóvenes de más avanzada ideología del país, prometiendo la realización de medidas atrayentemente renovadoras” por lo que “caigo yo en el error de creer que ese movimiento podría representar, en efecto, una nueva curva histórica, en la monótona trayectoria conservatista que venía viviendo la política boliviana”. Sin embargo, su vínculo con el silismo duró hasta final del gobierno. “La única función pública que he ejercido fuera del ramo de la instrucción ha sido la de Subsecretario de Fomento (abril de 1929 a junio de 1930), situación a la que fui llevado desde mi cátedra de Cochabamba por el entonces Presidente de la República, don Hernando Siles” (José Antonio Arze, “Carta al Secretariado de la Internacional Comunista”, Lima, octubre de 1933, Archivo José Antonio Arze, en custodia de José Roberto Arze).

²²⁸ Ignacio Prudencio Bustillo, “La deuda de Bolivia al pensamiento de José Ingenieros”, en *Páginas dispersas*, Sucre, Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca, 1946, pp. 117-120 [originalmente el artículo apareció en la revista *Claridad*, de Sucre, en 1925].

la sociedad en estado de guerra, ya que falsea la representación al corporizar a una mayoría inorgánica²²⁹.

En el segundo grupo se destaca Gustavo Navarro, quien posteriormente será conocido por su pseudónimo Tristán Marof, además de Alipio Valencia Vega (Iván Keswar), José Aguirre Gainsborg y Carlos Mendoza Mamani, “el hombre del Buró Sudamericano de la IC” en Bolivia²³⁰. Hinojosa se sumó más tarde al antisilismo “desde el destierro”, donde terminó publicando un manifiesto titulado: “Hay que derrocar a Siles para implantar un régimen de justicia social y salvar la soberanía de Bolivia” previo a lanzarse a su quijotesca “revolución de Villazón”²³¹.

El nacionalismo de Hernando Siles

Al caudillo Bautista Saavedra la idea de alejarse del poder debido a una restricción constitucional que impedía un segundo mandato consecutivo no le parecía una alternativa a la altura de su liderazgo, y fue entonces, en 1925, que se lanzó a buscar un “delfín”, lo que no resultaba una tarea fácil. Muchos de sus seguidores se habían pasado a la oposición, que se había unificado en torno del republicano genuino Daniel Salamanca y del liberal José Luis Tejada Sorzano. Finalmente, para llevar adelante la opción de un político dócil al gobierno, Saavedra (al parecer siguiendo el consejo de su suegra) optó por su médico personal y ministro de Instrucción Pública: Gabino Villanueva. Pese a la resistencia original en el propio Partido Republicano, el caudillo pudo imponer a su candidato, en una de las elecciones más violentas de la historia boliviana, en mayo de 1926²³². Para controlar al médico-presidente, Saavedra colocó como vicepresidente a su hermano Abdón.

Pero tras su elección, Villanueva cometió un serio error: en una entrevista con el director del periódico *La Patria*, de Oruro, el presidente electo pero aún no posesionado se alejó de facto de la posición de su jefe y anunció su intención de poner en marcha un gobierno de unidad nacional, convocando a republicanos genuinos y liberales, y declarar la amnistía general. Todo esto produjo la furia de Saavedra, ya que colocaba a su supuesto delfín en una intolerable posición de autonomía, de manera que estas apresuradas declaraciones desestabilizaron por completo la estrategia de “Villanueva al

²²⁹ José Ingenieros, *La democracia funcional en Rusia*, Buenos Aires, ¡Adelante!, 1920, pp. 25, 28 y 33.

²³⁰ Schelchkov, *El laberinto boliviano...*, ob. cit., pp. 19-20.

²³¹ Roberto Hinojosa, *La revolución de Villazón*, La Paz, Editorial Universal, 1944.

²³² Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, ob. cit., p. 97.

gobierno, Saavedra al poder” y la situación tomó un giro inesperado. Apelando a su clásica viveza criolla, el caudillo desempolvó una ley de 1895 que obligaba a los funcionarios que se presentaban a elecciones para cualquier cargo público a renunciar a sus puestos con una anterioridad mínima de seis meses. Villanueva no había renunciado a su cargo como ministro, por lo que las elecciones debían ser anuladas.

La sorpresiva maniobra saavedrista causó sorpresa en la oposición que quedó en la paradójica situación de defender una elección en la que había perdido mientras el oficialismo que las había ganado buscaba ahora anularlas, lo que finalmente logró. Todo ello llevó al primer plano a un político que había ocupado varios cargos en el gobierno de Saavedra pero en ese momento se encontraba desterrado en el vecino Perú: Hernando Siles Reyes.

Siles había sido un importante dirigente del comité republicano de Oruro y convencional constituyente. Rápidamente, escaló en el gobierno saavedrista hasta ocupar el ministerio de Instrucción Pública y después el de Guerra y Colonización, desde donde trabó estrechas relaciones con la oficialidad joven, que serían decisivas poco más tarde. Tuvo un papel destacado en el Congreso y fue negociador en el conflicto que derivó en la ya mencionada masacre de Uncía.

Pero su ascenso generó celos internos y desconfianza del propio Saavedra, que veía cómo iba constituyéndose una suerte de fracción silista al interior de su partido. En ese marco, el nuevo ministro de Guerra, Juan Manuel Sainz, fue el encargado de montar la maniobra para neutralizar al dirigente, que ya aparecía como un posible sucesor de Saavedra. Así, en 1923, Siles fue transferido como embajador a Perú y posteriormente, en 1924, en una hábil maniobra destinada a lograr su renuncia, Sainz convenció a Saavedra de que nombrara a Ricardo Jaimes Freyre como enviado a Lima en ocasión del Centenario de la batalla de Ayacucho, para acompañar al presidente, lo que constituía un desplante para el popular Siles. Como se esperaba, este presentó su renuncia, tras la cual Saavedra le prohibió su ingreso a Bolivia, quedando desterrado.

Pero en 1926 la situación había cambiado. Saavedra no sólo ya no tenía un candidato sino que el silismo, junto con la oficialidad joven, había retomado la iniciativa y la presión para que Siles fuera el candidato republicano. La revista *Time*, del 5 de octubre, informaba que “Bautista Saavedra, el tirano de Bolivia, fue obligado a moverse más rápido de lo que hubiese querido” ya que “los oficiales del ejército se le pusieron insolentes. [Y] le sugirieron a Saavedra que el candidato idóneo a presidente

en las elecciones especiales de diciembre era Hernando Siles”. Concluía que “La situación fue tan tensa que Saavedra hizo algo sin precedentes: aceptó la sugerencia”²³³. En esta deriva hubo una figura clave: el general Kundt, quien con 6.000 soldados desplazados por el propio Saavedra a La Paz, logró romper el *impasse* a favor de Siles.

Como último acto desesperado, el caudillo obligó al nuevo candidato –en el que no confiaba en absoluto– a firmar un curioso compromiso que, entre otros puntos, establecía que “el jefe del gobierno debe marchar con el jefe del partido en todos los asuntos que refieren al programa nacional e internacional [...] quedando para el jefe de este [¡del partido!] la dirección de los intereses de la política interna”. Es más, el documento disponía que en caso de divergencias, debía primar la opinión del jefe del partido²³⁴. Se trataba, evidentemente, de un compromiso insostenible, pero que Siles firmó gustoso a la espera de un mejor momento para mostrar su voluntad de autonomía y su propia ambición de poder. Había aprendido la lección: primero había que llegar al Palacio para luego lanzarse a su propio juego político.

En efecto, apenas asumir, y con Saavedra en Europa como embajador, Siles se aprestó a poner en pie su propio proyecto político, para lo cual envió a una larga gira al exterior a su vicepresidente Abdón Saavedra con la simpática excusa de agradecer a todos los países que enviaron delegaciones a su toma del poder. Céspedes recuerda que el carnaval de 1926 reflejó el júbilo por el cambio de gobierno, con todos los clubes con sus puertas abiertas y numerosos paceños que echaban mistura sobre el nuevo Presidente, al que parte de la prensa llamaba el “libertador”. Para festejar la partida de Abdón Saavedra (quien más tarde sería expulsado del país) los estudiantes hicieron sonar las campanas de las iglesias²³⁵. El saavedrismo de gobierno encontraba su fin.

Ya emancipado de su rol de delfín de Saavedra, Siles intentó dar cuenta de la nueva realidad social boliviana y poner en pie un nuevo partido con sectores obreros y, sobre todo, jóvenes universitarios, un grupo crecientemente activo que daba al nuevo presidente la oportunidad de mostrar su compromiso con la renovación política y social –y moral–. El nuevo mandatario se propuso desde el comienzo poner de su lado esa fuerza juvenilista para debilitar, aunque sólo hasta cierto punto, a los sectores tradicionales de su propio partido.

²³³ Brockmann, *El general y sus presidentes...*, ob. cit., p. 96.

²³⁴ *Ibidem*, p. 97.

²³⁵ Céspedes, *El dictador suicida...*, ob. cit., p. 86.

Tras esa meta, a fines de 1926, Siles reunió a un grupo de jóvenes intelectuales que profesaban ideas orteguianas sobre la renovación de la nación, varios de los cuales eran miembros de la efímera Sociedad Boliviana Nacionalista. Entre ellos estaba Enrique Baldivieso, que formaba parte en ese entonces de los jóvenes inconformistas, junto a José Tamayo, Humberto Palza y Augusto Céspedes.

Este último describe floridamente a esa generación protonacionalista más atraída por el vitalismo que por el marxismo, y que buscaba de manera aluvional un nuevo rumbo para una república que festejó el Centenario “desdichada y frustrada”. Su pluma sintetizará muy bien, dos décadas más tarde, ese clima de época, que comenzaba a marcar la segunda parte de los años veinte y se desplegaría con mayor intensidad en la década siguiente, en la que la Guerra del Chaco operaría a favor de la “aceleración” de la historia. Así, en palabras de Céspedes, los estudiantes bolivianos mantenían “inquietudes vagas, despertadas por ciertas brisas continentales como la reforma universitaria de Córdoba y la Unión Latinoamericana²³⁶”, todo ello “bajo los muros de clausura que en que mantenían a Bolivia sus propios hermanos del continente”²³⁷.

Vacilábamos entre la anticultura mental y un sentimiento confuso, pero fuerte, de la obra negativa realizada por la oligarquía con las ideas liberales. En la universidad era desconocida la concepción marxista. Algunas librerías poseían folletos de los conductores de la revolución bolchevique: Lenin, Trotzky, Bujarin, Kamenev, Lunacharsky, que hojeábamos en desorden. Más nos atraían la fraseología del APRA, y los relámpagos de la revolución mejicana. Leíamos los discursos de Obregón y de Calles y la lírica premonitoria de la ‘Raza Cósmica’, que se escuchaba entre los disparos de fusil de la reforma agraria. Por tales sendas titubeábamos olfateando las brisas del conocimiento, hasta que nos proporcionó otro aviso el mensaje de José Ortega y Gasset, quien distribuía en América una subfilosofía de origen alemán, en novedoso castellano que daba color y bulto a las abstracciones [...] Las traducciones de la biblioteca de la ‘Revista de Occidente’ proclamaban la apelación vital al espíritu, ofrecían un lente nuevo sobre el mundo, y creíamos que también sobre nuestra realidad nacional [...] Despertamos entonces al anuncio de que cada generación poseía un destino; que tenía un stock de ideas y de modos para la época correspondiente; comenzamos a pensar en el gassetiano ‘tema de nuestro tiempo’, en

²³⁶ *Ibidem*, p. 86.

²³⁷ *Idem*.

el kayslerliniano ‘mundo que nace’. De ese modo, en el yermo cultural boliviano, nos dábamos a la caza de fugaces meteoros para fijar la ruta en la montaña²³⁸.

De esta articulación de sensibilidades emergerá el Partido Nacionalista, mediante el cual Siles buscaba rejuvenecer la nación y sustentar su propio poder sin emprender reformas profundas en la estructura socioeconómica boliviana. Se trataba, ciertamente, de jóvenes de la élite, muchos de los cuales estarían llamados a jugar un papel de primer orden en las siguientes tres décadas (e incluso algunos se revelaron biológica y políticamente más longevos)²³⁹.

No obstante, el programa “revolucionario” redactado por Céspedes, Baldivieso y Palza quedó desplazado en favor de un proyecto de cambio más suave. Incluso Siles impuso un nombre partidario más moderado (Unión Nacional) en lugar de Partido Nacionalista, aunque fue este segundo nombre el más recordado por la historia, y para encabezarlo fue elegido Rafael Taborga, un industrial minero que representaba a los pequeños y medianos empresarios venidos a menos, prototipo de la “burguesía nacional” que deseaba potenciar el silismo frente al capital extranjero. Así, el nuevo partido reflejaba un ideario reformista social (que incluía la propuesta de elaborar un código laboral y una legislación agraria más moderna –sin expropiación de los latifundios–, y reformar el sistema financiero). La diversificación económica comienza a ser un término clave de este protonacionalismo: “Mientras no busquemos una fuente segura para nuestra riqueza el país seguirá debatiéndose en la misma situación angustiosa de todos los tiempos”, decía Salinas Aramayo en relación a la vulnerabilidad derivada de la dependencia de la minería, cuyos precios presentaban grandes fluctuaciones en el mercado internacional²⁴⁰. En línea con el contexto de crisis del liberalismo, los jóvenes nacionalistas-silistas más radicales cuestionaban la democracia liberal y el “individualismo, falso como principio en sí mismo” y se sumaron, al menos en términos de programa, a la popularizada fórmula de la “democracia funcional”. Ello

²³⁸ Céspedes, *El dictador suicida...*, *ob. cit.*, p. 86-87.

²³⁹ Entre quienes el 29 de diciembre de 1926 estaban en la casa de Víctor Alberto Saracho, donde se fundó el nuevo partido, podemos mencionar a Manuel Carrasco (hijo de un encumbrado dirigente liberal), Pablo Guillén y Vicente Mendoza López, Hugo Ernst (más tarde alcalde de La Paz y embajador en Alemania), el escritor Carlos Medinaceli, Gustavo Adolfo Otero (escritor, político y diplomático), Augusto Céspedes y Carlos Montenegro (dos importantes ideólogos del futuro MNR), Humberto Palza (que animaría la llamada corriente “telurista”), Javier Paz Campero (más tarde ministro de Busch), Carlos Salinas Aramayo (asesinado bajo el régimen de Villarroel en los años cuarenta) y Mario Flores (futuro director del diario nacionalista *La Noche*).

²⁴⁰ René Danilo Arze Aguirre, *Carlos Salinas Aramayo. Un destino inconcluso: 1901-1944*, La Paz, imprenta Artes Gráficas Latina, 1995, p. 83.

ayudó a la expansión sindical, en un contexto de crecimiento de las masas obreras, y al pasaje de las asociaciones de ayuda mutua a sindicatos de tipo clasista. En líneas generales, el silismo buscó implementar proyectos de modernización del Estado pero evitando enemistarse con las élites, de las cuales provenía el propio presidente, nacido en Sucre en 1882, y limando las aristas más disruptivas del entusiasmo antiliberal de Baldivieso, Palza y Céspedes (encargados de redactar una primera versión del programa que “horrorizó” a los moderados Finot, Taborga, Vaca Chávez, Guachalla y otros, que en verdad buscaban un liberalismo remozado alejado del nacionalismo revolucionario socializante que algunos imaginaron como el devenir de la etapa superior del silismo).

El arquetipo de esta generación “inquieta y confusa” –al decir de Céspedes– era Enrique Baldivieso, quien además de líder estudiantil en La Paz ocupará el cargo de secretario privado de Siles²⁴¹.

Una muestra del protagonismo juvenil quedó reflejada en ocasión de la Gran Cruzada nacional Pro-indio. La Iglesia la había organizado con la tradicional finalidad de convocar a la solidaridad caritativa de la población con los “miserables” indios, en este caso para llevar adelante un proyecto de educación en las zonas rurales de Bolivia. Pero esta vez, la iniciativa encontró una firme resistencia del movimiento estudiantil. El 17 de abril de 1926, la Federación Universitaria de La Paz, liderada por Baldivieso, condenó dicha cruzada en un memorable manifiesto que denunciaba:

Creemos que la incorporación del indio a la civilización no debe ser patrimonio de ningún credo religioso. Toda tendencia de redención del indígena debe descansar en un fenómeno eminentemente económico: la propiedad o enfiteusis de la tierra y como consecuencia de este postulado, la alfabetización y educación técnica²⁴².

La movilización estudiantil contra la curia dejó ver el proceso de radicalización que vivía el movimiento estudiantil boliviano, al tiempo que la decisión del presidente de suspender la campaña visibilizaba las transformaciones en marcha así como los mencionados deseos de Siles de hacer pie en la nueva generación. El hecho terminó con

²⁴¹ Baldivieso escribía obras de teatro y llegó a ser presidente de la Asociación Boliviana de Autores Teatrales.

²⁴² Citado en Ricardo Melgar Bao, “Señas, guiños y espejismos revolucionarios: México y Bolivia”, en *Pacarina del Sur. Revista de pensamiento crítico latinoamericano*, s/f, versión *on line* consultada 1/7/2011. Disponible en <http://www.pacarinadelsur.com/home/mallas/248-senas-guinos-y-espejismos-revolucionarios-mexico-y-bolivia>. En este artículo puede encontrarse un buen panorama del anticlericalismo en Bolivia durante los años veinte, influenciado por la revolución mexicana.

la renuncia del obispo a continuar con su plan y marcó un nuevo punto de acción de los universitarios que meses después organizaron la Federación Universitaria Boliviana sobre nuevas bases, ya bajo la órbita de un núcleo pequeño pero muy activo e influyente liderado por José Antonio Arze, emergente del ya descrito inconformismo de los jóvenes cochabambinos.

El paralelo al fenómeno desplegado por Siles, una activa izquierda radical entre cuyos ideólogos se destacaba Tristán Marof, buscó construir otro tipo de redes: en este caso con un sector de la dirigencia indígena que mantenía un pie en las ciudades y otro en las comunidades, constituida por los llamados “caciques apoderados” que desde los años diez del siglo veinte venían organizándose en defensa de sus tierras, en pro de la educación del indio y en favor de la reconstrucción de formas de autogobierno local. Publicaciones izquierdistas comenzaban a circular en el campo y los apoderados indios tejían redes con estos intelectuales y artesanos socialistas que, como Marof, podían hablar de comunismo en relación con la propia experiencia comunitaria de estos indios que combinaban demandas legales –a veces sofisticadas en su forma– con rebeliones que hacían temblar el orden establecido, al menos en zonas donde la “trilogía siniestra” conformada por el hacendado, el corregidor y el cura mantenía formas de opresión feudalizantes sobre el mundo indígena desde los vecindarios pueblerinos y desde las casas de hacienda. La rebelión de Chayanta es un momento particularmente productivo para estudiar estos vínculos, y a ello dedicaremos las siguientes líneas. Para ello nos basaremos en la investigación ya desarrollada por Forrest Hylton²⁴³ pero añadiremos algunos elementos adicionales referidos a la lectura que los propios militares hicieron de esta notable rebelión, la más importante desde la Guerra Federal de 1899.

La rebelión de Chayanta: ¿indios comunistas que leen *Bandera Roja*?

En julio de 1927, la finca de Florentino Serrudo, “Cruz Khasa”, fue ocupada e incendiada por unos 300 comunarios provenientes de las comunidades circundantes, liderados por el ayllu Jaihuari, en coincidencia con el festival de Santiago establecido en el santoral católico. Veinticuatro horas después ocupaban las propiedades de Andrés y Sixto Garrica²⁴⁴. Y así comenzó una de las principales rebeliones indígenas desde la

²⁴³ Hylton, “Tierra común: caciques, artesanos e intelectuales radicales...”, *ob. cit.*

²⁴⁴ *Ibidem*, pp. 135-136.

Guerra Federal de 1899, que volvió a despertar miedos atávicos sobre la guerra de razas. Las alertas llegaron hasta La Paz, al tiempo que el carácter estratégico de esta región minera (Potosí era un centro económico neurálgico del país) hicieron que este levantamiento atrajera la atención de la prensa internacional. Según la información citada por Hylton, y su trabajo en base a fuentes agrupadas bajo el título “Sublevación indigenal” en el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, unos diez mil indios participaron en saqueos, incendios y otras formas de violencia colectiva en cuatro de los nueve departamentos de Bolivia, y la revuelta fue “pacificada” con un saldo de unos trecientos muertos, casi todos indios²⁴⁵. Varios terratenientes fueron asesinados y no faltaron actos de canibalismo ritual por parte de los sublevados.

A esas fuentes hemos agregado los telegramas que el general a cargo de la “pacificación”, Raimundo González Flor, iba enviando al presidente Hernando Siles, donde relataba las características y los éxitos en la represión contra los indios, pedía instrucciones y trataba de entender él mismo, y explicarle al Presidente, la naturaleza de la rebelión. También, a partir del periódico *El País* ponemos de relieve la forma en la que se construyó una opinión pública favorable a los sublevados y fuertemente crítica del sistema de dominación, lo cual obligó a los “gamonales” a poner en pie su propio medio de difusión (bautizado sin ambigüedades *La Defensa*) durante los levantamientos de 1927.

Aunque el eje de estas protestas, como en las del pasado, se vinculaba a la lucha por la tierra y contra los abusos de hacendados y autoridades locales, varias cosas habían cambiado en Bolivia, y la revuelta de Chayanta tuvo especificidades propias, que dan cuenta de transformaciones más generales en el país. En efecto, a las demandas tradicionales se sumó la lucha por la escuela, la cual otorgó una dinámica propia a estas contiendas, y permitió establecer novedosas y productivas redes entre líderes indígenas –los llamados “caciques apoderados”– e intelectuales y artesanos radicales urbanos, habilitando vínculos que encendieron las alarmas de las élites criollas, que comenzaron a denunciar que la rebelión de Chayanta tenía un carácter verdaderamente comunista. Para esa élite, se trataba de una temible combinación de agitación comunista promoscovita, activación de mitos sobre la restauración del “comunismo incaico” y la

²⁴⁵ *Ibidem*, p. 137.

siempre acechante guerra de razas, que constituía una renovada amenaza para la paz social y la dominación criolla²⁴⁶.

Así lo leyó también el *New York Times*, que, en base a las agencias y a informes oficiales, publicó la noticia de Chayanta con el título “Rojos culpados de levantamiento” al lado de un artículo sobre los condenados anarquistas Sacco y Vanzetti. Allí se dice que: “Armados con palos y hondas, 80.000 descendientes de los indios incas antiguos andan en la senda de la guerra [...] matando blancos y quemando casas en un intento por destruir el último vestigio de la civilización del hombre blanco”²⁴⁷. El interés del periódico norteamericano derivaba del hecho de que el epicentro de la rebelión coincidía con un importante complejo minero-ferrocarrilero, construido en gran parte con créditos de Estados Unidos²⁴⁸. No obstante, el periódico de Nueva York trataba de tranquilizar a sus lectores, afirmando que el ejército boliviano estaba muy bien equipado con armas modernas (precisamente británicas y estadounidenses)²⁴⁹.

Desde la primera década del siglo XX, los caciques apoderados venían reclamando las tierras tradicionales, intentando de ese modo recuperar el “pacto colonial”²⁵⁰ que, aunque de manera asimétrica, les había permitido a las comunidades conservar sus tierras ancestrales y mantener ciertas formas de autogobierno, y desde el último cuarto del siglo XIX venía siendo arrasado por la expansión de la hacienda, además del ferrocarril y la minería que había valorizado tierras ubicadas en zonas alejadas del país²⁵¹. Estos caciques apoderados combinaban métodos de lucha legales

²⁴⁶ Cfr. “Un boletín comunista sirve de evangelio al alzamiento”, *El Heraldo*, 12/8/1927; “Los indígenas de Colomi quieren proclamar el Comunismo”, *El Republicano*, 5/8/1927, y Yuri F. Torrez, *El indio en la prensa. Representación racial en la prensa boliviana con respecto a los levantamientos indígenas/campesinos (1899-2003)*, La Paz, Centro Cuarto Intermedio, 2010, pp. 95-114.

²⁴⁷ *New York Times*, 13/8/1927, citado en Hylton, “Tierra común...”, *ob. cit.*, p. 149.

²⁴⁸ Sobre el empréstito Nicolaus, *cfr.*, por ejemplo, Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, pp. 90 y ss.

²⁴⁹ “Los rebeldes, a pesar de su número preponderante, no pueden con los soldados, quienes están maravillosamente equipados con el material de guerra más moderno. En consecuencia, se espera que el movimiento sea rápidamente apagado, no sin antes, sin embargo, sacrificar muchas vidas” (Hylton, “Tierra común...”, *ob. cit.*, p. 150).

²⁵⁰ Tristan Platt, *Estado boliviano y Ayllu andino. Tierra y tributo en el norte de Potosí*, IEP, Lima, 1982.

²⁵¹ La expansión del ferrocarril impulsada por los liberales incrementó el valor de tierras distantes, dando lugar a una nueva ola de ventas y tomas de tierras comunales entre 1905 y 1915, pero a diferencia del periodo de expropiaciones del último cuarto del siglo XIX, que se concentró en cantones donde ya existían haciendas, esta segunda fase de contrarreforma agraria incluyó a regiones donde las comunidades libres aún eran fuertes y hasta entonces protegidas de la expansión hacendal (Gotkowitz, *La revolución antes de la Revolución...*, *ob. cit.*, pp. 80-81).

(búsqueda de títulos coloniales que los declaraban dueños de sus tierras) con acción directa comunitaria contra los abusos de hacendados, curas y corregidores²⁵².

Para hacerse de esos títulos, las redes de caciques apoderados y abogados urbanos, agrupadas alrededor de figuras como Martín Vásquez y Santos Marka T'ula –y también del educador aymara Eduardo Nina Qhispi– hicieron uso incluso de los archivos históricos y promovieron la educación indígena²⁵³. Caciques como Agustín Saavedra, de Copavilque, viajaron a ciudades lejanas como Buenos Aires, sede del Virreinato del Río de la Plata, mientras que Martín Vásquez viajó hasta Lima con el mismo objetivo: buscar títulos de composición coloniales²⁵⁴. En muchos casos, estos eran asesorados por abogados que acompañaban la causa india, y que combinaban efectiva solidaridad junto con la intención de armar redes políticas y clientelares en el campo, por ejemplo por parte del Partido Republicano²⁵⁵.

²⁵² Cacique es un término en castellano para *kuraka* o *mallku*, y se los llamaba apoderados porque actuaban como representantes de sus comunidades mediante poder notariado, y en algunos casos se consideraban descendientes de sangre de los caciques coloniales, a los que la Corona había reconocido su nobleza. Con una primera camada a fines del siglo XIX, a mediados de los años diez del siglo XX emergió una nueva generación, capaz de conformar una amplia y fluida red nacional, donde algunos se consideraban caciques y otros simplemente apoderados, y varios de ellos tenían residencia urbana. De esta forma, estas autoridades originarias buscaron hacer frente a las iniciativas legales del Estado para desconocer a las comunidades como entidades corporativas, y a sus dirigentes como verdaderas autoridades “ancestrales”; pero en muchos casos estos caciques eran apoderados de excomunarios transformados ya en colonos de hacienda (cfr. Gotkowitz, *La revolución antes de la Revolución...*, ob. cit., pp. 77-110). La presentación de memoriales –una de las iniciativas de los caciques apoderados– era una práctica común desde la época colonial. Las comunidades (o ayllus) convivían en tensión con las haciendas, que funcionaban bajo el sistema del colonato, y cuya expansión presionaba sobre las tierras ancestrales (cfr. Silvia Rivera Cusicanqui, *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechwa de Bolivia, 1900-1980*, La Paz, La mirada salvaje, [1984] 2010. Sobre la crisis del sistema colonial de cacicazgo, y el pasaje del señorío étnico al sistema más contemporáneo de “democracia comunal” y autoridades rotativas, cfr. Sinclair Thompson, *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*, La Paz, Muela del diablo, 2007).

²⁵³ Gotkowitz, *La revolución antes de la Revolución...*, ob. cit., pp. 85-88. Allí pueden encontrarse datos biográficos de estos líderes, dimensiones de su doble residencia urbano-rural, sus vínculos con organizaciones obreras, como la FOL (anarquista), y sus posiciones diferenciadas con respecto a la nación, el patriotismo, el progreso y la institucionalidad republicana. Una forma esquemática pero ilustrativa de agrupar a estos caciques y/o apoderados separa a quienes se regían por las “leyes antiguas” (coloniales) y las “leyes recientes” (republicanas) (*ibidem*, p. 87). Marka T'ula recae en el primer grupo, en tanto que Nina Qhispi podría ser incluido en el segundo. Pero lo destacable, como señala Gotkowitz, es que ambos hacían peticiones a todos los niveles de gobierno, publicaban artículos en la prensa nacional, editaban sus propios boletines, se entrevistaban con funcionarios de gobierno y creaban instituciones, por ejemplo educativas (*idem*).

²⁵⁴ Al regresar de Lima, en marzo de 1924, Vásquez convocó a una asamblea en la céntrica calle Sagárnaga de La Paz, donde se reunieron unos cien delegados provenientes de La Paz, Sucre, Potosí y Cochabamba para deliberar sobre los manuscritos recuperados (Rivera, “Pedimos la revisión de límites: un episodio de incomunicación de castas en el movimiento de caciques-apoderados de los Andes Bolivianos, 1919-1921”, en Segundo Moreno Y. y Franck Salomon (comps.), *Reproducción y transformación de las sociedades andinas, siglos XVI y XX*, Quito, Abya-Yala, 1991, p. 606-607, citado en Gotkowitz, *La revolución antes de la Revolución...*, ob. cit., p. 82).

²⁵⁵ Gotkowitz, *La revolución antes de la Revolución...*, ob. cit., p. 97.

Esta estrategia estaba vinculada, como muestra el libro ya citado de Laura Gotkowitz, a un hábil uso de la ley por parte de los indígenas, en este caso de la norma que en 1883 estableció la validez de esos documentos coloniales en las cortes estatales bolivianas²⁵⁶. Pero como varias leyes habían quitado reconocimiento a la comunidad como ente corporativo²⁵⁷, los indios apoderaron mediante notarios a esos caciques, luego conocidos como los “caciques apoderados”. Para prevenir las temidas confiscaciones, los títulos eran guardados en sitios alejados de las haciendas y pueblos rurales, como Sucre o La Paz. Y ese uso de los archivos históricos en busca de información en beneficio de las comunidades (que pervive hasta hoy) es una muestra fascinante del uso de la historia en busca de sustento legal para sus derechos por parte de las poblaciones indígenas bolivianas.

Al mismo tiempo, estos caciques luchaban contra todo tipo de abusos cometidos por hacendados y autoridades locales que vivían de esquilmar a los indios, e incluso lograron traducir sus denuncias –con la ayuda de abogados urbanos contratados por los propios indígenas– a un lenguaje republicano y abolicionista que puso sobre el tapete el hecho de que mientras la Constitución nacional prohibía la esclavitud, ellos eran tratados como esclavos e incluso peor, dado que –a diferencia de los esclavistas– los propietarios de tierras no habían invertido en ellos y podían reemplazar a sus colonos gratuitamente²⁵⁸. Entre los abusos más corrientes estaban desde la expropiación de ganados y los trabajos forzados hasta la violación de sus mujeres²⁵⁹.

Finalmente, los caciques comenzaron a ocuparse de la educación, que financiaban mediante *ramas* –colectas obligatorias en las comunidades– que permitían la autoconstrucción de escuelas y el pago a los maestros, pidiendo solamente al Estado la provisión de docentes y la protección frente a los intentos patronales por impedir la

²⁵⁶ Mendieta, *Entre la alianza y la confrontación...*, *ob. cit.*, p. 107; Gotkowitz, *La revolución antes de la Revolución...*, *ob. cit.*, pp. 77-108.

²⁵⁷ Mendieta, *Entre la alianza y la confrontación...*, *ob. cit.*, pp. 95 y ss.

²⁵⁸ Hylton, “Tierra común...”, *ob. cit.*, p. 152. Por ejemplo, uno de los indígenas afirmó tras la rebelión de Chayanta que “todos los arriendos y catastros aumentan cada año también forzosamente y [el patrón] nos cobra los yerbajes un precio que no vale y las obligaciones aumentan y con crueldad recoge también corderos con un precio que no vale [en este caso menor al “justo]” (*Ibidem*, p. 153).

²⁵⁹ Este tema, el de los abusos contra las mujeres y la rebelión posterior, fue novelado por Alcides Arguedas en *Raza de Bronce*, una de las primeras novelas indigenistas de América Latina, publicada en 1909. La temática de la rebelión violenta frente a los abusos gamonales aparece en numerosas obras de la época, como el cuento “En las montañas”, de Ricardo Jaimes Freyre (*Revista de Ciencias Sociales*, Tucumán, 1906) en el que recrea una rebelión en una hacienda, que acaba con la brutal tortura y muerte del patrón y uno de sus amigos por parte de los indios cansados de su cinismo y sus abusos.

educación indígenal que percibían, a todas luces, como una amenaza²⁶⁰. Una carta redactada para explicar a los padres de familia en las comunidades el sentido de los alcaldes de escuela explicaba que “Cada indígena padre de familia debe pensar y reflexionar [...] que harto tiempo hemos vivido y vivimos todavía en la más oscura e infame ignorancia. No tenemos noción de lo que es la vida, la patria y la sociedad; somos verdaderos semi-animales. En esta situación lamentable, la República, en sus cien años de vida no ha podido remediar la condición del indio desheredado”²⁶¹.

De este modo, la rebelión de Chayanta combinó reclamos por la tierra, campañas por la educación y demandas de autogobierno local, en pos de las cuales, de manera novedosa, los caciques apoderados, una de cuyas figuras era Manuel Michel, establecieron vínculos con intelectuales y obreros agrupados en el Partido Socialista liderado por Marof y Chumacero²⁶². Una de las manifestaciones de esas relaciones fue

²⁶⁰ El 23 de setiembre *El País* (p. 2) publicó, bajo el título “Piden justicia”, una carta del indio Manuel Rivera dirigida “Al Señor Prefecto del Departamento de Chuquisaca”, donde los indígenas se quejan de haber sido robados por el propio corregidor. La carta dice así:

Señor prefecto:
Pide justicia.

Manuel Rivera, indio originario del ayllu de Asanaque, cantón de San Lucas, provincia de Cinti, me presento ante Ud. señor Prefecto con toda sumisión y respeto, en nombre de mis compañeros los Caciques: Félix Villca, cacique del ayllu Quellaja, Manuel Colque, cacique del ayllu Yucasa, Melchor Guallpa y Carmelo Caro, y en representación de todos los comunarios del cantón San Lucas como Cacique mayor. Expongo: Que el año pasado en el mes de junio y julio hemos recolectado una rama, a indicación del señor Corregidor Dn. Carlos Molina, poniendo cada indio originario la suma de veinte centavos por cabeza, y se ha reunido la suma de setenta y cinco bolivianos que le hemos entregado en dinero efectivo, en propia mano, al Sr. Molina.

Como somos siempre engañados y esquilados en distintas formas, ya en trabajos forzados con el nombre de faenas, haciendo casas nuevas, poniendo reparos, todo esto en propiedades de los Corregidores, y otros trabajos que no expongo, porque tengo seguridad plena de que tiene que arreglarse con la presente denuncia; de todo esto en justicia reclamamos.

Esa rama se reunió con objeto de COMPRAR textos para las ESCUELAS de indios que sustentamos con nuestro propio peculio ¿y que seamos robados por el propio Sr. Excorregidor Molina? Es lo que nos duele. Callar sería cooperar a los muchos fraudes que nos hacen. Ud., señor Prefecto, imponga, obligue, a que se nos devuelva esa suma. No se ha comprado un solo libro, todo íntegramente, sin que nadie reclame por nosotros se ha retenido. Ud. que siente por los indios que somos también sus súbditos ponemos en su conocimiento esta queja justa para que conozca la desvergüenza del ex corregidor de San Lucas.

Pedimos Sr. Prefecto que nuestros hijos se eduquen, sepan leer para no ser ya tanto estropajo de los que nos ultrajan como en el presente caso.

Esperamos su resolución en la puerta de su despacho, por ser de Justicia.

Sucre, Sbre. 9 de 1927

²⁶¹ Hylton, “Tierra común...”, *ob. cit.*, p. 167.

²⁶² Rómulo Chumacero: Sucre (1882-1966). Vivió 40 años en Potosí, donde desarrolló actividades sindicales y políticas. En 1913 contribuyó al nacimiento del núcleo marxista “Defensa Obrera”. Participó en la fundación de *El Socialista* de Potosí. Fue presidente de la Federación Obrera de Sucre y uno de los fundadores de la Escuela Ferrer de estudios sociales; presidente del II y III congresos nacionales obreros. Apuntaló a Marof frente a otras tendencias marxistas, por considerarlo el “jefe del socialismo boliviano”. En su testamento, escrito en 1936, dice: “A mi juicio, el Partido Socialista de Bolivia, debe ser un partido de clase. No deben incluirse en este partido a los oportunistas ni traficantes del socialismo, porque entonces las masas desconfiarían de este partido. Tampoco debe aceptarse componendas de ninguna

la participación de Michel –Cacique General de Sucre y Potosí– en el Tercer Congreso Obrero, realizado en Oruro en abril de 1927.

La represión de la sublevación fue brutal, como quedó registrado en la correspondencia del general de división González Flor. En un telegrama despachado el 21 de agosto, este informa y pregunta al Presidente Siles: “Comisión Teniente Portugal en choque que tuvo con indios sublevados en Jaihuari hizo nueve bajas de estos, incendió algunas casas y tomó cuatro burros, catorce bueyes, ochenta y un cabras y ovejas. Consulto Ud. qué se hace con este ganado”²⁶³. En efecto, como informaba el *New York Times*, el ejército estaba bien armado para “pacificar” la región. El Mayor René Pareja indica que su comisión a Huañoma cuenta con un escuadrón de carabineros con 59 carabinas y dos fusiles ametralladoras Madsen, y un escuadrón de ametralladoras con 19 carabinas y dos ametralladoras pesadas Maxim²⁶⁴. En estas misivas, Manuel Michel es sindicado como instigador de la sublevación “pues les remitía papeles a los indios incitándolos a sublevarse”.

Pero junto a sus reportes “bélicos”, González Flor desarrolló sus propios análisis acerca de las razones que llevaron a los indios a sublevarse y acabar –a veces con saña– con la vida de varios hacendados. Las misivas dejan ver con una claridad meridiana las razones de los indios y –en una de ellas, que citamos en su totalidad– el militar dice que sus tropas encontraron ejemplares del periódico paceño *Bandera Roja* en las casas de algunos sublevados, ¿pero alcanzaba eso para concluir que se trataba de una insurrección comunista? Dejemos hablar al propio González Flor:

Ayer hablé detenidamente con indígenas presos tratando de investigar causas que motivaron su alzamiento, fines que perseguían y deseos que tienen. Muéstranse sumamente reservados y lejos confesar su participación en levantamiento decláranse inocentes. Sin embargo unos pocos manifiestan que no han hecho otra cosa que defender sus terrenos y objetos de propiedad contra maldad de patrones y autoridades cantonales que los martirizan constantemente. En cuanto a origen de sublevación dicen que al saber que en otros lugares se alzaban sus compañeros ellos también lo

naturaleza” (Guillermo Lora, *Diccionario político, histórico, cultural*, La Paz, Masas, 1985 [versión *on line* consultada el 13/5/2011, disponible en <http://www.masas.nu/DICCIONARIO%20POL%20C3%8CTICO.html>]).

²⁶³ ABNB, Presidencia de la República, Correspondencia 1927, PR 012, fol. 12.

²⁶⁴ “Informe que presenta el Mayor René Pareja ante la consideración del General comandante de la Primera División de la comisión del destacamento a Huañoma” (ABNB, Presidencia de la República, Correspondencia 1927, PR 012, vol. 12).

hicieron, pero *solo por vengarse de ultrajes de sus patronos*²⁶⁵ y no por ninguna idea especial. No obstante esta declaración se han encontrado en las casas de algunos varios números del periódico Bandera Roja, de La Paz, y dicen que les pedían contribución para mantener dicho periódico que les mandaban para que lo hagan leer con los alfabetos y les expliquen su contenido. Como conclusión he sacado que el fin principal de la sublevación era el comunismo, mas como mayoría indígenas no comprenden estas ideas, ellos se plegaron al movimiento solo por vengarse de terribles ultrajes que reciben de los curas, corregidores y patronos, autores verdaderos de levantamiento²⁶⁶.

Luego de “pacificar” esta zona del sur boliviano a sangre y fuego, González Flor realizó un extenso informe, en el que describe sus acciones, pero también el rechazo que le provocó la actitud de las élites pueblerinas. Dice que “Fue necesario encastillarse bastante para no sentir el influjo de tantos intereses creados”. Tras su primera reunión con los vecinos de Colquechaca, donde González Flor llegó escoltado por una decena de soldados, admitió que “Tantos y tan múltiples velos se me decorrieron que sentí fastidio por la voracidad maldiciente de los habitantes de estos pueblos”. Pero esa confesión, junto a la constatación de que “los actos de violencia [de los indios] han estado en proporción a las vejaciones y opresiones de patronos, corregidores y curas”, no le impidió, poco después, proceder a “dar órdenes telegráficas a los distintos destacamentos para que obraran con prontitud y energía con los sublevados, debiendo hacerse uso de las armas, capturar ganado y, si fuera preciso, incendiar sus casas [...] medida extrema, por cierto, pero de cuya eficacia no se duda”²⁶⁷. Sus contradicciones eran, en alguna medida, las mismas que las del gobierno tibiamente reformista de Siles, que buscó llevar adelante una renovación política sin enfrentarse a los intereses de la “feudoburguesía” cuyo poder se sustentaba en la propiedad agraria.

González Flor señala que el movimiento era muy heterogéneo y los indios estaban divididos entre sí, al igual que los corregidores, algunos de los cuales fueron promotores de la sublevación y otros damnificados. En sus interrogatorios, el militar llegó a la conclusión de que algunos caciques difundieron la versión de que los indios estaban protegidos por el gobierno para recuperar sus tierras. Y, al mismo tiempo, denuncia que

²⁶⁵ Esta frase está subrayada con lápiz azul, presumiblemente por el propio Siles, a quien iba dirigido el telegrama.

²⁶⁶ Telegrama 25/8/1927 (ABNB, Presidencia de la República, Correspondencia 1927, PR 012, vol. 12.)

²⁶⁷ Carta del Gral. Raimundo González Flor al Presidente de la República, Hernando Siles, 30/8/1927 (ABNB, Presidencia de la República, Correspondencia 1927, PR 012, vol. 12.)

las autoridades locales no obligan a los indígenas jóvenes a presentarse a hacer el servicio militar porque “notan que se vuelven del cuartel altivos y rebeldes y no se prestan a satisfacer sus exigencias” –actitud que representará un verdadero obstáculo en la guerra del Chaco unos años después–. Finalmente, González Flor observa lo que ya todos sabían y contra lo cual los gobiernos centrales poco y nada habían podido o querido hacer desde que los liberales se propusieran “civilizar” el país:

que los abogados, fiscales, jueces, subprefectos, intendentes, corregidores y soldados de policía llegan en algunos pueblos a constituir el más serio peligro, una vez que forman una sociedad mutua para despojar al indio de sus derechos. Y por último que los curas del pueblo solo se preocupan de una inicua explotación, sin sujeción a arancel, viviendo de parásitos de los indios, hasta el punto de llegar a exigirles por cualquier fiesta religiosa, que en su fe incomprensible estos la mandan celebrar con demasiada frecuencia, una contribución que según datos que he podido recoger no disminuye de una pierna de vaca, un cordero, medio cerdo, y seis gallinas, además del estipendio por ellos fijado²⁶⁸.

Todo esto, en efecto, era sabido, pero no deja de ser ilustrativo leerlo de la propia pluma de quien acababa de fusilar, encarcelar y quemar las casas de quienes se habían rebelado para terminar con ese estado de cosas y buscar un futuro más humano.

El informe de González Flor se vuelve, así, un alegato sobre la situación de abusos contra el indio, la cual, aprovechada por los agitadores, deviene fuente de profundas inestabilidades en el país. El militar se quejaba, incluso, de las exageraciones de los informes alarmistas de propietarios, subprefectos, y otros actores locales respecto a la crueldad de los sublevados.

Esas “exageraciones” provenían en gran medida de la Liga de Defensa Social de Sucre, constituida por los propietarios, que editaban el periódico *La Defensa*, donde escribían que “es tan inmenso el pánico que ha dejado regado el movimiento indígena que estamos seguros, no hemos de tener ni tranquilidad en nuestras relaciones comerciales ni seguridad en la consecución del pan de mañana”²⁶⁹. En sus páginas, los dueños de tierras buscaban escudriñar también las causas de la revuelta, que atribuían a “la contaminación del avance aymará [sobre zonas quechuas], la explotación canallesca

²⁶⁸ *Ibidem*.

²⁶⁹ *La Defensa*, 2/9/1927 p.1. En este mismo ejemplar los hacendados denuncian que 45 propiedades “quedaron arrasadas”.

de tinterillos [abogados] y zánganos al incauto indígena, y la instigación del comunismo”. A diferencia de algunos intelectuales y gobernantes reformistas, estos hacendados no creen que la educación del indio mejore las cosas, por el contrario, “la civilización del indio [es decir, su educación], sin haber antes modificado sus costumbres, hábitos y cambiado su idiosincrasia sería uno de los peligros más grandes para el país”. Dado que constituyen el 80% de la población, se apoderaría en pocos años “no solo de la tierra sino de todo” y los “civilizadores pasarían a mejor vida”²⁷⁰.

La civilización del indio debe ser, por el contrario una acción lenta, acorde al avance del país, “querer civilizarlo de un porrazo –advierte el órgano de los hacendados con una sinceridad cruda– es criar cuervos para que nos saquen los ojos”. Por lo pronto, hay que educarlo en religión y en tareas agrícolas. Incluso desaconsejan obligarlo a hacer el servicio militar ya que, con ello, no sólo se alejan brazos de la tierra sino se cambian completamente sus costumbres y se convierten en elementos peligrosos para la estabilidad. Finalmente, son los patrones de hacienda quienes padecen cada día al indio –“cuesta un triunfo poderlo soportar y comprender”–, y no los ideólogos de bufete que proponen su “civilización”.

Cabe destacar que la rebelión de Chayanta se desarrolló en el marco de expandidas redes urbano-rurales que incluyeron vínculos con el rector de la Universidad de Chuquisaca para poner en pie las escuelas en el campo²⁷¹ y con educadores obreros como Víctor Vargas Vilaseca, factótum de la Escuela Ferrer, dedicada a la educación de los trabajadores y bautizada en homenaje al pedagogo librepensador y anarquista español Francisco Ferrer i Guàrdia, impulsor de la Escuela Moderna.

Pero también los indígenas sublevados encontraron un aliado clave en el periódico *El País*, de Sucre, dirigido por José Prudencio Bustillo, que no sólo justificó a los rebeldes sino que se embarcó en una virulenta polémica contra *La Defensa*, a la que acusó de haber sido puesta en pie con el solo propósito de “predicar el castigo de una raza infeliz que solo pide justicia ofreciendo su carne a la boca de las ametralladoras como única prueba de sus derechos”²⁷². En dos ediciones *El País* abrió su portada con el sugestivo titular: “Lo que cuentan los indios” y en una tercera anuncia como título principal “Reportaje a un indígena”, lo que introduce un periodismo de nuevo tipo que le da directamente la voz a los subalternos, con nombre y apellido, introduciendo una

²⁷⁰ *Ibidem*, p. 2.

²⁷¹ Hylton, “Tierra común...”, *ob. cit.*, p. 96.

²⁷² *El País*, 28/8/1927.

novedad en el campo periodístico –e intelectual– boliviano donde los mestizos solían hablar *por* los indios (lo que en Ecuador denominan ventrilocuismo). La mayoría de los testimonios corresponden a mujeres, ya que los hombres estaban presos o fugados y contribuyen a desestabilizar (e incluso a invertir) el clivaje civilización/barbarie construido por los “civilizados”. A modo de ejemplos:

Manuela Flores ha visto los cadáveres de León N. de Tinguipaya y N. Villacorta a los que los soldados le cortaron las orejas; al último lo hizo enterrar Emiliana Rasguido. A León lo enterraron después de cuatro días de muerto, cuando los perros y los cuervos lo comían. Cuando las mujeres y los niños se oponían a que fueran quemadas sus casas las baleaban. A su marido Liaco Ariaca lo trajeron preso porque no encontraron a su hijo que dice que lo mataron en Macha, pero no asegura porque dice que tiene que ir a averiguar a Colquechaca. Le robaron cuatro bueyes, ovejas, gallinas. Issac Espada le robó un costal, anilinas, lana, herramientas, cueros [y] echó por tierra los cereales. Que los soldados incendiaron el tambo de Karakara y las casas de Mariano Quinteros, Dominga N., Jacinta N., y otras por orden de Armando Delgadillo de Kollpa. Su marido está en la cárcel por cuenta de su hijo, a quien se le atribuye ser Cacique pues reclamaba escuelas para su ayllu²⁷³ [...]

Isabel Ballester dice que el corregidor de Antora Mariano Elebar (Aguilar) hubiera soltado a otros indios presos porque le pagaron. Con pretexto de ‘auxilios’ ha obligado a todos los indios a que le den ovejas, gallinas, papa, cereales, leña. [...] Que a su marido Mariano Yupari y a ella los han puesto en prisión durante ocho días en la cárcel de Antora. Su marido es epiléptico²⁷⁴ [...]

Manuela Flores agrega a su declaración que ya publicamos que durante su ausencia le han robado dos burros y un chanco con crías. Que su hermano Mariano Flores ha sido muerto en Tipakari y enterrado después de cuatro días durante los cuales perros y buitres se lo comieron”.

Otro testimonio denuncia al propio Santelices, director de *La Defensa*, por aprovecharse de los indios como abogado:

Cayetano Flores, originario de Toroca, ayllu Challcha, dice que tiene su terreno colindante con la hacienda Pucamoko, de César Garvizu. Garvizu lo hizo notificar a Flores, con el corregidor Felipe Rosas, diciendo que tenía que desocupar sus terrenos.

²⁷³ *El País*, 23/9/1927.

²⁷⁴ *Idem*.

En Sucre tomó al abogado Juan A. Santelices que desde hace seis años lo defiende tanto en Colquechaca como en Sucre. El indio lleva gastados 75 Bs., está en posesión de sus terrenos y se defiende... se defiende... se defiende... de nada. Pero ya es el pretexto para que cuando muera, caigan sobre sus herederos y los depongan. Porque iniciar pleito con notificación de un corregidor que el mismo espoliador lo hace nombrar; que el indio siga en posesión de su terreno; que dure seis años el pleito; que sus papeles estén correctos y que el pleito no se acabe nunca... es otro de los sistemas de explotación de la clase indígena²⁷⁵.

Si la barbarie es parte constitutiva de la civilización, el periódico de Prudencio Bustillo realizó todos sus esfuerzos para ponerlo de relieve, con el inestimable apoyo del escritor Jaime Mendoza²⁷⁶. Al mismo tiempo, los testimonios echaban luces sobre la sublevación, como ocurre con algunas menciones muy breves sobre el rol de los “llameros” en los acontecimientos de Chayanta.

La edición del 23 de septiembre, cuando los ecos de la rebelión continuaban vivos, comienza con el artículo de portada “Lo que cuentan los indios. Los innumerables abusos de que son víctimas. Algunas de sus muchas quejas”, donde se señala desafiante que

Los patrones, al leer estas líneas, han de tratar de vengarse de los indios, cuyos nombres anotamos. I es necesario que esos patrones sepan que los indios no son bestias, ni esclavos. Tienen derecho a defenderse. I si recurren a venganzas, sepan también que la opinión de el país está formada en el sentido de que ellos son los causantes de la sublevación, por el estado miserable en los que los tienen y que los hemos de defender. Es necesario que sepan que el indio puede aprender a defenderse personalmente y entonces la vida de un indio puede valer la de un patrón²⁷⁷.

De este modo, a diferencia de otros periódicos que condenaban los abusos pero justificaban la represión de los violentos, *El País* defendía incluso el derecho a la

²⁷⁵ *Ibidem*, p. 4.

²⁷⁶ Sucre (1874-1939). Médico (graduado con una tesis sobre la tuberculosis en Sucre), profesor universitario, poeta, novelista social y ensayista dedicado a temas históricos y espacio-territoriales. Formó parte del Partido Socialista de 1914. Secretario General del Primer Congreso Médico y, consagrado como “Maestro de la Juventud”, fue el primer rector autonomista de la Universidad San Francisco Xavier. Senador de 1931 a 1935. Se dice que Rubén Darío lo llamó “el Gorky americano”. Su tesis central era que el “macizo andino” era el núcleo de la unidad nacional boliviana (Lora, *Diccionario político...*, ob. cit.).

²⁷⁷ *El País*, 23/9/1927, p. 1.

rebelión desde la propia ciudad de Sucre, para escándalo de parte de la sociedad de la capital formal de la República, que se ufana de sus orígenes aristocratizantes. Por eso, *La Defensa*, en un larguísimo artículo, también en portada, protestaba ante el hecho de que *El País* lo hubiera tildado de periódico conservador, y con la firma de su director, Juan A. Santelices, le advierte a Prudencio Bustillo que “no es bueno regirse por el lloro de los indígenas”. Pese a estos llores, recordaba, la indiada ha sido artífice de salvajes violaciones, asesinatos e incluso actos de canibalismo: a algunos patrones “no les dejaron ni los huesos, porque se los comieron”²⁷⁸.

Cabe destacar que es precisamente este “duelo” entre los dos periódicos lo que evidencia que la rebelión de Chayanta no sólo puso de relieve el tradicional clivaje poscolonial entre blanco/mestizos e indios, sino que las reacciones de parte de los intelectuales urbanos progresistas dejaban en evidencia la pérdida de legitimidad de la República oligárquica-liberal y la emergencia de corrientes renovadoras que propiciaban un nuevo orden.

Jaime Mendoza escribe en el mismo diario una emotiva defensa de los indios sublevados; tan emotiva que, según cuenta, su propia madre “murió trágicamente a manos de ellos” en otra de las cruentas sublevaciones que acecharon al país. “Declaro, pues, que hoy igual que antes, al ponerme, en cuanto escritor, del lado de los indios, lo hago como ciudadano de esta Nación, como boliviano”. Y prosigue:

Aun los que llevamos en las venas “sangre de claros españoles”, como dijo, refiriéndose a mí, el escritor Luis Toro Ramallo, no podemos considerarnos del todo exentos de los atributos que caracterizan al indio. Esos atributos –o por lo menos los más hondos y radicales– los adquirió el indio en su medio; y como ese mismo medio está operando en todos los demás elementos étnicos bolivianos, he aquí otro nexo que nos ata al indio con lazos que aunque no queramos ver, teníamos fatalmente que soportar por eso no solo los mestizos sino los blancos, son de algún modo, “indios blancos”. En ese sentido, no es incorrecto llamar a Bolivia “un país de indios” porque, en efecto, en este país “todos somos indios”. Todos, incluso los que solemos entretenernos recordando títulos nobiliarios de ascendientes de pura cepa española.

Es el medio, el “macizo boliviano”, el que talló a todos los bolivianos, indios, blancos y mestizos... el medio opera en todas partes como un constructor, un maestro, un artista. Nadie escapa a su acción. Eso es también un imperativo categórico²⁷⁹.

²⁷⁸ *La Defensa*, 26/9/1927, p. 1.

²⁷⁹ *El País*, 23/9/1927.

El 30 de septiembre, José Prudencio Bustillo envió una carta al Presidente de la Cámara de Diputados a través del diputado Soruco Ipiña, donde explica su versión de “las verdaderas causa de la sublevación”, “sofocada de una forma que ha tomado los caracteres de una hecatombe”. En el texto, el periodista argumenta que “es mejor que reviente tanta podredumbre, para curarla, antes de seguir manteniendo a 700.000 indios que habitan nuestra patria en el miserable estado de esclavitud en el que ahora se encuentran”. Y agrega que “no ha sido la propaganda comunista la que provocó la sublevación” ya que “la mentalidad del indio es incapaz de comprender las finalidades del soviét”. Por el contrario, “la causa del levantamiento –como muy bien ha comprendido el Exmo. Sr. Presidente de la república al ordenar el enjuiciamiento de tres terratenientes– está en la explotación inicua que de esta raza hacen el corregidor, el cura y el ‘mozo’”²⁸⁰.

Respuesta de Soruco Ipiña: “Presidente Cámara no creyó conducente lectura memorial”.

Prudencio Bustillo tuvo, empero, la última palabra desde su periódico: “Los diputados están buenos para pasar el tiempo bostezando y fumando, para cobrar sus sueldos y hacer chanchullos. Los problemas vitales de la patria los dejan para que los resuelvan... los que colonicen Bolivia”.

Si Prudencio Bustillo agitaba las aguas del *statu quo* oligárquico-liberal desde la “culta Charcas”, el estudiante Roberto Hinojosa lanzaba incisivas denuncias desde el diario *Crítica* de Buenos Aires, que llegaban como dardos venenosos hasta el Altiplano, donde cosechaba diversas expresiones de repudio de parte de la sociedad conservadora²⁸¹. Pero provocar fue lo que, durante toda su vida, inspiró los libros, libelos y artículos de este joven cuya vida fue tan agitada como la de Bolivia y América Latina por esos años. Nacido en Cochabamba, Hinojosa perteneció a la generación de la reforma universitaria y fue dirigente estudiantil en su ciudad natal a comienzos de los años veinte además de un efusivo antisaaavedrista, por lo que conoció un temprano exilio en Buenos Aires y Montevideo, donde se vinculó al ambiente universitario de

²⁸⁰ *El País*, 19/10/1927, p. 2

²⁸¹ El vínculo entre Hinojosa y el diario de Natalio Botana era estrecho, de hecho, el boliviano fue expulsado de la Asociación de amigos de Rusia a fines de la década del veinte acusado de no haber apoyado una huelga de periodistas de *Crítica* (“Expulsión de R. Hinojosa” y “Traición de Roberto Hinojosa”, *Revista de Oriente* N° 9/10, septiembre de 1926). (Agradezco a Natalia Bustelo por esta información).

izquierda²⁸². A mediados de los años veinte comenzó a escribir en el diario *Crítica*, donde era considerado “comunista”²⁸³. En Bolivia comenzó a ser más conocido cuando, en 1926, regresó con una delegación de intelectuales argentinos, uruguayos y brasileños, tras lo cual Siles, en su plan de atraer a los jóvenes brillantes, le ofreció un cargo diplomático en Río de Janeiro²⁸⁴. Mientras continuaba sus colaboraciones con *Crítica*, comenzó a escribir en *Folha acadêmica*, portavoz del reformismo universitario brasileño. No obstante, sus encendidas posiciones contra la injerencia imperialista en Nicaragua y en favor del México revolucionario acabaron en un incidente diplomático, luego de que la embajada de Estados Unidos presentara una protesta por la conducta poco diplomática del joven boliviano. Frente a los pedidos de Siles para que presentara su renuncia en La Paz, Hinojosa desobedeció y rompió pública y ostentadamente con el Presidente²⁸⁵. En 1927 retornó nuevamente al país, donde se vinculó con Marof con quien fundó el Partido Socialista Maximalista, que atrajo la atención de la dirigencia en Moscú, la cual –según pudo constatar Schelchkov en los archivos de la Internacional Comunista– pidió información sobre el grupo a su secretariado Sudamericano²⁸⁶. Pese a ser un partido pequeño, su actividad –sumada a las personalidades resonantes de ambos intelectuales– provocó la reacción represiva del gobierno de Siles y en febrero de 1927 Marof fue arrestado y luego desterrado, lo que provocó una enérgica reacción de *Correspondencia Sudamericana*, el órgano de la IC en América Latina²⁸⁷. Sin embargo, los métodos y el estilo de Hinojosa no tardarán de alejarlo del comunismo prosoviético y acercarlo a un nacionalismo de izquierda que lo llevará a tratar de articular un marxismo sui géneris con posiciones indigenistas, encontrando en la revolución mexicana, como veremos más tarde, su fuente de inspiración. Por lo pronto, continuó con su trabajo en *Crítica*, donde combinó anticlericalismo y antimilitarismo, especialmente en relación a la cada vez más tensa situación en el Chaco boliviano. Y al mismo tiempo, se vinculó al régimen de Plutarco Elías Calles, para más tarde volverse un propagandista a sueldo –pero no sin convicción– de Lázaro Cárdenas. Como ha mostrado Schelchkov en base a archivos de la Cancillería mexicana, esas relaciones fueron siempre complejas y generaron situaciones incómodas para la embajada

²⁸² Valentín Abecia López, *7 políticos bolivianos...*, *ob. cit.*, p. 98.

²⁸³ Mario Chabez, *La revolución francesa de Bolivia*, Arequipa, editorial Portugal, 1946, citado en Abecia, *idem*.

²⁸⁴ Schelchkov, “Roberto Hinojosa...”, *ob. cit.*, p. 3.

²⁸⁵ *Idem*.

²⁸⁶ *Ibidem*, pp. 3-4.

²⁸⁷ *Ibidem*, p. 4.

mexicana en Buenos Aires, dada la radicalidad con escaso tacto que a menudo mostraba el escandaloso Hinojosa²⁸⁸.

Entre las colaboraciones que generaron más “ruido” en Bolivia estuvieron, precisamente, las referidas a la rebelión de Chayanta desde *Crítica*. El diario de Natalio Botana le dio amplio espacio al joven boliviano que se caracterizaba por agitar las aguas allí por donde pasaba. Un buen ejemplo fue el viaje del boliviano a Asunción, a comienzos de agosto de 1927, con la finalidad de promover el pacifismo entre ambos países cuando los tambores de guerra por los diferendos territoriales en el Chaco comenzaban a sonar de manera perturbadora para quienes defendían el ideal de la unidad latinoamericana. Su paso por la capital paraguaya derivó en serios incidentes entre estudiantes, obreros y policías.

La historia comenzó con la prohibición del rector de la Universidad de Asunción, Eusebio Ayala, de que la federación estudiantil recibiera a Hinojosa en el salón de actos de la casa de estudios, decisión que se estrelló contra la intransigencia de estudiantes y obreros radicales que decidieron que recibirían al “hermano boliviano” “cueste lo que cueste”. Así, miembros de la Confederación Regional Obrera, de la Liga Marítima y del movimiento estudiantil se dirigieron a tomar por la fuerza la universidad, y finalmente Hinojosa, como él mismo le dijo a *Crítica*, pudo hablar “en presencia de una autoridad revolucionaria”: el joven comunista Oscar Creydt, entre gritos de “¡Abajo la guerra! y ¡Viva Bolivia!”²⁸⁹. Evidenciando ya una causa que marcaría su devenir político, Hinojosa difundió un mensaje de solidaridad con México, país hermano “que lucha contra el imperialismo yanqui y el imperialismo de la sotana”.

No contentos con lo conseguido, los estudiantes declararon “cadáver” a quien sería justamente el presidente durante la Guerra del Chaco (1932-1935), y organizaron un funeral carnavalesco, entre cirios y banderas rojas. Mientras esto ocurría, Marof era acusado de “complot comunista” y detenido en La Paz, de lo que Hinojosa se enteró mediante un telegrama.

Tras su regreso a Buenos Aires, Hinojosa se involucró desde las páginas del periódico porteño en la denuncia de la represión de los indios de Chayanta. *Crítica* le dedicó varios artículos al tema, probablemente en base a información suministrada por el propio Hinojosa, y en todos ellos rechazan que se trate de una rebelión comunista; por el contrario, se trata de una lucha de los indígenas contra la esclavitud a la que

²⁸⁸ *Ibidem*, pp. 4 y ss.

²⁸⁹ *Crítica*, 2/8/1927, p. 2.

fueron sometidos por hacendados, curas y corregidores. Así, publica *Crítica* el 12 de agosto, en medio de una activa campaña a favor de un indulto a Sacco y Vanzetti que nunca llegó, en medio de una inédita solidaridad mundial:

Un historiador que dentro de un siglo tenga la paciencia o la oportunidad de revisar la historia de los movimientos revolucionarios de nuestra época se encontrará con este asombroso comodín: que las insurrecciones motivadas por la injusticia de clase son designadas por los gobiernos capitalistas con el nombre de “movimientos comunistas”. En Bolivia no existe comunismo, en Bolivia lo que existe es esclavitud²⁹⁰.

Crítica denunciaba que a la muerte de cien indios y un soldado “las autoridades bolivianas llaman un choque sangriento”, cuando lo más probable, señalaban, es que se tratase de “una carga del Ejército contra un puñado de hombres sin armas, que luchan por la libertad individual”²⁹¹. Pero lo que más escándalo causó fue una entrevista, reproducida como artículo, en la que Hinojosa se refirió en primera persona a la rebelión de Chayanta y a la situación de los indios. Para el joven universitario, los aymaras son “una raza de hierro forjada en los martillazos del dolor, que alguna vez supo construir una suntuosa ciudadela como Tihuanacu, hoy en escombros y pisoteada por la plebe republicana, ignorante e insensata”²⁹². Denunciaba con nombre y apellido a los magnates y terratenientes Patiño, Escalier, Aramayo y otros, “asociados a los politiqueros” como Saavedra y Siles para explotar al indio. Mientras los curas “esquilman al indio al pie del crucifijo”, los corregidores “lo atormentan con el terror de la ley”²⁹³. Pero lo que generó diversas reacciones condenatorias hacia el “estudiante Hinojosa” –como era llamado por la prensa boliviana–, fue su polémica (y no comprobada) afirmación de que los oficiales del Ejército del país andino “ejercitaban su puntería asesinando indios indefensos amarrados en los postes de los cuarteles”.

Uno de quienes respondió, en una indignada carta al periódico, fue el político republicano genuino José María Escalier (mencionado por Hinojosa entre los explotadores de indios). Para Escalier, que residía largas temporadas en Buenos Aires, tal acusación era una calumnia en sí misma, pero resultaba más grave aún al ser

²⁹⁰ *Crítica*, 12/8/1927, p. 6.

²⁹¹ *Ibidem*.

²⁹² “El indio no es bestia”, *Crítica*, 12/8/1927, p. 6.

²⁹³ *Idem*.

pronunciada por un boliviano en el extranjero. Escalier afirma que “los militares de Bolivia son hombres de honor y aman su cartera y su país para manchar una y otra con una conducta tan salvaje e inhumana como la que les atribuye el señor Hinojosa. Sólo un cerebro enfermo puede concebir semejante enormidad. En Bolivia debe conocerse esa publicación insertada en un diario de tan amplia difusión como *Crítica*, para que su autor reciba la protesta de su país, repudiando semejante acto”²⁹⁴.

No obstante, aunque *Crítica* publica la misiva del político boliviano, lo hace para desmentirlo y avalar a Hinojosa, lo cual queda claro desde el título: “Roberto Hinojosa, sobre la sublevación de indios en Bolivia, ha dicho la verdad”. El artículo resalta que Hinojosa “es un hombre de honor y de conciencia altiva, puesta al servicio de altos ideales de democracia y de libertad” y que “su actuación en los movimientos idealistas de la juventud universitaria americana se ha destacado con relieves propios personalísimos”, mientras que el señor Escalier “con patriotismo que le honra, quisiera que una vergüenza nacional no rebasara los límites de su frontera”. Pero no debe olvidarse –remata el artículo sin firma– que existe “un patriotismo superior y es, precisamente, el de denunciar los abusos, crímenes y atropellos que se consuman contra los indios, la triste raza autóctona que sufre el castigo milenario del alcohol, la sífilis y la prepotencia esclavizadora del blanco”²⁹⁵.

En este contexto de revolución de las ideas que venimos describiendo, lo que verdaderamente alertó a las autoridades sobre el “peligro comunista” en el campo fueron las reuniones entre los caciques con Marof, Chumacero y otros dirigentes socialistas que el propio Michel reconoció en una carta al presidente Siles, donde llama “compañeros” a los socialistas. Luego de su arresto, el 3 de agosto, el Cacique General de Chuquisaca y Potosí señala que “se imputa a nuestros Navarro [Marof], Chumacero, Murillo y otros de estar instándonos a sublevarnos, siendo así que ellos no han hecho otra cosa que ayudarnos en nuestros reclamos por las injusticias múltiples de las que somos víctimas”, y se pregunta: “¿será que ellos, al procurar nuestra alfabetización, al hacer reclamos ante los terratenientes, al proyectar una Liga de Defensa pro Indio, han obrado mal?”. Michel finaliza señalando que “la ignorancia en la que nos mantienen es

²⁹⁴ *Crítica*, 18/8/1927, p. 5.

²⁹⁵ *Ibidem*.

el origen de nuestra esclavitud y los que tratan de sacarnos de ella son justicieros, son humanos”²⁹⁶.

Cabe destacar que Michel participó del Tercer Congreso Nacional de Trabajadores de Oruro, reunido en abril de 1927, en el que se desarrolló una intensa lucha entre marxistas y anarquistas. Según Lora, concurren a las deliberaciones unos 150 delegados, entre ellos veinte campesinos²⁹⁷. Pero antes de eso el dirigente indígena se había reunido “tres o cuatro veces” en la casa de Chumacero, en Sucre. Finalmente viajó a Oruro en tren junto a Agustín Morales, su Comisionado de Instrucción. El acto comenzó con la entonación de La Internacional y el profesor Víctor Vargas Vila leyó un mensaje de Marof, que había huido de Bolivia después de haber sido detenido acusado de “complot comunista” (señalado, junto a otros intelectuales y activistas, como agente soviético), donde remarcaba la índole izquierdista del congreso y cifraba las esperanzas del proletariado en la revolución social. Participaron también delegaciones de estudiantes universitarios en un clima de radicalización de una parte del estudiantado que, como veremos, irá en busca de una alianza con los sectores proletarios. Presidido por Chumacero, el Congreso se refirió a los problemas indígenas reclamando que, tal como establece la Constitución, se declare extinguida la esclavitud, término con el cual se señalaba el *pongueaje* (trabajo doméstico gratuito en las casas de los hacendados)²⁹⁸ y la propia situación opresiva del sistema hacendal, plagado de múltiples tipos de exacciones e iniquidades. Aunque se planteó que “la liberación del indio será obra de él mismo” y se reclamó la expropiación de tierras en favor de familias y comunidades rurales no se llegó a proponer una reforma agraria integral y un programa efectivo para la liberación del indio²⁹⁹.

Michel afirmó luego de ser detenido que aunque no entendió la mayor parte de lo que allí se discutió, participó igualmente del Congreso e incluso hizo uso de la palabra para manifestar “que somos víctimas de abusos y que las autoridades no nos amparan ni nos protegen”. Incluso, según declaró, recibió un certificado de asistencia a ese cónclave proletario.

Esta experiencia resume, en efecto, uno de los momentos en los que se buscó desplegar una versión del marxismo capaz de dar cuenta de las particularidades de un

²⁹⁶ Hylton, “Tierra común...”, *ob. cit.*, p. 171.

²⁹⁷ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1923-1933*, *ob. cit.*, p. 21.

²⁹⁸ Sobre el tema, *cf.* José Salmón B., “El indio escribirá mañana la historia de Bolivia”, La Paz, Imprenta Atenea, 1931.

²⁹⁹ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1923-1933*, *ob. cit.*, pp. 24-25.

“país de indios”; y fue Marof uno de los más entusiastas y consistentes artífices de ese experimento tal como quedó plasmado en *La justicia del inca*, publicada en Bélgica en 1926. Allí planteó la que sería la consigna insignia de la revolución boliviana para los siguientes años: “tierras al indio, minas al Estado”, uno de los más tempranos esfuerzos por plantear, en Bolivia, la cuestión del indio como la cuestión de la tierra que poco después Mariátegui desarrollaría en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

El recorrido teórico –y la propia figura de Marof– siguen siendo bastante enigmáticos y su personalidad dio lugar a grandes controversias. Nacido en Sucre en 1898, con sólo 22 años parte a Europa con una misión diplomática en la ciudad de El Havre tras el golpe de Saavedra y esa será su oportunidad –ampliamente aprovechada– para vincularse con figuras destacadas del marxismo europeo, notablemente Henry Barbusse. Será allí donde cambia su nombre por el pseudónimo, Tristán Marof, que lo acompañará el resto de su vida. En la Francia de anteguerras asistía a las conferencias de *L’Humanité* –a la que solían ir figuras como George Píoc y Charles Rapoport– y en las tertulias del barrio latino podía mezclarse con César Vallejo, Miguel Ángel Asturias, o Víctor Raúl Haya de la Torre³⁰⁰. Es claro que el joven cónsul, atraído por la bohemia y las ideas radicales, utilizó su cargo para construir una densa red de relaciones, en la que su formación no despreciable, su juventud y su procedencia de la lejana Bolivia, todo ello sumado a un pseudónimo búlgaro, posiblemente resultaran una buena carta de presentación en ese mundo de los “locos años veinte”. De allí sus traslados, primero a Glasgow y más tarde a Génova, debido a la incomodidad que generaban en los ambientes diplomáticos sus pasionales tomas de posición³⁰¹. De esta época son sus libros *El ingenuo continente americano* (1922), prologado por el propio Barbusse, que generó una fuerte crítica de la cancillería de Chile por sus posiciones críticas hacia el país trasandino y dos textos más: el satírico *Suetonio pimienta, memorias de un diplomático de la República de Zanahoria* (1924) y *La justicia del inca* (1926) editado en Bruselas³⁰². Pese a que Marof logró influir en la situación interna boliviana, lo hizo casi siempre desde sus múltiples exilios, que lo transformaron en un intelectual nómada.

³⁰⁰ Hernán Topasso, *Tristán Marof...*, *ob. cit.*, p. 7.

³⁰¹ *Idem.*

³⁰² La ausencia de ejemplares en La Paz es un indicador de que posiblemente no hayan llegado muchos volúmenes a Bolivia, y de que su contenido circuló mediante citas, reproducciones de multicopiado, etc.

Lo expuesto hasta aquí nos muestra la existencia de significativas redes urbano-rurales de izquierda y la voluntad de varios intelectuales y obreros radicales de entablar alianzas interétnicas, un dato a menudo poco resaltado en la historización del socialismo boliviano. Empero, no debería exagerarse el vínculo ideológico entre los líderes indígenas y las izquierdas. No cabe duda que los comunarios también tenían múltiples redes con los republicanos saavedristas; y no hay razón para suponer que las alianzas con Marof y los socialistas no repetían el tipo de vínculos instrumentales con los que los indígenas buscaban aliados estratégicos para recuperar las tierras, reponer formas de autogobierno perdidas y garantizar la construcción de escuelas³⁰³. Como hemos visto, Saavedra tuvo una posición muy compleja sobre el asunto indígena, que lo llevó a actuar como defensor y represor, alternativamente y de acuerdo a la posición que ocupó en cada momento, combinando la denuncia de las comunidades como “reaccionarias” con la estructuración de redes rurales entre el Partido Republicano y apoderados indígenas, en parte para contrarrestar el poder de sus enemigos políticos (en ese sentido, Saavedra actuó como un verdadero populista, que intentó utilizar a sectores populares, convenientemente controlados, y levantar un discurso tibiamente antioligárquico, contra sectores de las viejas élites liberales). Por ejemplo, Gotkowitz, citando a Rivera, recuerda que entre 1916 y 1917 Saavedra, junto a su hermano Abdón y su cuñado Max Bustillos, ofreció asistencia legal a Marka T’ula y otros caciques para enfrentar acusaciones sobre actos criminales que pesaban sobre ellos, y también para la inscripción de sus tierras³⁰⁴. Ya presidente, promovió una ley contra la venta fraudulenta de tierras comunales que resultó relativamente efectiva para frenar la expoliación mediante las revisitas o, al menos, para dotar de instrumentos legales a los apoderados³⁰⁵. Por todo esto –y el apoyo indígena a la revolución republicana de 1920– muchos consideraban al saavedrismo el “partido de los caciques” en las regiones rurales, especialmente las dominadas por hacendados liberales³⁰⁶. Pero no se trataba solamente de enfrentamientos partidarios: las tensiones entre el Estado central y los grupos dominantes regionales explica muchas de las críticas de escritores y políticos de

³⁰³ En este sentido, matizamos la afirmación de Hylton, de que las redes analizadas constituyeron una vía alternativa, aunque truncada, al nacionalismo revolucionario estatalista que emergió en los años treinta y más aún en los cuarenta. Es verdad que el marxismo indigenista de Marof abría otros caminos, pero fue muy minoritario e inestable como proyecto, en gran medida –es cierto– por el hecho que Marof pasó escaso tiempo en Bolivia y vivió la mayor parte de sus años de marxista en un nomadismo permanente.

³⁰⁴ Gotkowitz, *La revolución antes de la Revolución...*, *ob. cit.*, p. 97.

³⁰⁵ José Flores Moncayo, *Legislación boliviana del indio*, La Paz, Instituto Indigenista Bolivia, 1953, pp. 328-329.

³⁰⁶ Gotkowitz, *La revolución antes de la Revolución...*, *ob. cit.*, p. 99.

la élite a las prácticas abusivas de los hacendados y vecinos de pueblo que, a la postre, conspiraban contra la construcción de un Estado moderno y una nación integrada. Como hemos visto, la resistencia hacendal contra la educación y el servicio militar de los indígenas (clave en el disciplinamiento civilizatorio del cuerpo y alma de los indios) ponía palos en la rueda sobre los ejes de la modernización liberal continuada por el liberalismo disidente más “cholificado” (saavedrismo y silismo) hasta comienzo de los años treinta.

Bajo el signo de México y Moscú: la primera convención nacional de estudiantes universitarios

Un núcleo específico de la juventud boliviana estaba constituido por la dirigencia universitaria cochabambina liderada por José Antonio Arze, una minoría activa de izquierda que, crecientemente distanciada de las orientaciones tradicionales, en 1928 impulsó el primer congreso estudiantil destinado a constituir la Federación Universitaria Boliviana a escala nacional y a impulsar la reforma universitaria³⁰⁷. En 1923, con sólo 19 años, Arze viajó a Argentina, Uruguay y Chile encomendado por el Concejo Municipal de Cochabamba para estudiar el funcionamiento de los institutos de formación profesional para obreros. Así, en Argentina pudo tomar contacto con el clima de la reforma universitaria del 18 y aumentar su prestigio entre sus compañeros de universidad³⁰⁸.

Los años veinte fueron una década cargada experimentaciones estéticas e ideológicas y apuestas radicales en diferentes terrenos y disciplinas³⁰⁹. Y pese a su relativo aislamiento, Bolivia iba recibiendo la influencia de los vientos de cambio que soplaban en las naciones vecinas. En 1919 había visitado La Paz el líder socialista argentino Alfredo Palacios, quien fue “recibido por los centros universitarios y por las organizaciones obreras con fervoroso entusiasmo”³¹⁰. *El Diario* advierte en la portada

³⁰⁷ Rodríguez Ostría, “Orígenes del movimiento universitario cochabambino...”, *ob. cit.*, pp. 69 y ss.

³⁰⁸ “Memorándum de viaje. Crónicas sobre Chile, Argentina y Paraguay”, revista *Arte y Trabajo*, julio y agosto de 1923 respectivamente.

³⁰⁹ Para un panorama de la década a escala regional, *cfr.* Funes, *Salvar la Nación...*, *op. cit.*

³¹⁰ Lora, *Historia del movimiento obrero...1900-1923*, *ob. cit.*, p. 145. En “La semana obrera” del diario orureño *La Patria*, del 15/6/1919, se lee: “Su paso por las ciudades de Bolivia no sólo unificó el sentimiento nacional... sino que tuvo la virtud de despertar las energías dormidas de las clases trabajadoras. No otra cosa significa el caluroso empeño con que los obreros de esta ciudad saludaron al apóstol de las huestes proletarias de América. Ello demuestra que se aproxima la hora de procurar la organización obrera en Bolivia” (citado en *ibidem*, pp. 145-146). Lora agrega que ante los ataques de los elementos clericales, los obreros formaron guardias defensivas en las estaciones ferroviarias.

del 11 de junio de 1919 que Palacios debe ser recibido con “muestras de simpatía” y debe brindársele “hospedaje generoso”, pero aclaraba que una cosa es el Palacios figura intelectual de prestigio que hace el honor de visitar el país y otra el Palacios político socialista cuya presencia corre el riesgo de mover las ya enturbiadas aguas de la cuestión social. Por eso la advertencia:

las clases obreras de Bolivia no desean, bajo ningún concepto, que el señor Palacios venga a aconsejarles normas de conducta internacional o interna [...] ¿El propósito del señor Palacios es agitar a las masas de forma inconducente y perjudicial? Y esto decimos porque en Lima han ocurrido disturbios tan graves que se ha tenido que fusilar en masa al pueblo que se había levantado proclamando ideas efectistas [sic], para alterar el orden público... el señor Palacios no puede ni debe pretender hacer lo que hizo en Perú³¹¹.

Seis años después de esta visita, ya en medio de los festejos de la primera centuria nacional, llegó a Bolivia el líder aprista exiliado en Argentina Manuel Seoane, con la finalidad de “ir a alentar a esa muchachada de Bolivia que en pleno centenario era diezmada a sablazos”³¹². “Llevaba la voz de los estudiantes del Perú, de la Federación Universitaria de La Plata y de los distintos centros estudiantiles de la Argentina” y, desde una posición que prefería el dinamismo a la erudición, Seoane sostiene que “el academicismo es un lento suicidio del carácter”³¹³. En efecto, apunta que una de las razones del viaje era desarrollar una experiencia vital frente al aburrimiento que sentía en Buenos Aires, debido al viciado ambiente académico.

El libro fue prologado por el “maestro de la juventud” Alfredo Palacios, quien elogió la obra por su “cautivante vehemencia razonada”. Allí Palacios cita *Creación de la pedagogía nacional* de Franz Tamayo y al profesor belga George Rouma quien llegó

³¹¹ Editorial, *El Diario*, 11/6/1919, p.1.

³¹² Seoane, *Con el ojo izquierdo...*, ob. cit., p. 15. Para un análisis contextualizado de la obra, cfr. Martín Bergel, “Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia, de Manuel Seoane. Estudio preliminar”, en Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas (coord.), *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana (1900-1930)*, México, El Colegio de México/Universidad de Colima, 2012, pp. 283-315.

De familia de prosapia, Seoane (Lima 1900) fue presidente de la Federación de Estudiantes del Perú (1923-1924), fue el líder de la célula aprista de Buenos Aires y se transformó en la segunda figura en importancia detrás de Haya en el APRA. Se exilió en Argentina (1924-1936, con interrupciones en las que vuelve a Lima), y luego en Chile (1936-1945 y 1948-1956 aproximadamente). En Argentina, fue periodista del diario *Crítica* y director de *Renovación*, órgano de la Unión Latinoamericana. Fundó y dirigió el diario aprista *La Tribuna* en 1931. Es autor de varios libros, entre otros: *La Garra Yanqui* (1930), *Nuestros Fines* (1931), y *Las seis dimensiones de la revolución mundial* (1960).

³¹³ *Ibidem*, p. 17.

a La Paz, contratado por los liberales, para fundar la primera escuela normal³¹⁴. Cabe destacar que, además, Palacios aceptaba ciertos postulados indigenistas al señalar que “los habitantes del Tahuantinsuyo tenían un espíritu de solidaridad extraordinaria y realizaron instituciones admirables. Admitieron la propiedad colectiva de la tierra y socializaron el trabajo y la riqueza”. Por eso el político socialista sostiene que “para la transformación social que Ud. auspicia, esas comunidades tienen verdadera importancia y no deben ser descuidadas en el plan[o] económico”³¹⁵.

Con el ojo izquierdo... es un vivo retrato de la Bolivia del Centenario: el aprista peruano participó en las celebraciones oficiales (de las que dejó un colorido testimonio) y, al mismo tiempo, y principalmente, se relacionó con estudiantes y obreros radicales. Especialmente con integrantes del grupo rebautizado “Platonía”, anteriormente llamado “Claridad”, que congregaba a Abraham Valdez, Oscar A. Cerruto, Félix Eguino, Moisés Álvarez y Rafael Reyerros, con quienes nos encontraremos más adelante. “Lo que distingue a la Federación de estudiantes –escribió Seoane captando el nuevo espíritu de época– es su sensibilidad hacia la cuestión social y la voluntad de propiciar una refundación de la patria en base a las fuerzas vivas de la nación: intelectuales y obreros”³¹⁶. También estableció estrechos lazos con Enrique Baldivieso, quien lo despidió al concluir su viaje, al pie del tren, con emotivas palabras: “Es usted el mensajero de la juventud de Bolivia. Cuente lo que ha visto, que ello basta”³¹⁷, y con los editores del periódico izquierdista *La Raza*.

Seoane pronunció una conferencia en La Paz, en una universidad que reflejaba “no la época republicana mestiza, más o menos disfrazada de liberalismo, sino la época colonial, dogmática, untuosa” además de “apolillada y con olor a naftalina”³¹⁸. Al mismo tiempo, se vinculó con los sectores obreros que buscaban poner en pie una organización laboral a escala nacional, y participó –como invitado y orador– de una de las sesiones del Primer Congreso Obrero reunido en la calle Lanza, con Carlos Mendoza Mamani y Angélica Azcui. De la reunión rescató estas imágenes: “Unas docenas de sillas, los retratos de Marx y Lenin y el escudo simbólico de la hoz y el martillo. En la barra se apretujaban los indios y los cholos, acuciados por esa mística esperanza, plena de optimismo difuso pero caudaloso, que Sorel denomina el nuevo mito

³¹⁴ Sobre Rouma y la Normal de Sucre, *cfr.* Martínez, «*Régénérer la race...*», *ob. cit.*, p. 230.

³¹⁵ Seoane, *Con el ojo izquierdo...*, *ob. cit.*, p.11.

³¹⁶ *Ibidem*, p. 131.

³¹⁷ *Ibidem*, p. 13.

³¹⁸ *Ibidem*, pp. 133-134.

multitudinario”³¹⁹. Seoane habló contra el imperialismo, el capitalismo, los políticos profesionales y la Iglesia... el entusiasmo fue tal que lo nombraron miembro de la organización obrera y le emitieron la respectiva credencial que lo declaraba “portavoz y representante de la Confederación Nacional de Trabajadores [de Bolivia] ante las organizaciones de todos los explotados de la República Argentina”, firmada por Rómulo Chumacero y Carlos Mendoza Mamani³²⁰.

Respecto al tema del indio y su educación, Seoane, cita ampliamente al español antiliberal Eugenio d’Ors, quien en sus *Glosas a la nación boliviana*, publicadas en *La Nación* de Buenos Aires en 1925, sostiene que en Bolivia “el problema universal de la educación del pueblo se concreta localmente en el problema de la educación del indio” (“raza especial, cuya ingenuidad y persistencia, carácter y condiciones de vida, nos conmueven y apasionan”)³²¹. El Director de Instrucción Pública de la Mancomunidad de Cataluña entre 1917 y 1919 no deja de referirse a los principales intelectuales bolivianos, quienes según su opinión habían desertado de sus tareas en Bolivia buscando refugio en Europa o Estados Unidos.

Lector de Tamayo y Guillén Pinto, d’Ors, critica un enfoque racionalista que, aunque se presenta como científico, es político, y está enlazado con un progresismo democrático-liberal (el de la escuela Normal de Paraná) que le quita eficacia para la tarea que se propone: educar al indio.

“¿Qué acontecería –se pregunta d’Ors– si en presencia del [grupo humano a educar] se colocaran educadores que, con igual complejidad vital que el tipo del sacerdote, no tuvieran sus limitaciones dogmáticas y pudiesen sinceramente entrar en colaboración con la misma alma popular y utilizar para la obra de cultura sus mismas fuentes espontáneas de creación?”, “¿Qué sucedería si, por ejemplo, el maestro de nuevo cuño, en lugar de pretender extirpar una costumbre, un sentimiento, un mito, tomara, generosamente, esta misma costumbre, este mismo sentimiento, este mismo mito, y los elevara, utilizando sus virtudes activas, hasta dotar a la costumbre, de normalidad jurídica; al sentimiento, de sociabilidad benévola; al mito, de simbólica

³¹⁹ *Ibidem*, p. 139.

³²⁰ *Ibidem*, p. 142 y Apéndice 3.

³²¹ Eugenio d’Ors, “Glosas a la nación boliviana”, en *La Nación*, Buenos Aires, número extraordinario dedicado al centenario de Bolivia, 6/8/1925 (reproducido en Mariano Baptista Gumucio, *Antología pedagógica de Bolivia*, Enciclopedia boliviana, La Paz, Los amigos del libro, 1979, pp. 73-93). Para una evaluación de las ideas antiliberales del intelectual español, *cfr.* Maximiliano López Codera, “Hacia lo desconocido. Eugenio d’Ors en la crisis de la conciencia europea, en *Historia social*, N° 74, 2010, pp. 23-42.

verdad?”³²². La propuesta de d’Ors es una educación fundada en la actividad (*poesía más trabajo más épica*), una verdadera *Kulturkampf* que dé lugar a una nueva educación que liquide el positivismo, “una educación pública que continúe y perpetúe la obra del arte popular. Una educación que, inspirada en el folklore, se cifre en la artesanía”. Pero esto no significaba constituir una propuesta de armar escuelas de artes y oficios, nada más lejos, el planteo remitía a una filosofía, la del *hacer*, en la que “el último y definitivo maestro debe ser el pueblo mismo”³²³.

Como lo constató Seoane, el Centenario fue una ocasión para que la juventud inconformista expresara sus impugnaciones a la nación oficial y a la retórica patriótica hueca con la que los republicanos –herederos de los liberales– buscaban tapar el hecho de que en Bolivia no se había logrado construir nada parecido a una verdadera comunidad nacional: la herida del Pacífico estaba ahí para recordarlo. Pero a las humillaciones sufridas en la guerra contra Chile –y contra Brasil en el Acre– se sumaba un país internamente desintegrado, en el que la política aparecía como sinónimo –y a la vez generadora– de decadencia nacional. Contrariando el espíritu de los grandes festejos, la Federación Universitaria de La Paz envió a los parlamentarios una carta de fuerte contenido crítico, en el tono de renovación moral y generacional/juvenilista en boga en esos años:

[L]a centuria trágica vivida ha purificado nuestros espíritus y hoy, la generación del centenario, consciente de la misión que le cumple llenar en esta hora decisiva, reniega del pasado, delata ante la nación toda la tragicomedia de los cien años y condena la obra disolutiva y anárquica de los caudillos y tiranos que han matado los ideales de los que nos dieron patria y libertad³²⁴.

³²² D’Ors, “Glosas a la nación boliviana”, *ob. cit.*

³²³ “¿Qué más me da que en Bolivia surja un paisajista, por ejemplo? Mañana un pintor alemán cruzará los Andes y pintará los aspectos de la naturaleza boliviana mejor que aquél. ¿Qué más me da que se establezca en Potosí una manufactura de tejidos a la moda de París o a la de Washington? En Washington o en París siempre fabricarán mejor tales alfombras. ¿Qué más me da que las zarzuelas madrileñas se ejecuten también en los teatros de La Paz? Lo que yo quisiera es que la música quichua anónima llegase naturalmente y por una elevación sin violencia, a producir, como en árbol de sanas raíces un rico fruto, el poema musical boliviano”.

³²⁴ “Mensaje dirigido por la Federación Universitaria de La Paz al Congreso Nacional con motivo del Centenario”, en Gabriel del Mazo (comp.), *La reforma universitaria. Documentos relativos a la propagación del movimiento en América Latina (1918-1927)*, Tomo VI, Buenos Aires, Federación Universitaria Argentina, 1927, pp. 288-289.

Pero el clima de agrupamiento crítico se expandió a las diferentes regiones de Bolivia. En Potosí un grupo estudiantil editaba el semanario *Insurrexit*³²⁵, que se presentaba como el “órgano de la juventud estudiosa de Potosí”. La revista publicaba pequeños textos de Rodó y reivindicaba su idea de Iberoamérica –siendo los iberoamericanos “nietos de esa heroica y civilizadora raza” hispana–. El número 1 estaba encabezado con un epígrafe del autor de *Ariel*, y habla de “ese entusiasmo viril de las edades mozas”, de las “rebeldías batalladoras”, y exalta la “juventud pletórica de idealismos” contra la “patria caduca”, víctima del caudillaje. De allí la tarea del momento: “derribar mucho de lo que está arriba, para levantar sobre sus escombros, obra nueva, bondadosa y modesta, pero que marque un paso cultural”. Por eso la revista se distancia de los festejos del Centenario y de la parafernalia patriótica que comenzaba a ser desplegada por el saavedrismo. En el estado en que se encontraba Bolivia, los jóvenes potosinos encontraban “sincero y justo [a]bstenerse de conmemorar ese Centenario, dada nuestra situación de ‘nación crucificada’, pulsando nuestro raquitismo presente y nuestro pasado ‘triste y sin relieve’”³²⁶. En un artículo titulado “El Centenario de la nacionalidad”, los arielistas potosinos se expresan sobre su visión (trágica) de la historia nacional y sobre unos festejos a los que consideran una verdadera farsa; por eso mejor declarar un día de luto que fingir una felicidad –plagada de “galas barnizadas”– que era ajena a la “nación crucificada” –condenada a la mediterraneidad por una oligarquía que no había dudado, en 1904, en (con)firmar la pérdida del litoral marítimo boliviano a manos chilenas a cambio de una compensación económica–:

Diez meses más y habremos cumplido una centuria de vida republicana, vivida al amparo de hogueras que alimentaban odios y desvergüenzas; y nuestra Historia en cien años, más que Historia es un proceso de crímenes y prevaricaciones, de los mismos que juraron la dicha de la Nación, los más de ellos se sostuvieron con una espada en la mano, no para defenderla del enemigo extranjero, sino para clavarla en el corazón mismo de la Patria.

Y esas infamias nacidas en 1825 queremos festejar el año venidero, aparentando un regocijo de civismo del que muy huérfanos somos. Añádase a esto que por la ignominia de 1904, cuando los malos bolivianos de entonces permitieron que el brutal

³²⁵ En la primera parte de los años veinte (1920-21) se publicó en Argentina una hoy mítica revista con el mismo nombre –de cuño marxista-libertario–, donde escribieron Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni, Horacio Quiroga (Horacio Tarcus, “*Insurrexit*, revista universitaria (1920-1921)”, *Lote*, Rosario, N° 8, diciembre 1997, versión on line consultada el 2/7/2010, disponible en <http://www.fernandopeirone.com.ar/Lote/nro008/rcinsurre.htm>).

³²⁶ “La juventud universitaria frente al Centenario de la Patria”, *Insurrexit*, Potosí, 26/10/1924, p. 1.

asaltador de ayer pusiera precio a territorio boliviano, estamos por esa afrenta enclaustrados en el corazón del continente, soñando una utópica reivindicación. [...] Ahora pulsemos nuestra situación presente, desposeídos de toda pasión y doloroso será confesar que nada de relieve tenemos que poder lucir en tan magno acontecimiento. [...] queremos presentarnos el 6 de agosto venidero con traje prestado, fingiendo una felicidad no alcanzada todavía. Entonces, sincero y justo es abstenernos de galas barnizadas. Enlutar ese día la imagen de la Patria, y hacer concebir ante el mundo que Bolivia está de luto hasta que en sus fronteras haya paz y haya también justicia³²⁷.

También por esos años hay tendencias juveniles nacionalistas de derecha, como la plasmada en el periódico *La Revancha*, de Oruro, presentado como “órgano de la juventud”. Nítidamente, el título de esta revista que apoya al presidente Siles alude a la necesidad de recuperar el mar, pero adicionalmente, muestra una tendencia anticomunista, como puede verse en su rechazo a la publicación del periódico *Bandera Roja*, al que acusa de estar “saturado de esas bárbaras tendencias del comunismo actual”³²⁸.

Ya desde comienzo de los años veinte, aunque de manera muy incipiente, la necesidad de una reforma universitaria que llevara a Bolivia las banderas de Córdoba había sido difundida por el líder universitario paceño Carlos Salinas Aramayo, un activo antisaaavedrista –y adherente al sector republicano de Salamanca– que editaba el interdiario *Rebeldías* (creado en 1921 e impreso en la Imprenta “Mundial” de La Paz). En uno de sus editoriales de ese año, titulado “Encaremos la Reforma Universitaria”, Salinas Aramayo sostuvo que en Bolivia era necesaria una revolución universitaria que siguiera consecuentemente a la “valiente muchachada de Córdoba que en América ha dado el gesto de los libres”³²⁹.

La fracción republicana del “Tribuno Salamanca” constituyó un refugio para jóvenes que, como Salinas Aramayo, impugnaban radicalmente la situación –especialmente la “tiranía saavedrista” que lo encarceló numerosas veces y lo terminó desterrando a Argentina– pero desde posiciones políticamente moderadas en cuanto al

³²⁷ “El Centenario de la nacionalidad”, *Insurrexit*, Potosí, 19/10/1924, p. 1.

³²⁸ *La Revancha*, 20/6/1926, p. 2.

³²⁹ Arze Aguirre, *Carlos Salinas Aramayo...*, ob. cit., p. 51.

proyecto societal³³⁰, y que terminaron vinculándolos a liberales de la generación anterior como Arguedas, Finot o Vaca Chávez³³¹. No obstante, según Arze Aguirre, en su exilio en Argentina en 1924 el joven Salinas Aramayo simpatizó con los socialistas rioplatenses. Pero este perfil ideológico filoliberal de liderazgo universitario será reemplazado (al menos a nivel cupular), en los siguientes años, por una “minoría activa” más cercana del marxismo –en la que tuvo un rol clave un grupo de universitarios cochabambinos– que comenzará a comulgar con ideas más radicales de transformación (y redención) social.

Reunida en 1928, la Primera Convención Nacional de Estudiantes fue hegemonizada por los marxistas de la Universidad Mayor San Simón, liderados por José Antonio Arze y Ricardo Anaya. El cónclave organizado en Cochabamba entre el 17 y el 19 de agosto de 1928 aprobó un programa mucho más radicalizado que en cualquier reunión anterior del movimiento universitario³³². Es de destacar la presencia en la convención de Carlos Medinaceli, animador del grupo *Gesta Bárbara*, creado en Potosí en 1918, del que formó parte el escritor peruano residente en Bolivia Gamaliel Churata. Medinaceli era un admirador de Ignacio Prudencio Bustillo, un positivista a menudo catalogado como socialista, y escritor del ya citado homenaje a Ingenieros. Prudencio Bustillo –inspirado en el belga Adhemar Gehain– organizó en 1915 la Universidad Femenina en la tradicional Sucre, tribuna de jóvenes inquietos y rebeldes³³³ y tuvo un papel importante en la renovación de las ideas en Bolivia.

Al parecer, sin mayores objeciones, los estudiantes reunidos en la Primera Convención aprobaron el Programa de Principios propuesto por Arze y Anaya, y entre las decisiones más trascendentales se aprobó la creación de la Federación Universitaria Boliviana, además de propiciar, en lo que marcaría una época, la cooperación entre “el proletariado manual e intelectual” mediante comités de solidaridad obrero-estudiantil.

³³⁰ La vida de Salinas sigue con un silismo convencido que lo llevó al Congreso antes de sus treinta años; apoyó y fue funcionario del régimen de Busch y finalmente sería asesinado en 1944 en los conocidos como los “asesinatos de Chuspipata” durante el régimen nacionalista militar de Gualberto Villarroel.

³³¹ Ello no le impedía participar en actividades obreras, como el acto del 1º de mayo de 1920 en el Teatro Municipal, organizado por el Centro Obrero de Estudios Sociales, donde Salinas arengó: “Permitídmne que irrumpa en vuestra fiesta pues como estudiante que soy no puedo permanecer indiferente a la conmemoración de esta fecha gloriosa que selló con sangre el primer gesto de altiveces de las masas proletarias. Y no puedo permanecer indiferente, ahora más que nunca, porque ha llegado el momento de que obreros y estudiantes marchemos juntos hacia la conquista de las reivindicaciones sociales pese a la tiranía [que] se nos impone” (*ibidem*, p. 49).

³³² Entre los delegados estuvieron además de Arze, Ricardo Anaya, Félix Eguino Zaballa, Eduardo Ocampo Moscogo, Alfredo Mendizábal, Antonio Campero Arce y Carlos Medinaceli.

³³³ Guillermo Lora, Juan P. Bacherer, Elena Gentino y Vilma Plata, *Sindicalismo del magisterio (1825-1932)-La escuela y los campesinos -reforma Universitaria (1908-1932)*, La Paz, Masas, 1979, (capítulo IV).

El lema “Sin dioses en el cielo, ni amos en la tierra” trataba de evidenciar esa voluntad de radicalidad en relación al cambio social que, en muchos sentidos, quedó en posiciones de principios bastante genéricas, sin avanzar en esfuerzos más precisos por entender la realidad concreta de un país como Bolivia.

La Convención propició una reforma educativa “integral” mediante un sistema educativo dependiente de una universidad que debía ser autónoma. Asimismo, se pronunció sobre temas como la sindicalización de maestros (considerados empleados públicos y por ende excluidos de la posibilidad de organizar sindicatos) a la que la Convención dio su apoyo. Empero, su programa desbordó el plano educativo y se propuso dejar inscripta la irrupción de los estudiantes renovadores en la nueva era. Desde una perspectiva que buscaba alinear a los universitarios bolivianos, de manera tardía, con procesos previos ya desplegados en naciones vecinas como Argentina y Perú, los izquierdistas que dirigieron la Convención plantearon que la lucha se daba entre la reacción y la renovación, y en ese terreno “la juventud universitaria de Bolivia no permanece extraña a las profundas conmociones que viene sufriendo la actual organización social en todas partes del mundo”³³⁴. Por el contrario, “la juventud universitaria no vacila en declarar que se coloca frente a la reacción, junto a la causa de las juventudes libres, del proletariado conciente y de los pensadores imparciales y altivos del orbe entero”³³⁵. En efecto, el Programa señala que “la Universidad, en estos tiempos de dinámica social intensa, no cumpliría su función si, restringida en el campo de los problemas esencialmente educativos, se abstuviera de pronunciarse acerca de la Cuestión Social”.

En el plano económico, el programa aprobado incluyó la nacionalización de las minas y el petróleo, la limitación del latifundismo y la dotación de tierras a los indios. Paralelamente, se propiciaba la adopción del sistema federal de gobierno³³⁶, la separación de la Iglesia y el Estado, la organización del Poder Legislativo sobre la base de la representación gremial (democracia funcional) y la autonomía municipal y universitaria. En el plano social planteaba la protección de las clases proletarias “como en la Constitución mexicana de 1917 y la alemana de 1919”, y la ley de divorcio

³³⁴ José Antonio Arze, *La autonomía universitaria y otros escritos afines*, La Paz, Imprenta de la Universidad Mayor San Andrés, 1989, p. 97.

³³⁵ *Ibidem*, p. 98.

³³⁶ El federalismo de izquierda tiene una cierta tradición en Bolivia, desde que Andrés Ibáñez impulsara una revolución federalista e igualitaria en Santa Cruz a fines del siglo XIX. Sobre el tema, *cf.* Andrey Schelchkov, *Andrés Ibáñez. La revolución de la igualdad en Santa Cruz*, La Paz, Le Monde Diplomatique-edición Bolivia, 2008.

absoluto. Tampoco la Convención evitó referirse a temas relacionados con la liberación de la mujer, entendida como igualdad jurídica, política y social de la mujer y el hombre.

Además, los universitarios demandaron el derecho de Bolivia al litoral marítimo perdido en la guerra del Pacífico, el establecimiento de la Liga de Naciones Latinoamericana, el rechazo al principio monroísta y panamericanista, la defensa contra la acción del imperialismo yanqui y la difusión del pensamiento de los maestros de la juventud latinoamericana (Ingenieros, Vasconcelos, Palacios)³³⁷. En un mundo que perfilaba la polarización entre el fascismo y el comunismo, los jóvenes tomaban posición: “si de elegir alguna dictadura se tratase, la juventud boliviana entre optar por el tipo clerical de la dictadura fascista o el tipo socialista de la dictadura rusa, no vacilaría en preferir el último, porque representa, por lo menos, la violencia puesta al servicio de un porvenir generoso”. Con todo, aclaran que creen “ineficaz, inoportuna y hasta criminal” la instauración de una dictadura en Bolivia³³⁸.

Al año siguiente se realizó la Segunda Convención mientras el movimiento estudiantil se debatía entre seguir a los “maestros de la juventud” provenientes de las élites –como Daniel Sánchez Bustamante o Daniel Salamanca– o asumir postulados más radicales, mientras la lucha contra el gobierno de Siles tomaba nuevos bríos y llevaba a varios dirigentes universitarios a prisión, como ocurrió con Alberto Echazú, elegido secretario general de la FUB en 1929. En esa lucha también ocupó un lugar destacado José Aguirre Gainsborg –Secretario de vinculación obrera de la Federación paceña–, quien más tarde será uno de los fundadores del Partido Obrero Revolucionario, de tendencia trotskista.

Aunque algunos jóvenes del Centenario –como Baldivieso o Céspedes– seguían adhiriendo al silismo, en 1930 la FUB ganó las calles contra el intento prorroguista del presidente, constituyéndose en una suerte de fuerza de choque del levantamiento popular que coaligó a sectores de la izquierda con los partidos tradicionales (incluyendo a liberales, saavedristas y republicanos genuinos) y militares opositores³³⁹. Desde 1928, debido al aumento de las protestas, Siles venía gobernando en permanente estado de sitio, en el marco de un gobierno crecientemente represivo cuyo operador era el ministro de Gobierno Guillermo Viscarra, un ex estudiante de la Sorbona que en 1924 hizo un viaje a Italia que lo impresionó favorablemente, al punto de proponerse

³³⁷ Arze, *La autonomía universitaria...*, ob. cit., pp. 118-119.

³³⁸ *Ibidem*, p. 118.

³³⁹ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, ob. cit., p. 127.

militarizar a los empleados públicos³⁴⁰. Pese a la impopularidad de la medida, el gobierno repuso la censura a la prensa y se enfrentó con los principales diarios. Finalmente, el 22 de junio de 1930 comenzó la revolución que lo derrocaría³⁴¹. Ni el general Kundt ni el coronel David Toro –figuras claves del régimen en el campo militar– pudieron parar la debacle, y ambos –junto al Presidente– terminaron buscando refugio en legaciones extranjeras mientras las casas de los silistas más emblemáticos eran saqueadas y Kundt se volvía una de las figuras más odiadas del país³⁴².

En este marco se produjo un curioso hecho, que pasó a la historia boliviana –de manera marginal– como la “revolución de Villazón”, un acontecimiento bastante confuso al que quedó asociado el nombre de su impulsor: el ya mencionado Roberto Hinojosa.

El admirador de la revolución mexicana había decidido retomar su acción política en Bolivia después de un frustrado viaje a México y en medio de tensas relaciones con Marof debido a divergencias en la estrategia política para dar forma a una revolución en Bolivia y en el continente³⁴³. En septiembre de 1927 publicó en *Crítica* el programa mínimo de la Juventud Revolucionaria Bolivia que incluía la nacionalización de las empresas estratégicas del país y un sistema de enfiteusis para resolver el problema del latifundio, además de un conjunto de ideas de avanzada que incluía la remanida “democracia funcional”³⁴⁴. La IC lo considera un “pequeño burgués anarquista”, mientras trata de atraer a Marof, en el que los comunistas veían una pieza clave para armar un partido promoscovita en Bolivia³⁴⁵.

Al mismo tiempo, Hinojosa proseguía con sus esfuerzos por conseguir fondos de la embajada mexicana para viajar al país cuya revolución había provocado primero su curiosidad y más tarde su apoyo activo. Pero sus acciones terminarían en un nuevo conato de escándalo. Ante la negativa de las autoridades a financiar su viaje –el giro radical de Hinojosa inquietaba al régimen de Calles– el boliviano amenazó con armar un gran escándalo en la prensa, “desenmascarando a los diplomáticos mexicanos”. No obstante, como ha constatado Schelchkov en los archivos de la Cancillería mexicana,

³⁴⁰ Brockmann, *El general y sus presidentes...*, *ob. cit.*, p. 115.

³⁴¹ Para un recuento detallado de los hechos, *cfr. ibidem*, pp. 133 y ss.

³⁴² *Ibidem*, pp. 180 y ss.

³⁴³ Schelchkov, “Roberto Hinojosa...”, *ob. cit.*

³⁴⁴ *Ibidem*.

³⁴⁵ Andrey Schelchkov, “En los umbrales del socialismo boliviano: Tristán Marof y la Tercera Internacional Comunista”, revista *Izquierdas*, Santiago de Chile, año 3, N° 5, 2009, versión *on line* consultada el 5/4/2011, disponible en <http://www.izquierdas.cl/revista/wp-content/uploads/2011/07/Schelchkov.pdf>.

estos se mantuvieron intransigentes y el Secretario de Relaciones Exteriores, por medio de un cable, instruyó con indignación a sus representantes en Buenos Aires para que “no se dejaran chantajear por propagandistas baratos”, y cortara todo tipo de relaciones con Hinojosa³⁴⁶. Recién con la llegada del general Lázaro Cárdenas al poder, el intelectual boliviano logrará entablar relaciones más estrechas con el poder mexicano, que lo llevarán a ser inactivo propagandista del presidente que pasó a la historia como el nacionalizador del petróleo.

A fines de los años treinta, Hinojosa decidió armar un grupo revolucionario para entrar a Bolivia por la frontera argentina aprovechando la situación de crisis que vivía el gobierno de Siles, con la ambiciosa intención de generar una revolución social en la nación andina. El 16 de junio, Hinojosa y su grupo, de unos cuarenta hombres, atacaron el puesto fronterizo de la ciudad de Villazón, ubicada en el extremo sur boliviano con la consigna: “A La Paz a implantar la primera República Obrero-Agraria y Socialista de Sud América”³⁴⁷. Según el periódico *La Patria*, en los sucesos tomó parte el dirigente obrero Enrique G. Loza, que había sido electo diputado por la provincia de Porco en 1927 como candidato del Partido Socialista de Marof e Hinojosa, sin conseguir que el Congreso validara sus credenciales para poder asumir. En efecto, Loza fue detenido en Villazón acusado de ser el lugarteniente de Hinojosa. Al parecer este último había convencido a los participantes de la aventura de que tenía apoyos en varias zonas del país, incluidos sectores militares. Así se desprende de una carta, en la que Loza dice que Hinojosa le “enseñó cartas de esclarecidos militares y jefes del ejército, quienes manifestábanle su decisión para apoyar la revolución [...] también me enseñó un centenar de cartas de universitarios y colectividades obreras. Ante tanta adhesión del elemento popular boliviano, convinimos en hacer estallar el primer gran grito revolucionario y así fue, Villazón fue tomado, Villazón fue foco de la insurrección”³⁴⁸. Entre los pocos que dieron entidad a este intento revolucionario estuvo Víctor Raúl Haya de la Torre, que además lo apoyó con entusiasmo, e incluso creyó que era cierto que “el Ejército, o la parte joven de él”, había proclamado Presidente provisional de la

³⁴⁶ *Ibidem*, p. 7.

³⁴⁷ *La Patria*, Oruro, 13/7/1930, citado por Lorini, *El movimiento socialista “embrionario”...*, *ob. cit.*, p. 194.

³⁴⁸ *Ibidem*.

República a Hinojosa³⁴⁹. En realidad, fue el propio Hinojosa quien se autoproclamó Presidente y el movimiento estuvo lejos de lograr apoyo popular.

Si evaluamos el *putsch* desde el punto de vista político-militar, fue un absoluto fracaso que obligó a Hinojosa a huir nuevamente a Argentina –y de allí a Uruguay³⁵⁰– luego de enfrentamientos con fuerzas militares que acabaron con la muerte del prefecto de Tarija, Coronel Núñez del Prado, en un confuso episodio. Pero desde el punto de vista de la historia intelectual resulta interesante rescatar el programa de avanzada que atrajo a Haya de la Torre. Varios años después, Hinojosa insiste en que la revolución de Villazón no fue el designio de un hombre sino la expresión armada del pensamiento de una generación³⁵¹, lo cual está lejos de ser una constatación histórica, pero lo que sí es verdad es que parte de la urgencia del joven boliviano se relacionaba con un antibelicismo que lo urgía a parar una contienda militar contra Paraguay a cualquier precio, y el intento de revolución, un tanto rocambolesco, desde la lejanísima población fronteriza, se vinculó en gran medida a esos objetivos latinoamericanistas.

Además de plantear nacionalizaciones, el Manifiesto de Villazón se proponía “rehabilitar la raza nativa” y la “formación de una cultura nueva en Eurindia”, y agitaba consignas como “¡Tierra y libertad y las minas para los trabajadores bolivianos!” además de escuelas para los indios³⁵². “Contra la guerra del Chaco, contra el chauvinismo, por la unidad latinoamericana. Hacia la Confederación Americana”. Plenos derechos para las mujeres, sufragio universal y sindicalización obligatoria como paso al socialismo (lo que será ensayado en el socialismo militar de la década del treinta). Como ha apuntado Schelchkov, el “manifiesto” contenía 70 puntos, lo que resultaba un tanto desmedido para un llamamiento a la acción³⁵³. Además, todo el movimiento estuvo marcado por la megalomanía de Hinojosa que ante la evidencia del

³⁴⁹ Víctor Raúl Haya de la Torre, *¿A dónde va Indoamérica?* (1935), citado en Hinojosa, *La revolución de Villazón...*, *ob. cit.* Hinojosa también apoyó al APRA. En un artículo de 1938, firmado en México, escribió que “todos los anarquistas, comunistas, socialistas, apristas y demócratas de Indoamérica sólo tienen dos actitudes que tomar: apoyar con toda energía al gobierno revolucionario mexicano en el norte y prestar efectiva solidaridad al aprismo en el sur”, y concluía: “¡México y Perú! ¡Cárdenas y Haya de la Torre! ¡Que al calor de las fraguas sociales de aztecas e incas redimidos, se alumbre la entristecida faz de un continente, a la hora de su amanecer emancipador” (Roberto Hinojosa, “América Latina debe estar junto al A.P.R.A. luchando por la redención del Perú”, *Claridad*, N° 324, abril de 1938).

³⁵⁰ El gobierno boliviano lo acusó del robo de la caja de aduana de Villazón y reclamó la extradición de Hinojosa como delincuente común, pero la opinión pública se movilizó en su defensa. Aunque todos reconocían el hecho de haber sacado el dinero de la aduana por parte de los revolucionarios, el caso era obviamente político, por lo que las autoridades uruguayas rechazaron su extradición (Schelchkov, “Roberto Hinojosa...”, *ob. cit.*, p. 10).

³⁵¹ Hinojosa, *La revolución de Villazón...*, *ob. cit.*, p. 1.

³⁵² Al mismo tiempo planteaba no una partición de los latifundios en pequeñas propiedades sino una suerte de estatización de la tierra.

³⁵³ Schelchkov, “Roberto Hinojosa...”, *ob. cit.*, p. 8.

desbande, atribuyó el fracaso a un problema de retraso en la llegada del tren, en un párrafo lleno de lenguaje exaltado y florido:

De no haberseme presentado una dificultad inesperada de movilidad ferroviaria, a mi me habría correspondido empujar con un dedo a ese miserable trono que se tambaleaba y hacerlo rodar por tierra junto al títere que allí se sentaba [Siles], con la banda tricolor sobre su grotesco pecho de dictador en ciernes³⁵⁴.

El investigador ruso señala que el programa de Hinojosa no satisfacía a los revolucionarios radicales que le reprocharon ignorancia, confusión ideológica y reformismo mientras asustaba a los centristas y reformistas nacionalistas que percibieron en la revolución de Villazón una peligrosa amenaza anarquista³⁵⁵. Pero, notablemente, la Internacional Comunista, en plena reivindicación del derecho de los indígenas a conformar sus propias naciones, lo acusó de no ser consecuente con esa reivindicación. “Hinojosa se cuida muy bien de proclamar la reivindicación nacional para los indios: es esa, empero, una reivindicación dominante de la revolución boliviana. A través de esa por ahora oposición silenciosa a tal reivindicación puede juzgarse la índole del movimiento que intentó recientemente el grupo de Hinojosa”³⁵⁶. Curiosa acusación para un experimento revolucionario como el comentado –que tenía innumerables flancos para atacar. Pero significativa del momento que vivía el comunismo internacional, bajo el llamado “tercer período”, que explica en parte el devenir del comunismo en Bolivia y las dificultades para poner en pie un partido local. A este tema nos abocaremos en las siguientes páginas.

³⁵⁴ *Idem.*

³⁵⁵ *Ibidem*, p. 9. Muchos años después, el nacionalista José Fellman Velarde, incluyó a Hinojosa en la “generación confundida” y caracterizó a su programa como “semisocialista” (Abecia López, *7 políticos bolivianos...*, *ob. cit.*, p. 99).

³⁵⁶ “Las tareas actuales de los P.C. de la América Latina”. Tesis política, *Correspondencia Sudamericana*, segunda época, 25/6/1930, p. 18.

Conclusiones

A lo largo de las páginas anteriores hemos buscado reconstruir un “mundo”: el de la Bolivia del Centenario, atravesada por la expansión de la “cuestión social” como problema político, societal e intelectual, y por el ingreso a la política del movimiento de universitarios inconformistas, quienes se alejaron de las élites y emprendieron nuevas alianzas con sectores del proletariado atraídos por una serie de intelectuales (“maestros de la juventud”) cuyas proclamas les permitían comenzar a pensarse como una “generación” con una misión histórica. Finalmente, las redes urbano-rurales, entre indígenas y activistas radicales, completan el nuevo escenario de difusión y apropiación de nuevas ideas de justicia, solidaridad y cambio social, que llegaban desde los procesos revolucionarios de México o Rusia, desde los vecinos Chile, Perú y Argentina, o desde el mundo intelectual francés, español y alemán, y eran leídas desde la particular realidad boliviana, al tiempo que orientaban nuevos cursos de acción contestataria.

Todo ello se anudó a un momento especial del país: el Centenario constituyó un escenario de disputa por la nación, en el que las imágenes de progreso difundidas por el gobierno de Saavedra eran desafiadas tanto por los liberales como por un frente común de inconformistas influidos por las ideas sociales (desde el marxismo hasta el anarquismo, además del popular arielismo difundido por la obra de Rodó, aunque a menudo articulado con perspectivas antiimperialistas y anticapitalistas más radicalizadas que las sostenidas por el escritor uruguayo³⁵⁷).

Las ideas socialistas –parte de las cuales llegaron desde Chile, tanto a través de trabajadores que migraban a las minas bolivianas como de bolivianos que trabajaban en las salitreras trasandinas– germinaron en partidos socialistas de base sindical, realidad que respondía a una cultura obrera aún fuertemente atravesada por las viejas filiaciones artesanales que desdibujaban las fronteras entre prácticas tradicionales y modernas –lo cual era muy visible en el movimiento obrero minero–. Esos partidos socialistas obreros aprovecharon las grietas abiertas en el Estado oligárquico, en el marco de una democracia censitaria, y lograron ocupar espacios institucionales, especialmente en el

³⁵⁷ Omar Acha, “Estudio preliminar”, en *Ariel y el camino de Paros*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2013, p. 16.

ámbito local. Pero, al mismo tiempo, dirigentes sindicales (notoriamente gráficos, como Waldo Álvarez) establecieron redes con sectores universitarios que serán muy importantes en los siguientes años.

En la medida en que parte de nuestra preocupación son los soportes materiales de la difusión de ideas, la revista *Arte y trabajo* nos permitió reconstruir las formas en que la cuestión social –incluyendo los festejos del 1º de mayo y la conformación de los mencionados partidos-sindicales– se difundió en la Bolivia de los años veinte, y fijar algunos de sus sentidos en relación con los contextos discursivos de la época. La distinción entre obreros “modernos” (a los que la cuestión social aparecía perfectamente aplicable) y artesanos (vistos sobre todo como fuerza de choque de los caudillos) fue parte de la construcción de la *cuestión obrera* desde una izquierda radical (especialmente no ligada al anarquismo) que se proponía trabajar a favor de la conciencia de clase y la autonomía política proletaria a partir de su cuestionamiento al particular régimen de Bautista Saavedra, con fuerte predicamento entre los artesanos y el “cholaje” urbano.

Al mismo tiempo, la expansión de la izquierda provocó nuevas lecturas de la cuestión indígena por parte de las élites: al miedo atávico al exterminio de los blancos se sumó el temor al comunismo, por eso no resulta sorprendente que la rebelión de Chayanta de 1927 fuera leída en clave de guerra de razas pero también de lucha de clases. Ciertamente, los lazos efectivos entre caciques apoderados y dirigentes radicales como Tristán Marof –junto a productivas alianzas de indígenas con grupos urbanos con la finalidad de hacer un uso efectivo de la legislación vigente, para defender sus tierras y expandir la educación– parecía dar una base real a las preocupaciones acerca del crecimiento de la agitación social, temores que llevaron a un endurecimiento en la persecución del comunismo en el país, especialmente a fines de los años veinte y más aún a comienzo de los treinta.

Se trata de un periodo en el que nuevos actores emergen en el escenario político y “ensanchan” la idea de nación construida en los estrechos límites de un liberalismo *a la* boliviana que traducía los problemas nacionales en metáforas médicas. Esas “desgracias nacionales” pasarán a ser leídas, ahora, en clave económico-social, como producto de un régimen de dominación preciso, que sería denominado “feudal-burgués” para dar cuenta de la pervivencia del colonialismo en el tránsito de la Corona española a la república independiente, con una clase “gamonal” que sometía a las mayorías indígenas a un régimen de colonato en las haciendas. Un régimen que, a la postre,

impedía el desarrollo del país, de allí la necesidad de buscar alternativas para removerlo, lo que –como veremos– llevaba directamente a *proyectar* una nación alternativa, poniendo en cuestión a quienes habían figurado esa comunidad imaginada llamada Bolivia desde 1825.

SEGUNDA PARTE

UNA NACIÓN ESQUIVA

Comunismo, indianismo, feminismo:
nuevas sensibilidades en tiempos de guerra

Introducción

La década de 1930 boliviana está marcada por la guerra del Chaco. Antes de 1932 como una amenaza sombría sobre la nación en crisis, entre 1932 y 1935 como penoso patriotismo que se movió del entusiasta chauvinismo al sacrificio resignado para, en la segunda mitad de los treinta, fungir como fuente de depuración del alma nacional y plataforma para construir una nación en clave vitalista. Pero la guerra también puso en tensión una forma de ciudadanía que, al tiempo que limitaba los derechos políticos a una pequeña minoría, exigía a la mayoría excluida que pusiera sangre, sudor y lágrimas para defender a “su” nación.

La caída de Siles mediante una sublevación cívico militar dio lugar a un gobierno transitorio encabezado por el general Carlos Blanco Galindo –tradicionalmente alineado con Salamanca contra Saavedra–. Fue precisamente Daniel Salamanca quien terminó siendo el candidato de consenso de los partidos tradicionales –liberal, republicano genuino e incluso saavedrista– para tratar de estabilizar la situación política en medio de los coletazos de la crisis mundial sobre la nación andina. La caída de los precios del estaño –principal producto de exportación boliviano– estaba haciendo estragos en el presupuesto nacional³⁵⁸. Y fue en ese marco que se procesó una virulenta batalla entre los liberales y los republicanos genuinos (salamanquistas) por el rumbo de la política económica a seguir; mientras los primeros controlaban el Banco Central (con Ismael Montes a la cabeza) y contaban con la mayoría del Congreso, los segundos digitaban la política económica desde el Ministerio de Hacienda, bajo la tutela de Demetrio Canelas.

Pero a los problemas internos (crisis económica, protestas sociales) –que incluían un obsesivo y exagerado temor del nuevo presidente Salamanca ante la “amenaza comunista”– se sumaba la tensa relación con Paraguay respecto del Chaco. Sin fronteras delimitadas, ambas naciones se apoyaban en títulos coloniales para reivindicar esa *terra incognita*, más incógnita aun para Bolivia, cuya economía, su identidad nacional y su cosmovisión estaban sostenidas en el “macizo andino” y los

³⁵⁸Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, ob. cit., pp. 158-163.

intereses nacionales habían seguido el trazado de las vetas minerológicas que constituían el sustento y la razón de ser del país, a enorme distancia física y mental de las arenas chaqueñas. Pero para Bolivia, el control del Chaco comenzó a tener un sentido diferente después del descubrimiento de petróleo en la primera parte del siglo XX. Con su salida al mar clausurada por la pérdida del litoral marítimo en la guerra del Pacífico con Chile (1879-1883), el acceso a una salida por el río Paraguay resultaba crucial, ya que los hidrocarburos bolivianos se encontraban cerca de esta zona en disputa.

En ese clima de tensión, Bolivia y Paraguay comenzaron, desde la década del veinte, la construcción de fortines –en su gran mayoría chozas precariamente fortificadas– en los territorios considerados como propios³⁵⁹. Fue precisamente una escaramuza en uno de ellos, en el llamado Gran Lago por los bolivianos –después Laguna Chuquisaca–, la que derivó en la sangrienta contienda entre las dos naciones vecinas, habilitada por una serie de desacatos de los jefes castrenses y la ineptitud militar mezclada con autosuficiencia de Salamanca³⁶⁰. En efecto, dada la crisis económica –y la falta de organización militar adecuada para una guerra de gran alcance– el presidente había ordenado a las tropas no enfrentarse con los paraguayos, pero el mayor Oscar Moscoso desobedeció las instrucciones y se empeñó en ocupar esa estratégica fuente de agua: el Chaco es un desierto verde en el que hasta temerarios combatientes, como Germán Busch, nacidos en la región amazónica, podían sentirse desfallecer por el calor y la sed³⁶¹.

En ambos casos, se trataba de naciones acomplejadas por los fracasos bélicos. Bolivia, como mencionamos, había sido derrotada sin apelaciones por los chilenos (y había perdido el Acre a manos de Brasil a inicios del siglo XX), y Paraguay había sido completamente destruido por la guerra de la Triple Alianza (1864-1870), de ahí que el discurso chauvinista que buscaba recuperar el orgullo patrio se apoderara de ambos países una vez iniciados los primeros disparos por el control de la Laguna Chuquisaca (Pitiantuta para los paraguayos).

Estrictamente, fueron los bolivianos quienes atacaron primero. Asunción usó entonces su posición de país agredido para conseguir simpatías internacionales, en un continente que había buscado formas de evitar la contienda desde los incidentes de 1928

³⁵⁹ Brockmann, *El general y sus presidentes...*, ob. cit., pp. 199-200.

³⁶⁰ *Ibidem*, cfr. pp.193-214.

³⁶¹ Jaime Céspedes Toro (comp.), *Diario de guerra de Germán Busch y La epopeya de Boquerón*, La Paz, Fundemos, 2000, citado en *ibidem*, p. 217.

en Fortín Vanguardia³⁶². El presidente paraguayo saliente, José P. Guggiari, fogueaba con que “nuestra raza superior arrojará al invasor de vuelta a través de la frontera y reconquistará lo que es nuestro”³⁶³. Salamanca, a su turno, se entusiasmaba con “pisar fuerte en el Chaco”. No tardó en pasar de sus prevenciones iniciales a la recuperación de un radicalismo que había sostenido en los años veinte respecto al diferendo fronterizo que a la postre resultaría suicida. El ejército boliviano carecía de un plan, y mientras que para Asunción el Chaco era una región cercana, para La Paz era una zona aislada a la que resultaba casi imposible llegar sin perder las líneas de abastecimiento. Por otro lado, mientras los paraguayos decretaban la movilización general, en el caso boliviano el patriotismo creciente no impidió que los soldados estuvieran a menudo al borde de la desertión. Además del hecho, que agravaría la situación boliviana, de que los militares y Salamanca jamás lograron limar las asperezas de una relación que se tornaría insostenible; al punto que este último terminó siendo derrocado en pleno campo de batalla, donde los militares lo detuvieron en el llamado “corralito de Villamontes”.

Por otra parte, la guerra tuvo poderosos efectos en el área rural, como lo ha mostrado el trabajo pionero de René Danilo Arze Aguirre, para quien la contienda alteró profundamente el ordenamiento del mundo rural de entonces³⁶⁴. El hecho de que los indios que habían partido al frente denunciaran que los hacendados aprovechaban la situación para avanzar sobre sus tierras, ponía de relieve la falta de espíritu nacional de las clases dominantes, al punto que el ministro de Gobierno, Enrique Hertzog, debió ordenar la protección de los fundos de los comunarios que habían marchado al Chaco³⁶⁵. Por otro lado, el reclutamiento se enfrentó tanto a la resistencia de los terratenientes (que no deseaban perder brazos en sus haciendas) como a los problemas de desabastecimiento de alimentos derivados del envío de campesinos a la zona de guerra, muchos de ellos para construir caminos. Pero, además, los hacendados, con perspicacia, detectaron rápidamente los efectos que el servicio militar tenía sobre el “carácter” del

³⁶² *Ibidem*, p. 131.

³⁶³ *Ibidem*, p. 208.

³⁶⁴ René Danilo Arze Aguirre, La Paz, *Guerra y conflictos sociales. El caso rural boliviano durante la campaña del Chaco*, Ceres, 1987, p. 2.

³⁶⁵ “Sé que elementos [...] se han dedicado al oficio de despojadores de los derechos y garantías de los movilizados” (*ibidem*, p. 32). A su vez, una carta del indígena Ajacopa denunciaba: “no perdiendo oportunidad para apoderarse de nuestras tierras, bajo cualquier pretexto y expandir sus latifundios que por desgracia colindan con las nuestras. [Los hacendados] son pues los dignos imitadores de los paraguayos, que quieren aprovecharse de lo que no les pertenece, tan sólo prevalidos por la fuerza, sin que les asista derecho ni razón alguno” (Carta de Juan Manuel Ajacopa, representante de las comunidades de Jesús de Machaca (de las provincias de Aranzaya y Urinzaya) al Ministro de Gobierno y Justicia, La Paz, 20 de agosto de 1934 (ALP/UMSA), citado en *ibidem*, pp. 35-36).

indio (recordemos que la rebelión de Chayanta había ocurrido sólo cinco años antes del comienzo de la guerra y que sus ecos amenazantes no se habían extinguido por completo). “Juzgamos que el cuartel es lo más pernicioso para él [el indio] porque además de cambiarle completamente sus costumbres, aleja de la agricultura brazos robustos que son positivo sostén para el país y los convierten en *brazos peligrosos*”³⁶⁶. El propio Prefecto y Comandante de Potosí se había preguntado, en 1928, si “la militarización del indio no será un nuevo peligro nacional [...] Esta es la interrogante que debe merecer meditación por parte de los hombres de Estado”³⁶⁷. El trabajo de Arze Aguirre aporta un dato relevante: no sólo los indígenas se sentían “poco bolivianos” como suele afirmarse, en virtud de su situación de exclusión ciudadana y explotación laboral y se resistían en muchos casos a ser reclutados. Los propietarios de tierras subordinaron la defensa nacional a sus intereses más inmediatos, dando lugar a tensiones con el Ejército. Así, el campo boliviano vivió, durante la guerra del Chaco, su propia contienda, producto de los abusos del reclutamiento, al que se sumaban las históricas iniquidades de los patrones, corregidores y otras autoridades locales (sin olvidar a los curas).

Ciertamente, el patriotismo alentado por la guerra no logró transformarse en popularidad de los gobernantes ni de los militares. A los tempranos fracasos en el frente (como ocurrió en la derrota de Boquerón³⁶⁸) se sumaba la denuncia, cada vez más expandida, de que la contienda había sido promovida por intereses ajenos a Bolivia. Los mencionados vínculos entre la guerra y la explotación de los hidrocarburos llevaron a los nacionalistas y a la izquierda a denunciar que se trataba de una guerra interimperialista, fogueada por la Standard Oil del lado boliviano y de la Royal Dutch Shell del paraguay. Aunque esta tesis hoy sea poco apreciada por la historiografía del Chaco, en su momento sirvió para alinear posiciones y construir una subjetividad en relación a la guerra, la nación y el antiimperialismo: mientras los socialistas nacionalistas consideraban que, de todos modos, se debía pelear por la patria y luego ajustar cuentas con la “rosca” minero-feudal, para la izquierda comunista el desafío, como lo había sido en la Rusia de la Primera Guerra Mundial, era transformar la guerra internacional en guerra civil, con la finalidad de conquistar revolucionariamente el poder. La Internacional Comunista, con pocas fuerzas en Bolivia, puso todo su empeño

³⁶⁶ *La Defensa*, Sucre, 6/9/1927, p. 2, citado en *ibidem*, *ob. cit.*, p. 55 (destacado nuestro).

³⁶⁷ Informe Anual del Prefecto y Comandante de Potosí, general José Lavadenz (gestión 1928), La Paz, Imprenta “Renacimiento”, 1928, p. 110. Citado en *ibidem*, p. 55.

³⁶⁸ Brockmann, *El general y sus presidentes...*, *ob. cit.*, pp. 215-226.

en la causa antibélica, que activó varias redes en América latina, uno de cuyos epicentros, como veremos, fue la ciudad argentina de Córdoba, donde exiliados bolivianos liderados por Tristán Marof articularon sus inquietudes con los antiguos reformistas universitarios, cuyo referente más importante era Deodoro Roca, autor del *Manifiesto Liminar* de 1918.

Es en este contexto que Bolivia fue procesando una profunda disputa por la nación (marcada por la guerra) que, a comienzo de los años treinta, incluyó una serie de ideas inconformistas que irían ganando en potencia y capacidad para desafiar al orden tradicional. En ese sentido, es posible relativizar el “antes y después” de la Guerra del Chaco (al menos en sus versiones demasiado simplistas y derivadas de la escatología nacionalista), tratando de pensar cómo un conjunto de ideas renovadoras propiciaron el cambio político y social antes de la guerra, continuaron operando en el nuevo contexto bélico, y brindaron a la nueva generación que se hizo cargo del poder en la posguerra una serie de significantes para el cambio, cuya palabra de orden fue “socialismo”.

En esta segunda parte nos proponemos analizar cómo el comunismo, el indianismo y el feminismo –ideas cuyo significado último estaba lejos de ser cerrado– “trabajaron” en este periodo para construir redes de sociabilidad político-intelectual y nuevos imaginarios de cambio social. Se trata de significantes y significados atravesados por una “atmósfera” antiliberal, que parecía volver a la nación efectivamente más “ancha” –como ya señalamos– pero también más “antigua”, a partir de una revisión del pasado en clave telúrica/vitalista, en busca de una cuna mítica de la nación capaz de trastocar los complejos nacionales en nuevas energías renovadoras, habilitantes de un renacimiento nacional que diera cuenta de las mayorías indígenas que poblaban el país³⁶⁹. Aunque es cierto que este indianismo reproducía muchos tópicos del clásico indigenismo que reivindicaba indios imaginarios y despreciaba a los de carne y hueso, nos proponemos mostrar que también incluyó facetas y propuestas novedosas para abordar el “problema indígena” desde combinaciones variables de indianismo socioeconómico con indianismo cultural. Asimismo es posible verificar cómo algunas ideas sobre razas superiores y energías vitales –en línea con el ascendente

³⁶⁹ Usamos el término “atmósfera” en el mismo sentido que es utilizado en María Pía López: “Lukács llamó atmósfera a la trama de distintas producciones culturales, teóricas, imaginativas y políticas de una época, que la producen a la vez que son teñidas por el color peculiar de su concurrencia” (María Pía López, *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista*, Buenos Aires, Eudeba, 2010, p. 17).

nazifascismo– adquirirían sentidos diferentes, resultado sugerente ver cuán “fuera de lugar” estaban o no estas ideas en los Andes.

En relación al comunismo, al tiempo que Marof representó el más serio esfuerzo por construir un marxismo para la *realidad boliviana* –en la veta que seguía Mariátegui en Perú–, un estudio del comunismo de este periodo –y de los desencuentros entre figuras como el joven José Antonio Arze y la Comintern– echan luz sobre el hecho de que Bolivia no viera emerger un partido comunista promoscovita recién hasta 1950.

Pero si la nación era más ancha en virtud de la emergencia de la “cuestión social”, también lo comenzaba a ser en tanto comenzaba a destacarse un grupo de mujeres que se propusieron actuar *como* intelectuales, cuya intervención nos proponemos insertar en un marco más general de la disputa por la nación, procurando iluminar redes donde participaban algunas de estas mujeres “que escribían como hombres” –al decir de algunos de los intelectuales consagrados que buscaban destacar la calidad de su trabajo a partir de sus marcos ideológicos patriarcales–. Pero también nos concentraremos en espacios más propiamente “feministas” en los que los debates sobre el voto de la mujer, el socialismo, el clericalismo y la justicia social –trastocados por la guerra y anudados a las nuevas realidades emergentes– provocaron virulentos desencuentros, rupturas y realineamientos. Fue en estos años que sectores medios de la sociedad rompían lanzas con las élites oligárquicas y establecían nuevas alianzas con núcleos de vanguardia del emergente proletariado en un incipiente proceso de nacionalización de las masas, proceso obstaculizado, en el caso boliviano, por la cuestión “racial”, que excluía de la ciudadanía a la mayoría de los habitantes, especialmente a quienes trabajaban como colonos en las haciendas.

Comunismo, indianismo y feminismo no serán tratados empero –más allá de sus efectivas especificidades– como compartimientos estancos, sino, por el contrario, nos esforzaremos por mostrar cómo en su fluir, con tensiones y polémicas, estas ideas construyeron redes de sentido antes, durante y después de la guerra, en gran medida mediante el trabajo político e intelectual de los inconformistas del Centenario, que habían hecho su (frustrante) experiencia con el gobierno de Siles y buscaban respuestas para una nación cada vez más esquiva, que parecía rumbear sin frenos rumbo al despeñadero. Con todo, no nos centraremos sólo en las ideas, nos interesa, específicamente, reconstruir redes políticas e intelectuales, espacios de sociabilidad y otros dispositivos “materiales” que contribuyeron a la circulación y difusión de las ideas en juego.

Con este objetivo a la vista, un análisis de la atmósfera de la primera parte de la década del treinta aportará a la reflexión sobre qué –y en qué sentido– cambió con la traumática guerra del Chaco. Donde los nacionalistas revolucionarios posteriores vieron una suerte de mezcla de *todas las sangres* que selló el mestizaje como identidad e hizo emerger una verdadera conciencia nacional, creemos ver que la guerra efectivamente provocó severas transformaciones pero en un sentido no siempre lineal ni como una eterna (y sólo cambiante en apariencia) lucha entre la nación y la antinación.

CAPÍTULO 4

La Internacional Comunista “descubre América”, ¿y Bolivia?

El Sexto congreso de la IC, reunido en 1928, fue considerado el del “descubrimiento de América” por parte de la Tercera Internacional³⁷⁰. En esas fechas, el trotskismo había sido derrotado en la Unión Soviética (Trotsky fue deportado al extranjero en 1929 después de su exilio interno) y el jefe de la Internacional era Nicolás Bujarin. Pero si las tesis de la IC sobre América Latina pueden considerarse un reflejo de la posición de Bujarin ello se debía a que el encargado de los asuntos latinoamericanos –que presentó al Sexto congreso el informe sobre la región– era el suizo Jules Humbert-Droz, un confeso bujarinista³⁷¹. No es casual que ese “descubrimiento de América” se haya producido después de la invasión estadounidense a Nicaragua, cuando el entonces Secretario de Estado, Franck B. Kellog, dijo que esa acción fue necesaria “para luchar contra el bolchevismo y la Tercera Internacional y salvar así a la civilización”³⁷². Al mismo tiempo, una serie de revoluciones de diversos tipos –obviamente, no socialistas– sobrevolaba a varios países latinoamericanos (Colombia, Guatemala, Bolivia, etc.), lo que motivó varias discusiones acerca de cómo debían posicionarse los comunistas para disputar esos procesos a la pequeña burguesía liberal y en favor de una salida obrero-campesina³⁷³.

Pero, a la vez, se estaba procesando un cambio radical en la estrategia política de la IC: las políticas de alianza con la burguesía nacional (que habían conducido a un duro fracaso en China) fueron súbitamente reemplazadas por la estrategia denominada *clase contra clase* a partir de la caracterización de que se abría una época de polarización marcada por el enfrentamiento decisivo entre la burguesía y el proletariado. El

³⁷⁰Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987, pp. 107-120; Horacio Tarcus, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 2001, pp. 64-74.

³⁷¹Caballero, *La Internacional...*, *ob. cit.*, p. 113. Humbert-Droz terminaría siendo el líder del Partido Socialdemócrata suizo.

³⁷²*Idem.*

³⁷³*Ibidem*, pp. 131-132.

capitalismo había entrado en el “tercer período”, caracterizado por una agudización de los conflictos interimperialistas. Al respecto, Victorio Codovilla, líder máximo del Partido Comunista argentino y del Secretariado sudamericano, señalaba ante el V Pleno del Partido Comunista de Uruguay:

El VI Congreso de la I.C., sobre la base de un análisis de las diversas etapas recorridas por el capitalismo de post-guerra, estableció ya que el periodo actual es el de las guerras imperialistas y de la revolución proletaria, periodo agónico del imperialismo, y por consiguiente, después del tercer periodo no podía haber un cuarto, ni un quinto, etc. porque este era el último periodo de la era capitalista³⁷⁴.

En este marco, la socialdemocracia europea y los movimientos nacionalistas populares latinoamericanos como el batllismo uruguayo o el aprismo peruano, pasaron a ser caracterizados como contrarrevolucionarios (notablemente, los socialdemócratas pasaron a ser llamados “hermanos gemelos del nazismo” o “socialfascistas”)³⁷⁵.

Como correlato de estas lecturas, fueron impulsadas nuevas formas organizativas (celulares) en los partidos de América Latina junto a la decisión de “proletarizar” sus filas y aumentó notablemente la tradicional desconfianza comunista hacia los sectores pequeñoburgueses³⁷⁶. Como escribió Horacio Tarcus, “si estudiantes e intelectuales ocuparon siempre un lugar subalterno, e incluso ‘sospechoso’ dentro de la lógica política de la Komintern, en el llamado ‘tercer periodo’ (1928-1934) el sectarismo obrerista y antiintelectualista alcanzó quizás su grado más exasperado”³⁷⁷. Ello tuvo un efecto directo en la relación con uno de los más atípicos intelectuales comunistas de entonces, el peruano José Carlos Mariátegui, líder del Partido Socialista Peruano³⁷⁸. Pero también en relación con José Antonio Arze, un exponente en estado puro del

³⁷⁴ Victorio Codovilla, *¿Qué es el Tercer Período?*, Montevideo, Editorial “Justicia”, [ca. 1928], p. 3. El primer periodo duró desde la revolución rusa a la derrota de las revoluciones alemana y búlgara (1923), a lo que se sumó la muerte de Lenin en 1924; el segundo periodo se caracterizó por la estabilización parcial del capitalismo “en el que la socialdemocracia juega su rol más infame” (p. 5) pero al mismo tiempo por la “consolidación de la Unión Soviética” (p. 6) y se extendió entre 1923 y 1928.

³⁷⁵ Tarcus, *Mariátegui en la Argentina...*, *ob. cit.*, p. 64. “La fascistización de la socialdemocracia se está cumpliendo a ritmo acelerado”, dirá Otto Kuusinen en el XIII Pleno de la Comintern (Terán, *Anibal Ponce...*, *ob. cit.*, p. 31).

³⁷⁶ En la primera conferencia de Buenos Aires, según reportes de la IC, el 51% de los delegados eran obreros y el 11% campesinos (Caballero, *La Internacional Comunista...*, *ob. cit.*, p. 95).

³⁷⁷ Tarcus, *Mariátegui en la Argentina...*, *ob. cit.*, p. 65.

³⁷⁸ Cfr. Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*, México, Siglo XXI, 1978.

intelectual/político ilustrado y erudito cuyas ideas acerca del cambio social fueron cristalizando en un marxismo bastante cercano al de la Internacional Comunista³⁷⁹.

Si la etapa había cambiado, ello requería un “nuevo curso” de los partidos comunistas, que debían hacer suyas las caracterizaciones construidas desde la jerarquía con sede en Moscú. Para moldear adecuadamente unas organizaciones aún bastante caóticas ideológicamente –al menos para los parámetros moscovitas– se decidió organizar para 1929 dos conferencias comunistas latinoamericanas de enorme importancia: la Conferencia sindical en Montevideo y la Primera conferencia de partidos latinoamericanos en Buenos Aires.

La reunión sindical de Montevideo, en mayo de 1929, fungió de Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA), integrante a su vez de la Internacional Sindical Roja (ISR), fundada en Moscú en 1921. En base a los archivos de la Internacional Comunista en Moscú, Andrey Schelchkov sostiene que en vísperas de la conferencia, los informes recibidos desde Bolivia eran muy contradictorios, lo cual llevó al responsable del evento, M.S. Khaskin (Moris), a invitar también a la FOT, además de la CTB. Ello formaba parte, además, de una estrategia destinada a buscar la unificación de las centrales sindicales bolivianas en base a alianzas con los anarcosindicalistas y sindicalistas para enfrentar a los socialistas, los anarquistas y los mutualistas³⁸⁰.

De esta forma, Bolivia estuvo representada por Carlos Mendoza Mamani –representante de la CTB y pieza clave en los infructuosos intentos de la IC de poner en pie un partido comunista en Bolivia– y Alfredo Suazo, sindicalista minero potosino. Por la FOT, el enviado fue el sindicalista gráfico saavedrista Hugo Sevillano. Su participación dio lugar a virulentos conflictos en torno a un posible conflicto boliviano-paraguayo, tema que ya flotaba en el aire de la política latinoamericana.

Bolivia y Paraguay ya habían tenido en 1928 las primeras escaramuzas en los fortines chaqueños, que no pasaron a mayores por la sensatez diplomática de Siles, pero la situación estaba lejos de haberse distendido; por el contrario los vientos de guerra

³⁷⁹ Cfr. Valentín Abecia López, *José Antonio Arze y Arze, Inventario*, La Paz, Librería Editorial “Juventud”, 1992. Ideológicamente estalinista, Arze mantuvo una curiosa independencia frente a Moscú –que por otro lado, nunca simpatizó con él–. Pese a sus posiciones prosoviéticas recomendaba leer incluso libros de Trotsky y otros “disidentes” comunistas. El Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR) –fundado por él en 1939– no se afilió a la Tercera Internacional y según Schelchkov, Arze sería visto por los soviéticos, después de los años 40, como “brauderiano” (comunicación personal con A. Schelchkov, febrero de 2013). Arze dictó clases en Estados Unidos, donde fue profesor de Relaciones Interamericanas en el Willams College de Massachusetts.

³⁸⁰Schelchkov, *El laberinto boliviano...*, *ob. cit.*, p. 18.

acicateaban el patriotismo en ambas naciones vecinas. En este marco, Sevillano se distanció de los otros dos delegados al sostener que nunca aceptaría la postura pacifista de la ISR y que en caso de un conflicto con Paraguay se colocaría del lado de su gobierno³⁸¹. Las intervenciones de Sevillano generaron tal indignación en las filas de la CSLA que fue aprobado un rechazo colectivo a sus posiciones –el antiguerrerismo era el eje de la estrategia de la IC–, y ese texto fue incluido en las actas del cónclave, lo que evidencia que la dirigencia comunista consideró necesario dejar constancia de esas desavenencias. Como veremos más adelante, la cuestión del antibelicismo era una cuestión clave para la IC, que consideraba a la posible guerra boliviano-paraguaya como parte de un conflicto interimperialista de mayores proporciones que era ineludible enfrentar haciéndole la “guerra a la guerra”.

En uno de los párrafos de la declaración de rechazo a Sevillano se puntualiza que “su intervención en el debate ha sido coincidente con la defensa que Siles hace de los intereses de la burguesía boliviana ligada al imperialismo yanqui, frente a la burguesía de otros países ligadas a otro imperialismo [el británico]”³⁸². Ante esta situación, el congreso resolvió “declarar que la exposición del ciudadano Sevillano no ha contenido la defensa de los intereses del proletariado boliviano sino –queriéndolo o no– los de la burguesía y del imperialismo coaligados”. Los delegados consideraron que su intervención era signo de “la ideología gubernamental en el movimiento obrero y de la falta de una verdadera conciencia obrera y de clase en ciertos dirigentes”, ante lo cual se solidarizaron con los obreros “que han luchado y que luchan contra los peligros de guerra imperialistas”. La condena concluye: “El congreso expresa, así mismo, a los trabajadores de Bolivia, a los obreros y a los campesinos indígenas que en todos los momentos de sus luchas los trabajadores de América Latina estarán de su lado para ayudarles a conseguir la victoria”³⁸³. De hecho, al regresar a Bolivia, Sevillano declaró en la FOT que la CSLA no representaba otra cosa que los intereses de los marxistas y de la política exterior de Moscú³⁸⁴. Entretanto, Mendoza Mamani fue elegido para el Consejo General de la CSLA y en 1930 el dirigente S. Saavedra Morales viajó al V

³⁸¹ *Idem.*

³⁸² *Bajo la Bandera de la C.S.L.A., Resoluciones y documentos del Congreso Constituyente de la C.S.L.A.*, mayo 1929, Montevideo, 1929, pp. 253-255.

³⁸³ *Idem.*

³⁸⁴ Schelchkov, *El laberinto boliviano...*, *ob. cit.*, p. 18.

Congreso de la Profintern en Moscú en representación de la CTB (también participó de la II Conferencia Comunista Latinoamericana en la capital rusa)³⁸⁵.

La Conferencia de 1929 y la bolchevización de los partidos comunistas

Posteriormente a la reunión de la CSLA se realizó la primera conferencia de partidos comunistas latinoamericanos, en la cual, además de Mendoza Mamani y A. Suazo, fue incluido el dirigente universitario Alfredo Mendizábal cuyo perfil fue extremadamente bajo³⁸⁶. Sus exposiciones en el cónclave fueron breves y periféricas. En uno de los debates sostuvo que en Bolivia, “la masa acepta en principio la táctica del comunismo; pero la mayoría teme el nombre del partido”. Adhirió a la necesidad de transformar la potencial guerra imperialista en guerra civil por el gobierno obrero y campesino y añadió con un tono obsecuente –parcialmente comprensible para un joven estudiante en medio de la flor y nata del comunismo latinoamericano–: “Hemos venido a esta conferencia con la esperanza en encontrar en vosotros, la línea política exacta que nosotros esperamos para ponernos de inmediato a trabajar en sentido de practicarla”³⁸⁷. En el debate sobre campesinado y cuestiones raciales –cuyo informe fue escrito por Mariátegui–, Mendizábal hizo una descripción de quechuas y aymaras apelando a prejuicios corrientes. Así, habló de los aymaras rebeldes frente a unos quechuas menos combativos, sin ninguna mención a la estructura agraria diferenciada en el Altiplano y los valles. Así, mientras la raza quechua “soporta estoicamente la situación que le impone el capitalismo y el imperialismo, la aymará es completamente rebelde y jamás ha llegado a conformarse con su situación, siendo muchos los casos de revueltas por esa aspiración del aymará a libertarse de las represiones de los capitalistas e imperialistas”³⁸⁸. De ahí deduce –no sin mecanicismo– que “será más fácil para los comunistas conquistar a los aymarás para sus ideas”.

³⁸⁵ *Ibidem*. Lazar Jéfets, Víctor Jéfets y Peter Huber, *La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario biográfico*, Moscú-Ginebra, Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias-Institut pour l'histoire du communisme, 2004, p. 293.

³⁸⁶ Mendizábal fue delegado de Oruro al Congreso nacional de estudiantes de 1928 y secretario de prensa de la Federación Universitaria. Más de una década después sería “uno de los dirigentes de la corriente de derecha del Partido de la Izquierda Revolucionaria” (Jéfets [*et al.*], *La Internacional comunista...*, *ob. cit.*, p. 210). En su estadía en Buenos Aires se reunió con la fracción “chispista” disidente del PCA, tal como declaró ante las autoridades comunistas.

³⁸⁷ *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana*. Junio de 1929, Buenos Aires, ediciones de Correspondencia Sudamericana, 1929, p. 47.

³⁸⁸ *Ibidem*, p. 303.

Por esos años, parte de la lucha por la normalización ideológica y organizacional prosoviética tenía entre sus ejes rebautizar a los partidos como comunistas, lo que vuelve nada inocuo el hecho de que el partido fundado por Mariátegui en 1928 fuera llamado socialista y no comunista, con la finalidad declarada de atraer a sectores medios radicalizados (pero también de construir una fuerza culturalmente más densa y articulada al mundo intelectual que lo que permitía el estilo gris de partido cominterniano)³⁸⁹. Pero el panorama ideológico era bastante complejo: si el giro ultraizquierdista del “tercer período” hacía que el mariateguismo se ubicara en muchos sentidos “a la derecha”, dado que combatían las posiciones sectarias y obreristas de la IC, por otro lado, su énfasis en la revolución socialista los colocaba a “la izquierda” de la posición de la IC a favor de la revolución agraria y antiimperialista³⁹⁰.

El eje de las agrias críticas que recibieron los delegados peruanos al congreso (el médico Hugo Pesce y el obrero Julio Portocarrero) se centró en la visión que los mariateguistas tenían del imperialismo (como erosionador de las relaciones feudales en Latinoamérica y promotor de relaciones sociales capitalistas), junto con la importancia de los “factores espirituales” y la relación con los intelectuales, además de la obsesiva cuestión del nombre, que subvertía la normalización impuesta por la IC³⁹¹. Incluso los mariateguistas fueron acusados de querer crear un nuevo APRA³⁹². Las recurrentes referencias a la “realidad peruana” por parte de los delegados del PSP enervaron a Codovilla, quien finalmente intervino procurando aclarar el núcleo de las divergencias con los discólos peruanos:

Para “justificar” la creación de ese partido los compañeros llaman a la reflexión al Secretariado [Sudamericano] sobre las condiciones ambientes y digamos –para

³⁸⁹ Cfr. Tarcus, *Mariátegui en la Argentina...*, ob. cit., p. 66; Portantiero, *Estudiantes y política...*, ob. cit.

³⁹⁰ Horacio Tarcus resume así el escenario: “mientras la Internacional Comunista aprueba para América Latina una estrategia de revolución democrático-burguesa (agraria y antiimperialista), articulada a una táctica obrerista ultraizquierdista; el PSP sostiene una estrategia socialista articulada a una táctica más amplia y frentista” (Tarcus, *Mariátegui en la Argentina...*, ob. cit., p. 67). Pese a todo, la ruptura con el APRA generó varios elogios de Codovilla y Mariátegui fue invitado a la reunión de Buenos Aires. Aunque no pudo concurrir por razones de salud envió el texto para la discusión sobre “el problema de las razas en América Latina” y “Punto de vista antiimperialista”, que fueron leídos como posiciones del PSP.

³⁹¹ Ya en el cuarto congreso de la Internacional Sindical Roja (Moscú, 1928) habían mantenido una notable independencia ante las presiones al negarse a firmar una condena al líder de la Oposición de Izquierda catalana, Andreu Nin, asesinado posteriormente por la GPU estalinista (Tarcus, *Mariátegui en la Argentina...*, ob. cit., p. 67).

³⁹² Así se expresó el camarada “Luis” (Droz): “Temo que bajo una forma nueva y con una nueva etiqueta, tengamos en Perú un resurgimiento del APRA”. Para un análisis sintético de las relaciones entre el mariateguismo, el APRA y la IC, cfr. Terán, “Entre el aprismo y la Comintern” en *Discutir...* ob. cit., pp. 101-117.

utilizar una expresión ya clásica— sobre la “realidad peruana”. Indiscutiblemente, toda táctica debe ser adaptada a las condiciones peculiares de cada país. ¿Pero es que las condiciones del Perú se diferencian fundamentalmente de las del resto de los países de Sudamérica? ¡Absolutamente no! Se trata de un país semicolonial, como los otros. Y si la internacional Comunista establece que *en todos los países* deben crearse Partidos Comunistas, ¿por qué el Perú puede constituir una excepción?³⁹³.

Desde el antiintelectualismo clásico del “tercer período”, el camarada “Luis” (Humbert-Droz) agrega:

El solo hecho de querer atraer a los intelectuales demuestra que el Partido Socialista tendría una base y una composición social distinta a la de un verdadero Partido Comunista. Hay que tener en cuenta otra posibilidad: es posible que durante algún tiempo, los pequeños burgueses y los intelectuales sean disciplinados; pero en el momento decisivo, traicionarán, como ha pasado siempre, y es preciso precavernos de ese peligro³⁹⁴.

Como puede observarse, la discusión sobre el nombre conllevaba una serie de cuestiones vinculadas con el tipo de organización e identidad partidaria; al final, el partido peruano sería rebautizado “comunista” —y soviético— tras la temprana muerte de Mariátegui en 1930.

En la misma línea de bolchevizar los diversos agrupamientos comunistas, en 1932, el Buró Sudamericano publicó una carta titulada *Las tareas de los partidos comunistas latino-americanos en el frente ideológico*, que tiene dos partes. En el folleto se reproduce como introducción —y clara fuente de autoridad— una carta “del compañero Stalin”, en la que el líder soviético reprende con dureza a los redactores de la revista soviética *Revolución proletaria*. Lo que provocó la ira del líder soviético fue la publicación de un artículo “calumniador” hacia la historia del Partido Bolchevique, y en particular hacia Lenin, respecto a su relación con la socialdemocracia alemana³⁹⁵. Más allá de los detalles del debate historiográfico/hermenéutico, lo significativo es que Stalin ordenaba poner fin al “liberalismo podrido” que provocaba una excesiva

³⁹³ *El movimiento revolucionario latinoamericano...*, ob. cit., p. 187.

³⁹⁴ *Ibidem*, p. 200.

³⁹⁵ “Sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo. Carta enviada por el compañero Stalin a la redacción de la revista ‘La Revolución Proletaria’”, en *La lucha por el leninismo en América Latina*, Buenos Aires, edición del Bureau Sud-americano de la Internacional Comunista, marzo de 1932.

condescendencia del partido hacia los elementos “semitrotskistas” que aún quedaban, en este caso, en sus filas intelectuales.

Retomando esas ideas-fuerza lanzadas por el jefe máximo, el Buró Sudamericano redactó un documento titulado: “Las tareas de los partidos comunistas latino-americanos en el frente ideológico”. Allí se advierte que “en los partidos de América del Sud, la lucha ideológica contra nuestros adversarios y su influencia sobre nuestros partidos, contra las desviaciones en el seno de los mismos, es muy débil”³⁹⁶. Se refería concretamente a la necesidad de poner fin a la tolerancia frente a las tradiciones socialistas y anarquistas que aun pervivían en los partidos de la Tercera Internacional, a la urgencia de reeducar en un sentido proletario a los elementos no proletarios y al establecimiento de un “severo control obrero”³⁹⁷. El fin principal era terminar con la “pasividad en la lucha contra el trotskismo”³⁹⁸, un tipo de “desviación” que constituía una fuente de “descomposición de nuestros partidos”³⁹⁹. Entre los elementos “aventureros y extraños al movimiento” revolucionario se cita, entre otros, a Tristán Marof, por entonces uno de los izquierdistas bolivianos más conocidos en el exterior⁴⁰⁰.

El viraje campesino-indígena de la IC y la izquierda comunista boliviana

Un aspecto notable –especialmente para un país como Bolivia– de las instrucciones de la IC a los partidos latinoamericanos por esos años lo constituyó la insistencia en que emprendiera, sin dilaciones, un trabajo con los campesinos e indígenas sobre todo en los países andinos (además de los negros “donde los hubiera”).

Nuestros partidos han menospreciado las luchas nacionales de los negros e indios, no sabiendo ligar sus reivindicaciones con las reivindicaciones de clase. No comprenden que la lucha por la autodeterminación (derecho a disponer de sí mismos) de los indios y de los negros va dirigida contra el estado actual feudal-burgués y que esta lucha es parte integrante de la lucha de los explotados. [...] No ligando la revolución agraria y

³⁹⁶“Las tareas de los partidos comunistas latino-americanos en el frente ideológico”, en *La lucha por el leninismo...*, *ob. cit.*, p. 15.

³⁹⁷ *Ibidem*, p. 22.

³⁹⁸ *Idem*.

³⁹⁹ *Idem*.

⁴⁰⁰ *Idem*.

antiimperialista con las reivindicaciones de las razas y naciones oprimidas, repiten el viejo error menchevique⁴⁰¹.

Para reforzar estas posiciones, el Buró Sudamericano publicó en 1933 una carta titulada, sin ambigüedades, “Por un Viraje Decisivo en el Trabajo Campesino”⁴⁰². No se trataba, simplemente, de un déficit táctico: “la insuficiente preocupación de los Partidos por este problema comprueba la debilidad de todo su trabajo, siendo un reflejo de todas las desviaciones en el terreno ideológico, de enorme sectarismo y de falta de orientación revolucionaria de que adolecen”⁴⁰³. El documento presenta una amplia descripción de las luchas campesinas en la región y critica las estrategias y posiciones teóricas de los diferentes partidos comunistas con bastante dureza. Y a este texto se suman otros con la misma finalidad: “liquidar la subestimación inadmisible del trabajo en el campo”⁴⁰⁴.

Para ello resultaba necesario entender con exactitud el carácter de la revolución agraria y antiimperialista, superando diversos tipos de “desviaciones”, como la mariateguista y la aprista entre los comunistas peruanos⁴⁰⁵. Se trata de ganar a los campesinos medios y no solamente a los pobres; no es posible luchar por el socialismo inmediato en el campo, la meta es impulsar la revolución agraria y antiimperialista que destruya al latifundio. Pero ya no se trataba del frente único –ni de partidos biclasistas obrero-campesinos– sino de partidos del proletariado de la ciudad y del campo⁴⁰⁶.

Las instrucciones son precisas, e incluyen tareas prácticas. Por ejemplo, “la cuestión de la literatura de masas para los campesinos y particularmente las ediciones adaptadas para los analfabetos y los semi-analfabetos es de mucha importancia para la mayoría de nuestros partidos”⁴⁰⁷. “Expropiar a los latifundios sin compensación y dar las tierras a los campesinos, que se las repartan entre ellos. He aquí la divisa con la cual debéis ir a los campesinos”, vuelve sobre el tema el soviético Alexandr Losovsky en *El*

⁴⁰¹ “Las tareas de los partidos comunistas latino-americanos...”, *ob. cit.*, p. 15.

⁴⁰² *Por un Viraje Decisivo en el Trabajo Campesino (Carta del Buró Sudamericano de la I.C. a los Partidos Comunistas de Sudamérica)*, Montevideo, Sud América, 1933.

⁴⁰³ *Por un viraje...*, *ob. cit.*, p. 3.

⁴⁰⁴ “Las tareas actuales de los P.C. de la América Latina”. Tesis política, *Correspondencia Sudamericana*, segunda época, 25/6/1930, p. 11.

⁴⁰⁵ El documento critica al “camarada Mariátegui” por considerar que “el imperialismo liquidaba las formas feudales en el campo” (*Por un viraje...*, *ob. cit.*, p. 15).

⁴⁰⁶ Portantiero, *Estudiantes y política...*, *ob. cit.*, pp. 89-114.

⁴⁰⁷ *Las tareas actuales...*, *ob. cit.*, p. 15.

*Movimiento Sindical Latino Americano (Sus virtudes y sus defectos)*⁴⁰⁸, donde plantea claramente que la dirección debe ser obrera:

No debéis olvidar que es el movimiento obrero de las ciudades quien debe conducir ese movimiento de los campesinos, por la entrega de la tierra a los indios, por la confiscación de todas las propiedades feudales [...] Si planteáis el problema de esa manera, entonces el indio más atrasado os sostendrá⁴⁰⁹.

La IC avanzaba mucho más que cualquiera de las izquierdas continentales, incluyendo a los grupos indigenistas, en términos de pensar la cuestión indígena como autodeterminación nacional. Apelando a la teoría de la autodeterminación de las nacionalidades (aunque a menudo de manera mecánica) apuntaba que las reivindicaciones indígenas no podían limitarse a la cuestión de la tierra sino debía ampliarse hasta el propio derecho a la secesión. “Hay que reivindicar para el indio el derecho absoluto a su separación de Bolivia, a la creación de su propio Estado independiente”, sostenían. Y junto con ello, “hay que proclamar la consigna de la confiscación sin indemnización alguna de las tierras, su restitución a las comunidades indígenas y su división entre los campesinos que se hallan fuera de las comunidades”⁴¹⁰.

Con todo, los comunistas no lograron revertir la debilidad organizativa que mostraban en Bolivia. Codovilla admitió que la estrategia de entrismo en el pequeño Partido Laborista no había dado resultado y se decidió crear un partido basándose en el colectivo de Carlos Mendoza Mamani –uno de los pequeños agrupamientos de esos años–. Hacia 1928 –no se sabe la fecha exacta– se conformó el Partido Comunista (clandestino)* que, como señala Schelchkov, “no era un partido sino un pequeño grupo de intelectuales y sindicalistas”⁴¹¹. El hecho de que la IC le exigiera “reclutar unos 40 o 50 trabajadores” para comenzar a discutir su conversión en sección boliviana de la Tercera Internacional deja ver la exigua cantidad de militantes con la que contaba el grupo. Con todo, el nucleamiento –que después comenzó a ser llamado Agrupación Comunista– atrajo a varios personajes llamados a ocupar un sitio en la historia política

⁴⁰⁸ Alexandr Losovsky, *El Movimiento Sindical Latino Americano (Sus virtudes y sus defectos)*, Ediciones del Comité Pro Conferencia Sindical Latino Americana, marzo de 1929, p. 23.

⁴⁰⁹ *Idem*.

⁴¹⁰ *Las tareas actuales...*, *ob. cit.*, p. 18.

* Tomamos esta terminología de Lora para distinguirlo de otros colectivos comunistas.

⁴¹¹ Schelchkov, *El laberinto boliviano...*, *ob. cit.*, pp. 18-19, *cfr.* También Lorini, *El movimiento socialista “embrionario”...*, *ob. cit.*, p. 179.

y social boliviana: allí militaron José Antonio Arze, José Aguirre Gainsborg y Walter Guevara Arze; este último, parte del trío fundamental del gobierno de la Revolución Nacional en los años cincuenta y futuro presidente de Bolivia durante un breve periodo en 1979⁴¹². El hecho de que no haya consenso historiográfico sobre la fecha exacta de la fundación ni de la desaparición del PC (c) da cuenta de su debilidad política y organizativa. Quedan pocos materiales de este agrupamiento, pero a partir de uno de ellos –que forma parte de un juicio penal anticomunista– es posible concluir que este grupo intentó llevar adelante las consignas de la IC, con una buena dosis de vanguardismo autocelebratorio y desacoplado de su real capacidad de influencia sobre las masas⁴¹³.

Particularidad boliviana, habrá que esperar hasta 1950 para que se estructure en esta nación andina un partido comunista afiliado a la Internacional Comunista. Sin embargo, a comienzos de la década del treinta, las protestas contra la Ley de defensa social, en un contexto de pauperización abierto por la crisis del 29, se mezclaron con las proclamas antibélicas y alarmaron al gobierno, que además de declarar el estado de sitio en julio de 1932 alentó el procesamiento de dirigentes comunistas y anarquistas, como puede verse en los varios juicios criminales en la Corte Superior de La Paz. Y como ya mencionamos, la “amenaza comunista”, que con su prédica anti-guerra buscaba relajar la tensión patriótica que el país necesitaba, fue amplificadas por la prensa. Si los nacionalistas, también críticos de la guerra, habían decidido combatir heroicamente en una guerra estúpida⁴¹⁴, un grupo de intelectuales y obreros comunistas y anarquistas prefirieron el exilio o la prisión⁴¹⁵.

José Antonio Arze salió a Perú por el Lago Titicaca con Waldo Álvarez y José Cuadros Quiroga ayudado por los contactos indígenas urus que le había proporcionado el arqueólogo Arturo Posnansky⁴¹⁶; José Aguirre Gainsborg se exilió en Chile después de ser detenido en La Paz, y en la nación trasandina llegó a posiciones dirigentes en el

⁴¹² Schelchikov, *El laberinto boliviano...*, *ob. cit.*, p. 19.

⁴¹³ Allí sostienen que frente a la masacre de Contonio y el robo de tierras a los indios, el Partido Comunista, vanguardia del proletariado y del pueblo oprimido, protesta enérgicamente y llama a obreros, indios, artesanos y a todos los explotados y oprimidos a la lucha revolucionaria contra los asesinos de los indios y explotadores de los trabajadores, la burguesía, los hacendados y los imperialistas extranjeros. “El proletariado y su guía el Partido Comunista, os llama por vuestra completa liberación hasta conseguir la formación de repúblicas aymaras y quechuas” (Juicio criminal por publicaciones clandestinas y libelo inflamatorio, 1932”, AHL, citado en Lorini, *El movimiento socialista “embrionario”...*, *ob. cit.*, p. 183.

⁴¹⁴ Augusto Céspedes, *Crónicas heroicas de una guerra estúpida*, La Paz, Librería editorial “Juventud”, 1975.

⁴¹⁵ Waldo Álvarez España, *Memorias del primer ministro obrero*, editorial Renovación, La Paz, 1986.

⁴¹⁶ *Ibidem*, pp. 51 y ss. Álvarez debió retornar a Bolivia por la enfermedad que provocó la muerte de su pequeño hijo y volvió a Perú deportado en 1934.

PCCh, desde el cual adhirió a la Oposición de izquierda (trotskista), al mismo tiempo que participaba del grupo Izquierda Boliviana integrado por exiliados.

El Diario de La Paz publicaba noticias como estas: “Descubierta una tenebrosa conspiración destinada a sembrar el derrotismo en el país.... Plan descabellado... que el país abandone las armas y fraternice con los paraguayos. Los que operaban eran tres extranjeros”. O: “Un manifiesto comunista en el ejército, ciertos individuos posiblemente desequilibrados, dirigen iniciativas para precipitar la derrota boliviana que haga posible la exaltación de los rojos en el poder”⁴¹⁷.

Lo cierto es que, pese a la debilidad del comunismo local, los grupos de exiliados lanzaron una activa campaña antibelicista. Entre los principales estaban el grupo Tupac Amaru, liderado por Marof desde la ciudad argentina de Córdoba, e Izquierda Boliviana de Aguirre Gainsborg, en Chile. Su modesta actividad logró una amplificación mayor en el marco de la gran actividad desplegada por la Internacional Comunista contra la guerra del Chaco como una actividad central, dado que consideraban que esta contienda sudamericana no era más que un aviso de lo que el “tercer período” del capitalismo mundial traería al continente y al mundo entero en términos de carnicerías bélicas. Por eso, los eventos antiguerreros sobre el Chaco están, en gran medida, en el origen de organizaciones antiguerras y antifascistas de mayor amplitud, en las que la Tercera Internacional buscó jugar un papel destacado, y en las cuales participaron intelectuales de celebridad mundial como Henri Barbusse, Waldo Frank o Romain Rolland, entre varios otros⁴¹⁸.

Pero, al mismo tiempo, la contienda en el Chaco boreal tuvo otro efecto. La matanza chaqueña daba al traste con el latinoamericanismo trabajosamente construido por la generación de la reforma universitaria del 18: si el primer párrafo del *Manifiesto Liminar* terminaba diciendo que “estamos viviendo la hora americana”, y maestros de la juventud como José Ingenieros, Alfredo Palacios, Víctor Raúl Haya de la Torre o Manuel Ugarte recorrían el continente con un discurso latino o indoamericanista y antiimperialista, ahora dos pueblos hermanos –e incluso muchos indios que ni siquiera eran considerados ciudadanos plenos en Bolivia o Paraguay– se estaban desangrando o

⁴¹⁷ *El Diario*, citado en Lorini, *El movimiento socialista “embrionario” ...*, ob. cit., p. 184.

⁴¹⁸ *Cfr.*, entre otros, Ricardo Pasolini, “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”, en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Universidad Nacional del Litoral, 2004, pp. 81-116.

simplemente muriendo de sed o enfermedades en el infierno chaqueño⁴¹⁹. Por eso, no fue casual que figuras como Deodoro Roca pusieran toda su energía en la cruzada antibélica. Ni tampoco que editores como Antonio Zamora pusieran a su revista y editorial *Claridad* a disposición del campo del pacifismo y contra la contienda boliviano-paraguaya.

Estas redes combinarían, no sin tensiones, una serie de sensibilidades que buscaban actuar en un mundo marcado por la polarización europea entre el comunismo y el fascismo, cuyos ecos llegaban a América Latina; una situación crítica que activó una variedad de compromisos y solidaridades antifascistas. Los propios comunistas abandonarían, antes del fin de la contienda chaqueña, el ultraizquierdismo de *clase contra clase* para dar un viraje radical hacia los frentes populares con fuerzas demoprogresistas e incluso liberales. Pero antes de seguir, volveremos a Bolivia y a la figura de José Antonio Arze.

Académicos, periodistas y obreros gráficos: los inicios de una hermandad

La vida de José Antonio Arze durante los años treinta estuvo marcada por sus esfuerzos para organizar una fuerza marxista en Bolivia y por sus intentos de acercamiento a la Internacional Comunista, siempre frustrados pese a ser un entusiasta estalinista y admirador de la URSS. En 1930, Arze tenía veintiséis años y, como hemos visto en las páginas anteriores, contaba ya con una notable trayectoria intelectual, una hoja de vida que lo colocaba como uno de los principales luchadores por la reforma universitaria y a cargo de una cátedra de derecho. En ese año, el joven marxista conocerá a un dirigente sindical con quien entablará una relación personal que se mantendrá hasta el final de su vida y marcará los siguientes años de su devenir político. El líder obrero, proveniente del sindicalismo gráfico, era el linotipista Waldo Álvarez España (nacido en 1900, cuatro años mayor que él), y el artífice de ese encuentro fue el joven periodista José Cuadros Quiroga, editorialista de *El Diario*, donde también trabajaba Álvarez⁴²⁰. Los tres anudarían una hermandad que los mantuvo unidos en el clima represivo de la primera mitad de la década del treinta, cuando el chauvinismo asociado a la guerra del

⁴¹⁹ Cfr. Martín Bergel, “Flecha, o las animosas obsesiones de Deodoro Roca,” prefacio a *Deodoro Roca. Obra Reunida. Tomo IV. Escritos Políticos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2012, p. XXV-XXVI.

⁴²⁰ Algunos documentos y testimonios sobre José Cuadros Quiroga pueden encontrarse en Mariano Baptista Gumucio, *José Cuadros Quiroga, inventor del Movimiento Nacionalista Revolucionario*, La Paz, [s.n.], 2002.

Chaco se articuló a una persistente política de combate oficial del “derrotismo” comunista, seguiría en un improvisado viaje a Perú para evitar combatir en las arenas chaqueñas y, ya en la postguerra, continuará en los primeros años de la aventura del socialismo militar. Más tarde, a fines de la década del treinta, Cuadros abandonará el comunismo y se transformará en el autor del programa del naciente Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), en tanto que Arze y Álvarez se mantendrán fieles al marxismo y organizarán el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), de fuerte influencia política –y posiciones controversiales– durante la década del cuarenta.

Álvarez formaba parte de la “aristocracia obrera” letrada –el sindicalismo gráfico– y dentro de este sector social se destacaba como un intelectual obrero, como lo atestiguan los dos libros que dejó escritos ya en su vejez: *Los gráficos en Bolivia. Historia de la organización y luchas de este sector social* (1977) y *Memorias del primer ministro obrero* (1986), al igual que la fundación de dos editoriales: Trabajo (junto a Fernando Siñani) y Renovación. El título de sus memorias hacen referencia a que fue el fundador del ministerio de Trabajo en 1936, cargo al que llegó por decisión de los sindicatos en una torsión del viejo orden oligárquico hacia las modernas visiones reformistas sobre el Estado y la sociedad que en esos años eran leídas en clave corporativa/funcional.

En 1930, ya bajo el gobierno emergente de la revolución cívica-militar que ese mismo año derrocó al presidente Hernando Siles y llevó al poder al general Carlos Blanco Galindo, Álvarez ocupaba el cargo de Secretario de Agitación y Propaganda de la Federación de Artes Gráficas, desde el cual fundó el periódico sindical *La Huelga*, considerado por el gobierno una publicación comunista⁴²¹. Ese mismo año, marcado por la agitación política y laboral, Álvarez llega a la presidencia de la Federación de Artes Gráficas⁴²². Al tomar posesión, el nuevo dirigente hizo un llamado a alejarse de la

⁴²¹ Álvarez, *Memorias...*, ob. cit., p. 30.

⁴²² Vale la pena detenernos un momento en la evolución del mundo gráfico/editorial en Bolivia. Como en otros países, el sindicalismo gráfico jugó un importante rol en el movimiento obrero boliviano. En 1905 se funda la Unión Gráfica Nacional (UGN). En 1913 un grupo de jóvenes gráficos acusan a la UGN de “retrógrada y conservadora, al servicio del liberalismo” y fundan el Centro Tipográfico, manteniendo el carácter mutualista de la organización. Y será en 1916 cuando se crea la Federación de Artes Gráficas, la primera organización sindical moderna del sector. En su historia del sindicalismo gráfico, Álvarez recuerda que entre 1912-1920 se produjeron grandes avances técnicos en la industria gráfica boliviana. Por esos años se publicaban en La Paz, *El Diario*, *El Tiempo*, *El Figaro*, *El Hombre Libre*, *El Republicano*, *El Norte*, *La Verdad*, *La República* y *La Razón* y en la sede de gobierno funcionaban grandes talleres de impresión como La Boliviana, La Moderna, González y Medina, La Eléctrica, Imprenta Velarde y Renacimiento. En 1914 llegan a Bolivia las primeras máquinas linotipo modelo 8 de tres almacenes, adquiridas por *El Diario*, *El Tiempo* y *La Verdad*. *El Norte*, propiedad de Patiño, importa dos linotipos y la primera retoplana para imprimir en colores, transformando la técnica periodística en el

politiquería, enfrentar a la burguesía y a la rosca minera feudal, y luchar contra el imperialismo y por la redención social de los explotados.

El programa de reivindicaciones lanzado por Álvarez incluía la lucha por aumentos de salarios, disminución de la jornada de trabajo, jubilación, seguro para los desocupados, seguro médico gratuito, igualdad de salario para la mujer y libertades democráticas⁴²³. Su prestigio como dirigente gráfico lo llevará en ese mismo año a la secretaría general de la Federación Obrera del Trabajo⁴²⁴. Desde ese cargo, y con la colaboración de varios periodistas, funda el semanario *El Mundo*, una publicación “al servicio de la clase trabajadora”. Desde allí, Álvarez participó en varias polémicas con la “prensa burguesa”. Por ejemplo, desde *El Mundo* respondió a un artículo de *El Diario* que informaba que en México los intelectuales se habrían organizado sindicalmente como una necesidad de defensa frente a unos sindicatos de clase egoístas que buscaban su completo predominio en el campo político, social y económico. El dirigente gráfico contestó que la idea del articulista de *El Diario* era absurda y que si los intelectuales se organizan en sindicatos ello deberá conducir a un encuentro con los obreros para luchar juntos contra el enemigo común: la explotación capitalista⁴²⁵. Esa era precisamente su meta: una articulación entre proletarios e intelectuales bolivianos.

En efecto, ese mismo año de 1930 Waldo Álvarez –“siguiendo su tren de auto-culturización”– se relacionó con varios intelectuales de izquierda: periodistas, profesores y estudiantes universitarios, y en ese marco, fue que una noche Cuadros Quiroga le presentó a José Antonio Arze, en ese entonces profesor de la Universidad Mayor de San Andrés⁴²⁶. Se inició así un largo vínculo político y personal que incluyó la fundación de grupos políticos, el arribo a la función pública y varios destierros. Según relata Álvarez en sus memorias, los tres solían ir al bar nocturno Chaj-Chaj, sobre la calle Uchumayo de La Paz, donde entre varios *té con té* (singani con té) discutían hasta altas horas de la noche, y así se fue organizando una peña que “iba

país. También se producen avances en el interior con periódicos como *Eco Obrero* o *La Opinión obrera* en Sucre. Uno de los impulsores de la Federación de Artes Gráficas fue Felipe Reque Lozano, el fundador de *Bandera Roja*, espacio de difusión de ideas socialistas radicales en Bolivia (*Los gráficos en Bolivia. Historia de la organización y luchas de este sector social*, La Paz, editorial Renovación, 1977, pp. 24-29).

⁴²³ Álvarez, *Los gráficos en Bolivia...*, *ob. cit.*, p. 56. Un año después, la Federación de Artes Gráficas entrará en una crisis y Álvarez y otros dirigentes de izquierda opuestos al “sindicalismo mutual-colaboracionista” y promotores del “sindicalismo revolucionario” fundan el Sindicato Gráfico.

⁴²⁴ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.* p. 35.

⁴²⁵ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, p. 36-37.

⁴²⁶ *Ibidem*, p. 37.

creciendo cada día”⁴²⁷. Uno de sus nuevos miembros fue Walter Guevara Arze (primo de J.A. Arze), que llegó con varios estudiantes universitarios que en ese cenáculo de reformistas sociales discutían con choferes, gráficos, tranviarios, sastres y otros trabajadores y artesanos⁴²⁸, un caldo de cultivo para la circulación de ideas radicales acerca de las transformaciones sociales que requería Bolivia.

De este conglomerado de obreros e intelectuales surgió en 1931 la Agrupación Socialista Revolucionaria, que tuvo a Álvarez como presidente, a Guevara Arze como secretario de Relaciones, a Cuadros Quiroga como secretario de Propaganda y a José Antonio Arze como encargado de Cultura. Con la voluntad de nacionalizar al grupo, se acordó enviar comisiones al interior para crear núcleos similares, designándose a Álvarez para viajar a Oruro y a Guevara Arze a Cochabamba. Según recordará Álvarez décadas después, esta comisión tuvo un gran éxito. En el caso de Oruro, al conocerse la llegada de los delegados, se autoconvocaron en la estación del ferrocarril muchísimos intelectuales y obreros que les dieron la bienvenida. Fueron recibidos en asamblea por la Federación Obrera de Oruro y esa misma noche asistieron a reuniones con intelectuales locales, varios de los cuales formaban parte del Grupo Avance, un nucleamiento de izquierda local. En Cochabamba, fueron recibidos por la FOT y el Grupo de Izquierda liderado por Ricardo Anaya. Y comisiones similares viajaron a Sucre y Potosí, “con el mismo éxito”⁴²⁹.

Más allá de que seguramente haya exageraciones retrospectivas en la descripción del impacto de las visitas, son estos vínculos entre intelectuales y obreros uno de los signos más remarcables de estos espacios del socialismo embrionario, como lo denominó Irma Lorini⁴³⁰, pese a los recurrentes fracasos por poner en pie instituciones partidarias más estables e influyentes en el movimiento de masas. Esto último llevó a Lorini a subestimar a estas organizaciones socialistas por carecer de visiones doctrinales más estructuradas, como ocurría en los casos de Chile o Argentina con los emergentes partidos socialistas y comunistas⁴³¹.

⁴²⁷ *Idem.*

⁴²⁸ *Idem.*

⁴²⁹ *Ibidem*, pp. 37-38

⁴³⁰ Irma Lorini, *El movimiento socialista “embrionario”... ob. cit.*

⁴³¹ “En esos años, de 1926 a 1930, el marxismo que se propagó en el país fue un marxismo de manual o de compendio y de ninguna manera contenía los textos exactos de las fuentes originales. El nivel alcanzado por sus dirigentes (si tomamos en cuenta el documento comunista de Ampuero [se refiere a “Organización sindicalista”]), fue pobre y provinciano. Este provincialismo en el nivel teórico bajo de los dirigentes comunistas fue señalado ya por Codovilla (dirigente comunista argentino) en la conferencia de 1929”. Lorini insiste en varias ocasiones en la “deficiente cultura política” de los dirigentes socialistas a la que se sumaba su “debilidad doctrinaria” (*El movimiento socialista “embrionario”... ob. cit.*, pp. 176-

En vísperas de 1º de mayo de 1932, el Centro de Estudios Jurídicos de la Universidad Mayor de San Andrés invitó a Álvarez a dar una conferencia titulada “La proletarización de los intelectuales”⁴³². *El Diario* del 3 de mayo de ese año informa que Álvarez fue recibido “con una estruendosa salva de aplausos”. Paso seguido, el líder obrero agradeció la invitación para ocupar una tribuna “en un recinto burgués” y pidió excusas por las carencias de su discurso. “Espero que quienes me escuchen disimulen cualquier deficiencia en mi lenguaje, lenguaje de obrero, no esperen de mí lirismo de ninguna especie. Sólo puedo decir palabras que son fruto de mi sinceridad, de la sinceridad de la clase trabajadora orientada invariablemente hacia la lucha de clases”⁴³³. A lo largo de su exposición señaló:

Mucho se ha hablado de marxismo, de emancipación de la clase trabajadora, de proletarización, etc. en este recinto. He podido escuchar los más preciosos discursos “revolucionarios”. Pero muy pocos han dicho cómo se realizará esa proletarización y cuáles serán las tácticas de lucha para esa emancipación. Hasta ahora han venido a nosotros con aires de suficiencia, de apóstoles, de caudillos, a tendernos la mano *para sacarnos de la ignorancia en que estábamos sumidos y mostrarnos el camino que debemos seguir*; pero el obrerismo organizado –y no la masa ignara que sigue a Saavedra o a los caudillos tradicionales– ha ido formando una conciencia de clase y se ha fijado como táctica de lucha una línea esencialmente revolucionaria. De esta manera, cada obrero posee una buena dosis de cultura revolucionaria y no necesita de apóstoles que no hacen sino desviar al obrero de la senda que sin equivocarse sigue⁴³⁴.

177). Pero en nuestra opinión, no resulta muy productivo discutir si los socialistas bolivianos leyeron “correcta” o “incorrectamente” a Marx, sino analizar *cómo* lo leyeron y *por qué* lo leyeron de ese modo, además de cómo *usaron* esas ideas (ello más allá de las consideraciones sobre el vuelo teórico de Codovilla). Parfraseando a Horacio Tarcus, y su estudio sobre el marxismo argentino, resulta a nuestro criterio más estimulante indagar qué lecturas de Marx y el socialismo eran posibles en un país como Bolivia, cuyas coordenadas geográficas, sociales y temporales poco tenían que ver con las de Alemania, Francia o Gran Bretaña. Sin duda, en un país con escasa alfabetización, afecto a la difusión oral de las ideas y con procesos de individuación societal muy incompletos y fuertes culturas corporativas, el marxismo dio inicialmente lugar a un socialismo intuitivo, pero productivo para instalar ciertas ideas fuerza, al tiempo que se constituían partidos obreros basados en los sindicatos capaces de participar con relativo éxito en elecciones aún censitarias, especialmente en el nivel municipal (sobre el tema de la recepción y usos de Marx, *cf.* Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina...*, *ob. cit.*, pp. 21-54).

⁴³² De ese ciclo participaron también José A. Arze, José Cuadros Quiroga, Abraham Valdez, Rafael Reyeros, Félix Eguino Zaballa y Alipio Valencia Vega.

⁴³³ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, pp. 45-46.

⁴³⁴ *Ibidem*, pp. 46-47. Destacado en el original.

En la misma intervención, Álvarez citó varias frases del secretario general de la Internacional Sindical Roja, Alexandr Losovsky, y criticó a los intelectuales que terminaron asumiendo como consigna “Ni con Moscú ni con Nueva York”, cuando “Moscú representa la primera república obrera y Nueva York el más poderoso capitalismo”. Finalmente, el líder gráfico se interrogó sobre quiénes serán los intelectuales que, “en estas condiciones difíciles”, estarían dispuestos a proletarizarse. Un ejemplo de esa proletarización verdadera era Rolland: “Romain Rolland, el hombre cumbre de las letras francesas, es un intelectual que se ha proletarizado sinceramente”⁴³⁵. Es claro que su intervención estuvo lejos de las deficiencias de lenguaje mencionadas, pero sus prevenciones fueron útiles para reafirmar su condición de clase en una universidad que, pese a los cambios que conducirían a la reforma universitaria a comienzo de los años treinta, seguía siendo un reducto de la élite paceña. Al mismo tiempo, su presencia en ese recinto iba sellando alianzas de mayor alcance entre estudiantes inconformistas y obreros clasistas, ambos minoritarios en sus respectivos ámbitos aunque en todo caso minorías activas que anudaban el malestar general con un marxismo que iba llegando de manera fragmentada pero alcanzaba para sostener nuevos imaginarios que hacían eje en la justicia social y la necesidad de que los trabajadores se organizaran de manera independiente de los partidos tradicionales.

José Antonio Arze o las desventuras de un comunista boliviano durante el “tercer período”

En 1931 José Antonio Arze promovió el cambio de nombre de la Agrupación Socialista Revolucionaria e intentó plasmar en una organización política una idea que había ido madurando en los años previos y que no lo abandonaría completamente en su vida política posterior: la necesidad de poner en pie un partido comunista trinacional boliviano-chileno-peruano. En opinión de Arze, una serie de razones históricas (el pasado incaico y colonial), y una pluralidad de cuestiones geográficas, económicas y étnico-sociales otorgaban viabilidad a la propuesta. Pero detrás de esa idea estaba una convicción más profunda: que “la actual mediterraneidad de Bolivia haría imposible el sostenimiento de un gobierno obrero, aún dado el caso de que este llegue a instaurarse:

⁴³⁵ *Ibidem*, p. 47. Álvarez leyó, además, partes de un manifiesto de Rolland llamando a los intelectuales a abrazar la causa del proletariado.

[dado que Bolivia depende de Chile para salir al océano Pacífico y exportar sus productos] el bloqueo marítimo ahogaría en sus comienzos cualquier intento subversivo”⁴³⁶. Pero todo ello se podía resolver “de manera comunista” –opinaba Arze– mediante una confederación política de los tres países.

La historia de las izquierdas ha prestado poca atención a esta faceta del pensamiento de Arze y a su concreción en una organización política: la Confederación de Repúblicas Obreras del Pacífico (CROP)⁴³⁷. ¿Pero acaso es importante detenerse en una agrupación que apenas duró un breve tiempo y congregó sólo un puñado de jóvenes convertidos al marxismo en los años veinte? Es cierto que la CROP prácticamente murió al nacer. Fueron varias, como veremos, las razones que imposibilitaron su implantación y desarrollo. Pero no se trata acá de poner el foco en los pies de página de la historia con veleidades de originalidad forzada; por el contrario, creemos que detenernos en la breve experiencia de la CROP, en la desconfianza de la IC y en las razones de su fracaso nos permitirá iluminar dos aspectos relevantes que hacen a la historia intelectual de las izquierdas bolivianas de la década del treinta. Por un lado, la CROP plasmó vínculos personales que fueron relevantes más allá de la temprana disolución del grupo e ilustran sobre las redes de socialización de las fragmentadas izquierdas de la preguerra del Chaco⁴³⁸. Por otro lado, los viajes e intercambios de correspondencia entre los cropistas y la Internacional Comunista (el Buró Sudamericano y la CSLA) dejan ver los desencuentros e incomprensiones entre la entidad matriz del comunismo regional y un grupo de jóvenes bolivianos ansiosos por entablar vínculos con la patria de los soviets y difundir en los Andes las ideas marxistas ya implantadas en la Unión Soviética. Finalmente, esta experiencia echa luz sobre la biografía intelectual de uno de los fundadores de la sociología boliviana y entusiasta difusor del marxismo en Bolivia: José Antonio Arze.

Arze fue el factótum de la CROP; el ex líder universitario estaba convencido de que la debilidad del comunismo en Bolivia sólo podía resolverse en una escala superior, es decir, mediante la fusión de los partidos chileno, peruano y boliviano en un solo partido comunista trinacional, que funcionara bajo una forma confederada. El nombre

⁴³⁶“Oficio-credencial del comité de la CROP al secretariado Sud-Americano de la Internacional Comunista” (copia), pp. 1-2, Archivo personal de José Antonio Arze, en custodia de José Roberto Arze.

⁴³⁷ Hay breves menciones en Guillermo Lora, *Historia del movimiento boliviano... 1933-1952*, ob. cit., pp. 153-154. Schelchkov sí aborda brevemente el tema y echa luces en base a documentos de la IC en Moscú (*El laberinto boliviano...*, ob. cit., p. 17), finalmente, hay algunas referencias en Valentín Abecia López, *José Arze y Arze, inventario*, Librería y editorial Juventud, La Paz, 1992.

⁴³⁸ Entre quienes constituyeron el grupo comunista se encontraban, además de Arze, Waldo Álvarez, Carlos Mendoza Mamani, José Cuadros Quiroga y Walter Guevara Arze.

del grupo remitía a dos objetivos con temporalidades diferentes: en primer lugar, la fusión triconfederada de los partidos comunistas; en segundo, la perspectiva de unificación de las tres naciones, como un paso previo hacia la unidad latinoamericana y, en un futuro aún más lejano, una comunidad mundial de naciones que sería la extensión de la URSS, fundada casi una década y media atrás.

Todas esas propuestas quedaron plasmadas en el Estatuto de la CROP, considerada a sí misma una “asociación comunista”, detrás de la cual operó la ya mencionada convergencia de estudiantes universitarios y obreros gráficos. Este estatuto, conservado por Arze en su archivo personal, no carece de singularidades, y es un reflejo de la inmadurez política de los jóvenes marxistas que no tardarán en estrellarse con el obrerismo secante del “tercer período” del Comintern. Entre las disposiciones más curiosas está la obligación, para poder militar en la CROP, de “leer una disertación de ingreso, que versará precisamente sobre un tema de interpretación marxista de problemas americanos”. O, “en defecto de esta disertación, podrá exigirse, al menos, la presentación de un trabajo escrito, de tema sencillo, pero relacionado con problemas obreros”⁴³⁹. Paralelamente, se promueve la fundación de una biblioteca marxista, un periódico y una revista, además de una editorial⁴⁴⁰. Que todo ello ocupara los primeros artículos del estatuto nos habla de la importancia que se le asignaba a la “autoinstrucción” de sus futuros miembros pero también de su carácter acentuadamente academicista, obra, sin duda, de la pluma de Arze. No es difícil percibir que esto constituía un serio problema en un país con elevados índices de analfabetismo en sus sectores populares y donde hasta hoy día predomina la cultura política oral. Por lo que era previsible anticipar el desprecio que ello provocaría en una IC antiintelectual y proletarizante.

La CROP tenía la finalidad de “iniciar la formación de un Partido Comunista Cropista”, es decir de un PC boliviano-peruano-chileno. No obstante, su debilidad para difundir abiertamente sus objetivos políticos marxistas quedó en evidencia en el artículo 7º, en el que se señala que “La CROP podrá disfrazar sus actividades bajo la forma de actuaciones puramente académicas”, lo que no impedía un apoyo claro a la IC. En el artículo 8º de los estatutos puede leerse: “La CROP se adhiere, de modo general, a los principios doctrinales y tácticos sancionados por el Proletariado Internacional que se

⁴³⁹ “Estatuto de la CROP”. Archivo personal de José Antonio Arze, en custodia de José Roberto Arze. La primera página lleva a la cabeza del título la palabra “copia” entre paréntesis.

⁴⁴⁰ Cada miembro debía donar cuatro libros socialistas al año para sostener la biblioteca.

reúne en Moscú bajo los auspicios del gobierno soviético de la URSS”⁴⁴¹. Y más adelante reafirma su “adhesión al Programa de la III Internacional y a la política del Proletariado internacional afiliado a ese Programa”. Ya en el ámbito interno, la CROP se sumaba a lo que constituían las consignas típicas de los partidos izquierdistas de la época: reparto de tierras a los indios y nacionalización de las minas, a lo que añadía la “apropiación de las industrias urbanas por Soviets de trabajadores”. Se pronunciaba, al mismo tiempo, por la organización federal del Estado y por la “adhesión al principio del Pacifismo Comunista, cuyo lema es ‘Guerra a la guerra’” y por una alianza militar con la URSS. Finalmente, sostenía la confiscación de los bienes de la Iglesia y el destierro de los sacerdotes como objetivo de máxima. La “creación de la Iglesia Reformada, bajo el gobierno directo del Estado” debía ser la meta de transición “mientras la difusión del ateísmo justifique su subsistencia transitoria”. En el orden moral y eugenista, la CROP defendía “el amorlibrismo, el neomalthusianismo, el feminismo integral y el indigenismo artístico”⁴⁴².

Una vez constituido, mediante la aprobación de sus estatutos, el grupo se propuso una meta que se mostraría en extremo compleja y plagada de malentendidos: el reconocimiento como “organización comunista ilegal” por parte de la Tercera Internacional. Para ello, el 20 de octubre de 1931 la CROP envió una extensa carta al Secretariado sudamericano en la que explicaba los objetivos y el carácter del grupo y las razones que justificaban su propuesta de un PC trinacional:

Nuestra asociación juzga que es un imperioso deber para la causa revolucionaria de esta hora, tender a la fusión de los Partidos Comunistas de Bolivia, Chile y Perú en un solo Partido Comunista Confederal, que tenga como objetivo inmediato la instauración de la Primera República Soviética de América Latina⁴⁴³.

Es más, los jóvenes cropistas se animaron a dar consejos a la IC, lo que probablemente no cayera bien en la dirección manejada con mano de hierro por el ítalo-argentino Codovilla: proponían extender esta propuesta de partidos comunistas regionales a agrupamientos análogos que podrían ser organizados en el bloque Ecuador-Colombia-Venezuela, el de México con los países centroamericanos y de las Antillas, y

⁴⁴¹ Estatuto de la CROP, *ob. cit.*

⁴⁴² *Ibidem.*

⁴⁴³ Oficio-credencial del Comité de la CROP, p. 1 (Archivo personal de José Antonio Arze, en custodia de José Roberto Arce).

el de las Repúblicas del Plata (Argentina, Paraguay y Uruguay). Pero el dato más notable es que los cropistas carecían de contactos y trabajo previo con los chilenos y los peruanos y esperaban que el partido trinacional surgiera a partir de una mera instrucción de la IC, a la que esperaban convencer con su propuesta⁴⁴⁴.

Vale la pena detenerse en algunos nombres: en ese entonces, la CROP había nombrado secretario general a Waldo Álvarez (líder, como ya señalamos, del sindicato gráfico), a Carlos Mendoza Mamani (abogado, sastre y ex delegado al Primer Congreso de la CSLA) a cargo de propaganda política e indigenal⁴⁴⁵, y a Ernesto Calero y Moisés Álvarez (dirigentes gráficos) en el Socorro Rojo. Como responsables de la Universidad Popular fueron designados Gregorio Taborda (maestro normalista y estudiante de derecho) y Felipe Saavedra (delegado al V Congreso de la Internacional Sindical Roja en Moscú). José Antonio Arze (profesor de la Facultad de Derecho de La Paz) quedó a cargo de Hacienda y tesorería, Walter Guevara (estudiante de Ciencias Económicas) de Actas y correspondencia, y José Cuadros Quiroga (periodista, corresponsal de The Associated Press) quedó responsabilizado del área de prensa. La carta al secretariado de la Tercera Internacional fue firmada por Álvarez y Guevara.

Esta visión cosmopolita, bastante desarraigada, no tardará en chocar con un comunismo que, aunque quería hacer pie en Bolivia, no estaba dispuesto a dejar esa tarea en un grupo de intelectuales a los que percibía como poco confiables y demasiado pretenciosos. Arze no tardará en comprobar esa animadversión sobre su persona.

El viaje de J.A. Arze a Montevideo y la respuesta de la CSLA

La respuesta de los comunistas no se hizo esperar. No hemos encontrado la carta del Buró Sudamericano (si es que existió) pero sí una comunicación de la CSLA que representaba la misma línea política del comunismo en esta etapa ultraizquierdista de *clase contra clase*. Fechada en Montevideo el 10 de noviembre de 1931, la misiva no responde directamente a la carta de la CROP enviada desde La Paz sino a una serie de preguntas que el propio Arze dirigió a la CSLA en ocasión de un viaje a Uruguay, donde pudo sentir en carne propia la frialdad del Buró Sudamericano hacia su figura. En

⁴⁴⁴ El propio líder comunista chileno, Elías Lafertte, le planteó a Arze en un encuentro casual en Montevideo, sus objeciones a esta propuesta (José A. Arze, “Al secretariado de la Internacional Comunista”, Lima, octubre de 1933 (no figura el día exacto), p. 15 (Archivo personal de José Antonio Arze, en custodia de José Roberto Arze).

⁴⁴⁵ Para una breve biografía de Mendoza Mamani, *cf.* Lora, *Historia del movimiento obrero... 1923-1933, ob. cit.*, pp. 245-250.

el “tercer período”, su perfil de intelectual pequeño burgués resultó la peor credencial posible frente a un comunismo que, como ya vimos, estaba en el auge de la desconfianza hacia los intelectuales (si a figuras de relieve como Mariátegui podían tolerarlas, no ocurría lo mismo con jóvenes que empezaban su actividad política-intelectual y ya aparecían con demasiada autonomía).

En octubre de 1931, Arze viajó a Montevideo para visitar el Buró Sudamericano de la IC y buscar instrucciones para transformar a la CROP en la sección boliviana del órgano matriz del comunismo internacional. Al parecer, debía viajar también Mendoza Mamani, pero los cropistas no lograron recaudar los recursos para el viaje⁴⁴⁶, por lo que el académico viajó solo, sin el dirigente obrero que se había ido ganando la confianza de los comunistas. En Montevideo, Arze se reunió con “el camarada Pereyra”⁴⁴⁷ –del Buró Sudamericano– en el local de la CSLA (el Buró se había mudado de Buenos Aires a Montevideo escapando de la represión del régimen de Uriburu), y con el secretariado del sindicalismo comunista latinoamericano. Pero el clima de los encuentros estuvo en las antípodas de lo esperado por el joven boliviano, y sus sueños de liderar intelectualmente el partido comunista del país andino se desvanecieron apenas pisar suelo uruguayo. El hecho de que los intentos de Arze hayan coincidido con la etapa ultraizquierdista del estalinismo mundial dejó una marca indeleble de desconfianza en su relación con la IC, que condicionaría los vínculos futuros y no haría más que agrandarse.

Arze recordará poco más tarde que sus reuniones estuvieron marcadas por “un sentimiento ostensible de recelo que advertí en la CSLA desde el día mismo de mi llegada”⁴⁴⁸. Esa sensación sólo sería ratificada al leer la detallada respuesta de la CSLA a sus consultas sobre la CROP, que recibió en mano al momento de embarcarse para regresar a La Paz después de 17 días en Montevideo, tras lo cual sufriría una breve detención en Buenos Aires por posesión de libros marxistas⁴⁴⁹.

“Consideraré, en suma, que mi misión en Montevideo había sido un fracaso”, recordará Arze dos años después ya desde su exilio peruano, cuando su desesperación por su condición de comunista no aceptado por Moscú lo llevó a escribir una extensa

⁴⁴⁶ Arze, “Al secretariado de la Internacional Comunista...”, *ob. cit.*.

⁴⁴⁷ Posiblemente se trató de Francisco Muñoz Díez cuyo su pseudónimo era “Rafael Pereira”.

⁴⁴⁸ Arze, “Al secretariado de la Internacional Comunista...”, *ob. cit.*, p. 7.

⁴⁴⁹ Arze telefonó a *La Nación*, que registró la detención en sus páginas y motivó la intervención del embajador boliviano Daniel Sánchez Bustamante. Al salir en libertad se entrevistó con Alfredo L. Palacios y por indicación del dirigente socialista escribió “una carta de enérgica protesta” contra el régimen de Uriburu.

carta de casi cuarenta páginas a la IC en la que exponía en detalle su vida política, justificaba unas acciones, se rectificaba por otras y pedía al secretariado una suerte de rehabilitación. En su misiva “Al secretariado de la Internacional Comunista” que no sabemos si llegó a enviar, pero que conservó en sus archivos escribió:

Parece que el hecho de ser yo quien había ideado la fórmula CROP y el hecho de haber discutido mis puntos de vista con sincero calor en la CSLA dejaron en ésta la impresión de que quería hacerme un pequeño “caudillo” del movimiento, a expensas de los prestigios de la IC. Y nada podía ser más gratuito que esa suposición, pues en Bolivia todos los comunistas conveníamos que el Strio. General del Partido debía ser Waldo Álvarez, obrero gráfico de clara inteligencia, cultura poco común, inmaculada probidad revolucionaria y general popularidad entre los círculos obreros de toda la República⁴⁵⁰.

Las ocho páginas de análisis de la CSLA sobre la CROP, escritas en 1931, mientras Arze aún estaba en Montevideo, fueron demoledoras. Firmado por el propio secretario general de la CSLA, Miguel Contreras, el texto señala descarnadamente que

por sus estatutos, su “programa”, su composición social, sus antecedentes en el movimiento proletario, por sus “tácticas” y por su *falta de acción* efectiva la CROP en nuestra opinión es un organismo que no tiene casi nada en común con el sindicalismo revolucionario de masa que encarna la CSLA y la ISR [Internacional Sindical Roja], es decir con el movimiento que lucha cotidianamente por el pan de los trabajadores y por el derribamiento del capitalismo, según el ejemplo dado por el Proletariado de la Unión Soviética⁴⁵¹.

Para la CSLA no hay matices: de ningún modo es posible considerar a la CROP como un partido comunista ya que “su posición, su nombre mismo, *indican que su desarrollo los llevará a cualquier cosa menos a ser un verdadero partido proletario y revolucionario*”⁴⁵².

Aunque los documentos del grupo boliviano denunciaban al partido de Haya de la Torre como contrarrevolucionario, ello no impidió que la CSLA definiera a la CROP

⁴⁵⁰ Arze, “Al secretariado de la Internacional Comunista...”, *ob. cit.*, p. 8.

⁴⁵¹ “Comunicación dirigida por la CSLA al Comité de la CROP”, Montevideo, 10/11/1931, Archivo personal de José Antonio Arze. Destacado en el original.

⁴⁵² *Ibidem*, p. 2, destacado en el original.

como un APRA boliviano. El hecho mismo de haberse bautizado con un nombre que evitó una definición comunista explícita (recordar los agitados debates sobre el asunto de la denominación de los partidos comunistas en la conferencia de 1929), junto a su falta relativa de acción práctica, bastó para considerar que la CROP “encierra en sí un comienzo oportunista”: “Por ahí comenzó también el Apra en el Perú, los Haya de la Torre, los Seoane, etc. y otros pseudoantiimperialistas que se decían amigos de Rusia, defensores del proletariado y simpatizantes del comunismo y que en sus comienzos justificaban la adopción de ese nombre por razones que ellos también llamaban ‘tácticas’”⁴⁵³.

Empero, lo que más cuestionaba la CSLA era la ausencia de lucha por las “reivindicaciones inmediatas de los obreros y de las masas indígenas, mejor dicho de las nacionalidades indígenas”. La exigencia de presentar una disertación para ingresar al partido no podía pasar desapercibida, y Contreras le dedica un párrafo ácido, no carente de ironía, hacia los intelectuales cropistas: “es como presentar una tesis de doctorado comunista en un instituto universitario [...] Evidentemente que los obreros y los indios analfabetos, las dos grandes fuerzas de la revolución social boliviana, que se cumplirá bajo la dirección del PC como vanguardia del Proletariado, [con estos requisitos] quedan excluidos y descartados por anticipado del selecto y estudioso grupo de la CROP, grupo de intelectuales de la CROP”⁴⁵⁴.

Por otro lado, la CSLA critica al grupo boliviano por retomar la “vieja estrategia aprista” de utilizar al clero nacional contra el clero extranjero, cuando el clero nacional es “tan agente de la burguesía nacional y de los imperialistas y explota, oprime, embrutece y engaña a los obreros y fundamentalmente a las masas indias en la misma medida y proporción que lo hace el clero extranjero”⁴⁵⁵. Finalmente, la cuestión sindical, punto fuerte de la CSLA. La intención cropista de participar en el Consejo de la Economía Nacional, convocado por el gobierno, fue considerado una evidencia del colaboracionismo y del “reformismo más puro” de la CROP, aunque esta última lo pensara como una tribuna para darle visibilidad a los reclamos populares. La dirección sindical comunista acusó, además, a los inexperimentados jóvenes bolivianos de no responder seriamente a “la política de constante lloriqueo ante el gobierno” desarrollada por la FOT con sus petitorios.

⁴⁵³ *Idem.*

⁴⁵⁴ *Ibidem*, p. 3.

⁴⁵⁵ *Idem.*

Conclusión sin apelaciones: la CROP “más que una organización proletaria revolucionaria y de acción, por su programa, estatutos, sus normas internas y sus llamadas ‘tácticas’ se parece en nuestra opinión a un grupo selecto, sectario e infantilmente conspirativo divorciado de la acción y de las masas”⁴⁵⁶.

Ya no será suficiente, para recuperar la confianza de la Comintern, que en diciembre de 1931 los cropistas acepten las objeciones del Buró Sudamericano, se autocritiquen⁴⁵⁷, disuelvan el grupo y den lugar a un nuevo agrupamiento. El nuevo “partido” estaba constituido por ex cropistas y por el también disuelto Comité Comunista, un minúsculo colectivo armado por los peruanos Jorge Ilo (seudónimo de Saavedra Fajardo) y César Negri (Chávez Bedoya), que actuaban “de acuerdo con las instrucciones del camarada Buccone de la CSLA”⁴⁵⁸.

El papel de estos dos militantes peruanos resulta aún enigmático. Según relata el propio Arze, en 1931 Buccone viajó con los dos peruanos a La Paz desde el sur de Perú y luego siguió a Montevideo. En ese trayecto coincidió en el tren con Arze (en su viaje a Uruguay) quien creyó que se trataba de un “pacífico comerciante”, el rol que Buccone asumió para no ser detectado por la policía. Lo curioso es que, según Arze, en las conversaciones que tuvo con él más tarde en la capital uruguaya en relación a la CROP, el dirigente de la CSLA nunca le mencionó nada de los “camaradas peruanos”, a quienes habría dejado en La Paz la misión de fundar el Comité Central del PC boliviano con el compromiso del Buró Sudamericano de reconocer al nuevo partido. Arze recién se enterará de la presencia de Ilo y Negri ya de vuelta en La Paz, cuando ambos habían formado ya un pequeño grupo comunista con algunos obreros y artesanos. Al mismo tiempo, los peruanos, según el relato de Arze, habrían intentado dividir a la CROP enemistando a los obreros con los intelectuales. El caso es que Waldo Álvarez terminó quedando a cargo del Comité armado por los peruanos, sin haber roto efectivamente con Arze y los otros “intelectuales”. En efecto, los vínculos entre los “cropistas” y los cominternistas son parte de una compleja historia de enredos.

Al regreso de Arze y en medio de pequeñas conspiraciones se desarrolló una “asamblea general de autocrítica”⁴⁵⁹ en la que se decidió la disolución de ambos grupos –la CROP y la Agrupación Comunista– y en medio de una creciente tensión entre Arze

⁴⁵⁶ *Idem.*

⁴⁵⁷ J.A. Arze dirá, por ejemplo, que al redactar los estatutos de la CROP desconocía los de la IC.

⁴⁵⁸ “Acta de fundación del Comité Central Provisorio del Partido Comunista Boliviano”, La Paz, 13 de diciembre de 1931, Archivo personal de José Antonio Arze en custodia de José Roberto Arze.

⁴⁵⁹ José A. Arze, “Al secretariado de la Internacional Comunista”..., *ob. cit.*, p. 18.

y los enviados de la CSLA se creó el Comité Central Provisorio del Partido Comunista Boliviano⁴⁶⁰.

Entretanto, el contexto político se había vuelto cada vez más crispado, y ya soplaban los vientos de lo que sería la más cruenta contienda militar de la que participó Bolivia. Así, la creación del nuevo partido coincidió con las protestas contra el proyecto de Ley de Defensa social enviado por el presidente Daniel Salamanca al Congreso, que declaraba ilegal cualquier movimiento vinculado al comunismo o a la lucha de clases. Esa nueva situación propició la unidad de acción de comunistas, anarcosindicalistas, “socialreformistas” y estudiantes de izquierda, que desembocó en un multitudinario mitín el 5 de enero de 1932, donde Moisés Álvarez (ex cropista) pronunció un combativo discurso frente al palacio de Gobierno de La Paz. Esas luchas populares lograron que el presidente retirara el proyecto mientras era discutido en el Senado. Pero el pequeño PC ilegal esperó en vano el reconocimiento de la IC que, estimaban, iba a funcionar como un fuerte impulso simbólico/moral que los ayudaría a salir del aislamiento, ya que de ese modo podrían presentarse como los representantes en Bolivia de la República de los Soviets y del partido mundial del proletariado.

La IC no reconoció al PC como partido, sino como un grupo comunista, por lo que se transformó en la Asociación Comunista de La Paz⁴⁶¹. El secretariado latinoamericano estableció que la condición principal para que el grupo fuera reconocido como sección boliviana de la IC era que se convirtiera en un partido obrero de masas; pero exigía, además, una purga de intelectuales y sindicalistas pequeño-burgueses, lo que efectivamente se produjo, y cuya víctima principal fue Arze, ya entonces considerado un obstáculo en la construcción de un partido comunista boliviano.

A fines de 1931 o comienzos de 1932 había llegado a La Paz el “Camarada Rafael” (quizás Francisco Muñoz Díez), enviado del Buró Sudamericano. Schelchkov, señala que “en La Paz, este mensajero-controlador de la IC insistió en convocar a una reunión en la casa de Carlos Mendoza Mamani, violando todas las reglas conspirativas. Como resultado, la policía arrestó a dicho Rafael, que estuvo preso unos días y luego

⁴⁶⁰ El documento fundacional es firmado por W. Álvarez, Carlos Mendoza, José A. Arze, Walter Guevara, Jorge Ilo, César Negri, Julio Ordóñez, y otros.

⁴⁶¹ Arze, “Al secretariado...”, *ob. cit.*, p. 19.

[fue] expulsado del país. En sus informes al Buró, la culpa de este fiasco fue echada a Mendoza Mamani quien fue destituido de su puesto de líder de la AC”⁴⁶².

La “depuración” había sido una condición del Bureau Sudamericano para comenzar a evaluar el reconocimiento de la Agrupación o Asociación Comunista como parte de la IC. Con la purga, los dirigentes “pequeñoburgueses” fueron pasados a categoría de simples simpatizantes, pero la tensión en la reunión en la que se tomó la decisión impuesta por la IC llegó a tal grado que el propio Waldo Álvarez resolvió pasar también a la categoría de simpatizante en solidaridad con sus amigos. Carlos Mendoza y J. Saavedra –más tarde enviado a Moscú– creían en ese momento ser personas de confianza de la IC.

Una carta fechada el 25 de enero de 1932, despachada en Buenos Aires y firmada en nombre del Bureau, clarifica algunas de las exigencias de la IC para avanzar en el trabajo en Bolivia; además de la purga, con la que se sentían satisfechos, los cominternistas demandaban una expansión del partido hacia la clase obrera. Vale la pena citarlo in extenso:

Nos satisface que nuestro grupo haya iniciado el proceso de depuración [...] Hallamos inadmisibles que en la dirección del futuro PC puedan encontrarse redactores de la prensa burguesa. Es claro que tales elementos no pueden estar en el partido y menos en la dirección. Ustedes deben realizar los mayores esfuerzos para atraer obreros revolucionarios como adherentes a nuestro grupo, con lo que la composición social de este se transformará de un grupo pequeño burgués en un grupo obrero de verdad, en el cual los mejores y honestos intelectuales deben constituir una pequeña minoría y los obreros deben ser la verdadera dirección. Después de la salida de J.A. Arce [sic], José Cuadros, Moisés Álvarez, Waldo Álvarez y [¿Hernando?] Lara es necesario continuar la discusión sobre las tareas próximas y someter a los militantes que queden, sobre todo a los intelectuales, a pruebas muy serias [...] Las palabras son fáciles y la formal aprobación y acuerdo con la línea del Bureau no nos impresionan mucho. Todo depende de la actividad, de la política de conjunto que adoptéis en todas las luchas, de la política frente a las diversas cuestiones y problemas. [...] Sólo en estas circunstancias podremos apoyarnos en vosotros y reconocer al grupo en La Paz como PC, como sección de la IC. Creemos que, ya ahora, con el comienzo de vuestra separación de esos cinco elementos, sería todavía

⁴⁶² Schelchkov, *El laberinto boliviano...*, ob. cit., p. 20.

prematureo el reconocimiento. De vuestro trabajo en los próximos meses dependerá. Trataremos entonces, también [de] prestaros alguna ayuda⁴⁶³.

La misiva insistía con la necesidad de dirigirse a los obreros anarquistas y en la lucha contra sus dirigentes para ganarlos a la causa comunista. El hecho de que la exigencia para ser reconocidos fuera “ganar 40 o 50 obreros” mostraba la debilidad en la que se encontraban los comunistas andinos⁴⁶⁴.

En una “Carta de nuestro amigo comunista en Bolivia” (5/5/1932), en la que se informaba acerca de la situación boliviana y las actividades del grupo comunista, se señalaba que la AC contaba con unos 30 militantes, de los cuales sólo unos 15 desarrollaban actividades efectivas. Para esa fecha, el informante decía que “los peruanos Ilo y Negri ya no están aquí. Al primero lo había echado la policía y el segundo se había ido a Chile”⁴⁶⁵. Con tono duro, el “amigo que trabaja en Bolivia” informa que el grupo comunista se compone mayoritariamente de artesanos, “la mayoría gente muy cómoda y miedosa”. Imaginando un terrorismo que hasta el momento no existe, el grupo se colocó en una estricta ilegalidad, y, además, carece de cualquier vínculo con los indios y con elementos en otras regiones fuera de La Paz. El informe sobre Carlos Mendoza, a la cabeza de la AC, es claramente negativo: “Además de lo que yo conocía de Mendoza –prosigue el informante– varios compañeros de base lo acusan de que no se preocupaba en desarrollar la organización y de ser muy poco activo”⁴⁶⁶.

Este tipo de acusaciones tienen una funcionalidad: la IC consideraba que las condiciones en Bolivia eran favorables para formar un partido y que la situación era “objetivamente revolucionaria”, por lo cual debían justificar las enormes dificultades para lograr avances concretos entre las masas obreras e indígenas y los fracasos eran achacados a debilidades personales; es más, acusaban a Mendoza de seguir ligado a la CROP, que más que una organización sólo consistía en algunos grupos más o menos vinculados a Arze. Por ello, el objetivo era el reemplazo de Mendoza, a quien, de momento, sin embargo necesitaban: “A mi llegada, Mendoza era una especie de caudillo y todo el grupo [la AC] estaba en sus manos. Se resiste bastante a darme las

⁴⁶³ Российский государственный архив социально-политической истории (Archivo estatal ruso de historia sociopolítica- RGASPI, por sus siglas en ruso), Fondo 495, legajo 122, N° 2, F. 17 (Agradezco a Andrey Schelchkov, por el aporte del material de los archivos rusos).

⁴⁶⁴ *Idem.*

⁴⁶⁵ RGASPI, Fondo 495, legajo 122, N°4, F. 1-3.

⁴⁶⁶ *Idem.*

direcciones de los compañeros de otras regiones”, por lo que es necesario “desplazar completamente a Mendoza pero con habilidad”.

Con la finalidad de reclutar obreros, la AC participó el 1º de mayo de 1932 (ya bajo el signo de la guerra) con tres oradores, uno de ellos aymara parlante, y distribuyó un manifiesto, pese a la dificultad para encontrar imprentas dispuestas a imprimir esos materiales subversivos. Uno de ellos se tituló: “Contra la masacre de los indios y contra el robo de sus tierras. Contra los encarcelamientos de soldados. A los obreros, indios, empleados y artesanos”. En otro denunciaba la Ley de Defensa Social y el peligro de la guerra imperialista, frente a lo cual convocaba:

Obreros, indios, empleados, artesanos, y estudiantes pobres: sólo es posible salir de la situación en la que nos encontramos con la organización de un fuerte Partido Comunista y sindicatos revolucionarios, y luchar con energía por nuestras reivindicaciones inmediatas: por mayores salarios, por una subvención a los desocupados, por la jornada de 7 horas de trabajo, etc. uniendo la lucha por estas reivindicaciones a la lucha por la liberación completa de los indios, su independencia y su derecho a gobernarse como pueblo; lucha por la Revolución Agraria y por el Gobierno Obrero-Campesino. [...] Ingresad a la Agrupación Comunista. LA LIBERACIÓN DE LOS TRABAJADORES SERÁ OBRA DE ELLOS MISMOS⁴⁶⁷

Ya en la carta del Bureau a su contacto en La Paz, el tema de la guerra se vuelve urgente junto a la escalada bélica entre Bolivia y Paraguay. Eso no impide que se siga insistiendo en la necesidad de reemplazar a Mendoza en la dirección del grupo y sobre todo en la “inevitabilidad” de la lucha contra la CROP. Para el firmante de la carta (Lop) la CROP es una organización pequeñoburguesa que menosprecia al proletariado, que lucha contra la formación de un partido de clase en Bolivia, que está en contra de la plena liberación de las masas indígenas y que emplea métodos de conspiración burgueses y no se basa en la lucha de las masas. Es más, la CROP sería uno de los más grandes obstáculos para la construcción del partido comunista boliviano, por lo cual, es necesario separar de la CROP a “los mejores obreros” y a los “elementos pequeñoburgueses que vacilen todavía y que no están definitivamente podridos”. El verdadero objetivo de la CROP es formar el APRA boliviano y frente a tal desafío, “la falla de nuestros amigos peruanos [Ilo y Negri] consistió en que ellos se han ocupado

⁴⁶⁷ “A todos los obreros, empleados, artesanos e indios campesinos. A todos los explotados y oprimidos del país”, panfleto de la Agrupación Comunista, mayo de 1932 (mayúsculas en el original).

demasiado de la conducta familiar y de pequeñas cosas de algunos elementos, sin aclarar el contenido político de esta lucha y sin elevar de tal modo el nivel político de nuestros núcleos formados”⁴⁶⁸. La llave de la situación estaba, empero, en ganar a los obreros anarquistas, “los mejores elementos” de la clase trabajadora boliviana.

Los intercambios de correspondencia continuaron, pero la estrategia cominternista chocaba con una clase obrera que hacía política desde los sindicatos, y en la cual la dura estrategia organizativa soviética no lograba penetrar. El 28 de mayo de 1932, el informante desde Bolivia confiesa que

Nuestro trabajo va progresando aunque no con la rapidez que deseamos. El reclutamiento de nuevos miembros, debido a la pasividad de los viejos elementos, ha quedado en una cifra inferior a la que habíamos planeado, si bien hemos conquistado nuevos miembros, en su casi totalidad obreros y con ligazones con los indios. Los elementos podridos que componían nuestra agrupación ante la necesidad de ponerse en actividad nos abandonan y hasta sabotean nuestro trabajo⁴⁶⁹.

Entretanto, seguía acechante el fantasma de la CROP. La carta denuncia que mientras dice ser comunista, Moisés Álvarez pertenece, en verdad, a la agrupación de Arze. La red de Arze es casi omnipresente:

La CROP continúa con su tentativa de organizar un partido ‘comunista nacional’ independiente de la IC, en los móviles más o menos del APRA. Las maniobras de esos elementos son bastante dañosas para nuestro trabajo, pues dada la mala composición social e ideológica de los grupos que se dicen nuestros en las ciudades de Oruro, Potosí y Cochabamba, los cropistas podrán obtener allí algunos adeptos. Entretanto, nosotros, al mismo tiempo que combatimos a Arce [sic] como caudillo del cropismo, tratamos de arrancarle todos los elementos aprovechables⁴⁷⁰.

Uno de los éxitos que menciona el informe es la incorporación de un “compañero indio aymará” al comité dirigente. “Políticamente es débil y tiene muchos prejuicios anarquistas, con cuya gente está bastante ligado, pero según me consta y mismo por su trabajo, muestra ser el compañero que está más relacionado con los indios. Nosotros

⁴⁶⁸ RGASPI, Fondo 495, legajo 122, N°4, F. 5.

⁴⁶⁹ RGASPI, Fondo 495, legajo 122, N°4, F. 7-8. Menciona especialmente a Saavedra, que a su regreso de Moscú (del V Congreso del Profintern) se habría vinculado a la CROP.

⁴⁷⁰ *Idem.*

controlamos su trabajo, constantemente le enviamos a las comunidades próximas de aquí con nuestra propaganda y nuestra línea”⁴⁷¹.

El estallido de la guerra del Chaco terminará de abortar este intento de construir una organización comunista fiel a Moscú. No obstante, una carta firmada por Díaz (del Bureau Sudamericano) llama a poner el énfasis organizativo y agitativo en las conferencias antiguerreras junto a las celebraciones por el XV aniversario de la Revolución de Octubre: “la propaganda por la URSS debe hacerse ahora en mayor escala y en forma mucho más amplia” debido a los peligros de una “guerra imperialista” contra la patria del soviét⁴⁷².

Sin embargo, la estrategia desplegada en Bolivia no dio sus frutos y el interés de la IC se concentró en la resistencia contra la guerra desde el exterior. Aunque se trata de historia contrafáctica, es posible que la animadversión de Moscú frente a Arze, uno de los jóvenes marxistas más formado de Bolivia, haya contribuido a ese fracaso. Y habrá que esperar hasta 1950 para ver la fundación del PCB, afiliado al Kominform, que reemplazó a la ya disuelta Tercera Internacional.

Entre la ortodoxia y el librepensamiento

José Antonio Arze fue una figura singular de la izquierda boliviana. Erudito al extremo, manejaba varios idiomas, incluyendo el inglés y el esperanto, y fue uno de los fundadores de la sociología boliviana. Careció, evidentemente, del “exotismo” de figuras como Tristán Marof, desde su aspecto físico hasta la forma de polemizar y escribir. Era, en muchos sentidos, primero un académico y después un político, lo que claramente no encajaba en los parámetros de la Tercera Internacional. Ese orden de prioridades produjo un curioso resultado: mientras Arze era un estalinista convencido podía recomendar como bibliografía textos de León Trotsky, como *La revolución traicionada*, en plena furia de Stalin contra los seguidores del “compañero de Lenin”⁴⁷³, simplemente porque consideraba que había que leer, discutir y tomar posición a partir de una variedad amplia de elementos. Aunque provenía de una familia tradicional cochabambina (ya sin grandes fortunas), Arze se jactaba no sólo de no haber sufrido la influencia de la “ideología pequeñoburguesa” de su familia sino, por el contrario, de

⁴⁷¹ *Idem.*

⁴⁷² RGASPI, Fondo 495, legajo 122, N°4, F 9.

⁴⁷³ *Cfr.*, por ejemplo, Frente de Izquierda Boliviano (FIB), *¡Hacia la unidad de las izquierdas bolivianas!*, Santiago de Chile, Talleres Gráficos “Gutenberg”, 1939.

haber convertido a su madre y a sus hermanos a las ideas comunistas “que las exteriorizan en forma discreta, para defenderse de un ambiente tan reaccionario como es el de Bolivia”⁴⁷⁴.

En octubre de 1933, ya en su exilio peruano durante la guerra del Chaco, Arze escribirá la ya mencionada carta a la IC en un desesperado intento de obtener la rehabilitación. No sabemos si la misiva fue efectivamente enviada puesto que sólo contamos con la copia de Arze, pero en cualquier caso es un inestimable documento acerca de los desencuentros entre uno de los comunistas más entusiastas de Bolivia y la Tercera Internacional. No dejaba de ser paradójico que, mientras rechazaba a Arze, la IC intentara tozudamente –como mostró Schelchkov– atraer a sus filas al “trotskista” Marof a quien sus vínculos con Rolland y otros “grandes” de Europa –junto a sus lazos con el movimiento obrero– lo volvían una figura apetecible para la IC, ya que podrían presentar su conversión al comunismo moscovita como la constatación de los avances de este en Bolivia⁴⁷⁵.

En la carta citada, el joven Arze hace un recorrido por su trayectoria militante y académica, la fundación de la CROP, sus dos viajes a Montevideo (1929 y 1931), su exilio en Lima, y la situación “insoportable” que le generaba el rechazo de la IC.

Aunque gran parte del texto es autojustificativo o genéricamente autocrítico, Arze se permite plantear discrepancias con la línea de la IC, lo que posiblemente, tratándose de un joven de 29 años “recién cumplidos” al momento de escribir la carta, no cayera bien en el Secretariado. Son dos los temas en los que se explaya en su disenso: uno está referido a la negación de “autonomía seccional a los comunistas de Bolivia, a título de que todavía necesitan la tutela de un país vecino [se refiere a Perú]”. Lo único que se consigue con ello, prosigue Arze, es “retardar el movimiento de nuestra causa, a favor de la reacción. Porque se presentaría –como se ha presentado ya– el fenómeno de una justificada resistencia a hacer el simple papel pasivo de ejecutar directivas impartidas desde capitales inevitablemente desvinculadas de las necesidades de la lucha nacional”⁴⁷⁶. Finalmente, previendo la respuesta, se justifica preventivamente desligándose de todo nacionalismo: “No veo que en esto haya ‘patrioterismo pequeño burgués’ como objetaron unos camaradas comunistas peruanos

⁴⁷⁴ Arze, “Al secretariado de la Internacional Comunista...”, *ob. cit.*, p. 2.

⁴⁷⁵ Schelchkov, “En los umbrales del socialismo boliviano...”, *ob. cit.*

⁴⁷⁶ Arze, “Al Secretariado de la Internacional Comunista...”, *ob. cit.*, p. 11.

en La Paz”⁴⁷⁷. No obstante, Arze no proponía la autonomía absoluta, sino como ya señalamos, la confederación de partidos, pero en condiciones de igualdad y sin tutelaje hacia Bolivia. “Yo no quiero poner en duda la sinceridad comunista [de Ilo y Negri] – dice, no sin cierta sorna– pero mientras en Montevideo guardaban tantas reservas sobre Cuadros y sobre mí por ser intelectuales procedentes de la ‘pequeña burguesía’ se les daba carta blanca a aquellos para intrigar a sus anchas en Bolivia”⁴⁷⁸.

La discrepancia mayor de Arze respecto a las directivas del Comintern abarcaban, empero, un problema que, como vimos, era presentado como neurálgico en la lucha revolucionaria continental: el derecho a los indígenas a separarse de los estados nacionales. Aunque algunas visiones poscoloniales retrospectivas en Bolivia tienden a pensar que los comunistas siempre despreciaron la cuestión étnico-racial, esta ocupó un rol de primer orden en los primeros años treinta. Que esas estrategias pecaban de esquematismo y tenían pocos vínculos con los indígenas realmente existentes (más en Bolivia que en otros países como Ecuador, donde los comunistas efectivamente organizaron sindicatos agrarios indígenas) parece evidente al leer los textos, pero lo cierto es que la necesidad de *ir hacia el campo* era una de las consignas del “tercer período”. En ese marco, Arze se permitió discrepar abiertamente con la consigna de poner en pie “repúblicas aymaras y quechuas” y consideró que esa estrategia “incurre en el defecto [...] de sobreestimar el valor de dichos grupos étnicos en el proceso de lucha revolucionaria”⁴⁷⁹. Su visión era, ciertamente, tributaria de los análisis positivistas de la época, que veían en esos pueblos alguna vez heroicos, grupos racialmente agotados debido a la explotación de siglos. Aunque demográficamente mayoritarios, aymaras y quechuas son siervos feudales y “como lo eran los Mujiks [bajo el zarismo], son ignorantes y son humildes con sus explotadores”. De este modo, se trata de razas explotadas pero al mismo tiempo degeneradas, cuyo rencor hacia el “blanco” estalla cada tanto en cruentas rebeliones reprimidas a sangre y fuego. No obstante, Arze va un poco más allá. Considera que la consigna de creación de repúblicas quechuas y aymaras termina siendo tributaria de una corriente indigenista que tras la revolución rusa ha desarrollado un movimiento de retrospectiva simpatía hacia el comunismo incaico. Pero para Arze este “comunismo” poco tiene que ver con el comunismo moderno, y se basaba en un orden semifeudal en beneficio de “los intereses dinásticos-teocráticos del

⁴⁷⁷ *Idem.*

⁴⁷⁸ *Ibidem*, p. 25.

⁴⁷⁹ *Ibidem*, p. 10.

Inca y su Nobleza”⁴⁸⁰. “Claro que dicho régimen era más humano que los regímenes colonial y semicolonial que le han sucedido en América Latina, mas esto no es suficientemente decisivo para inclinarnos en el sentido de su restauración”⁴⁸¹. Ello sería, en definitiva, una utopía reaccionaria. Además, desde el punto de vista táctico, la estrategia indigenista (a esta altura ya había mezclado al indigenismo con la teoría de las nacionalidades leninista) sobreestimaría en exceso el valor de la lucha de razas, ya que los indígenas no tienen una pertenencia homogénea desde el punto de vista social y clasista. No es difícil imaginar cómo habrá caído el remate de este razonamiento en caso de que la carta efectivamente haya llegado a manos de la *nomenklatura* de la Internacional Comunista.

En suma –concluye Arze– confiar en que los indios serán capaces de formar la base principal de la acción de los PP.CC. en esta parte de América Latina creo que es incurrir en un espejismo análogo al del Partido Populista Ruso, que creía ver en el *mir* (similar al ayllu aymaro-quechua) la base sólida de una revolución agraria y que creía contar con el socialismo ‘instintivo’ que suponía los mujiks ligados a esa forma de propiedad, para instaurar en la Rusia zarista un régimen social y político socialista [...] Las críticas de Lenin a semejante manera de enfocar el problema, tan conocidas por los camaradas dirigentes de la I.C., me eximen del trabajo de ahondar en el análisis de esta desviación marxista ⁴⁸².

Conclusión: “Todo lo que haya podido informarse respecto a resultados de agitación de los PP.CC. del Ecuador, Perú y Bolivia entre las masas indígenas no pasa de ser un delirio del optimismo o una interesada leyenda”.

En la carta a la IC en Moscú, Arze avanza también en una reivindicación de Cuadros Quiroga, que por entonces tenía 24 años y ya había sido Secretario de Relaciones Exteriores del Comité Central de la Federación Universitaria Boliviana. Había participado, además, en el Congreso Iberoamericano de Estudiantes en México, en 1930, donde “presentó una tesis de carácter marxista que, como es de suponer, fue rechazada por los elementos pequeñoburgueses que formaban la mayoría de esa

⁴⁸⁰ Cfr. José Antonio Arze, *Sociografía del inkario ¿Fue socialista o comunista el imperio inkaiko?*, La Paz, Librería editorial “Juventud”, [1952] 1981. Los primeros estudios que dieron origen al libro se ubican en los años treinta.

⁴⁸¹ Arze, “Al Secretariado de la Internacional Comunista”, *ob. cit.*, p. 12.

⁴⁸² *Ibidem*, p. 13.

conferencia”⁴⁸³. El problema –vuelve a cuestionar– es que “la política suspicaz a outrance [sic] [de la IC contra los intelectuales] ciegamente subestima los sacrificios revolucionarios” y se traduce en “el cultivo de una especie de fobia contra el intelectualismo en general” en detrimento de las aún pequeñas fuerzas de los grupos revolucionarios⁴⁸⁴.

“¿No es ciertamente desesperante una situación tan equívoca?”, pregunta Arze en la parte conclusiva de su carta referente a su situación de “excomulgado”, esperando contar con el apoyo de los soviéticos frente a las injusticias que se habrían cometido en Montevideo. Se anima, incluso, a solicitar ayuda material y moral de los Soviets para que Cuadros y él pudieran viajar a Moscú –donde se proponían trabajar– para satisfacer el “deseo vehementísimo” de “conocer personalmente el grandioso laboratorio de la edificación socialista”. Este deseo de viajar a la URSS lo acompañará durante toda su vida y su fidelidad ideológica al estalinismo no impidió que cuando lo intentó estando en Europa (en 1948 y en los años cincuenta) no consiguiera los visados para llegar a la meca revolucionaria⁴⁸⁵. Esa adhesión a Stalin y su obra quedó plasmada en el obituario que Arze escribió al momento del fallecimiento del “Hombre de acero” en 1953, donde lo considera “la más grande de las figuras de la humanidad”⁴⁸⁶. Allí se pregunta si no resulta irónico el título del libro de Trotsky (*Stalin, el gran organizador de derrotas*) después del “arponazo mortal al Monstruo Pardo de Hitler y Mussolini” y concluye que “Stalin ha pasado, pues, a poblar el Olimpo de los cuatro Inmortales Gigantes del Socialismo [con Marx, Engels y Lenin]”⁴⁸⁷.

Quizás los desencuentros de Arze con el comunismo soviético se debieran a que hizo sus primeros pasos en una coyuntura particular: el “tercer período”, de exacerbación obrerista de los partidos comunistas. Pero, probablemente, haya una razón más profunda: José Antonio Arze combinó una fuerte ortodoxia ideológica con una gran apertura intelectual. Apertura que lo llevó, por ejemplo, a escribir un sentido obituario a José Aguirre Gainsborg, líder socialista muerto a los veintinueve años al caer de una

⁴⁸³ *Ibidem*, p. 28.

⁴⁸⁴ *Ibidem*, p. 30.

⁴⁸⁵ Algunas especulaciones –como las del español Francisco Lluch– vinculan esos viajes frustrados a discrepancias de Arze en París con el líder comunista francés Jacques Duclos y a la supuesta adhesión del boliviano a la disidencia de Earl Browder en el PC de EE.UU., país donde Arze daba clases de sociología. (José Roberto Arze, *Javier Galindo Cuento: testigo de la historia*, Druck Industrias Gráficas, La Paz, 2010, pp. 26-27).

⁴⁸⁶ José Antonio Arze, “Stalin: un muerto inmortal”, *La Nación*, La Paz, 8/3/1953, reproducido en: José Antonio Arze, *Polémica sobre marxismo y otros ensayos afines* (preparación, prólogo y notas de José Roberto Arze), La Paz, Ediciones Roalva, 1980.

⁴⁸⁷ *Ibidem*, p. 188.

rueda de Chicago en un parque de diversiones de La Paz. En su emotivo homenaje desde Chile, Arze destacó que “más que simple promesa [Aguirre Gainsborg] era ya un efectivo valor en las filas de avanzada de Bolivia”⁴⁸⁸; todo ello sin importarle que Aguirre Gainsborg fuera un entusiasta seguidor del “renegado” Trotsky, en un momento de furiosa batalla estalinista contra sus partidarios (ya en la etapa de los frentes populares que había sucedido a la de *clase contra clase*). Dos años después, el propio Trotsky sería asesinado en México por Ramón Mercader, en una operación de grandes proporciones organizada desde Moscú. Sea como fuere, Arze no encajó en los parámetros de la Internacional Comunista, un aspecto que, a menudo, quedó obturado detrás de su cerrada defensa del modelo soviético y de sus fundadores, su marxismo “cientificista” y su seguimiento ideológico a las posiciones de Moscú, lo que lo llevó a caracterizar como nazi-fascista al régimen nacionalista de Gualberto Villarroel (1943-1946) y a unas alianzas con “la rosca” que hipotecaron su futuro político y el del PIR.

Tristán Marof: un programa para la revolución desde un marxismo indianista

Mientras el marxismo cominternista se encontraba envuelto en los infructuosos esfuerzos por poner en pie un “verdadero” Partido Comunista en Bolivia, en medio de las ya descritas disputas internas –y la obsesión por las purgas y depuraciones– en grupos que apenas aglutinaban a unas pocas decenas de adherentes, algunos “exiliados románticos” –entre los cuales sobresalía Tristán Marof– realizaban algunos esfuerzos por adaptar la teoría marxista a las condiciones bolivianas. En efecto, una vez publicados los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, por José Carlos Mariátegui en 1928, esta idea de que la realidad nacional, especialmente en los abigarrados países andinos, llamaba a repensar algunos aspectos del marxismo, había atraído a algunos socialistas continentales (mientras que, como vimos, exasperaba al ítalo-argentino Codovilla). En esta clave mariateguiana, la voluntad y el mito, fuentes que llegaron del vitalismo y de revisiones antimaterialistas del marxismo, como la de George Sorel, se contraponían al marxismo de matriz soviética⁴⁸⁹. Pero, además, los *Siete ensayos* permitían pensar el problema indio como el problema de la tierra, lo cual habilitaba una superación del indianismo romántico/literario que en la primera parte del

⁴⁸⁸ Arze, “A la memoria de José Aguirre Gainsborg”, en: *Escritos literarios...*, *ob. cit.*, p. 109.

⁴⁸⁹ Sobre este revisionismo soreliano, *cf.* Zeev Sternhell, Mario Sznajder y Maia Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, Siglo Veintiuno, Madrid, 1994, especialmente pp. 47-113.

siglo XX había derivado en una serie de novelas indigenistas y que en los treinta llegaría a su plenitud⁴⁹⁰. Ya no se trataba de una *raza de bronce* tan milenaria como degradada –y por consiguiente inepta para el ejercicio de la ciudadanía–, sino de pensar a los indios como actores sociales y sujetos del cambio revolucionario. En ese marco, las diferencias con la IC –Mariátegui era parte de ella– no remitían a la necesidad de ir en busca de los indios como condición de posibilidad de la revolución –por el contrario, el Bureau Sudamericano venía insistiendo denodadamente en ello– sino a la forma de incorporar la historia precolombina y construir mitos movilizadores entre los indígenas, tendientes a la unidad de las clases oprimidas. Incluso a menudo el problema no eran tanto las divergencias ideológicas como la resistencia a aceptar de manera indiscutida formas organizativas y tácticas que llegaban desde Moscú, mediadas por el Partido Comunista argentino a través del Bureau Sudamericano, como la cuestión de rebautizar a los partidos como comunistas sin preocuparse por los problemas que ello creaba en contextos represivos donde el nombre de comunista volvía a esas organizaciones blanco de todo tipo de ataques y leyes proscriptivas especiales.

Si en Bolivia hay que encontrar un correlato de Mariátegui, ese es –salvando las enormes distancias– Tristán Marof, quien a mediados de la década de 1930 se encontraba exiliado en Córdoba. A diferencia del joven Arze, Marof era, además, una referencia internacional, “avalada” por su amistad con figuras de renombre como Romain Rolland y Henri Barbusse, lo cual generó, como mencionamos, un interés de la IC por integrarlo a sus filas pese a sus simpatías por León Trotsky, sus ideas a veces heterodoxas y su personalidad poco amoldada al modelo de militancia comunista gris promovida por la cultura comunista oficial⁴⁹¹.

Por esos años, ya iniciada la guerra del Chaco, los comunistas, que abrazaron la causa del pacifismo y del derrotismo, eran sinónimo de meros traidores a la patria que sólo merecían la cárcel o el exilio. A diferencia de los nacionalistas, que aunque consideraban a la contienda un producto de la competencia entre el imperialismo británico y el norteamericano fueron al frente de batalla a poner el cuerpo por Bolivia, los derrotistas buscaban transformar la guerra del Chaco en guerra civil, y terminaron presos o exiliados. Ese fue el caso, también, del comunista boliviano con pseudónimo búlgaro, quién ya estaba exiliado en Argentina, desde donde desarrollará una enérgica campaña antiguerra.

⁴⁹⁰ Antonio Cornejo Polar, *La novela indigenista*, Lima, Lasontay, 1980.

⁴⁹¹ Schelchkov, “En los umbrales del socialismo boliviano...”, *ob. cit.*

Fue en esa provincia mediterránea, también, donde Marof terminó de dar forma al libro que sintetiza el programa de la revolución boliviana –programa que, dicho sea de paso, sigue vigente hasta hoy en día y marcó todos los procesos revolucionarios desde los años treinta–. Retomando sus puntos de vista ya publicados en el más breve *La justicia del Inca*⁴⁹², Marof concluye una de sus principales obras: *La tragedia del Altiplano*, donde su consigna “Minas al Estado, tierras al indio” –lanzada en el libro de 1926– era ahora desarrollada como un tratado de interpretación de una Bolivia que se desangraba en las trincheras del Chaco⁴⁹³. Se trataba, en efecto, de un análisis sociopolítico bien informado acerca de las causas del atraso nacional, además de las características culturales y las posibilidades de transformación de Bolivia. Para Marof – en una clara respuesta al moralismo psicologicista arguediano (con influencias evidentes del positivismo leboniano)– si el pueblo estaba *enfermo* era por la opresión económica y social derivada de un régimen feudal-burgués basado en la explotación del indio en la hacienda y del obrero en la mina, en beneficio de la casta criolla mestiza y del imperialismo. Si en Bolivia no surgieron “grandes cerebros” como en otras naciones del continente, era por las mismas razones, no por *taras* inherentes a la nacionalidad⁴⁹⁴.

En la línea de otros estudios de época, Marof enfoca el análisis de la realidad boliviana separando las condiciones sociales en las que vive el indio, el cholo y el blanco. Mientras este último dio forma a la feudalburguesía, los mestizos formaban parte de una suerte de “gleba electoral” al servicio de los blancos y los indios eran un equivalente de los intocables de la India. En una línea interpretativa que mostraba puntos de contacto con la que vimos en *Arte y Trabajo*, Marof ensayaba un análisis en el que los artesanos resultaban políticamente inconsecuentes, pequeñoburgueses “prendidos siempre de la cola de latifundistas y patronos mineros”, además de los doctores que arrean –y sobornan– a la plebe en función de sus luchas intestinas por el poder, anudando ese trágico vínculo caudillo/artesano que daba cuenta de los males de la nación⁴⁹⁵.

⁴⁹² Tristán Marof, *La justicia del Inca*, Bruselas, Librería Falk Fils, 1926. En el libro, recupera la máxima incaica *Ama sua, ama lulla, Ama Keella* [sic]: no robes, no mientas, no seas perezoso, y asocia la “idea comunista” con el incario.

⁴⁹³ El texto comienza: “Este es un libro político. Escrito a comienzos de este año, rectificado luego, siguiendo el ritmo terrible de la guerra del Chaco, el drama boliviano, tan sombrío y trágico, aparecerá en estas páginas escritas nerviosamente con pasión y con dolor [...] Mi vida tiene un objeto: la revolución proletaria” (Tristán Marof, “Prólogo”, en *La tragedia del Altiplano*, Buenos Aires, Claridad, 1935).

⁴⁹⁴ *Ibidem*, p. 13. Las enemistades entre Arguedas y Marof no se limitaron a la actividad intelectual, y se plasmaron en una sucesión de agravios –y desprecios mutuos–, como puede verse en el *Diario íntimo* ya referido del primero. Sobre la visión de Arguedas, *cfr. Pueblo enfermo...*, *ob. cit.*

⁴⁹⁵ Marof, *La tragedia...*, *ob. cit.*, pp. 27-28.

Pero *La tragedia del Altiplano* es también un alegato contra el indigenismo literario. Al indio, según Marof, se le ha quitado todo, desde sus tierras hasta su mentalidad⁴⁹⁶. Frente a ello, unos patrones “que piensan con cerebro del medioevo y que proceden sin ninguna hipocresía en sus fundos”, cuando se encuentran en la ciudad y participan de actos públicos, por el contrario y de manera descarada, “rivalizan en la expresión de un lenguaje conmovedor de libertad, humanidad y fraternidad. Así dicen: ‘hay que civilizar al indio’”. Marof avanza en el “desenmascaramiento” de estos escritores de la élite cuyos privilegios nunca parecen puestos en cuestión:

Es un tema literario defender al indio, condolerse de su miseria y bordar sobre su miseria artículos, poemas y libros. Pero ninguno de esos sentimentales ha ido aún a la campaña y ha predicado la insurrección, mezclando su sangre por la libertad de los indios. Ningún patrón sentimental y católico, a pesar de que el evangelio prohíbe la explotación, ha permitido que sus indios aprendan a leer y menos se organicen para defender sus derechos. Ningún militar ha puesto su espada y ha luchado por ellos, menos se negó cuando le exigieron que masacrara a los indios. Y cuando alguna vez se quisieron fundar escuelas de tipo socialista, los diarios conservadores, junto a los patrones, elevaron sus airadas protestas ante las autoridades. No deja de ser un falso sentimentalismo, explotado por todos, inclusive por los curas, los pastores de la iglesia evangélica y las ilustres damas⁴⁹⁷.

Para Marof, el problema indio transita por otros carriles, alejados del indigenismo literario pero también de los planteamientos puramente pedagógicos que reclamaban “educar al indio”: “Lo que le interesa al indio no es su instrucción, sino su libertad inmediata, vale decir, su independencia económica, la ruptura de su sumisión con el patrón, la revalidación de sus condiciones de hombre”. Y continúa:

Mariátegui –amigo leal y sincero de los indios como que era proletario– tuvo mucha razón al escribir que el asunto no era de libro ni de discurso sino de distribución de tierras. El indio con tierra, libertad y organizado, podría darse la instrucción y educación que le plazca, sin recibir favor de nadie ni estar sujeto a la vejatoria filantropía social⁴⁹⁸.

⁴⁹⁶ *Ibidem*, p. 42.

⁴⁹⁷ *Ibidem*, pp. 45-46.

⁴⁹⁸ *Ibidem*, p. 46. Marof conoció a Mariátegui, ya enfermo, en Lima, encuentro que dejó plasmado en un emotivo texto: “El abrazo a José Carlos Mariátegui”, *América Libre*, N° 3, agosto-septiembre 1935,

Las condiciones de tal explotación ya habían sido denunciadas por el grupo Revolucionario Tupac Katari, organizado por Marof desde Córdoba. Para el exiliado boliviano, la liberación del indio –y las posibilidades de conseguir aliados entre otros grupos étnico-sociales– dependía de dos cosas: de su firme deseo de organizarse para la insurrección y de la descomposición de la clase dirigente, ya incapaz de tenerse en pie. Para evitar que fracciones de las clases dominantes se aprovecharan de los indios en sus luchas intestinas, como ya ocurriera muchas veces (ahí estaba La Guerra Federal), resultaba imprescindible la estructuración de una “vanguardia indígena”. “El deber de los revolucionarios es crear esa vanguardia [de los indígenas], vincularlos a los mineros y los estudiantes; hablarles en su idioma y ponerles en el corazón un profundo y orgulloso sentimiento de clase”⁴⁹⁹.

Al igual que Mariátegui, Marof estaba lejos de proponer una restauración del incario, aunque sí lo admiraba “sin reservas” por unas leyes agrarias “que garantizaban la vida del último habitante de la colectividad, por su orden y sus reglamentos de trabajo”, todas cosas que la república poscolonial, con muchos más recursos y posibilidades, según Marof nunca pudo igualar. Por eso el proyecto marofista era un socialismo modernizador construido *con* los indios, que al mismo tiempo, debía incluir las lecciones de la experiencia mexicana⁵⁰⁰.

Córdoba. A su turno, Mariátegui escribió un elogioso texto sobre el boliviano: José Carlos Mariátegui, “La aventura de Tristán Marof”, *Varietades*, Lima, 3/3/1928, reproducido en *Temas de Nuestra América*, Lima, Biblioteca Amauta, 1988. “Como Waldo Frank –como tantos otros americanos entre los cuales me incluyo–, en Europa descubrió a América. Y renunció al sueldo diplomático para venir a trabajar rudamente en la obra iluminada y profética de anunciar y realizar el destino del Continente. La policía de su patria –capitaneada por un intendente escapado prematuramente de una novela posible de Tristán Marof– lo condenó al confinamiento en un rincón perdido de la montaña boliviana. Pero así como no se confina jamás una idea, no se confina tampoco a un espíritu expansivo e incoercible como Tristán Marof. La policía pacaña podía haber encerrado a Tristán Marof en un baúl con doble llave. Como un fakir, Tristán Marof habría desaparecido del baúl, sin violentarlo ni fracturarlo, para reaparecer en la frontera, con una barba muy negra en la faz pálida. En la fuga, Tristán Marof habría siempre ganado la barba. A algunos puede interesarlos el literato; a mí me interesa más el hombre. Tiene la figura prócer, aquilina, señera, de los hombres que nacen para hacer la historia más bien que para escribirla. [...]. Lenines, Troskys, Mussolinis de mañana. Como todos ellos, Marof tiene el aire a la vez jovial y grave. Es un Don Quijote de agudo perfil profético. Es uno de esos hombres frente a los cuales no le cabe a uno la duda de que darán que hablar a la posteridad. Mira a la vida con una alegre confianza, con una robusta seguridad de conquistador (p. 125).

⁴⁹⁹ *Ibidem*, p. 53.

⁵⁰⁰ Siguiendo esta experiencia, que conoció de cerca como parte de su exilio, Marof publicó *México de frente y de perfil*, Buenos Aires, Claridad, 1934. Ese libro le valió un desencuentro con Aníbal Ponce, que había dicho que atiborrado de estadísticas en la primera parte, el texto se transformaba luego en un panfleto de mal gusto, por la terminología insultante que usaba. Marof respondió que “en un tiempo lejano yo también fui humanista y me entusiasmo Erasmo, cuando no tenía otro trabajo que cobrar mi renta diplomática. Entonces, la ironía fluía de mis labios, insignificante y ligera”. En su respuesta, llamó a Ponce a dejar de lado sus “resabios de fino esteta de tiempos de paz”, lo acusó de haber devenido un marxista ortodoxo de la revolución sólo para no quedar rezagado frente a otros intelectuales europeos, pero, al mismo tiempo lo encontraba “muy atildado, con gotas de perfume en el pañuelo y en el espíritu,

Esa experiencia mexicana influyó, probablemente, en una veta menos destacada del pensador sucreño: su mestizofilia. Lejos del rechazo al mestizaje que había predominado en las primeras dos décadas del siglo XX –y que, como veremos, aún estructuraba imaginarios y marcos interpretativos en la Bolivia de los treinta– Marof realiza una defensa de las bondades de las mezclas. Contra “el dilettante Gobineau”, Marof se apoya en experimentos realizados en esos años con cereales, así como en textos de Eugen Fischer sobre la mezcla de boers y hotentotes, para argumentar que “el cruzamiento produce individuos más fuertes” y no una combinación de lo peor de cada raza como argumentaban los mestizofóbicos. Crítico de la obra de Carlos Octavio Bunge⁵⁰¹, el intelectual socialista contraargumenta que las taras que el argentino encontró en el mulato, el zambo o el mestizo, no eran otra cosa que el resultado terrible y miserable de la situación económica y, por ello mismo, corregible con ella⁵⁰².

Todas estas discusiones sobre razas no tienen un contenido serio. En la sociedad sudamericana, como en el mundo entero, no distinguiríamos sino dos grandes clases sociales separadas por un abismo de privilegios: proletarios y burgueses. Zambos, mestizos, indios, integran el ilimitado ejército de los desposeídos. Sus taras y defectos –transitoriamente exagerados por su depauperización– son un índice de su condición miserable; no pueden ser el resultado de su progenie o de su estigma⁵⁰³.

Para Marof, la política de dominación de la feudalburguesía podría resumirse en la fórmula: “al mestizo alcohol, al indio palo”⁵⁰⁴. Para encontrar virtudes en el país –y superar una chatura cultural en la que lo único que destaca son las fiestas populares– resultaba necesario, en su criterio, acabar con ese régimen opresivo, ya que los blancos son una clase sin visión.

No obstante las diferencias entre Arze y Marof, que ocupaban posiciones diferentes en el mapa de la izquierda marxista boliviana (y tenían personalidades muy disímiles), ambos coincidirán en el rechazo frontal a la guerra del Chaco, y en el

sin perder sus habituales costumbres de burgués (“Mi crítico Don Aníbal Ponce”, *Claridad*, N° 279, julio de 1934).

⁵⁰¹ *Nuestra América (Ensayo de psicología social)*, Buenos Aires, Talleres Gráficos L. J. Rosso y Cía, 1919.

⁵⁰² Marof, *La tragedia...*, *ob. cit.*, p. 63.

⁵⁰³ *Ibidem*, p. 64.

⁵⁰⁴ *Ibidem*, p. 76. En Bolivia, “el mejor elector es el alcohol”, dice un personaje en *La candidatura de Rojas*, (Armando Cirveches, *La candidatura de Rojas*, La Paz, Librería editorial “GUM”, [1909] 2010).]

antibelicismo militante (aunque las condiciones represivas en Perú impedían a Arze llevar adelante una actividad dinámica como la emprendida por Marof en la ciudad argentina de Córdoba, donde residía). Estas iniciativas antiguerreras constituyen un momento importante en la expansión del comunismo en América Latina, pero también de fuertes tensiones entre las diferentes culturas políticas de las izquierdas continentales, precisamente cuando Moscú buscaba disciplinar a sus huéspedes latinoamericanas.



José Antonio Arze. Sin fecha.
Archivo Histórico de La Paz

CAPÍTULO 5

“Guerra a la guerra”:

pacifismo, antiimperialismo y antifascismo

Ya en 1928, los enfrentamientos por el fortín Vanguardia advirtieron que la contienda entre Bolivia y Paraguay era sólo cuestión de tiempo. Aunque en ese entonces el presidente Hernando Siles evitó la guerra mediante una intensa actividad diplomática, no faltaría el presidente que en medio de la crisis del Estado oligárquico, intentara revertir las sucesivas derrotas bélicas bolivianas (Pacífico en 1879-1883; Acre en 1899-1903) y sus efectos sobre la autoestima nacional, “pisando fuerte en el Chaco”. De paso Bolivia podría acceder a una salida al Atlántico mediante un puerto en el río Paraguay y garantizar la explotación y exportación de petróleo. El ejército boliviano estaba al parecer mejor preparado y no faltó quien se ilusionó con que las fuerzas andinas plantaran bandera en Asunción. Por eso, ante los primeros conatos bélicos, la Internacional Comunista se puso en alerta, advirtiendo a los trabajadores de ambos países que esa no era su guerra. Así, podemos leer en *El trabajador latinoamericano* el siguiente llamado:

Trabajadores de Bolivia y Paraguay: la guerra que se prepara no es la vuestra, no se hará para vosotros ni en vuestro beneficio. Se trata de una lucha de dos bandos de negreros, por el reparto de los esclavos y del botín. El contenido real del litigio por la frontera del Chaco Boreal, es una prolongación de la lucha entre el imperialismo inglés y el americano, por la conquista de América Latina, y en este caso por la conquista de las riquezas que contiene aquella región. El petróleo del Chaco Boreal como las riquezas, en general, del Paraguay y de Bolivia, no os pertenecen a vosotros, sino a los imperialistas que mandan en ambos países. En la guerra que se prepara no

tenéis nada que ganar y sí mucho que perder. Si los señores capitalistas quieren la guerra, *que vayan ellos a pelear*⁵⁰⁵.

En efecto, la convicción detrás de estos análisis era que se trataba de un enfrentamiento interimperialista personalizado en los enfrentamientos de la Standard Oil y la Royal Dutch Shell. Por eso el periódico sindical proseguía: “No os dejéis engañar por los cantos de sirena de vuestras burguesías. En cada patria hay dos patrias: la de los proletarios y las de los capitalistas ¡Esas son las verdaderas fuerzas de la contienda!”⁵⁰⁶.

Esta idea de que la guerra constituía en verdad un enfrentamiento interimperialista por el petróleo va a ser compartida por las izquierdas de diverso signo, e incluso por sectores nacionalistas. En este marco, la estrategia de la Internacional Comunista fue el llamado al frente único antiguerrero y antiimperialista. Los cominternistas consideraban que “el fortalecimiento ininterrumpido del poder económico y político del proletariado ruso, bajo la directiva del plan quinquenal, al coincidir con el desquiciamiento del sistema capitalista, pone a la orden del día la necesidad de una guerra imperialista contra la Unión Soviética”⁵⁰⁷. Y la guerra boliviano-paraguaya no era más que la expresión de esas contradicciones interimperialistas del sistema capitalista a escala regional. Por eso el comité latinoamericano se vinculaba al Comité mundial contra la guerra imperialista con sede en Ámsterdam. Esa era la lectura que la IC había logrado difundir entre los partidos, movimientos y sindicatos con hegemonía comunista. Por eso, la Trade Union Unity League escribía desde Estados Unidos que

Interpretando las guerras en Latino-América como guerras por la supremacía de los imperialismos yanqui e inglés, y como una preparación para el ataque a la Unión Soviética, nos comprometemos a conducir una lucha activa contra los preparativos de guerra de EEUU y a dar pasos para detener el envío de municiones a Sudamérica, ejecutando así el pacto de solidaridad firmado en Montevideo en mayo de 1929 entre la Confederación Sindical Sudamericana y la Trade Union Unity League⁵⁰⁸.

⁵⁰⁵ *El Trabajador Latinoamericano*, N° 6-7, 30 de noviembre al 15 de diciembre de 1928 (énfasis en el original).

⁵⁰⁶ *Ibidem*, p. 8.

⁵⁰⁷ “Los problemas de la guerra en América Latina y el Congreso Anti-Guerrero de Montevideo”, *Boletín del Comité Organizador del Congreso Antigüerrero latinoamericano*, N°1, 15/12/1932, p. 1.

⁵⁰⁸ *Idem*.

Por momentos predominan visiones exististas y los comunistas consideran que “el motín naval en Chile, las sublevaciones parciales en Perú, los frecuentes casos de indisciplina colectiva en los ejércitos de Bolivia y Paraguay, y la agitación revolucionaria entre los indígenas bolivianos, disconformes con la guerra, constituyen demostraciones concretas de las amplias posibilidades que hay para una lucha efectiva de masas contra la guerra”⁵⁰⁹. En otros artículos, se insistía, por el contrario, en las dificultades de los grupos comunistas en Bolivia y Paraguay para llevar adelante la línea política de la IC y se ponía atención a las tareas de organización, agitación y movilización en combinación con las reivindicaciones de obreros, campesinos e indígenas, y la intervención entre las mujeres, los jóvenes e incluso en el seno del ejército. Frente a la alternativa de la desertión individual, los comunistas se propusieron –sin éxito– penetrar el ejército para insubordinar a la tropa y lograr la confraternización boliviano-paraguaya⁵¹⁰. No es difícil ver acá la voluntad de repetir el esquema de revolución rusa, cuando los bolcheviques armaron comités de soldados rojos con posiciones de derrotismo revolucionario durante la Primera Guerra Mundial, para transformar la guerra en revolución. Entre las actividades desarrolladas se mencionan mítines ilegales en el puerto de Rosario contra un barco inglés y otro japonés cargados con material bélico con destino a Paraguay, protestas al interior de una fábrica de tejidos que trabaja para el ejército de Paraguay, irrupción de mujeres antiguerreras argentinas en un acto de mujeres de clase alta que juntaban víveres para los paraguayos, ocupación del Capitolio Nacional en Bogotá por un millar de obreros en rechazo a la guerra imperialista, un acto frente a la embajada de Japón en la ciudad de México y mítines callejeros en Montevideo en apoyo del congreso contra la guerra.

El Congreso Antigüerrero de Montevideo (1933): los intentos fallidos de la unidad de las izquierdas

El Congreso Antigüerrero será la actividad de mayor envergadura entre las desplegadas por la IC. La comisión organizadora quedó a cargo del secretario de la CSLA, Miguel

⁵⁰⁹“Posibilidades para una lucha de masas contra la guerra en América Latina”, *Boletín del Comité Organizador del Congreso Anti-Güerrero Latinoamericano*, N°1, 15/12/1932, p. 3.

⁵¹⁰ Juan Hernández, “Debates sobre la guerra del Chaco. Anarquistas y comunistas. *Nervio y Correspondencia sudamericana*”, ponencia presentada en la IV Jornadas de Historia de las Izquierdas, [Mesa 5: Del antifascismo a la guerra fría: prensa política y revistas latinoamericanas de los ‘30 y ‘40], Buenos Aires, 14, 15, 16 de noviembre de 2007. Consulta on line 3/11/2008, disponible en <http://www.cedinci.org/jornadas/4/M5.pdf>

Contreras, la escritora Nydia Lamarque y el escritor uruguayo Bernabé Michelena, respectivamente a cargo de los comités antiguerreros en Argentina y Uruguay. El cónclave regional se inauguró el 11 de marzo (después de dos postergaciones) y se buscó darle un carácter público. Así, se levantó una tribuna frente a la Casa de los Sindicatos de Montevideo donde hablaron algunos delegados en el marco de una concentración popular. Luego, las deliberaciones se desarrollaron en el teatro Stadium hasta el 16 de marzo⁵¹¹. Fiel a los lineamientos del “tercer período”, la IC buscó darle al evento un perfil netamente obrerista. Aunque los llamados convocaban a los “millones de indios y negros oprimidos”⁵¹², ese llamado parece haber sido bastante formal. Por su lado, los intelectuales fueron una cara visible, cuya utilización de manera bastante instrumental buscaba generar una irradiación de mayor alcance en la causa antiimperialista. En ese marco, el evento fue presidido por Aníbal Ponce, pero el objetivo fue mostrar una presencia aplastante de obreros⁵¹³. *La Internacional* informa que de las 446 delegaciones, 362 delegados eran obreros industriales, 12 campesinos y jornaleros, 4 artistas, 23 intelectuales y 45 estudiantes. Notablemente, en el Presidium no había ningún boliviano y solamente un paraguayo (O. Creydt)⁵¹⁴.

El trabajo en Argentina –de donde viajaron 176 delegados⁵¹⁵– resultaba particularmente importante. Por un lado, Argentina era acusada –con evidencias– de

⁵¹¹ “Bajo la bandera del Congreso Antigüerrero”, *La Internacional*, Órgano del Partido Comunista Argentino, 13/4/1933, p. 4.

⁵¹² “Por un grande [sic] Congreso Antigüerrero”, *La Internacional*, 7/11/1932, p. 2.

⁵¹³ A fines de 1932, en ocasión de la Conferencia Estudiantil contra la Guerra en Argentina, habían publicado una adhesión firmada por Emilia Bertolé, Aníbal Ponce, Agustín Riganelli, C. Córdova Iturburu, Niceto Loizaga, Álvaro Yunque, Wladimiro Acosta, Elías Castelnuovo, D. Rizzo Baratta, Roberto Arlt, G. Facio Hebequer, Alejandro Sux, Héctor I. Eandi, José Katz, Rodolfo Ghioldi, Enrique González Tuñón, Gregorio Klimovsky, Leónidas Barletta, Héctor P. Agosti, Manuel Kirschbaum, Paulino González Alberdi, A. López Ascona (“escritor proletario”), Ricardo Setaro, Santiago Parodi (“pintor proletario”), Álvarez Terán y Carlos Moog, entre algunos más.

⁵¹⁴ Según información contenida en *La Internacional*, el Presidium quedó conformado por Aníbal Ponce (presidente del congreso organizador), Miguel Contreras (CSLA), Emilio Troise (Comité Antigüerrero de Argentina), José Peter (en representación de los obreros frigoríficos de Argentina), Marcos Kanner (Federación Obrera Marítima de Posadas), Francisco Romero (Comité de Unidad Nacional Sindical Clasista de Argentina); Florindo Moretti (oposición sindical revolucionaria de los ferroviarios), P. González Alberdi (PC Argentino); “un delegado socialista de Córdoba expulsado del partido por venir a Montevideo”, Suárez (obrero anarquista delegado de los obreros del puerto de Rosario), A. Montes (subcomité de la CSLA del Caribe); Bernabé Michelena (escultor, Comité Antigüerrero del Uruguay); José Lazarraga (diputado comunista de Uruguay); “un huelguista del Puerto de Montevideo”, Antonio Cubenelli (CGT Brasil), María Silva (obreras textiles de Brasil), P. Oliveira (Comité Marítimo Portuario Latinoamericano y oposición sindical revolucionaria de Brasil), Oscar Creydt (Comités Antigüerreros Paraguayos), Ingeniero Martínez (Comité Nacional Antigüerrero de Chile), J. Mario (delegaciones juveniles antiguerreras), Nina Flores (SRI de Chile y Comité Antigüerrero de Antofagasta), R. Barrientos, (Confederación Sindical Unitaria de México), Carlos Geisser (estudiantes antiguerreros de EE.UU.), Hodward (Federación Nacional de Marítimos de EE.UU.), Jesús Manzanelli (CE Mundial de Socorro Rojo Internacional), Juan Llorca, CSLA, y “un pioner uruguayo” (*La Internacional...*, *op. cit.*).

⁵¹⁵ “Bajo la bandera del Congreso Antigüerrero de Montevideo”, *La Internacional*, 13/4/1933, p. 4.

jugar del lado paraguayo, siguiendo el mandato de su “patrón” británico, en tanto que Buenos Aires será la sede de las futuras negociaciones de paz en las cuales el canciller Carlos Saavedra Lamas tendrá un papel de trascendencia mundial; un rol abiertamente cuestionado por los bolivianos, al igual que por el estadounidense Spruille Braden – futuro embajador en Buenos Aires–, quien en su autobiografía trata a Saavedra Lamas de ególatra, vanidoso, ambicioso, estúpido e inepto. En el citado boletín antiguerrero, pueden leerse artículos con títulos como “Jefes argentinos dirigen la guerra”, “Exploraciones de la aviación argentina”, “Armas argentinas para el Paraguay”, etc. En este marco, la cantidad de adhesiones sindicales ponen en evidencia que los partidos comunistas pusieron toda su fuerza militante al servicio de la causa antibélica⁵¹⁶, al tiempo que buscaban articular estas actividades con otras corrientes de la izquierda que fueron invitadas a Montevideo, incluso trotskistas y anarquistas.

Aunque se buscó la unidad de acción contra la guerra, pronto las tradicionales divisiones en el campo antisistémico clausurarían el proclamado frente único. Entre los disconformes estaban los anarquistas. Según *La Internacional*, estos “pidieron una hora de derecho al uso de la palabra para dos representantes de la fracción, que les fue concedido, y a su vez también a los trotskistas”⁵¹⁷. Para el diario comunista, fue la presión de los obreros anarquistas, entre ellos los “valientes militantes portuarios”, lo que llevó a participar a los libertarios, que habían criticado el evento desde revistas como *Nervio*, porque –según la prensa del PC– “esa masa anarquista revolucionaria quiere luchar contra la guerra y en defensa de la Unión Soviética”⁵¹⁸. En realidad, los anarquistas planteaban la consigna de “guerra a la guerra” más allá de quienes fueran los contendientes, mientras que los comunistas llamaban a defender a la URSS de cualquier ataque imperialista. Se trataba de una enorme discrepancia estratégica y el conflicto no tardó en estallar.

⁵¹⁶Entre otras, el boletín cita la adhesión de la Federación Obrera de Chile (FOCH), la CGT de Perú, los Comités de Unidad Sindical Clasista de Argentina y del Paraguay, las organizaciones sindicales revolucionarias de Bolivia, la Confederación General del Trabajo de Brasil, la Confederación Unitaria de México, la Confederación Nacional Obrera de Cuba, el Comité pro CGT de Colombia, el Comité organizador de la CGT de Ecuador, los petroleros de Comodoro Rivadavia, la Federación de Obreros de la Carne, la Organización de Asalariados Agrícolas de Alcorta, el sindicato de la madera (estos cuatro últimos de Argentina). Se anuncia que irán delegados campesinos de Firmat (Santa Fe) y Alta Gracia (Córdoba). Aseguran que en Moisés Ville se realizó una gran asamblea con 600 campesinos, donde se eligió como delegada a una compañera obrera del Partido Comunista (“Desde los umbrales del Congreso Anti-Guerrero”, *Boletín del Comité Organizador del Congreso Anti-Guerrero Latinoamericano*, N°4, marzo de 1933, p.1).

⁵¹⁷ *Idem.*

⁵¹⁸ *Idem.*

Según los anarquistas, cuarenta y cinco delegaciones ácratas (que incluían al mítico Simón Radowitzky) se retiraron del evento, denunciando que el mismo había sido manipulado por los estalinistas, que monopolizaron la reunión y coincidieron en una “apología interminable del bolchevismo y en un ataque incesante contra los anarquistas a los cuales también habían invitado a participar”. Estos grupos sostienen que

En medio de un público casi únicamente compuesto por vociferadores y amenazadores siguieron los discursos en los cuales se nos lanzaron los peores insultos y calumnias incalificables. Ante la evidencia de estos hechos, decidimos retirarnos de ese congreso, que después de la expulsión inmediata y vergonzosa de los representantes de la fracción trotskista, se transformó de inmediato en un simple mitín comunista, donde se atacó más a los revolucionarios no serviles y a los hombres libres, que a la guerra [...] la lucha contra la guerra pierde eficacia gracias a ese odio sistemático de cuanto no se somete a la férula dictatorial de Stalin erigido en emperador del mundo⁵¹⁹.

Los comunistas respondieron concediendo “que el Congreso cometió el grave error de dejarse arrastrar –a pesar de los propósitos formalmente expresados en contra– a una discusión doctrinaria con los representantes anarquistas, que no tuvo otra consecuencia que ahondar las disidencias con ellos”. Todo ello en lugar de ceñir “enérgicamente el debate a la coordinación de acciones concretas de lucha antiguerrera”. No obstante, acusan a los libertarios de buscar un pretexto para romper e invitan “al heroico proletariado anarquista a incorporarse al frente único antiguerrero surgido de Montevideo”⁵²⁰. Son varias las oportunidades en las que, mediante elogios a la combatividad de las bases anarquistas, los comunistas buscan introducir brechas con sus direcciones. A los socialistas, y a revistas como *Claridad* (en definitiva, parte del ominoso “socialfascismo”), los comunistas los acusaban de ser “simples aparatos de repercusión del pacifismo imperialista” que buscaban “llevar el conflicto de límites a la Liga de las Naciones”⁵²¹.

⁵¹⁹“Fracaso del congreso antiguerrero. Razones del retiro de cuarenta y cinco delegaciones” [folleto consultado en el archivo del CeDInCI]. Ver también, en el mismo archivo: “Guerra a la guerra”. Ponencia presentada al Congreso Continental Antiguerrero Latino Americano por las organizaciones libertarias que celebraron acuerdo para concurrir al mismo”.

⁵²⁰“Desde los umbrales del Congreso Anti-Guerrero latinoamericano”, *Boletín Organizador del Congreso Anti-Guerrero Latinoamericano*, N° 4, marzo de 1933.

⁵²¹“Revisando posiciones. La postura de la pequeña burguesía frente al peligro de una guerra boliviano-paraguaya”, *Correspondencia Sudamericana*, N° 8, segunda época, 30/1/1929, p. 4.

Desde el trotskismo, se sumó a las críticas la Liga Comunista Argentina, que se consideraba a sí misma como una fracción del Partido Comunista oficial. Esgrimiendo posiciones obreristas, el grupo liderado por Antonio Gallo criticará a los comunistas por entregar “a manos inseguras de escritores ‘izquierdistas’ radicales o semi-radicales, la organización del luchar antiguerrero”. Una acusación notable teniendo en cuenta que, como ya apuntamos, la IC se encontraba en la etapa de mayor sospecha y sectarismo de su historia sobre los intelectuales, aunque consideraba que, al mismo tiempo, debía usarlos para la causa. La Liga Comunista acusará al Comintern de hacer “arrastrar al proletariado tras las luminarias de salón, los parásitos intelectuales” y se pregunta: “¿Qué autoridad tienen para convocar al proletariado los González Tuñón, los Petit de Murat, y Nidia Lamarque [sic]?”⁵²².

América Libre y Flecha: Córdoba como centro del antiguerrerismo*

En la ciudad argentina de Córdoba estas actividades antibélicas encontraron un caldo de cultivo muy especial. Allí, una serie de configuraciones particulares –asociados a la existencia de antiguos reformistas universitarios y a un grupo de activos exiliados bolivianos– transformaron a esta urbe mediterránea en el escenario de un importante movimiento antibélico en el que se vincularon izquierdistas andinos como Tristán Marof y Alipio Valencia Vega (Iván Keswar)⁵²³ –e incluso el joven comunista paraguayo Oscar Creydt– con figuras como Deodoro Roca y Gregorio Bermann, que buscaban actualizar el espíritu de la gesta cordobesa del 18 en nuevas causas⁵²⁴. Todo ello amplificado por el talante progresista y proobrero del diario local *La Voz del Interior*.

⁵²² “El congreso antiguerrero de Montevideo y la Liga Comunista”, febrero de 1933. Volante consultado en el Cedinci.

* Agradezco especialmente a Martín Bergel, quien compartió generosamente conmigo sus trabajos sobre Deodoro Roca, *Flecha* y el reformismo universitario, y me alertó sobre las útiles informaciones contenidas en *La Voz del Interior*.

⁵²³ Perteneciente a la generación del Centenario, durante la guerra del Chaco se radicó en Buenos Aires y junto con Marof puso en pie el Grupo Tupac Amaru, que discutió con Aguirre Gainsborg con miras a estructurar el POR (1935). Más tarde se dedicó a escribir manuales de instrucción cívica para los colegios. En 1931 fue secretario general de la Federación Universitaria Local paceña. Fue secretario general de la Asociación de Periodistas de La Paz y decano de la Facultad de Derecho de la UMSA. En la escisión de 1938 del POR siguió a Marof en el PSOB. Más tarde se incorporó al MNR, fue presidente del Colegio de Abogados (1969-1972) y Presidente del Consejo Nacional de Reforma Agraria. En la izquierda marxista fue conocido bajo el nombre de Iván Keswar y como columnista de *Ultima Hora* usó el seudónimo de Fedor Yunque (Lora, *Diccionario político, ob. cit.*).

⁵²⁴ “Los del ‘18 se lanzan de nuevo a la pelea”, *América Libre*, N° 1, junio de 1935, p. 6.

De esta atmósfera emergieron dos revistas críticas que se volvieron tribuna del “pacifismo heroico” contra la contienda fratricida: *América Libre* (de la que salieron cinco números) y *Flecha*, que se constituyó en el órgano del Comité Pro Paz y Libertad de América (CPPYLA) y publicó quincenalmente 17 números⁵²⁵.

La posición predominante era que la Guerra del Chaco anticipaba conflictos continentales de mayor amplitud, que se trataba de un conflicto acicateado por los imperialismos estadounidense y británico, y, finalmente, que había que desconfiar de la Cancillería argentina, que se proponía como factótum de la paz. “El petróleo es el más formidable pleito que ha conocido la era capitalista [...] Se trata de una basta contienda por la hegemonía mundial [y] Sudamérica es, en este momento, el frente donde la pugna imperialista se ha hecho más dramática”⁵²⁶.

En ambos casos, las revistas salieron a luz en las postrimerías de la guerra, pero en ese momento pocos creían que el fin de la contienda se encontraba bastante cerca. Por el contrario, la impresión entre las izquierdas era que la guerra podía tomar dimensiones continentales. Poca confianza podía tenerse, sostenía Roca, en la labor de las cancillerías “que persiguen a los intelectuales y obreros antiguerreros de Paraguay y Bolivia”. Más aún, “la próxima conferencia en Buenos Aires, en las circunstancias en las que ha nacido, lejos de ser un síntoma favorable, señala el punto de máxima gravedad, la posibilidad de que la guerra que se quiere conjurar se extienda por todo el continente”⁵²⁷. En este marco, para lograr la paz es necesario no confiar “en los gobiernos de las clases dominantes” y “revelar al pueblo y en especial a la clase trabajadora de América Latina los oscuros y amenazadores telones de la política internacional”⁵²⁸.

Desde su primer número, publicado en junio de 1935, *América Libre* funcionó como un espacio de encuentro entre exiliados bolivianos radicales e intelectuales argentinos. El nombre mismo remitía a la “lucha enconada contra el imperialismo extranjero y sus aliados nacionales”⁵²⁹. “Nuestros himnos patrios, fogosos de libertad y gloria, son humorísticos cuando en cada calle de las colonias o semi-colonias el capital monopolizador extranjero nos tiene cogida la garganta con su mano de hierro,

⁵²⁵ Bergel, *Flecha...*, *ob. cit.*, p. XXIII.

⁵²⁶ “¡Por la paz en América! A los intelectuales, obreros, estudiantes y maestros de Latinoamérica”, en Deodoro Roca, *El difícil tiempo nuevo*, Córdoba, Lautaro, 1956, p. 232.

⁵²⁷ *Ibidem*, p. 234.

⁵²⁸ *Ibidem*, pp. 234-235.

⁵²⁹ Tristán Marof, “Nuestra revista”, *América Libre*, N°1, junio de 1935, p. 1.

indicándonos sumisión [...] Por eso, ante nosotros, se posa la aspiración máxima: ‘América Libre’. Pero esta frase no debe tener un sentido lírico, sino precisamente un contenido económico y social. También internacional”⁵³⁰. Para lograr esa tarea, Marof se propone “robustecer a la clase obrera” y buscar aliados entre otros sectores sociales con “ansia de liberarse”, “vincularse con las masas y luchadores de otros continentes”.

Como apunta Martín Bergel, tanto *América Libre* como *Flecha* tomaron distancia del aprismo (lo que las diferenciaba de iniciativas como *Claridad*) o fueron tribuna de apristas de izquierda que polemizaron con Manuel Seoane, acusado de ser el ala derecha del movimiento⁵³¹. “Ni hispano-americanismo, ni latinoamericanismo, ni siquiera el último invento que viene de México y del Perú: indo-América. No. América Libre y socialista dentro del mundo, no a la cola del mundo”, se posicionaba *América Libre* desde su nacimiento⁵³². El proyecto sólo contaba con algunas publicidades comerciales, como librerías, sastrerías, repuestos para automóviles, etc., por lo que solicitaban el apoyo de sus lectores: “América Libre lucha y luchará por las reivindicaciones proletarias y por la justicia social. Colabore con ella y APÓYELA”, decía el aviso, a veces inserto entre las publicidades, a las que sumaron una guía de profesionales encabezada por el estudio jurídico de Deodoro Roca y que incluía el consultorio médico de Gregorio Bermann, experto en “enfermedades mentales y nerviosas”. En la contratapa tenía un grabado de un indio y un cóndor, retomando la estética indigenista de revistas como *Amauta*.

El animador de *América Libre* era Tristán Marof, quien había llegado desterrado a la Argentina en 1927, donde permanecerá con un breve interregno en México, hasta 1937, cuando el gobierno “socialista-militar” de Germán Busch le permita su regreso en el nuevo escenario político abierto tras la guerra del Chaco.

América Libre y *Flecha* tenían muchos vasos comunicantes. En su primer número, la revista de Marof publicó “Los cuatro párrafos que ocultó la prensa” del discurso de Deodoro Roca en el teatro Coliseo de Buenos Aires. Esos cuatro párrafos fueron titulados “La política tradicional de la Argentina”, “El imperialismo británico y Paraguay”, “La Standard Oil y Bolivia” y “Paraguay y el negocio del petróleo”. Ese discurso, pronunciado en 1935 en la capital argentina es vibrante y en él, el ex líder universitario se diferencia del mero pacifismo, trasmutado en pacifismo heroico y

⁵³⁰ *Idem.*

⁵³¹ Martín Bergel, *Flecha...., ob. cit.*, p. LVIII n. 71.

⁵³² Tristán Marof, “Nuestra revista”, *América Libre*, N°1, junio de 1935, p. 2.

articulado a fuertes críticas antisistémicas. Así Roca enfatiza que “para provocar la paz, yo traigo un mensaje de guerra”:

Vengo de Córdoba y traigo –en nombre de la gente viva de mi ciudad– un mensaje pacifista. Pero no del pacifismo recalentado de protocolo y de ‘Tedéum’, para uso de diplomáticos, de congresales y de periodistas latinoamericanos... Ni de ese otro inefable y dulzón para colgar en los balcones [...] y que al cabo sólo sirve para estimular dominicalmente una honrada y dulce secreción lagrimal. El nuestro es un pacifismo sin crisis de nervios, sin lágrimas, sin retórica [...] Nuestro pacifismo viene de otra zona y no va a terminar ni en un protocolo, ni en una elegía. Para provocar la paz yo traigo un mensaje de guerra⁵³³.

En su largo discurso, Roca aclara que no se trata de un mero rechazo a “la guerra como estado” sino a la “guerra como proceso”. Si la primera puede terminar con acuerdos de paz, sellados en las cancillerías –reconociendo el clima más optimista que ya se comenzaba a respirar en las arenas diplomáticas– el fin de la segunda tiene como condición de posibilidad “terminar con el régimen social, económico y político que la produce”⁵³⁴. Y de ello, sostiene Roca, se derivan dos pacifismos: uno inconducente, de conferencias y banquetes, y otro que busca poner fin a un “orden periclitado”. Por eso, para conseguir la paz es menester “herir en sus raíces a la guerra”⁵³⁵. Lo que está en crisis es la misma civilización, asociada a la sociedad capitalista, por lo que la verdadera paz sólo se logrará en “una sociedad sin clases y en una humanidad liberada y bella”⁵³⁶. Incluso si se sellaba la paz, lo que pronto ocurriría, eso no clausuraba la necesidad de cambio político y social, tanto en Bolivia como en Paraguay:

Ni vencedores ni vencidos... ¿Y los cien mil muertos? ¿Y los mutilados, los enfermos, las viudas y los huérfanos? ¿Y la miseria y el hambre de los pueblos? ¿Y la subordinación absoluta de la economía nacional a los imperialismos?⁵³⁷

Como anotó Bergel, al igual que luego ocurrirá con otras organizaciones antifascistas, el CPPYLA se reveló como una herramienta eficaz para organizar grupos

⁵³³ Deodoro Roca, “Los anglo-argentinos en el Chaco norteamericano”, en *El difícil tiempo nuevo...*, ob. cit., pp. 236-237.

⁵³⁴ *Ibidem*, p. 237.

⁵³⁵ *Idem*.

⁵³⁶ *Ibidem*, p. 249.

⁵³⁷ *Ibidem*, p. 252.

ideológicamente plurales de agitación al tiempo que lograba estructurar redes intelectuales que amplificaban su voz. Paralelamente, *Flecha* se convirtió en una tribuna de voces variadas, a partir de la actividad infatigable de Roca, quien dirigió la publicación de manera personalista y se enfrentó a una variedad de dificultades⁵³⁸. Aunque, obviamente, la ofensiva diplomática lanzada por Saavedra Lamas ocupaba cada vez más espacio político y mediático, *La Voz del Interior* reflejó en sus páginas las posiciones críticas del CPPYLA y registró sus movilizaciones, a veces de dimensiones considerables, al tiempo que daba voz y apoyo explícito a conflictos obreros de entonces, como el de los trabajadores madereros.

Una de las actividades del CPPYLA fue el mitin antiguerrero multipartidario que el 5 de mayo de 1935 se reunió en la Plaza General Paz de la ciudad de Córdoba. Según el diario cordobés, el discurso más elocuente fue el de otro ex reformista universitario y psiquiatra, Gregorio Bermann, quien a tono con las posiciones de Roca señaló que “el Comité Pro Paz en América no viene pues amparado en un flácido y quejumbroso pacifismo” y reclamó no sólo la paz sino “una paz ejemplificadora, con sanciones severísimas para los responsables”, “una paz de tal índole que sólo podría firmarse por la acción revolucionaria de los pueblos”⁵³⁹. En el acto –en el marco de la política de frente único contra la guerra y el fascismo– participaron la Federación Universitaria y de Estudiantes Secundarios, la Juventud Radical, la Agrupación Femenina Antiguerrera, la Juventud Socialista, la Federación Juvenil Comunista y el CPPYLA.

Regularmente, *La Voz del Interior*, publica materiales vinculados a la contienda. El 17 de mayo reproduce un artículo de *La Razón* de La Paz titulado “Existe en Bolivia una poderosa reacción contra la guerra”. El 1º de junio dedica una página entera al artículo “Un nuevo estado en América del Sur. ¿Santa Cruz de la Sierra se independiza?”, donde plantea la posibilidad de que en ese departamento del oriente boliviano pudiera triunfar el movimiento separatista aprovechando el caos que produjo la guerra en Bolivia. La “Carta al pueblo alemán” de Henri Barbusse, publicada el 5 de mayo (“Traducida especialmente para *La Voz del Interior*”) advertía que el tema de la guerra estaba lejos de limitarse a la guerra fratricida en las arenas chaqueñas. El mundo

⁵³⁸ Martín Bergel, *Flecha...*, *ob. cit.*

⁵³⁹ “Alcanzó destacadas proporciones el mitin antiguerrero celebrado ayer”, *La Voz del Interior*, 6/5/1935, p. 7.

era, como advertía Roca, víctima de una “marcialidad enloquecida”⁵⁴⁰ que era necesario conjurar.

En las páginas de *América Libre*, no sólo se discutía la problemática de la guerra y la paz. Con un claro signo antiestalinista, se combinaban artículos sobre la situación boliviana (y de las izquierdas andinas) con artículos sobre la realidad argentina, sin dejar de lado las intensas polémicas al interior del movimiento comunista marcado, como ya señalamos, por la ofensiva de la IC para “normalizar” a los partidos latinoamericanos. Córdoba será, en 1935, el escenario de la fundación del Partido Obrero Revolucionario (POR) en el cual convergen el grupo Tupac Amaru de Marof e Izquierda Boliviana de Chile –liderada por el prometedor líder comunista José Aguirre Gainsborg–. En ese momento un partido de exiliados, el POR estará llamado a constituir una fuerza importante dentro del campo político boliviano, además de una de las corrientes trotskistas más importantes del mundo en lo que se refiere a su incidencia nacional. Todo ello, en el contexto del “marxismo minero” que durante medio siglo introdujo un repertorio de luchas que combinó solidaridades intensas construidas en los socavones, discursos radicales, un relato cargado de masacres y resistencias heroicas y un verdadero proyecto de país acaudillado por la clase obrera, más específicamente los mismos mineros.

Paz y nuevos escenarios

La firma del tratado de paz, en junio de 1935, tuvo una enorme repercusión en Córdoba, al punto que fue declarado un feriado regional y clases alusivas en las escuelas⁵⁴¹. Sería la última guerra de grandes dimensiones en América del Sur. Y su culminación reconfiguraría radicalmente el escenario político boliviano. En línea con las posiciones ya descritas, Marof critica los términos de la paz y anticipa algunos de los debates de la posguerra:

No hay tal paz, lo que hay es CAPITULACIÓN. Bolivia de rodillas acepta todo, aceptará todo. Las condiciones son lamentables. [...] No hay tal paz. Hay

⁵⁴⁰ Roca, “Los anglo-argentinos...”, *ob. cit.*, p. 237.

⁵⁴¹ “De la paz entre Paraguay y Bolivia se hablará hoy a nuestros escolares. Luego habrá asueto”, *La Voz del Interior*, 12/6/1935; “Hoy es feriado provincial. En homenaje a la firma del tratado de paz”, *La Voz del Interior*, 13/6/1935; “Como cosa propia se celebró en Buenos Aires la paz en el Chaco”, *La Voz del Interior*, 13/6/1935, allí describe la concentración del estudiantado secundario en la Plaza Congreso, que derivó en un gran desfile hacia la casa de gobierno en la Plaza de Mayo.

agotamiento, cansancio, amotinamiento de las tropas que se niegan a combatir. El hambre, la miseria y la ineptitud de los Comandos han impuesto la paz. [...] Brasil ha levantado la mano cuando Estigarribia se dirigía al Oriente boliviano y la cancillería paraguaya soñaba con la independencia del rico departamento de Santa Cruz. Por el instante, Brasil presionado por su delicadísima situación interna no puede lanzarse a ninguna aventura guerrera. ¡Esta es la paz que se festeja con champaña, tedeums y oliendo a sangre y petróleo! ¡Hermosa paz de cuervos, hienas y empresarios!⁵⁴²

En síntesis, lo que buscaba el flamante Partido Obrero Revolucionario con sus denuncias era que la crisis posbélica del Chaco no se difuminara como ocurrió en la posguerra del Pacífico en la década del ochenta del siglo anterior; esta vez entre los “lirismos de la juventud ‘cobarde’ del 30”⁵⁴³. El antifascismo que permeaba a los movimientos antiguerreros en Argentina se expandía también al momento de leer la situación boliviana. Así, un artículo sin firma critica a los “flamantes nazis bolivianos”, los cuales estarían corporizados en el grupo Beta-Gama (Bolivia Grande) del que formará parte –con un rol dirigente– el propio Aguirre Gainsborg, con certeza en las antípodas de cualquier simpatía con el nazismo. “¿Qué pretenden estos jóvenes? Crear un ‘partido de la juventud’. ¿Cuál partido? Un partido NACIONAL SOCIALISTA”⁵⁴⁴. Que el porista Aguirre Gainsborg formara parte de ese partido “fascista” da cuenta, además, de la laxitud de las fronteras políticas e identitarias de entonces, donde la “idea socialista” comenzaba a expandirse como un gran contenedor de todas las reformas progresivas y modernizadoras que el país necesitaba, al tiempo que la difusión incontrolada del término conspiraba, sin duda, contra sus contornos específicos. Llegó un momento en que en Bolivia todos parecían ser “socialistas”.

En el tercer número de *América Libre*, Keswar había procurado desmontar el “mito de las generaciones” (lo cual ya había hecho antes Mariátegui). Allí escribe que “el mundo actual se divide, no entre ‘viejos’ y ‘jóvenes’ sino en clases: en explotados y explotadores, en burguesía y proletariado”. El mito de las generaciones sería, para Keswar, un nuevo ardid de las clases dominantes para permanecer en el poder luego de la contienda bélica, que sumergió al Estado oligárquico en una profunda crisis de legitimidad (además de la crisis política y económica), “e incluso –insistía– generar un

⁵⁴² Tristán Marof, “La Paz del Chaco”, *América Libre*, Nº 2, julio 1935, p. 12 (mayúscula en el original).

⁵⁴³ M. Fernández, “Dos actitudes”, *América Libre*, Nº 2, julio de 1935, p. 17.

⁵⁴⁴ “Flamantes nazis bolivianos”, *América Libre*, Nº 5, diciembre 1935, p. 15 (probablemente el texto fue escrito por el propio Keswar).

ciclo de violencia fascista”⁵⁴⁵. Keswar y Marof también escribían en *Flecha*, donde destacaban el nuevo rol del POR y planteaban posiciones ambivalentes frente al naciente Partido Socialista que estaban creando intelectuales de izquierda y militares “socialistas”, al igual que ante la participación del POR en el Frente Único de Izquierdas lanzado por el PS y otras fuerzas. En un exceso de autoconfianza, coloca al aún muy débil POR como “guardián y vigía de la revolución”, a partir de su “recia teoría y una clara visión de la realidad nacional”⁵⁴⁶. Era, por el momento, una lectura a la distancia de lo que ocurría en las tierras del altiplano.

En Bolivia, no obstante, la idea de la ruptura generacional tenía aún mucho para dar en términos de configuración de nuevos proyectos políticos. Incluso se extenderá al interior de las Fuerzas Armadas y de los ex combatientes del Chaco, un poderoso “movimiento social” con un rol clave en las reformas socializantes de la posguerra. La figura clave del periodo será Germán Busch, el héroe mítico de las trincheras chaqueñas, símbolo de una nueva generación llamada a rejuvenecer la nación. Con 33 años llegó a la presidencia, en 1937, luego de derrocar a David Toro, quien había iniciado el llamado “socialismo militar”, una novedosa experiencia política –continuada por el propio Busch– en la que convivieron, no sin tensiones, desde ex combatientes filofascistas hasta obreros e intelectuales marxistas, pasando por socialistas moderados.

En el tercer número de *América Libre*, publican “El testamento de Lenin”, un texto titulado “Staline” de Boris Souvarine, una semblanza de Trotsky de Karl Radek, y “Lenin y el estudio de la literatura”, de Anatoli Lunacharsky; en el quinto un “Repaso histórico del frente único” escrito por Trotsky. Este posicionamiento de Marof del lado del antiestalinismo lo llevará a distanciarse violentamente del Partido Comunista, especialmente luego de apoyar públicamente el derecho al asilo para Trotsky en México en el Comité Pro-Exiliados, en medio de las fuertes presiones soviéticas para frustrarlo, como ya lo habían hecho en varios países europeos, lo que llevó a Trotsky a hablar de “un planeta sin visado”. Estas posiciones generaron fuertes discusiones en el Comité de Ayuda al Pueblo Español (CAPE), que funcionaba en Córdoba, y provocaron la ruptura definitiva con Bergmann, a quien Marof acusó de actuar como un provocador al servicio del partido comunista oficial por haber pedido un voto de desconfianza contra él al interior del CAPE. “La triste consigna del partido en las partes donde no puede

⁵⁴⁵ Iván Keswar, “‘Nueva Patria’. Nuevas ideas! Contra el ‘mito de las Generaciones’”, *América Libre* N°3, agosto-septiembre de 1935, p. 22.

⁵⁴⁶ Iván Keswar, “La post-guerra”, *Flecha*, N°12, 16/5/1936, p. 3.

fusilar ni encarcelar como en Rusia es difamar y calumniar a los hombres que no se acomodan a sus turbios designios. Ya no es, pues, la Internacional de la Revolución sino la Internacional de la Infamia”⁵⁴⁷. No solamente, el intelectual sucrense declaró su “posición irreductible, contraria al estalinismo” sino que acusó a Stalin de ser el “tirano más feroz que ha conocido la historia, y ante el cual las atrocidades del zarismo son apenas un pálido reflejo” y sentenció que el gobierno de la URSS, por el camino que va, “es igual al de Hitler o Mussolini”⁵⁴⁸.

En la historia que sigue a la contienda, la acusación contra quienes se negaron a combatir y levantaron las banderas de la “guerra a la guerra” fue selectivamente utilizada por el socialismo nacionalista para descalificar a sus contrincantes izquierdistas. La heroicidad en la “guerra estúpida” cotizó más que el pacifismo cosmopolita en la nueva Bolivia y la guerra fue presentada como una suerte de depuración nacional y la clave del resurgimiento a partir de un pacto de sangre en las trincheras; Busch sostendría –frente a los embajadores de la Italia de Mussolini y del México de Cárdenas– que “la espada [el ejército] debe ser en la postguerra el baluarte del pueblo indefenso contra los intereses creados que no lo dejan vivir”⁵⁴⁹ y los ex combatientes deben ocupar el lugar de garantes de las transformaciones que plasmarían, a la postre, el ansiado equilibrio entre el capital y el trabajo. Lo que en la época fue bautizado como “socialismo de Estado”.

Pero antes de introducirnos en los escenarios de posguerra, nos enfocaremos en otras ideas que, desde el vitalismo, el indianismo y el rescate más o menos idealizado del “socialismo incaico”, pugnarón por redefinir la identidad nacional buscando una cuna mítica que permitiera ubicar una edad de oro para –como el dios Jano, con una cabeza mirando hacia atrás y otra hacia delante– proyectar el renacimiento del país. El antiliberalismo –cuya atmósfera teñirá los años 30 bolivianos– encontrará así puntos de apoyo en un indianismo vitalista, pero también a nuevas corrientes de feminismo socialista que sumarán a las mujeres a los grupos de excluidos que golpeaban la puerta para ingresar a una ciudadanía plena, negada en nombre de la supuesta minoría de edad de mujeres e indios.

⁵⁴⁷ Tristán Marof, “Un caso de infamia”, *Claridad*, N° 311, marzo de 1937, p. 61.

⁵⁴⁸ *Idem*. Estas discusiones provocaron la salida de organizaciones socialistas y anarquistas del comité.

⁵⁴⁹ “Poseionaron al Coronel Busch en el cargo de Jefe Supremo de la Legión de exCombatientes”, *El Diario*, 11/7/1937, p.7.

CAPÍTULO 6

Indianismo y nación... en clave vitalista

Las ideas inconformistas sobre la nación, sus élites y sus indios, con diferentes declinaciones y tonalidades, tuvieron otros espacios de sociabilidad al interior de Bolivia. Los inicios de la década del treinta van a dar ciertos bríos a un indigenismo romántico que articulará a maestros, arqueólogos (notablemente Arturo Posnansky), escritores y pintores, que buscarán en el indio un sujeto de renacimiento nacional en clave vitalista.

En este caso, muchos indianistas vitalistas contrapondrán el indio puro al mestizo decadente; para ellos no fueron los blancos (al fin de cuentas inexistentes en Bolivia) sino los mestizos quienes se hicieron cargo de las riendas de la nación después de la independencia y sometieron al indio, a quien atribuyeron todas las taras de la nación para ocultar su propio fracaso como clase dirigente para desarrollar el país. En este marco, la llamada Semana Indianista, convocada en La Paz a fines de 1931, nos sirve de punto de partida para abordar a este indianismo romántico/vitalista que pudo construir puentes a priori inesperados entre indianismo y algunas teorías de superioridad racial *à la mode* con el ascenso del nacionalsocialismo alemán. Pero no cabe duda que esas articulaciones (indianismo/“nazismo”, en un sentido amplio y a veces contradictorio) daba resultados muy diferentes en un contexto como el boliviano, donde las razas superiores, además, serían justamente unos indios “andrajosos” y dominados, considerados las más de las veces subhumanos. En estas tensiones y pliegues nos concentraremos en las siguientes líneas, con la finalidad de echar luz a las tensiones, aporías y potencialidades disruptivas del, en muchos sentidos sorprendente, indianismo de los treinta.

Maestros y arqueólogos en busca de la nación: Tiwanaku como cuna mítica en una nación a la deriva

A las 17 horas del 19 de diciembre de 1931, una wiphala (bandera indígena multicolor) fue izada en el balcón del Club Bancario de La Paz, sede de un encuentro que buscaba llevar la otredad al centro de la sede de gobierno boliviana: la Semana indianista/Cruzada pro-arte nativo. El evento incluyó conferencias y números artísticos vinculados a la temática indígena, y hasta una romería a las ruinas de Tiwanaku que tuvo como guía al propio Arturo Posnansky, en ese entonces la principal autoridad arqueológica en Bolivia sobre el origen de la civilización tiwanakota, que precedió en el tiempo a la incaica y aún hoy es un misterio a develar⁵⁵⁰.

La singularidad de la Semana indianista no se desprende del hecho de que sectores de la élite se ocuparan de discutir el “problema indígena” –tema que sobredetermina cualquier debate político desde la independencia boliviana y aun más desde mediados del siglo XIX–. Su interés deriva de la escenificación, las apuestas estéticas, la variedad de actividades y la repercusión que la Semana indianista –organizada por “Los amigos de la ciudad”– consiguió concitar en la prensa y el mundo político. Todo ello se desarrolló en un contexto más amplio –la crisis del pensamiento liberal hegemónico en las primeras dos décadas del siglo XX– y un contexto particular: pocos meses después de la Semana indianista se desatará la Guerra del Chaco contra Paraguay (1932-1935), un conflicto enormemente traumático que actuaría como catalizador de la emergencia de un socialismo nacional que comenzará a erosionar irremediamente las bases materiales y simbólicas del viejo Estado oligárquico poscolonial, al tiempo que abría nuevos horizontes de posibilidad para la tarea del momento: construir la nación y redimir al indio.

Además de ver cómo algunos intelectuales de la época exaltaron Tiwanaku, es interesante también ocuparnos de la Semana indianista en sí misma –como espacio de solidaridad, de construcción de redes y de irradiación de ideas– y, a partir de ella, echar luz sobre una parte del movimiento intelectual boliviano de esos años: el indianismo arqueológico/cultural, que movilizó a arqueólogos aficionados, maestros y artistas,

⁵⁵⁰Salvo en citas textuales optamos por escribir Tiwanaku, en lugar de otras formas también utilizadas. Usamos también la versión castellanizada del nombre de Posnansky (Arturo, en lugar de Arthur) porque así era mencionado en la Bolivia de la época. Incluimos además una aclaración: en esos años se utilizaba más el término indianista que indigenista, en un sentido diferente al actual, cuando los grupos indígenas refieren al indianismo como su propio proyecto frente al indigenismo como proyecto de los no indígenas.

quienes, frente a lo que era vivido como un verdadero fracaso nacional, y no sin profundas divergencias entre ellos, intentaron encontrar un futuro para Bolivia en su pasado precolonial, en tanto fuente de energías morales y vitales para la regeneración de la nación. Como señaló el escritor Gustavo Adolfo Otero, “es a este mundo mágico donde la emotividad nacional deberá arrancar estímulos para la realización de la obra genésica de la patria”⁵⁵¹.

Con este fin, nos enfocaremos en algunas figuras relevantes, como el escritor y organizador del evento Alberto de Villegas; el austriaco Posnansky, ingeniero naval militar y arqueólogo aficionado con amplia repercusión en el mundo científico de entonces tanto dentro como fuera de Bolivia, que teorizó sobre los orígenes de Tiwanaku y contribuyó a proyectar a esas geométricas ruinas precolombinas como el origen mítico de la nación; y finalmente María Frontaura Argandoña, hoy olvidada, quien además de participar del debate sobre el indio articuló sus ideas con su propia práctica como maestra de escuela en Oruro y dirigente del sindicalismo docente.

No obstante, no es posible captar la compleja y a veces abigarrada “musicalidad ideológica” del indianismo cultural pre-52 sin referirnos a las influencias vitalistas, irracionales y místicas de los años 20⁵⁵², lo que Albarracín Millán consideraba el “advenimiento de un nuevo espectro irracionalista fundado en el misticismo de la tierra, la geopolítica de la derrota [en las trincheras chaqueñas] y relativismo spengleriano”⁵⁵³.

En efecto, cabe destacar que el conde de Keyserling –invitado a Buenos Aires por Victoria Ocampo– viajó a La Paz en 1929, donde, fascinado por la “potencia telúrica” andina, creyó ver hombres propiamente “mineraloides”⁵⁵⁴. En terreno no era virgen para las ideas de renovación keyserlinianas. Tres años antes, en 1926, el historiador argentino Ernesto Quesada había dictado una muy difundida conferencia en La Paz sobre la sociología relativista spengleriana, de la que participó el propio

⁵⁵¹Otero, Gustavo Adolfo, “Prólogo”, en *Tiwanaku: Antología de los principales escritos de los cronistas coloniales, americanistas e historiadores bolivianos*, La Paz, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, Biblioteca Boliviana, 1939, Número 2, pp. X-XI. Citado en Pablo Quisbert, “La gloria de la raza’...”, *ob. cit.*, p. 203.

⁵⁵²Funes, *Salvar la nación...*, *ob. cit.*, p. 33.

⁵⁵³Juan Albarracín Millán, *Sociología indígena y antropología telurista*, Réplica, La Paz, 1982, p. 21. Para un enfoque resumido del indianismo en diferentes etapas, *cfr.* Manuel Sarkisyanz, *Kollasuyo. Historia indígena de la República de Bolivia. “Profetas del resurgimiento autóctono”*, Quito, Abya Yala, 2013.

⁵⁵⁴Herman Keyserling, “La potencia telúrica andina”, en Raúl Bothelo Gosálvez (comp.), *El hombre y el paisaje de Bolivia*, La Paz, Biblioteca del sesquicentenario de la República, Dirección General de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1975. Sobre la intensa y a la vez tormentosa relación intelectual y de amistad entre la escritora argentina y el conde alemán, ver Victoria Ocampo, *El viajero y una de sus sombras. Keyserling en mis memorias*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.

presidente de entonces, Hernando Siles⁵⁵⁵. Sólo que si para Spengler era la cultura occidental la que dejaba ver su ocaso, para el conde báltico eran todas las culturas las que estaban en crisis.

Nacionalismo, socialismo y autoctonismo iban tejiendo, así, un relato refundacional. Especialmente después de la Guerra del Chaco, muchas de estas ideas –e imaginarios milenarios– movilizadas por el indianismo arqueológico/cultural serán rearticuladas por el nuevo nacionalismo revolucionario (primero con hegemonía militar y ya en los años cincuenta, civil/popular) a un nuevo proyecto de nación donde las imágenes de las ruinas gloriosas de Tiwanaku ya no serán solamente la cuna mítica de los aymaras sino de Bolivia toda⁵⁵⁶. Una Bolivia en la que el mestizaje vilipendiado por estos indianistas románticos será releído como en clave vitalista e irá dando cuerpo a un vocabulario ideológico que buscaba construir finalmente la patria, juntando los segmentos étnicos, geográficos y sociales que hasta entonces aparecían dispersos en un gran territorio desarticulado y estatalmente raquíptico. En ese sentido, más allá de las polémicas arqueológicas y pedagógicas, el mérito de arqueólogos y maestros de las décadas de 1920-1930 es haber contribuido a crear condiciones de posibilidad para pensar en una nación compartida y con igualdad ciudadana.

Una versión telúrica de la nación: la Semana indianista de 1931

La Semana Indianista /Cruzada pro-arte indio fue organizada por un personaje singular: el “elegante croniqueur” Alberto de Villegas –como lo llamó sin ironía un periodista de la época–. Sus actividades se desarrollaron entre el 19 y el 27 de diciembre de 1931. De Villegas (1897-1934) nació en La Paz, donde se tituló como abogado y posteriormente viajó a París como parte de la misión diplomática boliviana ante la Liga de las Naciones. Allí estudió Ciencias Políticas y adquirió cierto aspecto de *dandy* –“falso francés y auténtico parisino”, al decir de Roberto Prudencio⁵⁵⁷– y al terminar sus estudios regresó a La Paz, lo cual quedó registrado en varias columnas sociales de bienvenida. Allí abrió el café Mala-Bar.

⁵⁵⁵Ernesto Quesada, “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo (Conferencia dada en la Universidad Mayor San Andrés, en la ciudad de La Paz, capital de Bolivia, el viernes 15 de enero de 1926)”, en *Humanidades. Publicación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación*, Universidad Nacional de La Plata, 1926, pp. 9-48.

⁵⁵⁶ Quisbert, “‘La gloria de la raza’...”, *ob. cit.*, p. 207.

⁵⁵⁷ Omar Rocha, “Alberto de Villegas, el inactual”, en Alba María Paz Soldán, Blanca Wiethücher, Rodolfo Ortiz, Omar Rocha, *Hacia una lectura crítica de la literatura en Bolivia*, La Paz, PIEB, , 2002, Tomo 2, p. 33.

El local era un lugar exótico para La Paz, pero muy de época: en su sala ahumada podía escucharse fox trot o tango arrabalero, y Buda convivía con esculturas tiwanakotas⁵⁵⁸. Al cruzar su puerta, según un periódico, “uno tiene la sensación de haber dado un salto prodigioso de La Paz a París”⁵⁵⁹. Duró un breve tiempo, en medio de comentarios sobre la mala reputación del *private bar*. Al momento del cierre, De Villegas escribió un breve opúsculo, *Memorias del Mala-Bar*, donde, luego de lanzar odas al cocktail y el flirt, escribía: “Sí, amiga mía, decepciónese usted; [el bar] no es nada más que un observatorio de almas de mujer”. Y proseguía: “Esta tarde cerraré la puerta del Mala-Bar, que ya nada puede enseñarme, e inventaré mañana una nueva pirueta... ¡para seguir estudiando a Freud!”⁵⁶⁰.

Esas “memorias”, son, como apunta Paredes, un pequeño libro “escrito con galanura, buen gusto, que uno lo lee hasta con placer; pero al final de la lectura no queda nada, es vacuo, ajeno aún al movimiento nacional que se vivía en Bolivia. Literatura para una sociedad holgazana que con ese tipo de lecturas evadía enfrentar la realidad. Recordemos que se avizoraba una guerra”⁵⁶¹. Pero esa falta de compromiso era sólo aparente: Villegas fue a combatir a esa guerra y dejó su propia vida en las trincheras, como muchos, muerto por las peores balas de la contienda: la sed y las enfermedades.

Su “afrancesamiento” no le impidió a Villegas –más bien favoreció– una evolución hacia un entusiasta indianismo, condimentado con un repaso de sus viejos apuntes de arqueología y craneometría. En una de sus cartas, reproducida por *La Gaceta de Bolivia* tras su trágica muerte en la guerra del Chaco, el escritor boliviano apuntaba:

Mi viaje a Cuzco [...] me ha proporcionado algunas emociones que fermentándose y sedimentándose en el espíritu, aliadas a evocadores de lecturas más o menos recientes van formando lentamente la obra⁵⁶².

La forma en que continúa una de las misivas de invitación a la Semana indianista (*La Gaceta* no menciona al destinatario ni las fechas de las cartas extractadas) dan

⁵⁵⁸ *Ibidem*, p. 34.

⁵⁵⁹ Mario Flores, “París en La Paz”, [1929?], recorte de prensa, ALP/A de V, caja 1.

⁵⁶⁰ Alberto de Villegas, *Memorias del Mala-Bar*, La Paz, Publicaciones Antonio Paredes-Candia, [1928] 1983, pp. 79-80.

⁵⁶¹ Villegas, “Prólogo” en *ibidem*, p. 10.

⁵⁶² “Pensamientos inéditos de Villegas que extractamos de sus cartas”, *La Gaceta de Bolivia*, año 1, Nº 20, 18/11/34.

cuenta, a su turno, de la cantidad de símbolos que toma del mundo aymara como marca de autenticidad de su indianismo —evidentemente, necesarias para “compensar” su afrancesamiento—, al tiempo que su florido lenguaje deja ver parte de los contenidos de las actividades desarrolladas tanto en La Paz como en las regiones aymaras:

Habría deseado enviarle un Chaski, con este mensaje de Tambo en Tambo, hasta la ciudad. Quisiera coronar de fuego las serranías, en la tibieza de estas noches de diciembre o hacer resonar en la puna áspera el clamor insistente del PUTUTO, para convocarlos a la celebración del próximo INTIP RAYMI [fiesta del sol, en los solsticios de verano e invierno] a orillas del Chekheyapu. Proclamado yo, por la fuerza de las circunstancias, gonfalonero del indianismo en La Paz, estoy agitando la WIPHALA, vieja bandera de los Aymaras, desde el aislamiento ahora roto de mi PUKARA. Habrán ceremonias únicas, para nosotros los iniciados. Asistiremos fervorosamente a las cumbres de la superstición. Iremos a buscar el más recóndito fondo de la vieja Raza de Indios Guerreros. El público tendrá una romería a Tiahuanacu, donde se hará la ‘Fiesta de la Kantuta’, allí se verán bailes indígenas y se premiará a los maestros rurales.

En el salón indianista estará presente la Farmacopea Kallawaya. El cine representará películas de argumento indio. La Radio difundirá discursos en Aymará y Quechua. Melodías de la cordillera en kenas y pinkillos. Se realizarán varias conferencias sobre arte indianista (tejidos, cerámica, folklore, etc.). Los diarios consagrarán sus páginas, habrá finalmente una velada en teatro donde se cogiera en Europa [sic]⁵⁶³.

Los telegramas de los prefectos (gobernadores) de varios departamentos adhiriendo a la Semana indianista paceña confirman el impacto que tuvo la actividad desarrollada en inmediaciones de la céntrica Plaza Murillo⁵⁶⁴. Como indicábamos al principio de este apartado, la Semana indianista comenzó con la izada de la “Huipalla” [sic], bandera aymara “galantemente proporcionada por el señor Felipe Pizarro”, en el balcón del Club Bancario, sede del evento. La finalidad era divulgar la cultura indígena —desde la música hasta la farmacopea— y al mismo tiempo discutir la rehabilitación de la raza india, como se decía por entonces.

A partir del folleto del programa se puede ver la variedad y cantidad de actividades y el involucramiento de algunas reparticiones estatales. Se anuncia, por ejemplo, la obra

⁵⁶³*Ibidem*. Mayúsculas en el original.

⁵⁶⁴ALP/A de V, caja 1.

de teatro *Supay Marca*, de Zacarías Monje Ortiz, que constituye un “poema dramático con escena en un punto del Altiplano, a la entrada de la muy Heroica, Valerosa y Denodada N.S. de La Paz”. En otra parte del programa se destaca la “canción bucólica y epitalámica indígena” *Irpastay*, con música a cargo de la Orquesta Filarmónica 1º de Mayo y la actuación de zampoñistas aymaras de Chijini (trasmitida por Radio Nacional). Al mismo tiempo se anuncian conferencias como “El Mujik y el Indio”, a cargo de Belisario Cano o “La historia de Bolivia la ha de escribir mañana el indio”, de José Salmón B. “con ilustraciones musicales”. La maestra María Frontaura disertó sobre “El problema del indio” y Federico Buck sobre “El tejido indígena y su simbolismo con proyecciones luminosas”; Félix Eguino habló sobre “La cultura pro incaica de Tiahuanacu en el panorama de la historia universal”, y el Dr. David Capriles brindó una conferencia sobre “La alimentación como factor social en la vida del indio”.

En una carta, a tiempo de celebrar la organización de La semana indianista, el director de la Escuela Normal Indigenal, Alfredo Guillén Pinto, le propuso a De Villegas organizar la Fiesta de Nuestra Raza, una suerte de contrafestejo del día de la raza, “para echar las bases de un alma nacional única”⁵⁶⁵.

Se anunciaban suplementos especiales en *El Diario*, *Última Hora* y otras publicaciones y la trasmisión por radio de música indígena ejecutada por alumnos de la Escuela Normal Indigenal, con las canciones *Cóndor Mallcu*, “canción de los deportistas aymaras”, *Suxa-Suca Tata*, “marcha de los labradores” y *Kantuta*, “flor imperial”.

Finalmente se programó una visita a la escuela-ayllu de Warisata, recientemente fundada y dirigida por Elizardo Pérez⁵⁶⁶. Esta escuela fue uno de los proyectos más elaborados del indianismo pedagógico y atrajo el interés de los mexicanos, como se puede verificar en el libro de Adolfo Velasco, que viajó con otros pedagogos a conocer la experiencia⁵⁶⁷. Frente a la tesis de la asimilación del indio, Pérez opuso la tesis de la rehabilitación de la sociedad india y para ello propuso el modelo de la escuela-ayllu, cuya misión era desarrollar la “cultura terrígena heredada” –base de la futura Bolivia– y

⁵⁶⁵Carta de Alfredo Guillén Pinto a Don Alberto de Villegas con motivo de la Semana indianista, La Paz, 18/12/1931 (ALP/A de V, caja 1, carpeta 6).

⁵⁶⁶Programa de la Semana Indianista, ALP/A de V, caja 1.

⁵⁶⁷Adolfo Velasco, *La escuela indigenal de Warisata*, Primer Congreso Indigenista Interamericano, Departamento de Asuntos Indígenas, México, 1940; Laura Giraud, “De la ciudad 'mestiza' al campo 'indígena': internados indígenas en el México posrevolucionario y en Bolivia”, en *Anuario de Estudios Americanos*, 67, 2, julio-diciembre, Sevilla, 2010, pp. 519-547.

no el occidentalismo, como proponían los asimilacionistas; un proyecto que se enfrentó a todo tipo de resistencias, primero hacendales pero más tarde también estatales, etc.⁵⁶⁸.

Pero uno de los platos fuertes ofrecidos por la Semana indígena era la excursión a Tiwanaku, bajo la dirección de Posnansky, quien iba a cargar de sentido estas ruinas, animándose incluso a ponerlas simbólicamente por encima de las de Machu Pichu. Posnansky consideraba a los incas usurpadores de una cultura superior previa y el suyo fue un indianismo anti-incásico⁵⁶⁹. Allí, Felipe Pizarro se encargó de traducir al aymara el discurso del arqueólogo austriaco recomendando a los indios el amor que merecen esas ruinas.

De Villegas había acompañado a Posnansky en sus aventuras arqueológicas. De hecho, formó parte de la fundación de la Sociedad Arqueológica Boliviana, creada por Posnansky en 1930 (es decir, un año antes de la Semana Indianista) con un místico ritual iniciático en las propias ruinas de Tiwanaku: en el amanecer del 23 de septiembre de 1930 (equinoccio primaveral austral) en el recinto interior del Templo de Kalasasaya el arqueólogo austriaco tomó el nombre aymara de Apu-Willca (sumo sacerdote) e inició a los otros 11 miembros del grupo, entre los que se encontraba de Villegas⁵⁷⁰. Sus 12 miembros –uno por cada mes del año– sólo podían ser remplazados por fallecimiento o renuncia (este número no podía ser ampliado), y, de acuerdo a los estatutos de la sociedad, debían reunirse por lo menos cuatro veces al año en Tiwanaku, durante los dos solsticios y los dos equinoccios⁵⁷¹. Posnansky era el presidente vitalicio de la Sociedad⁵⁷². Más tarde se sumó el maestro Max Bairon, con fuerte incidencia en los debates educativos de esos años y editor de la revista *Altiplano*, del magisterio orureño. Entre marzo y septiembre de 1932 de Villegas y Posnansky participaron de las emblemáticas excavaciones de Wendell Bennett en Tiwanaku, al tiempo que en el plano de las hipótesis ejercían una antropología bastante “creativa”.

⁵⁶⁸ Albarracín Millán, *Sociología indígena...*, *ob. cit.*, pp. 53 y ss.

⁵⁶⁹ Arthur Posnansky, *Tiwanaku y la civilización prehistórica en el Altiplano andino*, La Paz, Imprenta de la Verdad, 1911, pp. 23 y ss. “Cualquiera que mire con alguna detención los edificios de piedra engastada atribuidos a los Incas, pronto reconocerá que encima de ellos hay construcciones sobrepuestas de un trabajo muy inferior, tosco y de otro estilo arquitectónico” (*ibidem*, p. 28).

⁵⁷⁰ David L. Browman, “La Sociedad Arqueológica de Bolivia y su influencia en el desarrollo de la práctica arqueológica en Bolivia”, en *Nuevos aportes*, N° 4, 2007, p. 32.

⁵⁷¹ Alberto Laguna Meave [*et al*], *Tiwanaku: enigma de enigmas*. Obra Póstuma, Hisbol impresión & Diseño, La Paz, 2002. Cit. en Browman, “La Sociedad Arqueológica de Bolivia...”, *ob. cit.*, p. 32.

⁵⁷² Posteriormente a la muerte de Posnansky y ya en el marco de la Revolución Nacional, la Sociedad Arqueológica de Bolivia ayudó a poner en pie el Instituto Indigenista Boliviano. De todos modos, la asociación fue perdiendo terreno en la arqueología reorganizada por Carlos Ponce Sanginés (Browman, “La Sociedad Arqueológica...”, *ob. cit.* y Quisbert, “la gloria de la raza...”, *ob. cit.*, pp. 205-208).

Como ya señalamos, Alberto de Villegas murió en la guerra del Chaco en 1934, al parecer de una enfermedad contraída en esas tierras inhóspitas. Algunos recortes de periódicos que se encuentran en el fondo “Alberto de Villegas” del Archivo de La Paz recuerdan así a este personaje de La Paz de fin de los años 20 y principios de los 30, un momento extremadamente dinámico del arte indianista.

Por su estilo alado y dulce, por la belleza de sus frases y la dulce emotividad de sus pensamientos era prácticamente un escritor francés. En tiempo de borbones y de Luises habría sido un villón cortesano, y en tiempos actuales, un señor del buen decir y de la amable risa gala, desbordada en noches de bohemia y de alegría, junto a una crátera de champagne y de burdeos⁵⁷³.

En un pequeño recorte titulado “Villegas”, se señala que el escritor indianista fue el “introdutor” de todo intelectual que llegaba a La Paz, como Keyserling, Foujita, Morand, etc.⁵⁷⁴. Y, en efecto, en los años veinte muchos llegaron a La Paz entusiasmados por Posnansky, lo autóctono y sus obsesiones milenarias.

Decadencia de Occidente y “hombres mineraloides”

Uno de esos visitantes fue Ernesto Quesada (1858-1934). A principios de enero de 1926, el historiador y jurista argentino (dueño de una prodigiosa biblioteca, con la que se puso en pie el Instituto Iberoamericano de Berlín) emprendió un viaje por tren rumbo a la sede del gobierno boliviano, invitado por el arqueólogo austriaco para hablar del tema que lo había obsesionado desde hacía varios años: la sociología relativista spengleriana. De hecho, Quesada había ganado fama por haber dedicado un curso entero a Spengler a comienzo de los años veinte, antes de que su obra cumbre –*La decadencia de Occidente*– hubiera sido traducida al castellano. El historiador argentino solía recalcar su amistad con el pensador alemán, a quien Quesada conoció gracias a su esposa⁵⁷⁵.

Los diarios bolivianos recogieron rápidamente la noticia de su llegada a La Paz, retrasada por un desplazamiento de tierra que lo obligó a permanecer algunos días en la

⁵⁷³ Artículo firmado por WDM, *La Gaceta de Bolivia*, N° 20, 18/11/1934.

⁵⁷⁴ ALP/ A de V, caja 1.

⁵⁷⁵ Sandra Carreras, “¿Cómo circulan los saberes? La relación intelectual entre Leonore Deiters, Ernesto Quesada y Oswald Spengler”, en *Políticas de la memoria*, Anuario del CeDInCI, N° 8-9, 2008, pp. 221-228.

sureña ciudad de Tupiza. “Ha sido un viaje en cierta medida repentino, pues ha obedecido a que las circunstancias y la invitación del señor Posnansky han removido toda la curiosidad y el interés que guarda para mi esta tierra... ha sido también un motivo eficaz para hacerlo en estas precipitadas condiciones mi deseo de hacer ciertos estudios sobre la cultura precolombina, visitando personalmente los lugares donde perduran esas culturas”, le dijo Quesada a un periodista del diario *La República*⁵⁷⁶. Las repercusiones del argentino resultan más claras si mencionamos que entre quienes escucharon su conferencia estaban el presidente Hernando Siles, el vicepresidente Abdón Saavedra, Daniel Sánchez Bustamente y Felipe Guzmán, entre otras personalidades político-intelectuales de la Bolivia de entonces.

No fue casual la convocatoria de Quesada ni la popularidad del tema elegido. Por esos años de entreguerras, el fin de la ilusión (ingenua) en el progreso era un clima de época. Escritores, poetas, estudiantes, se lanzaron a diversas aventuras teóricas y estéticas antiliberales. El vitalista Franz Tamayo entusiasmaba a los estudiantes radicales quienes ya comenzaban a interesarse por Spengler, y muchos reivindicaban la *kultur* contra la *civilisation*; tensión que puede sintetizarse en espíritu frente al materialismo (concepción utilitaria de la vida)⁵⁷⁷. O en la “naturaleza viviente de Goethe” frente a la “naturaleza muerta de Newton”. Pero además, Spengler fue un precursor, un difusor *avant la lettre*, de la idea poscolonial de “provincializar” Europa y criticó el relato hegemónico de la historia universal:

He aquí lo que le falta al pensador occidental y lo que no debiera faltarle precisamente a él: la comprensión de que sus conclusiones tienen un carácter histórico-relativo, de que no son sino la expresión de un modo de ser singular y sólo de él. El pensador occidental ignora los necesarios límites en que se encierra la validez de sus asertos [...] La validez universal es siempre una conclusión falsa que verificamos extendiendo a los demás lo que sólo para nosotros vale⁵⁷⁸.

Para Spengler —y he aquí su atractivo en ese entonces— los ciclos culturales son “organismos” que nacen, crecen, envejecen y mueren, y eso le estaba ocurriendo a Occidente en el clima pesimista de la primera guerra mundial. En efecto, era una época

⁵⁷⁶ *La República*, La Paz, 12/1/1926, reproducido junto a otros artículos de diarios, como notas al pie, en Ernesto Quesada, “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo...”, *ob. cit.*

⁵⁷⁷ Adam Kuper, *Cultura: la versión de los antropólogos*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

⁵⁷⁸ Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa Calpe, [1918] 2009, p. 54.

donde estaba a la orden del día la búsqueda de relevos para Occidente. En este marco, desde el púlpito de la universidad, Quesada saludó en el alemán al “gran pensador de este primer tercio del siglo XX” y convocó a “construir una disciplina autónoma de la ciencia precolombina”, adhiriendo al indigenismo arqueológico de Posnansky, quien además operó de guía entre las ruinas. Retomando las difundidas tesis sobre el comunismo incaico y en un cierto giro indigenista en su vejez, Quesada continuó:

Y cuando, cabalmente, en los momentos actuales, el tremendo experimento bolchevista en Rusia organiza aquella nación con una orientación comunista marcada –la socialización del trabajo y la intervención del estado en todas las manifestaciones– el estudio de nuestras culturas precolombinas, como la incaica, basadas en los mismos principios comunistas y de absorción del individuo por la comunidad, resulta por ello mismo doblemente interesante⁵⁷⁹.

En efecto, a partir de estas ideas, Quesada polemizará con Spengler sobre el rol de las cosmovisiones indígenas sudamericanas en ese descentramiento de Occidente⁵⁸⁰. Quesada sostiene que, “para la inmensa mayoría americana el ciclo cultural occidental, eminentemente urbano, es cosa perfectamente ajena y con la cual carecen de puntos de contacto los millares de indígenas de América, pues son elementos incontaminados con los gérmenes de la decadencia de aquel ciclo, desde que nunca formaron parte de él”⁵⁸¹.

¿De dónde vendrán, entonces, los elementos para la renovación cultural? He ahí parte de la polémica:

Spengler sostiene que vendrán de Asia, por conducto del elemento eslavo, porque la población rusa es, en su inmensa mayoría, incontaminada con los gérmenes de la decadencia de un ciclo cultural del cual, en realidad, ha sido ajena, desde que la europeización petrínic fue siempre artificial y sólo de una reducida minoría. A eso le he observado –dice Quesada– que hasta ahora la ley histórica de los ciclos culturales lleva la dirección de Oriente a Occidente, de modo que, tras el ciclo cultural occidental, hoy eminentemente europeo, debería lógicamente seguir un ciclo cultural americano, pero no

⁵⁷⁹ Quesada, “Spengler...”, *ob. cit.*, pp. 24-25.

⁵⁸⁰ De hecho, Spengler admitirá al jurista e historiador argentino que carecía de suficiente material en alemán sobre el tema de las culturas indígenas en América, y le pide textos en francés o inglés, ya que no leía el castellano.

⁵⁸¹ *Ibidem*, p. 43.

anglosajón, sino sudamericano, con carácter netamente indianista y no caucásico. No admite Spengler tal posibilidad, pero le falta el conocimiento in situ del problema americano para poder compararlo con el problema eslavo. Si el alma rusa es ajena a la cultura occidental, también lo es el alma indígena americana; si aquella, más cercana a la naturaleza que a la civilización urbana es de índole comunista y religiosa, cosa análoga sucede con la otra; si la población eslava tiene que despertar para servir de fermento a la nueva vida cultural, parecida cosa tendría que suceder con la población indígena americana. Y si es cierto que el alma rusa es virgen, por no haber tenido hasta ahora cultura propia, en cambio el alma americana, que tuvo evidentemente esa secular y propia cultura, ha rehecho esa virginidad después de 5 siglos de barbecho. En el fondo, el alma indígena americana es tan virgen como el alma eslava, porque vive en contacto directo con la naturaleza y es refractaria a la civilización urbana, con todas sus lacras físicas y morales. En ambos casos, pareceme, la situación espiritual es la misma⁵⁸².

Esa argumentación alimenta una convicción: es en el despertar de las razas americanas donde yace el “secreto del porvenir que asombrará al mundo en la forma del nuevo ciclo cultural” frente a la “senilidad y chochez” en la que se va extinguiendo el ciclo actual. De ahí que los “sociólogos objetivos” deban “auscultar esa alma aún dormida y tratar de percibir los futuros nuevos latidos”. Por eso Quesada critica los intentos de llevar migrantes europeos a Bolivia y enfatiza que Spengler debería visitar – como él mismo lo estaba haciendo– a esta “estupenda Suiza americana” (apodo dado a Bolivia en virtud de su mediterraneidad) para observar los movimientos fetales del nuevo ciclo cultural, próximo a su alumbramiento.

Bolivia atraía la atención de esta sociología antiliberal y filosofía telurista. Tres años más tarde, en 1929, será el conde alemán Hermann Keyserling quien visitará La Paz y en una de sus conferencias comenta entusiasmado: “Bolivia es la América en trasunto, y América es el continente que puede ufanarse de una fuerza más plasmadora que cualquier otro. Bolivia es probablemente la parte más antigua de la humanidad y no hay mejor promesa de futuro que un pasado remotísimo, porque no hay fin en el tiempo”⁵⁸³. En el artículo “La potencia telúrica andina” escribió que “Jamás conocí

⁵⁸² *Ibidem*, p. 44.

⁵⁸³ Guillermo Francovich, *El pensamiento boliviano...*, *ob. cit.*, p. 88. Keyserling (1880-1946) es una de las figuras de la filosofía alemana no académica del siglo XX; aunque cayó en el olvido –se ocupan de él los historiadores intelectuales, mas no los filósofos– tuvo gran influencia en América Latina en los años 20 y 30 (desde Argentina hasta México). Fundó la Escuela de la Sabiduría en 1920; bajo el régimen nazi

almas tan bronceas como las de aquellos habitantes de las grandes alturas ni me pareció más extraño lo que a pesar de todo habría de reconocer humano”⁵⁸⁴.

Keyserling llegó al gélido y árido altiplano el 14 de agosto, cansado e indispuesto, y desde La Ceja de El Alto, donde lo esperaba el entonces joven empleado de la Cancillería Augusto Céspedes y personalidades intelectuales y universitarias, bajó hasta La Paz ⁵⁸⁵. El conde de origen lituano tenía previsto dar una conferencia sobre cómo se forma una nación. Eso era todo un desafío: a 4000 metros de altura, el paisaje altiplánico parecía el lugar menos indicado, precisamente, para construir un país. Se alojó en el Hotel París, ubicado en una de las esquinas de la Plaza Murillo, y el rector de la UMSA, el ingeniero –cultor del estilo neotiwanakota– Emilio Villanueva, y el encargado de Negocios de Alemania, Ludwig Mays, se encargaron de su estadía en La Hoyada paceña⁵⁸⁶. *El Diario* dedicó un suplemento especial al alemán (el domingo 18 de agosto) con un artículo de Daniel Sánchez Bustamante y una síntesis de sus ideas escrita por Carlos Alberto González. Unos días más tarde se refirió al filósofo el intelectual socialista nacionalista Félix Eguino Zaballa, quien buscó vincular “lo planetario spengleriano” con “lo ecuménico de Keyserling”, y todo en el marco del “rumor socialista idéntico de todas las masas en todos los países del mundo”⁵⁸⁷. El 20

sus actividades fueron limitadas al extremo, como lo cuenta la propia Victoria Ocampo, quien lo visitó en Alemania por esos años (Ocampo, *El viajero...*, *ob. cit.*). Andrés Kurz recuerda que en su reseña de enero de 1929 del *Diario de viaje de un filósofo*, el texto más leído del alemán, [Bernardo J.] Gastélum interpreta a Keyserling como la reconciliación entre Nietzsche y Spengler, los dos iconos de la irracionalidad, ya que corrige el pesimismo spengleriano y enseña la virtud al “hombre belicoso y dominador de Nietzsche”. Por las vueltas de la historia, y de la circulación de los libros, Keyserling es recordado por haber sido rechazado, en sus cortejos, por Victoria Ocampo, como ella lo deja saber en el ya citado libro (Andrés Kurz, “El pensamiento de Hermann Keyserling”, en *La Jornada semanal*, 23/11/2008, versión *on line* consultada el 11/2/2012, disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2008/11/23/sem-andreas.html>).

⁵⁸⁴ Keyserling, “La potencia telúrica...”, *ob. cit.*, p.30.

⁵⁸⁵ “[Céspedes] Recordaba de sus tiempos de oficial de protocolo de la Cancillería la vez que llegó de Buenos Aires nada menos que el Conde Hermann de Keyserling, que había sido huésped de Victoria Ocampo [...] Pues bien, el Conde llegó por ferrocarril a La Paz en agosto de 1929. Años después Victoria Ocampo recordaría que el hombre era un *gran bebedor, gran comilón, gran conversador, desbordante de vitalidad, exuberante, ególatra, infantil, orgulloso, genial y arbitrario*. Céspedes fue a buscarlo a la estación y lo dejó en el hotel París para que descansara. Al día siguiente en la mañana acudió nuevamente al hotel y el gerente le dijo alarmado que el Conde se hallaba muy indispuesto. Cuando entraron a la habitación, Keyserling estaba sentado en un sillón con la mirada perdida en el horizonte, muy pálido y rígido como en un estado cataléptico. Céspedes se alarmó y fue corriendo a buscar a un médico. Este, después de un examen cuidadoso le dijo al oído: *Lo único que tiene este hombre es un fuerte estreñimiento; basta que le pongamos una lavativa y quedará como nuevo*. En efecto, aplicada la receta, el Conde recuperó su color y su apetito habitual aunque se negó de plano a salir de paseo a Tiahuanacu y otros lugares, alegando que el paisaje de la puna ya lo había capturado desde la ventanilla del tren. Y era cierto” (Mariano Baptista Gumucio, *Evocación de Augusto Céspedes*, La Paz, Neftalí Lorenzo E. Caraspas, 2000. p. 15, destacado en el original).

⁵⁸⁶ Juan Pablo De Rada, “El filósofo Keyserling en La Paz”, en *Página Siete*, 14/4/2013, pp. 20-21.

⁵⁸⁷ “Félix Eguino Zaballa, “Fascetas de la filosofía de H. Keyserling”, *El Diario*, 19/8/1929, p. 7.

de agosto el mismo periódico publicó un diálogo exclusivo de diez minutos con el filósofo, que acompañaba con la noticia de su conferencia.

Villanueva había concertado la conferencia de Keyserling para el martes 20 de agosto de 1929 en el Teatro Municipal. El día anterior, el escenario estaba reservado para las funciones de la Compañía de Teatro Tiahuanaco, que con su obra Manco Kápac, del guionista Adán Sardón, aprovechaba la ola nacionalista imperante en esos días de conflictos diplomáticos con Paraguay y creaba, de manera involuntaria, el “clima” para el telurismo keyserliniano⁵⁸⁸. Entre esos años y la primera parte de los años treinta, podemos identificar algunas de las lecturas de los paceños “culturizados” a partir de la publicidad de la librería La Paz (ubicada en Ingavi esquina Yanacocha) que promovía títulos como *Manual de la nueva Rusia* (Anatolie de Monzie); *El infierno y Stalin. Un mundo nuevo a través de un hombre* (Henry Barbusse); *Figuras simbólicas y El mundo que nace* (Keyserling); *Cuestiones modernas de historia* (Rafael Altamira); *Telepatía y clarividencia y Nuestras fuerzas ocultas* (Panchadasí). Además la librería paceña ofrecía las revistas *Amauta* (editada por José Carlos Mariátegui en Lima), *Labor*, *La Sierra*, “y otras revistas de Vanguardia”.

Apenas se recompuso, el Conde Keyserling pidió recorrer las calles paceñas y, según un reportero, lo que más capturó su atención fueron los trajes multicolores de los indígenas, a los cuales empezaba a admirar por sus esfuerzos de sobrevivir en este agreste entorno natural⁵⁸⁹.

El automóvil llegó al Montículo, en Sopocachi, desde el cual el pensador alemán divisó las enormes serranías, para finalmente posar su vista en el nevado perpetuo del Illimani. Después de recorrer el centro, el automóvil se dirigió hacia la zona de Obrajes y Calacoto, entonces todavía cubiertas por la naturaleza (hoy zonas urbanas y muy pobladas). El pensador se fijó en las casas de los indígenas y sus ojos se concentraban atentamente en la humanidad de aquéllos. En ese instante, Keyserling se acercó al reportero y le dijo: “Este país es muy original”. Inmediatamente le preguntó “si el indio había influido en la vida política del país, si ha tenido hombres de estudio”. Ante la respuesta del reportero, el filósofo mencionó que “es un valor que habría que aprovechar y esto es muy importante para el porvenir de este país”⁵⁹⁰. Por razones de salud no visitó Tiwanaku y desistió de viajar a Perú. Ante el lamento de un periodista

⁵⁸⁸ De Rada, “El filósofo Keyserling...”, *ob cit.*, p. 20-21.

⁵⁸⁹ *Idem.*

⁵⁹⁰ *Idem.*

sobre la suspensión del viaje a las ruinas cercanas a La Paz, el Conde respondió que, de todos modos, “ya las percibo [esas culturas] con los ojos del espíritu”. “Mis interpretaciones del Oriente, la China, la India, no las he realizado a plan de excursiones: las he realizado con las facultades intuitivas que permiten acercarse a los grandes centros espirituales, al alma misma de los pueblos, desde el silencio de un cuarto de hotel [...] el filósofo no necesita explicar lo que ve sino comprender la enorme relación de las cosas descubriendo sus significaciones sutiles”⁵⁹¹. Parte de lo que captó fue un gran parecido con el Tibet.

Pese a lo breve de su estadía en La Paz, en sus *Meditaciones suramericanas*, escritas tres años después, Keyserling recordará sus vivencias en el Altiplano como las más intensas de su gira por América del Sur. De hecho, se refiere a ellas al comienzo del libro de algo más de 400 páginas con un lenguaje que deja ver la trascendencia mística que les atribuye, al punto de constituir, según él, un parteaguas en su vida: paisaje primordial, levadura de la creación, fuerza telúrica, horror, son algunas de las imágenes que Sudamérica le provocan al conde báltico. Vale la pena citar in extenso sus impresiones vitales en el Altiplano, para captarlas en una dimensión que sólo su pluma puede transmitir (esa pluma y ese tono daban forma, justamente, a su filosofía): en esas tierras de altura sintió desmembrarse su propio cuerpo, tomó conciencia de su mineralidad y sufrió una metamorfosis probablemente similar a la de los reptiles cuando las influencias telúricas les plantearon el dilema de convertirse en mamíferos o perecer:

En la altiplanicie de Bolivia llegué a experimentar cuán profundamente había penetrado en mí aquella tierra. Ya había presentido que viviría allí algo prodigioso. Una tarde, mucho tiempo antes de mi salida de Europa, surgió de pronto en mi pensamiento, sin conciencia ninguna de lo que podía haber provocado su emergencia, la frase siguiente: “Lo más interesante de toda Suramérica es la puna”, enfermedad, endémica en ciertas regiones mineras precisamente delimitadas y que proviene evidentemente de las emanaciones del subsuelo. Penetré, pues, interiormente preparado, en sus dominios. Mas no esperaba en modo alguno lo que en ellos me sucedió, y que yo sepa ningún blanco ha vivido nada semejante, quizás porque hasta ahora ninguno ha sido tan profundamente penetrado por aquella tierra. Querer explicar la puna por la altitud es tan insensato y tan irreverente como especular sobre marcas de cerillas con el objeto de adquirir algún conocimiento sobre el infierno.

⁵⁹¹ “Hoy dará su primera conferencia el Conde Hermann Keyserling. Diez minutos con el ilustre filósofo”, *El Diario*, 20/8/1929, p. 7.

Todo mi equilibrio orgánico quedó destruido en un plazo brevísimo. Los órganos específicos del equilibrio fueron los primeros en fallar; siguieron luego síntomas de inflamación cerebral; los riñones y el hígado enfermaron gravemente y las glándulas salivares rehusaron seguir funcionando; sólo el corazón se mantuvo firme. Más que una enfermedad fue una verdadera desagregación de mi organismo, tal como una roca se desagrega bajo la acción del ácido fluorhídrico. Metamorfosis análogas, pero infinitamente más poderosas, fueron, sin duda, las que en el transcurso de la historia de la tierra condicionaron las catastróficas metamorfosis de las faunas. Mi estado de ánimo era, correlativamente, análogo al que acaso hubo de ser el de los reptiles cuando las influencias telúricas les plantearon el dilema de convertirse en mamíferos o perecer. Me sentí parte del devenir cósmico tan íntimamente como el embrión habría de sentirse, si tuviera conciencia, parte de un proceso orgánico supraindividual. Supe, entonces, que, entre otras cosas, soy tierra y pura fuerza telúrica. Soy tierra y no sólo como material, pues este no-yo es una parte esencial de aquello como lo cual me experimento. En el crisol de la puna, la constelación de elementos telúricos por mi encarnados luchaba con otros más poderosos. Y si no hubiera abandonado a tiempo aquel campo de batalla, la lucha hubiera terminado con mi muerte o con una transformación.

[...] En el curso de la batalla que por mi identidad hube de librar en el crisol de la puna, adquirí conciencia de mi propia mineralidad. Y comprendí en un nuevo sentido aquella nostalgia de la muerte que se apodera de mi una y otra vez como un vestigio obsesionante. [...] Esta prepotencia de los influjos telúricos ha impreso su sello al hombre de las alturas andinas. El hecho de que las residencias de los príncipes fueran construidas, todavía en la época de Tiahuanacu, en forma de tumbas, tiene una significación simbólica: El hombre de aquellos parajes es propiamente mineraloide. A mi juicio, estos indios son mucho más antiguos de lo que la investigación histórica admite. Esta civilización de altura en derredor del lago Titicaca me da la impresión de algo inhumano⁵⁹².

El día de su conferencia, Keyserling llegó al teatro Municipal poco después de las cinco de la tarde. La concurrencia, según *El Diario*, alcanzó las tres mil personas. Keyserling inició su exposición con una idea: la convicción de que cada ser humano es

⁵⁹² Hermann Von Keyserling, *Memorias suramericanas*, Madrid, Espasa Calpe, 1933, pp. 19-22. Sobre la visita de Keyserling a Sudamérica, *cfr.* También María Rosa Lojo, “Los viajeros intelectuales: Keyserling y Frank, en Historia de una pasión argentina de Eduardo Mallea”, en *Taller de Letras*, N° 42, 2008, pp. 73-90.

único, que cada uno tiene un estilo al hacer las cosas⁵⁹³. Afirmó que uno no puede repetir lo que otro hizo, que cada uno tiene su sello propio. En resumen, dijo que “esto explica quizás el aspecto más trágico de la vida, aquella realidad: la ley de la no repetición. ¡En la vida se presenta una vez, nunca más!”⁵⁹⁴. Aclaró que tanto el espíritu como el estilo propio son la base de las naciones. La encarnación perfecta de la nación la dan los espíritus animadores, creando el espíritu de la raza.

Describió que el espíritu de una persona creativa puede influir en los espíritus de una nación, de un hombre que gracias a su genio, gracias a la encarnación perfecta del espíritu de la raza en su propia personalidad, dio un alma propia al pueblo que no la tenía. Es así como “Grecia se volvió Grecia –nación– gracias a Homero”. “Lo mismo sucede en nuestros días, Rabindranath Tagore ha creado el alma en toda la historia del presente, haciendo vivir en cada una de sus palabras y de sus frases parte del alma india. Una nación es siempre una unidad espiritual”. Una vez concebido su espíritu, esa nación está destinada a plasmar su estilo, su forma original de ser. Keyserling explicó que “cuando no se ha formado el estilo propio no hay posibilidad de considerar la nación. No hay posibilidad de considerar valor alguno. El atavismo puro, en estas circunstancias, en nuestros días, no tiene ningún valor”. Habló de las culturas americanas y destacó que éstas lograron un estilo original ante la enorme fuerza de la naturaleza en América; y la vitalidad de América es tan grande que hace pensar que muchas cosas del pasado habrán de resurgir. El conde de origen lituano terminó su disertación con estruendosos aplausos del público⁵⁹⁵. El 21 de agosto dictó su segunda conferencia, “El espíritu de la tierra” –también transcrita en su totalidad por *El Diario*–, en el marco de la cual le fue entregado el doctorado *honoris causa* de la Universidad Mayor de San Andrés. Allí refirió que para Bolivia no hay mejor promesa de provenir, en virtud de ser la parte más antigua de la humanidad.

Victoria Ocampo le achacaba a su particular amigo Keyserling pecar de “elefanteasis interpretativa” en sus libros, y esos desvaríos exotistas tiñen las páginas de todas sus *Meditaciones*. Pero ello no le impidió seducir a escritores e intelectuales bolivianos que se motivaron en el telurismo para buscar la sustancia de la nación; los *Apus* o cerros tutelares del espectacular paisaje del Altiplano eran una buena fuente de inspiración, y los restos del imperio tiwanakota –ahora leídos en clave vitalista– estaban

⁵⁹³ En una entrevista periodística anunció que hablaría en castellano.

⁵⁹⁴ “Keyserling dictó ayer su primera conferencia en el Municipal”, *El Diario*, 21/8/1929, p. 7.

⁵⁹⁵ De Rada, “El filósofo Keyserling...”, *ob cit.*, pp. 20-21.

ahí para mostrar al mundo que la maltrecha República de Bolivia, que había perdido todas las guerras y que se aprestaba a perder una más, que carecía de vías de comunicación que permitieran transformarla en un verdadero cuerpo nacional y cuya población se componía mayoritariamente de indígenas analfabetos y desarraigados, tuvo su edad de oro, un imperio que había logrado una centralización del poder digna de los Estados “de verdad” y que a la vista de ello no podía menos que haber sido poblado por una verdadera raza superior. Alguna de esas tesis defendía Arturo Posnansky, como lo ha puesto de relieve –dando cuenta de pliegues menos explorados de su pensamiento– el historiador Pablo Quisbert.

Don Arturo y el “poder de la raza”

La vida de Arthur Posnansky (1873-1946) o Don Arturo (como era llamado en La Paz) quedó definitivamente ligada a las ruinas a las que consagró la mayor parte de sus energías vitales desde que a sus 24 años llegó a Bolivia desde Austria, donde terminó enrolándose en el ejército boliviano en la Guerra del Acre (1899-1902) contra Brasil⁵⁹⁶. En esa suma de escaramuzas entre el débil Estado boliviano y los secesionistas de origen brasileño –dedicados al negocio del caucho– Bolivia perdió parte de su territorio a manos de Brasil.

Como recuerda Schávelzon, la vida de Posnansky fue “una permanente aventura: capitán de barco, combatiente en el Amazonas, cauchero, cartógrafo, etnólogo, náufrago y sobreviviente. Su apetito intelectual no reconocía límites. Idolatrado y odiado, acumuló grandes hallazgos, pero también grandes errores que jamás rectificó”⁵⁹⁷. Un “amateur” que supo ganar tanto prestigio en su momento como descalificaciones lanzadas desde la arqueología académica, inclusive más tarde la nacionalista. Sin embargo, muchas de las cosas que dice el indianismo del siglo XXI sobre estas ruinas no son ajenas a la mezcla de trabajo entusiasta, activas capacidades de polemista e “imaginación exaltada” de este austriaco –de familia polaca y formación germánica– nacionalizado boliviano, que terminó sus días en el Altiplano.

⁵⁹⁶ Carlos Ponce Sanginés, *Arthur Posnansky y su obsesión milenaria. Biografía intelectual de un pionero*, La Paz, Cima, 1994, pp.11-20.

⁵⁹⁷ Daniel Schávelzon, “La arqueología como ciencia o como ficción: Arthur Posnansky en Tiahuanaku”, en *Todo es Historia*, Nº 309, Buenos Aires, 1993. Versión *on line* consultada el 12/11/2011, disponible en <http://www.danielschavelzon.com.ar/?p=1825>).

Su monografía de graduación en la ciudad de Pola (hoy Pula) como marino-ingeniero anticipó su futuro de arqueólogo. Con el título “La isla de Pascua y sus monumentos prehistóricos”, y sin haber pisado jamás Sudamérica, trazó una comparación entre esa isla hoy chilena y las ruinas de Tiwanaku⁵⁹⁸.

En 1897 abandonó Europa y se estableció en la amazónica Manaos, en el auge de la fiebre del caucho. Su barco Anni –traído de Hamburgo– le permitió hacer fortuna comprando caucho boliviano y vendiéndolo en Brasil. Pero esa nave tendría un devenir sorprendente: al comenzar la guerra entre Bolivia y Brasil por el control de parte del territorio de estas ricas y selváticas regiones, Posnansky, que había tomado partido por la causa boliviana, utilizó su barco para transportar armas y tropas, lo que fue de gran ayuda para las misérrimas fuerzas dirigidas desde La Paz⁵⁹⁹. Su vida de arqueólogo – que lo hizo conocido en gran parte del mundo– comenzó en 1904, ya como “benemérito de guerra” instalado en la sede de gobierno de Bolivia. Pero dos años después pasaría a la historia por otra faceta de su carácter emprendedor: conducir el primer automóvil que se conoció en Bolivia. Llevó un Mercedes en 1906, que quedó registrado, en medio de miradas asombradas de un grupo de indígenas, en una fotografía en el libro *Bolivia* que la estadounidense Marie Robinson Wright publicó en 1907⁶⁰⁰.

Más allá de la verosimilitud de sus aseveraciones sobre Tiwanaku –en ese entonces y más tarde refutadas en varios de sus aspectos, como la antigüedad de más de 12.000 años– la construcción posnanskiana del pasado de los indios altiplánicos brinda una plataforma conceptual y emotiva para pensar en un renacimiento glorioso de una raza que se encontraba en apariencia en el límite de sus fuerzas pero que tenía la energía para resurgir. La principal peculiaridad del arqueólogo fue considerar que la herencia tiwanakota, aunque oculta, estaba inscrita en los aymaras del Altiplano, incorporando así una visión optimista sobre su futuro cuando muchos se esforzaban en mostrar lo contrario, para justificar, entre otras cosas, su minoría de edad política (no hay que olvidar que en 1900, como ya mencionamos, aun la élite se entusiasmaba con la desaparición biológica de los indios).

Para defender sus ideas, Posnansky escribió abundantes artículos y libros, tomó fotos, llevó a las ruinas a grupos de visitantes de diversos países, participó en congresos internacionales, dibujó planos, fue concejal de La Paz, presidió la Sociedad Geográfica

⁵⁹⁸ *Ibidem*.

⁵⁹⁹ *Ibidem*.

⁶⁰⁰ Ponce Sanginés, *Arthur Posnansky..., ob. cit.*, p. 30.

Boliviana, construyó su propia casa-museo...⁶⁰¹. Si grandes proyectos como la Plaza del Hombre Americano –frente al estadio de Miraflores en La Paz– quedaron inconclusas es posiblemente por la debilidad crónica del Estado boliviano para “construir la nación” más que por falta de energías del encolumne austriaco. En los años veinte incursionó además en el mundo de la producción cinematográfica, con su sello Cóndor Mayku Films, de donde salió, en 1926, el largometraje *La gloria de la raza*, estrenado en cines. Su guión se estructura a partir del diálogo de un arqueólogo con un venerable anciano uru (cultura del lago Titicaca), “quien revela la historia de sus antepasados, previa consulta tradicional con las hojas de coca, y le habla sobre la desaparición de la civilización de Tiahuanacu”⁶⁰².

Lo que nos interesa destacar aquí no son las numerosas polémicas arqueológicas de Posnansky *stricto sensu*, que las tuvo en abundancia⁶⁰³, sino el efecto político/intelectual de alguna de sus hipótesis –especialmente las de los años 30– en la idea de nación que por entonces se encontraba fuertemente disputada entre el viejo Estado oligárquico y las renovadas fuerzas nacional-populares. Posnansky buscó explicar el hiato entre la gloria de la raza constructora de las imponentes ruinas tiwanakotas y el “miserable indio” que en ese entonces habitaba en Altiplano. En esas ruinas estaban condensadas, según él, las energías para el renacer de la raza y de la nación.

⁶⁰¹ Schávelzon, “La arqueología...”, *ob. cit.*, Ponce Sanginés, *Arthur Posnansky...*, *ob. cit.*

⁶⁰²El cine nacional dio por estos años sus primeros pasos en su acercamiento a la temática indígena con otros filmes: *Corazón aymara*, de Pedro Sambarino, y *La profecía del lago* [Titicaca] de José María Velasco Maidana –ambas de 1925–. Pero si *Corazón aymara* y *La gloria de la raza* fueron bien recibidas o al menos toleradas, no ocurrió lo mismo con *La profecía del lago*, que fue un auténtico film “maldito” para la época. La historia traspasaba los límites de la tolerancia social de la élite: el guión narraba los amores de un pongo y la esposa de un rico hacendado. El actor Donato Olmos Peñaranda –quien participó en la película– recordó alguna vez que “como el film escandalizó tanto el día de su estreno, no duró ni dos días en cartelera”; pero su destino fue aún peor: la cinta fue incinerada por orden de un juez. (Alfonso Gumucio Dragón, “Cine mudo y cine silenciado: la obra de Velasco Maidana”, *Cinemascine*, revista electrónica, edición N° 12, 2010. Versión *on line* consultada el 2/3/2011, disponible en <http://www.cinemascine.net/dossier/cine-mudo-y-cine-silenciado-la-obra-de-velasco-maidana-14>).

Según Gumucio, el film se proyectó en algunos lugares del interior de Bolivia y más tarde se recuperó una copia incompleta. Pero sin duda la película estrella de Velasco Maidana fue *Wara Wara* (1929) que narra el amor menos perturbador entre un hidalgo español y una princesa aymara. Asimismo, este proceso de búsqueda de la sustancia de la nación se verificó en el teatro (con la creación de la compañía Tihuanacu), la escultura (con Marina Núñez del Prado), la arquitectura neotiwanaokota, el folklore, las artes gráficas, etc. En el arte se destacó Cecilio Guzmán de Rojas con su *Cristo aymara*, Mario Alejandro Yllanes (1913-1960), con sus murales en la escuela de Warisata, y otros pintores indigenistas (Beatriz Rossells, “Espejos y máscaras de la identidad. El discurso indigenista en las artes plásticas (1900-1950) en *Estudios Bolivianos* N° 12, [La cultura del pre-52], La Paz, Instituto de Estudios Bolivianos, 2004, pp. 297-400).

⁶⁰³Entre sus famosas polémicas están las que lo enfrentaron con José Imbelloni, Max Uhle, Ibarra Grasso, Juan Comas, entre otras (*cf.* Ponce Sanginés, *Arthur Posnansky...*, *ob. cit.*, pp. 105-129).

Posnansky encontró en la civilización tiwanakota al Estado centralizado que proponía en esos años como modelo de avance civilizatorio, pero su apuesta iba más allá aunque nunca fue propiamente nazi. Empero, elaboró sus tesis sobre la construcción de Tiwanaku por una raza superior (*herrenvolk*) –los kollas– que había invadido la región⁶⁰⁴. Eso no era muy extraño, la reivindicación de las razas de bronce era común en Perú y Bolivia pero bajo la lógica que la historiadora peruana Cecilia Méndez sintetizó en la fórmula: “incas sí, indios no”, lo que en Bolivia operaba simplemente cambiando incas por tiwanakotas.

Lo interesante de Posnansky fue su convicción de que los aymaras contemporáneos, de carne y hueso, eran quienes habían heredado esas potencialidades, lo cual construía un nuevo horizonte de sentido para pensar el siempre vilipendiado vínculo entre los indios y la civilización (no hay que olvidar que a menudo se consideraba a los indígenas una raza degenerada y vencida, poco apta para el progreso). Es esta relación entre la gloria de Tiwanaku y el futuro del indio boliviano lo que nos interesa retener acá: como señala Quisbert, “Para Posnansky, el legado de la raza estaba ahí intacto, a pesar de todas las desgracias por las que habían pasado los indios; para volver a retomar el camino de una nueva edad dorada sólo hacía falta mover los resortes íntimos para que el ‘poder de la raza’ se manifestara expresamente”⁶⁰⁵. Ya el 14 de agosto de 1911 en una conferencia pronunciada en La Paz, Posnansky decía: “[...] No hay ninguna duda que las razas que hablan aymara y habitan la meseta andina, en la parte que pertenece hoy a Bolivia, tienen en sus venas restos de la excelente raza de Tihuanacu”⁶⁰⁶.

⁶⁰⁴ Quisbert, “La gloria de la raza...”, *ob. cit.* p. 181. Más tarde el francés Jacques de Mahieu, colaboracionista de Vichy y luego de la guerra migrante a Argentina y miembro del peronismo –en el que logró cierta influencia–, entre sus teorías conspirativas lanzó la curiosa tesis de que Tiwanaku fue un imperio construido por los vikingos, y no por los indios (*Cfr.* como resumen de sus posiciones e investigaciones de los treinta años previos, *El imperio vikingo de Tiahuanacu (América antes de Colón)*, Barcelona, Nuevo Arte Thor, 1985. Desde una posición contraria, Emeterio Villamil de Rada, consideró en la primera mitad del siglo XIX que el aymara constituía el origen de todas las lenguas, e incluso que el paraíso bíblico estaba en Bolivia (Sorata), e incluso intentó convencer al emperador de Brasil (Villamil residía en Río de Janeiro) de que financiara sus investigaciones, en gran parte filológicas y muy eruditas. *Cfr.* Emeterio Villamil de Rada, *La lengua de Adán y el hombre de Tiguanaçu*, La Paz, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, [1888] 1939.

⁶⁰⁵ *Ibidem*, p. 196.

⁶⁰⁶ Posnansky, *Tihuanacu y la civilización prehistórica ...*, *ob. cit.*, p. 12. En el folleto Posnansky es presentado como Capitán teniente de ingenieros y secretario del XVII Congreso de Americanistas y de la Sociedad Geográfica de La Paz. El artículo fue republicado en 1939 (*Tihuanacu: Antología de los principales escritos de los cronistas coloniales, americanistas e historiadores bolivianos*. Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, La Paz, Biblioteca Boliviana N° 2, pp. 195-239).

Todos los viajeros y la mayor parte de la gente del país, suponen al indio un ser imbécil y de inteligencia un poco superior a la de los seres irracionales, y que por esto debe ser tratado como menor de edad y sin la garantía de los derechos civiles que le da la constitución de su país. Los viajeros escritores lo hacen porque en su superficial estudio del país y desconociendo el idioma autóctono, no pueden introducirse en la confianza del indio, como tampoco pueden observar su índole, sus verdaderas costumbres, para poder apreciar el gran tesoro intelectual que duerme en esta desgraciada raza.

El indio, como todos los seres de la raza antigua, es filósofo por excelencia y su idiosincracia que los europeos desprecian es justamente el fruto de la enorme edad y experiencia de una larga cultura en condiciones climatológicas desfavorables. Los antecesores de estas razas que vivían en el Altiplano, construyeron ya obras megalíticas, cuando en Europa y parte de Asia desconocían el fuego y aun cubrían su desnudez con pieles de animales salvajes⁶⁰⁷.

Las causas de la posterior degeneración del indio “hasta el miserable indio que habita hoy el Altiplano” Posnansky las encuentra en una serie de desastres naturales (erupciones volcánicas, inundaciones) –dado que se trataba de una raza superior era más fácil suponer cataclismos que conquistas–, pero, sin embargo, en esos aymaras derrotados dormía algo de las antiguas razas gloriosas que pusieron en pie la “cuna del hombre americano”. Es más, Posnansky se lanzó a buscar ejemplares de esa raza kolla pura, para lo cual tomó fotografías, realizó mediciones antropomórficas, estudió cráneos y desarrolló indagaciones lingüísticas. Incluso llegó a pensar que esos kollas indómitos –y braquicéfalos– poblaban las comunidades libres mientras que la mayoría de los colonos de hacienda eran aruwakes (la raza con cráneos dolicocefalos que los kollas supuestamente derrotaron en Tiwanaku) “sometidos hace miles de años” y que cumplen las obligaciones de colonos⁶⁰⁸.

Así, Posnansky jugó un papel a priori paradójico: contribuir al desarrollo del indigenismo desde posiciones eugenistas, antiigualitarios, antidemocráticas y organicistas (e incluso filonazis⁶⁰⁹). El indianismo de Posnansky iba en paralelo con la mestizofobia, especialmente los mestizajes entre indígenas y blancos; no obstante, los

⁶⁰⁷ *Ibidem*, p. 30.

⁶⁰⁸ Pablo Quisbert, “‘La gloria de la raza’...”, *ob. cit.*, p. 200.

⁶⁰⁹ No obstante, Posnansky se distancia de la idea nazi de raza, precisamente en su artículo “Qué es la raza” (1943), y considera que esa categoría fue usada por el nacionalsocialismo sólo como arma política, e incluso esgrimida contra un grupo que no constituye una raza sino una congregación religiosa mosaica (citado en Quisbert, “‘La gloria de la raza’...”, *ob. cit.*, p. 205, nota 41).

operados entre indígenas los consideraba como positivos para el mejoramiento racial⁶¹⁰. Estas imágenes del indio puro frente a los mestizos degenerados iban a ser compartidas por varios de los organizadores de la Semana indianista, al tiempo que –como ya vimos con Marof y veremos más adelante– ya era cuestionada por intelectuales que veían en el mestizaje la sustancia y el cemento necesario para unir la nación. Algunos, como Carlos Medinaceli, como queda retratado en su novela *La Chaskañawi* (1947), verán en la chola a la verdadera *entrepreneur* boliviana, llena de vitalidad e incluso de sensualidad.

Empero, el indianismo fue un terreno de lucha entre diversas concepciones ideológicas. En ese contexto, hubo también un indianismo de izquierda que buscó llevar por otros rumbos, de carácter emancipatorios, la cuestión de la educación del indio, constituyendo un verdadero universo de ideas, relaciones y espacios de sociabilidad articulados alrededor de la educación indígenal cuya meta fue sacar al indio de la tutela de los patrones agrarios y construir un futuro promisorio recuperando a las energías de la raza, en algunos casos apelando al “comunismo incaico” que para sus impulsores aún habitaba en los aymaras del presente y permitía pensar en una modernización no occidental del indio y del país, en cuyo caso la escuela, a diferencia del normalismo hegemónico, debía funcionar como “un organismo de función integral y de raíz aborígen”⁶¹¹.

Warisata, o la utopía colectivista de redención del indio

En este apartado queremos concentrarnos en un hombre y una obra: Elizardo Pérez y su *escuela-ayllu* construida en la localidad de Warisata, en lo que constituyó un emblemático proyecto del indianismo pedagógico de izquierda que permanece en la historia boliviana como una suerte de leyenda acerca de la enconada lucha de los indígenas por (re)construir sus formas de vida frente a los ataques gamonales para mantener el sistema de hacienda. Más allá de sus virtudes educativas, Warisata se transformó en un símbolo, al que contribuyeron las memorias escritas de sus protagonistas, los libros de fotos y las redes intelectuales y artísticas construidas a su alrededor.

⁶¹⁰ *Ibidem*, p. 199.

⁶¹¹ Elizardo Pérez, *Warisata. La escuela-ayllu*, La Paz, Ceres/Hisbol, [1962] 1992.

En los años diez del siglo XX, Pérez había trabajado como inspector de educación del departamento de La Paz, lo cual le permitió recorrer el país y ver directamente las pésimas condiciones en las que se desarrollaban las escasas escuelas indígenas, donde era que las había. Pese a las normas aprobadas para estimular su construcción, los hacendados se negaban a poner en pie unidades educativas en sus haciendas por una razón evidente: percibían la educación del indio como una amenaza hacia su poder local, que mantenía formas de servidumbre como el pongueaje, además de otros trabajos obligatorios de los indios en vialidad y correos.

Fue en esos recorridos que Pérez conoció al indígena Avelino Siñani, que había montado una pequeña escuela cuyo dinamismo sorprendió al inspector llegado de la sede de gobierno. Corría el año 1917 y lo que apenas podría haber sido un encuentro fugaz se transformó en el germen de una relación que una década y media más tarde devendría en el proyecto estrella del indigenismo educativo boliviano, cuyas repercusiones llegaron hasta México, donde atrajeron la atención de los educadores del nacionalismo revolucionario del país azteca. La descripción que Pérez hace de Siñani refleja el fondo de su proyecto educativo de escuela-ayllu:

[...] su cultura no residía en los ámbitos de Occidente, era la cultura de los amautas del Inkario, de los sabios indígenas de antaño, capaces de penetrar tanto en el misterio de la naturaleza como en el de los espíritus humanos. Avelino Siñani era la encarnación de la doctrina contenida en el *ama sua, ama llulla ama kella** y en dimensión insuperable. Obligado a gravitar en su pequeño mundo, abrió una escuelita, pobrísima como él, en la que se proponía nada menos que la liberación del indio por medio de la cultura⁶¹².

Como hemos visto, la lucha por la educación era, también, una de las batallas de los llamados caciques apoderados, conformando un mismo “paquete” junto a las demandas por la reconquista de las tierras usurpadas y el autogobierno indígena.

A comienzos de la década del treinta, luego de ser nombrado Director de la Escuela Normal Indigenal de Miraflores, en La Paz, Pérez se lanza a una campaña contra el normalismo, “esa monstruosa farsa [...] que ha corrompido a toda una generación de maestros bolivianos”, lo que hará que su cargo concluya en sólo quince

* No seas ladrón, no seas mentiroso, no seas ocioso.

⁶¹² Pérez, *Warisata...*, *ob. cit.*, p. 62. Bajo el actual gobierno de Evo Morales la nueva Ley de educación fue bautizada precisamente Avelino Siñani.

días⁶¹³. No obstante, no fue despedido del ministerio y con el aval del Ministro de Educación, el pedagogo indigenista se lanzó a lo que sería el eje de su vida: la fundación de la escuela-ayllu. Luego de evaluar algunas zonas –como Santiago de Huata– volvió a Warisata, con el objetivo de fundar una escuela no en un pueblo dominado por los vecinos mestizos sino en el seno mismo de una comunidad indígena, en este caso a 12 kilómetros de Achacachi, una combativa región aymara ubicada en la provincia de Omasuyos, cerca del Lago Titicaca. Fue así como el 2 de agosto –más tarde declarado el Día del Indio–, se puso la piedra inaugural del proyecto que, en medio de todo tipo de dificultades y privaciones materiales, logró construir un enorme edificio en pleno altiplano, decorado con murales de destacados pintores de la época, como Mario Alejandro Yllanes y estimulado con el apoyo de Cecilio Guzmán de Rojas –recién llegado de España–, que atrajo la atención del ambiente artístico/cultural paceño que mostraba simpatías por la redención del indio. Para Pérez, esta redención se lograría mediante la “escuela del esfuerzo”, lo que recuperaba algunas de las tesis vitalistas de Eugenio d’Ors⁶¹⁴. Estas ideas atrajeron a escritores como el peruano residente en Bolivia Gamaliel Churata y Raúl Bothelo, quienes también contribuyeron con “la obra”, dictando clases y ayudando en la infinidad de tareas que debía enfrentar la escuela. Entre los políticos tradicionales, uno de sus sostenedores entusiastas fue el presidente Tejada Sorzano (1934-1936).

La meta de la escuela no era otra que *rehabilitar* a la sociedad indígena colectivista mediante una serie de núcleos escolares que, imitando a Warisata, debían ser distribuidos en las diferentes regiones ecológicas de Bolivia, en la que “la contribución social del ayllu –su participación directa en la dirección de la escuela– constituye el fundamento de la pedagogía indigenal”⁶¹⁵. En ese sentido, la nueva escuela es una escuela *del* indio, y no una escuela *para* el indio. Con un apoyo mínimo del Estado, y mucho de la mística personal de Pérez, debía ser la propia comunidad (y así fue) la encargada de poner en pie la escuela y luego dirigirla mediante un Consejo de Amautas. Los maestros debían estar más cerca del apostolado –a favor de la liberación del indio– que de la psicología del empleado público, lo cual, dadas la titánica lucha contra el ambiente y la escasez de recursos, fue efectivamente así.

⁶¹³ *Ibidem*, p. 69.

⁶¹⁴ Pérez no cita a d’Ors, pero sí lo hace Carlos Salazar Mostajo, figura importante de Warisata, a través de Carlos Medinaceli (Carlos Salazar Mostajo, *Warisata mía! Y otros artículos polémicos*, El Alto, El cóndor boliviano, 2006, p. 158).

⁶¹⁵ Declaración de principios, citada en Albarracín Millán, *Sociología indigenal...*, *ob. cit.*, p. 49.

El proyecto, además de Pérez como director, contó con el apoyo de un maestro de carpintería, uno de mecánica y cerrajería y otro de albañilería. El propio director se mudó a una *chujlla* (choza) para mostrar su compromiso y diferenciarse de los maestros rurales que terminaban formando parte de las redes dominantes que, junto al cura, el corregidor y el patrón, vivían de las exacciones a los indios. Será justamente en ese entramado llamado gamonalismo donde Warisata encontrará un enemigo jurado que bregó durante una década por destruirla. En verdad, Warisata no era exactamente un ayllu, sino una zona comunitaria absorbida por la hacienda, que funcionaba como territorio sujeto a la explotación de los terratenientes de Achacachi, que habían ido despojando a los indios de sus tierras en un proceso de expansión del régimen de colonato con tufillo “feudal”. Pese a las desconfianzas iniciales, una vez que Pérez mostró que no era “un maestro como los otros” la comunidad se lanzó a construir la escuela, en un titánico trabajo en el que la adversidad de estas heladas tierras altiplánicas era directamente proporcional a la precariedad de medios y sólo la “emoción indigenista” transmitida por Pérez permitiría construir un enorme edificio, de gran calidad, en el yermo andino. En clave vitalista, Pérez definía así su proyecto:

No fui a Warisata para machacar el alfabeto ni para tener encerrados a los alumnos en un recinto frente al silabario. Fui para instalarles la escuela activa, plena de luz, de sol, de oxígeno y de viento, alternando las ocupaciones propias del aula con los talleres, los campos de cultivo y construcciones⁶¹⁶.

Fue de esta forma que el modelo Warisata debía modelar al indio moderno, “capaz de captar los deberes de su tiempo y elevarse al nivel humano de que lo priva la cultura mestiza”⁶¹⁷. En paralelo a sus actividades educativas/productivas, la escuela desarrolló una campaña de profilaxis entre las comunidades y promovió deportes hasta entonces desconocidos por los aymaras altiplánicos, como la natación.

Todo en esta escuela debía ser indígena: su régimen de gobierno, sus métodos de enseñanza, sus instituciones, todo debía ser extraído de la experiencia del ayllu, “del tesoro de la sabiduría telúrica, en la acepción que a esta palabra le da Keyserling”⁶¹⁸. Frente a los dos bandos religiosos enfrentados –católicos y evangélicos–, la enseñanza de Warisata era laica y tendía al fomento de la tolerancia religiosa. El objetivo de

⁶¹⁶ Pérez, *Warisata...*, *ob. cit.*, p. 86.

⁶¹⁷ *Ibidem*, p. 89.

⁶¹⁸ *Idem*.

construir también una estética indígena en su arquitectura llevó a Pérez a organizar una excursión al las islas incaicas del lago Titicaca, de la que participaron la escultora Marina Núñez del Prado y la poetiza Yolanda Bedregal (ambas muy jóvenes), junto a los pintores Yllanes y Fausto Aoiz⁶¹⁹. Los dibujos y fotos tomados en las islas del Sol y de la Luna sirvieron de base para la construcción del “Pabellón México”, destinado a los talleres, y punto inicial de otros que también llevarían el nombre de países latinoamericanos. Pero comenzar por el país de la revolución –con apoyo del presidente Cárdenas– no era casual: la ideología mexicana era una experiencia inspiradora clave de la “pedagogía hecha edificio”, tal como Joachim Schroeder denominó a la escuela al analizar su arquitectura. Warisata constituía una suerte de “micro-estado utópico”, en el que convivían el indigenismo sociopolítico con el indigenismo estético, como puede verse en las fachadas del pabellón México, que incluían los lemas: “Trabajo, paz y libertad” y “Arte neoindio para el pueblo”⁶²⁰.

La escuela tenía externados e internados y se fueron construyendo seccionales. Era, además, sede del Instituto de Investigaciones Indológicas, que buscaba dar respuesta al problema indígena en forma integral. Ya en la Primera Asamblea de Maestros Indigenistas de octubre de 1936 (durante el régimen del socialismo militar) se había aprobado una Declaración de Principios para la educación campesina en línea con el pensamiento de Pérez, en la que se señalaba que el problema del indio es “económico-social” y se denunciaba que “la situación del indio boliviano es semejante y aún peor que la del mujik ruso”⁶²¹.

No caben dudas que Pérez buscó colocar a Warisata como un modelo de la educación campesina en todo el país, especialmente luego de ser nombrado Director General de educación Indigenal en los primeros días de 1937. Armado de una épica capaz de multiplicar los miserables recursos estatales invertidos, Pérez se embarcó en una hercúlea misión: replicar Warisata en diferentes ecorregiones de Bolivia, tarea que desplegó viajando en soledad por los rincones más alejados e inhóspitos de la geografía nacional. De esta forma, intentó poner en pie núcleos en Mojocoya (Sucre), Jesús de Machaca (altiplano), Moré (en la selva beniana) y en la región subtropical del Chapare. También se buscaba replicar el modelo en las varias escuelas indigenales ya existentes (como por ejemplo Carasabe), pero pronto fue quedando claro que el sistema de Pérez

⁶¹⁹ *Ibidem*, p. 133.

⁶²⁰ Marco Thomas Bosshard, “Warisata en el arte, la literatura y la política boliviana”, en *Revista de Estudios Bolivianos*, Universidad de Pittsburgh, vol. 15-17, 2008-2010, pp. 64-90.

⁶²¹ Pérez, *Warisata...*, *ob. cit.*, p. 168.

requería de una mística y un esfuerzo sobrehumano para el cual no era fácil encontrar las personas idóneas. El tipo de maestro-militante capaz de renunciar a casi todo a favor de una obra incierta acechada por enemigos formidables no abundaba en el país.

Al igual que Warisata, estas escuelas debían contar con internados y externados y reproducir escuelas seccionales dependientes del núcleo central. En cuanto a la diversidad interna de Bolivia, cabe destacar que si en los Andes se trataba de rehabilitar una sociedad india preexistente, en el caso de los indígenas de tierras bajas, especialmente en la selva amazónica, la tarea debía ser una mera civilización del indio: su desnudez y su nomadismo dejaban en claro, para los indigenistas, que a diferencia de los descendientes de los incas, en esas selvas subtropicales no había civilización alguna. “A los primeros grupos [de Carasabe] se los captaba desnudos y en una espantable promiscuidad, y hubo de conservarles este sistema de vida durante cierto tiempo, para introducirlos poco a poco en las prácticas civilizadas”⁶²². Una carta escrita por la joven profesora Juanita Tacaná, fue publicada en el periódico socialista *La Calle* bajo el título “Profesorita de salvajes”. Allí la maestra –que había vivido en Europa– describe que “Los salvajes parecen muy contentos y son muy bien tratados por los profesores, especialmente por el Director señor Carlos Loayza Beltrán [...] la primera noche que me encontré con los salvajitos pensaba: Quién es raro aquí? Ellos o yo? Sin embargo, yo”.

Como queda claro, la educación indígena tal como Pérez la concebía trascendía los aspectos puramente pedagógicos –se centraba en la educación por el trabajo y el arte– y la escuela era una institución clave en la defensa social del indio frente a los hacendados, lo que evidentemente no era del agrado de los “gamonales” que veían como sus propios colonos y comunarios de los alrededores iban siendo influidos por las ideas subversivas de una escuela a la que percibían como una verdadera célula destinada al levantamiento social y como un arma comunista contra los derechos de propiedad que desde “épocas inmemoriales” poseían los latifundistas de “estirpe colonial”. Además, Pérez se había ligado a dos “marofistas”: Eduardo Arze Loureiro⁶²³ y Alipio Valencia Vega; ambos se desempeñaban, respectivamente, como Inspector General y como

⁶²² *Ibidem*, p. 205.

⁶²³ Nacido en Cochabamba y perteneciente a la generación del centenario y de la reforma universitaria, Arze Loureiro fue especialista en cuestiones indígenas. Realizó estudios completos en Santiago de Chile, donde se inició en política junto a José Aguirre G. con el pseudónimo de “Delgado”. Militó en el POR desde su fundación hasta 1938, fecha en la que se produjo la escisión de los seguidores de Tristán Marof, que formaron el Partido Socialista Obrero de Bolivia, partido al que apoyó (Lora, *Diccionario político...*, *ob. cit.*).

Secretario de la Oficina de educación indígenal dirigida por Pérez. El propio Marof visitó la obra a fines de los años treinta.

Pero no fueron sólo los terratenientes quienes se opusieron a los objetivos de Pérez. Entre sus rivales, al interior del Estado, estaba el periodista y educador Rafael Reyeros, fundador del núcleo escolar Utama, en la localidad de Caquiaviri⁶²⁴.

Posnansky ya había advertido –en una carta a Pérez en 1937– que no había que hacer del indio un “cholo perezoso, ni un artesano ruin, borracho e informal, sino un buen y conciente agricultor que obtenga de la tierra todo lo que la tierra puede dar”⁶²⁵. Para ello, Posnansky relataba cómo en su propia hacienda fue logrando que los indios dejaran de considerar que los fertilizantes eran una ofensa a la Pachamama (¿qué otra cosa podía parecer el echarle bosta de animales?) y se embarcaran en una agricultura más moderna y conciente. Estas ideas eran compartidas por Reyeros y por Pérez. Ambos creían que la educación campesina debía contar con talleres y campos antes que con aulas de instrucción “formalista y teórica”. En ambos casos propiciaban la educación activa, por el trabajo, antifeudal y no religiosa. Pero si Pérez buscaba de algún modo potenciar la desconexión entre el ayllu y el pueblo mestizo, Reyeros se proponía precisamente lo contrario, tender “antenas entre el ayllu y la ciudad, que sirven de nexos, de mayor afinidad y que sean, antes que nada, escudos que protejan al nativo de la exacción y del abuso”⁶²⁶. Ello conllevaba una verdadera discrepancia de fondo con el proyecto Warisata: Reyeros aceptaba “rehabilitar” al indio, pero creía que “redimirlo” –es decir, “sacarlo a flote” a partir de su cultura milenaria–, no era sino una utopía, en su sentido de impracticable e inviable. La tarea, pues, no era revivir esa cultura incaica perdida sino “hacer del indio lo que somos nosotros”, es decir civilizarlo⁶²⁷. He ahí el meollo de los enconos con Pérez, que no sólo fueron teóricos sino también se tradujeron en una virulenta disputa personal (sumado al hecho de que la escuela de Caquiaviri recibía más fondos públicos que la de Warisata, lo que había sido denunciado públicamente por Pérez).

⁶²⁴ Nacido en 1904, se inició como periodista en *La Prensa* de Oruro y luego pasó a *La Patria*. En 1926 fue uno de los redactores de *Bandera Roja*, junto a Felipe Reque Lozano, Oscar Cerruto, Julio M. Ordóñez, y Carlos Mendoza. Colaboró en varios medios de comunicación escritos. Formó parte de una misión oficial para estudiar la educación indígenal en México, a su retorno participó en el Departamento de Asuntos Indígenas del Ministerio de Educación e incursionó en las escuelas indígenas. Dedicó algunos de sus libros a estos temas. Fue encargado de Negocios en la Alemania Federal. En 1940-47 y 1951 participó como diputado en el parlamento. En 1949 se inscribió en Falange Socialista Boliviana (*Ibidem*).

⁶²⁵ Rafael Reyeros, *Escuelas para los Indígenas Bolivianos*, La Paz, Universo, [1937] 1946, pp. 247-248.

⁶²⁶ *Ibidem*, pp. 266-267.

⁶²⁷ *Ibidem*, p. 275.

Reyeros había logrado poner en pie la Oficialía Mayor de Asuntos Indígenas, desde donde impulsaba su propia visión y debilitaba la de su contrincante. Su postura era clara:

La educación indígena no ha de resolverse únicamente con buena voluntad y con un puñado de ideas lanzadas a todos los vientos. Hace falta mucho más, más que eso. Enormes recursos y ejércitos bien disciplinados de pedagogos, ingenieros, médicos, higienistas, camineros, deben enfrentar la obra con seriedad. [...] Trece núcleos de educación indígena, ubicados en diferentes centros de la República, no constituyen maquinaria para mover la rehabilitación del indio⁶²⁸.

La tarea era bolivianizar al nativo, homogeneizar el elemento humano... y en busca de legitimidad, Reyeros citaba al propio Marof, quien como Mariátegui en los *Siete ensayos*, escribió en *La Tragedia del Altiplano* que “no queremos volver al pasado indio [...] Queremos servirnos de ese pasado para superarlo y agrandarlo”⁶²⁹. Por eso las escuelas de Reyeros no estaban en el campo sino en pueblos de provincia, como Caquiaviri.

Pero si un puñado de núcleos escolares no servía para modificar la situación del indio, sí provocaban inquietud en los hacendados. Que cada 6 de agosto –declarado Día del Indio en homenaje a Warisata– grandes concentraciones de aymaras se juntaran en las proximidades de la escuela, que llegaran delegados del gobierno cardenista (tema al cual nos referiremos en la tercera parte) y que redes de escritores y artistas levantaran a la escuela como símbolo de la resistencia india, sólo generó una hostilidad cada vez más manifiesta de la Sociedad Rural Boliviana hacia la obra de Pérez. No alcanzaron los artículos en *La Calle*, en defensa de la escuela y contra los abusos de los hacendados⁶³⁰. Incluso *El Diario* publicó que los propietarios de Achacachi amenazaron con expulsar a los maestros indigenistas, “si es necesario a palos”. El propio Pérez –aún Director

⁶²⁸ *Ibidem*, pp. 275-276.

⁶²⁹ *Ibidem*, p. 278.

⁶³⁰ Uno de los entusiastas con Warisata era el encargado de negocios de Estados Unidos en La Paz, Allan Dawson, quien le escribió al muralista mexicano Diego Rivera: “El señor Pérez ha hecho un trabajo magnífico en Bolivia en pro de la raza que constituye el 80% del país, no obstante la falta de recursos y la oposición de muchos elementos ciegos pero poderosos. En muchas cosas los colegas mexicanos podrían aprender de él. El eje de su sistema ha sido hacer escuelas no para los indígenas sino de ellos” (Pérez, *Warisata...*, *ob. cit.*, p. 216). También el proyecto recibió elogios del austriaco-estadounidense Franck Tannemaum, conocedor entusiasta de la revolución mexicana, quien escribió al Presidente Cárdenas: “El señor Pérez es el único en toda América Latina que ha realizado una labor de fondo para el indio [...] Se lo recomiendo a usted como amigo” (*Ibidem*, p. 217).

General de Educación Indígenal— expresaba su impotencia en una carta a ese medio, reproducida en la edición del 26 de julio de 1938, donde denunciaba el lanzamiento de la familia Cruz de su sayana y las amenazas contra los maestros de la escuela. Allí escribió que “Inútiles han sido los esfuerzos del Director de la Escuela y los míos para impedir que este bárbaro atentado pueda ser reprimido, pues prácticamente para la escuela y para el indio no hay autoridad alguna en toda la provincia, existiendo una verdadera conflagración en su contra”⁶³¹.

Como ha sintetizado Albarracín Millán, Warisata contó en sus comienzos con el apoyo de todos, pero cuando fueron quedando más claros sus perfiles ideológicos, surgieron los primeros adversarios: la Sociedad Rural y la Iglesia. Finalmente, el modelo Warisata se proponía quebrar, desde dentro de la propia hacienda, el sistema “feudal-burgués”. Por eso Pérez nunca pudo contar más que con el apoyo de tal o cual autoridad de manera individual. “Pérez y Salazar Mostajo habían olvidado que en México había tenido lugar una revolución”, pero en Bolivia “la creación de una escuela empeñada en la reconstrucción de la sociedad india, pagada por un Estado que se sostenía en la servidumbre india no dejaba de ser una ilusión”⁶³². En efecto, la “emoción indigenista” no logró vencer a los enormes poderes que tenía enfrente, y no sobrevivió al fin del socialismo militar luego del suicidio de Germán Busch en 1939, uno de sus sostenedores. Busch le habría dicho a Pérez: “Elizardo, lo sé todo, sé cómo te combaten y de qué clase son las fuerzas que tienes enfrente, porque son las mismas que están socavando mi gobierno. [...] Tú y yo caeremos juntos...”⁶³³.

La escuela fue cerrada en 1942, después de que un gobierno restauracionista sucediera al socialismo militar. Había sobrevivido una década.

⁶³¹ “La escuela de Warizata [sic] está en peligro de desaparecer”, *El Diario*, 23/7/1938, p. 7.

⁶³² Albarracín Millán, *Sociología indígena...*, *ob. cit.*, p. 57.

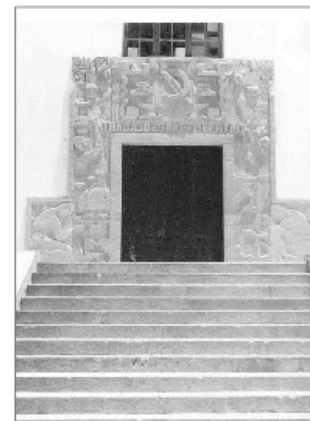
⁶³³ Pérez, *Warisata...*, *ob. cit.*, pp. 244-245.



Elizardo Pérez (al medio)
y Avelino Siñani (derecha).
Fuente: Carlos Salazar Mostajo.
*Gesta y fotografía. Historia de Warisata
en imágenes*, Lazarsa, La Paz, 2005.



Patio del edificio central ya terminado.
Fuente: Carlos Salazar Mostajo.
*Gesta y fotografía. Historia de Warisata
en imágenes*, Lazarsa, La Paz, 2005.



Portales del Pabellón México.
Fuente: Carlos Salazar Mostajo.
*Gesta y fotografía. Historia de Warisata
en imágenes*, Lazarsa, La Paz, 2005.

María Frontaura Argandoña: ¿Una maestra comunista?

La maestra María Frontaura Argandoña (amiga de Villegas y de Posnansky) fue una de las disertantes, como mencionamos, en la Semana indianista y una de las mujeres intelectuales que en los primeros años treinta participó activamente del debate sobre indianidad y nación en Bolivia⁶³⁴. Como la “elogieron” varios intelectuales de la época, “escribía como hombre” y se ocupaba de verdaderos problemas nacionales.

Egresada de la emblemática escuela Normal de Sucre, creada por los liberales a principios del siglo XX, por ese entonces se desempeñaba como docente de primaria y sindicalista en el departamento minero de Oruro, vecino a La Paz. Su conferencia en la Semana Indianista refiere al tema que deja plasmado en un libro titulado *Hacia el futuro indio* publicado en 1931 y reeditado un año después, cuando la conflagración del Chaco ya había estallado⁶³⁵. La obra fue prologada por el polémico intelectual (y político) Franz Tamayo y apenas abrirlo puede verse una foto de la autora con un elogioso comentario del arqueólogo francés Alfredo Métraux⁶³⁶, director del Instituto de Etnología de Tucumán y discípulo de Paul Rivet, presidente de la Asociación de Americanistas de París y en 1934 fundador del Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas⁶³⁷, lo que contribuía a legitimar su trabajo en un mundo intelectual dominado, obviamente, por varones. De hecho, son varios los intelectuales que comentan el libro y destacan que María Frontaura “no escribe como mujer”, y son estos comentarios (incluidos en la segunda edición) los que vuelven al volumen un buen termómetro del debate intelectual de la época en Bolivia y Perú en relación al eterno “problema indio”, que como apuntó con ironía Medinaceli era precisamente un problema de las élites, ya que los indios no se consideraban a sí mismos como un problema.

⁶³⁴La información biográfica sobre María Frontaura Argandoña es escasa: de acuerdo con el *Diccionario cultural boliviano* (en edición digital) de Elías Blanco Mamani, nació en Potosí, estudió en la Normal de Sucre y se casó con el muralista Mario Alejandro Yllanes (a veces escrito Illanes). Según familiares entrevistados, María Frontaura vivió en Estados Unidos desde la muerte de Yllanes y falleció en Cochabamba entre 1978 y 1979 (consulta telefónica con uno de sus sobrinos). Su hermano, Manuel Frontaura Argandoña (recientemente recordado con un monumento en el Prado de Cochabamba), fue un importante dirigente del MNR y autor de *El Litoral de Bolivia* (1968); *Descubridores e historiadores de Bolivia* (1971); *El tratado de 1904 con Chile* (1974); *La revolución boliviana* (1974).

⁶³⁵ María Frontaura Argandoña, *Hacia el futuro indio*, La Paz, Imprenta de la Intendencia General de Guerra, [1931] 1932. Utilizamos acá la segunda edición consultada en la Biblioteca Arturo Costa de La Torre-Archivo Municipal de La Paz.

⁶³⁶El nombre aparece a menudo castellanizado en las citas de la época.

⁶³⁷ Patricia Arenas, “Alfred Métraux: momentos de su paso por Argentina”, *Mundo de Antes*, 1, San Miguel de Tucumán, Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán, 1998, pp. 121-147.

En ese sentido, ni el título ni la temática del libro son sorprendentes, desde principios de siglo son muchos quienes se proponen utilizar los nuevos instrumentales de la ciencia para echar luz a las oscuridades de las razas autóctonas, ciencia que dio origen a la denominada *indilogía* o *indología*. Lo que vuelve destacable al ensayo, y lo transforma en una obra propiamente intelectual, es que fue escrito con la finalidad de orientar la acción de los maestros (y también las políticas estatales aunque esa no es su prioridad en ese momento) en favor de la redención del indio. De hecho, además de ser la base de su intervención en el salón indianista, sus tesis fueron presentadas ante la Primera Convención del Magisterio boliviano reunida en Oruro en la cual María Frontaura participó como delegada.

Un dato adicional: el libro fue publicado en su segunda edición por la imprenta militar, gracias a la gestión del ministro de Guerra José L. Lanza, a quien la autora agradece especialmente. Además de *Hacia el futuro indio*, María Frontaura publicó textos –libros y artículos– vinculados a los mitos indígenas, destacándose *Mitología aymara-quechua* (1935)⁶³⁸ con prólogo de Rivet. También colaboró en revistas como *Altiplano* (del magisterio orureño) o *Anhelos*, una publicación femenina cochabambina dirigida por Mercedes Anaya de Urquidí⁶³⁹. Y formó parte de la delegación boliviana del XXV congreso Internacional de americanistas en la ciudad argentina de La Plata, presidida por Posnansky⁶⁴⁰.

El libro es iniciado con un sugerente epígrafe para una joven miembro de la élite, que da cuenta del clima de época ya comentado:

⁶³⁸ María Frontaura Argandoña, *Mitología aymara-quechua*, La Paz, Editorial América, 1935.

⁶³⁹ Aunque generalmente contribuía sobre temas de folclore nacional, en forma de leyendas míticas, encontramos un artículo sobre la mujer moderna boliviana: “Qué distancia [hoy] de aquellos siglos en que [la mujer] tenía la categoría simpática de entidad disponible a un cierto rol alegórico como actividad de desenvolvimiento, siendo su único porvenir concebible el matrimonio. Niñas que egresadas de las aulas primarias con estrechos bagajes de contabilidad doméstica, muy menuda, y léxico suficiente para saber decir ‘papá’, ‘mamá’, ‘rico’, ‘bonito’, se estrenaban en el manejo –ni siquiera científico– de la casa. Y bien. De qué se iban a preocupar si en la escuela ya habían aprendido la gramática, la geografía de memoria y la religión, en su amplitud, del principio del temor y la hipocresía? Ah! La religión! El índice controlador de la moral femenina!. Más tarde, en la sociedad, munida de un disfraz de educación artística, a vivir la vida, trabajar para dignificarse? Jamás!. Habría sido denigrar al hombre, mucho más si era de pergaminos! [...] Por delante de todo, la preocupación de la moda, que día a día, pincelaba la paleta femenina con mayores preocupaciones. Intelectualmente? Mantenido en el prurito absurdo de establecer hegemonías imposibles” (María Frontaura Argandoña, “La mujer moderna boliviana”, en *Anhelos. Revista femenina de Arte y Actualidades*, Cochabamba, N° 4, 17/1/1930).

⁶⁴⁰ Allí presentó tres trabajos: “Mitología solar y telúrica de los grupos quechua y aymará del Altiplano”, “Estudio psicológico de las costumbres de los grupos quechua y aymará comparadas con las de los demás del continente” y “Fuentes de donde deriva la cultura autóctona auténtica de quechuas y aymarás”. (*Actas y trabajos científicos XXVº Congreso Internacional de Americanistas*, Tomo I, Universidad de Buenos Aires, Imprenta y casa editora “Coni”, 1934). Los trabajos sólo están anunciados en el programa pero no fueron publicados en la selección de los dos tomos sobre el congreso.

A los Maestros Indios que emprendan la inicial cruzada rehabilitadora de la Raza de Bronce; a vosotros que habéis sido mis abuelos; a vosotros indios, que formáis un poco de mi sangre, mucho de mi corazón, y, todo de mi espíritu; a vosotros raza de bronce –mi raza– en cuyos músculos palpitará el nuevo Alto Perú.

Casi de inmediato, la autora aclara que no se trata de una obra “frondosa ni magistral” sino de “un estudio del problema indio bajo el punto de vista educacional inmediato”⁶⁴¹, que no busca añadir nada significativo al estado en el que se encuentra la “indiólogía”, ni a los nutridos anaqueles de la bibliografía indigenista “desde que en la intelectualidad peruana comenzó a operarse un nuevo estado de conciencia para contemplar al indio”⁶⁴². En efecto, la parte principal del libro, titulada “El problema del indio. Visto por una maestra” comienza –como epígrafe– con una cita de Víctor Raúl Haya de la Torre sobre la fuerza social de la raza india⁶⁴³.

Su posición se concentra en dos ejes, aunque desarrolla más el primero: alfabetizar y educar al indio y hacerlo un propietario (de sus tierras). Y fue su propuesta (que expresa de manera genérica, por cierto) de partir las grandes propiedades agrarias junto con la ciudadanización de los indígenas la que pareció sacar de las casillas a un irónico columnista de un periódico de Sucre, que acusa de comunista a la maestra:

María Frontaura Argandoña es comunista. En la conferencia que dio en el Salón Indianista de La Paz sostuvo que hay que dar paso a la parcelación de la tierra dándola en propiedad al indio, y equiparlo en igualdad de derechos civiles, políticos y económicos al hombre civilizado. Un indio discutiendo en el foro, dando su voto en elecciones y girando cheques, ha de ser un fenómeno. Mejor sería bañarlo, cortarle el pelo y quitarle la coca, para que parezca gente⁶⁴⁴.

⁶⁴¹ Frontaura A., *Hacia el futuro indio...*, ob. cit., p. XIX.

⁶⁴² *Ibidem*, p. XXI.

⁶⁴³ Además, como un llamado a favor de su causa, Frontaura Argandoña invoca con religiosidad laica: “Sean benditos los nombres de Franz Tamayo, Haya de Latorre [sic], Uriel García, Luis Valcárcel, Rafael Larco Herrera, José Carlos Mariátegui, González Prada, Ricardo Rojas, Daniel Sánchez Bustamante, Corsino Rodríguez Quiroga, Jaime Mendoza, y la maravillosa juventud que encabezan los hermanos Víctor y Guillermo Guevara, José Varallanos, Nazario Chávez, Gamaliel Churata, José Portugal, Domingo Velasco Astete. Sean Benditos” (Frontaura A., *Hacia el futuro indio...*, ob. cit., p. 24).

⁶⁴⁴ Citado por Porfirio Díaz Machicao en sus comentarios en Frontaura A., *Hacia el futuro...*, ob. cit., p. 114.

No obstante, su propuesta es etapista: ciudadanizar al indio (dotarlo de sus derechos humanos), educarlo y luego volverlo un propietario, y en este proceso tienen un rol de primer orden los maestros, quienes “forjaron las más redentoras revoluciones de que se tiene memoria en los anales de la humanidad”⁶⁴⁵, por lo que el ensayo/manifiesto llama a labrar la “revolución humanista” ya “con cuatro siglos de retardo”. Así, propone las tareas que a su criterio debe asumir el magisterio, para las cuales debe procesarse un profundo cambio de actitud:

Dos obras pues nos corresponden hoy, y son las de educar a los niños con un criterio distinto a aquel que conocimos nosotros con respecto al indio. Si nuestros padres lo despreciaron y lo consideraron como a una lacra social, si alguien se atrevió a insinuar que se debiera hacer con los indios lo que los ingleses en Tasmania y los americanos del Norte con los pieles rojas, nosotros nos estamos aproximando a él con curiosidad y estamos incorporando el conocimiento de su estructura a la ciencia, y de sus capacidades espirituales en el arte, si algunos hemos llegado a amarlo y a considerarlo, no como un factor de regresión sino como a una fuerza social capaz de elaborar la nacionalidad futura, los de mañana realizarán la obra, y verán al indio de igual a igual⁶⁴⁶.

En línea con Posnansky, María Frontaura sostendrá que los indios son herederos de una raza superior, y el fundamento de su reivindicación es que serían la única raza pura en Bolivia, de donde proviene su “eficacia racial”⁶⁴⁷. Pero la ignorancia de los españoles primero y sobre todo de los mestizos después, sólo se dedicó a “atribuir taras a una raza capaz de dictar enseñanzas a las que ahora ocupan situaciones de hegemonía en el rol de nuestra nacionalidad incipiente”⁶⁴⁸. La raza indígena es una raza pura, y en Bolivia no hay más que una raza: la indígena. Todo ello hace del indio una fuerza y no una tara. “El 90% de la energía nacional” proviene de los indígenas, decía Tamayo en 1910.

En un artículo en la revista femenina cochabambina *Anhelos*, María Frontaura propicia la educación especialmente para la mujer obrera e india, diferenciando a la migrante campesina que llega a la ciudad de la chola, que ya había ganado un lugar, como toda mestiza, sin dejar de transgredir las fronteras morales: “la chola, como

⁶⁴⁵ Frontaura A., *Hacia el futuro indio...*, ob. cit., p. 50.

⁶⁴⁶ *Ibidem*, p. XXV.

⁶⁴⁷ En sus tesis históricas toma temas y teorías en boga como las que establecen los nexos entre aymaras y quechuas y los Atlantis, o la idealización del “comunismo incaico”.

⁶⁴⁸ Frontaura A., *Hacia el futuro indio...*, ob. cit., p. 16.

empleada o sirvienta es ultrajada y explotada, para que a su vez como negociante y letrada sea la despojadora de la clase indígena” –apunta Frontaura Argandoña–. Y prosigue que

La mujer campesina que ingresa a la ciudad en tarea de comercio o en pos de trabajo, es aún más humillada, porque no dispone de mejores recursos de defensa que la chola vinculada a sus mil compadrazgos captados a costa de desprendimientos económicos o morales de origen denigrante [...] Por el contacto con el blanco y el cholo el indio ha perdido sus principales cualidades que le hacían apto para dominar regiones extensas [...] Estos tipos raciales son degeneraciones del blanco europeo y del indio autóctono⁶⁴⁹.

Aquí María Frontaura asume la larga tradición antichola. En efecto, Arguedas había sustituido a los blancos de su novela *Wata Wara* por mestizos en la nueva versión titulada *Raza de bronce*⁶⁵⁰. Varias obras literarias transmitían el rechazo y el temor a la invasión mestiza/chola, primero con los “caudillos bárbaros” (especialmente el “Tata” Manuel Isidoro Belzu⁶⁵¹) y luego con el Partido Republicano de Bautista Saavedra⁶⁵². De todos modos, el “cholaje” será también el exterior constitutivo del indianismo de Fausto Reinaga en los años 60, quien comienza *La revolución india* (1969) advirtiendo que no escribe para los cholos. Pero en los años 30, esta aplicación de las teorías de la superioridad de las razas a la exaltación de un sector oprimido económica, étnica y políticamente (aymaras y quechuas) considerados a menudo restos atávicos de una raza degradada y al borde de la desaparición tiene, sin duda, efectos diferentes a la exaltación de la raza aria en Europa. Para Frontaura Argandoña

⁶⁴⁹ Frontaura Argandoña, “La mujer moderna boliviana”, *ob. cit.*

⁶⁵⁰ Alcides Arguedas, *Raza de bronce*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2006. Prólogo de Edmundo Paz Soldán, p. XXXVI. “Los excesos del discurso de la degeneración ya no tienen una presencia retórica tan marcada. Ha pasado la era del “darwinismo a la criolla”. Eso no significa que Arguedas haya, en su maduración como escritor, afinado su capacidad de representación del indígena. Lo que ha sucedido es que la poética biológica degeneracionista, tan negativa en su juicio del indio y del mestizo, ha dado paso a una retórica mucho menos explícita, que a la vez que metaforiza al indio como miembro de la imperecedera y gallarda “raza de bronce”, lo condena como un ser premoderno a partir de la visión de sus costumbres como supersticiones descabelladas. En cuanto al mestizo, sobre él continúa recayendo el peso de la crítica arguediana” (Paz Soldán, prólogo, p. XXXVII).

⁶⁵¹ Andrey Schelchkov, *La utopía social conservadora en Bolivia. El gobierno de Manuel Isidoro Belzu 1848-1855*, La Paz, Plural, 2011.

⁶⁵² Sobre literatura y mestizaje ver Salvador Romero Pittarí, *Las claudinas. Libros y sensibilidades a principio de siglo en Bolivia*, La Paz, Caraspas editores, 1998; y Ximena Soruco, *La ciudad de los cholos. Mestizaje y colonialidad en Bolivia, siglos XIX y XX*, La Paz, PIEB-IFEA, 2012.

es menester convencerse ya que algo más de un siglo de dominación del elemento cholo y pseudoblanco en Bolivia, ha sido suficiente para demostrar claramente su incapacidad. [Por eso] El futuro de Bolivia no radica en la acción del cholo ni el blanco; su participación en la vida activa de la nación es transitoria y efímera, es resultado de un equívoco y de una injusticia; es un paréntesis en que esos dos factores paupérrimos, huérfanos de capacidad mental y moral, se han colocado en la palestra activa, hurtando la vigilancia que el destino de las naciones ejerce fatalmente sobre ellas⁶⁵³.

El futuro, al igual que el pasado, está en el indio. El degradado presente mestizo será así sólo una breve anomalía en una historia que se cuenta por milenios.

Esta visión se traducirá en una lectura de la independencia como un cambio de tiranos; incluso en muchos sentidos, la independencia empeoró la situación del indio (por la ruptura del “pacto colonial” del que habló Tristán Platt, diríamos en nuestros días). “El acta de la independencia altoperuana fue suscrita por un grupo de doctores y militares; ningún indio intervino en ella”⁶⁵⁴. Mientras tanto, “el indio QUE FUE MÁS LIBRE TODAVÍA CUANDO GEMÍA EN LAS MITAS DE LA DOMINACIÓN HISPANA, pasivo y olvidado elemento, hacía religión de su suprema indiferencia y de su escepticismo, que le hizo comprender que el cambio de chapetones por cholos, solo significó para él el estreno de un nuevo collar de hierro que remachó su servidumbre, con la única diferencia de que si, el español pretendió en ofrenda de su hidalguía y su nobleza ser bueno alguna vez, el amo cholo no lo es nunca ni lo será jamás”⁶⁵⁵.

Bastaba comparar la “maravillosa creación Tihuanacota [...] las capacidades físicas, mentales y morales del indio con la obra del mestizo que no ha podido construir una casa más que la que dejaron los españoles, empedrar una calle más de la que dejaron los ‘dominadores’, establecer una institución mejor, instrucción mejor” para ver que simplemente una “inútil y menguada casta” se apropió del poder tras la independencia. Por ello, la independencia altoperuana está aún por producirse. El llamado problema indio es en gran medida producto de la “ridícula suficiencia doctoral” del cholo, que trata al indio como una “desgracia nacional”⁶⁵⁶. Bolivia carga así con un doble fracaso: primero la conquista, después la República, por eso los maestros, más

⁶⁵³ Frontaura A., *Hacia el futuro indio...*, *ob. cit.*, p. 17.

⁶⁵⁴ *Ibidem*, p. 22.

⁶⁵⁵ *Ibidem*, p. 23 (mayúsculas en el original).

⁶⁵⁶ *Ibidem*, p. 24.

allá de educar, deben construir la patria... esa patria siempre esquiva en la que ni las élites ni los subalternos se sienten a gusto.

Pero ¿qué tara presenta la raza india?, se pregunta Frontaura Argandoña en línea con el vocabulario de la época: “Una, simplemente ocasional –responde–: que no está incorporado el juego de las actividades humanas del momento”⁶⁵⁷. Y no está incorporada en virtud de que

los blancos han hecho tanto como han podido para pervertirla, y ya los extraviados y artificiosos conceptos de justicia, moral y ecuanimidad que han pretendido introducir las autoridades civiles en su conciencia purísima y honrada, ya los fetichismos bárbaros de la religión exótica, original e incomprensible de los curas americanos han sido incursiones, verdaderas invasiones morales, que han atentado hacia la relajación de la conciencia indígena. El indio no ha adquirido nuevos hábitos, pero estos han sido suficientes para iniciar la relajación de los que acumuló durante el espacio evolutivo de siglos enteros⁶⁵⁸.

De este modo, la vuelta a la indianidad idealizada sirve como antídoto contra la Bolivia mestiza, impura, estancada e inmoral⁶⁵⁹. Y estos valores indígenas, potencialmente capaces de regenerar una nación que parecía hacer agua por todas partes, se concentran especialmente en las mujeres indias, a las que Frontaura Argandoña dedica líricas descripciones llenas de elogios, trazando las diferencias entre la mujer quechua y la aymara (esa mujer de acero).

¿Pero qué debe devenir el indio educado? Aquí la autora se muestra en parte contradictoria con ciertos pasajes previos, y lanza una afirmación con letras más grandes y resaltadas en negrita: “EL INDÍGENA NO DEBE SER DOCTOR, DEBE SER CAMPESINO”. “Debe conservarse en su medio ambiente, en la tierra en la que nació, a la que se integra, se encarna y la ama”⁶⁶⁰. Pero eso parece contradecirse con la página siguiente, donde afirma que “el indio es una fuerza, su raza es un capital para la nacionalidad. Así intelectual como espiritual y físicamente. Toda vez que el indio ha

⁶⁵⁷ *Ibidem*, p. 27.

⁶⁵⁸ *Ibidem*, pp. 31-32.

⁶⁵⁹ “El indio, empero, no solo requiere una educación material, sino una lenta modelación de psiquis, de modo que vuelva a recobrar el estado de alma que tuvo hace miles de años...” –dice Posnansky en el comentario al libro (Frontaura A., *Hacia el futuro indio...*, *ob. cit.*, p. 71).

⁶⁶⁰ *Ibidem*, pp. 25-26. Posiciones mucho más conservadoras, como la expresada por Salmón B. en la *Semana indianista*, sostendrían que el pongueaje había de ser erradicado gradualmente porque la servidumbre de los indios en las casas urbanas de sus patrones representaba un vínculo con la civilización (Salmón, *El indio escribirá mañana...*, *ob. cit.*).

logrado alcanzar a las universidades, se ha desenvuelto con capacidad intelectual notable: maestros sabemos perfectamente que el niño indio es casi siempre el mejor alumno”. La idea de “doctor” remite a las élites pueblerinas que sometían a los indios a variadas iniquidades. El manifiesto anarquista “La voz del campesino” (1929), al parecer escrito por Luis Cusicanqui, se refería en los peores términos a los abogados: “¿Qué diremos de los doctores Abogados y demás kellkeris [tinterillos]? ¡Oh! Éstos son los más ladrones y forajidos que nos roban con la Ley en la mano y si decimos algo va la paliza y de yapa nos mandan a la Cárcel para unos diez años y mientras eso, arrojan a nuestra mujer e hijos y terminan con el incendio de nuestras casitas y nosotros somos blancos de las balas de los hombres tan dignamente ilustrados...”⁶⁶¹. De hecho, como señala Gotkowitz, los beneficiarios de la venta de tierras comunales bajo el régimen de Melgarejo en la década del 60 del siglo XIX fueron, en gran medida, sectores mestizos ascendentes⁶⁶².

En efecto, pese a los actuales discursos indianistas y poscoloniales/subalternistas que enfatizan en los esfuerzos homogeneizadores del Estado, si acercamos la lupa podemos ver complejos matices. Françoise Martínez muestra con mucha precisión las diferentes etapas al respecto entre 1898 y 1920: de la posición original de civilizar/desindianizar/incorporar al indio durante la primera década del siglo XX se pasó a una posición de énfasis en la diferencia y en la necesidad de “atar” al indio a la tierra⁶⁶³. Y esta posición “asimilacionista” volverá a presentarse de otra forma con el nacionalismo revolucionario de los años 50, aunque con una separación urbano/rural de los programas educativos⁶⁶⁴. Ambas posiciones combinaban el “miedo blanco” –en el marco de la psicología del cerco de las élites bolivianas– y la necesidad de desarrollar la productividad agrícola. Por ejemplo, el pedagogo Teodomiro Beltrán, sostendrá en 1945, en un informe para la Sociedad Rural, que debía educarse al indio *en el campo* y

⁶⁶¹ “La voz del campesino”, citado en Silvia Rivera Cusicanqui, “La identidad ch’ixi de un mestizo: En torno a La Voz del Campesino, manifiesto anarquista de 1929”, en *La Hora Nacional*, 1/2/2012. Versión *on line* consultada el 2/2/2013, disponible en

http://www.lahora.com.ec/index.php/noticias/show/1101283453/-1/La_identidad_ch%E2%80%99ixi_de_un_mestizo%3A_En_torno_a_La_Voz_del_Campesino,_manifiesto_anarquista_de_1929_%2F1.html#.Urku6oXrXbk

⁶⁶² Gotkowitz, *La revolución...*, *ob. cit.*, p.47.

⁶⁶³ Martínez, « *Régénérer la race* », *ob. cit.*, p. 351 y ss.

⁶⁶⁴ Con todo, no se pierde del todo cierta idea roussoniana sobre el indio, como se puede ver en el epígrafe de la foto de tapa de la revista nacionalista *Pututo* (10/9/1953): bajo la foto de un indígena pone: “Concurso Folklórico Municipal ...la fantasía nativa reproduce en su folklore coreográfico esta concepción del hombre primario...”. El 26 de setiembre del mismo año, bajo la fotografía de un niño indígena abrazando un cordero apunta en tapa: “Primavera nativa ...esta escena bucólica, supremo trasunto de ternura instintiva, coincidió con la llegada de la primavera...”.

para el campo, “el propósito de la educación del indio no consiste en arrancarlo de su ancestral ambiente y transformarlo en un postizo y ridículo bachiller, para echarlo luego, como una plaga perniciosa, a los centros urbanos de la nación”⁶⁶⁵. ¿Paradójicamente?, Beltrán defiende la instrucción en idiomas ancestrales –quechua y aymara⁶⁶⁶– en escuelas-granja. ¿Pero qué debería aprender en ellas? Poco y nada: oficios manuales, imprescindibles en la profesión agraria: “reparar y embellecer su vivienda, fabricar algunos de sus utensilios caseros y de sus instrumentos de labranza, tejer la tela con la que confeccionará su abrigo y en fin, hacer con esmero y buen gusto, lo que ahora mismo sabe hacer de manera grosera y primitiva: eso y nada más deberá ser lo que alcance el indio en la escuela del tipo indicado”⁶⁶⁷. La falla habría residido en el esfuerzo por castellanizar a los indígenas:

Nuestro error esencial ha consistido, hasta aquí, en pretender que el indio ascienda de improviso al plano intelectual y ético en que nos hallamos situados. Hemos porfiado inútilmente, durante años y años por transformar las razas autóctonas en sentido de homogeneizarlas con la raza semi-instruida y semiblanca que somos nosotros, forzándolas a castellanizarse a tropezones, y lo único que hemos obtenido es un producto social híbrido, incoloro, sin personalidad definida y cargado de las taras de ambas razas y despojado de las pristinas excelencias del indígena puro y primitivo⁶⁶⁸.

Como podemos ver, Frontaura Argandoña no rompe con varios de los prejuicios de la época, pero no deja de incluir interesantes pasajes sobre la igualdad ciudadana.

Entrando en la Declaración de los derechos del indio, la autora había propuesto:

1-EL INDIO NO ES UN ESCLAVO: ES UN HOMBRE⁶⁶⁹.

2-Al amparo de la Constitución Política del Estado que otorga a los ciudadanos de la República los mismos derechos, dirigirá su acción social indigenista a hacerlos prácticos y efectivos bajo el siguiente punto de vista:

a) Derechos constitucionales: abolición de la esclavitud; derecho a la ciudadanía, derecho a la instrucción; derecho a la representación.

⁶⁶⁵ Teodomiro Beltrán, *Memoria de la Tercera Conferencia Nacional de Agricultura, Ganadería e Industrias Derivadas*, Federación Rural de Cochabamba, 12 al 20 de agosto de 1945, Cochabamba, Editorial Atlantic, 1946, p. 159.

⁶⁶⁶“Borrar y extirpar, como si fuesen cizaña perniciosa, el quichua y el aymara, riquísimos idiomas de inigualable expresión [...] comporta un error insostenible (Beltrán, *Memoria...*, *ob. cit.*, pp. 160-161).

⁶⁶⁷ *Ibidem*, p. 164.

⁶⁶⁸ *Ibidem*, p. 160.

⁶⁶⁹ Mayúsculas en el original.

- b) Derechos civiles: derecho a la propiedad.
- c) Derechos económicos: el indio es propietario de la tierra donde ha nacido por la perpetuación inalienable e imprescriptible de la tradición, la costumbre y el tiempo. Respecto a sus sistemas comunitarios; todo medio doloso de coacción sobre el indio para transaccionar con él sobre sus propiedades es un delito. El indio fue y deberá seguir siendo un propietario.

3- La Primera Convención de Maestros de Bolivia hará uso de todos los medios que su misión pone a su alcance, para difundir en la conciencia infantil y obtener en la Legislación Nacional, una obra efectiva y visible que en el decurso del tiempo dé el óptimo rendimiento de la incorporación de un millón de hombres a las fuerzas activas y eficientes de la NACIÓN.

Para ello se requería la construcción de escuelas normales para formar maestros indígenas y la actividad de los maestros en los cuarteles, aprovechando la masa de indígenas concentrados allí para cumplir con el servicio militar. La visión de Frontaura Argandoña es gradualista: primero, la educación, luego la tierra (la propiedad) y la transformación “industrial” de los territorios indígenas. Se trata, en todo caso, de un orden inverso al que, como ya vimos, proponía el socialista Tristán Marof, cuando reclamaba primero la tierra (es decir, la libertad del indio) y sostenía que ya con ese derecho el indígena se daría la educación que quisiera. La misma posición adopta Métraux, quien luego de elogiar el libro apunta: “A este indio hay que darle no tanta instrucción como medios para mejorar su nivel de vida, derechos sobre la tierra, alejar de los pueblos a los cholos y considerarlo con más simpatía y amor. Lo que [le] hace falta es dignidad”⁶⁷⁰. En el mismo sentido, quien firma F. D. de M. cita a Mariátegui para sostener que: “el nuevo planteamiento consiste en plantear el problema indígena en el problema de la tierra”.

La propuesta de la alfabetización en los cuarteles será criticada en el “Colofón” del libro por J. Guillermo Guevara quien además de señalar que esa experiencia había fracasado en Perú reclama educadores laicos capaces de brindar una educación científica, antifetichista, iconoclasta, ya que, “las religiones como las luciérnagas necesitan de la obscuridad para brillar”, decía Schopenhauer”. Esta posición se contrapone a la visión de un “reservista” que comenta el libro y en línea con las

⁶⁷⁰ Frontaura A., *Hacia el futuro indio...*, ob. cit., p. 87.

propuestas liberales de principio de siglo propone al cuartel como espacio para sacar a los indios del primitivismo⁶⁷¹.

Pero lo que genera mayor discusión es el tema del mestizaje. Por ejemplo, uno de los críticos que firma W. D. M. aplica las teorías raciales para discrepar con la autora y defender el mestizaje:

Divergimos totalmente de María Frontaura [sobre la cuestión del mestizaje]. Posiblemente, estos especímenes sociales, pueden momentáneamente ser o constituir zonas turbias, pero en modo alguno indefinidas. Entre los pseudo blancos, ocurre aún este fenómeno, pero en cambio, el cholo tiene una personalidad claramente concreta, recia y vigorosa. Tampoco puede ser un estado crepuscular. Sería en todo caso un estado crepuscular, pero matutino, ya que con Uriel García, Carlos Medinaceli y otros, comienza a asomarse en la América, una nueva conciencia. Despectiva para el mestizaje endomingado y pseudo aristócrata, y desdeñosa para el lirismo nativo, sentimental e improductivo⁶⁷².

Este mestizaje indígena/popular se plasmará primero en el Estado villarroelista en los años cuarenta⁶⁷³ y finalmente en el Estado nacionalista posterior a la revolución de 1952. Así, Fernando Diez de Medina –un nacionalista de derecha proveniente de una familia de la élite y ministro de Educación del gobierno del MNR– dirá en un discurso en el Teatro Municipal de La Paz:

Creo en el blanco, mantenedor de la tradición y la cultura. Creo en el indio, hermano en el dolor sujeto a las agrícolas tareas. Creo en el mestizo, cuyo ímpetu vital traspasa de tensión a obra nacional. [...] Ya es hora de desmentir a la sociología y a los difamadores. América es mestiza en lo antropológico y en lo cultural. Y en vez del antiguo desprecio con el que oíamos decir ‘es un cholo boliviano’, para significar el complejo de inferioridad racial, debemos gritar al mundo con voz nueva y orgullosamente *¡soy un cholo boliviano!*⁶⁷⁴.

⁶⁷¹ *Ibidem*, pp. 105-106

⁶⁷² Frontaura A., *Hacia el futuro...*, *ob. cit.*, pp. 105-106.

⁶⁷³ Cfr. Gotkowitz, *La revolución...*, *ob. cit.*, capítulo 6: “La ciudad reticente: El populismo de Villarroel y la política del mestizaje”.

⁶⁷⁴ Fernando Diez de Medina, “Una khantuta encarnada entre las nieves: análisis histórico y un mensaje de fe en torno al problema de la nacion alización de las grandes empresas mineras”, [Conferencia en el Teatro Municipal de La Paz], Ministerio de Prensa, Protaganda e Informaciones, 1952. Reproducida en *La Nación*, La Paz, 9/10/1952, (destacado nuestro).

Medinaceli –quien participó del grupo Gesta Bárbara– ironiza sobre el libro de Frontaura A.: “Es justo y urgente que se labore por la reivindicación social del indio, por su incorporación a la vida boliviana y por su culturización, pero estudiémosle con el más riguroso verismo, para no convertirlo –como hacen algunos cuentistas– en simple tema literario. Porque puede ocurrirnos otra desgracia: que lleguemos a tener dos indios; el de carne y hueso y el literario. Basta con el primero”⁶⁷⁵. Ese estudio sociológico de la actualidad de la vida, las aspiraciones y la realidad social indígena siempre fue escaso en el indianismo de los años veinte y treinta, que se enfocó en la edad de oro de quechuas y aymaras para construir un relato mítico regenerador de la deprimente realidad nacional.

En el libro se “coló”, además, un radicalizado comentario “comunista”. Entre las cartas remitidas a la autora como contrapartida de su envío del libro resalta la belicosa expresión juvenilista del entonces joven Porfirio Díaz Machicao, quien se destacaría como escritor. Siguiendo el “lema normativo de la juventud chilena”, titula su texto: “Contra nuestros padres”. Machicao apunta –desde un libro que como recordamos fue editado por la imprenta militar–: “Desde las más altas esferas del poder, con ayuda de la fuerza y con la ratificación de los satélites del dogma, se dictan leyes lesivas a la dignidad humana y se colocan fusiles y ametralladoras como muros defensivos del capitalismo patañista... Os negáis a la evolución, entonces habéis de perecer”⁶⁷⁶. Y amenaza al diario sucrense que acusó a la autora de comunista con que “no tardará el día en que las juventudes bolivianas vayamos más allá de Rusia...”⁶⁷⁷.

Finalmente, el grito de Frontaura: “Luchemos contra la venta y el alquiler de indios” se terminará de hacer realidad tras las resoluciones del Congreso Indígenal de 1945, aunque el trabajo doméstico gratuito y al extremo degradante del *pongo* se había venido debilitando al calor de las luchas, los decretos reformistas de protección del indio, la organización indígena/campesina y el propio progreso material de la

⁶⁷⁵ Frontaura A., *Hacia el futuro...*, ob. cit., p. 124.

⁶⁷⁶ *Ibidem*, pp. 115-116.

⁶⁷⁷ *Ibidem*, p. 117. Con una pluma afilada continúa la saga del “panfleto” con precisa puntería literaria contra las históricamente temerosas élites bolivianas, siempre afectadas por el temor al cerco indio y la supuesta guerra de razas: “Que vosotros tenéis fuerza para resolver el problema indio? Os negamos tal fuerza. Vosotros no habéis hecho nada por él. Lo que os acobarda es simplemente una alucinación sangrienta. Véis al indio alzándose sobre todos los horizontes como un alma devastadora y rugiente, impiadosa, vengativa. Véis arder en las llamas de la revancha vuestros edificios burgueses. No tenéis otro argumento para oponeros. Sois pues limitados hasta en el pánico... El problema indio es un problema de Revolución Social. Es un problema para la mente joven y renovada. Es un problema de rebeldía. Es un problema superior a todos los comunismos...”.

sociedad⁶⁷⁸. Y el problema indígena como problema de la tierra se plasmará en la reforma agraria de 1953, cuando los indígenas y campesinos recibirán los títulos de propiedad fusil en mano y las milicias campesinas –especialmente las cochabambinas– aterrorizarán real e imaginariamente a las élites pueblerinas⁶⁷⁹.

De hecho, la crítica de la poetisa chilena feminista Dinka Ilic, quien hace un “comentario femenino para el libro ‘Hacia el Futuro Indio’”, resulta aguda y profética. Ante la expresión de que el indio debe ser campesino, y no doctor, Ilic le apunta a su amiga Frontaura Argandoña que “no debe olvidar que el barro del indio es igual al nuestro y el día en que se instruya, tendrá nuestras mismas ambiciones y no aceptará que se le prive la entrada a la Universidad, primero, más tarde al Congreso y quien sabe si después al sillón presidencial...”⁶⁸⁰. Precisamente este fue el devenir de la reforma agraria, que primero extendió la educación inicial a todas las áreas rurales de Bolivia (mediante la educación de masas) y abrió camino a que más tarde la universidad pública se poblara de rostros morenos recién llegados del campo, lo que a la postre dio lugar a un indianismo de indios (y habilitó un nuevo nacionalismo indígena/plebeyo) y ya no de sus voceros “pseudo blancos”, y desde los años 2000 a un masivo desembarco en todas las instancias del Estado, incluyendo el sillón presidencial que imaginaba, con un sutil “quién sabe”, la poetisa de izquierda chilena desde la ciudad de Chuquicamata.

Esta intervención pública de María Frontaura Argandoña no fue un hecho aislado. Como veremos en el siguiente capítulo, las mujeres bolivianas, desde los años veinte, comenzaron a hacer oír con mayor energía su voz a favor de sus derechos civiles y políticos; es más: la guerra del Chaco trastocó su rol en la sociedad y al igual que ocurrió con campesinos e indígenas, la obligación patriótica de defender a la patria sin ser contadas como ciudadanas plenas (de hecho, eran tratadas como menores de edad sujetas a las decisiones de padres y maridos) constituirá una contradicción por cuya huella un sector de las feministas avanzará en la formulación de sus demandas en términos diferentes a las desplegadas en la década de 1920. Ese sector, del que nos ocuparemos en el siguiente capítulo, refiere a la Legión Femenina de Educación Popular América y a la figura de Etelvina Villanueva, en cuyo feminismo intervinieron

⁶⁷⁸ Salmón, *El indio escribirá mañana...*, ob. cit., pp. 1 y ss.

⁶⁷⁹ José M. Gordillo, *Campesinos revolucionarios en Bolivia. Identidad, territorio y sexualidad en el Valle Alto de Cochabamba, 1952-1964*, Cochabamba, Promec-Universidad de la Cordillera-Plural-UMSS, 2000.

⁶⁸⁰ Frontaura A., *Hacia el futuro indio...*, ob. cit., p. 94.

perspectivas de izquierda y anticlericales que la enfrentaron con un feminismo conservador, que aunque también operaba en el marco del omnipresente socialismo que teñirá los años treinta (tema de la tercera parte de esta tesis), defendía un rol más tradicional para la mujer y el papel del clero como orientador de la vida social. En este periodo, será el derecho al sufragio el eje sobre el cual se irán delimitando posiciones y enfrentando sensibilidades (patrióticas, pacifistas, etc.), al tiempo que se lograba tender puentes –no carentes de precipicios– entre mujeres de la élite y de las clases trabajadoras, una de cuyas más destacadas voceras –desde una izquierda radical– era la ya mencionada Angélica Azcui.



"Mujeres como María Frontaura Argandoña,
que con tanta valentía afrontan la lucha por el
ideal, honran a Bolivia."

ALFREDO METRAUX
Director del Instituto de Etnología
Buenos Aires (Argentina)

María Frontaura Argandoña
Hacia el futuro indio, 1931



Siempre de pie como las rocas
en medio de las tempestades
llevo el alma...
y yo sigo de pie
aliso y firme
como las rocas...

Etelvina Villanueva
Acción socialista de la mujer en Bolivia, 1970

CAPÍTULO 7

Ciudadanía, sufragio y sotanas:

Mujeres inconformistas en la disputa por la nación

Desde los años veinte varias organizaciones femeninas bregaron por la ampliación de sus derechos, mientras algunas mujeres ingresaban al ámbito público como portavoces de una serie de demandas que fueron constituyendo, por primera vez, una “identidad de género” e incubaban ideales vinculados a la “liberación femenina”⁶⁸¹. En las dos primeras décadas del siglo XX, estas luchas se procesaron bajo los esfuerzos de modernización impulsadas por el régimen liberal (1900-1920), en el marco de procesos de urbanización que resultaban más propicios para la irradiación de luchas por la ampliación de la ciudadanía que la vida en los pequeños pueblos de provincia vívidamente retratados –algunos años después– en novelas como *La Chascañawi* y otras *Claudinas*⁶⁸².

Esos procesos de urbanización avanzaron en paralelo a la expansión de la educación y el laicismo, dos ejes de los gobiernos liberales que abrieron el camino para la fundación de escuelas normales superiores. Si hasta en el siglo XIX, las mujeres de las clases acomodadas sólo recibían una educación primaria extremadamente básica, gestionada por la Iglesia y destinada a ser “buenas esposas y madres” y “delicadas y femeninas” gestoras del hogar, en 1906 el gobierno liberal de Ismael Montes fundó en La Paz el Colegio Primario de Niñas (más tarde transformado también en secundario); en 1909 fue fundada la Escuela Normal de Sucre y en 1912 la universidad abrió sus puertas a las mujeres, algunas de las cuales comenzaron a estudiar medicina (fueron habilitadas, además, a estudiar carreras como derecho, ciencias económicas o

⁶⁸¹ Gloria Ardaya, *Política sin rostro: mujeres en Bolivia*, Caracas, Nueva Sociedad, 1992, p. 21.

⁶⁸² Romero Pittarí, *Las claudinas...*, ob. cit.

ingeniería)⁶⁸³. Aunque esta apertura sólo tuvo un impacto real sobre un grupo reducido de mujeres (y muchas debían pedir una autorización especial para asistir a colegios de varones con el fin de continuar sus estudios medios), las transformaciones mencionadas erosionaron parcialmente el orden tradicional y abrieron grietas que habilitaron el surgimiento de mujeres propiamente intelectuales, cuya voz comenzó a escucharse en la opinión pública no sin el recelo de quienes (hombres y mujeres) consideraban peligrosos –y potencialmente disolventes– esos cambios, especialmente entre los sectores más vinculados al clericalismo⁶⁸⁴. La creación de la Normal de Sucre formó parte de un ambicioso plan educativo de los liberales, cuya meta fue modernizar la nación mediante la incorporación de las nuevas teorías pedagógicas, lo cual redundaba en beneficio de la educación de la mujer, sin descuidar un objetivo entonces considerado trascendental: “regenerar la raza” para clausurar de una vez y para siempre la amenaza de una temida “guerra de razas”⁶⁸⁵.

En síntesis, los liberales bregaron por la puesta en pie de un Estado docente capaz de lograr, finalmente, un país unificado y en paz, o, en términos de la Junta de Gobierno de 1899, construir la concordia y la confraternidad nacional⁶⁸⁶. En un clima de una fuerte susceptibilidad sobre las cuestiones religiosas (los conservadores hablaban de

⁶⁸³ Gloria Ardaya, *Política sin rostro...*, *ob. cit.*, p. 22. En 1915 fue creada la brigada femenina de *scouts* en Oruro a iniciativa de María Gutiérrez de Medinaceli, que fue la base de la Cruz Roja Boliviana, organizada en 1917 (Álvarez, *Mouvement féministe et droit de vote en Bolivie...*, *ob. cit.*).

⁶⁸⁴ Cualquier mínimo asunto vinculado a la mujer podía provocar una indignada columna de opinión, como por ejemplo, la nueva costumbre de usar la melena entre las mujeres a comienzo de los años veinte, en el marco de la expansión de las llamadas mujeres *flappers* (que desafiaban las normas sociales): “Moda extravagante. Tal es el calificativo que merece en nuestro concepto moralista el difundido uso de la melena entre el feminismo. La nueva moda que comentamos es pues de las más ridículas y obscenas que se han visto, y que lejos de perfeccionar la belleza de la mujer la desfigura lamentablemente. Es por eso que pedimos al bello sexo, en nombre de la moralidad y de la estética, proscriba el uso de la melena y vuelva a la moda de ayer” (*Democracia*, Santa Cruz de la Sierra, 15/11/1925, citado en Dick O., *Las fiestas del Centenario...*, *ob. cit.*, p. 23).

⁶⁸⁵ En 1905, el gobierno de Montes envió a Europa una comisión presidida por Daniel Sánchez Bustamante, asistido por Felipe Segundo Guzmán, con la meta de buscar el mejor modelo educativo para Bolivia. Era la época del auge de la “educación integral” y del movimiento de las “escuelas nuevas” –que promovían una educación práctica, vital, participativa, democrática, colaborativa, activa, motivadora– con inspiración en Montaigne, Locke, Rousseau (y su *Émile*), Pestalozzi, Fröbel y Tolstoi. También era una época de gran prestigio de la “gimnasia sueca” (llamada gimnasia pedagógica o científica), creada por Pehr H. Ling, quien en 1813 fundó el Real Instituto Central de Gimnasia de Estocolmo. El belga George Rouma, discípulo de Alexis Sluys, fundador de la prestigiosa Escuela Charles Buls de Bruselas, y seguidor de Ling, fue contratado en Bolivia donde puso en pie la Escuela Normal de Sucre. También fueron los belgas quienes introdujeron la gimnasia sueca en Bolivia (*Cfr.* Françoise Martínez, “¿Que nuestros indios se conviertan en pequeños suecos! La introducción de la gimnasia en las escuelas bolivianas”, en *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, 28 (3), 1999, pp. 361-386; Martínez, « *Régénérer la race...* », *op. cit.*, p. 230. La Normal de Sucre fue mixta entre 1911 y 1921, en 1922 funcionó con dos secciones separadas (una de señoritas y otra de varones). Desde 1911 –año de la primera promoción– hasta 1924 egresaron 287 maestros y maestras (Dick O., *Las fiestas del Centenario...*, *ob. cit.*, p. 7.).

⁶⁸⁶ Martínez, « *Régénérer la race...* », *op. cit.*, p. 105.

una revolución jacobina), las determinaciones laicistas y en favor de la coeducación (escuelas mixtas) generaron enérgicas protestas de los sectores clericales⁶⁸⁷.

La revista *Feminiflor* fue uno de los productos más ilustrativos de la “culturización” de la mujer en el nuevo escenario de los años veinte bolivianos –y de sus esfuerzos por abandonar el aislamiento hogareño–, puesto en marcha a partir de la iniciativa de unas jóvenes orureñas que apenas habían pasado la adolescencia y se lanzaron a la aventura de la edición y el “periodismo femenino”⁶⁸⁸. Nacida en 1921 y dirigida por Betzabé Salmón, Laura de la Rosa Torres y Lili López, la revista buscó sacar a las mujeres de la asfixiante sociabilidad asignada por una sociedad poscolonial aún pueblerina y cargada de prejuicios. Pero la lucha por los derechos de las mujeres requería de otro tipo de acciones y fue así como, en 1923, apareció la más importante organización femenina de la década del veinte, que dejó su huella en los años siguientes y colocó en un escalón superior a la batalla feminista: el Ateneo Femenino, que editó el *Índice del Ateneo femenino* y *Eco Femenino*, y cuya principal demanda fue el derecho al voto para las mujeres letradas; es decir, no se cuestionaba aún el sistema de voto calificado que excluía a la gran masa indígena/campesina sino que se pedía la igualdad de derechos con los hombres, que sólo podían votar si sabían leer y escribir y no desarrollaban trabajo servil. Pero eso no quita mérito a una iniciativa que, en manos de mujeres de clases acomodadas, contribuyó a poner en circulación imaginarios de emancipación de la mujer y a sacarlas de una tediosa sociabilidad aristocratizante, llena de frivolidades y sensiblerías asociadas a la “identidad femenina”, al tiempo que proyectaba a las mujeres hacia la vida y los debates públicos.

Una de las actividades de mayor repercusión del Ateneo fue su apoyo a la ley de divorcio, discutida en 1926 y finalmente aprobada bajo el gobierno de Daniel Salamanca en 1932, cuando en el país sonaban las trompetas bélicas y los nubarrones del Chaco se iban apoderando incluso de los espíritus más críticos hacia el chauvinismo desmesurado y los llevaban por el camino del patriotismo⁶⁸⁹. El Ateneo agrupaba a

⁶⁸⁷ “Las postulantes mujeres [a la Normal de Sucre] tenían que hacer sacrificios heroicos para romper esas barreras y las amenazas de excomunión a fin de procurarse una profesión noble que les asegurase la vida. El populacho, en los momentos de expansión báquica al impulso de la prédica diaria en los púlpitos pasaba por las puertas de la escuela gritando ¡Viva Dios, abajo Rouma!, como si el Supremo Hacedor pudiera oponerse de la luz solar, pudiera oponerse a la luz espiritual y a la igualdad de oportunidades para la educación del hombre y la mujer” (Faustino Suárez, s/d, citado en Guillermo Lora [et al], *Sindicalismo del magisterio...*, ob. cit., p. 98).

⁶⁸⁸ Cfr. Beltrán: “*Feminiflor*”..., ob. cit.

⁶⁸⁹ En esta causa, el Ateneo femenino consiguió el apoyo de la Liga del Magisterio, que votó una resolución que en su artículo 4º sostenía “Que el magisterio de la República no puede quedar indiferente a

mujeres de clases medias y altas y entre otros reclamos enarbolaba el derecho de las mujeres a contar con cédula de identidad, a disponer libremente de sus herencias y a la paternidad responsable, sin olvidar las demandas económicas, expresadas en el lema “a igual trabajo igual salario”⁶⁹⁰. Como escribió María Elvira Álvarez en un trabajo pionero sobre la lucha por el sufragio femenino (que nos ha permitido captar las transformaciones previas que condujeron al feminismo de los años treinta y las mutaciones del propio feminismo a partir de la guerra), la legislación sobre la mujer en 1920 no difería esencialmente de la de 1831, cuando Bolivia recién se había independizado, lo que constituía un verdadero desfase entre la condición jurídica femenina y las mencionadas transformaciones operadas en el mundo sociocultural. En efecto, fue precisamente sobre este desajuste que las nuevas organizaciones de mujeres sustentaron y justificaron sus demandas y reclamos⁶⁹¹.

Pero no sólo se trataba de las mujeres acomodadas. Paralelamente, las mujeres trabajadoras comenzaban a participar de manera más autónoma en la actividad sindical. En este marco, en 1927 se crea el primer sindicato femenino en La Paz, organizado por las vendedoras y las trabajadoras del hogar, y en 1935 se organiza el de culinarias⁶⁹². También, a comienzos de la década de 1930, se consolida la organización sindical del magisterio, en cuyo seno algunas mujeres van jugando un rol más significativo⁶⁹³.

Bajo el signo del Chaco

La guerra del Chaco alteró profundamente, y en diferentes dimensiones, la situación de las mujeres de todas las clases sociales, en tanto que el nuevo clima de patriotismo y amenaza sobre la nación las convocaba a actuar desde diferentes trincheras. Si antes de la contienda varias organizaciones se pronunciaron contra la guerra, como fue el caso de

la petición de solidaridad y apoyo al principio de divorcio absoluto, invocado por los selectos sectores femeninos” (Lora [et al], *Sindicalismo del magisterio...*, ob. cit., p. 23).

⁶⁹⁰ Gloria Ardaya, *Política sin rostro...*, ob. cit., pp. 23-24. El artículo 11 del Código Civil, que databa de 1831, establecía que “la mujer casada con un extranjero adopta la nacionalidad de su cónyuge”, el 132 disponía que la mujer no podía comparecer ante un tribunal sin la autorización de su marido, y limitaciones similares tenían para suscribir contratos. Aunque fue modificado por decreto en 1936, esa legislación no llegó a ponerse en práctica.

⁶⁹¹ María Elvira Álvarez, *Mouvement féministe...*, ob. cit., p. 22.

⁶⁹² Cfr. Ana Cecilia Wadsworth e Ineke Dibbits, *Agitadoras del buen gusto. Historia del sindicalismo de culinarias (1935-1958)*, La Paz, Tahipamu/Hisbol, 1989; sobre mujeres anarquistas cfr. Zulema Lehm y Silvia Rivera, *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*, La Paz, Ediciones del THOA, 1988 (Capítulo 3: Mujeres en la lucha sindical, pp. 153-185).

⁶⁹³ Lora [et al], *Sindicalismo del magisterio...*, ob. cit.. El 30 de noviembre de 1930, en Oruro, se reunió la primera convención nacional del magisterio, de la que participaron como delegadas María Frontaura Argandoña (por Oruro) y Ana Rosa Tornero (Sucre).

la Asociación Cristiana Femenina⁶⁹⁴, una vez que sonaron los primeros disparos todos estos colectivos dejaron a un lado sus ansias pacifistas y dirigieron sus esfuerzos a la ayuda de los soldados y sus familias⁶⁹⁵. En ese marco, el Ateneo Femenino, una de las organizaciones de mujeres más importantes, bajo la dirección de Emma Pérez de Caravajal, coordinó esfuerzos con la Cruz Roja para organizar dos legiones de enfermeras que partieron al frente: una compuesta por mujeres de las clases medias y altas y otra compuesta por mujeres de las clases populares⁶⁹⁶.

Las misiones sanitarias, compuestas por médicos y enfermeras, eran despedidas por miles de pañuelos y sombreros en alto que expresaban las entusiastas dosis de exaltado amor a la patria que en las estaciones de ferrocarril envolvían a los bolivianos en los comienzos de la contienda, cuando se creía que el enemigo paraguayo sería rápida y triunfalmente abatido. La maestra y periodista Ana Rosa Tornero sintetizó las nuevas tareas de la mujer boliviana estableciendo una línea de continuidad con la entrega y el patriotismo de las mujeres patriotas de la historia nacional, notablemente de las heroínas de la Coronilla y la guerrillera de la independencia Juana Azurduy de Padilla, en una arenga pronunciada en plena Plaza Murillo cuando los primeros soldados eran despedidos por miles de bolivianos tomados por fuertes sentimientos antiparaguayos⁶⁹⁷:

Ayer nomás las mujeres bolivianas pedimos paz [...] Hoy frente al ultraje a nuestra Patria y sabiendo que un pueblo salvaje llamado Paraguay cual chacal hambriento había hincado sus garras en el corazón de nuestros hermanos sentimos que nuestro espíritu se encoge de rebelión porque también llega a nosotras el grito de la sangre

⁶⁹⁴ Lo mismo ocurrió con otras organizaciones como el Comité Boliviano de la Confederación Femenina de la Paz Americana, la Sociedad Protectora de la Infancia, las Damas de San Vicente Paul, la Asociación de Beneficencia de Señoras, el Ateneo Femenino o la Liga de Damas Católicas.

⁶⁹⁵ María Elvira Álvarez, *Mouvement féministe...*, ob. cit., p. 152.

⁶⁹⁶ Renán Estenssoro Valdez/María Ana Cantuta Vela, *Historia de la Cruz Roja Boliviana (1917-2007)*, La Paz, [s.n.], 2007. El 22 de julio de ese año, la Cruz Roja Boliviana convocó a todas las mujeres bolivianas a enrolarse. El diario *La Razón* de esa fecha publica el siguiente llamamiento: “Habiéndose comenzado la organización del Cuerpo de Enfermeras destinado a la atención de los heridos en la campaña del Chaco, se hace un llamado a las señoras y señoritas que deseen formar parte de esta institución. Enfermeras que deseen prestar sus servicios en la región del sudeste. Se comenzarán los cursos instruyendo únicamente a aquellas personas que, por sus condiciones de independencia, estén dispuestas a partir al Chaco a la primera indicación, a cuyo fin deberán firmar un compromiso. Las señoras y señoritas que carezcan de esa independencia, sólo serán admitidas si son autorizadas por la forma marital o paternal. Las inscripciones se reciben todos los días de hrs. 14:00 a 19:00 en la casa de la señora Milner, calle Montevideo. Fdo-. Bethsabé Montes de Montes, Presidenta de la Cruz Roja Boliviana.

⁶⁹⁷ Se conoce como las heroínas de la Coronilla a un grupo de mujeres cochabambinas que en 1812 combatió contra las tropas realistas, en un hecho que forma parte de la mitificada historia escolar. Ese día fue adoptado en el siglo veinte como el día de la madre boliviana (sobre los significados atribuidos a las heroínas en la década de 1940 como símbolo del mestizaje, cfr. Gotkowitz, *La revolución...*, ob. cit., pp. 227-259).

[...] Y en esta hora de angustia nos alistamos todas las mujeres para replegar nuestras alas y descender a los campos de batalla. Si posible fuera empuñar las armas en defensa de la integridad territorial sepan los paraguayos que palpita en nuestras venas la sangre de las heroínas de la Coronilla [...] que ilumina nuestros espíritus el nombre de Juana Azurduy de Padilla⁶⁹⁸.

Tornero creó más tarde las Brigadas Femeninas y fungió como corresponsal de guerra de *El Diario*. Fue, además, la única mujer entre los nueve representantes en la Asociación de Periodistas⁶⁹⁹. Laura de la Rosa, organizadora de la Liga Filial en Oruro y una de las fundadoras de la revista *Feminiflor*, partió también hacia el frente llevando alimentos y ropa a los soldados y dejó un libro con sus diarios del campo de batalla titulado *Mi visita a las trincheras y zanjas del velo*⁷⁰⁰.

En el plan de contribuir a los esfuerzos bélicos, muchas asociaciones de mujeres se embarcaron en colectas (de ropas y alimentos), colaboraron en la confección de uniformes y actuaron como “madrinas de guerra”⁷⁰¹. Pero, a su turno, debieron reemplazar a los hombres que habían partido hacia el frente, lo cual les permitió salir del hogar para comenzar a dedicarse a diferentes ocupaciones. Muchas mujeres acomodadas devinieron enfermeras, dactilógrafas o costureras en la industria textil, mientras otras comenzaron a ocupar puestos tradicionalmente reservados a los hombres, principalmente en la administración pública, en el correo o en la empresa privada; incluso, en el caso de los sectores populares, en las minas, donde la necesidad de mano de obra a menudo quebró la vieja superstición según la cual las mujeres son fuente de desgracia si descienden a los socavones de interior mina⁷⁰². Estos cambios tuvieron, sin duda, fuertes efectos sociopolíticos sobre la situación de la mujer y habilitaron renovados esfuerzos tendientes a la conquista de derechos civiles y políticos. Bajo la restringida democracia política –que establecía el voto censitario– las mujeres, así como los indígenas, estaban excluidas de los derechos de ciudadanía plena. Uno de esos efectos de la contienda bélica, como ha mostrado Álvarez, fue una reconfiguración de las organizaciones feministas: mientras que casi todas las asociaciones de los años

⁶⁹⁸ Florencia Durán Jordán y Ana María Seoane, *El complejo mundo de la mujer boliviana durante la Guerra del Chaco*, La paz, Ministerio de Desarrollo Humano, Secretaría de asuntos Étnicos, de Género y Generacionales, Subsecretaría de Asuntos de Género, 1997. Citado en Álvarez, *Mouvement féministe...*, *ob. cit.* p. 154.

⁶⁹⁹ Álvarez, *Mouvement féministe...*, *ob. cit.*, p. 158.

⁷⁰⁰ Laura de la Rosa, *Mi visita a las trincheras y zanjas del velo*, La Paz, Imp. Atenea de Crespi, 1935.

⁷⁰¹ Estas se dedicaban a sostener material y moralmente a los soldados movilizados y sus familias, además ayudaban a los familiares a economizar recursos y abandonar las “malas costumbres”.

⁷⁰² Álvarez, *Mouvement féministe...*, *ob. cit.*, pp. 160.

veinte habían desaparecido una década más tarde –a excepción del Ateneo Femenino– operó un renacimiento del feminismo que comenzó a plantear la lucha de la mujer en nuevos términos, un “feminismo de brechas” vinculado a la situación de crisis que vivía el país y a los nuevos roles en los que la guerra colocaba a las mujeres bolivianas. La cuestión del voto femenino comenzó a discutirse más abiertamente en la prensa y el espacio público (como veremos más tarde en la Convención Constituyente de 1938).

Zoila Viganó Castañón dirigía la sección femenina de la revista *La Semana Gráfica*, donde publicó artículos como “Introducción al estudio del feminismo”, “El amor y el matrimonio soviéticos”⁷⁰³, o “El voto de la mujer brasileña”⁷⁰⁴. Ya durante la guerra fundó el Comité de Acción Feminista, en el que convergen, entre otras, Etelvina Villanueva, Cira Aguayo, María Pardo de Vargas, Mercedes Anaya de Urquidi, María Gutiérrez de Medinaceli, Herminia Carmona y María C. Lara, cuyo posicionamiento es más radical que el del resto de los agrupamientos de mujeres y marcará los debates de la segunda mitad de los años treinta: el Comité reclama la lucha por la inmediata obtención de derechos civiles y políticos, con la meta de llevar a la mujer a la ciudadanía plena y dejar atrás la minoría de edad con que era tratada por las leyes vigentes. Su objetivo, además, tenía fecha: querían obtener el derecho a voto antes de las elecciones convocadas para junio de 1934⁷⁰⁵.

En uno de sus artículos, Viganó ubica precisamente al nuevo feminismo en las condiciones específicas y críticas de Bolivia al señalar que “el movimiento feminista que hoy iniciamos no es imitación a otros países, sino es el efecto de los acontecimientos actuales, es decir de la guerra”. Y esta, “como todo conflicto o conmoción grande trae consigo cambios parciales o radicales dentro de la vida social, política y económica de los pueblos, y como tal, nosotras no podemos sustraernos al imperativo deber de luchar por nuestros derechos, que el proceso mismo de la Historia nos enseña en estos momentos graves de transición entre el presente y el futuro del país”⁷⁰⁶. Viganó apela a un argumento lógico para fundamentar la demanda de derechos civiles y políticos: si debido a los efectos de la guerra se confía a las mujeres tareas de responsabilidad en la administración pública (donde para ocupar cargos era menester

⁷⁰³ *Semana Gráfica*, N° 34, La Paz, 17/6/1933. Allí describe brevemente las nuevas leyes soviéticas respecto al matrimonio, el divorcio y la paternidad.

⁷⁰⁴ Viganó fundó en 1935 la sección boliviana de la Unión de Mujeres Americanas, que promovía la unión política y económica de las naciones latinoamericanas, y combatía el imperialismo extranjero (Cfr. *Mouvement féministe...*, *ob. cit.*, pp. 202-203).

⁷⁰⁵ *Ibidem*, p. 160.

⁷⁰⁶ Zoila Viganó Castañón, “Por qué las mujeres reclamamos nuestros derechos”, *La Razón*, 21/9/1934, p. 6.

gozar de una ciudadanía plena), no había razón, según argumentaba, para negarle a la mujer su derecho a intervenir en los destinos del país mediante el voto, venciendo los prejuicios sociales que aún perviven y que “se oponen a la ley de la evolución que forzosamente va marcando la conquista de los derechos de la mujer”. La animadora del Comité de Acción Feminista introduce un argumento destinado a activar la conciencia moral de la nación: “¿En estos momentos de escasez de electores por la ausencia de ciudadanos para los comicios electorales puede negársele a la madre, a la esposa o a la hija de aquel que brinda su sangre por la patria su franca intervención que ha de decidir la suerte del país?”⁷⁰⁷. De tono relativamente coyuntural, estos argumentos son combinados con una conceptualización más general. Apoyándose en la Constitución Política de Bolivia, y haciendo gala de capacidad polémica y creatividad política, Viganó arguye que esa Carta Magna no excluye a las mujeres del derecho al voto ya que en tanto que ninguno de sus artículos hace referencias a varón y mujer, puede sostenerse que “el término hombre, empleado, abarca a ambos sexos”.

“De allí la oprobiosa realidad de una injusticia en que se exige a la mujer deberes y sacrificios dentro de la sociedad o colectividad y se le restringe los derechos y garantías que le son facultades genuinamente inherentes, desde el momento que pone su aporte en diversas actividades dentro del desarrollo general del país”⁷⁰⁸. De este modo, como ha apuntado Álvarez, el feminismo de Zoila Viganó apela a una reivindicación de derechos no en tanto mujeres sino de individuos neutros, que participan del destino general del país. Es este enfoque el que las distancia de las feministas de la década anterior, que reclamaban los derechos políticos en tanto mujeres, poniendo el énfasis en las cualidades y las funciones femeninas que resultaban útiles para la patria⁷⁰⁹. En este marco, en *La Semana Gráfica*, la activista del Comité de Acción Feminista avanzaba un poco más en sus concepciones sobre el feminismo y las luchas de las mujeres, al señalar que “El feminismo es una actitud de lucha [...] Se puede ser femenina sin ser feminista; y una feminista es una paradoja, un contra sentido, simplemente porque la femineidad es un atributo sexual mientras que el feminismo es una actitud de espíritu plenamente revolucionaria, precisamente porque su objetivo es establecer la igualdad de derechos frente a los absolutos del hombre. El Feminismo podría llamarse, en acepción social: antimasculinismo, pues tiene q dar fin con la tiranía ancestral del varón sobre la mujer

⁷⁰⁷ *Idem.*

⁷⁰⁸ *Idem.*

⁷⁰⁹ Álvarez, *Mouvement féministe...*, ob. cit., p. 166.

humillada”⁷¹⁰. De esta forma, la apuesta por la igualdad, como analiza Álvarez, se impone a la puesta en valor de la femineidad de los años veinte. Ya no se reclama ese “derecho por etapas” –primero la educación, luego el voto– sino los derechos civiles y políticos de las mujeres de manera inmediata⁷¹¹.

El Comité de Acción Feminista logró llevar su lucha a la radio Illimani e incluso consiguió el apoyo de políticos tradicionales, como el liberal José María Gutiérrez, quien criticó a los “espíritus pusilánimes y pesimistas” –incluso de mujeres cultas– que “consideran que todavía no ha llegado el momento de que se les reconozca [a las mujeres] el ejercicio de derechos políticos, como si para ello se requiriese una gran experiencia y un formidable bagaje de conocimientos”⁷¹². También tres diputados presentaron un proyecto a favor de los derechos civiles y políticos para las mujeres. En ese marco, en la radio estatal se desarrollaron una “Semanas feministas” y un ciclo de conferencias a cargo del Comité de Acción Feminista, además de un programa titulado *La hora patriótica*, en el que participó Zoila Viganó⁷¹³. Las posiciones en pro de los derechos de la mujer eran difundidos también por revistas como *Anhelos*, fundada en Cochabamba por Mercedes Anaya de Urquidí⁷¹⁴ y María Quiroga de Montenegro. Por su parte, la escritora vanguardista Laura Villanueva, con el pseudónimo de Hilda Mundy, y otros, escribió varias columnas sobre la guerra y problema contemporáneos⁷¹⁵, y publicó su libro *Pirotecnia* en 1936⁷¹⁶.

Resulta interesante que, en muchos casos, estos reclamos no derivaban en el voto universal, ya que, como vimos, se aceptaba que las mujeres cumplieran con los requisitos que se les exigían a los hombres, lo que excluía a enormes masas de indígenas del derecho al voto. Sin embargo, pese al intenso activismo, la demanda de derechos políticos no logró el apoyo de otras organizaciones de mujeres. Por ejemplo, la Convención de la Asociación Femenina Pro Defensores de la Patria (ASFEDPEA) – organización encargada de llevar ayuda a los soldados y sus familias– rechazó la propuesta del Comité argumentando que los temas discutidos por el congreso debían ceñirse a la defensa nacional⁷¹⁷. Incluso el Ateneo Femenino –que en la década anterior

⁷¹⁰ *La Semana Gráfica*, n.d, 1934, La Paz, citada en Álvarez, *Mouvement féministe...*, ob. cit., pp. 167.

⁷¹¹ Álvarez, *Mouvement féministe...*, ob. cit., pp. 167-168.

⁷¹² *La Razón*, 21/10/1934, citado en *ibidem*, p. 170.

⁷¹³ Esas conferencias incluyeron intervenciones de mujeres intelectuales, poetisas, músicas, etc.

⁷¹⁴ Autora de *Tradiciones y leyendas del folklore bolivianos* (1937) e *Indianismo* (1947).

⁷¹⁵ Hilda Mundy, *Cosas de fondo. Impresiones de la guerra del Chaco y otros escritos*, La Paz, Ediciones Huayna Potosí, 1989.

⁷¹⁶ Hilda Mundy, *Pirotecnia*, La Paz, Mariposa Mundial-Plural, [1936] 2004.

⁷¹⁷ Álvarez, *Mouvement féministe...*, ob. cit., p. 176.

demandaba vivamente esos derechos— consideró inoportuna la campaña, en medio de problemas “más urgentes” vinculados a la guerra. Emma Pérez de Caravajal, en esa línea argumentativa, consideró que aunque el Ateneo Femenino apoyó en una primera instancia el proyecto presentado en el Parlamento, ahora “el imperativo patriótico y el sentido común imponen dejar de lado problemas secundarios” que terminan desviando dineros “en detrimento de nuestros soldados” y alejando a la propia opinión pública de las prioridades del momento crítico. Frente a las imágenes de crisis y dolor que devolvía la guerra, luchar por los derechos políticos inmediatos no significaba aprovechar una brecha oportunamente abierta sino que resultaba una expresión de egoísmo que era necesario evitar. Por eso, sostiene que, en función del interés nacional, “nada importa esperar dos o tres años más a fin de no hacernos cómplices inconscientes del objetivo perseguido por la eterna politiquería criolla” ya que “hay algo más noble y sagrado en qué pensar: toda una generación destruida y aniquilada para siempre, que nos contempla desde el infinito”⁷¹⁸.

Gloria Serrano fue más allá y consideró “inhumano” pedir derechos políticos mientras los soldados se desangraban o morían de hambre y sed en el frente de batalla. Desde *El Diario*, Serrano sostuvo “aún a riesgo de ser tachada de pasatista y reaccionaria” y pese a considerarse a sí misma “una mujer de avanzadas ideas que lucha por su liberación”, no podía dejar de señalar que la causa por el voto femenino “no está suficientemente madura”: “los pliegues de la bandera están enrojecidos con la sangre de los combatientes, humedecido con las lágrimas de mujeres enloquecidas de dolor y es inhumano pensar en nosotras y en nuestros derechos”. Agrega, además, otro argumento: “Antes de pensar en el logro de derechos electorales, la mujer boliviana debe prepararse para que cuando combata en las luchas sufragistas, no fracase como ha fracasado el hombre”⁷¹⁹. Excluir a la “compañera proletaria” por no tener bagaje cultural, sería injusto; lanzarla al sufragio, sería peligroso. “La camarada chola —espontánea y apasionada— sin el freno de la educación y cultura que ata los instintos, se arrojaría sobre sus opositores con la misma furia con que ahora lo hace sobre la presunta rival y las delicadas damas y hasta la misma policía se sentirían impotentes para arrancarla de las trenzas de la contraria”⁷²⁰. La tarea debía ser, pues, culturizar a la mujer para prepararse para la igualdad en la posguerra.

⁷¹⁸ *La Semana Gráfica*, septiembre de 1933, citado en *ibidem*, p. 178.

⁷¹⁹ “Gloria Serrano cree que la labor de la mujer es diferente”, *El Diario*, 24/9/1934, p. 7.

⁷²⁰ *Idem*.

Esos argumentos provocaron una detallada respuesta de Zoila Viganó. Desde las páginas del mismo periódico, la dirigente del Comité de Acción Feminista apuntó que se trata de un problema de madurez, “ninguna doctrina, aspiración o conquista de determinada idea, nunca nace ‘maduro’, sino que se inicia poco a poco hasta llegar a su plenitud a través de una gestación de luchas arduas, siguiendo un proceso natural y lógico de evolución que ha caracterizado a todos los cambios políticos, económicos y sociales del mundo”. Frente al segundo argumento, que “el promedio cultural de la mujer es casi nulo”, Viganó responde que “todas las conquistas democráticas han sido hechas por multitudes analfabetas que se han apasionado de determinados ideales” y finalmente concluye que “no podemos esperar que la post-guerra consagre nuestros derechos” sin luchar antes por ellos; justamente se trata del otorgamiento de derechos a unas mujeres –madres, esposas e hijas– que sufren el dolor y la miseria de la guerra, y “a quienes se les exigen todos los sacrificios y se les niega todos los derechos. ¡Por esas injusticias luchamos!”⁷²¹.

Empero, la discusión sobre los derechos civiles y políticos no fue la única línea de conflicto que dinamitó los puentes y abrió profundas grietas entre las organizaciones de mujeres y al interior de ellas. Otro de los ejes de disputa fue la posición frente al clericalismo, que provocó la ruptura entre el sector de izquierda del movimiento de mujeres (en el que militaban Etelvina Villanueva y Angélica Azcui, entre otras) y los sectores más conservadores y “apolíticos”. Como veremos enseguida, esta divergencia cuyo seguimiento nos permitirá reconstruir parte de la discusión intelectual de la Bolivia de la década del treinta, marcaron los debates que se desarrollaron en uno de los eventos más importantes de los movimientos de mujeres de la posguerra: la Primera convención de la Legión Femenina de Educación Popular América, dirigida en Bolivia por Etelvina Villanueva, reunida en la ciudad de Cochabamba en noviembre de 1936.

Mujeres enfrentadas: los debates en la Legión Femenina de Educación Popular América

El 20 de diciembre de 1935 fue fundada en La Paz la sección boliviana de la Legión Femenina de Educación Popular América (LFEPA) bajo la dirección de Etelvina

⁷²¹ Zoila Viganó Castañón, “El problema de la mujer”, *El Diario*, 7/10/1934. Como parte del debate, a favor de los derechos políticos, *cf.* también “Etelvina Villanueva, “El problema feminista ante la guerra”, *El Diario*, 5/10/1934, p. 11, y María Pardo de Vargas, “Derechos de la mujer boliviana”, *El Diario*, 5/10/1934, p. 11.

Villanueva, nombrada Delegada de la Presidenta Internacional por Rosa Borja de Icaza, a la cabeza de la organización cuya sede se encontraba en la ciudad ecuatoriana de Guayaquil. Villanueva logró poner en pie sedes de la LFEPA en casi todos los departamentos de Bolivia, transformando a la Legión en una de las más importantes organizaciones femeninas de la década de 1930⁷²². En palabras de la propia Etelvina Villanueva “fue la angustia nacional soportada en las arenas de la Guerra del Chaco la que motivó la acción feminista de trayectoria en Bolivia con singular repercusión en nuestra América”⁷²³. Pero aunque Villanueva define a la LFEPA como una “institución socialista”, la misma convocó a mujeres de diversos signos y sensibilidades ideológicas en defensa del progreso social de la mujer y del niño, presentando en varios planos ideas muy avanzadas⁷²⁴. El libro compilado por las hijas de Villanueva resulta un documento privilegiado para reconstruir las actividades de la Legión y de la propia activista feminista.

Cabe destacar a su vez que un énfasis particular fue concentrado en las necesidades y demandas de la mujer trabajadora. Como ha remarcado María Elvira Álvarez, la LFEPA se diferenciaba, precisamente en este punto, de las ideas paternalistas y caritativas de las organizaciones feministas de los años veinte e incorporaba con fuerza un programa de reforma social y una significativa apertura hacia las clases populares, que incluía la demanda de indemnizaciones para empleadas y obreras, subsidios por gravidez, derecho al divorcio, desayuno escolar, etc⁷²⁵. Es decir,

⁷²² Etelvina Villanueva y Saavedra nació en Lima en 1898, donde obtuvo el diploma de maestra normalista. Llegó a Bolivia en 1917 donde se desempeñó como maestra y profesora. Desde 1936 fue directora de escuelas de Oruro y Potosí.

⁷²³ Villanueva, *Acción socialista...*, *ob. cit.*, p. 17.

⁷²⁴ En su Organización y reglamento, la Legión establecía como “finalidad” los siguientes postulados: a) vinculación femenina americana, b) asistencia social, c) culturización femenina, d) defensa social del niño, e) postulados de paz nacional e internacional.

En cuanto a su Programa ideológico impulsaba: igualdad de derechos civiles y políticos con el hombre, ratificación del tratado de nacionalización femenina [que las mujeres no perdieran su nacionalidad al casarse con un extranjero], defensa de la madre soltera, derechos sociales y jurídicos del niño, difusión de la doctrina pacifista, universidad popular para mujeres, establecer y reconocer el Día de la Empleada, dignificación de la misión de la Madre y la Esposa, profesionalización femenina que dignifique la independencia económica de la mujer, abolición del Reglamento de la prostitución, por la colaboración médico social, responsabilidad social en defensa de los hijos, combatir el juego y el alcoholismo, la coeducación en Escuelas y Colegios, educación sexual, enseñanza práctica de puericultura y primeros auxilios, biblioteca para mujeres, gremialización femenina, vocero femenino (Villanueva, *Acción socialista...*, *ob. cit.*, p. 26).

⁷²⁵ Álvarez, *Mouvement féministe...*, *ob. cit.*, p. 189. En un artículo en el diario orureño *La Mañana*, las afiliadas a la LFEPA señalan: “Se pensará que se trata de una agrupación de hijas de capitalistas, de niñas ociosas o de damas dadas a hablar de beneficencia en este u otro baile de caridad. Nada de eso. La Legión Femenina de Educación Popular América, de la que estamos tratando, es apenas un núcleo de muchachas valientes y emprendedoras que, sabiendo cuánto vale poner un ladrillo sin el aliento de nadie, echaron sobre sí la responsabilidad de hacer algo que beneficie a los niños pobres que sufren en el Hospital y un

las demandas de progreso social de la mujer estaban enmarcadas en una perspectiva más amplia teñida por el nuevo contexto “socialista” de la posguerra. O, en términos de Gloria Ardaya, la LFEPA fue una señal de divorcio de las capas medias con las clases dominantes, y de la constitución de estas como factor de cambio ante el fracaso en la guerra del Chaco⁷²⁶.

Una de las legionarias más comprometidas con esta perspectiva era Angélica Azcui, a quien ya hemos abordado como una de las mujeres más importantes del sindicalismo desde la década del veinte, en el que participó como activista, propagandista y como animadora cultural a través del grupo teatral Tiahuanacu y del Cuadro Dramático Rosa Luxemburgo dirigido por Arturo Borda y vinculado a la Federación Obrera de La Paz⁷²⁷. En los años treinta, en el marco de su participación en la LFEPA, sumó a sus actividades conferencias en un parque público, en las que llevaba las ideas de cambio social a los obreros paceños.

En la constitución de la Legión tuvieron un rol particular las dirigentas del Comité de Acción Feminista y la organización logró una extensión nacional: constituyó núcleos en La Paz, Sucre, Potosí, Cochabamba, Oruro y Santa Cruz, y aunque con menos fuerza, en Trinidad y Tarija. Además, lograron sostener un periódico –*El Despetar*– que funcionaba como vocero de la organización, que, aunque hoy es inhallable, podemos rescatar parcialmente gracias al ya citado libro editado por las hijas de Villanueva: *Acción socialista de la mujer en Bolivia*. En el marco de sus actividades regionales, y mostrando una voluntad de extender el debate sobre los derechos femeninos hacia el conjunto de la sociedad, una de las iniciativas emprendidas por la Legión orureña fue la elaboración de una encuesta destinada a recoger opiniones sobre las demandas de las mujeres. Difundida por el diario *Noticias*, la LFEPA orureña auspició “una Encuesta sobre los Derechos Civiles y Políticos de la Mujer, teniendo en cuenta que uno de los problemas de mayor importancia en la hora presente es el de la liberación femenina, mediante el ejercicio de los Derechos Civiles y Políticos, hasta ahora exclusivo para el hombre”. La pregunta decía: “En vista de su prestigio

día dijeron ‘Haremos’ y han hecho una obra magnífica” (Villanueva, *Acción socialista...*, *ob. cit.*, p. 32). Sobre las escuelas nocturnas para mujeres, escriben en *La Nación* de Santa Cruz: “Es la primera vez que las obreras de Santa Cruz contarán con un plantel educacional que funcione en horas compatibles con las que emplean en el trabajo, a que obligadamente tienen que entregarse para obtener su sustento diario, pues el Estado sólo ha demostrado interés por la instrucción de los obreros, dejando en un plano irritante de injusticia al elemento obrero femenino que nunca contó con una escuela nocturna” (*Ibidem*, p. 33).

⁷²⁶ Gloria Ardaya, *Política sin rostro...*, *ob. cit.*, p. 21.

⁷²⁷ Lora, *Historia del movimiento obrero... 1933-1952*, *ob. cit.*, pp. 255-256.

intelectual, solicitamos su valiosa opinión, invitamos a usted a tomar parte en dicha Encuesta, insinuando responder las siguientes preguntas:

Primero: –Según sus observaciones, ¿la mujer boliviana tiene suficiente preparación para que se le confiera derechos Civiles y Políticos?

Segundo: –¿Le parece justo y equitativo que siga excluida de esos derechos, aún reuniendo condiciones ventajosas para el libre derecho de ellos?

Tercero: –En su concepto ¿se debe o no conceder los Derechos Civiles y Políticos a la Mujer Boliviana?

Cuarto: –¿Qué sugerencias daría usted para orientar la iniciativa de esos derechos?

En la seguridad de obtener su importante respuesta, que orientará las actividades sobre el tema de palpitante actualidad, nos suscribimos muy atentamente (Firmado: Dra. Amelia Chopitea, Presidenta, Paz Nery Nava, secretaria)⁷²⁸. Aunque no contamos con las respuestas, la iniciativa evidencia el interés por captar opiniones y difundir en círculos amplios las reivindicaciones femeninas centradas en los derechos civiles y políticos, los temas que, como vimos, generaban visiones encontradas incluso entre las mujeres.

No obstante, las disputas ideológicas alcanzaron su máxima tensión en ocasión de una de las actividades más importantes desarrolladas por la legión: la Primera convención de la LFEPA que sesionó en la ciudad de Cochabamba entre el 10 y el 19 de noviembre de 1936 en medio de fortísimas polémicas y virulentas disidencias, especialmente respecto de la posición de las participantes respecto de la Iglesia católica y el clericalismo. La reunión tuvo una amplia cobertura de la prensa, y fue inaugurada por autoridades municipales –incluyendo al alcalde–, el grupo de rotarios y personalidades e intelectuales locales; el Comité Cívico Femenino realizó una sesión de honor en el Salón Rojo del Honorable Concejo Municipal y Antonio Barrenechea disertó sobre la labor de madres y maestras en ese contexto de “reconstrucción de la nacionalidad”. Pero el tono de Etelvina Villanueva escapó a los formalismos y, anticipando alguno de los debates que se vendrían, hizo referencia al “rol que corresponde en estos momentos a la mujer revolucionaria”⁷²⁹.

⁷²⁸ Villanueva, *Acción socialista...*, *ob. cit.*, p. 30.

⁷²⁹ *El País*, 11/11/1936, reproducido en *ibidem*, p. 42.

“*Debemos deshacernos de las sotanas*”

La primera sesión trascurrió en el salón de acuerdos del Concejo Municipal, donde Villanueva hizo una retrospectiva de la guerra del Chaco, destacó el dolor de las madres y llamó a laborar para las futuras generaciones. Varios discursos hicieron eje en el pacifismo en tanto que la delegación de Oruro, “en un saludo ardiente, habló del proletariado, de sus necesidades y se hizo presente por la emancipación de la mujer”. El doctor Macedonio Urquidí –en nombre de la Sociedad Geográfica y del Centro Obrero– dio parabienes a las mujeres de vanguardia⁷³⁰. Pero fue en la segunda sesión cuando la tensión fue *in crescendo* al ritmo de las deliberaciones. Si la ponencia sobre la investigación de la paternidad halló consenso, más polémica fue la intervención de una legionaria que manifestó: “Ya debemos dejar de ser fanáticas y deshacernos de las sotanas. Abracemos la religión de Cristo, pero no la de los sacerdotes”⁷³¹.

En realidad, la reacción contra la curia fue producto de un irritante artículo aparecido en el órgano clerical *El Lábaro* de Sucre con un tono de irrespeto y agravio hacia las mujeres y especialmente hacia las feministas, a las que trataba de “marimachos”⁷³². La Dra. Carmela Zuazo se quejó de la “intolerancia de los elementos reaccionarios” y de la “campaña difamadora” que desde las páginas de *El Lábaro* debían soportar las mujeres, y describió la labor de defensa que debieron desarrollar frente a la actitud del obispo de La Plata, Monseñor Pierini. A su turno, Julia Reyes

⁷³⁰ *El Imparcial*, 13/11/1936, reproducido en *ibidem*, pp. 44-45.

⁷³¹ Villanueva, *Acción socialista...*, *ob. cit.*, p. 47.

⁷³² Titulado “¡Alarma!”, el artículo expresaba en algunas de sus partes: “Estoy asustado, apenado al extremo de no poder callar. Creerán que por la famosa masacre en España, que soy español y me alarmo por mi familia. No, felizmente. Otro es el temor que me invade, al saber que aquí se está organizando una sociedad de señoras con fines trascendentalmente funestos. Pero me dirán ¿qué tienes tú que ver con las señoras? Mucho por ahora y muchísimo porque es el caso que tal sociedad tiene por objeto desmoralizar, malearlas, hacerlas marimachos, libres de la potestad de los maridos, con todos los derechos del hombre, cínicas a las sanciones sociales, impávidas en sus faltas usurpadoras de legítimos derechos y estudiantes de una ciencia, que al hacerse explicar su contenido, si yo fuera chileno habría exclamado:

¡Qué cochinas...!

¿Y creen ustedes lectores y lectoras jóvenes que los jóvenes decentes se van a poder enamorar de esos masculinos como ellas? ¿Que en vez de tiernas miradas, de lágrimas de pena, de ráfagas de candor, va a encontrarse con un abogadil malicioso, irónico que le muestre en vez de una sonrisa, un artículo del Código? ¿Qué lo viva amenazando con denuncias, juicios, y el colmo que le enseñe ELLA la nueva ciencia, aquella que yo, hombre, no me animo a clasificar?

Pues no señores; si la mujer de su clase, si la señora de su medio, ya no es mujer con las virtudes que atraen, con las gracias candorosas que impresionan, qué sucede sino otro masculino, más corrompido que él, tiene que buscar en la clase baja, a nuestras mujercitas, a nuestras cholitas, que junto con la pollera, conservarán el feminismo natural y necesario para inspirar el amor, que los masculinos no inspiran.

Señoras Católicas, no os dejéis alucinar con aquello de que es una Sociedad feminista fundada para mejorar a la mujer, para defender sus derechos, bajo ese velo se oculta la perversión moral más descarada e impúdica” (*El Lábaro*, 10/9/1936, sección “Nuestro Buzón”, reproducido en Villanueva, *Acción socialista...*, *ob. cit.*, p. 55).

Ortiz Canedo sostuvo que “el clericalismo es la perversión de la mujer”, lo que provocó, según el diario *El País* –simpatizante del ala izquierda del congreso–, que fuera aplaudida prolongadamente. La presidenta del congreso, Etelvina Villanueva, reaccionó con indignación ante la lectura del recorte de *El Lábaro*, manifestando que “ya era tiempo de deshacerse de la influencia clerical y que se debía protestar en un amparo a la compañera Zuazo”.

Este tipo de posiciones alteraron la unanimidad del congreso. Fidelia Corral de Sánchez –convertida en vocera de las conservadoras– alzó la voz contra las críticas a la iglesia, señaló que no era correcto que el congreso se pronuncie en contra del elemento clerical y pidió –entre aplausos– que “no se empiece con protestas contra ningún grupo social”. Villanueva respondió que no se trataba de una protesta injustificada, que las legionarias tenían mucha paciencia pero también el derecho a defenderse⁷³³, y a su vez, Cira Aguayo manifestó una posición similar. Finalmente el debate giró en torno a cómo repudiar al director de *El Lábaro*, sin extender las críticas hacia el conjunto de la iglesia ni hacia el obispo Pierini.

Aguayo sumó su tesis sobre el pacifismo, un tema al que la Legión prestaba particular atención. Empero, Corral de Sánchez, volvió al ruedo para oponerse a esas posiciones alegando defender con franqueza el patriotismo y el clericalismo. Y las discusiones continuaron con la cuestión de los derechos políticos, materializada en la propuesta de tesis presentada por la Dra. Carmela Zuazo. Retomando los debates que ya se desarrollaban en la prensa, varias delegadas –entre ellas Luisa Mendoza y, sorprendentemente, Cira Aguayo– expresaron su oposición a aprobar esa “tesis”, sosteniendo que “la mujer boliviana no está preparada para hacer uso de esos derechos”. Pero este era un tema particularmente sensible para las legionarias y las pasiones llegaron a tal punto –en “un desorden verdaderamente criollo”– que obligaron a la presidenta Villanueva a suspender la sesión.

En este marco de crispación fue que una moción, relativamente anecdótica, que se aprobó en apariencia sin conflictos, devendría más tarde una fuente de discordia que informa sobre la heterogeneidad ideológica del evento: en la cuarta sesión, y ante un numeroso público, se formuló un “voto de admiración y adhesión a la mujer española, en la persona de la gran escritora [sic] conocida por La Pasionaria”⁷³⁴. Al mismo tiempo, se acordaba “denunciar ante la conciencia universal los manejos inicuos del

⁷³³ Villanueva, *Acción socialista...*, ob. cit., p. 52.

⁷³⁴ *Ibidem*, p. 58.

capitalismo parasitario, que por afianzar sus derechos arrastra a las masas a la hecatombe y la desgracia”. Angélica Azcui propuso sumar en la denuncia “al fascio, al clericalismo y al capitalismo improductivo, que amenaza destruir los derechos de la clase proletaria”⁷³⁵. Pero si la moción de simpatía por la Pasionaria se había votado junto con otros temas y sin mayores problemas, la cuestión retornó en la sexta y última sesión y se ubicó en el centro del debate junto a las divisiones, cada vez más profundas, entre clericales y anticlericales. Adicionalmente, varias legionarias del bando clerical se oponían a las tesis de Aguayo sobre “la enseñanza de la historia correlativa a las ideas pacifistas”⁷³⁶.

El reporte de *El País* informa que fue tanto el desorden que Villanueva debió suspender la sesión, lo que no impidió que poco después se hiciera cargo del evento Corral de Sánchez quien, según el mismo reporte, comenzó a proceder “dictatorialmente”⁷³⁷. La vocera del clericalismo propuso reconsiderar el voto de apoyo a “la escritora y agitadora española” Dolores Ibárruri, ya que ese voto no era otra cosa que “un recurso político contra la religión”. Paralelamente, pidió que fuera reconsiderado el voto lanzado contra el obispo de sucre, Monseñor Pierini. El argumento fue curioso, Corral de Sánchez manifestó –entre aplausos de la barra, compuesta mayoritariamente por alumnas del Colegio Irlandés, y el rechazo de la mayoría de las legionarias– que “nos han sorprendido con esos votos y recién en nuestras casas hemos reflexionado”. Ambas proposiciones fueron rechazadas, pero eso no desalentó a la legionaria, que reclamó, contrariada, que esas votaciones no constaran en actas, ya que, en caso contrario se calificaría como acción comunista el trabajo de la LFEPA. Finalmente, en la séptima y última sesión, Corral de Sánchez se retiró del congreso.

En efecto, desde las páginas de *El Diario*, se vinculó al evento con ideas extremistas y se sostuvo que “Deben disolverse las legiones femeninas [ya que] Los diarios de Cochabamba aseguran que tienen carácter comunista”⁷³⁸. Es más, en un artículo titulado sin ambigüedades “Aberraciones femeninas”, un articulista interpretó que la “‘protección de la madre soltera’ se traduce prácticamente en ‘protección y estímulo a la prostitución’” y retomó las polémicas sobre la Pasionaria. Para el

⁷³⁵ *Ibidem*, pp. 58-59.

⁷³⁶ En la misma sesión se escucharon tesis sobre la pena de muerte (de Rosa Morales), el Registro civil (de Esilda Villa) y desayuno escolar y universidades populares (de Etelvina Villanueva).

⁷³⁷ *El País*, 18/11/1936, reproducido en Villanueva, *Acción socialista...*, *ob. cit.*, pp. 60-61.

⁷³⁸ “Deben disolverse las legiones femeninas”, *El Diario*, 11/12/1936, p. 3.

articulista, la mujer española no está simbolizada en absoluto en Dolores Ibarruri, “que es la más fanática propagandística del ‘amor libre’”, y aseguró que en uno de sus “accesos de fobia dio muerte a un indefenso sacerdote, en la calle Alcalá de Madrid, a mordiscos, cortándole la arteria carótida con sus propios dientes [sic]”. Por eso se preguntó con tono inquisidor: “¿Es ante esta mujer que las congresistas se ponen en pie en testimonio de admiración y es esta mujer que se quiere proclamar como prototipo de la mujer española?”⁷³⁹.

En este clima hostil, durante su discurso de clausura, Villanueva intentó correr el velo que había empañado el congreso. Señaló que se buscaba echar sombras sobre su conducta y sobre la convención, “manifestándose que traía ideas comunistas, que pretendía encender el fuego del desastre social y no se ha mirado ni se ha querido mirar que la Presidenta es autora de un Proyecto de Resolución en el que acusa de impropio en nuestro medio la adopción de doctrinas que vienen del viejo mundo y aboga por la organización de doctrinas sociales nacidas en nuestro suelo americano”. Concluyó que, no obstante, “en esta convención solo se ha destacado los errores comunes en que siempre intervienen las mujeres, que están cegadas por el fanatismo clerical”⁷⁴⁰.

Pero esas discusiones se trasladaron a la prensa, dejando en evidencia que la reunión tuvo repercusiones en el debate público, en un contexto en el que las ideas reformistas atravesaban a amplios sectores sociales y una concepción anticomunista del socialismo iba haciendo carne, como veremos más ampliamente en la tercera parte de esta tesis, en numerosos bolivianos. *El País* de Cochabamba, donde predominaban ideas de izquierda, sostuvo que “Hemos aplaudido las primeras deliberaciones del Congreso Feminista que se realizó bajo los auspicios de la Legión Femenina de Educación Popular, pero en las últimas reuniones hemos notado una marcada reacción clerical y escuchado discusiones tan pueriles y bizantinas que no valía la pena consignarlas”; al mismo tiempo el tabloide bregaba por los derechos y la mejora en la vida de la mujer boliviana, “especialmente de la mujer proletaria”⁷⁴¹.

Los debates –que tuvieron en su centro al socialismo, la religión y el feminismo– alcanzaron también a la prensa oficialista ya durante el régimen del socialismo militar, donde los “socialistas conservadores” gozaban de amplio espacio. En una columna

⁷³⁹ “Aberraciones femeninas”, *El Diario*, 27/11/1936, p. 11.

⁷⁴⁰ *El País*, 19/11/1936, citado en Villanueva, *Acción socialista...*, *ob. cit.*, pp. 70-71.

⁷⁴¹ *El País*, 19/11/1936, citado en *ibidem*, pp. 63-64.

titulada “A mis hermanas” dentro de la sección Glosario sentimental del periódico *El Socialista* –“Órgano del Partido Socialista de Cochabamba”–, una mujer que firma “Maritza” busca aclarar que el socialismo no debería ser de ningún modo irreligioso, ateo o anticatólico. Por el contrario, sostiene, varios padres de la Iglesia, como los papas León XIII y Pío X “consagraron los derechos de las clases proletarias a la justicia social”. “He leído el programa mínimo de la Junta Militar Socialista de Gobierno y he encontrado que la mayoría de las prescripciones de la Encíclica de Rerum Novarum de León XIII, dictada en 1902, está en tal programa”. Para “Maritza”, las mujeres deben defender especialmente el socialismo “porque así defendemos nuestros hogares y nuestras costumbres santificadas por el bien”⁷⁴². El 2 de diciembre de 1936, *El socialista* publica un largo manifiesto, ya durante el socialismo militar, que el periódico progubernamental titula “El socialismo recibe una ponderable adhesión femenina”. Sin embargo, contra lo que podría esperarse, se trata de un pronunciamiento que busca “deslindar la posición del grupo más representativo de la Legión Femenina” frente a un grupo caracterizado como comunista y anticlerical. El texto, cargado de fuertes tintes conservadores, señala que “Cuando se celebraba el Congreso de las Legiones Femeninas [...] hicimos algunos estudios sobre la función social de la mujer boliviana, censurando con energía su alejamiento del hogar, su desvinculación de la familia, su irrespetuidad [sic] con las normas de moral austera, su esnobismo y su errada concepción del modernismo. Una campaña de esa naturaleza no puede menos que ser acogida con aplauso por los sectores sensatos, porque defendimos los prestigios de la mujer boliviana, prototipo de virtud, y enaltecimos, como socialistas, los predicamentos que hicieron de la mujer cochabambina, un ejemplo de virtudes intachables”⁷⁴³. Sin embargo, las tendencias opuestas en la reunión dieron paso a una suerte de desbande y “a comentarios de diversa índole y sabor”.

Un “Manifiesto de la Legión Femenina de Cochabamba”, impulsado por la disidente Corral de Sánchez (sin la firma de Cira Aguayo) cuestionó el haber “traído al congreso cuestiones relacionadas con votos de amparo a la Pasionaria y de censura de asuntos clericales, ya que uno de los postulados [de la LFEPA] es no tratar absolutamente de religión ni de política, con el fin de respetar las creencias de cada

⁷⁴² *El Socialista*, Cochabamba, 1/12/1936, p. 5.

⁷⁴³ *El Socialista*, 2/12/1936, p. 4.

socia”. Según *El Diario*, el “voto de amparo” fue firmado “por unas trescientas damas [...] que preconizan la doctrina de Cristo”⁷⁴⁴.

Por otro lado, las firmantes del documento se declaran alejadas de cualquier tendencia comunista y disociadora de la familia boliviana. “Queremos que la mujer sea, ante todo mujer, y que no pierda su feminidad por seguir doctrinas importadas que la lleven al menosprecio de esa dignidad”. Sus postulados –dentro de un difuso “socialismo nacional”– son el mejoramiento de la raza, la educación del indio, el amparo del niño y la organización del trabajo. El ala conservadora del congreso tuvo un aliado estratégico: el Colegio Médico de Cochabamba, institución que no tardó en sumarse a la polémica y presentó una censura por haber tratado las mujeres en su congreso “asuntos que no le incumben”, en referencia al aborto. Esa institución le sugiere a las Legionarias hacer “labor efectiva culturizando a la mujer y haciéndola conocer su verdadera misión biológica, preparándolas para ser madre y esposa”⁷⁴⁵.

Es más, en una acción más decidida, las disidentes desautorizaron a Etelvina Villanueva y declararon disuelta la Legión Femenina de Educación Popular América⁷⁴⁶. La maniobra de esta última, según la opinión de las firmantes, consistió en haber transformado una reunión de la legión femenina en un congreso que terminó por desnaturalizarse al avalar a la Pasionaria y a la “comunista paraguaya” María de Cassati, precisamente cuando “El comunismo no solo en Bolivia sino en casi todos los países se encuentra al margen de la ley. La misma guerra civil en España no es sino la tendencia de ahogar por un lado el comunismo y por el otro de imponerlo ayudados por la PASIONARIA”. En el caso de María Freixe de Cassati, las firmantes hacían referencia a una activa feminista argentina que había hecho de Paraguay su patria adoptiva y aunque había apoyado la llamada Revolución febrerista de 1936, poco después fue desterrada por sus ideas izquierdistas a Bolivia, donde se vinculó con Etelvina Villanueva y otras feministas⁷⁴⁷.

⁷⁴⁴ “Un voto de amparo a raíz del congreso femenino”, *El Diario*, 8/12/1936. *Cfr.* también “Etelvina Villanueva directora de las legiones femeninas de Bolivia hace declaraciones para ‘La Calle’”, *La Calle*, 23/12/1936, p. 4. Allí Villanueva afirma que el Congreso de Legiones ha fracasado, y acusa a las “damas fanáticas” de conspirar contra el feminismo renovador.

⁷⁴⁵ *El Socialista*, 24/11/36, p. 6.

⁷⁴⁶ Por las ex legionarias de Cochabamba firman Fidelia C.Z. de Sánchez, Mercedes Rodríguez Z., María Quiroga Vargas, Aury Albornoz, R. de Carrasco, Elsa Anaya Fernández, María Paz Soliz T.

⁷⁴⁷ María F. de Cassati, fue presidenta de la Unión Femenina de Paraguay, fundada tras la revolución, y dirigió el quincenario *Por la mujer*. En una carta a Etelvina Villanueva destaca que el periódico “tenía mucho éxito y recorría por toda la República; las cartas que recibía de la campaña me alentaban mucho” (Carta de María F. de Cassati, Villanueva, *Acción socialista...*, *ob. cit.*, p. 127).

Con posterioridad a este congreso, la Legión Femenina de Educación Popular América fue declinando. Hacia el final de la década, Villanueva vuelve a ocupar las páginas de los periódicos debido a su detención por parte de la policía y su destitución del cargo de directora de la escuela “Antonio Quijarro” de Potosí acusada de alentar a los maestros y alumnos potosinos a una huelga que derivó en desórdenes callejeros⁷⁴⁸. La noticia repercutió ampliamente en la prensa y generó comunicados de rechazo por parte de varias federaciones del magisterio.

No obstante, pese al declive de la organización, no cabe duda de que la acción de Etelvina Villanueva desde la LFEPA, que combinaba la lucha por “abolir la explotación del capitalismo, amparar a la Madre y proteger al Hijo”⁷⁴⁹ puso el feminismo y la lucha por los derechos de la mujer en un escalón superior, al articular demandas de género con una perspectiva de clase en defensa de la mujer proletaria. Tras el congreso de la LFEPA, Enrique Vargas Sibila (médico especializado en fisiología, ensayista y más tarde rector de la Universidad Mayor Real y Pontificia San Francisco Xavier, y también parte de la “generación del Centenario”) escribió en *La Prensa*, de Sucre, que Villanueva, “con la abierta actitud que acaba de tomar en el seno de la Legión Femenina de Educación Popular América, peleando con beatas y pechoñas, ha cobrado –recién– particular interés para nosotros” y sostiene que ya “salida de una legión absurda, de mujeres fanáticas, libre de contaminaciones burguesas, podrá formar –como se propone– un bloque de mujeres socialistas bolivianas”. Vargas Sivila prosigue que es necesario un socialismo auténtico “mezcla de intelectuales y obreras (de maestras, escritoras, *palliris**) persiguiendo con Marx, una sola causa, la del proletariado universal”. Prosigue interpelando: “Etelvina Villanueva, Camarada: Agrupe a las mujeres, pero no olvide nunca a las mujeres proletarias, entonces le irá bien”⁷⁵⁰. Para el intelectual potosino, un *socialismo femenino* finalmente quizás podría ser capaz de superar la “chacota de los hombres”, subsumidos nuevamente en la “politiquería nacional”.

Cabe destacar nuevamente que este nuevo feminismo se construyó contra “la mentira filantrópica cargada de frases huecas” –al decir de Angélica Azcui–. En una

⁷⁴⁸ *La Calle*, 26/04/1939.

⁷⁴⁹ Manifiesto de la Legión Femenina de Educación Popular América, *Despertar*, Potosí, noviembre de 1936. Reproducido en Villanueva, *Acción socialista...*, *ob. cit.*, p. 93.

* *Buscadoras* en idioma quechua, las *palliris* son mujeres mineras que rascan entre las rocas en busca de minerales de algún valor, en el exterior mina.

⁷⁵⁰ Enrique Vargas Sivila, “Socialismo femenino”, *La Prensa*, diciembre 1936, reproducido en Villanueva, *Acción Socialista...*, *ob. cit.*, pp. 102-103.

entrevista concedida al periódico *La Calle*, la agitadora y artista radical manifestó que “las mujeres socialistas, las que perseguimos un sincero ideal, colectivo, no queremos ser ‘filantrópicas’; no queremos nada por ‘caridad’, sino por el imperativo de los derechos humanos y por la ley del ‘servicio’ que mutuamente nos debemos entre los componentes de una nación y del mundo”⁷⁵¹. El congreso de la LFEPA, en ese sentido, “ha tenido la virtud de mostrarnos la experiencia real de lo que podemos esperar de esas mujeres que prodigan la caridad con la mano derecha y siembran el oscurantismo con la izquierda”.

En esta lucha, estas “mujeres socialistas” bolivianas se vincularon con intelectuales y activistas feministas de América Latina. Tal es el caso de la feminista chilena Isabel Morel⁷⁵², quien le promete a Villanueva en una carta enviarle “muy pronto algunos artículos exclusivos para ‘Despertar’”, el sociólogo chileno Luis Lagarrigue y Nelly Merino Carvallo, editora de la revista pacifista *Mujeres de América* en Buenos Aires.

Aunque las divisiones internas hicieron fracasar a la Legión, los debates promovidos en pos de los derechos civiles y políticos de la mujer volverán a aparecer, como veremos, en la Convención Constituyente de 1938, cuando el voto femenino abrirá nuevamente encendidas polémicas dentro y fuera del recinto. Si los derechos civiles fueron alcanzados en el gobierno de David Toro (1936-1937)⁷⁵³, los derechos políticos informarán sobre los obstáculos en el tránsito hacia una mayor igualdad ciudadana, como veremos en la tercera parte de esta tesis.

⁷⁵¹ Villanueva, *Acción Socialista...*, *ob. cit.*, pp. 104-105; y Angélica Azcui, “El Congreso Feminista reunido en Cochabamba”, *La Calle*, 23/12/1936, p. 7.

⁷⁵² Fundadora la Unión Femenina de Chile, autora de *Charlas femeninas* (1930) y directora de la revista *Nosotras* en los años treinta.

⁷⁵³ Porfirio Díaz Machicao, *Toro Busch Quintanilla...*, *ob. cit.*, p. 39.

Conclusiones

En esta parte hemos abordado la disputa por la nación en la primera mitad de la década del treinta a partir de tres dimensiones.

La primera dimensión está constituida por la expansión más organizada y sistemática del comunismo a partir de sus principales centros difusores en la región: el Bureau Sudamericano y la CSLA, que desde Buenos Aires/Montevideo buscaron expandir la “idea comunista” tal como la entendía el cada vez más poderoso régimen soviético y –sobre todo– moldear grupos sindicales y políticos según el modelo marxista-leninista-stalinista, acorde a las tareas del llamado “tercer período”, en el que la caracterización de que el capitalismo se enfrentaba a su última etapa (en medio de guerras y revoluciones) planteaba duros desafíos a un comunismo latinoamericano que encontraba grandes obstáculos para su desarrollo. Fueron las actividades de la IC –junto al antiguerrerismo y el antinacionalismo– las que hicieron emerger un fuerte temor entre las élites políticas bolivianas a un fantasma del comunismo que era más imaginario que real, aunque la radicalización de las masas aparecía ciertamente como un desafío inédito al viejo orden liberal-conservador.

El llamado “descubrimiento de América” por parte de la IC coincidió con la estrategia “clase contra clase” –con derivas aislacionistas y sectarias⁷⁵⁴– que condenó a los intelectuales a un papel especialmente sospechoso, lo cual, en el caso boliviano, creó un muro de desconfianzas y desencuentros con una de las figuras más prometedoras del campo comunista (o al menos con voluntad de comunismo) local. Creemos que precisamente esa actitud frente al joven Arze –quien pese a todos sus esfuerzos y al hecho de ser considerado en Bolivia como un estalinista convencido no logró jamás ser aceptado por Moscú– explican, al menos en parte, la imposibilidad de organizar un partido miembro de la IC, el cual verá la luz recién en 1950. Entretanto, el sospechado Arze se fue convirtiendo en referente de una importante y singular corriente de “comunismo nacional” (especialmente en la década siguiente).

⁷⁵⁴ Hernán Camarero, “La estrategia de clase contra clase y sus efectos en la proletarianización del Partido Comunista Argentino, 1928-1935”, en Carlos Aguirre (ed.), *Militantes, intelectuales y revolucionarios. Ensayos sobre marxismo e historia en América Latina*, North Carolina, Raleigh, 2013, pp. 21-50.

Una segunda dimensión en la disputa por la nación que buscamos iluminar en esta segunda parte fueron las ideas vitalistas, teluristas y comunitaristas, que trabajaron en el extenso y denso campo del indianismo, y que recortamos en función de los objetivos de este trabajo: captar las dinámicas de la disputa por la nación (y contextualizar los términos en juego).

A su vez, la búsqueda de un ancla para pensar una nación más asentada en sí misma buscó dejar atrás el modelo de intelectual liberal de la primera parte del siglo—cuyas propuestas civilizatorias partían de un desprecio hacia lo nativo y hacia el país que les había tocado en suerte⁷⁵⁵. Para el indianismo de los treinta, es posible que el pueblo estuviera “enfermo”, pero esas “taras” comenzaron a ser atribuidas más directamente a la explotación de que era víctima (por parte de blancos y/o mestizos, según los análisis) y por lo tanto a considerarse que la “enfermedad” tenía cura. Además, —en una atmósfera vitalista y telurista, afianzada por visitas como la del Conde de Keyserling en 1929 y las influencias de Oswald Spengler— se comenzó a buscar las energías de la nación en sus propios habitantes. Si detrás de esa raza vencida y desgraciada hubo un gran imperio (Tiwanaku) era posible acudir a él para arrancarle esas energías vitales. De este modo, mientras el indianismo romántico/arqueológico buscaba recuperar la “cultura”, un emergente indianismo socioeconómico —a menudo no menos romántico— se proponía recuperar la tierra y las formas de autogobierno propias de las comunidades. Fuera desde el antiigualitarismo (Posnansky) o desde la izquierda (Pérez), estas diferentes caras del indianismo de los treinta encontraron vías de intercambios y comunicación, y, aunque desde posiciones no pocas veces paternalistas/civilizatorias, pudieron transformar simbólicamente una nación apenas centenaria en otra varias veces milenaria, llena de mitos y misterios que no sólo serían simple expresión de la ignorancia de unos indios semisalvajes sino el escondite donde se encontraban las energías y emociones necesarias para (re)construir una nación que atravesaba una guerra que conduciría a una nueva derrota bélica.

La tercera dimensión que analizamos fue el modo en que un grupo de mujeres, que comenzaron a actuar como intelectuales públicas, se posicionó en la disputa por la nación. En ese sentido, el significante feminismo declinó diversos significados, que a la luz del conflicto bélico, interactuó con varias reconfiguraciones —materiales y

⁷⁵⁵ Cfr. Salvador Romero Ballivián, “El nacimiento del intelectual en Bolivia”, *Revista de Ciencia y Cultura*, N° 19, julio de 2007, La Paz. Versión *on line* consultada el 10/1/2009, disponible en http://www.scielo.org.bo/scielo.php?pid=S2077-33232007000200002&script=sci_arttext

simbólicas— del rol de la mujer en una sociedad profundamente tradicionalista y aristocratizante. En ese marco, figuras como María Frontaura Argandoña, Etelvina Villanueva, Angélica Azcui y varias otras, no sólo se ocuparon de los problemas considerados “femeninos” sino discutieron la cuestión de la guerra, la indianidad, el socialismo, y buscaron romper vínculos con sus propios orígenes clasistas y relacionarse con obreros e indígenas que trataban de perforar los techos de cristal que los mantenían en una situación de opresión étnica-social.

Dicho esto, de ninguna manera tomamos estas dimensiones de forma separada. Por el contrario, en los vínculos, puentes y precipicios entre las ideas sobre clase, etnicidad y género, se tejió —como tratamos de mostrar— una disputa por la nación que tuvo como condición de posibilidad la ruptura de sectores medios —y acomodados— de la sociedad con la llamada “rosca minero-feudal” (precisamente el grupo que subsumimos en la generación del Centenario) al tiempo que trataban de imaginar, como veremos en la tercera parte, una nación más *densa*. Aunque la guerra fue en efecto un parteaguas histórico en muchos sentidos, en el próximo apartado veremos de qué modos, y con qué dificultades, una serie de jóvenes que hicieron su experiencia en el Partido Nacionalista de Siles (y otros que provenían de la izquierda más radical) volverán a la escena y disputarán contra “los viejos” el sentido de la nación en tanto portadores de un proyecto societal marcado por diversas —y a veces antagónicas— figuras del socialismo.

TERCERA PARTE

¿UNA NACIÓN MÁS DENSA?

El socialismo como salvación nacional

Introducción

A finales de la guerra del Chaco, se fue construyendo un imaginario político renovador que identificó la decadencia nacional –y la propia derrota bélica– con los partidos tradicionales y, entre estos, el Partido Liberal se llevó la peor parte en términos de desprestigio. Otros, como el saavedrista, buscaron adaptarse incorporando, con escasa fe, las nuevas sensibilidades. Así, el viejo caudillo del Centenario agregó el término “socialista” al nombre del Partido Republicano, y esta fuerza se sumó al entusiasmo por el corporativismo con el que se buscaba revertir los males de la República liberal.

La posguerra fue un semillero de grupos de izquierda. Además de Beta Gama – más tarde rebautizada Acción Socialista Beta Gama– se fundaron agrupaciones con nombres como “Izquierda” en Cochabamba (donde militaba Arze, Ricardo Anaya y Mendizábal), “Henry Barbusse” en La Paz, “Antahuara” y “Ariel” en Sucre, “Avance” en Oruro, o Frente Popular en Potosí (donde militaba Carlos Medinaceli). A su vez, a fines de 1935 fue fundada la Legión de Ex combatientes, que asumirá un importante papel en los siguientes años fluctuando entre el apoliticismo y el socialismo de Estado. Por su parte, el sindicalista gráfico Waldo Álvarez participó de la creación del grupo Nueva Ruta, que luego de conversaciones con el ala izquierda de Beta Gama (alentada por Aguirre Gainsborg) pasó a conformar el Bloque Socialita de Izquierda⁷⁵⁶. Como se ve, el POR aún no era una realidad al interior de Bolivia, y Aguirre G. buscaba alternativas de reagrupamiento de la izquierda.

Pero donde la posguerra coincidió con –y provocó– una crisis interna de grandes proporciones fue en el Partido Nacionalista: si en su gestión del poder (1926-1930) el partido de Hernando Siles había logrado una convivencia entre izquierda y derecha, subordinando a la primera que estaba encarnada por los jóvenes de la “generación del Centenario”, en 1935 ese equilibrio ya se mostraría imposible, con los jóvenes dispuestos a provocar una crisis que acabaría a la postre con la virtual disolución del propio partido. El escenario elegido para la ruptura generacional fue la convención

⁷⁵⁶ Álvarez, *Memorias...*, ob. cit., p. 74.

reunida el 1 y 2 de octubre en La Paz, donde la actuación juvenilista tuvo una gran repercusión en la prensa. El periódico *Última Hora*, dirigido por Arturo Otero y Jorge Canedo Reyes– actuó como un aliado estratégico del ala izquierda del nacionalismo y desde sus páginas apoyó sin tapujos la escisión “contra el tradicionalismo”. Es más, el diario paceño se desmarcó de las “empresas industriales periodísticas al servicio de los intereses creados” y brindó una amplia y entusiasta cobertura a la convención silista y a la disidencia juvenil. Incluso denominó a esta última una “fuerza mesiánica de renovación” y la comparó con la revolución de Jesucristo: “una revolución del espíritu que rompe con el pasado para ascender a una nueva vida”, una revolución contra los “viejos profetas impotentes”⁷⁵⁷.

El portavoz de la revolución interna del Sector Revolucionario de Izquierda (luego rebautizado Célula Socialista Revolucionaria) fue Antonio Rico Toro, quien en una enérgica alocución, en el segundo día de la convención, se lanzó a “un magistral deslinde de fronteras entre la acción de los hombres maduros y el papel jugado por los elementos jóvenes del partido”, a partir de lo cual distinguió una tendencia conservadora –de derecha– y la tendencia revolucionaria –de izquierda–. Para Rico Toro, fue esta tendencia conservadora la que neutralizó la acción juvenil cuando el Partido Nacionalista estuvo en el poder en la segunda mitad de la década del veinte, lo cual, sumado a “móviles biológicos y éticos”, justifican la brusca ruptura con “el pasado ominoso y servil”⁷⁵⁸. Además de Rico Toro, la cabeza del bloque estaba conformada por Baldivieso, José Tamayo y Carlos Montenegro.

En una decisión con fuerte sentido de la teatralidad, el Sector Revolucionario de Izquierda entregó “la bandera, el credo y la dirección del partido” a los elementos conservadores y abandonó definitivamente el silismo “para sumarse al gran movimiento de renovación política y social que anima a la juventud de toda la república”. El voto juvenilista cayó como una bomba, la presidencia ad-hoc buscó una fórmula dilatoria para aplacar la tormenta. Un convencional propuso la formación de una “comisión depuradora” para deshacerse de los malos elementos y purificar las filas nacionalistas. Otro, Teddy Hartmann, acusó a los jóvenes de “tarados”, ante lo cual recibió gritos de “derechista”, “conservador”, “tradicionalista”. “Lamento no haber traído el traje negro para el entierro del partido –prosiguió Hartmann–. Yo, señores, ya estoy cansado de

⁷⁵⁷ “Un movimiento histórico. Fue sensacional la escisión del nacionalismo. La juventud se agrupa en un sector revolucionario de izquierda. Sentido mesiánico de la acción juvenil”, *Última Hora*, 3/10/1935, p. 5.

⁷⁵⁸ *Idem*.

escuchar hablar de juventud e ideas jóvenes. Los que tenemos 45 años pertenecemos al consejo de ancianos”. Y lanzó –en una poco velada acusación al ala izquierdista– que dada la situación partidaria era preferible crear un partido sindical-comunista”⁷⁵⁹.

En medio de un clima caldeado, el sector juvenil se retiró ruidosamente de la Convención Nacionalista, lo que, en la práctica, constituyó en efecto una especie de sepelio del partido silista. Pero una vez disuelta la convención, los disidentes volvieron a las 18.10 horas a sus butacas del Teatro Municipal, ya no como nacionalistas sino como socialistas, e instalaron las sesiones de la Asamblea Revolucionaria. En ese marco, fue elegido un Comité Ejecutivo del Sector Revolucionario de Izquierda, compuesto por Enrique Baldivieso, José Tamayo, Bernardo Trigo, Carlos Montenegro, Fernando Campero, el delegado obrero Felipe Tovar y René Ballivián Calderón. El dilema planteado por Baldivieso no admitía, según los jóvenes, negociación posible: “Con la guerra viene la escisión ideológica, aparece el dilema: o la generación o el partido”.

Con “palabra fluida, gesto elegante y voz rotunda” –según los elogios de *Última Hora*–, Baldivieso fue la figura de la rebelión generacional y para justificarla realizó un balance crítico del accionar de la juventud nacionalista, especialmente centrado en el “prematureo ascenso al poder [con Hernando Siles a mediados de los años veinte]” y las luchas posteriores a la caída del silismo en 1930⁷⁶⁰. Baldivieso recalcó que “por la dolorosa experiencia adquirida en cinco años de persecuciones, de cárceles de destierros y de venganzas sectarias, esa juventud –que además acaba de pasar la gran valla de fuego del Chaco– se ha purificado ganando por propio derecho una situación de vanguardia en la renovación material y espiritual del país”. Finalmente, el ex dirigente universitario de 33 años expresó la necesidad de “sustituir los caducos principios de la economía liberal y del romanticismo democrático por una moderna concepción del estado en función económica-social, que lejos de ser una simple prédica pseudo-socialista, sea una auténtica transformación estadual mediante nuevos organismos funcionales corporativos”. Este Estado corporativo, remarca *Última Hora*, es el que responde a las “modernas corrientes filosóficas, económicas y sociales”⁷⁶¹. El dirigente obrero Moisés Álvarez, desde la prensa, apoyó a los disidentes del nacionalismo y escribió: “Los partidos políticos tradicionales han cumplido ya su misión histórica en el

⁷⁵⁹ “Se planteó ayer la disolución del nacionalismo”, *El Diario*, 3/10/1935.

⁷⁶⁰ “Un movimiento histórico...”, *ob cit.*

⁷⁶¹ *Idem.*

país [...] en cambio se han vigorizado las ideas socialistas del proletariado, que ahora teniendo como vanguardia a las juventudes intelectuales que buscan proletarizarse, se aprestan a tomar los destinos del país bajo la instauración de un Estado verazmente socialista”⁷⁶².

Entretanto, el Partido Republicano Socialista (saavedrista) incorporó una retórica aprista para atraer a jóvenes inconformistas, argumentando que Saavedra fue el presidente que en la primera mitad de la década del veinte dictó una legislación social pionera. “Hay que descubrir la realidad no inventarla... eso ha hecho y está haciendo el APRA en el Perú”, decía un grupo de jóvenes para justificar su adhesión al saavedrismo remozado, mientras desde *Última Hora* respondían que el APRA no lleva adelante su programa “de generación” con “flageladores al parecer arrepentidos ni con hipotecadores de la economía nacional o mercaderes del suelo americano como Saavedra”⁷⁶³. Por su parte, el recientemente fundado Partido Obrero Revolucionario, en una reunión del exilio celebrada en Jujuy (Argentina), lanzó el manifiesto “Una voz de alerta a los trabajadores de Bolivia” en el cual consideró a Saavedra el último caudillo y acusó de fascista a los republicanos saavedristas –debido a las simpatías de su líder por el fascismo italiano–. Bajo el título “No se debe escamotear el socialismo”, un artículo sin firma en *Última Hora* se pregunta en la misma línea: “¿Cuál es el socialismo que se propone implantar y en qué consiste? Él [Saavedra] lo dice claramente: patronatos, régimen jerárquico, régimen funcional, corporativismo’. Eso no es socialismo: eso se llama fascismo criollo y caciquismo retardatario [...] Con ese ‘socialismo’ maniatará a la clase trabajadora y le arrancará la sangre de los cuatro costados. Servirá de rodillas al imperialismo extranjero y establecerá una dictadura sin control, claro está, aplaudida por los acreedores yanquis e ingleses, por Patiño, Aramayo y los negociantes, en fin, por todos los que siempre han creído que el pueblo boliviano es un hato de esclavos duros para el trabajo, miserables para rebelarse”⁷⁶⁴.

Una vez fuera del Partido Nacionalista, la Célula Socialista Revolucionaria impulsó la unidad de diversos grupos dispersos, como Andes (Asociación Nacional de ex Combatientes Socialistas), los grupos Beta-Gama, Bolivia, etc. El objetivo era concentrar la energía “socialista” que amenazaba con difuminarse debido a la dispersión reinante, de tal forma de aprovechar la crítica coyuntura de la posguerra para dar un

⁷⁶² “El socialismo frente a la realidad histórica de Bolivia”, *Última Hora*, 31/12/1935, p. 9.

⁷⁶³ “Adhesiones al saavedrismo e incongruencias”, *Última Hora*, 24/10/1935, p. 6.

⁷⁶⁴ “Una voz de alerta a los trabajadores de Bolivia”, *Última Hora*, 5/12/1935, p. 4

rumbo renovador al inconformismo predominante. Uno de los resultados de sus llamados a la unidad fue la conformación de la Confederación Socialista Boliviana (CSB). En el pacto confederativo, firmado el 5 de octubre de 1935 entre los ex silistas, Andes y grupo Bolivia (con apoyo de círculos socialistas universitarios), se afirmaba: “No propugnamos el comunismo en el sentido igualitario de este término social extremo, ni mantenemos relaciones directas o subalternizadas con entidades comunistas internacionales. Proclamamos el principio de la igualdad social entre todos los trabajadores manuales y profesionales; el de la obligatoriedad del trabajo; y el de la subordinación del interés particular al interés colectivo”⁷⁶⁵. Otra vez, se planteaba el reemplazo “del Estado individualista-liberal por el Estado socialista de base económica, organizado mediante la sindicalización de todas las actividades sociales de la república bajo el régimen funcional como instrumento de satisfacción de las necesidades y las aspiraciones del pueblo”. En el punto sexto establecen, además, “nuestra posición de franco anti-imperialismo” y el auspicio “del ideal de la unión ibero-americana como recurso de entendimiento entre los Estados de un mismo origen racial, tendiendo a lograr la confraternidad socialista de los pueblos del Continente”⁷⁶⁶.

Desde posiciones marxistas, Aguirre Gainsborg impulsaba también la unidad socialista y su grupo, el Bloque Socialista de Izquierda, se embarcó en un frustrado ingreso a la CSB en pos de un Partido Socialista unificado⁷⁶⁷. Pero las negociaciones paralelas de la CSB con los saavedristas pusieron en crisis la adhesión del grupo de Aguirre, que terminó retirándose del congreso regional de la Confederación acusándola de manipular la representación mediante delegaciones fantasmas. Los delegados del Bloque Socialista de Izquierda abandonarlo el cónclave denunciando que los ex silistas no eran verdaderos socialistas, que, por el contrario, “defienden y respetan la propiedad capitalista y feudal” y que la tarea era fundar un verdadero “Partido Socialista de Clase”⁷⁶⁸. Asimismo, Aguirre Gainsborg acusaba desde *El Diario* a los socialistas de Baldivieso y Tamayo de “hacer ‘clases’ y monstruos de papel sin encarar realmente el combate contra nadie”, lo que se derivaba, según el marxista cochabambino, de las

⁷⁶⁵ “Confederación Socialista Boliviana. Texto del Pacto Confederativo”, *Última Hora*, 15/11/1935, p. 5.

⁷⁶⁶ *Idem*.

⁷⁶⁷ Guillermo Lora, *Historia del movimiento obrero... 1933-1952*, *ob. cit.*, pp. 37-38. Sobre la unidad entre Beta Gama y el Grupo de Izquierda cochabambino de Ricardo Anaya, *cfr.*, José Aguirre Gainsborg, “El problema de la unidad”, *El Diario*, 16/10/35, p. 4; y Guillermo Lora, *Figuras del trotskismo en Bolivia*, La Paz, Ediciones Masas, 1983, pp. 38-40.

⁷⁶⁸ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, p. 85.

ambigüedades de su programa económico”⁷⁶⁹. Pero estos grupos de izquierda marxista no lograrán ampliar su base; el entusiasmo estaba entonces del lado de los socialistas nacionalistas, cuyo estandarte antiliberal atraía un creciente apoyo popular. Sin embargo, tanto marxistas como socialistas nacionalistas concretarán una unidad práctica en las calles, junto a las centrales sindicales, en demanda del reajuste de salarios, pensiones “adecuadas” para huérfanos, viudas y mutilados de la guerra, trabajo para los excombatientes y ex prisioneros, y confiscación de la Standard Oil, acusada de contrabando en plena contienda⁷⁷⁰. Un programa que, como se verá, requería un cambio de régimen político y social.

Esta introducción tuvo como finalidad reponer el rol que tuvieron los imaginarios juvenilistas en la renovación de la política boliviana a comienzos de la segunda mitad de la década del treinta. Con este mar de fondo, en esta tercera parte nos concentraremos en las formas en que el socialismo –como invocador de una serie de ideas de salvación nacional– permitió construir tramas de sentido que estuvieron en la base del llamado “socialismo militar”, una alianza que –no sin tensiones– articuló a militares nacionalistas, intelectuales socialistas y obreros que actuaban en política desde un sindicalismo más unificado y clasista.

⁷⁶⁹ Aguirre G., “Declaración de principios de la Célula Socialista”, *El Diario*, 6/11/35, p. 4.

⁷⁷⁰ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, p. 86.

CAPÍTULO 8

El socialismo militar en la postguerra: la respuesta funcional a la nación liberal

Alianzas imprevistas: militares, obreros e intelectuales de izquierda en la revolución del 17 de mayo

El fin de la guerra del Chaco no sólo implicó un duro golpe al orgullo nacional. La desmovilización de miles de combatientes introdujo renovados elementos de inquietud en el país y la aparición de nuevos actores políticos; la sensación de que se produciría una próxima intervención política de los militares –que estaban fuera del gobierno desde 1880– se expandió entre la mayoría de los bolivianos. Si en el frente de batalla, la heroica resistencia que retuvo los campos petroleros en manos bolivianas no pudo esconder la magnitud de la derrota, en el resto de país la población se sentía doblemente agraviada: por un ejército extranjero al que en los comienzos del conflicto creía poder derrotar con relativa facilidad y terminó doblegando a unas fuerzas bolivianas que no lograron garantizar ni siquiera redes de abastecimiento mínimamente adecuadas, y, peor aún, por la propia élite política y militar nacional. El presidente Salamanca fue lapidario con los militares que le armaron el “corralito de Villamontes” y lo obligaron a renunciar. “Fue el único corralito que les salió bien”, les espetó a los uniformados en pleno campo de batalla. Pero en esa debacle general, una oficialidad joven emergió del conflicto sin el pecado original de haber llevado al país al despeñadero, con amplias credenciales de resistencia heroica en el “desierto verde” donde la sed era mucho peor que las balas paraguayas y, finalmente, portadora de un discurso –y una voluntad– de regeneración nacional que se montaba en el descrédito del régimen oligárquico y era capaz de establecer alianzas con sectores civiles, especialmente con el emergente sindicalismo independiente y la intelectualidad inconformista.

En verdad, en la posguerra había razones para dos escenarios contrapuestos. Por un lado, unos pocos descreían de la difundida amenaza de golpe, pues a la luz de la

catástrofe bélica –pensaban– el Ejército podría optar por una actitud más distante de la política. Pero por el otro, los más creían en la inminencia de una revolución cívico-militar⁷⁷¹. En las propias trincheras en las que se mezclaron civiles y militares, donde había mucho tiempo para reflexionar e incluso conspirar, había ido emergiendo el fermento para una impugnación sin precedentes del viejo Estado “oligárquico/feudal”. Augusto Céspedes recordará con su habitual buena pluma que “grupos de gentes jóvenes querían, desde las trincheras, una nueva conducta en la dirección del poder público. En las desmayadas tardes del Chaco o en sus noches largas y amenazadoras, los combatientes juraban destruir el pasado, arrebatarse el mando a los grupos tradicionales y buscar para la Patria vida nueva y nueva moral”⁷⁷². En este clima, Augusto Guzmán escribirá contribuyendo a implantar el “mito del Chaco”:

Los pueblos son a veces como los bosques incendiados cuya vitalidad retoma con más fuerza sobre las cenizas de la muerte. [...] Cuando fuimos a la guerra aún no éramos Nación, éramos simplemente un pueblo lanzado a una prueba de fuego por la vesania piromaniaca de un gran equivocado. Esta verdad desoladora abrió todas las conciencias y se asentó en ellas, confirmada a través de treinta y seis meses de guerra. ¿Qué extraño es entonces que hablamos de la Nación como algo nuevo y por hacerse? [...] Allá en los campos de batalla [...] vimos que todo nos desunía: la raza que es la sangre, el idioma que es el espíritu, la naturaleza que es el mundo y la economía que es la vida. No éramos una nación. Pero en cambio, con lazos terribles forjados en las fraguas del tormento, nos unió el Sacrificio, en cuyo nombre hablamos ahora un lenguaje de hermandad, profundo y eterno, porque lo aprendimos en un momento volcánico de nuestra historia [...] Y este lenguaje cifrado con sangre, fundirá las razas, unificará los idiomas, formará una unidad geográfica variada y consistente por sus relaciones y borrará los privilegios económicos. Seremos una nación armónica y fuerte como un gran pensamiento hecho realidad⁷⁷³

Ciertamente, el temor de los militares a que su actuación en la contienda fuera puesta en cuestión, e incluso investigada, operaba asimismo como un acicate para el golpe de Estado, pero no es menos cierto que existía al mismo tiempo una voluntad de

⁷⁷¹ Machicao, *Toro Busch Quintanilla...*, ob. cit., p. 19.

⁷⁷² *Ibidem*, p. 20.

⁷⁷³ Palabras del secretario de R. de la F. de Excombatientes”, *La Calle*, 7/8/1936, p. 5.

cambiar el país. Del Chaco –decía Céspedes– “no surgió la conciencia, sino el desorden propicio para incubarla”⁷⁷⁴.

Al mismo tiempo, la situación económica alentaba la protesta social. A la guerra siguió un panorama marcado por la inflación y las demandas de aumento salarial⁷⁷⁵. Apenas se callaron los fusiles, varios líderes sindicales retornaron del frente y del exilio a su activismo gremial, centrando sus objetivos en la reconstrucción de los sindicatos⁷⁷⁶. En Oruro, por ejemplo, se conforma el Frente Único Revolucionario (FUR), con la participación de los sindicatos mineros. En un Congreso de Izquierda, celebrado el 3 de abril, se aprobó un programa socialista radical, que incluía “socialización de todas las industrias”, “lucha contra la guerra y el imperialismo”, “reconocimiento legal de todos los partidos y agrupaciones de extrema izquierda”, “reconocimiento de los derechos de la mujer” y “colectivización de los campos y racionalización de los cultivos” entre otras propuestas⁷⁷⁷. Ante la oposición de algunos delegados a la participación de intelectuales, Josemo Murillo, uno de los dirigentes mineros, respondió a “algunos artesanos plutócratas” que “desconocían que la gran hoguera de la revolución rusa había sido conflagrada por los intelectuales proletarios y por los obreros intelectualizados”⁷⁷⁸.

En un contexto de creciente malestar, las diferentes industrias (incluidas las estratégicas explotaciones mineras) se vieron rápidamente envueltas en una ola de agitación laboral sin precedentes. Primero fueron dos huelgas, en la mina de Corocoro y en la industria tabacalera, además de los judiciales de Cochabamba, pero más tarde vendría el reclamo de la FOT –liderada por el gráfico Waldo Álvarez–. El pliego petitorio de 19 puntos exigía al gobierno liberal de José Luis Tejada Sorzano –quien como vicepresidente había reemplazado al “acorralado” Salamanca– una reducción del 50% en el precio de los productos de consumo de primera necesidad y su libre importación, un incremento del 100% en los salarios, supresión de los monopolios, prohibición del trabajo nocturno para las mujeres y los menores de edad, fin de los

⁷⁷⁴ Céspedes, *El dictador suicida...*, *ob. cit.*, p. 155.

⁷⁷⁵ Citando a la Cepal, Klein sostiene que entre los años de la guerra (1932-1935) la inflación era del 16,6%, en tanto que en el periodo 1936-1939 se disparó a 50,74% anual (Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, p. 254).

⁷⁷⁶ Entre otros, se reorganizaron los sindicatos de choferes, tranviarios, textiles, ferroviarios, empleados de comercio, incluso fue creado un sindicato médico. “Merced a este esfuerzo de gran aliento, llegó un momento en el que [la FOT] contaba en su seno con treinta y cuatro sindicatos” (Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, p. 80).

⁷⁷⁷ Delgado Gonzales, *100 años de lucha obrera...*, *ob. cit.*, pp. 96-97.

⁷⁷⁸ Josemo Murillo V., “Solemnemente se inauguró anoche el Congreso de Izquierda”, *El Fuego*, Oruro, 4/4/1936, citado en *Ibidem*, p. 96.

estados de sitio y libertad de reunión, así como una nueva legislación social, trabajo para los veteranos de guerra y medidas en favor de mutilados y huérfanos a causa de la contienda⁷⁷⁹. Los trabajadores recibieron el apoyo de la flamante Legión de ex Combatientes (que se presentaba como ineludiblemente apolítica), del emergente Partido Socialista de Enrique Baldivieso y de los saavedristas.

La movilización obrera fue *in crescendo* hasta estallar en el movimiento huelguístico de mayor envergadura conocido hasta entonces en Bolivia. Entre el 9 y el 21 de mayo de 1936, una huelga del sindicato gráfico impidió la salida de los periódicos; mientras, mediante la acción conjunta de la FOT y de la FOL (controlada por los anarquistas y con fuerte peso entre las vendedoras de los mercados) la huelga se generalizó a diferentes sectores laborales transformándose en una huelga general indefinida con connotaciones revolucionarias⁷⁸⁰. La federación de estudiantes apoyó a los huelguistas y se enfrentó a la policía, mientras el gobierno de Tejada Sorzano ordenaba el acuartelamiento de los carabineros. A su vez, el FUR de Oruro envió una delegación al comité revolucionario de La Paz, de la que participan Trifonio Delgado y Josemo Murillo V., entre otros, para fortalecer el conflicto⁷⁸¹.

En su *Diario íntimo*, Alcides Arguedas describió el clima de expectativa que se vivía en La Paz desde el punto de vista de la élite; poco antes de la huelga, registrando vivamente la ansiedad y los temores de esos días, se preguntaba: “Todo el mundo habla de la revuelta que ha de estallar en estos días, con insistencia y casi en voz alta [...] ¿Se pasarán las cosas tranquilamente? ¿No dirán nada las masas? Andan furiosas y descontentas, porque tienen hambre y sienten un odio feroz contra los ricos. La vista de un automóvil de lujo las enloquece y, si llega el caso, cometerían hazañas inauditas de crueldad y salvajismo”⁷⁸². La huelga marcaría la entrada en política, como nunca antes, de un actor que había venido para quedarse –el movimiento obrero–, y el sindicalista Waldo Álvarez escribirá una página ineludible de la emergencia del obrerismo moderno y clasista, poniendo en el primer orden la tantas veces invocada “cuestión social” y operando como uno de los articuladores de la alianza entre militares, sindicalistas e intelectuales favorable a la reforma social.

El 16 de mayo, Arguedas participó en una reunión de notables en el Palacio Quemado convocada por el presidente Tejada Sorzano, un viejo amigo del autor de

⁷⁷⁹ Klein, *Orígenes de la revolución...*, *ob. cit.*, pp. 255-256.

⁷⁸⁰ Barcelli S., *Medio siglo de luchas sindicales...*, *ob. cit.*, p. 139.

⁷⁸¹ Delgado, *100 años de lucha obrera...*, *ob. cit.*, pp. 99-100.

⁷⁸² Alcides Arguedas, *Diario íntimo*, Tomo 7, pp. 226-227.

Pueblo enfermo desde los tiempos de las tertulias de los jóvenes liberales en La Paz y en Europa. La ciudad está paralizada. “La cita es a las diez de la mañana y yo debo salir a las nueve de casa porque la huelga es general y no hay coches, ni tranvías, ni nada”, escribe en su *Diario*⁷⁸³. Pese a ese clima, “Tejada entra, como siempre, sonriente, plácido, satisfecho del mundo, contento de vivir”⁷⁸⁴, pero ese carácter personal no le impidió poner a los asistentes delante de un cuadro “de veras tétrico y pavoroso”⁷⁸⁵. Describió un clima amenazado por las tempestades de dentro y fuera de Bolivia. “Dijo, por ejemplo, que los peligros que amenazan al país se alzaban ahora más graves que en ningún otro momento de la historia. El Paraguay no [se] ha desarmado y sus intrigas solo tienen por objeto apoderarse de las petroleras y de Santa Cruz; la Argentina reclama territorios donde se habían descubierto formaciones de estaño; Chile exige rectificación de fronteras y desea apoderarse de territorios ricos en azufre; el Brasil y el Perú, aunque sin reclamar nada, se muestran reservados y cual si esperasen algo. [...] Si las cosas andan mal con los países vecinos, no van mejor en el régimen interno. Las finanzas flaquean y no hay manera de hacer frente a las nuevas necesidades de la administración. El presupuesto se halla en grave desequilibrio y nos amenaza el peligro de la bancarrota”⁷⁸⁶.

“Entretanto –continúa Arguedas– sigue la huelga. El comercio ha cerrado sus puertas y las calles están vacías. No hay autos. Nadie se atreve a sacar el suyo porque correría el riesgo de hacerlo destrozar por la turba”⁷⁸⁷. Arguedas cuenta que en el entierro de Juan Granier “hay poca gente porque los huelguistas no dejan circular ningún coche y el mismo carro mortuorio tiene que llevar la insignia de la cruz roja, lo que pasa de cómico y llega a lo grotesco. Naturalmente no hay vehículos para los dolientes ni para llevar las coronas y estas tienen que ser atravesadas en un mango de escoba que llevan los indios sobre los hombros. Las coronas sobrantes [las] llevan algunas señoritas en sus brazos”⁷⁸⁸.

En efecto, se trató de una huelga con tendencias insurreccionales; los obreros organizaron su propia policía sindical y patrullaron las calles garantizando el orden

⁷⁸³ *Ibidem*, p. 227.

⁷⁸⁴ *Idem*.

⁷⁸⁵ *Ibidem*, p. 228.

⁷⁸⁶ *Ibidem*, p. 228.

⁷⁸⁷ *Idem*.

⁷⁸⁸ *Ibidem*, p. 229.

público⁷⁸⁹: la estructura represiva se resquebrajó. Aunque el gobierno dio instrucción al Ejército de obligar a los trabajadores a retornar a sus puestos de trabajo, un acuerdo entre partes logró que los militares no intervinieran mientras el orden público no fuera alterado⁷⁹⁰. El propio Germán Busch –jefe del Estado Mayor General del Ejército– aceptó reunirse con los trabajadores y se opuso a que las tropas reprimieran a los sindicatos. Fue una reunión entre un jefe militar de 32 años y un líder obrero de 36. Según recuerda el líder gráfico en sus *Memorias*, Busch expresó que “estaba del lado del los huelguistas porque consideraba que sus peticiones eran justas, y que se comprometía, como Jefe del Estado Mayor, a no sacar al ejército a las calles contra los trabajadores y a acuartelar a los soldados inmediatamente, a condición de que se garantice que no habrán desórdenes ni agitaciones políticas”⁷⁹¹. Así, luego de que Álvarez empeñara su palabra en que el orden público no sería alterado, “el Tcnl. Busch aceptó esa garantía proletaria y se selló el compromiso con un fuerte apretón de manos y un abrazo, que simbolizaría el nacimiento de una amistad permanente”⁷⁹².

Álvarez ya se había reunido con el coronel David Toro –en uno de los viajes del coronel a La Paz–, para reclamar la liberación de Aguirre Gainsborg en ocasión de su arresto por los militares y, según escribió en sus *Memorias*, fue recibido “con curiosidad” por el jefe militar que luego de un largo diálogo le manifestó “su acuerdo con la juventud que deseaba implantar en Bolivia un nuevo esquema político-social con ideas renovadoras basadas en la justicia social, que sepulte todo pasado oligárquico establecido por los partidos tradicionales”⁷⁹³. Al otro día Aguirre Gainsborg fue liberado.

Gavino Villanueva –ex médico de Saavedra y, como ya vimos, presidente frustrado– cree “que los militares están desarrollando una táctica bastante hábil. Se han puesto del lado de los obreros y apoyan todas sus reivindicaciones”⁷⁹⁴. Daniel Sánchez Bustamante le informa al autor de *Pueblo enfermo* que “los revolucionarios se han instalado en el selecto Club de la Unión y han puesto un cartel en la puerta: ‘Comité

⁷⁸⁹ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, p. 90. “El Comité de Huelga de la FOT y la FOL organizó una Policía Sindical con el objeto principal de resguardar el orden público, autorizándose la circulación de dos autos y un camión con los comisionados sindicales respectivos, que llevaban el cintillo blanco en el brazo con las letras P.S. (Policía Sindical)”. *Cfr.*, también, Barcelli, *Medio siglo de luchas...*, *ob. cit.*, p. 139.

⁷⁹⁰ Luis Antezana E., *Historia secreta del Movimiento Nacionalista Revolucionario*, Tomo 1, La Paz, Librería editorial “Juventud”, 1986, p. 47.

⁷⁹¹ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, p. 90.

⁷⁹² *Idem.*

⁷⁹³ *Ibidem*, pp. 81-82.

⁷⁹⁴ Arguedas, *Diario íntimo*, Tomo 7, *ob. cit.*, p. 229.

revolucionario””, en un ataque a uno de los símbolos de la oligarquía que horrorizó a las clases altas. Manuel Frontaura Argandoña recuerda que la élite tradicional cayó en el pánico⁷⁹⁵; ya nadie creía que el país podría llegar a las elecciones previstas para el 31 de mayo (para elegir también convencionales constituyentes), ni mucho menos que estas resolvieran la disputa de poder. La huelga emitía un mensaje que trascendía las reivindicaciones económicas y buscaba condicionar el devenir del nuevo régimen, al tiempo de tratar de dar contenido a un “socialismo” cuyos contornos constituían un espacio específico de sorda lucha entre los militares, los sindicalistas y los políticos tradicionales que habían adherido a los cambios en marcha. De hecho, según el ex presidente Saavedra, el movimiento militar estaba preparado para julio pero debió adelantarse por la huelga de los gráficos que “amenazaba tomar mal camino”⁷⁹⁶.

Esta caldera social explica, en efecto, parte del devenir posterior, en el que el nuevo régimen asumirá para sí mismo el rótulo de “socialismo de Estado” o gobierno “militar socialista”, dando cuenta del hecho de que el movimiento obrero comenzaba a actuar como un actor político (con cierta independencia) en el nuevo escenario de la posguerra. El 17 de mayo, finalmente estalló la revolución cívico-militar, que nucleaba a los oficiales jóvenes del Ejército, representados por Germán Busch⁷⁹⁷, los socialistas liderados por Enrique Baldivieso y los republicanos saavedristas. A las ocho y media de la noche comenzó a transmitir radio Illimani para anunciar los sucesos del día y dar a conocer los primeros decretos de la Junta de Gobierno⁷⁹⁸. El clima era de nacionalismo, cargado de expresiones antiparaguayas y de hostilidad hacia el viejo régimen que provocaron expresiones de desagrado de Arguedas, quien mientras escuchaba la radio escribía, en su clásico tono de crítica hacia la idiosincrasia nacional: “Aunque quisiera, no podría describir lo horrible, lo grotesco y lo vulgar de la audición. Ella nos pinta tal como somos, sin careta y al desnudo: nos pinta pequeños, ordinarios, vulgares. Nos pinta plebeyos hasta la médula, torpes, imprudentes, fanfarrones. Nos pinta estúpidos, ciegos...”⁷⁹⁹. Desde la radio “se leía los decretos, disposiciones, mensajes y otros del nuevo gobierno y cada lectura remataba con una cueca, un bailecito de tierra o una

⁷⁹⁵ Manuel Frontaura Argandoña, *La revolución boliviana*, La Paz, 1974, p. 79, citado en Schelchkov, *El laberinto boliviano...*, *ob. cit.*, p. 70.

⁷⁹⁶ Arguedas, *Diario íntimo...*, Tomo 7, *ob. cit.*, p. 235.

⁷⁹⁷ “La guerra había probado la incapacidad de los cuerpos de altos jefes militares y también se había realizado el meteórico surgimiento de los tenientes de la pre-guerra a las posiciones de poder y rango al finalizar la guerra” (Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, p. 263).

⁷⁹⁸ Arguedas, *Diario íntimo...*, Tomo 7, *ob. cit.*, p. 230.

⁷⁹⁹ *Ibidem*, p. 231.

macapaqueña... Dos o tres veces se reprodujo un disco que insultaba a los paraguayos en aymara y decía que el Chaco era boliviano y que no lo perderíamos nunca”⁸⁰⁰.

La revolución trascurrió sin derramamiento de sangre. El apoyo social al golpe y la crisis de los partidos tradicionales allanaron el camino al Ejército que venía a poner la espada al servicio de la justicia social, como sintetizaría más tarde el propio Germán Busch. A las 10 de la mañana de ese día, a petición de los obreros, el héroe de la guerra asistió a una asamblea sindical reunida en el Teatro Municipal de La Paz y en su breve intervención, que sintetizaba las mutaciones en marcha, prometió a los sindicatos garantizar la participación de sus representantes en el nuevo gobierno⁸⁰¹. La población obrera de La Paz apoyó la asonada y centenares de trabajadores recorrieron la ciudad viviendo la revolución, escenificando, en el espacio público, una capacidad de movilización que consagrará la entrada a la política –por la puerta grande– de un movimiento obrero con una creciente autoconfianza: “Mucha gentecilla menuda y hasta mucho pobre diablo debió dormir anoche el mejor sueño de su vida, porque, no siendo casi nada ayer, o muy poca y pobre cosa, ha amanecido gobierno, se ha acostado gobierno y ha dormido gobierno”, resumía Arguedas su desprecio por estas aristas plebeyas del movimiento cívico-militar⁸⁰². El escritor confirma los dichos de Sánchez Bustamante y relata que ese mismo 18 de mayo fue con su hija –a eso de las once de la mañana– al centro de la ciudad y al pasar por el paseo del Prado vieron flamear la bandera roja en el Club de la Unión, “el club de los ricos, ociosos y jugadores que tenían la pretensión de hacerse pasar por aristócratas”, y se podía leer la inscripción: “‘Comité Revolucionario’ escrito con tinta sobre una banda blanca de percal y con letras irregulares, letras de artesano primario que no tiene ni la costumbre ni el gusto de escribir y trazar caracteres”⁸⁰³. Esos “artesanos primarios” eran ahora convocados para construir el “socialismo de Estado” y la democracia funcional.

Para Antezana E., la invocación al socialismo de la revolución de mayo fue una especie de “truco” para atraer el apoyo de las masas pero que, no obstante, abriría

⁸⁰⁰ *Idem.*

⁸⁰¹ SRE. México. Legación en Bolivia. Informes Políticos Reglamentarios. 1936. Informe de 8 de octubre de 1936. 27-29-13, f. 45, citado en Schelchkov, *El laberinto boliviano...*, *ob. cit.*, p. 71; Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, pp. 91-92.

⁸⁰² Arguedas, *Diario íntimo...*, Tomo 7, *ob. cit.*, p. 231.

⁸⁰³ *Ibidem*, p. 233. El Acta de Fundación del Concejo Funcional de la Comuna de La Paz, “donde flota el trapo rojo comunista”, reproducido en un boletín, dice entre sus artículos: Art. 4: Desde la fecha el Palacio Consistorial será denominado Casa del Pueblo; Art 5.: El trato de Honorable entre los representantes del pueblo queda abolido, sustituyéndose por el de Camarada (*ibidem*, p. 239).

nuevos caminos de transformaciones⁸⁰⁴. En efecto, como veremos más adelante, este será el nombre de una nueva articulación entre antiliberalismo y nación que buscó reemplazar al demoliberalismo por un sistema corporativo supuestamente más acorde a la realidad boliviana. Adicionalmente, un nuevo actor buscaba carta de ciudadanía y se revelará fundamental en la experiencia del “socialismo militar”: los ex combatientes organizados en la LEC, que a través de las organizaciones recientemente creadas, constituyeron una de los principales basamentos sociales del nuevo régimen, que se proponía por poner en pie un orden político y social renovado –y depurado–⁸⁰⁵. Además de la LEC, emergieron logias como Razón de Patria, un agrupamiento de ex prisioneros, cuyo secretismo llegó a tal punto que sólo se supo de él tras la caída de Gualberto Villarroel –su líder máximo– una década más tarde⁸⁰⁶, la Asociación Mariscal Santa Cruz y Estrella de Hierro⁸⁰⁷.

El rostro juvenilista de la nueva etapa quedaba plasmado, entre los militares, en el Teniente Coronel Busch (32 años), héroe mítico de la guerra (defensor de los campos petroleros de Camiri), jefe del Estado Mayor y artífice del golpe que pondría al coronel David Toro al frente de la presidencia de la República. Este último no era una figura precisamente renovadora, lo que explica mucha de la resistencia que concitaba su liderazgo –había sido ministro de Siles, un militar íntimamente cercano al general Kundt y uno de los cuestionados jefes militares en la guerra–. Su acceso al poder sólo fue posible por el apoyo de Busch –que no quiso asumir la presidencia– y del jefe del Ejército Enrique Peñaranda –quien también desistió de recibir la banda presidencial–⁸⁰⁸. En ese contexto, como veremos después, Busch y Peñaranda (figura más ligada a la élite) serán el sostén sin el cual Toro no podía mantenerse en el poder.

Entre los civiles se destacaban las figuras de Enrique Baldivieso y Carlos Montenegro. No se puede comprender el nuevo régimen, ni su lectura del cambio político y social, sin poner de relieve su objetivo de lograr un “rejuvenecimiento”

⁸⁰⁴ Antezana E., *Historia secreta del MNR...*, Tomo 1, *ob. cit.*, p. 49.

⁸⁰⁵ Aunque la LEC tuvo un rol político destacado, sus regionales estaban a menudo más preocupadas por la situación económica de sus afiliados que por los grandes debates ideológicos. Así, una carta de la LEC de Villamontes al general Peñaranda le reclama por el premio de 20 Bolivianos a los ex combatientes, artículos de primera necesidad, distribución de terrenos y la entrega de una yunta de bueyes y una vaca de cría para “los efectos de incrementación de la agricultura y la ganadería en la zona” (Carta de la LEC de Villamontes al general Peñaranda 27/9/36, ALP/LML, 1936-1937, C.3, N° 21).

⁸⁰⁶ Elías Belmonte P., *Radepa. Sombras y refulgencias del pasado*, La Paz, Imprenta Multiservice Ale, 1994.

⁸⁰⁷ Irma Lorini, *El nacionalismo en la pre y posguerra del Chaco...*, *ob. cit.*, pp. 155-180.

⁸⁰⁸ Toro se formó bajo el ala del general Hans Kundt y fue ministro de Fomento y Comunicaciones y luego de Gobierno bajo la presidencia de Hernando Siles, cayendo en desgracia con él y debiendo exiliarse tras la revolución de 1930 (Brockman, *El general y sus presidentes...*, *ob. cit.*, p. 180).

nacional capaz de dejar atrás a los viejos partidos tradicionales, aunque resultó inevitable la alianza con algunos de los “viejos” como el caso de Saavedra, al menos en una primera etapa. Pero la corta edad de Busch –además de su inexperiencia política y escasa formación general– hicieron que siendo él quien lideró el alzamiento de 17 de mayo, decidiera entregar el poder a Toro, quien pese a contar con solo 38 años ya tenía una hoja de vida con innumerables compromisos políticos en el pasado y –pese a ser considerado un brillante oficial– no pocas sospechas de ineptitud a cargo de las tropas durante la guerra, especialmente en la batalla de Picuiba⁸⁰⁹. Toro fue una especie de eslabón entre los jóvenes y los viejos y, a diferencia de Busch, era una figura indudablemente más sofisticada y que sabía moverse con desenvoltura en el terreno minado de la política⁸¹⁰. También, a diferencia del espartano Busch, el nuevo presidente se haría una extendida fama de *bon vivant* que le acarrearía no pocos problemas en el futuro cercano.

El viaje del nuevo presidente desde la localidad chaqueña de Villamontes – donde se encontraba abocado a la desmovilización de las tropas– hacia la sede de gobierno (para hacerse cargo del Poder Ejecutivo) fue un verdadero periplo. El jefe militar partió de Villamontes el 18 de mayo en automóvil, llegó a Tarija doce horas después continuando viaje directamente hasta Villazón, donde se embarcó por tren hacia La Paz. En su primera conferencia de prensa, el 20 de mayo, Toro informó que el nuevo gobierno militar se proponía “una reforma social dentro de los ideales de la izquierda y los postulados socialistas”⁸¹¹. Previamente, en su escala en Viacha, se había reunido con dos representantes de los “políticos jóvenes”: Baldivieso, del Partido Socialista, y Gabriel Gosálvez (37 años), del partido Republicano Socialista (saavedrista), parte de la nueva generación de socialistas moderados que ocupará una porción de poder bajo el régimen militar-socialista⁸¹².

El 21 de mayo, el nuevo presidente se reunió con el ex caudillo Saavedra y le ofreció dos carteras ministeriales para su partido. En el cónclave, del que participaron los socialistas Baldivieso y Fernando Campero Álvarez, Toro dijo que asumió el poder

⁸⁰⁹ Más tarde escribirá un libro para reivindicar su papel en la contienda: David Toro, *Mi actuación en la guerra del Chaco. La retirada de Picuiba*, La Paz, Imprenta “Renacimiento”, 1941.

⁸¹⁰ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, p. 264.

⁸¹¹ “‘El ejército no impondrá ningún caudillo ni dictadura militar’ –dijo el coronel Toro”, *El Diario*, 21/5/36, p. 8.

⁸¹² “El coronel Toro sostuvo una conferencia en Viacha, con varios políticos jóvenes”, *El Diario*, 21/5/1936, p. 8.

del país “por el pedido imperioso de la oficialidad joven del ejército del Chaco”⁸¹³. El líder indiscutido de esa “oficialidad joven” era, sin fisuras, el héroe de la contienda: Germán Busch, quien declinó ser ministro de Gobierno y se mantuvo como un poderoso fiel de la balanza del nuevo régimen. Su prestigio al interior de las Fuerzas Armadas, su carácter temerario, y su vocación por salvar la nación le darán un rol destacado en esta etapa de la historia boliviana, y, como veremos más adelante, lo llevarán a la cima del poder con sólo 33 años. La guarnición militar de La Paz había establecido previamente una serie de pactos con los partidos de izquierda para allanar el camino al cambio de régimen, entre los que se incluyó a los republicanos socialistas (saavedristas). Pero mientras Saavedra reclamaba la cartera de Gobierno para su partido, Toro indicó que ese ministerio debía ser un “eje neutral de la revolución socialista”, por lo que debía ser ocupado por un partidario, es decir por un militar.

Toro asumió la presidencia en medio de mítines y concentraciones obreras, que festejaban el cambio de régimen y buscaban ocupar un lugar dentro del nuevo orden; al fin de cuentas los continuos llamados a poner en pie un gobierno socialista eran una muestra de apertura de los militares que los obreros no estaban dispuestos a desaprovechar. El mismo 21 de mayo, una nutrida concentración obrera se reunió en la Plaza Venezuela de La Paz donde el dirigente Hugo Sevillano (al que ya mencionamos como partícipe de los incidentes en la reunión comunista de Montevideo) pronunció un discurso de adhesión al nuevo gobierno. Posteriormente, los trabajadores se dirigieron a la Plaza Murillo, donde discursaron dirigentes sindicales y de grupos socialistas, entre ellos Waldo Álvarez, quien se aprestaba a asumir la tarea de poner en pie el Ministerio de Trabajo y Previsión Social y pasar a la historia como el primer ministro obrero de Bolivia (y al mismo tiempo, el ministro más joven del primer gabinete del socialismo militar).

Finalmente apareció el coronel Toro. En un discurso desde el balcón del Palacio Quemado se dirigió a los “camaradas obreros”, y afirmó que “la doctrina social ha nacido en las arenas del Chaco, en las trincheras donde civiles y militares han vertido su sangre por la patria, poniendo a su servicio la suma máxima de energías y sacrificios”⁸¹⁴. La paradoja que había que resolver aparecía a cada momento, y ahora el coronel Toro le daba voz: mientras los ex combatientes habían puesto su vida al servicio

⁸¹³ “El jefe del Poder Ejecutivo sostuvo una entrevista con el señor Saavedra”, *El Diario*, 22/5/1936, p. 7.

⁸¹⁴ “La revolución no entronizará caudillos civiles ni militares –dijo el coronel Toro”, *El Diario*, 22/5/1936, p. 12.

de la patria, en la mayoría de los casos carecían de los más mínimos derechos ciudadanos, incluyendo el del voto (que seguía siendo censitario). Pero ahora, la “democracia funcional” le daría a los trabajadores el derecho a nombrar un ministro, encargado de poner en pie el andamiaje legal destinado a construir al fin la “justicia social” en Bolivia. En este particular caso de “socialismo militar” –tal como se lo denominó oficialmente–, la fuente de legitimidad estaba en la sangre derramada. Por eso, frente a la concentración obrera que lo vivaba, Toro bregó porque “la sangre vertida allá en las arenas del chaco no se esterilice mañana”⁸¹⁵.

Los republicanos socialistas Gosálvez y Zilveti asumieron en Defensa Nacional y Fomento, y Obras Públicas y Comunicaciones, respectivamente, y los dirigentes del Partido Socialista Baldivieso y Campero se hicieron cargo del ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, y Hacienda, Estadísticas y Consumos⁸¹⁶. La cartera de Gobierno (Interior) finalmente quedó en manos del Teniente coronel Julio Viera y el Teniente coronel Atenor Ichaso asumió en Minas y Petróleo, una cartera que cobraría un papel trascendental en el socialismo militar con la nacionalización de las propiedades de la Standard Oil. A Waldo Álvarez –en una inflexión histórica– le fue encargada la creación del Ministerio de Trabajo “en representación de la clase obrera, y sujeto a ratificación cuando el movimiento obrero se unifique a escala nacional”⁸¹⁷; las restantes carteras fueron cubiertas por militares.

De este modo, el nuevo régimen nacía de una base político social constituida por el Ejército, dos partidos (el socialista y el republicano-socialista) y el movimiento obrero, que, no obstante, carecía aún de una organización matriz a escala nacional. Para marcar ese carácter cívico-militar se la denominó “Junta Mixta de gobierno”. El resto de las fuerzas políticas eran consideradas parte de los “partidos tradicionales” que debían perecer a favor de la renovación política y moral del país. Para no dejar lugar a dudas, en un manifiesto a la nación Toro señaló que la tradicional cláusula constitucional de

⁸¹⁵ *Idem.*

⁸¹⁶ En el Partido Socialista hubo varias horas de encendidos debates internos por la alianza con Saavedra. Baldivieso se negó durante algunas horas a asumir la representación del partido en el gabinete debido a críticas internas hacia su liderazgo, aunque finalmente la presión partidaria lo hizo cambiar de opinión. (“Designárase nuevo jefe del Partido Socialista”, *El Diario* 23/5/1936, p.4). El saavedrismo será siempre motivo de disputas, al fin de cuentas el astuto ex presidente difícilmente podía ser incluido en “lo nuevo”. Poco más tarde una asamblea del Partido Socialista en Oruro desconoce el pacto Baldivieso-Saavedra: “el movimiento del 17 de mayo no puede desnaturalizarse con maridajes políticos que denuncian antes que los postulados socialistas que alentó este movimiento revolucionario, las pretensiones incalmables de los eternos demagogos” (“Saavedra y Baldivieso suscriben un pacto”, *El Diario*, 1/6/1936, p.2, “Los obreros lanzan un voto de protesta contra este acuerdo”, *idem*).

⁸¹⁷ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, p. 97.

que “el ejército no delibera” era un gastado precepto aferrado a las doctrinas liberales “empeñadas en perpetuar abstracciones inaplicables a la realidad” boliviana. Por el contrario, como quedó claro con la revolución del 17 de mayo, “el ejército delibera” por su “condición de organismo vital dentro de la nacionalidad”⁸¹⁸. Además, la “clase armada”, dentro del paradigma antiliberal en vigor, estaba por encima de los intereses partisanos/egoístas del momento, garantizando una articulación orgánica del país en un momento crucial en que se jugaba la salvación nacional.

En el plano mediático-comunicacional, cabe destacar la fundación del matutino *La Calle*, que fungió como una tribuna –cuya energía tiene pocos parangones en América latina– a favor de la causa antioligárquica. Bajo el lema “Diario de la mañana del Partido Socialista”, *La Calle* aglutinó a figuras como Nazario Pardo Valle, Augusto Céspedes, Carlos Montenegro, Armando Arce, José Cuadros Quiroga, entre otros destacados periodistas de entonces, y se enfrentó a los medios de los barones del estaño⁸¹⁹. Vendido a sólo 10 centavos, el nuevo periódico se transformó en un poderoso articulador de la opinión pública nacionalista y antioligárquica. Tapas de sobre sentido, como “En la calle se conspira” daban cuenta de sus verdaderas intenciones: hablar en nombre de los excluidos e inconformistas de Bolivia con un lenguaje sarcástico, humor ácido y denuncias burlonas de los más encumbrados representantes de la “rosca minero feudal”. Knudson escribió que “efectivamente, LC realizó una revolución periodística tan profunda como la que hizo Benjamin Day en Nueva York cuando empezó a vender en 1883 su *Sun* por sólo un penique en las calles independizando la prensa estadounidense de su tradicional patrocinio político”⁸²⁰. Si *La Calle* fue un vocero del socialismo militar nunca fue un órgano oficial del régimen, con el cual mantuvo relaciones más o menos estrechas de acuerdo a los vaivenes de Toro y Busch. Aunque el periódico sostuvo posiciones ambiguas respecto al fascismo –y difundió lecturas antisemitas–, actuó, al mismo tiempo, como un defensor sin fisuras de la República española contra el franquismo.

Por esos días, Bolivia recibía por miles a los prisioneros de guerra, que iban llegando por tren desde el sur del país escenificando la magnitud del desastre, y ya en sus hogares –o en los nuevos espacios donde decidieron radicarse y rearmar sus vidas–

⁸¹⁸“El coronel Toro dirige un manifiesto a la nación”, *El Diario*, 24/5/1936, p. 12.

⁸¹⁹ Carlos V. Aramayo poseía *La Razón*, Mauricio Hochschild controlaba *Última Hora* y Simón I. Patiño era accionista de *El Diario*. Knudson compara *La Calle* con el periódico mexicano *Regeneración*, de Ricardo Flores Magón por su energía e influencia (Jerry Knudson, “‘La Calle’: un precursor de la Revolución Nacional boliviana”, en *Historia Boliviana*, II/2, La Paz, 1982, pp. 111-119).

⁸²⁰ *Ibidem*, p. 113.

se debatían entre el apoliticismo, los reclamos corporativos como “ex combatientes” y el apoyo al nuevo socialismo regeneracionista que les ofrecería un lugar central en la política boliviana.

No cabe duda de que entre los numerosos pliegues de la emergencia del socialismo militar está el mencionado temor de los militares a ser investigados por un gobierno civil pero esas prevenciones coexistieron, en todo caso, con una no menos intensa voluntad de transformar el país. Toro logró congregarse a su alrededor a los más brillantes intelectuales de entonces⁸²¹ y la inédita “alianza entre el Ejército y los partidos de izquierda” proclamada por Toro va a teñir el clima ideológico de la posguerra. En palabras del propio militar:

La ideología del Ejército está de acuerdo con la que sostienen los partidos de izquierda; quiere el ejército –dijo– que se haga un gobierno de justicia social, que ponga fin a los antiguos métodos y sistemas políticos. Nuestra intención, al tomar parte en el Gobierno, es la de desenvolver una acción socialista, de socialismo de Estado, para lo cual he pedido el concurso de los Partidos de izquierda. Para desarrollar este plan de acción –continuó el coronel Toro– la clase armada ha invitado a los representantes de los Partidos Republicano Socialista y Socialista...⁸²².

Definitivamente, se trataba de una formulación sin antecedentes en la historia nacional que remite, de manera implícita –y a veces explícita–, a la experiencia que desde 1934 el general Lázaro Cárdenas venía desarrollando en México y tenía como antecedente a la República Socialista chilena de 1932 que duró sólo doce días.

En efecto, Toro era partidario de “un socialismo bien entendido [es decir, no extremista o jacobino]” que en su opinión “era el único capaz de salvar [a Bolivia]”⁸²³. Los jóvenes militares del Chaco tenían una idea vitalista y regeneradora del socialismo, mediante la cual –de manera más intuitiva que doctrinaria– se establecía un vínculo indisoluble entre la “profesión de fe socialista” y “el dolor de la trinchera”⁸²⁴ que otorgaba una superioridad política y moral a quienes habían puesto su vida al servicio de la patria; de allí la emergencia de los ex combatientes como un “movimiento social”

⁸²¹ Díaz Machicao, *Toro Busch Quintanilla...*, *ob. cit.*, p. 21.

⁸²² Gustavo Boullón Barreto, *Bolivia República socialista*, La Paz, Intendencia General de Guerra, 1936, p. 28.

⁸²³ *Informe presentado por el señor Coronel Presidente de la Junta Militar Socialista al Ejército Nacional*, La Paz, Imprenta de la Intendencia General de Guerra, 1937, p. 2.

⁸²⁴ *Idem.*

de primer orden en la construcción del proyecto antiliberal y corporativo de la posguerra. Y ese *socialismo de las trincheras* estaba destinado a poner de una vez fin a una historia nacional que, desde la independencia de 1825, “navegó entre el caudillismo militar y el inconsecuente doctor de las frases deslumbrantes y metafóricas”⁸²⁵. Uno de estos “doctores” había sido el brillante “Tribuno Salamanca”, quien no obstante sus dotes discursivas e intelectuales y su no menor dosis de narcisismo redentor, llevó el país al desastre de la guerra contra el Paraguay con la ilusión de “pisar fuerte en el Chaco” para, de manera casi milagrosa, acabar con la baja autoestima boliviana e insuflar una dosis de vitalidad al país que permitiera renacer de las cenizas y recuperar la seguridad ontológica necesaria para llevar adelante las tareas de construcción nacional pendientes desde la independencia. Frente a esos fracasos, el socialismo aparecía como sinónimo de regeneración, lucha contra la “politiquería” y proyecto antiliberal consecuente. Félix Eguino Zaballa promovió militantemente esta visión del socialismo como antiliberalismo en su libro *Rumbo socialista* (1936) en el cual, desde el primer capítulo, dejaba en claro la antinomia: “No hay más que dos posiciones: liberalismo o socialismo”. Y agregaba: “O los ciudadanos se compenetran de la realidad actual boliviana, e integran el socialismo, o se quedan en la vieja estructura feudal con la reacción tradicionalista que es el liberalismo”⁸²⁶. En ese sentido, no es casual que el libro comience con un epígrafe del economista y sociólogo alemán Werner Sombart en una época en la que el autor de *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?* (1906) y *Der moderne Kapitalismus* (cuatro volúmenes, 1902-1916) [traducido como *El apogeo del capitalismo*], asumió posiciones ambivalentes respecto al nazismo y adhirió al Movimiento Revolucionario Conservador. Finalmente, en estas tensiones internas del “socialismo” boliviano de los años treinta anidan muchos de los vaivenes político-intelectuales del socialismo militar, que pudo concebirse a sí mismo como un socialismo anticomunista mientras llevaba al ministerio de Trabajo (recién creado) a un obrero simpatizante, justamente, de esas ideas, y de la propia Unión Soviética.

En la toma de juramento, en nombre de los nuevos ministros, el canciller Baldivieso precisó algunas de las bases ideológicas del nuevo régimen: la revolución protagonizada “por el ejército y los partidos de izquierda” se hizo –enfaticó– no contra un presidente (las virtudes cívicas de Tejada Sorzano parecían fuera de dudas) sino “contra la vieja maquinaria del Estado democrático liberal, insuficiente ya para generar

⁸²⁵ *Ibidem*, p. 3.

⁸²⁶ Félix Eguino Zaballa, *Rumbo socialista*, La Paz, Editorial Boliviana, 1936, p. 3.

las nuevas fuerzas que requiere el país”⁸²⁷. Asumiendo el carácter nacional del flamante proyecto, el ex líder universitario precisó que el nuevo socialismo no estaba inspirado por doctrinas universales sino que respondía a la realidad boliviana. Bolivia, en tanto “país semicolonial productor de materias primas”, no estaba preparado para el socialismo integral (es decir para el maximalismo de tipo comunista). Es más, Baldivieso señaló con tono realista que “engañaríamos al pueblo [...] si le dijéramos en esta solemne hora que hemos de lograr transformaciones integrales”⁸²⁸. Con ello se refería a que el Estado boliviano carecía de capitales suficientes para desarrollar el país, por lo que –aunque con mayor autonomía y dignidad que en el pasado– Bolivia seguiría necesitando de inversión extranjera para desarrollarse. Todo ello operaría bajo el nuevo modelo de representación corporativa y antiliberal: “Aspiramos –concluye Baldivieso– a que la soberanía no radique, como hasta hoy, en el sectarismo político y en las mayorías nominales, sino en el conjunto de todas las funciones sociales que constituye el Estado Moderno”⁸²⁹.

Eguino Zaballa –para quien cualquier cosa que implicara progreso era subsumible a la idea socialista⁸³⁰– llevará hasta las últimas consecuencias estas posiciones al sostener –en una línea casi calcada de la del Ingenieros de *La democracia funcional en Rusia*– que

el parlamento y el parlamentarismo están en crisis en el mundo político de hoy; ya no son órganos eficaces del poder público, ni resorte de la acción. Y es que no solamente está en crisis el parlamentarismo que es la parte, sino TODO EL SISTEMA POLITICO DEL LIBERALISMO, que es como decir “Constitucionalismo” [...] el parlamentarismo, basado en la cifra de la representación electoral por la “masa democrática”, es una institución completamente en ruinas. Empero, la acción legislativa, encaminada por nuevos rumbos, basada en la REPRESENTACIÓN FUNCIONAL, por entidades de trabajadores, es un instrumento que se viene bosquejando vigorosamente en el nuevo Derecho Público. Nos referimos concretamente al régimen funcional parlamentario sobre la representación de fuerzas

⁸²⁷ “El Estado socialista consulta la realidad económica del país”, *El Diario*, 24/5/1936., p. 6.

⁸²⁸ *Idem*.

⁸²⁹ *Idem*.

⁸³⁰ En esta línea, propone, notablemente, “una economía fluvial socialista en el Beni” (Eguino Zaballa, *Rumbo socialista...*, *ob. cit.*, p. 46), una región amazónica tradicionalmente aislada ubicada en el oriente de Bolivia, sin que el adjetivo “socialista” definiera nada, más que una mayor consecuencia con esas ideas de desarrollo e integración nacional.

económicas productoras, así sean manuales o intelectuales agremializadas, asesorando con su opinión técnica y científica los altos poderes del Estado⁸³¹.

Este nuevo modelo, como señaló Toro desde el citado discurso desde el Palacio Quemado, incorporaba a los obreros “a las angustias del gobierno” (y nunca mejor dicho que en un país como Bolivia). Es decir, el sindicalismo ya no sólo actuaría en el terreno de la protesta social sino que ahora debía ser parte de las funciones estatales. Paradoja poco mencionada en la historiografía sobre los años treinta: el primer ministro obrero no sólo no había derramado su sangre –ni puesto el cuerpo– en las arenas del oriente boliviano como se exigía en la visión del socialismo heroico de las trincheras: había escapado a Perú (junto a José Antonio Arze), se había sumado a las proclamas de “guerra a la guerra” y había considerado a la contienda una guerra orquestada por dos imperialismos en la que no valía la pena pelear y debía ser rechazada mediante el derrotismo revolucionario.

Un obrero gráfico comunista ministro de Trabajo: el ensayo de “cogobierno” de Waldo Álvarez

El 22 de mayo de 1936 fue creado el Ministerio de Trabajo y Previsión Social, cuya meta explícita fue regular el bienestar de la colectividad *sin antagonismos irritables*⁸³², al tiempo que se creaba también el Ministerio de Minas y Petróleo y el Banco Minero. Ya el 19 de mayo, una asamblea obrera reunida en el edificio de la Municipalidad (ahora Casa del Pueblo) había emitido una resolución pidiendo la creación de una cartera laboral y la participación de un representante obrero en el gobierno⁸³³. Aunque en primera instancia se propuso armar una terna, finalmente Álvarez fue elegido por aclamación. Poco después del arribo de Toro, un edecán llevaba al dirigente gráfico al Palacio, donde lo esperaba el presidente, quien además accedió a las demandas de los huelguistas, poniendo fin al conflicto. El 21 el gobierno anunció públicamente la creación del Ministerio de Trabajo y el nombramiento de Waldo Álvarez a cargo de la cartera, transformándose así en el primer ministro obrero de Bolivia. De este modo, Álvarez –cuya figura fue poco estudiada por la historiografía– se vuelve un hilo

⁸³¹ *Ibidem.*, p. 13 (mayúsculas en el original).

⁸³² “Informe presentado por el señor Coronel Presidente de la Junta Militar Socialista al Ejército Nacional”, Imprenta de la Intendencia General de Guerra, La Paz, 1937.

⁸³³ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, p. 94.

conductor entre la etapa mutualista del obrerismo boliviano y la sindical clasista con proyección política estatal, que por primera vez va a reclamar un lugar bajo el sol en el nuevo Estado. Los periódicos “burgueses” ironizaron con que ahora los obreros manuales tendrían la posibilidad de llevar adelante lo que habían aprendido en sus libros sobre socialismo. Y Álvarez se abocó a la fundación del ministerio desde unas provisionales oficinas en el Senado Nacional.

Además del apoyo sindical, el dirigente gráfico, que juró su cargo el 23 de mayo junto al resto del gabinete, recibió el apoyo del Bloque Socialista de Izquierda. La organización en la que militaban Aguirre Gainsborg y la ya mencionada luchadora y actriz Angélica Azcui-, anunció entre sus resoluciones: “Reconocer en el actual régimen político uno de los medios que pueden servir más directamente a las conquistas y reivindicaciones proletarias y, por lo tanto, defenderlo y sostenerlo contra la feudal-burguesía, tratando de hacer efectiva su compenetración con el pueblo en general” y “Apoyar y expresar su confianza a su Secretario General, el camarada litógrafo Waldo Álvarez, prestándole toda su cooperación y dirección entretanto ocupe el ministerio de Trabajo y Previsión Social, primera conquista de los trabajadores en el Estado”⁸³⁴.

El 24 de junio en la municipalidad de La Paz se reunió la Asamblea Obrera de las dos federaciones (FOT y FOL), donde Álvarez dio un primer informe de gestión. Allí fue ratificado como ministro, al tiempo que le demandaron que efectúe una gira para garantizar en persona la aplicación del decreto de sindicalización en las minas y “estudiar y oír las reclamaciones de los obreros”, que promoviera una plataforma de unificación de las dos federaciones obreras de La Paz, y, finalmente, que se opusiera al decreto que ponía a las doctrinas de izquierda fuera de la ley (decreto anticomunista), “no por lo que importa a las organizaciones obreras, que tienen un carácter apolítico, sino por lo que significa esta medida para perseguir después sin control a los dirigentes de las organizaciones”. Se consideró que tal decreto “sería un arma puesta por el gobierno socialista en manos de la reacción”. Ese decreto –evidenciando los pliegues del nuevo régimen– establecía que comunistas y anarquistas, junto a cualquiera que obedezca instrucciones de gobiernos extranjeros quedaban fuera de la ley. Se prohibía la propaganda comunista o anarquistas incluyendo la propiamente bolchevique, al igual que el uso de banderas distintas a la tricolor nacional. Para evitar sanciones, se estableció que las instituciones que tuvieran en sus portadas banderas rojas o

⁸³⁴ “Un voto de apoyo al ministro señor Waldo Álvarez”, *El Diario*, 27/5/1936, p. 4.

conservaran retratos de Lenin o Trotsky (*El Diario* lo confundió con Tolstoy), así como de otros políticos y escritores extremistas, debían depositarlas en la sección respectiva de la policía. Asimismo, comunistas y anarquistas debían ser separados de los cargos públicos. “Al parecer, por lo que sabemos que contiene ese mencionado decreto – informaba *El Diario*– el gobierno desearía realizar un sistema nacional socialista”⁸³⁵. En este marco, el recién fundado periódico nacionalista *La Calle* defendió a Álvarez de las acusaciones de comunismo, y este siguió en su cargo, desde donde comenzó a promover variadas reformas sociolaborales. Tampoco el decreto afectó las labores de Ricardo Anaya, José Aguirre Gainsborg y José Antonio Arze, quienes ya habían sido nombrados asesor técnico, subsecretario y asesor jurídico respectivamente⁸³⁶. Ellos serán también los promotores de la medida más ambiciosa del nuevo ministerio: la sindicalización obligatoria.

Al mismo tiempo, Álvarez tuvo también un significativo apoyo del Ministerio plenipotenciario de México en La Paz, Alfonso Rosenzweig-Díaz, quien le anunció que tenía la orden del presidente Cárdenas de organizar un banquete en su honor. Según cuenta el ex líder gráfico, después de un primer rechazo a participar del evento (por estar enferma su esposa y, sobre todo, por carecer de traje de etiqueta), el embajador Rosenzweig-Díaz se presentó en persona en su oficina para decirle (en la versión que quedó en la memoria de Álvarez):

Ministro, el triunfo de la clase trabajadora en Bolivia con la huelga de mayo y con la creación del ministerio de trabajo donde, por primera vez en Sudamérica, se designó a un auténtico obrero en dicha cartera, ha impresionado profundamente al presidente Lázaro Cárdenas, quien me ha encomendado ofrecerle un agasajo, pero por razones protocolares debemos hacerlo con todo el gabinete. El homenaje es en honor a usted y cómo es posible que no asista [...] Si su señora está enferma, vaya solo; si no tiene el traje de etiqueta rompa el protocolo y preséntese con cualquier traje oscuro. Eso causará una impresión nueva en esta clase de ceremonias y será de todo mi agrado⁸³⁷.

Muchos, entre quienes lucían fracs y condecoraciones y aún no lo conocían, se preguntaban discretamente quién era ese personaje vestido con traje negro, que

⁸³⁵ “Comunistas y anarquistas serán declarados al margen de la ley”, *El Diario*, 26/6/1936, p. 6.

⁸³⁶ Poco después Aguirre Gainsborg pasará al Ministerio de Industria y Comercio.

⁸³⁷ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, p. 99.

concitaba la atención de la diplomacia cardenista y trataba de recordar el rostro de la mujer que le había asignado el protocolo para acompañar hasta la mesa.

La utopía de la democracia funcional: entre el clasismo y el organicismo

Los años veinte y treinta fueron, en efecto, años de modernización social; las ciudades aumentaron su población, en un proceso amplificado por la masiva desmovilización de ex combatientes. Muchos obreros ya no volvieron a las minas, y muchos indígenas no retornaron a sus haciendas. Esas capas populares generaron una masa que buscaba empleo en las ciudades y amenazaba con generar escasez de mano de obra en áreas neurálgicas de la economía nacional. “Era de imprescindible necesidad resolver este problema a fin de terminar con el vagabundeaje de los campesinos y los obreros desmovilizados que se estacionaban en las ciudades”, dirá Álvarez, con un lenguaje en apariencia sorprendente para un líder sindical de izquierda⁸³⁸. La solución pergeñada por el nuevo gobierno fue el llamado “decreto de trabajo obligatorio”, dictado el 24 de julio de 1936. Las razones de la medida eran en parte coyunturales, asociadas al mencionado fenómeno del “vagabundeaje” de posguerra, pero como veremos más adelante al presentar el cuadro más amplio de medidas sociolaborales, el decreto de trabajo obligatorio se enmarcaba plenamente en la concepción de la democracia funcional y el “socialismo de Estado”, de matriz organicista.

Según las nuevas disposiciones, todo ciudadano varón de entre 18 y 60 años que no contara con empleo quedaba a disposición del Estado durante tres meses, pudiendo alistarse en las brigadas mineras o camineras. Para garantizar el cumplimiento del decreto se estableció que patrullas del ejército recorrerían las ciudades y pueblos, e incluso regiones campesinas, identificando a quienes no trabajaran. Por ello se requería que todos los comprendidos en el decreto se encontraran siempre munidos de su certificado de trabajo, facilitado por el empleador. Quienes desarrollaban profesiones liberales debían obtenerlo de la Policía de Seguridad y de los Alcaldes de Campo (en el caso de las comunidades agrícolas), y los estudiantes lo debían gestionar en sus respectivos establecimientos educativos. Finalmente, quienes se encontraban incapacitados debían portar un certificado médico forense que estableciera que su

⁸³⁸ *Ibidem*, p. 101.

enfermedad/incapacidad se encontraba contemplada en la ley de accidentes de trabajo del 19 de enero de 1924⁸³⁹.

Según el decreto, la Policía de Seguridad crearía una sección especial encargada del reclutamiento, concentración y destino de los desocupados (artículo 6). Para evitar ser reclutada por la fuerza, toda persona desocupada tenía la opción de registrarse en la policía, con la finalidad de ser ubicada en centros industriales o comerciales⁸⁴⁰. Las propias empresas debían remitir listados con sus necesidades de trabajadores, con lo cual la Policía de Seguridad se transformaba en una suerte de agencia de empleo, encargada de la suscripción de los contratos, con remuneraciones de acuerdo a las leyes vigentes. Este decreto era complementario del dictado el 30 de mayo, que establecía la amnistía para todos los omisos, remisos y desertores de la guerra del Chaco pero con la condición de que trabajaran en las minas⁸⁴¹. No deja de ser paradójico que la medida que más parecía probar que el gobierno avanzaba en la línea profascista fuera promovida por el “ministro comunista” del gobierno, junto a sus asesores también marxistas⁸⁴².

Paralelamente, los ministros Álvarez, Campero y Gosálvez fueron comisionados para que elaboraran un proyecto de salario mínimo. Este fue aprobado el 1º de junio y en 27 del mismo mes fue emitido el Decreto de Bonificación, que establecía los criterios de indexación salarial en un contexto de carestía. Sanidad pública, seguro social, conciliación y arbitraje, vinculación de Bolivia con la OIT, estudio de las legislaciones

⁸³⁹ El decreto completo está reproducido en *El Diario*, 26/7/1936, p. 7. También puede verse en Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, pp. 101-102.

⁸⁴⁰ Una carta del ministro Álvarez al Inspector General de Policía deja ver los excesos a los que condujo la medida. En la misiva lo alerta de que su ministerio recibió varias denuncias de abusos cometidos por las patrullas de reclutamiento de desocupados y lo intima a poner fin a esas iniquidades: “Expresan los denunciantes, patrones y representantes comunarios, que las patrullas se ensañan contra los indígenas agricultores, a quienes negándoles el valor legal que tienen los certificados otorgados en papel corriente por sus respectivos patrones o por la Sociedad Agropecuaria del Altiplano, les obligan a adquirir carnets de trabajo previo pago de un boliviano (ABNB, Correspondencia Ministerio de Trabajo, 1936, PR0127).

⁸⁴¹ El artículo 1 decretaba: “Concédese amnistía para todos los omisos, remisos y desertores de la guerra del Chaco que en el término de noventa días a contar desde la fecha comiencen a trabajar en las minas o reconstrucciones de caminos de la República y permanezcan en esas labores cuando menos un año”. Es más, de sus salarios se descontaría el 10% para sostener a los huérfanos de guerra y gastos de beneficencia de las sociedades de ex combatientes. Allí se sostiene que “es humano y justo facilitar la rehabilitación ciudadana de aquellos que, por deficiente educación moral y cívica, faltaron a sus deberes patrióticos”.

⁸⁴² Schelchkov sostiene que ese decreto “contó con la activa participación del capitán Belmonte, conocido partidario de la organización laboral del Tercer Reich” (Andrey Schelchkov, “La influencia de los regímenes totalitarios europeos en Bolivia en vísperas de la segunda guerra mundial”, *Anuario 2000*, Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, Sucre, 2000, p. 28). En sus memorias, Álvarez incluye a Belmonte entre sus “amigos” en el gobierno y en una entrevista de 1961 señala que apoyó el proyecto sólo con la finalidad de tomar ventaja de la sindicalización de los trabajadores (Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, p. 277).

sociales de países de Europa y América Latina formaron parte, a su vez, de las metas y preocupaciones del nuevo gobierno.

No obstante, una de las medidas más sorprendentes en su diseño fue un decreto que establecía la preferencia de los excombatientes a la hora de ocupar cargos en el Estado. El argumento, extremando el sentido común, era que quienes habían sido declarados inhábiles absolutos para ir a combatir al Chaco tampoco estaban capacitados para ocupar ningún cargo público. De esta forma, la medida establecía (en su artículo 1) que “en igualdad de competencias y moralidad, tendrían preferencia a ocupar cargos públicos:

- a) los ex combatientes
- b) los ex cautivos, hayan sido o no combatientes
- c) choferes que sirvieron oficialmente en la campaña
- d) familiares de quienes hubieran muerto o quedado inválidos en la guerra
- e) sanitarios y servicios auxiliares en la zona de operaciones [...]
- f) familiares pobres de los desmovilizados

Se trataba, ciertamente, de una medida que, de haberse aplicado, hubiera desorganizado por completo la ya débil administración pública boliviana, y que, al mismo tiempo, se enmarca en una serie de medidas radicalmente voluntaristas con las que en diferentes momentos históricos se intentó revolucionar el Estado en esta nación andina. Sin medir sus potenciales consecuencias, para aplicar el decreto se declararon en vacancia todos los cargos públicos, tanto nacionales como departamentales y municipales.

El sistema era tan ambicioso como imposible de aplicar: en cada capital departamental debía constituirse un Comité pro Desmovilización presidido por el comandante de brigada o de regimiento e integrado por un representante de la Legión de ex combatientes y otro de la prensa local, con la atribución de proponer a los jefes de reparticiones públicas ternas de desmovilizados para ocupar los cargos ocupados por personas no comprendidas en el orden de preferencia del artículo 1 antes mencionado. Pero cabía la posibilidad de que el jefe de la repartición cuestionara la “igualdad de capacidades” de los nombres propuestos por el Comité pro Desmovilización respecto de los empleados en funciones. En ese caso, llevando la norma a niveles aún más altos de inaplicabilidad, la divergencia debía ser sometida al fallo inapelable de un tribunal presidido por el Prefecto departamental (gobernador) e integrado por el rector de la

universidad o jefe del Distrito escolar y el alcalde municipal. Si alguno de estos funcionarios fuera quien observó la terna, sería reemplazado por el fiscal de distrito. Como otras medidas del régimen, esta no logró llevarse a la práctica, al menos en toda su magnitud, pero no dejó de crear tensiones. Por ejemplo, en Oruro, el diario *La Patria* sugirió la movilización militar de los ex combatientes con el fin de realizar “una sana y bienintencionada renovación de los cargos públicos”⁸⁴³. Y en este marco, fueron varias las amenazas de grupos de ex combatientes de desplazar por la fuerza a quienes por diferentes razones habían desistido de ir al frente; por ejemplo, el grupo de mutilados e inválidos plantearon que “o se retira de los puestos públicos a quienes no fueron a la guerra o ellos los desalojarán por la fuerza”.

Entretanto, con apoyo del asesor jurídico José Antonio Arze se fue dando forma a lo que debería ser una suerte de “Estado sindical”. Para vincular a las asociaciones obreras con el Estado fue creada la Asociación Nacional Permanente de Organizaciones Sindicales (ANPOS), que reunía a los delegados de la FOT, la FOL y el resto de los sindicatos. Estos conformaban una asamblea ante la cual, con una frecuencia semanal, el ministro de Trabajo informaba acerca de sus actividades y escuchaba los reclamos y las críticas obreras⁸⁴⁴. Pero el círculo del Estado corporativo debía cerrarse con uno de los decretos más ambiciosos –y polémicos– del régimen militar socialista: la sindicalización obligatoria, medida sustantiva del “socialismo de Estado”, el nombre oficial con el que fue bautizado el proyecto que debía reemplazar al viejo demoliberalismo.

El decreto anticomunista no afectó las labores de Arze y Anaya, quienes continuaron como asesores del ministro de trabajo, y el 20 de julio participaron de la reunión de gabinete para defender la propuesta de sindicalización obligatoria obrera y patronal. En opinión de ambos asesores de izquierda era precisamente ese decreto el que le daría al gobierno “una característica genuinamente renovadora” ya que estaba atado al objetivo de eliminar a los “partidos tradicionales” e implantar una democracia funcional: cada ciudadano tendría un carnet sindical con el que quedaría habilitado para votar⁸⁴⁵. Además de representantes nacionales debían concurrir a las Cámaras elementos no políticos pero técnicamente capacitados para orientar al Poder Legislativo en sus tareas de reconstrucción nacional.

⁸⁴³ Cfr. “Se desplazará a los no ex-combatientes”, *El Diario*, 27/6/1936, p.2.

⁸⁴⁴ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, p. 106.

⁸⁴⁵ “Ayer se inició el debate ministerial sobre la sindicalización obligatoria”, *El Diario*, 21/7/1936, p. 4.

El Diario criticó el proyecto en su editorial del 22 de julio ya que en opinión del matutino de la oligarquía el país no se encontraba preparado para una medida semejante, ya que “no puede atribuirse a un obrero absolutamente ignorante el derecho de intervenir en la cosa pública”. Es más, con estas reformas institucionales “se dará al proletariado un arma de la que no sabrá hacer uso, que manejará con primitividad e ignorando el uso lícito que deba hacer de ella”⁸⁴⁶. Por ello, la sindicalización obligatoria constituía un verdadero atentado contra la libertad individual, impulsado por una o dos personas que tratan de imponer sistemas exóticos: los editorialistas de *El Diario* afirmaban que si se realizara una encuesta pocos obreros sabrían en qué consiste la sindicalización. Claro, el periódico se refería, “a los obreros que trabajan, no a los que han hecho una profesión de la lectura de doctrinas exóticas que no las pueden digerir mentalmente”⁸⁴⁷. Para nadie pasaba desapercibido, en el lenguaje de la época, que exótico era sinónimo de comunista, es decir de un conjunto de ideas supuestamente ajenas a la realidad nacional. Precisamente por esos días, los órganos periodísticos que respondían a Bautista Saavedra venían haciendo una campaña contra los “comunistas incrustados en el gobierno”, incluso el PRS convocó una marcha contra ellos. De hecho, las tensiones generadas por el saavedrismo fortalecieron el ala de la oficialidad joven partidaria de un régimen sin partidos, sostenido sólo en el apoyo de los ex combatientes y el sindicalismo⁸⁴⁸.

En el propio gobierno se desarrollaron amplios debates, y no faltaron quienes se mostraron partidarios de medidas más moderadas. En efecto, fueron presentados dos proyectos de sindicalización, el de Álvarez/Arze/Anaya y el de Julio Viera, y aunque el

⁸⁴⁶ “Algo más sobre el proyecto de sindicalización obligatoria”, *El Diario*, 22/7/36, p. 4.

⁸⁴⁷ *Idem*.

⁸⁴⁸ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, p. 103. Toro decidió neutralizar al viejo caudillo ofreciéndole el cargo de Presidente de la Delegación Boliviana en Buenos Aires, para discutir el tratado de paz con Paraguay. Pero, viejo zorro de la política, el ex presidente rechazó el convite, que era, en la práctica, una suerte de exilio dorado. Todo ello aumentó la crispación, que llevó a la oficialidad joven representada por Busch a dar una suerte de golpe de estado contra el saavedrismo el 21 de junio, deportando a Saavedra a Arica y confinando a los Yungas a sus dos ministros en el Gabinete (Gosálvez y Zilveti). Un manifiesto de Busch a la nación sostenía que: “En el movimiento del 17 de mayo el ejército buscó la regeneración nacional, no el poder mismo, y por eso había decidido gobernar con los partidos de izquierda. Infelizmente, la realidad política que estamos expectando no corresponde a las nobles aspiraciones del ejército. Los partidos de izquierda, al parecer unidos por pactos sólidamente definidos, no tardaron en romperlos, dándose el espectáculo de sus apetitos totalmente contrapuestos. En esta inconcebible lucha de primacías y situación de privilegios, ha correspondido al Partido Saavedrista la responsabilidad máxima de lo que ahora acontece. El ejército ya estaba harto de las estériles luchas políticas y había decidido gobernar solo, sin la ayuda de los partidos políticos, basándose más bien en los ex combatientes y en el obrerismo organizado” (citado en Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, pp.104-105). Toro acusó a Saavedra de conspirar alentando el regionalismo, tratando de alterar el ejército y agitando los sectores sociales. Aunque se mantienen tres ministros civiles, estos “permanecerán como personas y no como representantes de partido alguno” (*El Diario*, 22/6/1936, p. 5).

decreto fue sancionado finalmente el 20 de agosto de 1936, la discusión duró hasta la salida del ministro obrero del gabinete en diciembre de ese año. No obstante, pese a que la sindicalización obligatoria no pudo materializarse, los debates alrededor de ella permiten comprender los contornos, las torsiones y la voluntad transformadora del socialismo militar boliviano.

En un largo comunicado del 27 de julio de 1936, el coronel Toro explicó que el país debía ser integralmente reorganizado, y para ello avaló la visión de que era necesario avanzar hacia un Parlamento que funcionara sobre la base de una doble representación: una representación de partido mediante el voto ciudadano y una representación de los gremios, mediante el voto social de los grupos (propuesta que trae a la memoria la Constitución brasileña de Getúlio Vargas)⁸⁴⁹. Los *sindicatos funcionales* –estaba convencido Toro– serían el esqueleto sobre el que debía modernizarse y vivificarse la organización sociopolítica boliviana. Ahora bien, Toro explicaba que el socialismo militar no pretende implantar una forma sindicalista que agudice la lucha de clases, sino, por el contrario, hacer de esos sindicatos un elemento de disciplina y educación de las masas “para arrancarlas del caudillismo, la anarquía, y de la acción extremista”. La meta era debilitar las identidades de clase (capitalistas y trabajadores) en favor de categorías profesionales y así, en el marco de esta visión organicista de la nación, el ciudadano emitiría un doble voto: el individual como miembro de un partido, y el social como miembro de un sindicato⁸⁵⁰. Claramente, un ministro como Álvarez planteaba muchos problemas a estas visiones, ya que se trataba de un sindicalista que, como ya vimos, se había formado en las ideas clasistas y había absorbido postulados marxistas en los grupos en los que compartió su militancia con los jóvenes universitarios radicales. Mientras la prensa de derecha calificaba al proyecto de sindicalización obligatoria de “peligroso y ridículo”, desde sectores de la izquierda radical también se cuestionó el carácter estatizante del proyecto. Como recuerda el propio ministro “en coincidencia con la reacción derechista, la ultraizquierda sincronizó una campaña contra el Proyecto de Sindicalización Obligatoria y contra el Ministerio de Trabajo, expresando que [con] dicho proyecto al poner a los sindicatos bajo la tutela del Estado, se entregaba maniatada a la clase trabajadora a un sistema fascista de

⁸⁴⁹ “El presidente de la Junta de Gobierno hace declaraciones sobre sindicalismo”, *El Diario*, 28/7/1936, p. 5.

⁸⁵⁰ *Idem.*

gobierno”⁸⁵¹. En opinión de Álvarez, se trataba de “la sindicalización obligatoria de todos los habitantes de Bolivia organizados independiente y democráticamente, sin ninguna intervención oficial, garantizada su libertad de organización por el gobierno”⁸⁵², y de esta forma se procuraba un sistema institucional que incluiría una Cámara Técnica (funcional) y una Cámara Política (partidaria). Esto último resultaba importante, ya que desmentía los corrillos acerca de que el modelo funcional acabaría con los partidos políticos. No obstante, no es un dato menor que en su artículo 3º, el proyecto estableciera que “los sindicatos estarán bajo la tuición y el control permanente del Gobierno Socialista”.

Desde los sectores conservadores, se convocaba a “limpiar al país del grupito de soviéticos”, a depurar a Bolivia “de la influencia y acción comunistas, emboscados en un socialismo circunstancial que simulan, pero que cumplen finalidades encuadradas en el comunismo internacional”. Se enfatizaba que “La oficialidad joven no hizo la revolución de Mayo para que el comunismo pretenda aprovecharse al amparo de una situación en la que la tolerancia patriótica está convirtiéndose en debilidad”. Y, apuntando directamente al “ministro obrero”, el diario *Última Hora*, concluía que “El Estado Mayor del ejército tiene en este momento el deber de verificar la situación militar de quienes se dicen constructores de la obra socialista. Los desertores de la guerra, los que fueron indignos ciudadanos, no pueden ser los dirigentes de hoy”⁸⁵³. Frente a esta campaña, Álvarez logró apoyo del periódico nacionalista *La Calle*, que no obstante sus antecedentes, desmintió que el ministro obrero fuera “comunista”.

La cuestión del comunismo siguió siendo parte de las preocupaciones oficiales, al tiempo que, en línea con el desarrollo de la propaganda de masas a escala global, se buscaba desarrollar las capacidades comunicacionales de un Estado que se proponía controlar la circulación de información. Para ello fue creada la Dirección Nacional de Propaganda Socialista y Ediciones del Estado. Entre sus tareas estaba la creación de una editorial del Estado, la concentración y autorización de la emisión de información oficial en todas las oficinas del Estado, el “combate al alarmismo” y una medida curiosa: los diarios tendrían obligación de publicar en un lugar preferente y sin mencionar el origen todo lo que la oficina envíe a tal efecto (art. 2).

⁸⁵¹ Álvarez, *Memorias....*, ob. cit., p. 108. Una lectura en este sentido puede encontrarse en Barcelli, *Medio siglo de luchas....*, ob. cit., p. 142.

⁸⁵² *Idem.*

⁸⁵³ *Última Hora*, 26/8/1936, citado en Álvarez, *Memorias....*, ob. cit., p. 109.

Un segundo decreto anticomunista –ya en la era Busch– presentará a las ideas promoscovitas como opuestas a un “socialismo de estado, nacional y constructivo” como el que en opinión del gobierno se estaba ensayando en Bolivia. En ese marco, estipulará que los bolivianos que trataran de poner en práctica procedimientos comunistas quedarían sometidos a la vigilancia policial y a las sanciones legales previstas para los perturbadores del orden público; para los extranjeros, a su turno, se preveía la aplicación de la ley de residencia (artículo único)⁸⁵⁴. Uno de los perseguidos fue el escritor peruano Gamaliel Churata (el hecho de trabajar como redactor en el periódico *La Calle* no lo salvó de la acción represiva) acusado de “agitador extremista extranjero en contacto con centros comunistas y apristas”, quien debió salir a Chile⁸⁵⁵.

La visión organicista y anticomunista era mayoritaria en el gobierno, y Waldo Álvarez se encontró en una posición cada vez más aislada en el gabinete. Parte de su trabajo fue sacar de la cárcel a quienes habían sido encarcelados por desertores o comunistas al regresar del exilio, como ocurrió con Alipio Valencia Vega (Iván Keswar), considerado por el ejército como uno de los más grandes traidores a Bolivia por sus actividades antiguerreras desde su exilio cordobés. Por eso apenas puso un pie en el país, en 1936, el intelectual marofista fue apresado. Álvarez debió hablar personalmente con el presidente Toro y aunque consiguió su liberación, la situación para la izquierda filocomunista se volvió inquietante⁸⁵⁶. El ministro –sin una estructura administrativa asentada– caminaba en un inestable equilibrio entre los sindicatos obreros (que seguían apoyándolo) y los militares temerosos de que sus conferencias por las diferentes regiones del país alentaran una lucha de clases que desestabilizara sus visiones bonapartistas. Ese temor se vio reflejado en la presión ejercida sobre Toro para que el Poder Ejecutivo cancelara una visita de Álvarez a las regiones mineras, donde su presencia era activamente reclamada por los sindicatos, cuya combatividad se había ido

⁸⁵⁴ Con este fin de solicitó a la Cancillería argentina que enviaran decretos anticomunistas, pero ante la inexistencia de tales normas se respondió con un proyecto del senador Matías G. Sánchez Sorondo y decretos anticomunistas provinciales.

⁸⁵⁵ Cfr. “Secuestraron ayer a Gamaliel Churata, redactor de ‘la Calle’”, *La Calle*, 8/7/1937, p. 8, “Una palabra más sobre Gamaliel Churata”, *La Calle*, 10/7/1937, p. 8; y “Gamaliel Churata está en Arica”, *La Calle*, 11/7/1937, p. 1. “No sabíamos que estar ‘en contacto con centros apristas’ significaba hallarse en un partido de extrema izquierda. Siempre habíamos creído al Aprismo como el partido socialista moderado por excelencia”, denunció el diario socialista nacionalista.

⁸⁵⁶ Álvarez, *Memorias...*, *ob. cit.*, pp. 111-112. “Toro, en apoyo del Ministerio de Trabajo, dijo que el gobierno, en colaboración con el ejército, debía abrir una ventana de rehabilitación a todos los jóvenes cultos, que si bien cometieron errores [...] eran hombres útiles para el futuro bienestar de la nación”.

forjando en la solidaridad densa de los socavones y en el espíritu de cuerpo desarrollado como reacción a las continuas masacres del ejército. Su siguiente viaje, invitado por las fuerzas de izquierda y los sindicatos de Cochabamba, lo concretó sin autorización del presidente, y aprovechó el viaje para ir hasta Cliza, donde los campesinos de Santa Clara, alegando querer cumplir el decreto de sindicalización obligatoria, reclamaron el apoyo del ministro para crear un sindicato. Pero, además, los campesinos presionaron y lograron el apoyo oficial para arrendar “sin intermediarios” las tierras del convento, pese a la resistencia de las monjas y de las autoridades locales⁸⁵⁷.

Finalmente, el gobierno aprovechó las divisiones en el sindicalismo, para deshacerse de Álvarez y entregar el ministerio a Javier Paz Campero. En diciembre de 1936 se reunió el Primer Congreso Sindical Boliviano que además de definir una serie de puntos programáticos –incluyendo la formación de un Frente Popular–, aprobó un voto expreso a favor de los leales españoles y contra los “perseguidos apristas del Perú”; pero, en lo relativo a la elección del ministro de trabajo, los votos se dividieron entre Gabriel Moisés (32 votos), Cesáreo Capriles, fundador de *Arte y Trabajo*, (17 votos), y el entonces ministro, Waldo Álvarez (22 votos)⁸⁵⁸. Así, el gobierno argumentó que no había dirigentes suficientemente representativos y birló al movimiento obrero la cartera ministerial recién creada. Empero, el sindicalismo siguió empeñado en la unidad en la conferencia de trabajadores de 1937, en la cual se buscaron acercamientos, como lo muestra la declaración firmada por Fernando Siñani y Mario Illanes. Y manteniendo postulados socialistas, se apoyó la libertad de acción política de Marof (retenido en Sucre tras retornar al país) y se discutieron tópicos como “El socialismo” (conferencia de Josermo Murillo V.) o “Los intelectuales y la clase obrera”, a partir de la disertación de Mario E. Salazar⁸⁵⁹.

Por su parte, aun antes de la salida de Álvarez, Arze y Aguirre Gainsborg fueron acusados de “comunistas”, y finalmente deportados a Arica en septiembre de 1936 luego de una gestión del embajador mexicano Rosenzweig-Díaz ante Toro que permitió

⁸⁵⁷ Gotkowiz, *La revolución antes de la revolución...*, *ob. cit.*, p. 166.

⁸⁵⁸ Las discusiones fueron virulentas. Por ejemplo, la delegación de la región minera de Pulacayo señaló que “Jamás había pensado que los judaico anarquistas y comunistas de la Federación Obrera Local iban a convertir el Congreso en una danza de negros inentendible, dando un espectáculo grotesco” y prosiguió: “La Delegación de Pulacayo considera verdaderos traidores a los anarquistas como Gabriel Moisés eterno vago, sin oficio ni beneficio, quien, sarcásticamente pretende ser el futuro Ministro de Trabajo, como si el Ministerio de Trabajo fuera guarida de desocupados e irresponsables” (Delgado, *100 años de lucha obrera...*, *ob. cit.*, p. 103; *cfr.* también pp. 104-111). En este tipo de posiciones anticomunistas y antianarquistas no era ajena la mano de los saavedristas, que aún tenían influencia en el sindicalismo.

⁸⁵⁹ Delgado, *100 años de lucha obrera...*, *ob. cit.*, p. 115.

cambiar un confinamiento en el Chaco por la salida del país. Todo ello pese a que tanto Aguirre como Arze se habían afiliado al Partido Socialista aunque pertenecía al mismo tiempo al Bloque Socialista de Izquierda. Arze fue elegido como Secretario de Relaciones de la Directiva Nacional. Curiosamente, ese partido oficialista le aprobó a Arze una “licencia indefinida” en el cargo “en vista de tener que ausentarse del país en calidad de exiliado político”⁸⁶⁰. Aunque su intención era seguir a México, finalmente ambos se quedaron en Chile⁸⁶¹.

Pese a su salida del gabinete y a la nueva situación desfavorable, Álvarez se mantuvo cercano al gobierno y fue uno de los impulsores del Partido Socialista de Estado (PSE) con el que Toro buscó crear una fuerza política social de mayores dimensiones, que definió su proyecto como “capitalismo de Estado”⁸⁶². La iniciativa confluyó con la creación del Partido Socialista Revolucionario de Vicente Mendoza López, quien finalmente quedó a la cabeza del PSE⁸⁶³. Pero, pese al apoyo de núcleos como el periódico *La Calle*, la iniciativa encontró resistencia en los sectores laborales (que lo veían como una fuerza creada desde arriba)⁸⁶⁴, y activó la desconfianza de la oficialidad seguidora de Busch, hostil a la formación de nuevos partidos, incluso si estos se concebían de manera organicista como el PSE. La popularidad de Toro se sostenía, casi exclusivamente, en la emblemática nacionalización de la Standard Oil “por defraudación de los intereses fiscales”⁸⁶⁵. Y en su estabilidad era decisivo el apoyo de Germán Busch. Cuando perdió el favor de este último, Toro fue derrocado sin que nadie saliera en su defensa.

⁸⁶⁰ Carta de José Tamayo (Secretario General del Partido Socialista) a José Antonio Arze, La Paz, 24/9/1936 (Archivo personal de José Antonio Arze en custodia de José Roberto Arze). Fue reemplazado en esa función por Augusto Guzmán.

⁸⁶¹ Carta conjunta de José Antonio Arze y José Aguirre Gainsborg al Ministro Plenipotenciario de México en Santiago, Ramón D. Denegri, Santiago de Chile, 9/10/1936. (Archivo personal de José Antonio Arze en custodia de José Roberto Arze). Mientras Aguirre G. regresó en diciembre del año siguiente, Arze permanecerá en la nación trasandina hasta 1939, donde constituyó el grupo Asociación Boliviana de Izquierda y se vinculó al Partido Socialista de Marmaduke Grove.

⁸⁶² “Waldo Álvarez compulsó el movimiento socialista de la República”, *La Calle*, 3/6/1937, p. 4.; “Manifiesto a la Nación”, *La Calle*, 22/6/1937, p. 6.

⁸⁶³ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, ob. cit., p. 297.

⁸⁶⁴ Cfr. “El Partido Socialista de Estado se organizó en Oruro”, *La Calle*, 27/6/1937, p. 2.

⁸⁶⁵ A comienzos de 1935, el Congreso argentino reveló que desde 1925 la Standard Oil venía exportando petróleo boliviano a Argentina por un oleoducto clandestino, por un total de 9 millones de barriles. La propia empresa reconoció esas exportaciones ilegales, pero las limitó al año 1925 (Pozo Bermejo N° 2). Cfr. Carlos Montenegro, *Frente al derecho del estado el oro de la Standard oil (El petróleo, sangre de Bolivia)*, Talleres Gráficos Trabajo, La Paz, 1938. Cfr. también: Departamento Nacional de Propaganda Socialista, *Cuartillas informativas*, N°5, La Paz, 23 de marzo de 1937. Allí se dice: “El gobierno Militar Socialista de Estado Boliviano defiende así las riquezas del país. No persigue al capital extranjero; bienvenido éste cuando beneficia a la Nación y respeta nuestra leyes”. Sobre el tema del contrabando Cfr. pp. 6 y ss. Fue la primera nacionalización de América Latina.

CAPÍTULO 9

Rejuvenecer la nación

¿socialismo nacional o nacionalsocialismo?

La crisis económica y social de 1929/30 contribuyó con inusitada fuerza a debilitar aún más las ideologías liberales que ya venían siendo cuestionadas desde la Primera Guerra Mundial. No sólo el liberalismo, Occidente mismo parecía enfrentar una severa crisis de identidad (e incluso su “ocaso”, al decir de Spengler). En efecto, en el marco de lo que aparecía como una crisis sistémica del capitalismo y del libre mercado no resultaba sorprendente que las ideas antiliberales atrajeran cada vez más adeptos, incluso en “lejanos” países como los sudamericanos. Frente a las naciones que mantenían los postulados del libre mercado, Alemania, Italia y la Unión Soviética aparecían como casos emblemáticos de renacimiento a través de modelos que hacían del Estado centralizado la base de apalancamiento del despertar político, económico, cultural y moral de sus naciones.

No debemos olvidar que varios intelectuales apoyaron el experimento soviético no desde afinidades comunistas o proletarias sino desde cosmovisiones antiliberales⁸⁶⁶. Al fin de cuentas, la Gran Revolución de Octubre había destruido el antiguo Estado zarista, ocluyendo eficazmente la transición hacia un régimen democrático-burgués y poniendo en su lugar un sistema de representación –soviético– que, aunque era claramente diferente al Estado corporativo, tenía aires de familia con las propuestas de democracia funcional (y sindicalista) en boga por esos años. Adicionalmente, los primeros años de la experiencia soviética fueron interpretados por muchos intelectuales

⁸⁶⁶ Un ejemplo de ello fue Ingenieros, que transitó desde un determinismo positivista a la certeza de la caducidad de la *vieja* civilización dominada por la democracia parlamentaria y la economía capitalista y se sintió atraído por el modelo “funcional” de los soviets (Ingenieros, *La democracia funcional en Rusia, ob. cit.*). Otro, entre varios, fue el catalán Eugenio d’Ors, quien podía imaginar curiosas articulaciones entre anarquismo, monarquismo y socialismo en tanto eran ideas opuestas al liberalismo con el que había que acabar (*Cfr.* Maximiliano Fuentes Codera, “Hacia lo desconocido. Eugenio d’Ors en la crisis de la conciencia europea”, en *Historia social*, N° 74, 2010, pp. 23-42).

como el triunfo de un pueblo *joven* hasta entonces dominado por un Estado dirigido por los *viejos*⁸⁶⁷.

Pero si la URSS de los años treinta estaba dando el gran salto adelante que a la postre la colocaría como gran potencia, la ideología oficial de la lucha de clases resultaba poco atractiva para unos militares bolivianos que, justamente, estaban en busca de un renacimiento nacional sostenido en la unidad a toda prueba de un país históricamente fragmentado social, étnica y geográficamente. Cualquier cosa que remitiera a enfrentar a bolivianos contra bolivianos sólo era asociado a mayores niveles de anarquía en una nación que, justamente, debía salir de ella. Así, la lucha de clases no era, de ningún modo, vista como el preludio de un nuevo orden, como los comunistas la entendían, sino como puro divisionismo anarquizante y exotista, y el socialismo militar había llegado al poder para acabar con él.

En síntesis, la lucha de clases no podía ser vista más que como un nuevo ingrediente en el marasmo de la disolución nacional. Las ideas fascistas y nacionalsocialistas, por el contrario, mientras que también garantizaban el ansiado “Estado fuerte” que permitiría “abolir” la lucha de clases, hablaban en clave de dignidad y energías vitales, criticaban sin tregua el egoísmo y el materialismo –sin acabar con la propiedad privada y el mercado– y, no menos importante, brindaban una serie de insumos de tono espiritualista que servían como “pegamento” de una verdadera unidad orgánica –y armónica– de la nación. Esas ideas podían ser articuladas, según las preferencias, a la guerra (del Chaco) como elemento de purificación nacional, a la necesidad de mirar al milenarismo imperio tiwanakota como cuna mítica de la nación o, simplemente, a una visión espartana de moralidad y orden capaz de actuar como sustrato de la (re)organización nacional. Por todo ello, no resulta sorprendente que la Alemania nazi y la Italia fascista ejercieran un fuerte atractivo para una parte de la élite política, intelectual y militar boliviana. De hecho, las simpatías con el nazismo y el fascismo constituyeron, como veremos, una especie de moda en la Bolivia de la década del treinta, e incluso muchos “liberales” –como Alcides Arguedas– cayeron rendidos ante el ave Fénix germana liderada por Adolf Hitler.

⁸⁶⁷ Cfr. Natalia Bustelo, “La reforma universitaria y la recepción de Eugenio d’Ors”, VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata: “Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales”, La Plata, 5 al 7 de diciembre de 2012; Maximiliano Fuentes Codera, “La encrucijada de posguerra y la primera estancia de Eugenio d’Ors en Argentina”, en *Historia y política*, N°28, julio-diciembre 2012, pp. 245-272.

Como ya mencionamos, los vínculos de Bolivia con Alemania –especialmente a través de la presencia de sus militares en el Altiplano– fueron nutridos desde los años veinte. Además del general Kundt, que fue con toda seguridad la figura más influyente y emblemática entre los alemanes en Bolivia, uno de los militares germanos que pasó por la nación andina como entrenador fue Ernst Röhm, fundador de las fuerzas de asalto del Partido Nacionalsocialista alemán, conocidas como las SA (*Sturmabteilung*). Röhm prestó sus servicios en el ejército boliviano como instructor entre 1928 y 1930, cumpliendo sus funciones en La Paz y Uyuni. Pero su presencia en Bolivia adquiriría una dimensión inesperada luego de que, tras su regreso a Alemania en 1930, fueran difundidas unas cartas enviadas desde Bolivia a su amigo médico y también nazi Karl-Günther Heimsoth en las que Röhm le hacía confidencias acerca de sus dificultades para encontrar acompañantes sexuales hombres en una ciudad tan pequeña y conservadora como La Paz⁸⁶⁸. Pero más allá de estas anécdotas sobre la homosexualidad bastante conocida del militar nacionalsocialista asesinado en la “noche de los cuchillos largos”, en su estadía andina Röhm formó parte de un conjunto de alemanes que, mediante su trabajo de instructores, tuvieron influencia entre una tropa que ya durante el socialismo militar se transformó en factótum del nuevo orden antiliberal.

Alemania tenía también fuertes vínculos económicos con el país andino –con el cual inició relaciones diplomáticas en 1902–, especialmente mediante el lugar destacado que ocupaban sus empresas de importaciones y exportaciones en territorio boliviano⁸⁶⁹. León Bieber sostiene que las relaciones germano-bolivianas tuvieron desde sus inicios un carácter eminentemente mercantil: Alemania no llegó a controlar ninguna empresa de magnitud en el sector extractivo, por lo que el ascendiente germano se concentró –sobre todo entre fines del siglo XIX e inicios de la Primera Guerra Mundial– en el área comercial: durante este periodo Alemania fue, después de Gran Bretaña, el principal consumidor de productos bolivianos y el proveedor más importante de mercancías al país andino⁸⁷⁰. Algunos cientos de migrantes germanos habían ido instalando –a menudo con apoyo del Banco Alemán Transatlántico– casas comerciales en todos los centros económicos dinámicos, en el occidente del país relacionadas con la producción minera y en el oriente con el caucho⁸⁷¹. Lograron incluso sortear las “listas negras” –

⁸⁶⁸ Brockman, *El general y sus presidentes...*, ob. cit., , pp. 458 y ss.

⁸⁶⁹ León E. Bieber, *Pugna por Influencia y Hegemonía. La rivalidad germano-estadounidense en Bolivia 1936-1946*, Frankfurt, Peter Lang, 2004, pp. 26-33.

⁸⁷⁰ *Ibidem*, p. 27.

⁸⁷¹ *Idem*.

establecidas por los aliados durante la Primera Guerra—: Bolivia no hizo uso del derecho estipulado por el Tratado de Versalles de liquidar las propiedades alemanas: en 1939 diez firmas de ese origen, seis de las cuales ya estaban antes de 1924, procesaban cerca de dos tercios del comercio boliviano de importación⁸⁷². Al mismo tiempo, empresas como Orentein & Koppel, Siemens-Schuckert, Borsig, Krupp, Demag, Pholig, Mercedes Benz y MAN-Dieselmotoren suministraron a Bolivia maquinaria pesada para la explotación minera como funiculares, andariveles, concentradoras para enriquecer metales, camiones, material ferroviario, maquinaria para construir caminos, etc., entretanto los germanos también tenían una posición clave en el mercado de alimentos, con la utilización de productos alemanes en la producción de cerveza, embutidos, molineros, y otros rubros. Finalmente, vinculada a la mencionada presencia de militares se incrementaron las importaciones de textiles —para confección de uniformes— y armamentos⁸⁷³. Esta configuración llevó a Bieber a concluir que Estados Unidos poseía la supremacía financiera en Bolivia, en tanto que Gran Bretaña controlaba el estaño y Alemania el comercio. Hijo de un médico alemán llamado Paul Busch, la llegada del héroe del Chaco a la presidencia podía hacer presagiar un acercamiento con Berlín, pero aunque este en efecto ocurrió, no alcanzó para llevar a Bolivia a la senda del nacionalsocialismo.

Germán Busch: la espada al servicio de la justicia social

A mediados de 1937 el apoyo social al gobierno de Toro se iba diluyendo aceleradamente al ritmo del agravamiento de la crisis económica. Los festejos de “La Gloriosa”, la revolución de mayo, con fuegos artificiales y desfiles, reflejaron ese clima de cierta apatía hacia el gobierno “socialista”. “Me dicen que el desfile fue una verdadera calamidad —relata Arguedas— tan pocos eran los manifestantes que tuvieron vergüenza de mostrarse en las calles y se disolvieron en la plaza misma. Ahora han podido ver los militares que no tienen ambiente popular”⁸⁷⁴. La visión de Arguedas puede ser algo exagerada pero lo cierto es que a la pérdida de apoyo popular, Toro sumaba un distanciamiento cada vez más visible con Germán Busch. Incluso ese distanciamiento dio lugar a corrillos en el mundillo político: “se viene diciendo con

⁸⁷² Antonio Mitre, *Los hilos de la memoria. Ascensión y crisis de las casas comerciales alemanas en Bolivia*, La Paz, Anthròpos, 1996, citado en *ibidem*, p. 30.

⁸⁷³ Bieber, *Pugna por Influencia y Hegemonía...*, *ob. cit.*, p. 32.

⁸⁷⁴ Arguedas, *Diario Intimo*, Tomo 7, *ob. cit.*, p. 44.

insistencia [...] que el distanciamiento del Pdte. Toro y el jefe de Estado mayor, coronel Busch, no se debe a divergencias de opinión, ni mucho menos, sino a cuestión de faldas, pues ambos persiguen a una mujer joven, elegante y bonita y... ¡paraguaya!⁸⁷⁵.

El 10 de julio, de regreso a La Paz luego de una visita a su padre en la amazonía boliviana, Busch asistió a un acto que anticiparía su ascenso a la cima del poder. En una reunión en el paraninfo de la Universidad Mayor de San Andrés, transmitida por Radio Illimani, el héroe de la guerra del Chaco fue proclamado Jefe Supremo de la poderosa Legión de ex Combatientes. “Frente a las ideas que se derrumban es necesario comenzar otras [sic] que renueven y cimienten a base de la lucha forjada en los campos de batalla. Esto lo han comprendido el ejército y la juventud a la que debemos prestar todas nuestras energías. Realmente en el Chaco hemos aprendido a ser bolivianos”, dijo Busch frente a los embajadores de México e Italia, presentes en la cita junto con los miembros de la comisión policial italiana a la que nos referiremos más adelante⁸⁷⁶. Para Busch, la guerra tuvo un efecto depurador que entre otras cosas debía ayudar a olvidar el “sentido regionalista de los viejos” a favor de proyectos y miradas auténticamente nacionales. En ese marco, “la espada [el ejército] debe ser en la postguerra el baluarte del pueblo indefenso contra los intereses creados que no lo dejan vivir”, como vanguardia de un nuevo orden que debe llevar al país “a la normalidad basada en el equilibrio entre el capital y el trabajo”⁸⁷⁷. En esos momentos Busch estaba ya en franca conspiración contra Toro, que acabó con el golpe del 13 de julio de 1937. El relato de Belmonte, quien fue uno de los agitadores de la asonada al interior del ejército –junto a sus camaradas de la logia secreta Razón de Patria– deja en claro el carácter sui géneris del golpe, entre reuniones y tazas de café en las que Toro trataba de convencer a Busch y Peñaranda de retroceder en sus planes golpistas, hasta que, luego de una consulta del presidente, las guarniciones militares votaron a favor de su renuncia⁸⁷⁸. El derrocamiento de Toro por Busch forma parte de un curioso capítulo de la historia boliviana. Los socialistas se habían alejado de Toro: si bien reconocían como un hito la nacionalización de la Standard Oil criticaban su cercanía al magnate minero Aramayo y sus vacilaciones a la hora de llevar adelante las reformas. Montenegro, desde Buenos

⁸⁷⁵ Arguedas, *Diario Íntimo*, Tomo 8, *ob. cit.*, p. 29.

⁸⁷⁶ “Posesionaron al Coronel Busch en el cargo de Jefe Supremo de la Legión de exCombatientes”, *El Diario*, 11/7/37, p.7.

⁸⁷⁷ *Idem*.

⁸⁷⁸ Belmonte, *Radepa...*, *ob. cit.* pp. 163-172; Gallego, *Los orígenes del reformismo militar...*, *ob. cit.*, p. 213.

Aires, al parecer también llamaba al joven militar a derrocar a Toro y renovar los ideales de la revolución de mayo del 36.

Pero, al mismo tiempo, sectores de la oligarquía –notablemente Simón I. Patiño– también apoyaban la caída de Toro y propiciaban el golpe. De esta forma, el frente que alentaba a Busch a actuar terminó conformado por los socialistas/nacionalistas radicales y la más rancia oligarquía, sin que estos sectores, obviamente, tuvieran relaciones entre sí; simplemente cada uno se creía en condiciones de influir sobre el héroe del Chaco. Los jóvenes oficiales –y parte de la sociedad– se sentían molestos por el estilo de vida *bon vivant* del general Toro, que lo mostraba desafecto a los problemas de la administración del Estado y demasiado cercano a los placeres mundanos; otros criticaban que el socialismo de Estado se redujera a una agencia de colocaciones en puestos estatales, aunque casi todos apoyaban la nacionalización de la Standard Oil. Arguedas resaltaba en su diario la personalidad del presidente. Criticaba que bebiera en demasía y que se mezclara con mujeres de la clase baja; aclaraba, no obstante, que “no es bárbaro, ni atrabiliario ni es estúpido, al contrario, insisto, es culto, atento, educado, pero –y acá anda el pero– bebedor!”⁸⁷⁹.

En efecto, cuando Busch y el general Peñaranda decidieron finalmente dar el golpe, Toro estaba en las termas de Urmiri –según los corrillos tirando al blanco, bebiendo whisky y jugando póker–. El plan consistía en detener al Presidente en aquella localidad pero el imprevisto adelantamiento del retorno de la comitiva presidencial alteró levemente los planes. Ya en el Palacio, Toro intentó convencer a los insubordinados llamando a una consulta de las guarniciones militares, pero la presión de los sectores cercanos a Busch, incluyendo a la decisiva guarnición de La Paz, obligó a mantener el plan de destituir el presidente. Un grupo al mando del capitán Elías Belmonte ocupó radio Illimani, desde donde se anunció la destitución de Toro (más como presión que como noticia ya que temían que Busch se echara atrás con la asonada), al tiempo que la sirena del diario *La Razón* tocaba durante veinte minutos con la misma intención de dejar en claro el cambio en la cúpula del poder del Estado⁸⁸⁰. Como Peñaranda se negó a asumir la presidencia, el poder recayó en el popular Germán Busch, que llegaba así al sillón presidencial a los 33 años de edad.

⁸⁷⁹ Arguedas, *Diario Íntimo...*, *ob. cit.*, Tomo 7, p. 58.

⁸⁸⁰ Belmonte, *Radepa...*, *op. cit.*, pp. 163 y ss.

La prensa prooligárquica saludó el golpe. En su editorial del día siguiente de la asonada, *El Diario* sostenía que el gobierno de Toro cayó víctima de sus propios errores y continuaba señalando que bajo el militar derrocado

comenzó a diseñarse una dictadura a partir de un diminuto partido político, nacido al calor de los intereses fiscales. El Partido Socialista de Estado, muerto al nacer, no logró, en momento alguno, suscitar el menor entusiasmo en la opinión pública. La careta de socialismo ocasional y de circunstancias ha servido a las mil maravillas para encubrir los más desenfrenados apetitos de una camarilla que usurpando el nombre del ejército, estaba llevando al país a la anarquía⁸⁸¹.

Por eso, el vocero de la oligarquía festejaba al gobierno recién asumido, indicando que

Ha llegado el momento de que el país deje de servir de carne de experimentación de doctrinas exóticas y extremistas que sólo han servido para encubrir las bastardas ambiciones de un diminuto grupo que con el pretexto del socialismo se dedicó a la explotación más descarada de los recursos fiscales. Bolivia necesita que el pueblo trabaje y produzca bajo un régimen de orden y respeto, como el que se ha iniciado anoche y que es toda una promesa para la prosperidad de la República⁸⁸².

La convicción de que se trataba de un golpe derechista y “patíñista” –el magnate Patiño había sido desplazado por Toro a favor de Aramayo– obligó al presidente a negar públicamente que su asonada fuera financiada por la Standard Oil⁸⁸³. A tal punto había llegado a consolidarse la imagen de un golpe restaurador entre diversos sectores de la sociedad boliviana. Pero al mismo tiempo, y en sentido contrario, el escritor Luis Antezana E., sin citar fuentes, adhiere a la idea de que Busch fue acicateado por Carlos Montenegro desde Buenos Aires a derrocar a Toro, sin que en un principio el héroe del Chaco pareciera receptivo a la propuesta, hasta que finalmente, Busch habría expresado a Montenegro: “si tú me ayudas a hacerlo, acepto”⁸⁸⁴. Pero todo esto se combinaba, para el escritor Augusto Céspedes, con tendencias fascizantes al interior de la Rosca –

⁸⁸¹ *El Diario*, 14/7/1937 (editorial).

⁸⁸² *Idem*.

⁸⁸³ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, p. 306.

⁸⁸⁴ Luis Antezana, *La Historia secreta del MNR...*, *ob. cit.*, Tomo 1, p. 109.

como era llamado el poder minero—, en parte representadas por la logia Estrella de Hierro, surgida en las trincheras del Chaco⁸⁸⁵.

El nombramiento como Ministro de Finanzas de Federico Gutiérrez Granier —referente del Partido del Centro y presidente de la Asociación de Industriales Mineros— parecía confirmar las tesis restauracionistas. Por su parte, el cónsul argentino en La Paz anticipaba que el nuevo gobierno parecía dispuesto a aplicar “una prudente y moderada política socialista, quizás en términos más limitados que en el gobierno anterior ya que es evidente el contacto con el capitalismo de la nación”, léase, los empresarios mineros⁸⁸⁶.

En su informe al canciller Saavedra Lamas, el diplomático ensayaba un perfil del nuevo jefe de Estado introduciendo dudas sobre su liderazgo: “Busch no es un hombre de gran talento pero posee condiciones de energía y buen criterio que serían eficaces para un gobierno transitorio, de estabilización, pero no para una larga gestión presidencial por su escasa experiencia política y su preparación restringida para una amplia labor de estadista”⁸⁸⁷. Empero, esto no parecía obstáculo para la constatación de que “los círculos financieros, industriales, etc. prestan al actual gobierno su más decidida cooperación”. Adicionalmente, Montenegro no llegó a ocupar la secretaría privada del presidente, como al parecer estaba acordado, sino que recayó en ella el experimentado Gabriel Gosálvez, quien luego de actuar como representante del saavedrismo en el gobierno de Toro representaba ahora a los republicanos antipersonalistas, es decir, a los republicanos que tras la caída en desgracia de Saavedra buscaron independencia del ex caudillo, ahora en el destierro.

Las razones de la caída de Toro —además de la crisis económica— hay que buscarlas en las luchas de poder al interior de las Fuerzas Armadas y de los ex combatientes, entre los cuales los ex prisioneros tenían sus propios intereses, y en general eran hostiles a Toro, como queda claro en el rol de Belmonte junto a la logia Razón de Patria, organizada por los ex prisioneros en Paraguay. Precisamente, estos

⁸⁸⁵ Céspedes, *El dictador suicida...*, *ob. cit.*, p.172.

⁸⁸⁶ MREC — Sección División Política, Caja 3826, 1937. Arturo Machicao, de la Standard Oil, le escribió a Peñaranda desde la sede de la empresa en Buenos Aires: “en este momento en el que se agitan las más recalcitrantes pasiones, su personalidad es un signo de garantía como ejemplo de serenidad y ecuanimidad, y por eso yo juzgo que consecuente con sus ideales patrióticos, Ud. seguirá en ese sitio para calmar la vorágine e imprimir un rumbo sensato a la marcha del país en este movimiento juvenil que seguramente debe caracterizarse en un concepto de reorganización completo”⁸⁸⁶ (Carta de Arturo J. Machicao al general Peñaranda, 16-6-36, ALP/LML, 1936-1937, C.3, N° 21).

⁸⁸⁷ MREC — Sección División Política, Caja 3826, 1937.

sectores que sentían antipatía por Toro sostenían sin dudar la jefatura espartana de Busch, a quien consideraban uno de ellos.

Al posesionar a sus ministros, tras una asonada sin violencia, este último se declaró decidido a “restaurar la institucionalidad, consolidar los prestigios del Ejército, y laborar sin tregua por la felicidad de Bolivia”; la meta del golpe, según el nuevo presidente fue “salvar la ideología de la revolución [de mayo de 1936]”⁸⁸⁸. *La Calle* dice en su irónica sección “La esquina de los desocupados” que los verdaderos socialistas, bajo el gobierno de Toro, terminaron desempeñando funciones sin importancia, fuera de toda situación administrativa, o, finalmente, perseguidos y desterrados⁸⁸⁹ (en realidad algunos de los destierros habían sido forzados por Busch). Por eso, para el periódico socialista nacionalista, el golpe contra Toro fue un “reajuste” similar a los que, “cuando es necesario”, se operan en el México revolucionario, “donde los hombres pasan pero la revolución permanece”. Para *La Calle* se trataba de una nueva etapa revolucionaria, como rezaba su editorial⁸⁹⁰.

Poco a poco, Busch fue dando señales de que no buscaba volver atrás la rueda de la revolución. El 19 de julio, ante la LEC, reivindicó la nacionalización de la Standard Oil por parte de su antecesor pero señaló que, durante el gobierno de Toro, los sagrados derechos de los ex combatientes no habían sido tomados en cuenta y que el Poder Ejecutivo se involucró en la politiquería, reinó la corrupción e incluso se intentó la organización, con dineros públicos, de un partido “sin ambiente y sin prestigio”: el Partido Socialista de Estado. Como, finalmente, el descontrol iba a caer sobre la “clase armada” es que “decidimos enfrentarnos con esta situación de desorden y anarquía”⁸⁹¹.

Para Busch, que detestaba la fragmentación partisana del país y la lucha de clases, los ex combatientes eran la fuerza moral de la nación, la generación del sacrificio, la garantía contra los regionalismos (como los emergentes en Santa Cruz y el Oriente boliviano), al fin de cuentas, una suerte de expresión de la sustancia de la nación⁸⁹². Según Arguedas, Baldivieso le comentó en una ocasión que Busch le

⁸⁸⁸ “El ejército ha resuelto salvar la ideología de la revolución”, *La Calle*, 15/7/1936, p. 5.

⁸⁸⁹ “Experimento de doctrinas”, *La Calle*, 15/7/1937, p. 5.

⁸⁹⁰ “Nueva etapa revolucionaria”, *La Calle*, 14/7/1937, p. 4.

⁸⁹¹ “En una proclama, el Tnl. Busch reitera ante los excombatientes sus ideales patrióticos”, *La Razón*, 20/7/37, p. 9.

⁸⁹² Sobre el regionalismo oriental, *Cfr.* Hernán Pruden, “Separatismo e integracionismo en la posguerra del Chaco. Santa Cruz de la Sierra (1935-1939)”, en *Revista de la Red Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea*, Segunda Época, vol. 3. Nº 3, 1999, pp. 51-77. Allí pueden verse en detalle los argumentos de quienes buscaban la integración con Bolivia y quienes deseaban separarse, así como las fuentes identitarias de cada grupo y la relación de ellas con los indígenas de la región oriental, especialmente los guaraníes.

confesó: “a David [Toro] no le perdono dos cosas: haber descuidado armar al ejército y haber faltado el respeto a esta sociedad con su conducta licenciosa”⁸⁹³. El presidente Busch nunca olvidó que, al fin de cuentas, los militares eran su base de sustentación. Así quedó en evidencia en el presupuesto de 1938: de los 274.123.156 de bolivianos, la parte del león se la llevaban Defensa nacional, que sin embargo había sido fuertemente reducida luego de los acuerdos de paz con Paraguay: 86,7 millones frente a 23 millones para educación⁸⁹⁴.

El equilibrio entre capital y trabajo será una de sus obsesiones hasta su temprana muerte y el proyecto oficial fue expresado por Baldivieso, nuevamente canciller, como la búsqueda de “una razonada y humana justicia social”, que debía superar a un gobierno, el de Toro, que estaba provocando “una peligrosa beligerancia entre el civilismo y el ejército”⁸⁹⁵. Varios meses después del golpe, en noviembre de 1937, el ex líder estudiantil especificó aún más sus aspiraciones en términos de “socialismo moderado”: “Mucho se ha hablado de los tintes del socialismo que forma parte del espíritu del actual gobierno. Quiero definir exactamente nuestra situación: estamos libres de toda influencia exótica. Nuestros anhelos de justicia social nacen de una realidad auténticamente boliviana. Queremos realizar un *mínimum* de justicia social, dignificando el trabajo y humanizando el capital. Todo dentro de un perfecto equilibrio”⁸⁹⁶.

Busch autorizó a los dirigentes políticos de la “rosca” a regresar a Bolivia –entre ellos al viejo caudillo Bautista Saavedra–. Incluso manifestó que el líder marxista Tristán Marof –fuera de Bolivia desde 1927– podía volver a pisar suelo boliviano⁸⁹⁷. Se trataba de uno de los más enconados enemigos personales de Alcides Arguedas, quien no escatimaba calificativos en su diario para descalificarlo (incluso se llegó a mencionarlo, en los corrillos políticos, como futuro rector de la UMSA). Pero como señala Klein, después de un cierto ímpetu inicial, los partidos tradicionales comenzaron a experimentar una fuerte indiferencia en sus filas, en verdad se trataba de débiles remanentes de los anteriores gigantes de la preguerra⁸⁹⁸. En efecto, Saavedra retornó a La Paz en medio de una tumultuosa recepción a principios de octubre de 1937 y en un

⁸⁹³ Arguedas, *Diario Íntimo...*, Tomo 8, p. 80.

⁸⁹⁴ “Con Bs. 274.123.156 se aprobó el Presupuesto General de la Nación”, *El Diario*, 18/1/1938, p. 6.

⁸⁹⁵ “Hace declaraciones Don Enrique Baldivieso”, *Última Hora*, 27/7/1937, p. 4.

⁸⁹⁶ “El gobierno aspira a dignificar el trabajo y humanizar el capital”, *La Razón*, 24/11/1937, p. 6.

⁸⁹⁷ “Saavedra y Maroff [sic] volverán al país”, *El Diario*, 9/9/1937, Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, p. 309.

⁸⁹⁸ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional ...*, *ob. cit.*, pp. 310 y 314.

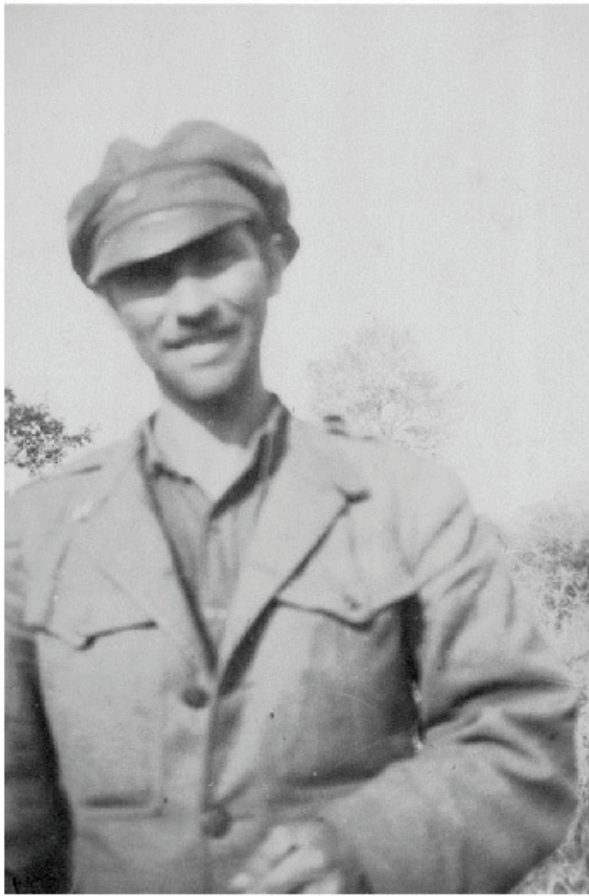
discurso ante la multitud expresó su apoyo al nuevo presidente⁸⁹⁹. Pero los efectos de esa demostración de fuerza serían en gran medida un espejismo, contraproducente para el propio Saavedra.

Ahora los republicanos no sólo eran “socialistas”: los saavedristas reconocían, en los años 30 y 40, la dialéctica marxista como método de interpretación de los hechos sociales y del “origen de los males y desventuras que afligen a nuestra sociedad”, incluso incorporaban cierta retórica de Marx y sus divulgadores, pero rechazaban la “transformación violenta y radical de la estructura social”, y optaban por un “socialismo evolucionista⁹⁰⁰”. Esto no impedía la simpatía de Saavedra con el corporativismo fascista. Incluso comenzó a mencionar la “nacionalización paulatina de la industria minera”. Pero la estadía del caudillo en Bolivia fue mucho más corta de lo que esperaban él y sus seguidores: afecto a las conspiraciones, el viejo zorro de la política plebeya fue apresado y violentamente desterrado el 27 de noviembre, sin que sus partidarios tuvieran la fuerza para impedirlo⁹⁰¹. Y su muerte en 1939 canceló definitivamente su herencia política.

⁸⁹⁹ *Ibidem*, p. 310.

⁹⁰⁰ Alberto Cornejo S., *Programas políticos de Bolivia*, Cochabamba, Imprenta Universitaria, 1949, pp. 104-105. Incluso utilizaban cierta jerga marxista para sostener puntos de vista conservadores como este, respecto a los indígenas y campesinos, lo que no era poco común en la época: “los trabajadores del agro carecen de conciencia de clase, constituyen una masa amorfa, dispersa y esclavizada, desde hace siglos, cuya ignorancia y falta de cohesión la incapacita para exigir el cumplimiento de las más elementales reivindicaciones humanas” (*ibidem*, p.109).

⁹⁰¹ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, p. 311.



Germán Busch a comienzo
de los años treinta.
Archivo Histórico de La Paz

Soldados del Ejército boliviano,
1930. Cortesía Archivo Central
del Museo Nacional de Etnografía
y Folklore.



En busca del Ave Fénix: puentes y precipicios La Paz-Berlín-Roma ... y México

La Alemania nacional socialista como inspiración

Como ya vimos, pese a las enormes diferencias que desde todo punto de vista separaban a Bolivia y Alemania, era posible articular indianismo romántico y una sensibilidad cercana al nacionalsocialismo en clave vitalista y de regeneración nacional. Por eso no es sorprendente que en la posguerra del Chaco los paralelos entre Bolivia y Alemania aparecieran, a simple vista, poderosos. Si Alemania había sido derrotada y humillada en la Primera Guerra Mundial, Bolivia había padecido un fuerte golpe militar y moral en las trincheras chaqueñas que había puesto en crisis la vieja idea de nación oligárquica/liberal –en un acumulado de derrotas cuyo hilo conductor llevaba hasta la guerra del Pacífico en el siglo XIX pasando por la del Acre a comienzos del siglo XX– y reclamaba con urgencia nuevos paradigmas para salvar la nación. Si Alemania parecía renacer sus cenizas mediante una revolución antiliberal y totalitaria liderada por los nacionalsocialistas, ¿por qué no mirar hacia allí en busca de inspiración?. Después de todo, como ya vimos, los vínculos con Alemania habían sido bastante fluidos, especialmente en el plano militar, pero también empresarial.

Eso se propuso el gobierno de Busch al enviar a un grupo de jóvenes estudiantes y militares –de la “nueva generación”– que en 1938 partieron entusiastamente hacia el Reich, invitados por la jefatura de las Juventudes Hitlerianas a una amplia e intensa gira por todo el territorio germano para imbuirse de “la educación del carácter y del cuerpo” bajo los lineamientos del nacionalsocialismo liderado por Adolf Hitler. Gracias a un conjunto de cartas del joven mayor Noel Monje, jefe del grupo, –publicadas en *El Diario* con el título “Informe sobre las labores de la delegación estudiantil” y “Aspectos de la visita de la delegación boliviana al progresista y pintoresco país de Adolf Hitler”– podemos reconstruir algunas facetas del viaje así como las percepciones de los participantes respecto de una larga gira que incluyó un periplo por las diferentes regiones de Alemania.

El entusiasmo de los jóvenes bolivianos por la calurosa recepción de sus colegas germanos es notorio en esas páginas: para ellos los alemanes representaban un pueblo ubicado en un estadio superior de la civilización y ser admitidos en su seno era un motivo de verdadero orgullo que *El Diario* socializaba con todo el país, transformando las “pruebas superadas” de esos jóvenes en una fuente de honor y de esperanza de que

las fuerzas vitales de la nación al fin de cuentas no estaban agotadas. Si la guerra del Chaco las había activado, ahora, en la posguerra, era momento de plasmarlas en un nuevo orden regenerador, ya no con una perspectiva racista/positivista –como en la primera década de 1900– sino moralista y vitalista.

La comisión estudiantil arribó a Hamburgo el 24 de septiembre de 1938. En el mismo salón del barco General Artigas –en el que viajaban– fue agasajada por las autoridades de las *Hitlerjugend*, antes de partir hacia Berlín. Además de recorrer la ciudad, la delegación participó de actividades de camaradería con las Juventudes Hitlerianas, que son descritas con tono maravillado por el jefe de la delegación boliviana. Sorprende la amplitud de los recorridos y las visitas a lo largo y ancho del país, que incluyeron sitios como el castillo de la Orden de los Caballeros Teutones “donde anualmente se da una recepción a los niños que ingresan a las *Hitlerjugend* a los 10 años de edad”. Por otro lado, la participación de los jóvenes andinos en el ritual de la caza del zorro, los puso bajo el aura de las ideas sobre el “suelo y la sangre” exaltadas por el nazismo.

De esta forma, los bolivianos pudieron conocer de primera mano la estructura y organización de las *Hitlerjugend*, para lo cual les fue ofrecida una conferencia dictada por “el camarada Gert Drasdo, de la Sección de Extranjeros de la Jefatura de la Juventud”⁹⁰². También Monje y sus compañeros participaron de actividades deportivas y de entrenamiento en la escuela juvenil y de una recorrida por el territorio alemán con la finalidad de conocer “la admirable organización y disciplina de la masa, la admirable honradez, el aseo urbano, el ritmo de la vida de trabajo, la salud y la profilaxis social, el cuidado preferente que se da al niño y a la madre”. Con un indisimulado orgullo, en un segundo informe, el joven boliviano informa que la delegación participó “impecablemente” de un desfile con 1.500 miembros de las juventudes ante el propio jefe del Estado Mayor de la *Hitlerjugend*. Otra parada fue la Escuela de Planeadores del Partido Nacional Socialista donde se instruía la juventud del Führer. Allí, los oficiales de aviación que había en el grupo participaron de vuelos de demostración⁹⁰³.

La misión estaba compuesta por veintinueve estudiantes, cadetes y militares de baja graduación⁹⁰⁴. Del 24 de octubre al 9 de diciembre se dividieron en siete grupos que fueron enviados a diferentes regiones del país, alojados en casas de familia

⁹⁰² “Informe sobre las labores de la Delegación Estudiantil”, *El Diario*, 7/2/1939, pp. 6 y 9.

⁹⁰³ La delegación estudiantil en Alemania”, *El Diario*, 8/2/1939, pp. 6 y 9.

⁹⁰⁴ Puede verse la lista completa en “La misión estudiantil boliviana en Alemania”, *El Diario*, 9/2/1939, p.11.

alemanas. Según sigue informando Monje, los jóvenes bolivianos tomaron cursos en escuelas de comandantes “donde practicaron deportes sobre el terreno, conocieron a fondo la ideología nacional que se inculca en el muchacho, la instrucción teórica, [practicaron] tiro, llegando a disparar todas las lecciones prescritas”⁹⁰⁵. En síntesis, los programas preparados por las jefaturas regionales buscaron mostrarle a los jóvenes bolivianos “todo lo importante dentro de las actividades de la H.J. y la vida del pueblo”, ideas que luego debían llevar a Bolivia para contribuir a la construcción de la nación bajo la ideología del “socialismo de Estado”. El embajador italiano en Bolivia realizó gestiones para que la delegación continuara a Italia, pero el gobierno decidió armar otro grupo con los mismos objetivos: en este caso, captar en directo el espíritu de la revolución fascista⁹⁰⁶.

Ese mismo año de 1939, también viajó el Reich el general Carlos Quintanilla, quien el 15 de junio envió al presidente Busch un informe de actividades. Aunque uno de los motivos del viaje era someterse a un tratamiento médico, el jefe del Ejército –que había estudiado en Alemania– realizó una visita a las principales industrias bélicas germanas, incluida la Siemens, y a diversas escuelas militares. Su reporte es detallado y da cuenta de sus vínculos con la alta jerarquía del régimen nazi: el 19 de abril almorzó con el jefe del Estado Mayor Alemán, Walther von Brauchitsch en el Berliner Gardekavallerieclub, junto al general Bilbao y el capitán Belmonte. Poco después participó en la Gran Parada Militar por el cincuentenario del nacimiento del Führer, en la cual, informa Quintanilla, “Se nos trató con deferencia singular haciéndonos hincapié en que éramos los únicos militares sudamericanos tratados en esa forma”⁹⁰⁷. Su balance no parece incluir ningún aspecto negativo; Bolivia, según él, debía inspirarse en esa “obra magnánima” que ha permitido a Alemania lograr de manera milagrosa sus “objetivos raciales, territoriales y económicos” a partir de una articulación única entre el “gobernante genial” y la “nación conciente”. Leámoslo de sus propias palabras:

El talento previsor de sus hombres, la técnica única de sus especialistas, su organización minuciosa, el incremento constante de sus fábricas militares, el funcionamiento admirable de sus institutos y reparticiones militares, unidas a la disciplina férrea de la raza, el envidiable amor patrio de superación han hecho de

⁹⁰⁵ *Idem.*

⁹⁰⁶ Archivo Cancillería. Estado Plurinacional de Bolivia. Legación boliviana en Berlín, reporte N°5, ALEM-1-R-16, 14/1/1939, folio 4.

⁹⁰⁷ ABNB. PR273 Correspondencia, EMG [Estado Mayor General], 1939.

Alemania la primera potencia militar europea, que sin recurrir a la guerra [sic] acaba de conseguir sus objetivos raciales, territoriales y económicos, que jamás pudo pensarse que se alcanzara en tan escaso lapso transcurrido desde la ascensión al poder del Canciller Hitler. La confianza del pueblo en su Führer, su cariño y respaldo a este llegan hasta el fanatismo. Y esa comprensión absoluta entre el gobernante genial con la nación consciente, decidida y verdaderamente disciplinada para conseguir su gran destino en la humanidad, son los factores de ese milagro que ha transformado la derrota sufrida en hegemonía indiscutida y palpitante. [Por eso] no habrá mejor modelo para nosotros que tomar el ejemplo de Alemania para reconstruir nuestro Ejército, sobre tendencias espirituales, bases técnicas y procedimientos de detalle que le han dado su actual superioridad⁹⁰⁸.

Otro momento de confraternización con el Reich fue la presentación de las credenciales ante el Führer del embajador Julio Sanjinés en diciembre de 1936. En su informe a la Cancillería, de tono muy positivo, el general boliviano escribe con entusiasmo que quedó “gratamente impresionado” del conocimiento que Hitler tenía del desarrollo de la política en Bolivia “y la labor del socialismo nacional que desenvuelve el actual gobierno” (esta última frase está subrayada). Hitler le dispensó un cuarto de hora, en el cual señaló que “el hecho de que también Bolivia vea al Comunismo como un enemigo de su acción constructiva, no puede ser sino un motivo auspicioso para el recíproco entendimiento de nuestros pueblos”⁹⁰⁹. Sin ocultar su entusiasmo, Sanjinés enfatizó que Hitler conocía el decreto del 16 de septiembre de 1936 que ponía al comunismo al margen de la ley. Pero, como León Bieber ha destacado en su libro ya citado sobre las relaciones boliviano-alemanas, el interés de Berlín se centraba más en el terreno económico que en el político⁹¹⁰. Por eso no debería sorprendernos que Hitler prosiguiera diciendo que “en el propósito que le anima de incrementar el intercambio, especialmente en el terreno económico, entre Alemania y Bolivia, cuyo acercamiento ha impulsado eficazmente el tráfico aéreo, puede ud. contar con la absoluta colaboración mía y la del Gobierno del Reich”⁹¹¹.

⁹⁰⁸ *Idem.*

⁹⁰⁹ Archivo Cancillería. Estado Plurinacional de Bolivia. Legación boliviana en Berlín, reporte N°3, ALEM-1-R-14 , 20/11/36, fol. 131.

⁹¹⁰ Bieber, *Pugna por la Influencia y la Hegemonía...*, *ob. cit.*, p. 59.

⁹¹¹ Archivo Cancillería. Estado Plurinacional de Bolivia. Legación boliviana en Berlín, reporte N°3, ALEM-1-R-14 , 20/11/36, fol. 132. Creación de la Comunidad de Trabajo Germano-Boliviana el 23 de diciembre de 1937, de la que participaban funcionarios del ministerio de relaciones exteriores, bancos y empresas industriales, bajo los auspicios de los miembros del instituto Iberoamericano y de la embajada boliviana.

La actividad de Sanjinés en Berlín era fluida, tal como quedó registrada en su correspondencia con la Cancillería boliviana. En una línea común a la mayoría de las delegaciones antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando las posiciones frente al nacionalsocialismo eran ambivalentes, y muchos veían en él un necesario aunque incómodo antídoto contra el comunismo, sus oficios incursionaron en los grandes eventos montados por el nacionalsocialismo para impresionar a propios y extraños. En su carta del 4 de octubre de 1937, Sanjinés informa haberse sentido honrado de participar, como embajador de Bolivia y junto con los otros diplomáticos, del IX Congreso nacionalsocialista de Nuremberg, considerado un “acontecimiento de la nueva Alemania”⁹¹². Otra vez, no se escatima en expresiones de admiración para el artífice del “levántate y anda” de la herida y humillada nación alemana. “La impresión que he recogido durante mi estadía en Nuremberg, concurrendo a todas las asambleas y desfiles nacionalsocialistas, –escribe Sanjinés– es de que el pueblo alemán constituye un bloque unitario fuertemente cohesionado por la fe que supo inculcarle el autor genial de su resurgimiento: ADOLFO HITLER”⁹¹³. El mismo entusiasmo muestra el embajador al relatar el viaje de Mussolini a la Alemania de Hitler; sin dudar, considera a esos dos hombres “los más representativos de Europa”, y advierte –con proyecciones a lo que acontecía en Bolivia– que “en el curso de sus proclamas hicieron una reseña de la lucha formidable realizada por el Nacionalsocialismo y el Fascismo en sus respectivos países para anular y desarraigar el germen de la Tercera Internacional”.

Este tipo de vínculos –marcados por el poder de imantación del modelo alemán– continuaron hasta el fin del socialismo militar. El enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia ante el gobierno alemán, Hugo Ernst, repitió en 1939 conceptos similares a los de su antecesor Sanjinés⁹¹⁴. En su encuentro con Hitler, el diplomático señaló –en alemán– que “La marcha evolutiva que en el terreno espiritual, científico y económico sigue la gran Nación alemana bajo la acertada dirección de Vuestra Excelencia, es seguida con interés por los pueblos jóvenes de América, que ven con honda simpatía esa labor consagrada al bienestar de la colectividad y la

⁹¹² El único jefe de misión que no estuvo, señala, fue el de la URSS.

⁹¹³ Archivo Cancillería. Estado Plurinacional de Bolivia. Legación boliviana en Berlín, reporte N° 31, ALEM-1-R-14 , 4/10/37, fol. 171 (mayúsculas en el original). Uno de los invitados personales de Hitler fue Eduardo Santos Montejo, entonces candidato a la presidencia de Colombia.

⁹¹⁴ Ernst había estudiado en Alemania, Inglaterra y Francia, fue prefecto de La Paz y alcalde de la Sede de gobierno. En su actividad privada se dedicaba a la importación de maquinarias y artículos eléctricos mediante la firma “Hugo Ernst Rivera” y representaba empresas alemanas como A.E.G, Osram, Demag y I.G. Farbenindustrie, entre otras.

dignificación del trabajo”⁹¹⁵. Acto seguido, ofreció a Hitler la profundización de los vínculos comerciales mediante las “ingentes riquezas [mineralógicas] que encierra el suelo boliviano”, y pueden ser de interés para las industrias alemanas. Es de notar – prosigue– que en la actualidad Alemania ocupa ya un lugar preferente entre los países que proveen a mi patria artículos manufacturados de alta calidad. Esta circunstancia, unida al conocimiento de elementos jóvenes –cual sucede al presente con la visita que hace a vuestra gran nación un núcleo de la nueva generación de Bolivia, gentilmente invitada por la Juventud Hitleriana– está llamada a estrechar los vínculos que deberán establecerse entre las nuevas generaciones, pues serán esos jóvenes bolivianos a quienes acabo de referirme, los mensajeros de una confraternidad auspiciosa y fecunda entre nuestra naciones”⁹¹⁶. Las raíces alemanas del propio Ernst, junto a las del presidente Busch, no podían estar ausentes del cordial diálogo con el Führer y, en efecto, fueron destacadas por el enviado diplomático.

Parte del acercamiento con Alemania consistió en establecer una valija diplomática directa, ya que hasta entonces los reportes iban a La Paz vía París. A veces los temas tratados eran sensibles, como las gestiones bolivianas ante el Reich, en 1938, tendientes a evitar la salida de 15.000 judíos de Austria rumbo a Paraguay. Bolivia temía, básicamente, que esas colonias fueran usadas por el gobierno de Asunción para poblar zonas sensibles del “desierto” chaqueño, lo que podía inclinar la balanza en contra de Bolivia cuando las heridas de la contienda aún estaban lejos de haberse cerrado. Pero no hay que ser muy suspicaz para ver que pedir que se prohibiera la salida de judíos de Alemania bajo el nacionalsocialismo, además de prácticamente condenarlos a muerte en los campos de concentración, podía ser leído, y así lo fue, como un indolente acto de antisemitismo. Esa insensibilidad, en todo caso, quedó clara en el reporte enviado por la embajada boliviana en Berlín en el que, de acuerdo a las exigencias de las nuevas leyes antisemitas, los judíos alemanes que habían sido contratados por la embajada boliviana debían ser despedidos⁹¹⁷.

⁹¹⁵ “Traducción del discurso del señor Hugo Ernst Rivera, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia ante el gobierno alemán en el acto de presentación de credenciales ante el Canciller del Reich Adolf Hitler”, 28/2/1938. Archivo Cancillería. Estado Plurinacional de Bolivia. Legación boliviana en Berlín, reporte N°50, ALEM-1-R-16, 1/3/39, folio 21-22.

⁹¹⁶ *Ibidem*, fol. 22.

⁹¹⁷ “Alemania desconoce a los cónsules de Bolivia en Breslau –Kurt Effenberg– ‘matrimoniado con judía’, y el de Munich, Frotz Boden, de ascendencia judía, en función de las leyes que establecen el no reconocimiento de funcionarios consulares de una nación extranjera a los alemanes que hayan contraído matrimonio con una judía o personas de raza semita” (Archivo Cancillería. Estado Plurinacional de Bolivia. Legación boliviana en Berlín, reporte N°5, ALEM-1-R-16, 14/1/1939, fol. 4).

En la misma línea, *El Diario* informa que Manuel Frontaura Argandoña “es objeto de múltiples agasajos en la capital alemana”, incluyendo una entrevista oficial con el líder del Frente del Trabajo del Reich, Robert Ley, visitas a campamentos de trabajo y una entrevista en la revista *Volkischer Beobachter* –El observador popular, órgano oficial del Partido Nazi– y en la radio alemana. En una conferencia en el Instituto Ibero-Americano titulada “Comercio e industria en Bolivia”, el periodista y escritor andino habló de la política migratoria boliviana, aclarando que esta estipulaba que las fronteras de Bolivia están abiertas “a todos los extranjeros sanos de cuerpo y espíritu de todo el mundo, sin más restricción que la de los judíos, gitanos, chinos y negros, a los cuales se prohíbe el ingreso, salvo excepciones debidamente justificadas”⁹¹⁸.

Sin embargo, en 1939, en una decisión a contracorriente de gran parte del mundo, Busch aprobó la migración irrestricta de judíos europeos a Bolivia, aunque esta medida audaz se estrelló contra un fraude montado por miembros del servicio exterior, cuyo epicentro fue la embajada boliviana en París. Conocido como el “affaire de los pasaportes judíos”, el caso derivó en un escándalo al conocerse que el Cónsul general de Bolivia en la capital francesa cobraba abultadas sumas, de manera ilegal, para otorgar los visados⁹¹⁹.

Los mencionados vínculos entre Bolivia y el Eje incluyen un dato curioso y desconocido: en mayo de 1939, el ciudadano japonés y cuñado del presidente Busch, Kokichi Seito, anunciaba en Yokohama, como una suerte de carta de presentación, que Bolivia se había transformado en el *primer Estado totalitario en el hemisferio occidental* –por esos días Busch había proclamado la dictadura– y, como esposo de la hermana mayor del presidente boliviano, Josefina Busch, Seito anunciaba la voluntad del país andino de formar parte del bloque Anti-Comintern⁹²⁰. No obstante, este particular personaje –que desapareció por completo de las páginas de la historia boliviana y recuperamos gracias a un recorte de periódico que un diplomático argentino en Tokio envió a su cancillería– posiblemente estuviera usando sus influencias para

⁹¹⁸“Frontaura Argandoña está desarrollando simpática labor de propaganda en Alemania”, *El Diario*, 4/1/1939, p. 7.

⁹¹⁹ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, p. 357-358. *Cfr.* “El Director de Policías mayor Guzmán ha descubierto los hilos de cuantioso affaire relacionado con autorizaciones de inmigración”, *El Diario*, 25/5/1939, p. 7.

⁹²⁰ “As the first totalitarian state in the Western Hemisphere, it is my belief Bolivia will in the near future become a member of the Anti-Comintern bloc”, *The Japan Times & Mail*, 3/5/1939 (MREC – Sección División Política, caja 4255, 1939, exp. 20).

hacer negocios con su patria natal, ya que se dedicaba más a la actividad comercial privada que a la política.

En cualquier caso aunque sus declaraciones no parecían descabelladas (iban, por el contrario, en la misma dirección de las citadas anteriormente), parecen no haber sido tomadas en serio por el gobierno, al menos si consideramos como válida una nota sin membrete que quedó guardada en los archivos de la Correspondencia presidencial de Bolivia, lo que implica que llegó al propio presidente Busch. Ciertamente, el tema de los vínculos con el Eje estaba en el escritorio del presidente⁹²¹.

En efecto, como lo ha mostrado documentadamente Bieber mediante los informes del Encargado de negocios en La Paz, Felix Tripeloury, los alemanes no creían tener en Bolivia una pequeña réplica de su régimen a partir del socialismo de Estado –ni como realidad ni como horizonte– y su interés radicaba en la posibilidad de obtener materias primas necesarias para la contienda bélica.

Es verdad que Tripeloury elogió al nuevo régimen militar socialista por mostrar “un espíritu nuevo, moderno, el cual parece decidido a eliminar radicalmente los principios liberal democráticos vigentes anteriormente en Bolivia”. Pero, al mismo tiempo, lamentaba la falta de energía y de talento en el manejo de los negocios del Estado, así como la falta de consistencia, tanto personal como partidaria, que caracterizaban al régimen de Toro⁹²². Si las ideas viajan sin sus contextos, acá viajaban

⁹²¹ En una nota informal y sin firma con membrete del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia, con una especie de visto bueno probablemente del presidente Busch en lápiz azul, podemos leer: América latina. Adivinando y contrariando.

Las principales cuestiones que se presentaban a adivinanzas la semana pasada eran dos: el dictador germán Busch es fascista o un dictador demócrata? Se unirá Bolivia al pacto contra el Comintern? Las primeras respuestas a estas adivinanzas surgidas de Roma y de Tokyo eran favorables a los fascistas.

En Tokyo hizo su aparición Kokichi Seito, hasta ahora desconocido cuñado del dictador Busch. Seito sugirió la adivinanza: Bolivia pronto ha de unirse al pacto contra el Comintern. El Ministro Campero Arce sugirió la adivinanza en Roma: Bolivia es un Estado totalitario, pronto se unirá al Pacto. Las adivinanzas continuaron en Washington. Observadores de los Estados Unidos continuaron pensando en el negocio de petróleo que Bolivia ha hecho con Alemania y se acogieron al rumor en el sentido de que un oficial alemán ex miembro del estado mayor de Bolivia, lo consiguió.

Funcionarios de la Legación de Bolivia en Washington no estaban en adivinanzas sino contrariados. Un indignado miembro de la legación contó:

1. Ha de unirse al Pacto, Bolivia? “Absolutamente fantástico!”
2. El negocio del petróleo con Alemania? “Absolutamente falso!”
3. Un miembro del Estado mayor en Bolivia? “Hemos tenido nuestra experiencia con los oficiales alemanes en el Chaco [en referencia al general Kundt]. Los hemos devuelto a su país”
4. Busch ha sido condecorado por Hitler? El Presidente ha recibido diez o doce condecoraciones de otros gobiernos. Uno de ellos puede que sea Alemania.
5. El cuñado Kokichi Seito? “Sus ideas no tienen ninguna significación”

Seito, según se ha explicado, es un exportador japonés en Bolivia que se casó con la hermana de Busch que vive en Bolivia. (PR245, Correspondencia, Relaciones, 1939).

⁹²² Deutche Gesandtschaft in Bolivien, B. 125, La Paz, 18/5/1936, citado por Bieber, *Pugna por Influencia y Hegemonía...*, ob. cit., p. 56.

sin una historia, una sociología y un “espíritu” que podían hacer posible el nacionalsocialismo y esto no escapaba en absoluto a los diplomáticos alemanes. Poniendo antes el realismo que la ideología, el diplomático cuestionaba la ley de sindicalización obligatoria por constituir un proyecto sociopolítico poco adecuado para “un país cuyos habitantes son en un 80% indígenas y en un 80% analfabetos”⁹²³. Dando cuenta de las ambivalencias reinantes, Tripeloury recelaba además de que el régimen finalmente acabara por ser arrastrado hacia la esfera de influencia soviética, dado que los comunistas habían logrado ingresar al gobierno y afianzarse en su seno. Tanto Waldo Álvarez como sus asesores Arze y Anaya aparecían como evidencia de que Moscú tenía allí una vía de entrada para tratar de ganar influencia tanto entre el gobierno como entre los trabajadores. Recién con la salida de Álvarez estas preocupaciones del diplomático se debilitaron y alentaron una visión más optimista, pero siempre mantuvo su incredulidad sobre un rumbo fascista o nacionalsocialista del socialismo de Estado boliviano⁹²⁴. La corrupción y la mala administración también eran recurrentemente mencionadas como problemas fundamentales del nuevo orden y como fuentes de descontento popular. Incluso Bieber muestra que un opúsculo escrito en Alemania por el ex secretario de la Legación, y nazi confeso, Federico Nielsen Reyes, señalando que desde 1936 Bolivia vivía bajo un liderazgo nacionalsocialista, fue puesto seriamente en duda por los diplomáticos germanos.

No obstante, el régimen alemán sí mostró simpatías por la figura de Busch, quien, además de ser hijo de un alemán, a diferencia de la predilección de Toro por la Italia fascista, mostraba –según la legación en La Paz– “especial simpatía por Alemania, a cuyo régimen considera ejemplar”⁹²⁵. Es más, en la Conferencia Latinoamericana del Ministerio de Relaciones Exteriores, desarrollada en Berlín en 1939, el entusiasmo alcanza un nuevo escalón cuando el Ministro Plenipotenciario en La Paz, Ernst Wendler, afirmó que la dictadura de Busch se diferenciaba de las “habituales dictaduras presidenciales sudamericanas”, y que, por el contrario, representaba “el intento de transición hacia la forma totalitaria de Estado en estrecha adhesión a la ideología nacionalsocialista”⁹²⁶. Poco antes, el propio Busch había pedido a Alemania ayuda para

⁹²³ *Idem.*

⁹²⁴ *Ibidem*, pp. 56-57.

⁹²⁵ Deutsche Gesandtschaft in Bolivien, B. 43, La Paz, 7/2/1938, citado por Bieber, *Pugna por Influencia y Hegemonía...*, *ob. cit.*, p. 58.

⁹²⁶ Äuberunger der Missionschefs aus Latein-Amerika vom 13 Juni 1939, citado en *idem*.

construir, precisamente, un régimen totalitario estilo alemán, lo cual fue recibido con un entusiasmo limitado en Berlín y a la postre respondido con evasivas⁹²⁷.

El propio Wendler era consciente de que el cambio en Bolivia sólo estaba sostenido en la figura del presidente y de algunos de sus colaboradores. De allí el énfasis de la diplomacia germana en poner el acento en las relaciones económicas bilaterales⁹²⁸, que mejoraron notablemente en la era Busch, al punto que el padre del presidente, el Dr. Paul Busch, viajó a Alemania, donde de discutió una posible desvinculación de Bolivia del Pool Internacional del Estaño y la venta de este mineral, en su totalidad, a Alemania y sus aliados del Eje⁹²⁹. Ya la nacionalización de la Standard Oil Co. por el coronel Toro había tensado las relaciones con Estados Unidos, mientras que la creación de la estatal petrolera YPF y el flamante Ministerio de Minas y Petróleo buscaban darle al Estado un lugar preponderante en el nuevo mercado de hidrocarburos. Pero la falta de homogeneidad del gobierno y el sorpresivo suicidio de Busch cerrarían estos contactos y realinearían a Bolivia con Washington.

Roma-La Paz: el desembarco de los policías fascistas

También los italianos tejieron vínculos con Bolivia –especialmente en el año de gobierno de Toro–. Por esos días, la Italia fascista había invadido Etiopía y había proclamado el imperio. América del Sur aparecía como un continente bastante alejado de sus intereses inmediatos y Bolivia en particular carecía incluso de una colonia italiana significativa; los italianos que vivían en Bolivia se dedicaban al comercio u otras actividades productivas sin ejercer influencia cultural en el país andino, a excepción de algunos sacerdotes. Uno de ellos fue Luigi Picardo –“ex combatiente de la Gran guerra y fascista del ’23”– quien desarrolló su actividad político-pastoral en el departamento de Tarija (fronterizo con Argentina), donde publicó el periódico *La Opinión*⁹³⁰. Por ese entonces, el fascismo italiano buscaba justificar la “intensa obra civilizatoria” llevada a poblaciones ‘primitivas’ como la etíope, y el sacerdote replicaba con entusiasmo esa causa en el sur boliviano. Otro fue Ruggero Tommaseo, director del Instituto de cultura italiana en La Paz. No obstante, uno de sus artículos en *El Diario*,

⁹²⁷ Diálogo personal con Robert Brockmann, en base a sus observaciones en los archivos de la Cancillería alemana.

⁹²⁸ Bieber, *Puja por Influencia y Hegemonía...*, ob. cit., p. 67.

⁹²⁹ *Ibidem*, p. 71.

⁹³⁰ Bonan, *La Paz-Roma...*, ob. cit., p. 73. (Las traducciones son nuestras).

donde habló de la barbarie alemana, generaron malestar y desde Roma se dio instrucciones a la embajada en La Paz de vigilar atentamente la actividad periodística del profesor⁹³¹.

La lejanía y carácter periférico de Bolivia para la geopolítica de Roma no impidió, sin embargo, que desde la legación italiana en La Paz se ensayaran algunos intentos de penetración ideológica. La figura clave de esos esfuerzos fue el diplomático Luigi Mariani, quien tras reemplazar a Pietro Toni desarrolló una entusiasta actividad que quedó reflejada en la prensa y el debate público de la Bolivia de los años treinta, donde fungía como una activa figura pública. Sus informes detallados sobre el socialismo militar boliviano mantuvieron informada a la cancillería italiana acerca de los vaivenes políticos bolivianos y trataron de traducir a Roma lo que verdaderamente significaba ser “socialista” para el gobierno de La Paz.

Por momentos, Mariani se entusiasmaba, como cuando cuenta que, en una reunión, el ministro de Trabajo Javier Paz Campero –que había reemplazado a Waldo Álvarez– se declaró un “profundo admirador del Duce y del fascismo y buen conocedor de lo que el régimen había hecho por Italia”. Como demostración de ello, el ministro le mostró al encargado de la legación italiana varios libros editados por el Ministerio de Propaganda fascista⁹³². Pero en otros reportes, por el contrario, Mariani expresaba temores sobre la incidencia de la izquierda y de las tendencias socialcomunistas (según él expresadas por el periódico *La Calle* y asociadas a la influencia cardenista mexicana; no hay que olvidar que el diario socialista nacionalista, pese a sus ambivalencias, fue un intransigente defensor de la República española). Sólo por momentos, el *regio ministro* se entusiasma con la posibilidad de algún tipo de orientación hacia el fascismo del socialismo militar andino.

En ese sentido, Mariani considera que aunque la constitución del Partido Socialista de Estado bajo el gobierno de Toro “en parte lo acerca[ba] al fascismo”⁹³³, ello no fue suficiente para sacar al gobierno de su *impasse*. Luego el entusiasmo retornó fugazmente en algunas ocasiones tras el recambio de Toro por Busch. Pero sin duda, Bolivia estaba lejos de las condiciones culturales –y de los debates de ideas– que autores como Sternhell colocan en la génesis de la ideología fascista, así como de las condiciones socioeconómicas que dieron origen a esas polémicas y a relecturas “en

⁹³¹ *Ibidem*, p. 84.

⁹³² *Ibidem*, p. 79.

⁹³³ MAE, Quaderno segreto (Situazione politica in Bolivia del 1937), citado en Bonan, *La Paz-Roma...*, *ob. cit.*, p. 87.

clave antimaterialista” del marxismo y habilitaron tránsitos hacia el sindicalismo revolucionario y más tarde hacia el fascismo⁹³⁴. De allí que lo que podía observar el encargado de la legación italiana era una simpatía hacia el fascismo más que un intento de replicarlo seriamente en los Andes. Aunque la “cultura” corporativista tiñe los intentos de cambio social en Bolivia desde la década de 1930 y la práctica de los sectores populares hasta nuestros días –como ha observado René Zavaleta, estos hacen política desde los sindicatos⁹³⁵–, ello no alcanzaba para darle consistencia a un proyecto “antiiluminista” serio: un régimen fascista no se construye con declaraciones aisladas de simpatía de algunos funcionarios claves hacia el renacimiento imperial italiano de la mano del *fascio* ni con medidas aisladas e inaplicables. Cabe destacar, asimismo, que Bolivia no había roto sus vínculos con Estados Unidos, que en la región estaba atento a cualquier conato “nazi-fascista”.

Pero todo ello no desanimó a Mariani, quien buscó desentrañar las tensiones que observaba en el gobierno entre una tendencia hacia un nacionalismo fascistizante y una contratendencia hacia un socialismo de izquierda, que en opinión del diplomático provenía de los “elementos bolchevizantes” que operaban desde la activa embajada mexicana en La Paz. Pese a ello, las palabras de Busch respecto al comunismo –así como un nuevo decreto anticomunista– parecían alejar ese peligro⁹³⁶. Mariani reportó que Busch le dijo al ministro alemán: “He escuchado con satisfacción las declaraciones sobre sus ideales que persigue el gobierno alemán actual y confío en que las aspiraciones comunes a favor de la conservación de la paz y la seguridad del orden interno, que han hecho del Reich alemán un baluarte contra el comunismo enemigo de la civilización, dan a nuestra amistad la fuerza necesaria para hacer la más más sólida alianza al servicio de la cultura y el bien común”⁹³⁷.

En un contexto político en el cual, según el diplomático italiano, “había temor a pronunciar la palabra fascismo en voz alta”, uno de los proyectos más importantes fue la organización de una polémica misión policial italiana, despachada a La Paz en octubre

⁹³⁴ Zveev Sternhell, Mario Sznajder y Maia Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista...*, *ob. cit.*

⁹³⁵ René Zavaleta Mercado, “Las masas en noviembre” en René Zavaleta M. (comp.) *Bolivia Hoy*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1983, pp. 11-59.

⁹³⁶ El decreto del 27 de marzo de 1938 estableció la prohibición del comunismo, el bolchevismo y el anarquismo, ideologías disolventes de la nacionalidad que se aprovechan de la credulidad de las masas. Entre los agravantes se consideró “hacer propaganda extremista entre la clase indígena” (art. 6, inciso e). Entre las penas se incluyó la pérdida por diez años de derechos políticos y se incorporó el decreto al código penal boliviano.

⁹³⁷ Mariani al MAE, La Paz, 6 de noviembre 1937, AP, Bolivia 1937, sobre 3, TS 1806/768, citado en Bonan, *La Paz-Roma...*, *ob. cit.*, p. 92.

de 1936 y destinada a entrenar a los policías bolivianos. La comisión fue despedida en Roma por el propio conde Galeazzo Ciano –ministro de Asuntos Exteriores y yerno de Mussolini– quien llamó a los enviados a enseñar en el Nuevo Mundo la revelación fascista⁹³⁸ y señaló: “el envío de una Misión de policía [...] constituye sin duda una nueva afirmación italiana en aquel país, y no faltarán favorables repercusiones en nuestro prestigio y también para otras nuestras afirmaciones en otros Estados sudamericanos”⁹³⁹. En efecto, la misión fue concebida como una cabeza de puente para la penetración de ideas fascistas en otros países de la región, buscando explotar la latinidad como el espacio de encuentro político-cultural entre Italia y América Latina y como forma de acrecentar la eficacia del mensaje y la propaganda anti-roja⁹⁴⁰.

El contrato preliminar fue firmado en La Paz y preveía la permanencia de la misión por un año, con posibilidades de prorrogar la estadía. En febrero de ese año, Toro había creado por decreto supremo la Escuela Nacional de Policías, el primer instituto de formación de oficiales en el país, en un esfuerzo serio por profesionalizar a la fuerza; pero además de mejorar las capacidades de la policía, se buscaba dotar al cuerpo de una nueva identidad en un momento de disolución del orden tradicional⁹⁴¹. Como ha señalado Quintana Taborga, no sólo se buscaba modernizar las fuerzas policiales, sino que la presencia de la misión italiana –además de develar algunas simpatías ideológicas del presidente Toro– sirvió para impulsar un conjunto de cambios cuyo énfasis se concentró en la burocracia del Ministerio de gobierno (Interior)⁹⁴². Bajo los nuevos preceptos, la policía fue unificada en el cuerpo de Carabineros de Bolivia, un nombre que remitía a los propios policías del Fascio⁹⁴³. Calò Carducci señala que los italianos tenían la tarea de organizar todos los servicios de seguridad pública según el sistema fascista. Desde la policía de investigación al tráfico urbano, así como la policía de frontera y el servicio de información. En ese marco, el 3 de enero de 1937 llegó el

⁹³⁸Schelchkov, “La influencia de los regímenes totalitarios...”, *ob. cit.*, basado en informes de la embajada mexicana en La Paz.

⁹³⁹ AS, Affari Politici, 1931-1945, Bolivia, legajo 4, MAE a Ministero dell’ Interno, Roma, 11/77, 1936, citado en Luigi Guarnieri Calò Carducci, “La emigración italiana en Bolivia desde la colonia hasta el siglo XX. Relaciones políticas, económicas, culturales”, en: *Anuario 2003*, Archivo y Bibliotecas Nacionales de Bolivia, Sucre, 2003, p. 96.

⁹⁴⁰ Bonan, *La Paz-Roma...*, *ob. cit.*, p. 142.

⁹⁴¹ Juan Ramón Quintana Taborga, *Policía y democracia en Bolivia*, La Paz, Fundación Pieb, 2005, p. 44.

⁹⁴² *Idem.*

⁹⁴³ La policía se dividió en dos ramas: Orden y Seguridad. La primera de ellas fue uniformada, entrenada y equipada militarmente, y su misión consistía en controlar los desórdenes públicos. Para ese fin, fue dotada de un importante y novedoso parque automotor, que sirvió para desarrollar las primeras experiencias de patrullaje motorizado urbano (*ibidem*, p. 45). Además, la policía incorporó cuadros de mando y tropa con experiencia en la Guerra del Chaco.

grupo dirigido por el jefe policial Domenico Ravelli junto a ocho miembros, dos del cuerpo de la Seguridad Pública, tres de los Carabinieri, y tres de la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional⁹⁴⁴.

Sin embargo, pese a que en la historia boliviana esta misión quedó como una muestra de la influencia fascista en la Bolivia de los años treinta, los informes diplomáticos citados por Calò Carducci, dejan ver que el grupo enviado por Mussolini estuvo lejos cumplir con sus objetivos, tanto inmediatos (organizar la policía) como más generales: difundir la idea fascista⁹⁴⁵. Así queda demostrado también a partir de la exhaustiva revisión de la correspondencia de Mariani, que Ivan Bonan recoge en su tesis de grado en Historia en la Universidad de Padua. Las tensiones emergieron tanto entre los italianos y la policía boliviana como entre los propios integrantes de la misión, que respondían a tres grupos diferentes y terminaron presos de fuertes polémicas internas. Una carta de Barranco deja en claro que desde el comienzo las cosas no resultaron fáciles, y el tono de la misiva (extraoficial) permite apreciar los obstáculos con los que se encontró este enviado de Roma, prácticamente desorientado por la situación, y que lee (de forma posiblemente exagerada) en clave de hostilidad las diferencias (“ambientales” y culturales) con la que choca al llegar a los Andes bolivianos, sin ocultar un aire de superioridad y desprecio hacia un país donde “todos son coroneles”:

Todavía estoy desorientado por varias razones, una no menor es la hostilidad del medio ambiente. El 29 de diciembre, después de una navegación maravillosa aterrizamos en Mollendo y de aquí después de cinco días de ferrocarril y de cruce del Lago Titicaca ubicado a más de 4.000 metros, el 3 de enero llegamos finalmente a La Paz. Contrariamente a las cordialísimas recepciones recibidas durante el viaje por la República del Perú, aquí tuvimos una acogida casi hostil. En la estación, a pesar de que nuestra llegada fue previamente anunciada, ninguna autoridad boliviana se presentó a recibirnos. Sólo después de varios días apareció el jefe de policía local, un coronel del Ejército (aquí todos son coroneles), y posteriormente por gestiones de nuestro Ministro nos presentaron a los diversos ministros (todos oficiales) y al

⁹⁴⁴ Calò Carducci, “La emigración italiana...”, *ob. cit.*, p. 96. Los miembros eran Michele Palotta, cónsul de la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional (MVSN), Giuseppe Togni, centurión de la MVSN, Salvatore Oppo, mariscal de los Carabinieri, Luigi Bertorelli, teniente coronel de los Carabinieri, Constantino Luzzago, capitán de los Carabinieri, Rosario Barranco, comisario de la Seguridad Pública, Saverio Furci, jefe de grupo de la MVSN, Vittorio Senise, secretario de la Seguridad Pública.

⁹⁴⁵ AS, Affari Politici, 1931-1945, Bolivia, legajo 4, Legazione italiana a La Paz al MAE, 30/9/37, citado en Calò Carducci, “La emigración italiana...”, *ob. cit.*, p. 97.

Presidente de la República (otro coronel), el que, como todos los días, estaba borracho. La prensa local no ha sido hasta ahora favorable a nosotros, porque cree que hemos venido aquí, más que cualquier otra cosa, para hacer política. Este punto de vista, ahora, por suerte está cambiando después de los datos transmitidos a la prensa por el gobierno. El actual Gobierno es militar pero tiene un carácter socialista [...]⁹⁴⁶.

Varias improvisaciones –como la falta de oficinas– conspiraron contra la puesta en marcha del trabajo de la misión que, además, recorrió parte de Bolivia por tierra y en aeroplano. Pero al mismo tiempo, como ya mencionamos, no fueron menos dañinas las pujas –que tomaron ribetes ríspidos– entre los propios miembros de las tres secciones que componían la misión, como lo evidencia la correspondencia citada por Bonan. Era la milicia el grupo que se mostraba más ligado a objetivos político-ideológicos.

A su turno, los italianos alegaron impedimentos ambientales y falta de material humano idóneo para explicar los escasos avances logrados. Mariani, por su parte, reconoció la necesidad de un verdadero “capo” y no de un *primus inter pares* en la misión. De hecho, comenzó a pensarse en una nueva misión, con personas capaces de “ganarse la simpatía local por su distinción en los modos, por su tacto y por su educación” y, al mismo tiempo, por su capacidad de aprender rápido la lengua del país⁹⁴⁷. Pero entretanto, Toro había sido reemplazado por Busch, y la idea predominante del gobierno era bajarle el tono político a la misión y reducir la influencia de la milicia. En opinión de Mariani, el “carácter duro” de Ravelli no logró conquistar simpatías y, al mismo tiempo, fue incapaz de dar unidad al grupo. Pero mientras el diplomático italiano buscaba organizar una nueva misión, el ministro de Gobierno, César Menacho, propuso reducir a tres sus miembros, excluyendo a los milicianos fascistas como Pallota.

Por ello, al finalizar el año los italianos regresaron a Roma, a excepción de dos de sus miembros (Bertarelli y Barranco) que se quedaron, por decisión personal, como asesores de la dirección general de la policía boliviana. Pallotta escribió a sus superiores que la situación boliviana era desfavorable para la difusión del fascismo. La colonia italiana, según el miliciano, se presentaba dividida por riñas internas e indiferente a cualquier impulso patriótico, al tiempo que el gobierno representaba una tendencia

⁹⁴⁶ Lettera di Barranco, La Paz, 13 gennaio 1937, AP, Bolivia 1937, busta 4. Citado en Bonan, *La Paz-Roma...*, *ob. cit.*, p. 144.

⁹⁴⁷ Mariani a Grazzi, La Paz, 7 ottobre 1937, AP, Bolivia 1937, busta 4, Prot. 1623. Citado en Bonan, *La Paz-Roma...*, *ob. cit.*, p. 149.

“decididamente comunista”, en medio de una opinión pública “totalmente desprovista de conocimiento sobre el fascismo y engañada por la propaganda antifascista”. Empero, lejos de las lecturas pesimistas, Pallotta consideró que, tras la misión, la comunidad italiana se mostraba más unida –producto de una propaganda activa– atribuyendo al encargado de la legación cierta indiferencia para que los fascistas tengan una sede, lo que terminaba por amortiguar el entusiasmo de los adherentes al fascio, condenándolo a resignarse a la “cháchara”⁹⁴⁸. En un tono exageradamente autojustificadorio, el jefe miliciano llegó a afirmar que la Legión de Ex Combatientes fue creada por los italianos.

Pero aunque en muchos sentidos la misión fue una operación fallida, bajo el gobierno de Toro se dictó el Decreto Supremo del 18 de enero de 1937 que unificó en Carabineros de Bolivia a la policía de seguridad, las comerciales y los regimientos de carabineros⁹⁴⁹. Esa policía tendría un rol decisivo en la Revolución Nacional de 1952 cuando los carabineros quedaron del “lado del pueblo” con armamentos que en muchos casos eran más modernos y eficaces que el de los propios militares⁹⁵⁰.

Pese al fracaso relativo de la misión policial, en 1938 Bolivia recibió otra misión italiana, en este caso militar, conducida por el coronel Massimo Asteriti y compuesta por seis oficiales para fungir como instructores en la Escuela Superior de Guerra. Con un contrato por diez años, los militares comenzaron a dictar cursos en la Escuela Militar de Cochabamba, y en ese periodo se compraron armas de fabricación italiana como metralletas, carros de combate y aviones⁹⁵¹. No obstante, estos intercambios se vieron interrumpidos a comienzos de los años cuarenta con los cambios internos y los redireccionamientos de la política exterior de Bolivia en el *interregnum* liberal que duró hasta 1943 y realineó a Bolivia con la política exterior de Estados Unidos (Bolivia rompió relaciones diplomáticas con Italia en enero de 1942 en adhesión a las decisiones de la Conferencia de Río de Janeiro).

⁹⁴⁸ Bonan, *La Paz-Roma...*, *ob. cit.*, p. 152.

⁹⁴⁹ *Historia de la Policía Nacional*, Tomo II, La Paz, 1990, p. 329.

⁹⁵⁰ Los falangistas Enrique Achá Álvarez y Mario H. Ramos y Ramos –opuestos a la Revolución Nacional de 1952– sostienen en su libro hagiográfico sobre el fundador de Falange Socialista Boliviana, Oscar Únzaga de la Vega, que durante el alzamiento del 9 de abril de 1952 “era ostensiblemente deficiente el sistema de comunicaciones de que disponía el Ejército; sus equipos de radio, teléfonos de campaña etc., no funcionaban [...] Carabineros, en cambio, contaba con vehículos motorizados provistos de modernos radio-telefonos que facilitaban sus comunicaciones y permitíanles desplazarse adecuadamente” (*Únzaga: Mártir de América*, Buenos Aires, Artes Gráficas Moderna, 1960, p. 29).

⁹⁵¹ AS, *Affari Politici, 1931-1945, Bolivia*, legajo 6 y 7, “Aviazione militare e civile” y “Armi e munizioni”, citado en Luigi Guarnieri Calò Carducci, “la emigración italiana...”, *ob. cit.*, p. 97.

La “penetración comunista”... vía México

Ya vimos las susceptibilidades que los vínculos entre el socialismo militar y el cardenismo mexicano generaban entre los italianos y alemanes, pero estos no eran los únicos en creer que si el comunismo representaba un peligro para Bolivia este vendría de acercamientos que se habían ido tejiendo entre La Paz y México (más que desde Moscú) especialmente enfocados en la educación indigenal, pero que incluían algunas otras áreas de cooperación, sobre todo técnica. Tampoco los italianos y alemanes eran los únicos en encender luces amarillas como así vemos en un expediente “muy reservado” titulado “Penetración ideológica de México en Bolivia”, elaborado por la embajada argentina en La Paz para el gobierno del general Justo. Su advertencia, sintéticamente, señala:

Méjico, país que a todas luces está haciendo una política verdaderamente comunista, ha desplegado en esta República [de Bolivia] una actividad muy grande con el fin de cimentar sus doctrinas y hacer activa propaganda entre toda clase de elementos, especialmente trabajadores y jornaleros así como en los indios del Altiplano. Ya el Gobierno de este país en alguna oportunidad llamó la atención del señor Ministro Rosenzweig Díaz, por la forma casi abierta en que hacía trabajo de tal índole, debido a cuya advertencia la prédica aminoró⁹⁵².

El texto refiere, más concretamente, a la ya presentada experiencia de Warisata, y al intercambio de misiones entre ambos países para estudiar la educación indigenal y enriquecerse con el conocimiento mutuo de las políticas desarrolladas en ese terreno. En referencia a la comisión que viajó a México, el reporte informa –y advierte– que “Ya con anticipación [Cárdenas] obtuvo que una delegación de maestros bolivianos fueran a estudiar métodos educacionales, etc. a ese país”⁹⁵³. Esa comisión pudo “desarrollar una gran labor” en virtud de “toda clase de ayuda prestada”. Así, la comisión regresó a

⁹⁵² MREC – Sección División Política, Caja 4255,1939, Exp. 6, p. 2.

⁹⁵³ Participaron del grupo Rafael Reyerros (presidente de la comisión y Oficial Mayor de Asuntos indígenas), Toribio Claure, Max A. Bairon, Leonidas Calvimonte, Carlos Salazar, entre otros. Luego, una comisión mexicana viajó a Bolivia con los mismos fines de intercambio. Esa comisión estaba compuesta de un jefe encargado de organizar y dirigir los trabajos y estudios de antropología, un subjefe encargado de organización e inspección escolar, un maestro especialista en pequeñas industrias rurales, un maestro especialista en Psicometría y dos maestros rurales.

Bolivia “con un caudal de conocimientos que será puesto en práctica dentro del ambiente liberal que se pretende dar a la educación en ésta”⁹⁵⁴.

El escenario era poco auspicioso: “Conversando con un amigo de la Legación – apuntaba el diplomático–, me expresaba [que] ‘no es de extrañar que Bolivia siga este camino dada la desmoralización espiritual y es de lamentar que el señor Presidente, que es un hombre muy bien intencionado, no tenga quien le haga abrir los ojos y recapacitar sobre el momento actual. [...] Me han informado que los planes de enseñanza van a ser modificados y posiblemente sobre bases totalmente materialistas, y más aún, con la intervención de los elementos que han llegado de Méjico, quién sabe adonde se llegará. ‘Ya ve –seguía mi interlocutor– estamos en un trance molesto y casi le puedo asegurar, dado el espíritu que reina en nuestra Universidad, con motivo de la terminación del mandato del actual Rector, [que] no es nada difícil que sea elegido en su lugar el conocido comunista Tristán Marof, y esto da una idea del ambiente social”⁹⁵⁵. Aunque esto último finalmente no ocurrió –y no dejó de ser un corrillo– el testimonio evidencia que los temores sobre un giro “comunista” del régimen provenían de la influencia de México (si los decretos anticomunistas referían a Moscú y a la Tercera Internacional, el cardenismo estaba fuera de sus objetivos). Más bien, desde una perspectiva que veía la situación política como un duelo entre Italia/Alemania y México, el diplomático continúa ilustrando a sus superiores, parte del régimen derechista y represivo del general Justo:

Para dar una idea de la preponderancia que han adquirido las doctrinas e ideales mejicanos, bastará decir que, en franca lucha con la Legación de Italia, logró el Ministro [mexicano] imponerse, y obtuvo la venida de una numerosa delegación encargada para hacer estudios de regadío en Cochabamba. El jefe de ésta fue condecorado con la Gran Cruz del Cóndor de los Andes, máxima distinción que acuerda este gobierno⁹⁵⁶.

Una de las expresiones de esa influencia mexicana era, de manera emblemática, la escuela de Warisata. Para la embajada argentina, el régimen de enseñanza en la escuela ayllu era “esencialmente comunista”, y estaba dirigida por “maestros de diferentes

⁹⁵⁴ *Ibidem*, p. 2-3.

⁹⁵⁵ *Ibidem*, p. 3.

⁹⁵⁶ *Ibidem*, pp. 3-4. Cárdenas también recibió esa condecoración. *Cfr.* el follero *Condecoración del Cóndor de los Andes al C. Presidente de la República Gral. Lázaro Cárdenas. Discursos, Talleres gráficos de la nación*, México, 1938.

nacionalidades”, “existiendo mejicanos, peruanos apristas” y contaba con una “fuerte subvención” del régimen cardenista. Es más: “Puedo informar a V.E. que el Ministro Rosenzweig-Díaz realiza continuos paseos y visitas a esa región”.

Las prevenciones argentinas parecían fundadas en el atractivo que las reformas mexicanas generaban sobre los educadores bolivianos. Una carta de Rafael Reyerros (fecha el 28 de noviembre de 1938 y dirigida al embajador Alfredo Sanjinés) dice que lo observado de la experiencia mexicana por la misión de educadores bolivianos servirá para superar “la dolorosa experiencia de la etapa feudal” que vive Bolivia, promover el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases populares y la liberación económica de Bolivia. La comisión realizó observaciones en los estados de Hidalgo, Michoacán, San Luis de Potosí y Zacatecas. Y a la luz de lo allí visto, Reyerros destaca que la “tendencia francamente socialista” de la escuela Francisco Madero “es digna de tomarse en cuenta”. También indica que durante su larga estadía se produjo “la expropiación del petróleo, la nacionalización de los ferrocarriles, la organización del Partido Revolucionario Mexicano...”, lo cual “nos ha permitido medir de acuerdo a nuestros modestísimos conocimientos el sentido revolucionario mexicano”. Estos intercambios tenían como correlato el plan para organizar el siguiente Congreso Indigenista continental en La Paz, aunque los problemas políticos provocaron que terminara postergado y con una nueva sede: la localidad mexicana de Pátzcuaro.

A modo de síntesis: estas influencias cruzadas –Berlín-Roma-México– resultan útiles para aprehender desde los archivos y no sólo desde las “grandes obras”, el clima político-intelectual de la Bolivia de los años treinta; también nos permiten ver que sus embajadores –especialmente los de México e Italia– fueron figuras muy activas en la vida social y política paceña, y establecieron una suerte de “competencia” por la influencia ideológica, que incluyó misiones, becas y diversos tipos de apoyos a iniciativas locales. Es en este juego de injerencias donde podemos captar con claridad la ambivalencia estructural del socialismo militar boliviano en sus casi cuatro años de ejercicio del poder y explicar, en parte, sus movimientos pendulares entre izquierda y derecha.



BOLIVIA MAY JOIN ANTI-RED BLOC, SAYS PRESIDENT'S BROTHER-IN-LAW

Special to The Japan Times

YOKOHAMA, May 2—"As the first totalitarian state in the Western Hemisphere, it is my belief that Bolivia will in the near future become a member of the Anti-Comintern bloc," stated Kokichi Seito, who arrived here this afternoon on board the N.Y.K. liner Heiyo Maru accompanied by Mrs. Josephina Seito, elder sister of President German Busch of Bolivia.

Although Bolivia is twice as large as Japan with only a population of approximately 3,000,000 persons including 650 Japa-



Mr. and Mrs. Kokichi Seito

nese who are chiefly engaged in business, Mr. Seito believes that Japan's exports to that country could be doubled, if this country would increase its purchases from Bolivia. That country is rich in tin and other mineral deposits which Japan lacks, said Mr. Seito.

"My brother-in-law who is President-Dictator of Bolivia has long been sympathetic and friendly toward Japan," said Mr. Seito. "It was back in 1922 that when Lieutenant-General Busch was still a student that my wife and I were married," he continued. "My brother-in-law after finishing school rose rapidly and finally reached the position of chief of the army general staff. In 1937, he was elected President of the country and then became its dictator."

Mr. and Mrs. Seito expect to spend a year or two in Japan during which time Mr. Seito hopes to meet the Foreign Office officials and leaders of the Japanese industry in order to improve business relations between Bolivia and Japan.

La Asamblea Constituyente de 1938: la escenificación (malograda) de un nuevo orden

Las expectativas de que el régimen de Busch conllevara una restauración del régimen oligárquico duraron poco tiempo. En pocos meses se irá constatando que, luego de un breve paréntesis inicial, el gobierno retomaba la agenda del socialismo de Estado. Luego de haber decidido el cierre de las tiendas estatales de venta de comestibles y restringir los subsidios a los productos de primera necesidad, Busch volvió sobre sus pasos y reabrió esos puntos de abastecimiento. Pero no quedó allí: a mediados de noviembre comenzó un estudio destinado a redactar un ambicioso Código de Trabajo, precursor en la historia boliviana, que aprobó antes de concluir trágicamente su gobierno. Bajo esa vocación refundacional, Busch decidió convocar a la Convención constituyente –cuyo proyecto estaba en marcha desde la era Toro–, que además de redactar una Constitución para adecuar el esqueleto institucional del país al nuevo clima “socialista” serviría para elegir presidente y vicepresidente; es decir para legitimarlo a él en la cabeza del Estado.

Los ex combatientes propusieron que los representantes fueran elegidos “funcionalmente”. La LEC cuantificó esa representación en uno de sus propuestas: cuatro representantes por la minería, tres representantes por el comercio y la industria, dos representantes de la industria petrolera, tres representantes de los profesionales libres de la república, cuatro representantes por las universidades, tres representantes por el profesorado, dos representantes por el periodismo, tres representantes del ejército, cinco representantes por la Legión de Ex Combatientes, cinco representantes de la clase obrera, tres representantes de los agricultores, tres representantes de las asociaciones femeninas, tres representantes de la clase indígena⁹⁵⁷. Pero finalmente, los convencionales fueron elegidos por medio de fuerzas políticas, aunque los sindicalistas y la izquierda lograron organizar el “Bloque obrero”.

La Convención (que actuó como poder constituyente y como Parlamento ordinario) representaba un hecho trascendental para Bolivia: como ha señalado Herbert S. Klein, el cónclave sumó a Bolivia al movimiento del constitucionalismo social tempranamente inaugurado con la Constitución revolucionaria mexicana de 1917, y

⁹⁵⁷ “Proyecto de decreto”, Gran Consejo Nacional de Excombatientes (ALP/LML, 1938, c.11, N° 2).

representó la cristalización del pensamiento de la posguerra del Chaco⁹⁵⁸. La nueva Carta Magna puso fin al constitucionalismo de raíz liberal plasmado en la Constitución de 1880 y las condiciones de ambas asambleas estaban unidas por la guerra. Si aquella convención se había reunido cuando aún se respiraba el olor a pólvora de la humillante guerra del Pacífico, que significó para Bolivia la amputación de su litoral marítimo a manos de Chile, la convención de 1938 discutió una nueva ley fundamental bajo el clima de derrota de la guerra del Chaco, que obligaba a tomar las medidas necesarias para salvar una nación que parecía cada vez más esquiva.

El enfrentamiento entre el gobierno y los partidos tradicionales se profundizó con el destierro de Saavedra y del jefe liberal Carlos Calvo. Esta medida respondía a los pedidos de los ministros “totalitarios” –término que se usaba con contornos no muy claros– y fue apoyada por los socialistas y por el congreso obrero celebrado en Oruro⁹⁵⁹. Los republicanos genuinos decidieron a su turno boicotear las elecciones, lo que le valió a su líder, Demetrio Canelas, el destierro a la isla de Coatí en el lago Titicaca. Y esa posición de abstención fue seguida por los liberales y los republicanos, aunque posteriormente opositores como el propio Saavedra y Alcides Arguedas presentaron sus candidaturas.

Entretanto, aunque la vieja oligarquía no fue despojada de su poder, se abrieron grietas que provocaban inquietud entre los pequeños y tradicionales grupos de poder locales. Así, Arguedas escribía en su diario luego de regresar de un viaje a París: “Muchas casas nuevas; muchos automóviles flamantes. Las casas nuevas son de nuevos ricos; en los automóviles vistosos, gentes que nunca se vio en un salón [...] ¡Pero que feas, qué toscas, que ordinarias estas nuevas caras morenas y cobrizas!”⁹⁶⁰.

Además de estos mestizos que ocupaban nuevos espacios de poder y que tanto desagradaban a Arguedas, el gobierno continuó con la alianza con los sindicatos que había iniciado Toro. No obstante, como en todos los regímenes “bonapartistas” latinoamericanos, el gobierno de Busch tenía desconfianza de la acción independiente del movimiento obrero y de este modo, mientras mantenía el acercamiento con los sindicatos buscaba contener sus actividades en el marco de las fronteras de su proyecto estatista. Pero, en cualquier caso, fue capaz de mantener y consolidar los vínculos con

⁹⁵⁸ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, *ob. cit.*, p. 319. Cfr. también Rossana Barragán, *Asambleas Constituyentes, Ciudadanía y elecciones, convenciones y debates (1825-1971)*, La Paz, Muela del Diablo, 2005.

⁹⁵⁹ Schelchkov, *El laberinto boliviano...*, *ob. cit.*, pp. 122-123.

⁹⁶⁰ Arguedas, *Diario Íntimo*, Tomo 7, p. 178.

los sectores obreros para quienes, pese a los vaivenes, el socialismo militar era una alternativa mejor que cualquier restauración “oligárquica”. En este marco, líderes sindicales de la Central Sindical de Trabajadores de Bolivia (CSTB) fueron nombrados como autoridades locales, a pesar de las protestas de las élites pueblerinas, en su mayor parte conservadoras⁹⁶¹. Era una forma de bregar por la paz social en regiones potencialmente conflictivas y estratégicas para la economía boliviana, dependiente de la producción minera, sin caer en la estatización sindical (sindicalización obligatoria) que se había propuesto Toro, que implicaba demasiados esfuerzos políticos y administrativos para un Estado crónicamente débil como el boliviano⁹⁶².

Pero el gobierno socialista se basaba en el liderazgo personal de Busch, el único capaz de articular, aunque no sin enormes problemas, indecisiones y marchas y contramarchas, a las fuerzas heterogéneas que componían su gobierno. Posiblemente por eso el magnicidio fue una opción para derrocar al “socialismo militar”. Andrey Schelchkov reconstituye el hecho ocurrido el 4 de febrero de 1938. El presidente había ido al cine por la tarde. Durante la proyección se cortó sorpresivamente la electricidad en todo el centro paceño. Busch salió de la sala y caminó hacia el Palacio Quemado por las calles oscuras; era, a fin de cuentas, un joven guerrero que rechazaba guardaespaldas y se valía por sí mismo. Según los informes de la embajada mexicana en La Paz, cerca del Palacio unos desconocidos abrieron fuego contra el mandatario, que a diferencia de sus acompañantes que se dispersaron enfrentó –e hizo desaparecer a sus atacantes– valiéndose de su arma personal⁹⁶³. Acto seguido, continuó caminando hacia su despacho.

Más allá de los detalles, un hecho como ese no desentona con la imagen de temeridad que transmitía el héroe del Chaco. El 17 de enero de 1938, Busch designó al general Carlos Quintanilla como jefe de las FFAA, en reemplazo de Enrique Peñaranda, a quien dentro del oficialismo se acusaba de estar preparando una asonada para reponer a Toro en el poder (Toro nunca dejó de conspirar desde el destierro). Unos meses después, al llegar de Europa, Arguedas reproduce en su diario una anécdota no verificada que circuló entre los corrillos políticos sobre el supuesto intento de golpe de Peñaranda y la forma en que Busch la enfrentó:

⁹⁶¹ Schelchkov, *El laberinto boliviano...*, ob. cit., p. 124.

⁹⁶² *Ibidem*, 124-125.

⁹⁶³ Schelchkov, *El laberinto boliviano...*, ob. cit., p. 125. (en base a Informe de la legación mexicana en Bolivia del 14-2-1938, SER México)

Dicen que el generalísimo Peñaranda era el comprometido para dar el golpe en la última intentona. Busch tomando una pistola le dijo: –Abajo está mi coche. Subimos al Alto, nos batimos y el que salga vivo vuelve al Palacio y se encarga de la presidencia... Peñaranda tuvo miedo y dejó el palacio, corrido... Esto cuentan y no sé si será cierto. Y si lo fuera, lo que sería de admirar sería el modo como Busch entiende las funciones de gobierno. Para él es cosa de hombría y nada más. –Si yo lo mato a usted, yo soy el presidente. Si usted me mata, usted es el presidente... La cosa es simple, fácil, expedita [...] El gobierno de los pueblos no es el producto de la voluntad colectiva ni de la ley. Es únicamente cuestión de suerte o de destreza en el manejo de un revolver⁹⁶⁴.

El propio Arguedas sufriría en carne propia, algunos meses más tarde, estas formas con las que el joven presidente intentaba resolver los problemas y que tanto escandalizaban al autor de *Raza de Bronce*. El presidente volvió a mostrar su “estilo expedito” cuando llamó al Palacio a Arguedas y le espetó una fuerte bofetada a causa de un artículo que el mandatario había considerado ofensivo⁹⁶⁵. Luis Antezana E. la

⁹⁶⁴ Arguedas, *Diario Íntimo, ob. cit.*, Tomo 7, pp. 180-181.

⁹⁶⁵ El 4 de agosto de 1938 el edecán del Presidente se apersonó en la casa de Arguedas y lo condujo hasta el palacio. En su versión (no tenemos una alternativa) el escritor cuenta que al entrar al despacho, el aire que se respiraba era de tensión. Detrás de la mesa central estaba el presidente vestido de uniforme. A su costado estaba “un hombre gordo de vulgar aspecto, moreno y de bigote”. “Hice una leve inclinación de cabeza al entrar y el militar [Busch] me miró fijamente con el ceño fruncido y señalándome las dos o tres sillas que había frente a él al otro lado de la mesa me dijo con voz seca, breve, me ordenó mejor:

-¡Siéntese ahí!

El tono era del amo que ordena a un servidor culpable; el señor que pretende enrostrar una falta al esclavo. La indignación me hizo ser brusco. Tiré de la silla, eché mi abrigo sobre otra y me senté

-¿Usted ha escrito este artículo? –me preguntó tomando *El Diario* que tenía desplegado sobre la mesa

-Sí, señor. Yo he escrito ese artículo.

-Es que yo se cuál es su intención. Usted...

No me recuerdo bien sus palabras y no podría reproducirlas fielmente. Lo solo que me recuerdo es que me reprochó escribir en *El Diario* con el fin perverso y preconcebido de soliviantar la opinión [pública] contra el gobierno.

-¡Es usted un canalla! –me sopló con voz fuerte y mirándome a los ojos.

El insulto bajo y cobarde me sublevó e irguiéndome sobre la silla repuse con vehemencia:

-¡Y usted es....!

Tampoco recuerdo lo que dije ni como lo dije pero debiera ser dura mi frase porque de un salto se puso de pie y con los ojos saltados avanzó hacia mi:

-¿Sabe usted con quién está hablando?

-¡Yo sé a quién le estoy hablando! Y también me puse de pie.

Entonces llegó a mi y con un gesto rápido me cogió por la solapa, me atrajo hacia sí y [me] dio un golpe violento sobre la ceja derecha con la mano cerrada y armada de un enorme anillo de oro. Repitió el golpe sobre el otro lado de la cara.

Brotó la sangre a chorros por la ceja abierta, la nariz y la boca [...] Aquello era tan insólito, tan plebeyo, tan brutal, tan salvaje, tan primitivo que hasta la noción de defensa sentí anularse en mi. Pertenezco ¡ay! a la pobre casta de estudiosos que viven en el aire viciado de las bibliotecas y descuidan cultivar el músculo de los brazos para únicamente alimentar la sustancia del cerebro...

Yo hablaba ahogándome en la sangre que trataba de contener con un pañuelo. Solo recuerdo dos o tres frases que eran respuestas a lo que él decía:

consideró una “bofetada a la antehistoria”⁹⁶⁶: al final de cuentas, el nacionalismo boliviano se construyó contra el “pesimismo arguediano” y su lectura de que no sólo los indios, sino Bolivia entera estaba *enferma*.

Pero más allá del aura presidencial, no existía un partido de masas que sostuviera al gobierno (y con el ejército no se ganan elecciones), de ahí que para enfrentar la dispersión de las fuerzas nacionalistas y de izquierda, el Ministro de Gobierno se propusiera la conformación del Partido Único Antioligárquico, que finalmente fue denominado Frente Único Socialista, compuesto por la CSTB, los ex combatientes de la LEC, los sindicatos ferroviarios, el Frente Popular de Potosí, los restos del nunca afirmado Partido Socialista de Estado, la fracción antipersonalista de los republicanos, encabezada por Gabriel Gosálvez, el Partido Obrero y el flamante Partido Socialista Independiente (PSI) en el que militaban Paz Estenssoro y Montenegro⁹⁶⁷. A la cabeza del FUS fue elegido Armando Campero Arce.

La decisión de la oposición de no participar en las elecciones ayudó a que la izquierda y los nacionalistas ocuparan una proporción de las bancas que no hubieran logrado en una elección regular. En este sentido, el cónclave representaba mejor las necesidades de la “historia”, en el sentido escatológico que le dan los nacionalistas (y los marxistas), que la correlación de fuerzas de esa coyuntura, al menos con el sistema de voto censitario en vigor. Por ello no fue casual que la convención se transformara en

-Esto que ha hecho usted es inicuo. Me hace usted llamar a su casa, a Palacio y usted, joven de 34 años de edad, fuerte, pega a un hombre de 60 y desarmado. Esto le ha de pesar siempre.

-¡Es que ya me pesa! , me interrumpió.

-Todos los días le ha de pesar más y yo ¡no he de olvidar! También Melgarejo [...] hizo asesinar a alguien por ahí, pero... ¡estaba borracho! Usted quiere callar mi pluma y no ha de poder...un solo medio le quedaría: hacerme dar dos tiros con sus soldados.

-¡Lo voy a hacer azotar! –me interrumpió.

-¡Ya lo veremos!”⁹⁶⁵.

Luego Busch lo envió a la enfermería a lavarse “para que no salga a hacer escándalo afuera” y el gobierno emitió una orden prohibiendo comentarios periodísticos sobre el asunto. El 8 de agosto Arguedas escribe: “hoy fue un gran día. Se movieron los estudiantes y universitarios. Vinieron en masa a traerme flores y un mensaje escrito. Vinieron al caer la tarde y sus vociferaciones eran terribles: –¡Abajo el cambia!, ¡Abajo los caudillos bárbaros!, ¡Abajo la casta militar!. Arguedas, “desfigurado” salió al balcón de su casa a agradecerles y posicionarse como un defensor ineludible en defensa de las libertades públicas: las heridas en el rostro del autor de *Pueblo enfermo* eran un ultraje a la nación. Una comisión de ex combatientes de la logia Estrella de Hierro –dirigida por Roberto Bilbao La Vieja– fueron también a manifestarle su adhesión, “una docena de mozos de buenas familias”, al igual que la esposa del ex presidente Toro exiliado en Chile. Radio El Mundo de Buenos Aires transmite la noticia de la agresión contra Arguedas. Los estudiantes, según Arguedas, se fueron de su casa vociferando: “Viva el escritor mártir!, ¡Abajo el Melgarejo de cartón!, ¡Abajo el cambia iletrado!” (Arguedas, *Diario íntimo...*, Tomo 8, p. 217-221).

⁹⁶⁶ Antezana E., *Historia secreta...*, ob. cit., p. 123.

⁹⁶⁷ Cfr. el manifiesto del FUS en Delgado, *100 años de lucha obrera...*, ob. cit., pp. 119-122. Delgado recuerda que muchos sindicatos mineros mantuvieron posiciones “apolíticas” en oposición al pacto que dio origen al FUS. No hay que olvidar el peso del anarcosindicalismo en el movimiento obrero boliviano.

la destinataria de feroces críticas de la derecha prooligárquica y de sus medios de comunicación, que desde los primeros momentos presionaron a favor de su clausura.

Aunque la oposición boicoteó las elecciones, algunos de sus representantes participaron de los comicios. Tal fue el caso de Bautista Saavedra que sostuvo sólo 115 votos en La Paz [sic] donde triunfaron dos figuras peculiares: los curas de izquierda Tomás Chávez Lobatón y Luis Alberto Tapia, quienes aunque no formaban parte del frente oficialista representaban un punto de vista ideológico similar y Tapia estaba vinculado a los ex combatientes.

La decisión de Arguedas frente a los comicios fue de lo más curiosa. De viaje en Francia, decidió presentarse y enviar por correo su manifiesto sin hacer la más mínima campaña electoral y ni siquiera constatar que había sido inscripto. Era, en efecto, una actitud que reflejaba su propia personalidad amargada y depresiva –tal como lo transmiten sus diarios– pero en este caso también puede leerse como una expresión del estado de debilidad de los partidos conservadores. Al concluir su manifiesto, que luego enviaría por correo a La Paz, escribió: “He entregado esta mañana al impresor las cuartillas en que lanzo mi candidatura a la diputación por La Paz... Digo en ese documento lo que debo decir, y sé que no producirá efecto en nadie. Lo hago por pura coquetería y sin la menor esperanza de salir elegido”⁹⁶⁸.

Ciertamente, su manifiesto logró más repercusión en París que en La Paz, gracias a un comentario elogioso de Max Daireaux en la revista *France-Amérique latine*⁹⁶⁹. La candidatura de Arguedas llegó al extremo de que al parecer nadie se enteró de su postulación. Cuando de vuelta en Sudamérica hizo escala con su barco en Lima se encontró con el embajador boliviano Bailón Mercado y le preguntó por las repercusiones de su candidatura, este le respondió que desconocía absolutamente que se hubiera postulado y que los diarios bolivianos ni siquiera lo habían mencionado. “¿Y quiénes fueron los elegidos?” –preguntó el escritor. La respuesta es una buena muestra de la llegada de nuevos rostros a espacios reservados para las élites tradicionales. “Gente desconocida. Primero, dos curas que presentaron, me dicen, su candidatura a última hora, un artesano y algún otro que no [m]e acuerdo”, respondió el diplomático⁹⁷⁰. No obstante, *El Diario* informaba el 11 de marzo de 1938 que “la figura de este sacerdote [Tapia] es bastante conocida en el país”, ya que permaneció tres años en el

⁹⁶⁸ Arguedas, *Diario íntimo...*, Tomo 8, p.131.

⁹⁶⁹ “Candidatura de un escritor”, *France-Amérique latine*, N° 315, marzo de 1938 (tomamos la referencia del *Diario Íntimo* de Arguedas, ya que no pudimos acceder a la publicación original).

⁹⁷⁰ Arguedas, *Diario íntimo...*, Tomo 8, p. 172-173.

Chaco como capellán militar, “recorriendo los diferentes sectores” y posteriormente estuvo cinco meses prisionero “habiendo ayudado a los que cayeron en poder del enemigo”. Como periodista –sigue informando el matutino– Tapia dirige la revista *La Cátedra*, que va por el número 106⁹⁷¹. “Últimamente el P. Tapia hizo un recorrido por los centros mineros y varias ciudades del interior, pronunciando disertaciones patrióticas, sin defender ninguna causa política”. Esta ignorancia reflejaba, evidentemente, la desconexión de parte de la vieja élite con la nueva realidad nacional.

En la lista de los nuevos convencionales aparecen figuras que serán centrales en el periodo siguiente como referentes político-intelectuales del nacionalismo revolucionario. Así, ocuparon bancas en la Convención el experto en finanzas Víctor Paz Estenssoro (llamado con sorna el “Honorable cifras” por su afición a los números), el escritor y periodista nacionalista Augusto Céspedes y el político y periodista Walter Guevara Arze. Pero también había representantes obreros como el ex ministro Waldo Álvarez, Fernando Siñani, Trifonio Delgado, Adolfo Román (h) y Rigoberto Villarroel Claire. Alfredo Arratia y el escritor Carlos Medinaceli también formaron parte del bloque de izquierda.

Desde el comienzo de las sesiones, el bloque obrero y los nacionalistas de izquierda procuraron escenificar las rupturas con lo que era visto como el *ancien régime*. En esta línea, muchos se negaron a realizar el juramento tradicional con un crucifijo y buscaron formulaciones que dejaran en claro el carácter socialista de la Convención, aunque a menudo ese socialismo fuera simple y puro –aunque no inocuo– rechazo al liberalismo. Medinaceli –electo por el Frente Popular de Potosí– juró “por la causa proletaria, por Bolivia y por la humanidad”⁹⁷². Fernando Siñani se explayó más en el asunto: “Comaradas: Así como mi compañero Arratia explicó los motivos porque se aparta en la forma de juramento tradicional, yo también declaro que no juro por las creencias extraterrenales, sino por ideales terrenos, por la verdadera causa del pueblo, por la justicia del proletariado. Manifiesto ante esta convención socialista que casi toda mi vida me he consagrado a luchar por el bienestar de mi clase, de mis compañeros [...] y seguiré como siempre bajo la bandera del socialismo. Por los proletarios de Bolivia y por los obreros de esta convención, juro cumplir lealmente el mandato del pueblo”⁹⁷³. El

⁹⁷¹ “Candidatura del P. Tapia para diputado”, *El Diario*, 11/3/1938, p.6.

⁹⁷² República de Bolivia, *Redactor de la H. Convención Nacional*, La Paz, Universo, 1938, Tomo I, p. 31.

⁹⁷³ *Idem*.

convencional Adolfo Román (h) juró “por Cristo que es el más grande socialista”⁹⁷⁴. Poco después, a la hora de elegir presidente y vicepresidente, Chávez Lobatón –elegido con el voto de los electores de los barrios populares paceños– explicaba: “He venido a ocupar esta banca parlamentaria por mandato del populacho, de esa masa de obreros y es mi deber en este instante cumplir lealmente la representación popular”⁹⁷⁵.

Los convencionales y parte del gobierno otorgaban al cónclave una tarea histórica, más allá de las posibilidades reales de aprobar muchas de las medidas radicales que finalmente chocaron con el ala derecha de la convención, representada sobre todo por los republicanos socialistas antipersonalistas, aliados del gobierno, y con los propios militares. También había un bloque conservador, especialmente compuesto por representantes del oriente Boliviano (Santa Cruz y Beni), donde tenía gran poder la Casa Suárez dedicada a la explotación del caucho y un poder local protoestatal. Y varios socialistas nacionalistas mantuvieron posiciones conservadoras en temas como la ampliación de la ciudadanía.

El ministro de Gobierno César Menacho explicaba así, en un discurso inaugural, la misión de la convención:

La guerra del Chaco ha creado una nueva conciencia colectiva. Nos encontramos justamente en el ángulo histórico desde el cual nos toca mirar hacia atrás, para revisar serena y honradamente el pasado patrio... para rectificar nuestra trayectoria de pueblo y nación. No olvidéis que por el cause ideológico que se abrirá, seguramente la convención nacional de 1938 orientará las generaciones de cincuenta años venideros”⁹⁷⁶.

En este “periodo inquieto de anhelos renovadores” –como se dijo entonces– la tarea del momento era salvar una nación que parecía hacer agua, y la responsabilidad era achacada unánimemente al liberalismo aunado con los barones del estaño, que no había permitido crear una nación sino una “semicolonia”, término que los socialistas nacionalistas y los marxistas van a ir instalando exitosamente en el sentido común popular. Por eso, como apuntó Roberto Jordán Cuellar “la primera obra de la convención debe ser la compactación de la nacionalidad”, “terminar de ‘aunar’ el alma

⁹⁷⁴ *Redactor...*, *ob. cit.*, Tomo I, p. 31.

⁹⁷⁵ *Ibidem*, p. 75.

⁹⁷⁶ *Ibidem*, pp. 3-4.

boliviana”⁹⁷⁷. Para ello era necesario acabar con el individualismo y los intereses egoístas y poner por encima de ellos los máximos intereses nacionales, buscando la armonía social entre el trabajo y el capital (es decir, erradicar la lucha de clases). Para algunos, eso es lo que se había logrado con los regímenes fascista en Italia o nacionalsocialista en Alemania. Como ha señalado Schelchkov, “al analizar el nacionalismo boliviano se hace difícil trazar una línea divisoria clara entre nazismo y pseudosocialismo”⁹⁷⁸.

No obstante, es conveniente matizar este punto. Para ello nos permitimos un pequeño paréntesis. Como el autor citado recuerda, no fueron sólo los partidarios del socialismo militar, sino que las simpatías con el fascismo y el nacionalsocialismo conformaron un clima de época para las derechas antiliberales (y algunos “liberales” también) de América latina, en muchos casos la adhesión era superficial, como tributo a la moda, y en otros más arraigado. El propio Arguedas, militante liberal y hostil a las dictaduras, cayó en el hechizo y mostró posiciones ambivalentes sobre la Alemania nazi y aunque destacó el “peligro de desintelectualización” presente en el nazismo elogió la renovación juvenilista de la nación germana, al tiempo que afirmaba: “con algo de brutalidad [sic] Alemania pretende purificar aun más su raza”. Arguedas, además, recibió el premio Roma, el 27 de abril de 1935, otorgado por el gobierno de Mussolini, por su libro *La danza de las sombras*, escrito a partir de su diario íntimo y donde precisamente elogiaba al nazifascismo y, paralelamente, recuperaba la influencia del regeneracionismo español de Joaquín Costa sobre su pensamiento:

Un libro de autor joven, alemán, y escrito para jóvenes, *La Misión de la Nueva Generación*, de E. Günter Gründel, sin desconocer el peligro de esta nueva tendencia u orientación ‘que es poner en relieve espíritus bien dotados pero a los que no se les ha dado el tiempo de madurar y los ha hecho superficiales y vanos’, señala con magnífico entusiasmo las bellas características de la nueva generación de su país y a las que Alemania se dirige para hallar el camino de su futura grandeza, acaso mayor que ayer. Y ya la enumeración de esas cualidades nos hace ver que se trata de un país conductor, superiormente civilizado, lleno de grandes disciplinas morales, de raza

⁹⁷⁷ *Ibidem*, p. 5.

⁹⁷⁸ Schelchkov, “La influencia de los regímenes totalitarios...”, *ob. cit.*, p. 26.

seleccionada y que hoy, con algo de brutalidad, pretende purificar más todavía, eliminando de su seno a los judíos...⁹⁷⁹.

Para Arguedas “la falla más visible y más peligrosa de esta juventud” es “la desintelectualización que hasta ese grado puede conducir a la perfecta animalización”. Pero esta constatación no le impide al escritor seguir con los elogios, y continuando con Gröndel coincide con él en que “dadas las adquisiciones de la biología moderna” solo gentes estúpidas o de mala fe pueden defender la igualdad. “*Subhombres* llama a esas gentezuelas con pretensiones intelectuales y que excitan las pasiones de las masas gregarias, sin memoria y sin voluntad [...] Estos tipos se hallan por lo general enrolados en las filas del comunismo ruso, que ha recogido mucha morralla en todos los países”⁹⁸⁰. También hay fenómenos similares en Italia, donde el fascismo –nos dice Arguedas– ha traído “una transformación profunda en la mentalidad, hábitos, costumbres e inclinaciones de la raza. La escuela fascista ha logrado “darle a la juventud italiana ‘el sentido colectivo de la vida’ dentro de la comunidad orgánica que se llama Estado, siguiendo así en esto a la tradición romana”⁹⁸¹. Todo lo anterior no le impide a Arguedas elogiar el papel de la juventud en la revolución española –incluyendo medidas de la “revolución republicana” como la igualdad de los sexos, el voto femenino y el divorcio⁹⁸². Incluso la revolución rusa –nos dice el autor de *Raza de bronce*– trajo una cosa buena que no es el comunismo, sino el “orgullo nacional”, la meta de “sobrepasar e igualar a los países capitalistas”, meta en la que está inserta la juventud, “que lleva los ojos puestos en el ejemplo americano y abomina de los tipos que hasta ayer encarnaban el alma popular como *Rudine*, el orador e ideólogo vago de Turgueneff y *Oblomov*, el indolente”⁹⁸³. Finalmente, el último ejemplo es Estados Unidos “con su prodigioso desarrollo material, su riqueza acumulada y la fuerza de su espíritu abierto a todas las corrientes idealistas y generosas constituye el espectáculo más impresionante de la historia moderna”⁹⁸⁴.

⁹⁷⁹ Alcides Arguedas, *La danza de las sombras*, Barcelona, Sobs. de López Robert y Cía. impresores, 1934, p. 365 [Libro cuarto: La terapéutica nacional].

⁹⁸⁰ *Ibidem*, p. 368.

⁹⁸¹ *Ibidem*, pp. 369-370.

⁹⁸² *Ibidem*, p. 373.

⁹⁸³ *Ibidem*, p. 370.

⁹⁸⁴ *Ibidem*, p. 384.

Nos detuvimos en estas opiniones de Arguedas porque en su aparente incoherencia –más que un precursor del fascismo⁹⁸⁵– resume parte del clima de época, que influía en diversos actores, desde nacionalistas hasta liberales.

El ex presidente Saavedra, por su parte, fue atraído por la organización corporativa del Estado, por una “representación parlamentaria basada no sobre cifras mayoritarias sino sobre intereses corporativos, industriales, comerciales, universitarios: municipalidades técnicas y eficientes; función social del ejército”⁹⁸⁶. El programa de 1930 de su partido, el Republicano Socialista, incluía un acápite, “Raza fuerte y sana”, propicia el fomento de la migración para “razas vigorosas y progresivas”, la prohibición de la inmigración de chinos y negros, la prohibición de matrimonios “entre individuos transmisores de herencia degenerativa”⁹⁸⁷. Humberto Palza creía –ya entrados los años cuarenta– que los regímenes como el de Hitler eran capaces de concentrar la voluntad y energía de millones de personas para crear un nuevo ciclo cultural a favor de la grandeza nacional⁹⁸⁸. En 1941, cuando ya nadie dudaba de las atrocidades del nacionalsocialismo, Roberto Hinojosa hizo su propia contribución sobre el tema con un libro de 94 páginas publicado en México y notablemente titulado *El mito del Rhin. Vida pasión y gloria de Adolf Hitler*. El libro es ambiguo, el autor escribe que puede ser leído por los nazis –que encontrarán “los aciertos y las virtudes de su ídolo”– y los antinazis “porque solo conociendo la fuerza moral e intelectual de su enemigo podrá Ud. derrotarlo en su gran lucha social”⁹⁸⁹. Y agrega que “Hitler decorará en adelante ya no las paredes callejeras [como fijador de carteles] sino el escenario del mundo, y lo decorará con llamaradas rojas y con espectros apocalípticos”⁹⁹⁰.

⁹⁸⁵ Marcos Domic, “Alcides Arguedas, precursor del fascismo boliviano”, en Baptista Gumucio, *Alcides Arguedas...*, ob. cit., pp. pp. 241-256.

⁹⁸⁶ E. Gómez, *Bautista Saavedra*, La Paz, 1975, citado en Schelchkov, “La influencia de los regímenes totalitarios...”, ob. cit., p. 37.

⁹⁸⁷ Cornejo, *Programas políticos...*, ob. cit., p. 100.

⁹⁸⁸ “Digan lo que digan los detractores de la Alemania de Hitler, tengo para mi que no habría hecho lo que está haciendo si no hubiese existido en cada alemán como cosa de su propia seguridad y vida, la convicción del ‘Lebensraum’, el espacio vital, que el ‘fuhrer’ tuvo la habilidad de inculcar en el corazón de cada alemán”. En contraposición sostenía: “Bolivia es grande, Bolivia es bella, Bolivia es rica, pero es desconsolador que millones de gentes en el mundo no sepan ni que es grande, ni que es rica ni que es bella”, “Disquisiciones sobre nuestro país”, *Kollasuyo. Revista mensual de estudios bolivianos*, año VII, N° 64, 1946, pp. 302-303 (desconocemos el año exacto en el que Palza escribió el artículo, publicado, como se ve, luego de la derrota del nazismo).

⁹⁸⁹ Roberto Hinojosa, *El mito del Rhin. Vida, pasión y gloria de Adolf Hitler*, Monterrey NL, 1941, pp. 9-10.

⁹⁹⁰ *Ibidem*, p. 23.

Una refundación difícil: el “descubrimiento” del Estado

Volviendo a la Convención Constituyente, quien mejor expresó su espíritu fue el escritor y periodista Augusto Céspedes que en un larguísimo discurso apeló a la mordacidad que lo caracterizaba para provocar a los convencionales, que hacían uso y abuso de la retórica socialista por entonces a la moda. Céspedes formaba parte del periódico *La Calle* que mantenía una posición de apoyo crítico del gobierno, con acercamientos y distanciamientos igualmente pronunciados de acuerdo a las decisiones pendulares del presidente, tironeado por los ministros conservadores y los nacionalistas e izquierdistas. El escritor cochabambino apuntó que “las fallas de esta revolución [socialista] nacieron precisamente de hacer ficción revolucionaria y no revolución efectiva”⁹⁹¹. Apoyándose en Marx y en Ortega y Gasset, señaló que la crisis de Bolivia era un complejo de un conflicto de clases y un conflicto de generaciones. Así, se trata de un enfrentamiento entre la vieja generación colonizada y una nueva generación que quiere fundar la nacionalidad efectiva y libre. Si esa vieja generación es aun dominante en la política, la economía y al fin de cuentas en la sociedad, la nueva –sigue Céspedes– ya es dominante en la literatura. Son los viejos quienes manejan a Bolivia como “un auto llevado por caballos”⁹⁹². Pero el problema, para el periodista socialista nacionalista es que la nueva generación no ha logrado constituir un “sistema de convicción” (Ortega y Gasset), “tiene anhelos y pasiones pero aún no planes ni métodos ni sistemas”⁹⁹³. Además, denunció que los civiles socialistas fueron desplazados primero por Toro y más tarde por Busch a favor de los militares, quedando meramente “como comparsa”. De esa forma, Céspedes habló en nombre de esos “civiles socialistas” desplazados. “A grandes problemas, pequeños ministros. A intereses nacionales, soluciones de camarilla”. Los gritos provenientes de las galerías del Congreso, a los que Céspedes responde tratando a quienes los profieren de “barra de ignorantes”, dejan ver que incluso dentro del bloque oficialista había profundas luchas de poder y visiones encontradas sobre la estrategia a seguir. El discurso de Céspedes anticipa, en cualquier caso, que los cambios radicales efectivos serán difíciles de plasmar en el nuevo texto constitucional.

⁹⁹¹ *Redactor...., ob. cit.*, Tomo I, p. 61.

⁹⁹² *Ibidem*, p.63.

⁹⁹³ *Idem*.

El aspecto más significativo de la elección/ratificación de Busch como presidente es que dado que ningún partido –ni de dentro ni de fuera de la Convención– se animó a hacerle frente y dieron por descontada su victoria, la batalla se concentró en la vicepresidencia. Uno de los postulantes fue Hugo Montes, con apoyo del bloque oriental y de *El Diario* como “prenda de paz y garantía para el país”⁹⁹⁴. Pero el sobrino del caudillo liberal retiró su candidatura luego de una reunión con Busch en la que este señaló que su candidato era Enrique Baldivieso, lo cual también acabó con las esperanzas del entonces embajador en Washington Fernando Guachalla, que se había postulado como candidato⁹⁹⁵.

Finalmente, con apoyo de la LEC, el postulante oficialista fue el socialista Baldivieso, que en ese entonces oficiaba de Canciller. Baldivieso había sido ministro de Siles y de Toro, y mantenía buenos vínculos con parte de la élite. De hecho, Arguedas – que varias veces se encontró para tomar el té con él– escribe elogiosamente en su diario que “Baldivieso es un político joven, activo, inteligente”⁹⁹⁶. Baldivieso se había formado como dirigente universitario y el aprista Manuel Seoane en su ya citado libro *Mirando a Bolivia con el ojo izquierdo*, lo presenta como el líder de la juventud de la post guerra del Chaco. Estaba casado con la hija del banquero Humberto Cuenca, lo que provocaba ácidos comentarios de parte de socialistas nacionalistas como Céspedes⁹⁹⁷.

Arguedas anotó en su diario la versión de la elección del vicepresidente que el suegro de Baldivieso le transmitió al ex presidente Tejada Sorzano, que a su vez se la contó al autor de *La danza de las sombras*. El ministro del interior y uno de los hombres fuertes del régimen, Gabriel Gosálvez, habría resignado su propia postulación debido a su impopularidad. Según Cuenca, este le habría dicho a su yerno: “Oye Enrique [...] he visto que en el país me odian y que no tengo ambiente en las cámaras. Todo lo malo que sucede me lo atribuyen y en cambio se olvidan de lo bueno... como esto es así yo debo eliminarme y como tú tienes amigos hemos pensado que debes ser tú el vicepresidente”⁹⁹⁸.

⁹⁹⁴ “La candidatura del doctor Montes significa prenda de paz y garantías para el país”, *El Diario*, 11 de mayo 1938, p. 6.

⁹⁹⁵ “D. Luis Fernando Guachalla es propiciado como candidato a la vicepresidencia de la nación”, *El Diario*, 30/4/1938.

⁹⁹⁶ Arguedas, *Diario Íntimo*, Tomo 8, p. 83.

⁹⁹⁷ Por ejemplo, Céspedes cuenta que en una ocasión, al ir a buscarlo a su casa junto con Montenegro, Baldivieso los recibió enfundado en un robe de chambre de seda, lo que provocó un malicioso comentario de Montenegro que le susurró al “Chueco” al oído: “¡este hombre se jodió!” (Baptista Gumucio, *Evocación de Augusto Céspedes...*, ob. cit., p. 21).

⁹⁹⁸ Arguedas, *Diario Íntimo...*, Tomo 8, p.181.

En ese contexto, y sin rivales a la vista, Busch obtuvo 108 votos, el viejo caudillo Bautista Saavedra uno, y dos convencionales se abstuvieron, lo que es una buena medida de la falta de alternativas presidenciales que por ese entonces daban un gran poder a Busch. En su discurso de investidura, el héroe del Chaco insistió en que “la magna tarea es reconstruir la nacionalidad” y en que su gobierno promovía la paz política y la justicia social “inspiradas en un solo bolivianismo acrisolado”, haciendo desaparecer los antagonismos de clase: “soldados y ciudadanos, capitalistas y obreros son servidores solidarios y mancomunados de la Nación”, no trastornos sino evoluciones progresivas y equilibradas⁹⁹⁹. Por su parte, Baldivieso reclamó una “paz justa en lo internacional [con Paraguay] y paz de la justicia social en lo interno”¹⁰⁰⁰. Prosiguió señalando que la Convención

tiene el mandato imperativo de un pueblo que, en la angustia de la guerra, en ese trágico sacudimiento, a fuerza de dolor y de heroicidad, ha descubierto las mentiras en que vivía y ahora, busca la verdad y quiere la justicia [...] Es la primera vez que en el Parlamento de Bolivia se presenta un selecto bloque de representantes de la clase trabajadora. Han dejado la fábrica y la mina para compartir las lecciones gubernamentales¹⁰⁰¹.

Busch describió, finalmente, el país que había que cambiar:

un país inmenso con población pequeña, riquísimas regiones de variada producción, sin vinculación alguna con los centros de consumo; régimen agrario primitivo, en el que coexisten el latifundio improductivo, con la comunidad indígena de matiz colectivista; en las ciudades un artesanado de tipo medioeval; un industrialismo incipiente; pequeña minería desarrollándose penosamente ante la gran empresa de capital extranjero; un capitalismo nacional débil y raquítico; y sobre todo este panorama, la constante amenaza del imperialismo económico¹⁰⁰².

La Convención, que combinó su trabajo como Parlamento con la discusión constitucional, decidió reponer la Constitución de 1880, y sobre esa base realizar los cambios estructurales. Hubo largos debates sobre si la reforma debía ser total o parcial.

⁹⁹⁹ *Redactor...*, *ob. cit.*, Tomo I, pp., 82-83.

¹⁰⁰⁰ *Ibidem*, p. 84.

¹⁰⁰¹ *Ibidem*, p. 85.

¹⁰⁰² *Ibidem*, p. 86.

Paz Estenssoro acusó a la comisión que había redactado el preproyecto constitucional de constitución de buscar “agradar a las derechas”¹⁰⁰³. Los “reformistas” argumentaron –en boca del convencional republicano socialista Montellano– que el caso boliviano difería de los de la Rusia bolchevique, la España republicana, la Alemania nazi o el México revolucionario, por lo cual no era necesario un cambio completo de Constitución ya que no hay un cambio fundamental en el régimen democrático. Además sostuvieron que la Comisión Redactora de un nuevo texto constitucional se mantuvo dentro de los límites de la constitución del 80 y que “las incorporaciones que [los izquierdistas llaman] de principio son simples enunciados de carácter lírico y romántico”. Este grupo acusaba a la “izquierda” de tomar artículos de la constitución española que no se adaptaban a la realidad boliviana, por ejemplo respecto a la igualdad entre hijos legítimos y naturales o disposiciones de que la propiedad debe cumplir una función social.

Más allá del desorden de las discusiones, a menudo llenas de retórica, de manera inédita en Bolivia comenzaron a discutirse cuestiones neurálgicas como el sometimiento del país al imperialismo, el inmenso poder de los barones del estaño y la necesidad de que el Estado tuviera un rol activo en la regulación de la economía y en el bienestar de los ciudadanos. Más aún, la convención discutió durante horas que la propiedad debía tener una “función social”, un tema que evidentemente alteraba a la rancia casta de propietarios agrícolas, cuya capacidad productiva no se basaba en la técnica sino en grandes masas de colonos que trabajaban en sus haciendas (e incluso en sus viviendas particulares como *pongos*) para mantener sus propias parcelas. En palabras de Eguino Zaballa, la nueva Constitución debía incorporar lo “que se escapó a la visión de los hombre del ochocientos: el Estado” y “no puede seguir constituyendo el Estado policía o meramente administrador. Tiene que ser Estado regulador por excelencia y propulsor de toda la economía y el progreso nacionales”¹⁰⁰⁴. El convencional Enrique Liendo (de Oruro) retomó a Tristán Marof y planteó la solución de los problemas con la consigna “Minas para el Estado, tierras para el indio, síntesis del socialismo boliviano”. Y había cierto consenso en que el mejor sistema –a la luz del fracaso del liberalismo– era una “democracia funcional” de tipo corporativa. Pero ello no sólo remitía al fascismo. Un ejemplo de ello es el caso del diputado de izquierda Rigoberto Villarroel Claure –electo por La Paz– quien para apoyar su tesis de que “la democracia funcional corrige la

¹⁰⁰³ Redactor..., *ob. cit.*, Tomo II, p. 318.

¹⁰⁰⁴ Redactor..., *ob. cit.*, Tomo II, pp. 311-312.

democracia parlamentaria” citó a los socialdemócratas austriacos Otto Bauer y Max Adler¹⁰⁰⁵.

Esta formulación ponía el acento en uno de los temas más controversiales: la cuestión agraria (no así el llamado “problema indígena”, que recibió mucha menos atención, en gran medida enfocada en la cuestión educativa). Si la propiedad en general debía cumplir una *función social*, ello era un tema mucho más candente en el caso de la tierra, base de sustentación de las clases dominantes bolivianas. Pero por otro lado había un consenso bastante generalizado en que el sistema de hacienda había llevado al estancamiento en la producción agropecuaria. Con tono profesoral, Paz Estenssoro explicó este pasaje hacia las nuevas concepciones reformistas de la propiedad privada:

Desde fines del siglo XIX se va operando una transformación dentro del régimen económico de los pueblos del mundo; la propiedad, que en sí es un hecho económico, también tuvo que experimentar igual transformación, originando una nueva concepción del derecho que la regula. No se considera ya al individuo completamente aislado [...] sino como integrante de ese organismo que se llama sociedad, es decir que se reconoce una especie de interdependencia en la que prima el interés colectivo [...] no se persigue absolutamente el propósito de hacer desaparecer la propiedad privada, no vamos a colectivizarla, pero sí la condicionamos a que llene una función social. [...] no es posible suponer que enormes extensiones de tierra permanezcan incultas sin beneficiar a su propietario ni a la colectividad [...] La necesidad de la parcelación de las grandes extensiones de tierras improductivas, para que llenen precisamente la función a la que me refiero, está reconocida hasta en el tratado del Dr. José Carrasco, que es la Biblia de los liberales. Dice que debe irse a la subdivisión de la propiedad para hacer que rinda utilidades en mayores proporciones a la colectividad y como medio de evitar futuras explosiones sociales¹⁰⁰⁶.

Humberto Montaña (Cochabamba) respondió que “no es posible que reaccionemos en forma tan violenta contra las garantías que ofrece la Constitución a la propiedad privada”. En Bolivia, un país con pequeña población y gran cantidad de tierras, “no se presta el ambiente para un remedo ridículo a los países del viejo continente. La Constitución del 80 está perfectamente adaptada al estado en que nos encontramos”¹⁰⁰⁷.

¹⁰⁰⁵ *Ibidem*, p. 428.

¹⁰⁰⁶ *Ibidem*, pp. 524-525.

¹⁰⁰⁷ *Ibidem*, p. 532.

Un aspecto destacable de la convención es la polémica entre Paz Estenssoro y Walter Guevara Arze a partir de la oposición de este último a la parcelación de los latifundios, posición que era compartida tanto por los nacionalistas como por los marxistas¹⁰⁰⁸. La posición de Guevara era bastante sorprendente ya que en general la propiedad comunitaria de la tierra era considerada desde diferentes perspectivas ideológicas como un elemento anacrónico –un resabio del pasado–, opuesto a la necesidad de progreso técnico en el campo. Para Guevara, no obstante, debía suprimirse la palabra parcelación “porque es clásicamente liberal”¹⁰⁰⁹. Pero como es necesario tender a la reorganización de la gran propiedad con el fin de intensificar la economía agrícola, sin pasar por la etapa de la parcelación del latifundio, debemos suprimir del proyecto la palabra parcelación y decir simplemente: ‘Los latifundios improductivos serán expropiados para su explotación por el campesino agrícola’”. Anticipando los problemas del minifundio, Guevara prosigue que en México la parcelación de la gran propiedad resultó un inconveniente para la producción. Es por eso que “el gobierno mexicano obligó a los ejidatarios a unirse y formar cooperativas agrícolas u organizaciones colectivas para el cultivo con máquinas y en gran escala”¹⁰¹⁰. El convencional cochabambino argumentó:

Al considerar en nuestro país los problemas de la tierra y el indio, no debemos caer en el error de querer implantar la primera etapa de la economía liberal, dando al indio una pequeña propiedad, porque no podrá constituirse en un factor de progreso. Lo que hay que hacer es ir a la organización de la gran producción económica, que felizmente existe en Bolivia y no ha existido en Méjico. En efecto, el régimen comunario indígena, que es anterior a la dominación incásica, se impuso por el medio geográfico, ya que los indígenas disponían de tierras pobres y no aptas para la agricultura, no podían producir ni para sus propias necesidades, entonces implantaron el sistema de comunidades para ir a la gran producción. Es así que el sentido comunitario indígena podemos decir que es biológico en nuestro país. Si tratamos de encarar una reforma agraria en sentido de suprimir el latifundio improductivo, no debemos ir a su parcelación, sino entregarlo íntegro a los indígenas comunarios, no para que produzca como los feudos de hace doscientos años, sino para la producción en gran escala con la cooperación del Gobierno, quien debe tecnificar el trabajo de los

¹⁰⁰⁸ Carmen Soliz, “La modernidad esquiva: debates políticos e intelectuales sobre la reforma agraria en Bolivia (1935-1952)”, *Revista Historia y Cultura*, N° 29, La Paz, diciembre de 2012.

¹⁰⁰⁹ *Redactor...*, *ob. cit.*, Tomo II, *ob. cit.*, p. 533.

¹⁰¹⁰ *Ibidem*, pp. 535-536.

comunarios. Repito que los latifundios improductivos deben ser entregados a los indígenas sin ser pulverizados, para formar la gran empresa agrícola, que es el mejor sistema de producción; de lo contrario, lo único que vamos a conseguir es subdividir las grandes haciendas en parcelas, de donde surgirá el mismo problema de la pequeña propiedad improductiva¹⁰¹¹.

Flores Jiménez llamó a distinguir entre la realidad del Altiplano y la del oriente: el mayor mal del oriente –objetó– no es el latifundismo sino el baldiismo –sobran tierras y faltan hombres¹⁰¹². Paz Estenssoro, uno de los redactores del proyecto en cuestión ironiza que si el mismo era impugnado por Montañó (por derecha) y por Guevara A. (por izquierda) ello revelaba que el proyecto tenía todas las posibilidades de acierto. Respecto a las críticas de Guevara respondió que “es posible que el proyecto que hemos formulado con el H. Balcázar no coincide exactamente con la dialéctica pura de Carlos Marx, pero se ajusta a la tradición, y a la realidad de Bolivia. Nosotros tenemos que ir a la parcelación de tierras para evitar la emigración del campesinado de muchas regiones del país”... para evitar la fragmentación propone la constitución de cooperativas, pero por medio de leyes secundarias. Argumenta que se trata de un proyecto de transición porque “todavía no podemos obrar con un criterio absolutamente socialista¹⁰¹³.

La Convención discutió también la ampliación de la ciudadanía: el 11 de agosto de 1938 comenzaron las sesiones sobre “nacionalidad y ciudadanía”. Paradójicamente, aunque se buscaba ampliar la ciudadanía se propusieron cambios que implicaban una mayor restricción, como haber concluido el ciclo primario para poder votar, o estar sindicalizado para ser ciudadano pleno. Paz Estenssoro rechazó la necesidad de cumplir con la educación primaria exigida en el proyecto de la Comisión *ad hoc* por considerar que ese requisito “no contempla la realidad boliviana” ya que “hay enorme cantidad de personas que saben leer y escribir y que han sido hasta representantes a las municipalidades, sin haber cursado instrucción primaria”¹⁰¹⁴. Por otro lado, continúa el diputado nacionalista, hay enormes territorios del país donde ni siquiera hay escuelas. “Si restringimos [la ciudadanía] en la forma que propone la Comisión *ad hoc* privaremos a esas masas del derecho electoral. [Por el contrario] El socialismo se basa

¹⁰¹¹ *Ibidem*, p. 536.

¹⁰¹² *Ibidem*, p. 538.

¹⁰¹³ *Ibidem*, pp. 540-541.

¹⁰¹⁴ *Redactor..., ob. cit., Tomo III, ob. cit., p. 107.*

en el pueblo sin distinciones, y lo que estamos haciendo, precisamente, es una selección, una élite, al obligar para el ejercicio de la ciudadanía, el requisito de haber vencido los seis años de instrucción primaria. Hay familias proletarias que no pueden mandar a sus hijos a la escuela, porque estos desde temprana edad trabajan para ayudar a sus padres. Al negar la ciudadanía a esos elementos preconizamos un castigo injusto”¹⁰¹⁵. También Paz Estenssoro rechazó el requisito de contar con certificado de trabajo, lo que consideró que representaba una discriminación para los campesinos. Para los defensores, empero, el requisito de la educación primaria contribuiría a hacerla efectivamente obligatoria.

El debate sobre si debía exigirse la sindicalización o el certificado de trabajo como condición para el ejercicio de la ciudadanía generó largas discusiones con defensores y detractores (por ejemplo, Liendo sostuvo que el certificado de trabajo no garantizaba el ejercicio honesto de la ciudadanía, pues los primeros en obtenerlo desde que se estableció el trabajo obligatorio en Bolivia habían sido los “vagos y malentretenidos”; por eso defiende la sindicalización como condición de la ciudadanía). Pero el riesgo de tales propuestas era restringir aún más, en lugar de ampliar, los requisitos para el derecho a la ciudadanía consagrados por la Constitución de 1880¹⁰¹⁶. Nizario Pardo Valle –uno de los más firmes impulsores del sufragio femenino– sumó como argumento contrario a estas disposiciones el caso de figuras destacadas a escala mundial que no pasaron por la escuela, como el catalán Ángel Pestaña, “uno de los más destacados dirigentes del obrerismo español” o el “genio de la electricidad, Tomás Ava Edison [quien] tampoco siguió cursos primarios”, ambos, figuras a los que sería absurdo negar el derecho a la ciudadanía por tal motivo¹⁰¹⁷. Waldo Álvarez apuntó, a su turno, que en caso de que se exigiera el ciclo primario completo él mismo dejaría de ser ciudadano¹⁰¹⁸.

¹⁰¹⁵ *Ibidem*, pp. 107-108.

¹⁰¹⁶ El proyecto de la Comisión *ad hoc* contemplaba: “Para los efectos de los derechos políticos, la ciudadanía se alcanza a los 21 años siendo soltero y 18 siendo casado; ella requiere a) Instrucción primaria, b) carnet de trabajo, c) servicio militar”. Esos derechos incluían a los indios si hubieran egresado de escuelas indígenas, fiscales o particulares y saben leer y escribir o si son maestros.

¹⁰¹⁷ *Ibidem*, p. 111.

¹⁰¹⁸ *Ibidem*, p. 141.

Las mujeres... al hogar

Donde el debate alcanzó más intensidad y dejó en evidencia las aristas conservadoras de la Convención fue cuando un convencional puso en discusión los derechos políticos plenos para las mujeres que no estaban en el proyecto de la comisión *ad hoc*. Rodríguez Vásquez argumentó que dentro de un verdadero socialismo se debe dar a la mujer los mismos derechos que se reconocen al hombre –aunque el ejemplo citado fue Estados Unidos–; otros citaron como ejemplo de las capacidades femeninas a reinas y emperatrices como la reina Victoria de Inglaterra, o las heroínas de la independencia como Juana Azurduy y otras. Eguino Zaballa se mostró a favor del derecho a voto de las mujeres con educación primaria completa y extendió ese derecho a los indios (tema casi no mencionado en el apartado sobre ciudadanía y nación). Para Pardo Valle, por su parte, el problema no era dar el voto a la mujer sino hacerlo de manera adecuada, evitando, por ejemplo, que las mujeres terminen superando numéricamente a los hombres en el padrón electoral. Además sostuvo que no sólo debían incluirse cláusulas respecto a la instrucción sino a la moralidad –tanto para hombres como para mujeres– porque mientras se impide el voto femenino muchos hombres “ignorantes o depravados, que en ningún caso deberían aproximarse a los recintos electorales” están inscriptos como ciudadanos¹⁰¹⁹.

Los opositores articularon argumentos sobre moralidad, familia y capacidades (además de la violencia vigente en el mundo político) para oponerse al sufragio femenino. Desiderio Rivera argumentó que “es más respetable mantener a la mujer en el hogar que lanzarla en nuestras apasionadas luchas políticas”¹⁰²⁰. Felipe Ayala Gamboa refutó, no obstante, que no es posible que un criado tenga mayores derechos que una señorita que ha cursado todos los ciclos de instrucción. Su propuesta era, entonces, exigir a la mujer algo más que al hombre: no sólo haber concluido el ciclo primario sino también el bachillerato¹⁰²¹. Al menos, sostiene, debe ser electora y elegida en el ámbito municipal.

En medio de una discusión apasionada, una de las posiciones más reaccionarias fue la del escritor y ex combatiente Augusto Guzmán, quien sostuvo que concederle a la mujer iguales derechos políticos que al hombre es “absolutamente peligroso para la

¹⁰¹⁹ *Ibidem*, p. 113.

¹⁰²⁰ *Ibidem*, p. 116.

¹⁰²¹ *Ibidem*, p. 117.

institucionalidad del país”. Su argumento está basado en la desigualdad natural entre el hombre y la mujer: “Si nosotros hemos de conceder derechos políticos a la mujer, no haremos más que continuar acentuando esa descentración de la sensibilidad femenina, operada con motivo de la guerra del Chaco”. Para Guzmán, la admisión de mujeres en las funciones públicas era “sencillamente inconstitucional”, sólo fue posible porque los hombres estaban en el campo de batalla. Pero la introducción de la mujer en política tendría, además, serias consecuencias matrimoniales: “Si en la vida conyugal se producen constantemente discordias, ¿qué no ocurriría si llevásemos a la mujer a las luchas partidistas, a la exacerbación de las pasiones políticas? Si tal cosa sucediera, sencillamente habremos conspirado contra la función social de la mujer, la habremos convertido en ser que ha perdido su cualidad natural, para adquirir una personalidad artificial masculinizada”. Para legitimar sus argumentos sostuvo que “Hitler y Mussolini, que son dos grandes estadistas, se declaran categóricamente contra el principio propugnado por algunos señores convencionales”¹⁰²².

Ayala Gamboa –interrumpiendo a Guzmán– le preguntó qué opinaba del trabajo agotador de las mujeres mineras, que “desempeñan las mismas funciones que los hombres” y que, por lo tanto, deben tener los mismos derechos. Guzmán continuó señalando que no era pertinente la acotación y que “la mujer es el consuelo del hombre, a condición de que no se mezcle en las funciones públicas propias del hombre”. El voto femenino, finalizó, no sería otra cosa que asumir “el derrotismo social del elemento masculino”. Al fin de cuentas, frente a cien genios musicales masculinos, por ejemplo, ¿a cuántas mujeres podría nombrar el convencional Ayala Gamboa? Y así... El convencional Eduardo Fajardo respondió con una ironía –entre risas de los diputados–: “No se por qué el H. [honorable] Guzmán tiene miedo a las mujeres. Le aconsejo que se acerque a ellas y verá que son buenas y bondadosas”. Su interpretación, en apoyo de los plenos derechos ciudadanos, era que si las mujeres pagaban impuestos y daban hijos a la patria, no podían ser excluidas, y además –respondiendo a Guzmán– sostuvo que, de entrar a la política, esta se humanizaría en gran medida por el “respeto que nos merece la mujer”¹⁰²³. Otro de los argumentos contra el sufragio femenino –por ejemplo, de Gregorio Balcázar– era que los actos electorales habitualmente derivaban en batallas campales en los alrededores de los recintos electorales –“a bala y garrote”–, situaciones a las cuales no había que exponer a las mujeres. Pero otros sostenían que la

¹⁰²² *Ibidem*, pp. 117-118.

¹⁰²³ *Ibidem*, pp. 121-122.

participación femenina sería un factor de moralización de la política. Para el convencional Lucio Lanza Solares, por ejemplo, la mujer, “por amor propio” no vendería su voto por alcohol como sí lo hacen muchos electores hombres¹⁰²⁴.

En algunos casos, las fórmulas para el acceso de las mujeres a la ciudadanía eran particularmente complejas; así el convencional Facundo Flores Jiménez propuso que “Tendrán derecho político o al voto, las siguientes categorías de mujeres: 1º las que tengan título universitario, 2º las empleadas del Estado, el comercio y las industrias urbanas que se sindicalicen, 3º las viudas que sean madres de familia, 4º las madres de los ex combatientes fallecidos en campaña”¹⁰²⁵. Agustín Landívar Zambrana, por su parte, arguyó que “los derechos políticos de la mujer son contrarios a la civilización, al progreso y al bienestar de los hogares bolivianos”¹⁰²⁶. En opinión del diputado Rufino Saldaña, son las mujeres “que hacen vida de distracción”, más que las madres responsables, las que más reclaman la ciudadanía.

Los discursos prosiguieron con repeticiones de argumentos a favor y en contra del voto femenino. Fue Céspedes quien introdujo, en su intervención, una reivindicación económica de la mujer de pueblo. “El tipo boliviano de la chola es admirable por su fuerza productora y por su sentido de la vida. La chola ha realizado sin teorías la perfecta emancipación sexual y económica de la mujer [...] Participa con autonomía propia del mundo de los hombres e incluso pelea al lado de ellos o contra ellos, a puño y piedra, con un ímpetu totalmente varonil”¹⁰²⁷. La india también cumple una importante función económica. La que no está emancipada, prosigue Céspedes, es la mujer blanca: aunque la mujer de élite boliviana puede imitar a la *flapper* de Estados Unidos, esta es una imitación superficial. He ahí la paradoja: “quien se aproxima más al tipo de la *flapper* es la chola y no la chica elegante”. Entonces si se diera el derecho al voto femenino a las mujeres con las restricciones discutidas en la Convención, se le estaría otorgando a la mujer no emancipada y se lo negaría a la mujer realmente libre. Dicho eso, su conclusión termina escapando al tema e introduciendo la cuestión india, mostrando lo difícil que era una discusión sobre la ampliación de la ciudadanía hacia el conjunto de los sectores entonces excluidos: “Yo creo que previo, más bien, es ocuparnos de procurar que se dé ciudadanía efectiva –no con simples leyes– a los dos millones y medio de hombres que no son ciudadanos: los indios. Si no llenamos eso, es

¹⁰²⁴ *Ibidem*, p. 159.

¹⁰²⁵ *Ibidem*, p. 120.

¹⁰²⁶ *Ibidem*, p. 147.

¹⁰²⁷ *Ibidem*, p. 149.

sólo una actitud grotesca y pedante tratar de igualarnos a Estados Unidos dando voto a la mujer. Y que me disculpen las señoras”¹⁰²⁸.

Desde los *sufragistas*, Villarroel Claire acusó a los opositores al voto femenino de vivir en la Edad media y citó a “un estadista como Lenin” para argumentar que “Cada cocinera debe aprender el arte de gobernar”. En el mismo sentido, sostuvo que la Constitución establece que la soberanía reside en el pueblo y que las mujeres son parte de él; en caso contrario debería asumirse que “Bolivia es una República democrática con privilegio masculino”; el convencional también rechazó el argumento de que el voto femenino le daría más poder a la Iglesia, en virtud de la influencia del clero sobre las mujeres¹⁰²⁹.

Otros, aunque apoyaban el voto femenino lo supeditaban a que las mujeres hubieran completado estudios universitarios o tuvieran una profesión liberal. Finalmente un argumento de peso era que “países como Argentina, Chile y Brasil no se han atrevido a introducir en su legislación esta reforma [el sufragio femenino]”¹⁰³⁰.

Fue Pardo Valle quien dejó en claro que una “Asamblea socialista, o así llamada, mal puede aferrarse a opiniones tan reaccionarias [...] A mi me duele – prosiguió– que en una Convención formada en su mayoría por elementos jóvenes que han venido ansiosos de renovación y justicia social, todavía se hagan valer argumentos cuaternarios que lindan en la ridiculez. El voto que ahora produzcamos será el termómetro que mida el grado de conservadorismo que se agazapa en nuestras conciencias [...] Será, asimismo, un índice de la mentalidad y sensibilidad individuales para abortar cuestiones de Estado que tenemos entre manos”¹⁰³¹. El convencional aplaudió que la mujer se “masculinice” para compensar la evidente “feminización” de los hombres. “El consabido argumento de la impreparación femenina ya no convence a nadie, porque es visible la insinceridad que encierra. Si la humanidad se hubiera detenido siempre ante el obstáculo de su propia impreparación para ir en pos de su mejoramiento, a estas horas nos habríamos encontrado todavía muy cerca de las cavernas”¹⁰³².

Con agudeza, Pardo Valle remarcó que, por un lado, son los parlamentarios católicos los que se oponen al sufragio femenino, y, por el otro, los anticlericales “se

¹⁰²⁸ *Idem*.

¹⁰²⁹ *Ibidem*, pp. 153-155.

¹⁰³⁰ *Ibidem*, p. 164.

¹⁰³¹ *Ibidem*, p. 167.

¹⁰³² *Idem*.

estremecen de temor ante una posible absorción de la mujer ciudadana por parte del clero y la Iglesia”. Lo cual conducía a una segura derrota de los sufragistas, en medio de una participación limitada del ala izquierda en los debates de más de tres días. El convencional Eduardo Fajardo, quien introdujo el tema del voto femenino en los debates, pidió el voto nominal, que fue aceptado, pero ese último recurso no impidió la derrota del proyecto, que fue rechazado por 55 a 31 votos. Mientras Álvarez y Siñani votaron a favor, Paz Estenssoro votó por la negativa y Céspedes no figura en actas (por lo que seguramente no votó).

Otro tema de conflicto fue el reconocimiento de los derechos de los hijos “ilegítimos”, que se aprobó bajo la fórmula “La ley no reconoce desigualdades entre los hijos, todos tienen los mismos derechos”¹⁰³³. Aunque se trataba de una norma ambigua –sin prohibir el registro del estatus de los nacimientos ni provocar alteraciones en el Código Civil respecto de las herencias¹⁰³⁴– la norma generó oposición, también, en el exterior de la Convención. Fueron las mujeres católicas las que salieron a dar su voz. Pero el tema de la igualdad de los hijos fue sólo la gota que rebalsó el vaso, ya que este grupo conservador veía a la propia Convención como un espacio de fermentación del anticlericalismo en el país.

Así, un pronunciamiento elevado a la propia esposa del presidente, Matilde Carmona de Busch, señalaba que “Las damas católicas de la ciudad de La Paz no pueden permanecer indiferentes ante procederes que están causando inquietud colectiva, como el hecho acaecido en el Palacio Legislativo con motivo del juramento de los convencionales, proceder que ha ocasionado profunda indignación en el pueblo católico”. Prosigue: “se dice que la Constitución en proyecto, en forma intemperante y extremista, trata de cancelar la educación católica en el país y desconoce la religión Católica Apostólica y Romana nivelándola con cualquier secta”. Las damas católicas rechazaban también el establecimiento del divorcio absoluto y la igualación de los derechos de los hijos legítimos y no legítimos “incitando con esto al desenfreno y amparando la irresponsabilidad”. La Primera Dama respondió señalando que ella deploró personalmente el “ultraje” a la religión católica ocurrido en la Convención y

¹⁰³³ Redactor..., *ob. cit.*, Tomo IV, *ob. cit.*, p. 315.

¹⁰³⁴ Gotkowitz, *La revolución...*, *ob. cit.*, p. 177.

prometiendo influir en todo lo que pudiera en defensa de “los fueros de la Iglesia Católica”¹⁰³⁵.

Pero un hecho a primera vista anecdótico puso a la Convención en el centro de los ataques de los sectores conservadores: un discurso del convencional José P. Bilbao Llano contra el “expansionismo” de los indios y su psicología –“no se ocupa[n] de cultivar su tierra, únicamente de extender su sayaña”–, produjo una fuerte discusión, en la que varios diputados interrumpieron al “Honorable convencional”. Otro diputado denunció que los pongos aún “duermen como perros en los zaguanes de las casas de los patronos”. Pero Bilbao negó la existencia del pongueaje, presentándolo como cosa del pasado, ante lo cual, de manera sorpresiva, el diputado Caravajal refutó: “El pongo sirve actualmente para todo, hasta de consolador de sus patronas”. La bomba no sólo estalló en la Convención, sus esquiras llegaron a los medios y toda la “sociedad paceña” se sintió agraviada por el orureño. El gamonalismo cerró filas y sus periódicos, con grandes titulares, denunciaron el “agravio” y pidieron la cabeza del diputado obrero, quien debió abandonar el Parlamento... y la ciudad, retornando a sus ocupaciones en Oruro¹⁰³⁶.

Como ha señalado Laura Gotkowitz, el debate sobre la ciudadanía reflejaba una divergencia no sólo acerca de quiénes debían votar, sino que los convencionales pensaban que la ciudadanía significaba –y debía significar– cosas diferentes para diferentes grupos de personas. Para los hombres significaba saber leer y escribir; para las mujeres de la élite contar con experiencia profesional y moral elevada; para las mujeres del pueblo, trabajo duro y contribución a la economía nacional; para los indígenas “rehabilitación”¹⁰³⁷. Por eso, aunque se eliminaron los requisitos de ingresos económicos, los parlamentarios se enredaron en larguísimos e intrincados debates que impidieron una incorporación ciudadana de todos los bolivianos y bolivianas, lo que recién ocurriría tras la revolución nacional de 1952, cuando el partido de gobierno –el Movimiento Nacionalista Revolucionario– requeriría del apoyo de esos grupos “sin formación” para consolidarse en el poder con la legitimidad del voto popular.

¹⁰³⁵ “Las damas católicas se dirigieron a la esposa del Presidente de la República, acerca del ateísmo de los convencionales”, *El Diario*, 2/6/1938, p.6.

¹⁰³⁶ Delgado, *100 años de lucha obrera...*, *ob. cit.*, pp. 128-133.

¹⁰³⁷ Gotkowitz, *La revolución...*, *ob. cit.*, p. 174.

Busch en la encrucijada

La oposición derechista a la Convención fue *in crescendo*. Ya durante las sesiones del cónclave la opinión pública conservadora, acicateada por *El Diario* –que la Convención intentó cerrar–, comenzó a presionar para que el presidente la clausurara. Y la historia que sigue estará marcada por los virajes del presidente, entre posiciones conservadoras (nombramiento de figuras de la élite en cargos claves, como Santiago Schulze en Finanzas, y poco entusiasmo por las reformas de la Convención) y renovados giros nacionalistas que hacían revivir el entusiasmo de los editores de *La Calle* y la izquierda que aún apoyaba al régimen.

Los partidos tradicionales buscaban también un nuevo soplo de vida agrupándose todos ellos en la Concordancia para las futuras elecciones que Busch había prometido¹⁰³⁸. Sin embargo, como bien señala Klein, el hecho de que el Partido Liberal pusiera a su cabeza a Alcides Arguedas –carente de habilidades políticas y hombre de “otra época”– dejaba ver los límites dentro de los cuales actuaban los “viejos” partidos¹⁰³⁹.

Pero los vaivenes de Busch no eran gratuitos, y el propio mandatario se encontró enredado en sus propias (in)decisiones, y con un apoyo civil debilitado, especialmente luego de la renuncia del ministro sin cartera Gosálvez, figura clave de su gobierno. Fue en ese marco que Busch tomó una decisión trascendental: declararse dictador, con la convicción de que esa empresa bonapartista podría finalmente ser más adecuada para acabar con la anarquía reinante y moralizar al país. Así, el 24 de abril de 1938, el presidente lanzó un manifiesto a la nación en el que volvía a ser el guerrero del Chaco que no escatimaba esfuerzos para sacar a flote al país. La sorpresiva medida era, además, una evidencia de su propia decepción sobre el comportamiento de los actores políticos y sociales, decepción que a la postre lo llevará a tomar medidas más drásticas aún. Entre sus disconformidades señala que

a la libertad de prensa se ha impuesto el libertinaje con un desborde violento de la diatriba que es una negación del grado de cultura a que ha llegado la república; a la acción patriótica y verdaderamente cívica de los partidos de oposición, ha sucedido una fermentación subversiva y demagógica que envenena el ambiente nacional [...]

¹⁰³⁸ “Queremos la ‘civilización’ del país, dice Alcides Arguedas”, *El Diario*, 12/3/1939, p. 7.

¹⁰³⁹ Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, ob. cit., p. 355.

Con la misma fe, con el mismo espíritu de sacrificio con que defendí a Bolivia en los campos de batalla, ofrendando mi vida a cada instante y en todo momento, quiero emprender una nueva campaña que salve a esta patria que se desmorona. A partir de hoy inicio un gobierno enérgico y de disciplina, convencido de que éste es el único camino que permitirá la vigorización de la república, en lo interno y en lo internacional. El país necesita orden, trabajo y moral para cumplir su destino¹⁰⁴⁰.

La dictadura representó un giro nacionalista que pareció definir finalmente un rumbo preciso; el joven socialista nacionalista Fernando Pou Mont asumió el rumbo económico. Entre las medidas emblemáticas de esta etapa sobresalen dos: la aprobación del Código de Trabajo –que fue un verdadero pivote en el que se basó la legislación del trabajo posterior– y, en junio de 1939, la firma del decreto que obligaba a los grandes mineros de entregar el 100% de las divisas al Estado. *El Diario* informó que “al conocerse en el público el texto del decreto se produjo un sentimiento de sensación, formándose inmediatamente corrillos en las calles y en las oficinas para comentar animadamente los alcances de la resolución gubernativa”¹⁰⁴¹. Esta era una medida verdaderamente revolucionaria para Bolivia, que replanteaba la relación del Estado con sus recursos naturales en línea con la Convención del 38, y como tal, se especificó en la norma que se consideraría traición a la patria cualquier boicot empresarial. “Si ellos nos llaman revolucionarios por esta acción esencialmente moderada que significa sólo el tomar las ventajas más necesarias para los ciudadanos de la nación, de los ricos recursos de este país, entonces complacidos aceptamos el epíteto” –argumentó el “dictador” que mantuvo vigente la Constitución recién aprobada¹⁰⁴². Los ex combatientes, la izquierda nacionalista y los sectores obreros parecieron recuperar el entusiasmo. El “alma nacional” se imbuía otra vez de la emoción necesaria para avanzar en la construcción de un nuevo orden. Busch apeló a una fórmula común al nuevo nacionalismo continental: si los patriotas del siglo XIX legaron la independencia política, tocaba ahora conseguir la independencia económica.

El presidente estaba dispuesto a aplicar con mano de hierro esa disposición que implicaba de hecho la pena de muerte para quienes se negaran a cumplirla –para eso se había declarado dictador. Uno entre quienes quisieron burlar el decreto fue el magnate

¹⁰⁴⁰ Citado en Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, ob. cit., pp. 360-362. El texto completo puede encontrarse en *El Diario*, 25/4/1939, pp. 6-9.

¹⁰⁴¹ “Causó sensación en el país el Decreto gubernativo sobre divisas y B. Minero”, *El Diario*, 10/6/1939, p. 7.

¹⁰⁴² Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional...*, ob. cit., p. 366.

minero Mauricio Hochschild. La respuesta no se hizo esperar, Busch ordenó su detención y en una reunión de gabinete propuso su inmediato fusilamiento. Pero los ministros, que al comienzo apoyaron la medida, luego se echaron atrás por temor a las consecuencias, y a ellos se sumaron legaciones extranjeras como la argentina, ya que el barón del estaño tenía nacionalidad de ese país vecino, que pidieron a Busch retroceder sobre sus pasos¹⁰⁴³. Con todo, las ambigüedades seguían: mientras nombraba a los nacionalistas Paz Estenssoro y Guevara Arze al frente del nacionalizado Banco Minero, varios “tradicionales” ocupaban puestos claves del gobierno. El presidente no encontraba la ruta por la que debía transitar la refundación nacional y la salvación de Bolivia.

Pero a partir de un momento, los acontecimientos pasan al terreno de la psicología personal: en medio de la maraña del poder, el joven héroe de la guerra del Chaco, que había llegado a la presidencia a los 33 años y ahora tenía 35, parecía abatido por las críticas y por sus propias dudas. Uno de los ataques que lo torturaban era una serie de anónimos distribuida en Cochabamba. En algunos párrafos se decía: “Militar joven: La Patria está en peligro de anarquizarse. El actual gobernante no sabe dónde está parado; lo rodean hombres de mala fe a quienes por su ignorancia y falta de carácter no puede controlar [...] ¿Qué cosa es pues, señor militar? Toda una merienda de negros ridícula en desprestigio aciago de nuestra nacionalidad. Una danza de títeres en que el muñeco más inocente hace de presidente, manejado por muchas cuerdas al mismo tiempo y que siempre lo hacen brincar en falso.”¹⁰⁴⁴.

El 23 de agosto es el día del cumpleaños el coronel Eliodoro Carmona, hermano político del presidente y jefe de la casa militar, a quien Busch llama cariñosamente “la suegrita” por el cuidadoso control al que lo tiene sometido. El presidente está muy afectado por una dolencia de muelas. No obstante, después de la fiesta sube a su despacho particular a firmar papeles y conversa con Carmona y el mayor Ricardo Goitia. En medio de una charla cada vez más sombría, que incluye el tema de los anónimos, Busch saca sorpresivamente su colt calibre 32 y a las cinco y media de la

¹⁰⁴³ Judío alemán, Moritz Hochschild (Don Mauricio, en Bolivia) había obtenido la ciudadanía argentina. El 5 de julio el diplomático Aráoz informa que se reunió con Busch, quien se encontraba “muy excitado y decidido a aplicar sanción extrema”, pero que el presidente dijo que tendría en cuenta “la gestión amistosa” a favor del magnate minero.

¹⁰⁴⁴ Moisés Alcazar, “La muerte de Germán Busch”, *Última Hora*, 2/5/1986. Versión *on line* consultada el 10/12/2013, disponible en <http://www.andesacd.org/wp-content/uploads/2011/12/La-Muerte-de-Germ%C3%A1n-Busch.pdf>

madrugada se pega un tiro en la sien, sin que sus compañeros de habitación lleguen a quitarle el arma. En algunas horas estaba muerto.

Sin partido y sin sucesores, esta decisión personal fue el fin de una experiencia política, de un verdadero experimento estatal. Los militares le dijeron a Baldivieso –quién debía sucederlo– que “los dictadores no tienen vicepresidente”. Y el general Quintanilla se hizo cargo del poder, en un nuevo ciclo de “resurgimiento oligárquico”. No obstante, el país ya no era el mismo, como se verá con los estallidos revolucionarios de las siguientes dos décadas y con la construcción de partidos reformistas más sólidos, cuyos dirigentes adquirieron experiencia en el manejo del Estado bajo la capa protectora del ambivalente socialismo militar. Los años treinta terminaron dando a luz a grandes fuerzas políticas de masas. El magma antiliberal –que en este periodo no pasaba de sedimentar en pequeños e inestables grupos– se encauzó hacia fines de la década y principios de la siguiente en cuatro grandes identidades políticas: el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), el Partido Obrero Revolucionario (refundado), el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR) y Falange Socialista Boliviana (FSB). La repetición del término “revolucionario” no es mera casualidad. Todos ellos apostaron a refundar el país sobre nuevas bases.

La emergencia de un marxismo de masas

A su regreso a La Paz en 1938, Aguirre Gainsborg retomó el proyecto de construir el POR junto a Marof. Ya lejos del entrismo en organizaciones socialistas nacionalistas, Aguirre se planteó poner en pie un partido socialista de clase. No obstante, los choques con Marof no tardaron en emerger: mientras Aguirre promovía una fuerza de tipo bolchevique, Marof bregaba por un partido de izquierda popular, con fronteras más amplias, aunque también de vanguardia y con una disciplina férrea. Y en ese contexto el cisma no tardó en llegar: Aguirre se quedó con un pequeño grupo que conservó la sigla del POR mientras el autor de *La justicia del Inca*, junto a Eduardo Arze Loureiro, Valencia Vega y otros fundaron el Partido Socialista Obrero de Bolivia (PSOB), más numeroso pero de corta vida. Entretanto, Renato Riverín intentó formar en Santa Cruz

una Unión Democrática Socialista liderada por Gosálvez¹⁰⁴⁵. E incluso José Tamayo buscó resucitar su propio Partido Socialista¹⁰⁴⁶.

Pero una de las apuestas más importantes del periodo correspondió a Arze, a iniciativa de quien, días después de instaurada la dictadura de Busch, se organizaba en Chile –donde seguía desterrado– el Frente de Izquierda Boliviano (FIB). A su vez, un *petit comité* de representantes de los núcleos de izquierda, reunido en Cochabamba en junio de 1939, acordó establecer un Comité Organizador del Congreso Nacional de Izquierdas, con sede en Oruro, con la finalidad de poner en pie el Partido o Frente Único que agrupara a las fuerzas dispersas. En una carta al nuevo presidente, Carlos Quintanilla, el FIB exigió una “amplísima amnistía” para todos los procesados por razones políticas y garantías para la realización del congreso de la izquierda, cuestión que fue aceptada por el gobierno junto a la convocatoria para elecciones presidenciales y parlamentarias para marzo de 1940 en base a la Constitución de 1938. Desde Santiago, el FIB hizo un “vehemente llamado a las clases obreras, indígenas y medias para hacerse representar en esa gran Asamblea, que puede y debe marcar la iniciación de un movimiento verdaderamente histórico de la auténtica Izquierda Boliviana”¹⁰⁴⁷. Poco después de la muerte de Busch, el FIB publicó un libro en Chile donde definió su programa, sostenido en una “base filosófica marxista”, pero sin alineamiento a ninguna internacional. Empero, se propone una Internacional de Partidos de Izquierda del Continente Americano, destinada a “reforzar los lazos de solidaridad de los Estados semicoloniales y semidependientes de América Latina, en conexión con las tareas del Proletariado Norteamericano”¹⁰⁴⁸.

El documento del FIB se delimitaba del socialismo militar. El nuevo partido no podía dejar de rechazar la “falsificación socialista” operada en la postguerra del Chaco. En ese sentido, buscaba una definición doctrinaria más precisa y sostenía que el verdadero socialismo debía fundarse en el materialismo histórico; es decir, se trataba, ya

¹⁰⁴⁵ “El presidente de la Convención está organizando un nuevo partido del cual será Jefe el sr. Gabriel Gosálvez”, *El Diario*, 12/2/1939, p. 7; “No están unificados aún quienes formarán el Partido ‘Social demócrata’”, *El Diario*, 9/4/1939, p. 7.

¹⁰⁴⁶ “Está ya organizado el directorio del Partido Socialista”, *El Diario*, 23/4/1939, p. 7.

¹⁰⁴⁷ Frente de Izquierdas Bolivianos, “¡Hacia la unidad...”, *ob. cit.*

¹⁰⁴⁸ “El FIB no desconoce la importancia de la solidaridad proletaria internacional, pero cree que, en las actuales circunstancias de la política mundial, es de toda conveniencia organizar en Bolivia un Partido Socialista-marxista con plena autonomía nacional. Por eso el artículo 5° del Proyecto de Estatuto Orgánico propuesto por el F.I.B dice: ‘El Partido no está afiliado a ninguna Internacional Política, aunque mantiene una actitud de simpatía y solidaridad hacia todas las manifestaciones de izquierda y antifascistas del mundo. El Partido declara su plena independencia nacional para fijar su Programa, estructurar sus organismos y elegir sus tácticas de lucha’ (*ibidem*, p. 15).

de un “socialismo marxista aplicado a las condiciones sociales de países semicoloniales y semif feudales como Bolivia [que] ni es cerradamente ‘proletario’ ni es ‘antinacional’ como se empeñan en presentarlo los que lo desconocen o lo calumnian de mala fe”¹⁰⁴⁹. La tarea del momento era, pues, cumplir la revolución democrático-burguesa, “que tendrá un carácter básicamente anti-imperialista y agrario”¹⁰⁵⁰. Una de las tareas fundamentales era la incorporación de “nuestros dos millones de indios a la vida civilizada”. Además se proponía la abolición del voto calificado, para garantizar una “amplia participación de indios, obreros y clases medias en la organización del Estado, ya en función de electores, ya en la de elegidos”. Y un Parlamento sindical, “que sea la expresión orgánica y técnica de las fuerzas trabajadoras y productoras de la nación” (en efecto, en una de sus propuestas de estatutos, Arze había bautizado al nuevo partido a formarse como Sindical-socialista ante la dificultad de llamarlo comunista¹⁰⁵¹), y finalmente, propiciaba el reemplazo del presidente unipersonal por un Ejecutivo sindical pluripersonal, compuesto por Consejos Técnicos surgidos de la organización sindical de la nación.

Notablemente, el nuevo partido, pese a su alineamiento ideológico con la URSS, se proponía así mismo como la materialización de un “bloque de las clases campesina, obrera y media, de un Partido que tenga plena soberanía nacional para estructurar sus organismos y adoptar sus tácticas de lucha”¹⁰⁵². Esas tácticas buscaban separarse de las conspiraciones cívico-militares, y apostaban al juego electoral como modo de “ilustrar al pueblo sobre las realidades sociales de nuestro país”¹⁰⁵³.

En su balance de la etapa, el FIB apuntaba que Toro, en consorcio con algunos dirigentes del que fuera el Partido Nacionalista (silista), aprovechó el estado de descomposición social provocado por la guerra del Chaco y asumió el poder el 17 de mayo de 1936. Pero aunque logró granjearse el apoyo de las masas con su propuesta socialista, a la postre su “socialismo” no era sino la máscara de “intenciones prefascistas”¹⁰⁵⁴. Aunque la Standard Oil fue expropiada, en su lugar “ganaron posiciones los intereses petroleros anglo-argentinos”. “¡Y esta caricatura de socialismo

¹⁰⁴⁹ *Ibidem*, p. 11.

¹⁰⁵⁰ *Ibidem*, p. 38.

¹⁰⁵¹ Programa del Partido Sindical-Socialista (Archivo personal de José Antonio Arze en custodia de José Roberto Arze).

¹⁰⁵² “¡Hacia la unidad...”, *ob. cit.*, p. 11.

¹⁰⁵³ “No pretendemos ser una secta prendida a fórmulas de un ‘infantilismo de izquierda’ que propugnen la subversión del actual orden de cosas mediante conspiraciones de comités o connivencias con conspiraciones de cuartel” (*Idem*).

¹⁰⁵⁴ *Ibidem*, p. 7.

pudo camppear así durante varios meses en la postguerra, ante la indiferencia cada vez mayor de las masas verdaderamente explotadas y la burlona sonrisa de las derechas que veían en esta falsificación un excelente motivo para aguzar sus flechas contra la doctrina misma del Socialismo!”¹⁰⁵⁵. Esa “comedia pseudosocialista” continuó pese a la “rectificación” de Busch: la Constituyente del 38 se reunió “bajo el propósito demagógico de llevar al Parlamento dirigentes domesticados de las organizaciones de izquierda” y, aunque la Convención votó una Constitución avanzada en no pocos aspectos, estuvo “huérfana del apoyo de la moral de las masas”¹⁰⁵⁶.

El largo manifiesto del FIB señala también que los “partidos pretendidamente ‘izquierdistas’” han rehusado siempre a llamarse marxistas “invocando el argumento de que el socialismo en Bolivia debe ser una elaboración esencialmente boliviana, sin contacto con doctrinas ‘extranjerizantes’. Pero “algunas medidas de este curioso pseudo-socialismo como el que pretendía implantar el coronel Toro –continúa el documento– sólo han servido para encubrir la subsistencia de las posiciones de los imperialismos y de la feudal-burguesía en el país, determinando por desgracia, una corriente de confusionismo entre ciertos sectores sanamente inspirados de las masas”¹⁰⁵⁷. “Después de tres años de falsificación izquierdizante, en las que se han visto brotar como hongos a las más pintorescas facciones ‘socialistas’, urge restaurar los fueros del verdadero, del único Socialismo, el Socialismo basado en las doctrinas de Marx y Engels”¹⁰⁵⁸. El FIB, en sus propias palabras, se propone aplicar el marxismo al estudio de la realidad boliviana, aunque sin incurrir “en la desviación pseudomarxista que considera, por ejemplo, la existencia de una Realidad Indoamericana donde dejarían de ser válidas ciertas fórmulas universales del Marxismo”¹⁰⁵⁹. No obstante, el partido de Arze “señala enfáticamente la necesidad de estudiar marxísticamente [sic] las peculiaridades sociológicas de la nación boliviana”. Finalmente los futuros *piristas* concluyen: “¡Hacia la aprobación de un programa de principios que restaure la pureza del socialismo marxista y que interprete al mismo tiempo la realidad nacional! ¡Hacia una organización que garantice la autonomía nacional del partido y su acción férreamente disciplinada para construir un poderoso e incontrastable movimiento de masas! ¡Hacia el primer congreso de izquierdas de Oruro!”. El hecho de que el

¹⁰⁵⁵ *Ibidem*, pp. 8-9.

¹⁰⁵⁶ *Ibidem*, p. 8.

¹⁰⁵⁷ *Ibidem*, p. 16.

¹⁰⁵⁸ *Ibidem*, p. 15.

¹⁰⁵⁹ *Ibidem*, p. 19.

programa ocupara 133 páginas a las que se sumaba una amplísima bibliografía de consulta, además de dejar en evidencia al “profesor Arze”, mostraba un salto cualitativo en los programas partidarios de la izquierda¹⁰⁶⁰.

Finalmente, en mayo de 1940 se reunió el Congreso de la Izquierda en Oruro, al que fue invitado el líder socialista Marmaduke Grove. El militar chileno había sido presidente en la fugaz República socialista de 1932 y era uno de los líderes del Frente Popular, que agrupaba a la izquierda y a varias organizaciones sociales, incluyendo a la Confederación de Trabajadores, y se había hecho con la victoria electoral en 1938.

El clima interno en Bolivia era de tensión debido a las amenazas de la Falange Socialista Boliviana (FSB), fundada en Chile en 1937 por el joven estudiante de agronomía Oscar Únzaga de la Vega, junto a otros universitarios bolivianos: inicialmente inspirada en la Democracia Cristiana chilena, FSB devino rápidamente un grupo mesiánico y radicalmente anticomunista, con incidencia entre los jóvenes universitarios y, tras la Revolución de 1952, se transformó en un reducto anti-MNR¹⁰⁶¹.

Los falangistas no tardaron en pasar a la acción y las huestes anticomunistas contaron, además, con la simpatía de parte de la policía en su plan para atacar a la convención izquierdista. En una declaración titulada “Los sucesos de Oruro. Una jornada en defensa de la bolivianidad”, FSB refiere al congreso de izquierda como un hecho “repudiable a la conciencia nacionalista”: “miles de bolivianos humildes habían muerto en el Chaco y ahora los sin Patria, comandados por un desertor [Arze], volvían a esterilizar el sacrificio de esos bolivianos”. La meta declarada era evitar que Bolivia entregara su destino a “judíos y marxistas”¹⁰⁶². Para estos jóvenes, la invitación a Grove

¹⁰⁶⁰ Entre los textos que recomienda consultar encontramos, además de obras de Marx y Engels en varios idiomas, a autores como Plejánov, Max Beer (*Historia general del socialismo y de las luchas sociales*), Strachey, M. Prénant, Macdonald Ramsay, Harold Lasky, Schaeffle, Mariátegui, D. Riazanov. Notablemente, para un partido filoestalinista, se incluye además de Lenin y Stalin (*Cuestiones del leninismo*), tres obras de León Trotsky: *La revolución de octubre*, *Mi vida* y *La revolución traicionada*. Tampoco Arze olvidó mencionar *La mujer nueva y la moral sexual* de Alejandra Kollontay y *Libertad sexual de las mujeres*, de Julio R. Barcos. Incluyó también *A dónde va Indoamérica*, de Haya de la Torre, *El nuevo indio*, de Uriel García, y *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de J.C. Mariátegui, entre muchos otros. Entre las “revistas y diarios” se mencionan *Correspondencia Internacional*, *Le Journal de Moscú*, *Futuro* (censuario de la Universidad Obrera de México), *Rumbo* (mensuario del PC chileno), *Orientación* (revista del mismo partido), *Trinchera* (revista aprista editada en México), *Claridad* (revista editada en Buenos Aires), *Clave* (revista trotskista mexicana), y *Kollasuyo* (revista mensual paceña).

¹⁰⁶¹ “Manifiesto de la ‘Falange Socialista Boliviana’ a la nación” (29/4/1939) (Archivo personal de José Antonio Arze en custodia de José Roberto Arze); “Manifiesto de la Falange Socialista Boliviana”, Célula segunda, Cochabamba, agosto de 1939; Ricardo Sanjinés Ávila, *Únzaga. La voz de los inocentes*, Tomo I, La Paz, edición del autor, 2013, pp. 73-95.

¹⁰⁶² “Los sucesos de Oruro. Una jornada en defensa de la bolivianidad”, Oruro, 16/7/1940, firmado por Oscar Únzaga de la Vega y Carlos Puente, respectivamente dirigentes de Falange Socialista Boliviana, Acción Nacionalista Boliviana (poco después, ambos grupos se fusionaron).

no era más que la prueba de la “traición” comunista frente a los chilenos, ante cuya afrenta era necesario poner el cuerpo. Si no pudieron hacerlo en el Chaco, debido a su corta edad, lo harían ahora frente a los *antipatrias*. La céntrica plaza 10 de febrero y la universidad fueron, entonces, sede de violentas refriegas entre falangistas e izquierdistas. Los falangistas atacaron a tiros las instalaciones del Teatro Municipal, donde se desarrollaba la sesión de apertura del congreso, con unos ciento veinte delegados, provocando el fin de las sesiones... y la detención de los dirigentes “comunistas”¹⁰⁶³. No obstante lo cual, se llegó a cumplir con el objetivo del cónclave: la fundación del Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), que tendrá una amplia influencia entre campesinos y obreros en la década siguiente. La popularidad de Arze a comienzos de los años cuarenta era tal que, aún con el voto censitario, consiguió un sorpresivo segundo lugar en las elecciones presidenciales con 10.000 votos frente al general Enrique Peñaranda, que contaba con el apoyo de los partidos tradicionales agrupados en la Concordancia.

Sin embargo, la participación del PIR en la “revolución” del 21 de julio de 1946, que acabó con la vida de Villarroel¹⁰⁶⁴ y en el gabinete posterior de la “unidad nacional” (con la “rosca minera-feudal”) contribuyó al desprestigio del partido, de cuya juventud surgió la escisión que en 1950 dio lugar al Partido Comunista de Bolivia (PCB), finalmente afiliado al Kominform (sucesor del Comintern tras su disolución por Stalin)¹⁰⁶⁵.

¹⁰⁶³ Juzgado de Instrucción en lo Penal de Oruro, 26/7/1940, declaración de José Antonio Arze y otros. Una lista de los “antecedentes comunistas funestos” de Arze puede encontrarse en “Informe reservado de uno de los agentes del Servicio secreto del Estado Mayor General del Ejército”, La Paz, 13/8/1940 (Archivo personal de José Antonio Arze en custodia de José Roberto Arze). Los estatutos de la CROP fueron usados tanto por los falangistas como por sectores militares para demostrar la adhesión de Arze al comunismo internacional y su falta de “documentos militares” (fue un desertor) sería más tarde utilizada para impugnar sus credenciales parlamentarias.

¹⁰⁶⁴ El propio Arze sufrió durante el gobierno villarroelista un atentado del que no se recuperaría nunca completamente.

¹⁰⁶⁵ Cfr. Guido Párraga Azurduy, *El P.I.R. nacimiento y desarrollo del marxismo nacional en Bolivia*, La Paz, edición del autor, 2010.

Conclusiones

A no dudarlo, la guerra del Chaco constituyó una hecatombe que por sus dimensiones generó una serie de alteraciones societales –incluyendo una crisis de los marcos ideológicos sedimentados sobre el que sostenía el Estado liberal-conservador–. Con todo, más que provocar la crisis del “viejo” Estado, la guerra parece haber habilitado una “estructura de oportunidades” aprovechada por una coalición inestable de militares jóvenes, dirigentes sindicales e intelectuales inconformistas –desde marxistas hasta socialistas nacionalistas– para promover un intento de refundación nacional a partir de una serie de influencias ideológicas irradiadas por las experiencias mexicana, alemana e italiana, pero también por la revolución rusa. A diferencia de lo que ocurriría una década más tarde, luego de la emergencia del antifascismo y el divorcio violento entre nacionalistas y marxistas, en la Bolivia de los años treinta las fronteras entre las diferentes *figuras del socialismo* (desde el nacionalsocialismo hasta el socialismo de izquierda, pasando por el socialismo moderado), aunque evidentemente existían, no impedían que estas tendencias se expresaran –y lucharan por imponer sus puntos de vista– al interior del mismo espacio político gubernamental (en medio de luchas, destierros, idas y venidas). Esto no quita que, como hemos mostrado, el proyecto hegemónico se expresara en un socialismo con tintes organicistas y anticomunistas, que buscaba plasmarse en una democracia funcional en la que los intereses colectivos primaran por sobre los individuales. En ese marco, las experiencias italiana, alemana y mexicana aparecían como ejemplos de renacimiento nacional atractivos para una Bolivia en crisis.

No obstante, los proyectos de conformar primero el Partido Socialista de Estado y luego una coalición de sindicatos, ex combatientes y militares promovida *desde arriba* no logró cuajar en una fuerza de masas (las Fuerzas Armadas parecían el único elemento unificador). Por otro lado, las posibilidades de emergencia de un partido popular se vieron limitadas por los movimientos pendulares del socialismo militar, entre sus afanes refundacionales y sus temores conservadores. Precisamente, será al finalizar la experiencia socialista militar, tras el suicidio de Germán Busch, que emergerán dos

grandes fuerzas de masas: el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), heredero de la ruptura generacional con el silismo y vinculado al núcleo duro de *La Calle*, y el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), liderado por José Antonio Arze, que constituyó un caso significativo de marxismo nacional (reacio a afiliarse a la Comintern).

Aún así, pese a los (escasos) resultados del socialismo militar en el terreno de las transformaciones socioeconómicas concretas, los debates abiertos y las constelaciones de ideas acerca de la nación contribuyeron a construir un imaginario movilizador sobre la necesidad de la unidad nacional y la fortaleza del Estado; asimismo, la Constitución de 1938 –y otras leyes del socialismo militar– proporcionaron a obreros y colonos de hacienda “un lenguaje poderoso con el cual hablar acerca de sus derechos como trabajadores”¹⁰⁶⁶.

Si el obrerismo de los años veinte había contribuido –al menos en el plano discursivo y en algunas leyes poco aplicadas– a construir una nación más “ancha”, y el indianismo de comienzos de los treinta proyectó una nación más “antigua”, el socialismo militar –influido por el antiliberalismo *à la mode*–, se propuso, en el contexto de la crisis de posguerra poner en pie una nación más densa y más “joven” y más “densa”, para lo cual ensayó varias fórmulas de democracia funcional en clave vitalista y regeneracionista. Pero el problema radicó en que el socialismo de Estado no pasó nunca de una serie de iniciativas aisladas, y a menudo muy por encima de las capacidades del Estado (como la sindicalización obligatoria) para implementarlas; al tiempo que la organización corporativa chocó con un universo de agrupamientos e identidades sectoriales difícil de articular en dos grandes bloques: trabajadores y empresarios. Detrás de nombres como “excombatientes” existía, en efecto, un abigarrado universo de realidades que volvían a esta fuerza político-social una realidad tan extendida como heterogénea. Cabe destacar que si la guerra había unido a la nación en el plano simbólico, ello no impidió que la emergencia de nuevas fronteras entre quienes habían combatido y quienes no lo habían hecho habilitaran otros clivajes, inclusiones y exclusiones (un ejemplo de ello es el desorden administrativo que estuvo a punto de crear la norma sólo habilitaba a los excombatientes para ocupar cargos en el Estado). Tampoco la guerra como efecto unificador fue capaz de promover una extensión de la ciudadanía a mujeres e indígenas. Pero también es posible pensar esta

¹⁰⁶⁶ Gotkowitz, *La revolución...*, *ob cit.*, p 183.

experiencia –especialmente a partir del ministerio obrero de Waldo Álvarez, elegido por los sindicatos– como una primera puesta en escena (limitada) del cogobierno sindical-estatal que alcanzaría una escala superior con la revolución de 1952 y se transformaría en cultura política del movimiento popular hasta nuestros días: el gobierno de Evo Morales la ha recreado bajo la fórmula del “gobierno de los movimientos sociales”.

En todo caso, esta última parte nos permitió visualizar los lenguajes ideológicos, los proyectos estatales y las articulaciones de sentido –a veces imprevistas– que alentaron una serie de “ideas fuera de lugar”, que fueron pasadas por el tamiz de la realidad boliviana de los años treinta. Esta combinaba elementos comunes con otras partes del mundo –la crisis del liberalismo– con especificidades societales derivadas, especialmente, del fuerte peso demográfico –y de la persistencia cultural– de las poblaciones indígenas y campesinas que hicieron de las preguntas “*Qué hacer con los indios*” y dónde encontrar la *sustancia de la nación*, una verdadera obsesión para las élites nacionales –oligárquicas o nacionalistas– desde la formación de Bolivia en 1825.

CONCLUSIONES GENERALES

En las páginas precedentes hemos analizado cómo se procesó la disputa por la nación en un periodo específico de la historia boliviana, entre en el Centenario de la independencia (1925) y el final de la experiencia del “socialismo militar” con el suicidio del presidente Germán Busch en 1939. Para ello enfocamos nuestro estudio en un *corpus* que priorizó las formas de circulación, apropiación y usos del socialismo que, en sus diferentes figuras, dio cuenta de la influencia en Bolivia de la atmósfera antiliberal de gran parte de Europa y América Latina, pero también de una serie de especificidades nacionales en la recepción y uso de esas ideas y lenguajes socialistas/antiliberales.

Los jóvenes de la generación del Centenario no tardaron en asumir que ser antiliberales era ser contemporáneos de su tiempo. Sólo en ese contexto adquiere todo su sentido la frase del escritor español César Arconada publicada 1928 y citada al comienzo de esta tesis: “Un joven puede ser comunista, fascista, cualquier cosa menos tener viejas ideas liberales [...] Los jóvenes queremos para la política, como hemos querido para el arte, ideas actuales, de hoy, con el perfil y el carácter de nuestra época”¹⁰⁶⁷. Precisamente en ese marco crecía la popularidad en los Andes y los llanos bolivianos de figuras como Oswald Spengler –que aparece mencionado incluso en novelas de época, como la *Chaskañawi* de Carlos Medinaceli (publicada en la década del cuarenta pero escrita entre los veinte y los treinta)– o el Conde Keyserling, recibido en La Paz como un auténtico pensador de la nueva era como hemos visto en la reconstrucción de su paso por Bolivia.

En ese marco, el seguimiento de la trayectoria de varios de los jóvenes del Centenario, en su papel de generación inconformista que buscaba la transformación del país en un sentido más incluyente, habilitó el recorte de una serie de temas, biografías y problemas que informan sobre una época a la que nos acercamos procurando echar luz

¹⁰⁶⁷ *La Gaceta literaria*, 1/1/1928, p. 1, citada en Manuel Aznar Soler, *República literaria y revolución (1920-1939)*, Tomo 1, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2010, p. 142.

sobre sus especificidades en lugar de abordarla como mero “antecedente” de la Revolución Nacional de 1952, como generalmente ha sido considerada tanto por parte de la historiografía como por el sentido común.

Como ya hemos señalado, nos propusimos captar el “espíritu de época” de la Bolivia posterior al Centenario y una serie de cambios sociales, no centrándonos sólo ni principalmente en las “grandes obras” y en las “grandes personalidades” sino introduciéndonos en los archivos, desempolvando panfletos y libros olvidados, y poniendo el foco en la “materialidad” de la circulación de esas ideas: revistas, congresos, viajes, conferencias, misiones, políticas oficiales.

Esa meta nos llevó también a prestar atención a “intelectuales menores”, es decir, no consagrados en el canon, que en el periodo estudiado actuaron como mediadores culturales y divulgadores de ideas radicales y reformistas que estuvieron en el centro de la disputa por el sentido del término “socialismo” (y a la postre, de la nación toda). Este era leído tanto desde el clasismo obrero como desde visiones organicistas, precisamente en oposición a la lucha de clases, a la que consideraban tan divisionista del ya fragmentado cuerpo nacional como a la democracia liberal, que era la destinataria de todos los ataques. En efecto, parte de la lucha ideológica de los años treinta consistió en tratar de colocar a los adversarios como portadores de “ideas fuera de lugar”, especialmente de parte de los socialistas/nacionalistas contra los comunistas (y los promotores de la lucha de clases); ni más ni menos significaba considerar al marxismo como “exótico”, como si el nacionalismo fuera una idea perfectamente “en su lugar”, producto de su expresión genuina de la nación “verdadera”¹⁰⁶⁸.

Cabe destacar, no obstante, que tanto los socialistas “de derecha”, como los socialistas “de izquierda” defendieron la necesidad de reemplazar la “democracia del número” por la “democracia funcional”, y eso permitió la construcción de un espacio común en el que diferentes tipos de socialismo convivieron en grupos, redes de sociabilidad político-intelectual y más tarde en el experimento del socialismo militar como proyecto estatal.

En el caso boliviano, la popularidad de la *idea socialista* en el recorte temporal elegido se debió en gran medida a que la misma fue considerada como una vía eficaz para construir una nación más “ancha”, más “antigua” y más “densa”, en la que sus

¹⁰⁶⁸ Para una revisión crítica de “las ideas sobre las ideas fuera de lugar”, *cfr.* Elías Palti, “El problema de ‘las ideas fuera de lugar’ revisitado. Más allá de la ‘historia de las ideas’”, Ponencia en el Seminario de Historia Intelectual, El Colegio de México, enero de 2002. Versión *on line* consultada el 15/1/2014, disponible en <http://shial.colmex.mx/textos/EliasPalti-Enero2002.pdf>

fragmentos étnicos-culturales, clasistas y geográficos (todo lo que estaba más allá del *macizo andino* apenas parecía formar parte del país) pudieran ser fundidos en una patria común. Para los socialistas nacionalistas, quienes tuvieron más éxito en “fijar” el sentido del socialismo en esta etapa, esa fusión provenía del “pacto de sangre” sellado en las trincheras chaqueñas y debía generar una hermandad entre todos los habitantes de Bolivia. Por eso el término “totalitario” en muchos casos era usado como sinónimo de un verdadero “pegamento” de esos pedazos que daban forma a Bolivia (y en esta visión, evidentemente, los desertores de izquierda que levantaron las consignas de “guerra a la guerra” corrían en desventaja, aunque muchos de ellos se sumaron a espacios comunes con los nacionalistas).

Pero, en boca de los referentes del socialismo militar, para terminar de dar forma a la patria nueva era necesario que ese socialismo de las trincheras fuera capaz de equilibrar el trabajo con el capital. La “cuestión social” estaba a la orden del día, y desde los años veinte se había corporizado en una serie de partidos socialistas de base sindical, en publicaciones como *Arte y Trabajo*, y en algunas políticas estatales reformistas. Ahora la utopía de construir un Estado funcional/corporativo –que en la segunda mitad de la década del treinta asumió tal “cuestión social” y la transformó en la ley de sindicalización obligatoria– alentó la expansión del sindicalismo y de una cultura política que se demostraría perdurable: la del *cogobierno* sindical/estatal, que alcanzó su formulación más acabada tras la Revolución Nacional de 1952 mediante el acuerdo del gobiernos del MNR con la Central Obrera Boliviana.

No fue nuestro objetivo, entonces, tratar a los intelectuales estudiados – estrictamente nos referimos a quienes cumplieron *funciones intelectuales*¹⁰⁶⁹– como pensadores aislados, sino, por el contrario, insertarlos en una trama de relaciones interpersonales. Los recorridos de figuras como el dirigente universitario José Antonio Arze y el obrero gráfico Waldo Álvarez nos permitieron identificar redes de acción política de izquierdas –y alianzas obrero-estudiantiles– cuya importancia no hubiera sido posible captar si sólo hubiéramos puesto la mirada en los pequeños partidos de la izquierda.

A partir de la biografía político-intelectual de Álvarez fue posible seguir el tránsito del sindicalismo mutualista al sindicalismo de clase y, finalmente, al sindicalismo político, personificando él mismo ese desborde hacia la esfera estatal con

¹⁰⁶⁹ Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.

su nombramiento como primer Ministro de Trabajo de Bolivia. Paralelamente, los elementos biográficos de Arze, especialmente los vinculados a su relación con la Internacional Comunista, que reconstruimos mediante documentos de su archivo personal y el Archivo estatal ruso de historia sociopolítica, nos permitieron reubicar su lugar en la historia de la izquierda en Bolivia: tradicionalmente considerado un estalinista *tout court*, destacamos que la hostilidad de la IC hacia su figura le impidió establecer un vínculo político efectivo con el comunismo internacional (ni siquiera pudo cumplir su sueño de visitar Moscú) y este fue uno de los elementos que dificultó aún más la construcción de un Partido Comunista local (el cual fue creado recién en 1950); a ello se sumó el hecho de que Bolivia no era importante para la URSS y que la cultura sindicalista de la izquierda conspiraba contra el partido leninista tal como era concebido desde la Conferencia de 1929. El PIR, fundado en 1940, tuvo la particular característica de que si bien se mantuvo programáticamente fiel a la URSS, apostó por la autonomía nacional y por vínculos latinoamericanistas más heterodoxos, especialmente con el PS chileno de Marmaduke Grove.

Paralelamente, el estudio de los movimientos contra la guerra, en general poco frecuentados, nos advierten sobre las redes latinoamericanas comunistas, y los lazos entre los exiliados bolivianos en la ciudad argentina de Córdoba –liderados por Tristán Marof– y ex reformistas universitarios del 18, cuya figura más destacada era Deodoro Roca, embarcado en una lucha personal contra la guerra. *América Libre* y *Flecha* fueron los vehículos de esas redes, que impactarán en la política boliviana con la fundación del Partido Obrero Revolucionario a mediados de los años treinta y transformaron a Córdoba en un centro importante de las acciones de repudio a la guerra del Chaco. La importancia de Marof, a la luz de estos recorridos, reside en que fue un articulador ideológico entre izquierda, nacionalismo e indianismo, cuya consigna “*Tierra a los indios, minas al Estado*”, fue capaz de sintetizar un programa de acción que sedimentó en el imaginario de las izquierdas, tuvo su momento épico en la Revolución del 52 y volvió a renacer –cambiando minas por pozos de gas– en los comienzos del siglo XXI.

Esa consigna refería a dos problemas nucleares: acabar con la situación de exclusión ciudadana y semiesclavitud económica en las haciendas de enormes masas de indígenas (“redención del indio”) y, al mismo tiempo, terminar con la llamada “rosca minero-feudal” y el imperialismo extranjero que extraían y se llevaban ventajosamente los recursos naturales del país. No debemos perder de vista que la imagen de un país mendigo sentado en una mina de oro fue estructurante de una verdadera “psicología del

saqueo” y, para enfrentarla, la nacionalización devino un significativo con un enorme plus de sentido, que en términos mariateguianos podría traducirse como nacionalizar el propio país, o *bolivianizar a Bolivia*, lo que remitía a poner en cuestión, una y otra vez, la identidad nacional, anudando al mismo tiempo izquierda y antiimperialismo.

Recién salida de una guerra en la que fue derrotada (que se sumaba al desastre del Pacífico en el siglo XIX), no debe sorprendernos que todos los debates públicos en la Bolivia de los treinta condujeran a la necesidad de construir la nación, lo que a su vez remitía obsesivamente –como trauma irresuelto– a la indianidad. ¿Cómo conciliar esos dos términos –*indianidad* y *nación*– que parecían refractarios uno al otro? ¿Había que blanquear al país, reconocer que Bolivia era un país de indios, o en la línea mexicana, pensarse a sí misma como una nación mestiza?

Por eso no es sorprendente que el antiliberalismo tuviera varios pliegues. Uno de ellos fue el indianismo romántico-vitalista que buscó en glorias pasadas, como las monumentales ruinas de Tiwanaku, una cuna mítica a la cual arrancarle las energías vitales necesarias para un renacimiento nacional. Este indianismo tuvo una faceta arqueológica –cuyo referente más importante fue Arturo Posnansky, máxima autoridad sobre los misterios de Tiwanaku¹⁰⁷⁰. Y otra educativa, representada en los proyectos socialistas enfrentados de Elizardo Pérez, cuyo trabajo estaba destinado a provocar un renacimiento de la indianidad y de sus cosmovisiones y cuya obra cumbre fue la escuela-ayllu de Warisata, y Rafael Reyerros, partidario de la incorporación del indio a la civilización occidental. Todo lo cual planteaba varias tensiones que el libro de María Frontaura Argandoña (una maestra/intelectual hoy olvidada) –pero también la semana indianista, a la que nos acercamos a través del Fondo Alberto de Villegas del Archivo de La Paz– permiten sacar a la luz, a partir de las imágenes, ideas y propuestas que a comienzos de los años treinta constituían parte del universo de significaciones disponibles sobre la indianidad, el mestizaje y la nación.

Pero el periodo estudiado tuvo otros actores que reclamaron ampliar el foco que retrataba la “foto de familia” que constituía la nación. Las mujeres buscaron, así, salir del hogar, y en columnas periodísticas, reuniones y congresos se embarcaron en fuertes polémicas alrededor del sufragio femenino, el clericalismo y el socialismo. Figuras

¹⁰⁷⁰ La revolución de 1952 transformó a Tiwanaku en un símbolo de *toda* la nación (y no sólo de los aymaras), el partido Conciencia de Patria se fundó en esas ruinas en los años noventa del siglo XX, el katarismo de los años setenta y ochenta se referenció en ese antiguo imperio y Evo Morales, el 21 de enero de 2006, un día antes de asumir frente al Parlamento, fue investido presidente por los indígenas de América en esos monumentos preincaicos.

como Etelvina Villanueva nos ayudaron a traer al presente ese mundo feminista de los treinta, y sus fascinantes discusiones y polémicas, además de los obstáculos con los que se enfrentaron.

Esos ecos lograron, poco después, ingresar a la Convención Constituyente de 1938 (donde obviamente ninguna mujer ocupaba un curul), pero los sufragistas fueron derrotados por quienes temían los efectos sociales del salto de la mujer a la política: para muchos, el socialismo no era incompatible con el mantenimiento de los roles tradicionales de las mujeres y las imágenes de las *flappers* norteamericanas, ya con resonancias en Bolivia, aparecían como amenazas afectivas para la propia cohesión familiar... y nacional.

Otra vez la nación. Y la ciudadanía. Las dificultades de la Convención Constituyente de 1938 para dotar de plenos derechos a todos los bolivianos (sin distinción de pertenencia étnica y de género) mostraron a su vez los límites de ese “ensanchamiento” de la nación. La escasa convicción acerca de la democracia liberal (léase, derechos individuales) se combinó –de manera no virtuosa– con la imposibilidad de poner en pie efectivamente la democracia funcional, con lo cual, ni las mujeres ni los indígenas ni parte de los trabajadores fueron incluidos a la ciudadanía plena. No obstante, el hecho de “nombrar” todas esas cuestiones dejó emerger un lenguaje poderoso, que habilitó nuevos debates y nuevos combates, tanto en las regiones urbanas como rurales (adicionalmente, como habían temido algunos hacendados, los indígenas que empuñaron sus fusiles en el Chaco, por una patria que no los reconocía como ciudadanos, ya no volverían a la hacienda como habían partido, y no tardarían en renovar sus demandas y profundizar sus luchas antigamonales).

En este marco, el socialismo, así como el indianismo y el feminismo de estos años, tuvieron particularidades propias que buscamos escudriñar, procurando “fijar” algunos de sus sentidos. El hecho de que el vitalismo haya constituido un terreno en el que indianismo romántico y nacionalsocialismo podían aparecer como sensibilidades compartidas en algunos aspectos es sólo uno de los ejemplos de la necesidad de evitar lecturas anacrónicas y fronteras demasiado claras (que sí existirían en los años cuarenta). Evidentemente, no se trata acá de absolver, relativizar ni condenar esas simpatías, sino de tratar de reponer elementos que informan sobre sus sentidos e intenciones, como la voluntad de este vitalismo antioligárquico de transitar vías revolucionarias alternativas (y en contraposición) al marxismo. Finalmente, ¿qué ideas estaban en “su lugar” en estos años en los que se buscaba hacer de la frustración

nacional energía vital? Básicamente, las que ofrecían una “Bolivia grande”, como rezaba el acrónimo Beta Gama.

El socialismo militar sintetizó todas las tensiones mencionadas, al mismo tiempo que permitió que las ideas y los personajes inconformistas se proyectaran inéditamente a la esfera estatal. El trabajo de archivo nos permitió identificar algunos centros “emisores” de esas ideas e imaginarios antioligárquicos y antiburgueses, entre los cuales destacamos a México, Italia y Alemania. Si estos —especialmente los dos últimos— daban cuenta de la concentración de energías vitales al servicio del renacimiento nacional, el indigenismo del México revolucionario (con el que se establecieron vínculos de ida y vuelta) constituía una experiencia con “aires de familia” con la realidad boliviana. En efecto, uno de los aportes de este trabajo fue poner de relieve las preocupaciones que la influencia azteca provocaba en las legaciones de Alemania e Italia pero también de la Argentina de Justo, que no tardaron en concluir, con alarma, que era *vía* México que el comunismo buscaba incrementar su influencia política en la nación andina (como apoyo del grupo izquierdista de Waldo Álvarez y José Antonio Arze). El peligro mexicano aparecía más real que el peligro soviético.

El socialismo militar también intentó concentrar —y producir— nuevas energías nacionales. “Como los bosques incendiados cuya vitalidad retoma con más fuerza sobre las cenizas de la muerte”, Bolivia debía transformar el pacto de sangre de las trincheras en una nueva institucionalidad y en un nuevo espíritu de cuerpo, cuya base social serían los ex combatientes. Sin embargo, esta era una fuerza demasiado heterogénea y a menudo más preocupada por sus necesidades inmediatas que por los grandes debates nacionales. Por otro lado, el Estado boliviano era débil —tanto en términos materiales como intelectuales— lo que contrastaba con la fortaleza de una sociedad organizada y con capacidad de vetos de diferentes sectores. Toro percibió, en efecto, la necesidad de conformar un “partido socialista de Estado”, como base social de las transformaciones, pero la hostilidad antipartisanista de Busch —que no tardó en reemplazarlo—, buscó sostener el nuevo orden en los ex combatientes y en el ejército, lo que como vimos resultó insuficiente, más aún dadas sus propias dubitaciones acerca del rumbo a seguir.

Más que un “antecedente”, como la historia nacionalista *construyó* a sus supuestos precursores (desde Túpac Katari hasta Paz Estenssoro, pasando por Simón Bolívar y Antonio José de Sucre), el experimento del socialismo militar fue parte de una serie de intentos por poner en marcha programas reformistas radicales que en cada momento tuvieron características propias (personajes que en un momento fueron

oficialistas y en otro periodo también nacionalista fueron opositores o al menos no-oficialistas). Salinas Aramayo, por ejemplo, fue parte del gabinete de Busch y terminó asesinado en Chuspipata en 1946 por los sectores duros del villarroelismo; Baldivieso, figura clave del socialismo militar y canciller de Villarroel, terminó autoexiliado en Buenos Aires tras la Revolución de 1952. Arze, como ya vimos, un irreductible opositor a Villarroel, formó parte, no obstante, de la Comisión de Educación encargada de la reforma educativa de la Revolución Nacional en los años cincuenta (como uno de los representantes del magisterio) y Ricardo Anaya, otro conspicuo miembro del PIR, de la de Reforma Agraria: en efecto, los conocimientos de los *piristas* en la cuestión agraria contribuyeron al diseño de la eliminación del latifundio en clave de partición de las haciendas en pequeñas propiedades individuales¹⁰⁷¹.

Pero no se trata solamente de personas. Mientras el socialismo militar en los años treinta y el nacionalismo de Villarroel en los cuarenta se sostuvieron principalmente en el Ejército (o en fracciones de él), la Revolución Nacional –de la mano de un partido de masas como el MNR– triunfó en 1952 destruyendo completamente a las Fuerzas Armadas y cerrando el Colegio militar con el apoyo de la policía y de milicias obreras y campesinas.

Una posible línea de investigación hacia el futuro, que nos inspira nuestro trabajo, podría iluminarnos acerca de las diferencias entre estos tres procesos socialistas nacionalistas, al tiempo de buscar captar con mayor nitidez sus modelos societales, las imágenes de la nación que construyeron y proyectaron, las lecturas de la historia boliviana que pusieron en juego y los actores sociales que constituyeron sus bases de apoyo. A estas tres, podría sumarse el “nacionalismo indígena” de Evo Morales desde 2006.

El crecimiento del antifascismo –como una corriente que acercó a demoprogresistas, liberales, socialistas y comunistas en el marco de la nueva línea de los Frentes Populares definida por la Internacional Comunista¹⁰⁷²–, contribuyó a dibujar desde los años cuarenta nuevas fronteras (y abismos) entre las izquierdas y los nacionalismos latinoamericanos, especialmente los militares. El destierro de José Antonio Arze ya durante el gobierno de Toro –junto a los decretos anticomunistas replicados por Busch– constituyó el origen de una grieta que sólo se ensancharía para

¹⁰⁷¹ Cfr. Soliz, “La modernidad esquivada...”, *ob. cit.*

¹⁰⁷² Sobre la articulación entre marxismo y liberalismo para el caso argentino, cfr. Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

concluir en la traumática experiencia del gobierno de Gualberto Villarroel, en la que Arze y su partido acusaron al régimen de nazifascista, formaron parte de las protestas que derivaron en el asesinato y colgamiento del presidente e integraron el gabinete del gobierno “prooligárquico” que lo sucedió. Esa unidad entre la izquierda y el nacionalismo fue parcialmente reconstruida en la posguerra, con la Revolución Nacional de 1952, cuando el nacionalismo revolucionario eliminó de su programa y de su identidad las aristas más sospechosas de simpatías fascistas. Las nuevas alianzas fueron posibles, además, porque la izquierda boliviana fue mayoritariamente –y lo es hasta hoy– una “izquierda nacionalista”, cuya radicalidad se suele medir en la profundidad del antiimperialismo y sus posturas nacionalizadoras, especialmente de los recursos naturales estratégicos, que a lo largo de la historia pasaron de la plata, al estaño y los hidrocarburos.

La experiencia sobre la que trabajamos en esta tesis pone en evidencia elementos perdurables en la historia boliviana: el *cogobierno* sindical/estatal como práctica de los sectores subalternos, las articulaciones izquierda/nacionalismo, el antiliberalismo como una serie de significantes de fuerte productividad política. (Que Evo Morales haya ganado varias elecciones y se haya consolidado en el poder, en el siglo XXI, apelando a esas imágenes ideológicas nos dice mucho sobre su arraigo en la cultura política boliviana).

Obviamente, no tomar a este periodo como “antecedente” no significa que no existiera acumulación política e ideológica. Ni que la ocupación de cargos por parte de socialistas y nacionalistas en los años veinte y treinta no diera forma a procesos de aprendizaje y maduración política y personal. Y menos aún olvidar que el símbolo del *presidente suicida* –“por presión de la oligarquía”– ingresó con fuerza al panteón del nacionalismo revolucionario (al que más tarde se sumaría el *presidente mártir* Villarroel). Resulta claro que el socialismo militar dejó abiertos una serie de senderos posibles. Y en ese tránsito el MNR fundado en enero de 1941 (si tomamos como fecha la primera acta suscripta) emergió como la fuerza que expresó la voluntad de cambio nacional-popular del país y un economista experto en finanzas y con poco carisma – Víctor Paz Estenssoro– emergió como el *Jefe* y el *Conductor* del partido cofundado por Carlos Montenegro, Alberto Mendoza López, José Cuadros Quiroga, Hernán Siles Zuazo, Walter Guevara Arze y Augusto Céspedes, entre algunos otros. Sin duda, una fuerza política que marcó a fuego la política nacional. En parte por la voluntad de cambio del movimiento, y sobre todo por la presión radical de obreros y campesinos

armados, el MNR dirigió la mayor revolución del siglo XX boliviano, que acabó con el latifundio, sancionó el voto universal y nacionalizó las minas.

A diferencia de Lenin, que en la Estación Finlandia dio su famoso discurso que abrió el camino a la revolución rusa, Paz Estenssoro vivió la insurrección exiliado en Buenos Aires después del autogolpe que el presidente Mamerto Urriolagoitia organizó para evitar transferirle el poder tras el triunfo del MNR en las elecciones de 1951 –golpe conocido como el *Mamertazo*–, y el jefe militar de la revolución fue Hernán Siles Zuazo.

En ese tránsito hacia la transformación política y social, en esa voluntad de una generación que en el Centenario comenzó a pensar en un país diferente, la Bolivia de 1925 a 1939 ocupa un lugar destacado en términos de revolución de las ideas y de cambios en las mentalidades –y en menor medida en las instituciones– que, pese a sus luces y sombras, dejaron una huella que fue recorrida después por parte de los ya no tan jóvenes del Centenario y por otros que se sumaron para hacer realidad la *bolivianización de Bolivia*... un programa que inspiró algunas “estaciones Finlandias” posteriores (la última en 2003) con la misma finalidad, aunque algunos lenguajes cambiaran y hoy se hable de “descolonizar” las instituciones del país y las mentes de sus habitantes.

AGRADECIMIENTOS

Una tesis en historia puede ser –y lo es– un proyecto con muchos momentos de trabajo solitario y diálogo con los fantasmas de los archivos y bibliotecas, pero de ningún modo es una tarea *robinsoniana*. Cualquier tesis tiene mucho de colectivo, en la medida que son muchos quienes aportan a esa obra, desde cuestiones prácticas hasta intercambios intelectuales. En esa medida, quiero agradecer a quienes contribuyeron a que este proyecto se transformara en un “objeto tesis”.

En primer lugar debo agradecer a mi director, Carlos Altamirano, quien aceptó dirigirme y seguir mi trabajo, y compartió su vasta experiencia de manera generosa y desinteresada. Del mismo modo expreso acá mi agradecimiento a Rossana Barragán por sus orientaciones como codirectora. También debo mencionar a los miembros del Centro de Historia Intelectual, dirigido por Adrián Gorelik, en el marco de cuyas discusiones pude aprender y mirar con más complejidad la historia intelectual.

Deseo además expresar un agradecimiento especial a muchos amigos y colegas que me apoyaron de diversas maneras (materiales, intelectuales, sin olvidar las anímicas) y sin cuya ayuda hubiera sido mucho más difícil avanzar en mi trabajo. A riesgo de algún olvido quiero mencionar a: Andrey Schelchkov, Patricia Funes, Horacio Tarcus, Françoise Martinez, María Elvira Álvarez, Robert Brockmann, Pablo Quisbert, Maristella Svampa, Mariana Canavese, Carmen Soliz, Gustavo Rodríguez Ostría, Alber Quispe, Hernán Topasso, Ivan Bonan, Karina Jannello, Eugenia Bridikhina, María Pía López, Martín Bergel, Fernando Molina, Marta Irurozqui, Natalia Bustelo, María Pía López, Hervé Do Alto, Marc Saint-Upéry, Sofía Cordero, Pablo Ortemberg y Manuel Canelas. A Andrés Mallo por su apoyo moral. Y a Andrea Stefanoni por ayudarme a acceder a muchos libros.

Adicionalmente, no puedo dejar de expresar mi gratitud a los bibliotecarios y archivistas del CeDInCI, el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, el Archivo

Histórico de La Paz, la Biblioteca Nacional de Argentina (y su Tesoro), el archivo de la Cancillería argentina, la Fundación Flavio Machicado de La Paz, la Alcaldía de La Paz, el Museo de Etnografía y Folklore (Musef) y la Biblioteca Municipal de Cochabamba. Y, finalmente pero no menos importante, a José Roberto Arze, quien me abrió las puertas del archivo personal de José Antonio Arze y me permitió acceder a este intelectual boliviano desde otra perspectiva.

Por su parte, Mariana Parma, desde la oficina de Doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras respondió siempre con amabilidad mis dudas administrativas.

Se trata, claro está, de una lista muy parcial. Son muchos quienes, sin tener una relación directa con la tesis, contribuyeron también a este esfuerzo, a ellos va también mi gratitud.

BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTES

1. 1. FUENTES INÉDITAS

a) Archivos y bibliotecas

Argentina

Biblioteca Nacional de la República Argentina.

Diario Íntimo de Alcides Arguedas (en custodia del Tesoro).

Archivo Histórico de la Cancillería.

Correspondencia de la embajada argentina de La Paz (1936-1939).

Centro de Documentación e Investigación sobre la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDIncl).

Volantes y folletos sobre comunismo y los congresos antiguerreros.

Bolivia

La Paz

Archivo Histórico de La Paz (ALP)

Banco fotográfico

Fondo Alberto de Villegas (AdV)

Fondo León M. Loza (LML)

Archivo personal de José Antonio Arze, en custodia de José Roberto Arze.

Correspondencia personal y programas y estatutos de grupos y partidos.

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores. Estado Plurinacional de Bolivia

Correspondencia de las legaciones de Berlín, México y Roma (1936-1939).

Sucre

Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia.

Correspondencia Presidencial 1927 y 1936-1939.

Correspondencia Ministerio de Trabajo 1936.

Correspondencia Estado Mayor General del Ejército 1939.

Rusia

Archivo estatal ruso de historia sociopolítica- RGASPI.

Fondo 495- correspondencia de la IC sobre Bolivia.

b) Tesis

ÁLVAREZ, María Elvira. *Mouvement féministe et droit de vote en Bolivie (1920-1952)*, Tesis de Maestría, París, Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne, 2010.

BERGEL, Martín. *Un caso de orientalismo invertido. Representaciones intelectuales del oriente en la cultura argentina de la primera posguerra (1918-1930)*, Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2010.

BONAN, Ivan. *La Paz-Roma: il "socialismo militare boliviano" nelle corrispondenze dei diplomatici italiani (1936-1942)*, Tesis de licenciatura, Universidad de Padua, 1998.

CANAVESE, Mariana. *Usos de Foucault en Argentina (1958-1989): del hombre nuevo al fin de la primavera democrática*, Tesis de Doctorado, UBA-EHESS, 2013.

TOPASSO, Hernán. *Tristán Marof o el enigma de América Latina (1915-1920)*, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2007.

2. FUENTES ÉDITAS

2.1 PUBLICACIONES PERIÓDICAS

2.1.1 Periódicos

Bandera Roja (La Paz, 1926, 1927).

Crítica (Buenos Aires, 1927).

El Diario (La Paz, 1919-1939).

El Obrero (Trinidad, 1925).

El País (Sucre, 1927).

El Republicano (Cochabamba, 1925-1930).

El Socialista (Cochabamba, 1936).

El Socialista (Sucre, 1936).

La Calle (La Paz, 1936-1939).

La Defensa (Sucre, 1927).

La Razón (La Paz, 1934-1937, 1950, 2012).

La Voz del Interior (Córdoba, 1935).

Última Hora (La Paz, 1935-1936).

2.1.2. Revistas

América Libre (Córdoba, 1935).

Arte y Trabajo (Cochabamba, 1920-1925).

Boletín del Comité Organizador del Congreso Antiguerrero latinoamericano (1933).

Claridad (Buenos Aires, 1926-1939).

Correspondencia Sudamericana (Buenos Aires/Montevideo, 1926-1930).

Flecha (Córdoba, 1935-1936).

Insurrexit (Potosí, 1924).

La Internacional. Órgano del Partido Comunista Argentino (Buenos Aires, 1930-1936)

La Revancha (Oruro, 1926).

2.2. LIBROS Y FOLLETOS

Actas y trabajos científicos XXVº Congreso Internacional de Americanistas, Tomo I, Universidad de Buenos Aires, Imprenta y casa editora “Coni”, 1934.

AGRUPACIÓN COMUNISTA. “A todos los obreros, empleados, artesanos e indios campesinos. A todos los explotados y oprimidos del país”, mayo de 1932.

ALARCÓN, Ricardo J. (dir.), *Bolivia en el primer centenario de su independencia*, La Paz, The University society, 1925.

ÁLVAREZ ESPAÑA, Waldo. *Memorias del primer ministro obrero*, La Paz, editorial Renovación, 1986.

-----. *Los gráficos en Bolivia. Historia de la organización y luchas de este sector social*, La Paz, editorial Renovación, 1977.

ARGUEDAS, Alcides, *La danza de las sombras*, Barcelona, Sobs. de López Robert y Cía. impresores, 1934.

-----. *Raza de bronce*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, [1919] 2006.

-----. *Raza de bronce*, Buenos Aires, Losada, 1976 [sexta edición].

-----. *Pueblo enfermo*, La Paz, América, [1909] 1996.

ARZE, José Antonio. *Escritos Literarios (Comentarios y semblanzas)*, La Paz, Rolando Diez de Medina, [1981] 2009.

-----. *La autonomía universitaria y otros escritos afines*, La Paz, Imprenta de la Universidad Mayor San Andrés, 1989.

-----. *Sociografía del inkario ¿Fue socialista o comunista el imperio inkaiko?*, La Paz, Librería editorial “Juventud”, [1952] 1981.

-----. *Polémica sobre marxismo y otros ensayos afines* (preparación, prólogo y notas de José Roberto Arze), La Paz, Ediciones Roalva, 1980.

BELMONTE P., Elías. *Radepa. Sombras y refulgencias del pasado*, La Paz, Imprenta Multiservice Ale, 1994.

BELTRÁN, Teodomiro. *Memoria de la Tercera Conferencia Nacional de Agricultura, Ganadería e Industrias Derivadas*, Federación Rural de Cochabamba, 12 al 20 de agosto de 1945, Cochabamba, Editorial Atlantic, 1946.

BOULLÓN BARRETO, Gustavo. *Bolivia República socialista*, La Paz, Intendencia General de Guerra, 1936.

BURÓ SUDAMERICANO. *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana*. Junio de 1929, Buenos Aires, ediciones de Correspondencia Sudamericana, 1929.

C.S.L.A. *Bajo la Bandera de la C.S.L.A.*, Resoluciones y documentos del Congreso Constituyente de la C.S.L.A, Montevideo, mayo 1929.

CÉSPEDES, Augusto. *Crónicas heroicas de una guerra estúpida*, La Paz, Librería editorial “Juventud”, 1975.

-----. *El dictador suicida*, La Paz, Librería editorial “Juventud”, [1956] 2002.

CODOVILLA, Victorio. *¿Qué es el Tercer Período?*, Montevideo, Editorial “Justicia”, [ca. 1928].

CHIRVECHES, Armando. *La candidatura de Rojas*, La Paz, Librería editorial “GUM”, [1909] 2010.

DE LA ROSA, Laura. *Mi visita a las trincheras y zanjas del velo*, La Paz, Imp. Atenea de Crespi, 1935.

DE MAHIEU, Jacques. *El imperio vikingo de Tiahuanacu (América antes de Colón)*, Barcelona, Nuevo Arte Thor, 1985.

DEL MAZO, Gabriel (comp.), *La reforma universitaria. Documentos relativos a la propagación del movimiento en América Latina (1918-1927)*, Tomo VI, Buenos Aires, Federación Universitaria Argentina, 1927.

DELGADO GONZALES, Trifonio. *100 años de lucha obrera en Bolivia*, La Paz, Ediciones Isla, 1984.

DEPARTAMENTO NACIONAL DE PROPAGANDA SOCIALISTA. *Cuartillas informativas*, N°5, La Paz, 23 de marzo de 1937.

DICK, Gastón. *Las fiestas del Centenario de la República de 1925*, Bolivia de ayer, Serie: Ciudades de Bolivia de Ayer y Hoy, vol. 10, La Paz, 2000.

DÍAZ MACHICAO, Porfirio. *Toro Busch Quintanilla. 1936-1940*, La Paz, Librería editorial “Juventud”, 1957.

DIEZ DE MEDINA, Fernando. “Una khantuta encarnada entre las nieves: análisis histórico y un mensaje de fe en torno al problema de la nacionalización de las grandes empresas mineras”, La Paz, Ministerio de Prensa, Propaganda e Informaciones, 1952.

DICK AMPUERO, Moisés. *Organización Sindicalista*, La Paz, Biblioteca Revolucionaria, 1926.

D’Ors, Eugenio, “Glosas a la nación boliviana”, en Mariano Baptista Gumucio, *Antología pedagógica de Bolivia*, Enciclopedia boliviana, La Paz, Los amigos del libro, 1979, pp. 73-93.

EGUINO ZABALLA, Félix. *Rumbo socialista*, La Paz, Editorial Boliviana, 1936.

FRENTE DE IZQUIERDA BOLIVIANO (FIB). *¡Hacia la unidad de las izquierdas bolivianas!*, Santiago de Chile, Talleres Gráficos “Gutenberg”, 1939.

FRONTAURA ARGANDOÑA, María. “La mujer moderna boliviana”, en *Anhelos. Revista femenina de Arte y Actualidades*, Cochabamba, N° 4, 17 de enero de 1930.

-----. *Hacia el futuro indio*, La Paz, Imprenta de la Intendencia General de Guerra, [1931] 1932.

-----. *Mitología aymara-quechua*, La Paz, América, 1935.

HINOSOJA, Roberto. *El mito del Rhin. Vida, pasión y gloria de Adolf Hitler*, Monterrey NL, 1941.

-----. *La revolución de Villazón*, La Paz, Universal, 1944.

INGENIEROS, José. *La democracia funcional en Rusia*, Buenos Aires, ¡Adelante!, 1920.

JAIMES FREYRE, Ricardo. “En las montañas”, en *Revista de Ciencias Sociales*, Tucumán, 1906.

KEYSERLING, Hermann. *Memorias suramericanas*, Madrid, Espasa Calpe, 1933.

-----.“La potencia telúrica andina”, en Raúl Bothelo Gosálvez (comp.), *El hombre y el paisaje de Bolivia*, La Paz, Biblioteca del sesquicentenario de la República, Dirección General de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1975.

BURÓ SUDAMERICANO. *La lucha por el leninismo en América Latina*, Buenos Aires, Edición del Bureau Sud-americano de la Internacional Comunista, marzo de 1932.

-----. *Por un Viraje Decisivo en el Trabajo Campesino (Carta del Buró Sudamericano de la I.C. a los Partidos Comunistas de Sudamérica)*, Montevideo, Sud América, 1933.

LOSOVSKY, Alexandr. *El Movimiento Sindical Latino Americano (Sus virtudes y sus defectos)*, Ediciones del Comité Pro Conferencia Sindical Latino Americana, marzo de 1929.

MARIÁTEGUI, José Carlos. *Temas de Nuestra América*, Lima, Biblioteca Amauta, 1988.

MAROF, Tristán. *La justicia del inca*, Bruselas, Falk Fils, 1926.

-----. *México de frente y de perfil*, Buenos Aires, Claridad, 1934.

-----. *La tragedia del Altiplano*, Buenos Aires, Claridad, 1935.

MONTENEGRO, Carlos. *Frente al derecho del estado el oro de la Standard oil (El petróleo, sangre de Bolivia)*, La Paz, Talleres Gráficos Trabajo, 1938.

MUNDY, Hilda. *Pirotecnia*, La Paz, Mariposa Mundial-Plural, [1936] 2004.

-----. *Cosas de fondo. Impresiones de la guerra del Chaco y otros escritos*, La Paz, Ediciones Huayna Potosí, 1989.

OCAMPO, Victoria. *El viajero y una de sus sombras. Keyserling en mis memorias*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.

PALZA, Humberto. “Disquisiciones sobre nuestro país”, en *Kollasuyo. Revista mensual de estudios bolivianos*, año VII, N° 64, 1946, 275-303.

- PÉREZ, Elizardo. *Warisata. La escuela-ayllu*, La Paz, Ceres/Hisbol, [1962] 1992.
- POSNANSKY, Arthur. *Tihuanacu y la civilización prehistórica en el Altiplano andino*, La Paz, Imprenta de la Verdad, 1911.
- PRUDENCIO BUSTILLO, Ignacio. “La deuda de Bolivia al pensamiento de José Ingenieros”, en *Páginas dispersas*, Sucre, Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca, 1946, pp. 117-120.
- QUESADA, Ernesto. “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo (Conferencia dada en la Universidad Mayor San Andrés, en la ciudad de La Paz, capital de Bolivia, el viernes 15 de enero de 1926)”, en *Humanidades*, N°12, Publicación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 1926, pp. 9-48.
- REPÚBLICA DE BOLIVIA. *Redactor de la H. Convención Nacional*, Universo, La Paz, Tomos 1-5, 1938-1939.
- REYEROS, Rafael. *Escuelas para los Indígenas Bolivianos*, La Paz, Universo, [1937] 1946.
- ROCA, Deodoro. *El difícil tiempo nuevo*, Córdoba, Lautaro, 1956.
- SAAVEDRA, Bautista. “Proceso de Mohoza. Defensa del abogado Bautista Saavedra. Pronunciada en la Audiencia del 12 de octubre de 1901”, en B. Saavedra, *El ayllu. Estudios sociológicos /Proceso de Mohoza*, La Paz, Librería editorial G.U.M., s/f., pp. 133-159.
- SALAZAR MOSTAJÓ, Carlos. *Warisata mía! Y otros artículos polémicos*, El Alto, El cóndor boliviano, 2006.
- SALMÓN B., José. *El indio escribirá mañana la historia de Bolivia*, La Paz, Imprenta Atenea, 1931.
- SEOANE, Manuel. *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia*, Buenos Aires, Imprenta y papelería Juan Perrotti, 1926.
- SPENGLER, Oswald. *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa Calpe, [1918] 2009.
- TORO, David. *Mi actuación en la guerra del Chaco. La retirada de Picuiba*, La Paz, Renacimiento, 1941.
- VELASCO, Adolfo. *La escuela indigenal de Warisata*, Primer Congreso Indigenista Interamericano, México, Departamento de Asuntos Indígenas, 1940.
- VILLAMIL DE RADA, Emeterio. *La lengua de Adán y el hombre de Tiguanaqu*, La Paz, Ministerio de Educación y Bellas Artes y Asuntos Indígenas, [1888] 1939.
- VILLANUEVA Y SAAVEDRA, Etelvina. *Acción socialista de la mujer en Bolivia*, La Paz, Cooperativa de Artes Gráficas E. Burillo, 1970.
- VILLEGAS, Alberto de. *Memorias del Mala-Bar*, La Paz, Publicaciones Antonio Paredes-Candía, [1928] 1983.

2.3. BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ABECIA LÓPEZ, Valentín. *7 políticos bolivianos*, La Paz, Librería editorial Juventud, 1986.

-----. *José Antonio Arze y Arze, inventario*, La Paz, Librería y editorial Juventud, 1992.

ACHÁ ÁLVAREZ, Enrique y Mario H. Ramos y Ramos. *Únzaga: Mártir de América*, Buenos Aires, Artes Gráficas Moderna, 1960.

ACHA, Omar. Estudio preliminar, en *Ariel y el camino de Paros*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2013, pp. 9-20.

ALBARRACÍN MILLÁN, Juan. *Arguedas. La conciencia crítica de una época*, La Paz, Réplica, 1979.

-----. *Sociología indígena y antropología telurista*, La Paz, Réplica, 1982.

ALCAZAR, Moisés. *Abel Iturralde, el Centinela del Petróleo*, La Paz, editorial La Paz, 1941.

ALTAMIRANO, Carlos. *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

ANTEZANA E., Luis. *Historia secreta del Movimiento Nacionalista Revolucionario*, Tomo 1, La Paz, Librería editorial "Juventud", 1986.

ARDAYA, Gloria. *Política sin rostro: mujeres en Bolivia*, Caracas, Nueva Sociedad, 1992.

ARENAS, Patricia. "Alfred Métraux: momentos de su paso por Argentina", *Mundo de Antes*, 1, San Miguel de Tucumán, Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán, 1998. pp. 121-147.

ARZE AGUIRRE, René Danilo. *Guerra y conflictos sociales. El caso rural boliviano durante la campaña del Chaco*, La Paz, Ceres, 1987.

-----. *Carlos Salinas Aramayo. Un destino inconcluso: 1901-1944*, La Paz, imprenta Artes Gráficas Latina, 1995.

ARZE, José Roberto. *Javier Galindo Cuento: testigo de la historia*, La Paz, Druck Industrias Gráficas, 2010.

AZNAR SOLER, Manuel. *República literaria y revolución (1920-1939)*, Tomo 1, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2010.

BAPTISTA GUMUCIO, Mariano. *Evocación de Augusto Céspedes*, La Paz, ed. Naftalí Lorenzo E. CarapaS, 2000.

-----. *José Cuadros Quiroga, inventor del Movimiento Nacionalista Revolucionario*, La Paz, [s.n.], 2002.

-----. *Montenegro el desconocido*, La Paz, Biblioteca Popular Boliviana de Última Hora, 1979.

BARCELLI S., Agustín. *Medio siglo de luchas sindicales revolucionarias en Bolivia 1905-1955*, La Paz, Ed. del Estado, 1956.

BARRAGÁN, Rossana. *Asambleas Constituyentes, Ciudadanía y elecciones, convenciones y debates (1825-1971)*, La Paz, Muela del Diablo, 2005.

BARRANCOS, Dora. *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.

BELTRÁN, Luis Ramiro (editor): “*Feminiflor*”: *un hito en el periodismo femenino de Bolivia*, La Paz, CIMCA-Círculo de Mujeres Periodistas- CIDEM, 1987.

BERGEL, Martín. “Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia, de Manuel Seoane. Estudio preliminar”, en Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas (coord.), *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana (1900-1930)*, México DF, El Colegio de México/Universidad de Colima, 2012, pp. 283-315.

-----. “*Flecha*, o las animosas obsesiones de Deodoro Roca,” prefacio a *Deodoro Roca. Obra Reunida. Tomo IV. Escritos Políticos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2012, pp. XXIII-LXIX.

-----. “Orientalismo invertido y prototercermundismo en la cultura argentina y latinoamericana de la primera posguerra”, Coloquio Internacional “El Orientalismo en América Latina: ¿Un discurso y una visión propios de Occidente?”, Fundación Los Cedros- Centre de Recherches et de Documentation sur l'Amérique Latine (CREDAL)- Grupo de Investigación Interdisciplinario Mundo Árabe y América Latina, Buenos Aires, 23 y 24 de junio de 2011.

-----. “El anti-antinorteamericanismo en América Latina (1898-1930). Apuntes para una historia intelectual, *Nueva Sociedad*, N° 236, noviembre-diciembre 2011, pp. 152-167.

-----. “Latinoamérica desde abajo. Las redes transnacionales de la Reforma Universitaria (1918-1930)”, en AA.VV., *La Reforma Universitaria. Desafíos y perspectivas, noventa años después*, Buenos Aires, Clacso, 2008, pp. 146-184.

BIEBER, León E. *Pugna por Influencia y Hegemonía. La rivalidad germano-estadounidense en Bolivia 1936-1946*, Franckfurt, Peter Lang, 2004.

BLANCO MAMANI, Elías, *Diccionario cultural boliviano*, edición digital. Disponible en <http://elias-blanco.blogspot.com.ar/>

BOSSHARD, Marco Thomas. “Warisata en el arte, la literatura y la política boliviana”, en *Revista de Estudios Bolivianos*, Universidad de Pittsburgh, vol. 15-17, 2008-2010, pp. 64-90.

BRIDIKHINA, Eugenia. “Bolivia en 1925 en busca de una imagen”, Discurso de ingreso a la Academia de Historia, *La Razón*, La Paz, 29/12/2012.

BROCKMANN S., Robert. *El general y sus presidentes. Vida y tiempos de Hans Kundt, Ernst Röhm y siete presidentes de Bolivia 1911-1939*, La Paz, Plural, [2007] 2009.

BROWMAN, David L. “La Sociedad Arqueológica de Bolivia y su influencia en el desarrollo de la práctica arqueológica en Bolivia”, en *Nuevos aportes*, N° 4, 2007, pp. 29-54.

BUNGE, Carlos Octavio. *Nuestra América (Ensayo de psicología social)*, Buenos Aires, Talleres Gráficos L.J. Rosso y Cía, 1919.

BUSTELO, Natalia. “La reforma universitaria y la recepción de Eugenio D’Ors”, VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata: “Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales”, La Plata, 5 al 7 de diciembre de 2012.

CABALLERO, Manuel. *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987.

CAMARERO, Hernán. “La estrategia de clase contra clase y sus efectos en la proletarianización del Partido Comunista Argentino, 1928-1935”, en Carlos Aguirre (ed.), *Militantes, intelectuales y revolucionarios. Ensayos sobre marxismo e historia en América Latina*, North Carolina, Raleigh, 2013, pp. 21-50.

CARRERAS, Sandra. “¿Cómo circulan los saberes? La relación intelectual entre Leonore Deiters, Ernesto Quesada y Oswald Spengler”, en *Políticas de la memoria*, Anuario del CeDInCI, N° 8-9, 2008. pp. 221-228.

CONDARCO, Ramiro. *Zárate el “temible” Willka: historia de la rebelión indígena de 1899*, Santa Cruz de la Sierra, El País, [1965] 2011.

CORNEJO POLAR, Antonio. *La novela indigenista*, Lima, Lasontay, 1980.

CORNEJO S., ALBERTO. *Programas políticos de Bolivia*, Cochabamba, Imprenta Universitaria, 1949.

CHOQUE, Roberto y Esteban Ticona, *Jesús de Machaca: la marka rebelde 2. Sublevación y masacre de 1921*, La Paz, Cedoin-CIPCA, 1996.

DARNTON, Robert. *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2003.

DE RADA, Juan Pablo. “El filósofo Keyserling en La Paz”, en *Página Siete*, La Paz, 14/4/2003, pp. 20-21.

DEMÉLAS, Marie Danielle. “Darwinismo a la criolla: el darwinismo social en Bolivia 1880-1910”, en *Historia boliviana*, I/2, La Paz, 1981, pp. 55-82.

DOMIC, Marcos. “Alcides Arguedas, precursor del fascismo boliviano”, en Mariano Baptista Gumucio, *Alcides Arguedas. Juicios bolivianos sobre el autor de “Pueblo enfermo”*, Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1979, pp. 241-256.

DOSSE, François. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universitat de València, 2007.

DOTTI, Jorge. “Encuesta sobre el concepto de recepción”, en *Políticas de la Memoria*. Anuario de investigación e información del CeDInCI, N° 8/9, primavera de 2008, pp. 98-99.

ESTENSSORO VALDEZ, Renán y María Ana Cantuta Vela, *Historia de la Cruz Roja Boliviana (1917-2007)*, La Paz, 2007.

FLORES MONCAYO, José. *Legislación boliviana del indio*, Instituto Indigenista Bolivia, La Paz, 1953.

FRANCOVICH, Guillermo. *El pensamiento boliviano en el siglo XX*, México, FCE, 1956.

-----. *Los mitos profundos de Bolivia*, La Paz, Los amigos del libro, 1980.

FUENTES CODERA, Maximiliano. “Hacia lo desconocido. Eugenio d’Ors en la crisis de la conciencia europea”, en *Historia social*, N° 74, 2010, pp. 23-42.

-----. “La encrucijada de posguerra y la primera estancia de Eugenio d’Ors en Argentina”, en *Historia y política*, N°28, julio-diciembre 2012, pp. 245-272.

FUNES, Patricia. “Centenarios en América Latina ¿Canto del cisne del orden oligárquico?”, en Waldo Ansaldi, Patricia Funes y Susana Villavicencio (comps.) *Bicentenario: otros relatos*, Buenos Aires, Editorial Del Puerto, 2010, pp. 275-299.

-----. *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.

FUNES, Patricia y Waldo Ansaldi. “Patologías y rechazos. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana”, en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, Nueva época, volumen 1, México DF, septiembre-diciembre de 1994, pp. 193-229.

GALLEGO, Ferrán. “La postguerra del Chaco en Bolivia (1935-1939). Crisis del Estado liberal y experiencias de reformismo militar”, en *Boletín Americanista*, N° 36 Edicions i publicacions de la Universitat de Barcelona, enero 1987, pp. 29-53.

-----. *Los orígenes del reformismo militar en América Latina. La gestión de David Toro en Bolivia*, Barcelona, PPU, 1991.

-----. *Ejército, nacionalismo y reformismo en América Latina. La gestión de Germán Busch en Bolivia*, Barcelona, PPU, 1992.

GARCÍA, Luis Ignacio. “Encuesta sobre el concepto de recepción”, en *Políticas de la Memoria*. Anuario de investigación e información del CeDInCI,, N° 8/9, primavera de 2008, pp. 105-109.

GIRAUDO, Laura. “De la ciudad ‘mestiza’ al campo ‘indígena’: internados indígenas en el México posrevolucionario y en Bolivia”, en *Anuario de Estudios Americanos*, 67, 2, julio-diciembre, 519-547, Sevilla, 2010, pp. 519-547.

GORDILLO, José M. *Campesinos revolucionarios en Bolivia. Identidad, territorio y sexualidad en el Valle Alto de Cochabamba, 1952-1964*, Cochabamba, Promec-Universidad de la Cordillera-Plural-UMSS, 2000.

GOTKOWITZ, Laura. *La revolución antes de la Revolución. Luchas indígenas por tierra y justicia en Bolivia 1880-1952*, La Paz, Pieb-Plural, 2011.

GRAFTON, Anthony. “La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000 y más allá”, *Prismas, Revista de historia intelectual*, N° 11, 2007, pp. 123-148.

GRAMSCI, Antonio. *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.

GUARNIERI CALÒ CARDUCCI, Luigi. “La emigración italiana en Bolivia desde la colonia hasta el siglo XX. Relaciones políticas, económicas, culturales”, en *Anuario 2003*, Sucre, Archivo y Bibliotecas Nacionales de Bolivia, 2003, pp. 77-101.

GUMUCIO DRAGÓN, Alfonso. “Cine mudo y cine silenciado: la obra de Velasco Maidana”, *Cinemascine*, revista electrónica, edición N° 12, 2010. Versión *on line* consultada el 2/3/2011, disponible en <http://www.cinemascine.net/dossier/d/Cine-mudo-y-cine-silenciado-la-obra-de-Velasco-Maidana>

HERNÁNDEZ, Juan. “Debates sobre la guerra del Chaco. Anarquistas y comunistas. *Nervio y Correspondencia sudamericana*”, ponencia presentada en la IV Jornadas de Historia de las Izquierdas, [Mesa 5: Del antifascismo a la guerra fría: prensa política y revistas latinoamericanas de los ‘30 y ‘40], Buenos Aires, 14, 15, 16 de noviembre de 2007. Consulta *on line* 3/11/2008, disponible en <http://www.cedinci.org/jornadas/4/M5.pdf>

HYLTON, Forrest. “Tierra común: caciques, artesanos e intelectuales radicales y la rebelión de Chayanta”, en AA.VV., *Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de la insurgencia indígena*, La Paz, Muela del Diablo, 2003, pp. 134-198.

IRUROZQUI VICTORIANO, Marta. “Partidos políticos y golpe de estado en Bolivia. La política nacional-popular de Bautista Saavedra, 1921-1925”, en *Revista de Indias*, vol. LIV, N° 200, 1994, pp. 137-156.

-----. *La armonía de las desigualdades. Elites y conflictos de poder en Bolivia 1880-1920*, Madrid-Cuzco, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las casas”, 1994.

-----.“Los hombres chacales en armas. Militarización y criminalización indígenas en la revolución federal boliviana de 1899”, en M. Irurozqui V. (ed.), *La mirada esquiva. Reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en Los Andes (Bolivia, Ecuador, Perú), siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005, pp. 285-320.

JAY, Martin. *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires, Paidós, [1993] 2003.

JEIFETS, Lazar, Víctor Jeifets y Peter Huber. *La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario Biográfico*, Moscú-Ginebra, Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias-Institut pour l’histoire du communisme, 2004.

JUSTO, Liborio. *Bolivia: La revolución derrotada*, Buenos Aires, Razón y revolución, [1961] 2007.

KLEIN, Herbert S. *Orígenes de la Revolución Nacional boliviana*, La Paz, Librería editorial Juventud, [1968] 1995.

KNUDSON, Jerry. “La Calle’: un precursor de la Revolución Nacional boliviana”, en *Historia Boliviana*, II/2, La Paz, 1982, pp. 111-119.

KOSELLECK, Reinhart. “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, en *Ayer*, N°53, 2004 (1), p. 27-45.

KUPER, Adam. *Cultura: la versión de los antropólogos*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

KURZ, Andrés. “El pensamiento de Hermann Keyserling”, en *La Jornada semanal*, 23/11/2008. Versión on line consultada el 11/2/2012, disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2008/11/23/sem-andreas.html>

LEHM, Zulema y Silvia Rivera C., *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*, La Paz, Gramma, 1988.

LOJO, María Rosa. “Los viajeros intelectuales: Keyserling y Frank, en Historia de una pasión argentina de Eduardo Mallea”, en *Taller de Letras*, N° 42, 2008, pp. 73-90.

LÓPEZ, María Pía. *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista*, Buenos Aires, Eudeba, 2010.

LORA, Guillermo. *Historia del movimiento obrero boliviano 1900-1923*, La Paz, Los amigos del libro, 1969.

-----. *Historia del movimiento obrero boliviano 1923-1933*, La Paz, Los amigos del libro, 1970.

-----. *Historia del movimiento obrero boliviano 1933-1952*, La Paz, Los amigos del libro, 1980.

-----. *Figuras del trotskismo en Bolivia*, La Paz, Ediciones Masas, 1983.

-----. *Diccionario político, histórico, cultural*, La Paz, Masas, 1985. [versión on line consultada el 13/5/2011, disponible en <http://www.masas.nu/DICCIONARIO%20POL%C3%8CTICO.html>]

LORA, Guillermo, Juan P. Bacherer, Elena Gentino y Vilma Plata. *Sindicalismo del magisterio (1825-1932)-La escuela y los campesinos -reforma Universitaria (1908-1932)*, La Paz, Masas, 1979.

LORINI, Irma. *El movimiento socialista “embrionario” en Bolivia 1920-1939. Entre nuevas ideas y residuos de la sociedad tradicional*, La Paz, Los amigos del libro, 1994.

-----. *El nacionalismo en la pre y posguerra del Chaco (1910-1945)*, La Paz, Plural, 2006.

MANNHEIM, Karl. “El problema de las generaciones”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* [Reis], N° 62, abril-junio, pp. 193-242.

MARTINEZ, Françoise. « *Régénérer la race* ». *Politique éducative en Bolivie (1898-1920)*, París, IHEAL-CEDAL, 2010.

-----. “¡Que nuestros indios se conviertan en pequeños suecos! La introducción de la gimnasia en las escuelas bolivianas”, en *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, 28 (3), 1999, pp. 361-386.

-----. “Monumentos de papel. Las obras conmemorativas publicadas en México y Bolivia en el primer centenario de su independencia”, en *Revista Boliviana de Investigación-Bolivian research review*, vol.10, agosto de 2013, pp. 47-90.

MELGAR BAO, Ricardo. “Señas, guiños y espejismos revolucionarios: México y Bolivia”, en *Pacarina del Sur. Revista de pensamiento crítico latinoamericano*, s/f. Versión *on line* consultada el 3/5/2012, disponible en <http://www.pacarinadelsur.com/home/mallas/248-senas-guinos-y-espejismos-revolucionarios-mexico-y-bolivia>

MÉNDEZ, Cecilia. “Incas sí, indios no: Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú”, en *Documentos de Trabajo* N° 56, Lima, IEP, 1996, pp. 1-34.

MENDIETA, Pilar. *Entre la alianza y la confrontación. Pablo Zárata Willka y la rebelión indígena de 1899 en Bolivia*, La Paz, Asdi-IFEA-Plural-IEB, 2010.

PALTI, Elías J. “El problema de ‘las ideas fuera de lugar’ revisitado. Más allá de la ‘historia de las ideas’”, Ponencia en el Seminario de Historia Intelectual, El Colegio de México, enero 2002.

-----. “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano”, en Carmen McEvoy y Ana María Stiven, *La república peregrina. Hombres de armas y letras en América del sur 1800-1884*, Lima, IFEA-IEP, 2007, pp. 63-81.

PÁRRAGA AZURDUY, Guido. *El P.I.R. nacimiento y desarrollo del marxismo nacional en Bolivia*, edición del autor, La Paz, 2010.

PASOLINI, Ricardo. “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”, en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Universidad Nacional del Litoral, 2004, pp. 81-116.

-----. *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

PAZ SOLDÁN, Edmundo. *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*, La Paz, Plural, 2003.

PLATT, Tristan. *Estado boliviano y Ayllu andino. Tierra y tributo en el norte de Potosí*, Lima, IEP, 1982.

PLUET-DESPATIN, Jacqueline. “Une contribution a l’histoire des intellectuels: les revues”, en *Les Cahiers de l’IHTP*, N° 20, marzo de 1992, pp. 125-136.

POLICIA NACIONAL DE BOLIVIA. *Historia de la Policía Nacional*, Tomo II, La Paz, 1990.

PONCE SANGINÉS, Carlos. *Arthur Posnansky y su obsesión milenaria. Biografía intelectual de un pionero*, La Paz, Cima, 1994.

PORTANTIERO, Juan Carlos. *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*, México, Siglo XXI, 1978.

PRUDEN, Hernán. “Separatismo e integracionismo en la posguerra del Chaco. Santa Cruz de la Sierra (1935-1939)”, en *Revista de la Red Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea-Segunda Época*, Vol. 3. N° 3, 1999, pp. 51-77.

QUINTANA TABORGA, Juan Ramón. *Policía y democracia en Bolivia*, La Paz, Fundación Pieb, 2005.

QUISBERT, Pablo. “‘La gloria de la raza’. Historia prehispánica, imaginarios e identidades entre 1930-1950”, en *Estudios Bolivianos* 12, [El discurso del pre-52], La Paz, IEB-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Mayor San Andrés, 2004, pp. 177-212.

QUISPE, Alber. *Manuel María Camacho Medrano. Semblanza del gigante de Jaihuayco (1899-1952)*. Colección Semblanzas Ignoradas de Nuestro Pueblo, N° 1, Sucre, Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia-ABNB, 2011.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia. *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechwa de Bolivia, 1900-1980*, La Paz, La mirada salvaje, [1984] 2010.

-----.“La identidad ch’ixi de un mestizo: En torno a La Voz del Campesino, manifiesto anarquista de 1929”, en *La Hora Nacional*, 1/2/2012. Versión *on line* consultada el 16/4/2013, disponible en http://www.lahora.com.ec/index.php/noticias/show/1101337282/-1/La_identidad_ch%E2%80%99ixi_de_un_mestizo%3A_En_torno_a_La_Voz_del_Campesino,_manifiesto_anarquista_de_1929_.html#.U2NQbYXrXbk

ROCHA, Omar. “Alberto de Villegas, el inactual”, en Paz Soldán, Alba María, Blanca Wiethücher, Rodolfo Ortíz, Omar Rocha, *Hacia una lectura crítica de la literatura en Bolivia*, La Paz, PIEB, 2002, Tomo 2, pp. 32-40.

RODRÍGUEZ GARCÍA, Huáscar. *La choledad antiestatal. El anarquismo en el movimiento obrero boliviano (1912-1965)*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2010.

-----.“El patriarcado ‘progresista’. Mujeres, moral y vida cotidiana en la revista Arte y Trabajo (1921-1926)”, La Paz, mimeo, 2014.

RODRÍGUEZ OSTRÍA, Gustavo. “Orígenes del movimiento universitario cochabambino (1924-28)”, en *Revista de Cultura*, Cochabamba, Universidad Mayor San Simón, N° 7, 1983, pp. 69-77.

-----.“Los Mineros de Bolivia en una perspectiva histórica”, en *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 8, núm. 24, enero-abril, 2001, pp. 271-297.

ROJAS, Nivardo. “Recordando al semanario Arte y trabajo”, en *Bolpress*, La Paz, 7/11/2005.

ROMERO PITTARÍ, Salvador. *Las claudinas. Libros y sensibilidades a principio de siglo en Bolivia*, La Paz, Caraspas editores, 1998.

-----. “El nacimiento del intelectual en Bolivia”, *Revista de Ciencia y Cultura*, N° 19, julio de 2007, La Paz, Consulta versión *on line* 17/2/2011, disponible en http://www.scielo.org.bo/scielo.php?pid=S2077-33232007000200002&script=sci_arttext

-----. *El nacimiento del intelectual en Bolivia*, La Paz, Neftalí Lorenzo E. Caraspas, 2009.

ROSSELLS, Beatriz. “Espejos y máscaras de la identidad. El discurso indigenista en las artes plásticas (1900-1950) en *Estudios Bolivianos* N° 12, [La cultura del pre-52], Instituto de Estudios Bolivianos, La Paz, 2004, pp. 297-400.

SALMÓN, Josefa. *El espejo indígena. El discurso indigenista en Bolivia 1900-1956*, La Paz, Plural, [1997] 2013.

SANJINÉS ÁVILA, Ricardo. *Únzaga. La voz de los inocentes*, Tomo I, La Paz, edición del autor, 2013.

SARKISYANZ, Manuel. *Kollasuyo. Historia indígena de la República de Bolivia. “Profetas del resurgimiento autóctono”*, Quito, Abya Yala, 2013.

SAZBÓN, José. *Historia y representación*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2002.

SCHÁVELZON, Daniel. “La arqueología como ciencia o como ficción: Arthur Posnansky en Tiahuanaku”, en *Todo es Historia*, N° 309, Buenos Aires, 1993, pp. 32-49. Versión *on line* consultada el 12/11/2011, disponible en <http://www.danielschavelzon.com.ar/?p=1825>).

SCHELCHKOV, Andrey. “La influencia de los regímenes totalitarios europeos en Bolivia en vísperas de la segunda guerra mundial”, *Anuario 2000*, Sucre, Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, 2000, pp. 25-53.

-----. *El laberinto boliviano de experimentación social: el régimen del ‘socialismo de estado’, 1936-1939*, Moscú, mimeo. Hay edición rusa: Щелчков А.А. Режим «государственного социализма» в Боливии. 1936 – 1939 гг. М.: ИВИ РАН, 2001.

-----. “Roberto Hinojosa: ¿revolucionario nacionalista o Goebbels criollo?”, en *Izquierdas*, Santiago de Chile, año 1, N° 2, 2008. Versión *on line* consultada el 10/1/2011, disponible en <http://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/izquierdas/article/view/964>

-----. *Andrés Ibáñez. La revolución de la igualdad en Santa Cruz*, La Paz, Le Monde Diplomatique-edición Bolivia, 2008.

-----. “En los umbrales del socialismo boliviano: Tristán Marof y la Tercera Internacional Comunista”, revista *Izquierdas*, Santiago de Chile, año 3, N° 5, 2009. Versión *on line* consultada el 2/4/2011, disponible en <http://www.izquierdas.cl/revista/wp-content/uploads/2011/07/Schelchkov.pdf>

-----. *La utopía social conservadora en Bolivia. El gobierno de Manuel Isidoro Belzu 1848-1855*, Plural, La Paz, 2011.

SIRINELLI, Jean-François. *Génération intellectuelle : Khâgneux et normaliens dans l'entre deux guerres*, Quadrige, París, Presse Universitaire de France, 1994.

SKINER, Quentin. “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, en *Prismas. Revista de Historia intelectual*, N° 4, 2000 (Bernal), pp. 149-191.

SORUCO, Ximena. *La ciudad de los cholos. Mestizaje y colonialidad en Bolivia, siglos XIX y XX*, La Paz, PIEB-IFEA, 2012.

SOLIZ, Carmen, “La modernidad esquiva: debates políticos e intelectuales sobre la reforma agraria en Bolivia (1935-1952)”, *Revista Historia y Cultura*, N° 29, La Paz, diciembre de 2012.

STEFANONI, Pablo. “‘Guerra a la guerra’: comunismo, antiimperialismo y reformismo universitario durante la contienda del Chaco”, en *Revista Boliviana de Investigación-Bolivian research review*, junio 2014 (en prensa).

----- . “Jano en los Andes: buscando la cuna mítica de la nación. Arqueólogos y maestros en la Semana indianista boliviana de 1931”, en Esther del Campo (ed.) *Interculturalidad, democracia y desarrollo en Bolivia*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2012, pp. 105-135.

----- . “*Qué hacer con los indios*”...y otros traumas irresueltos de la colonialidad, La Paz, Plural, 2010.

STERNHELL, Zeev, Mario Sznajder y Maia Asheri. *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1994.

TARCUS, Horacio. “Insurrexit, revista universitaria (1920-1921)”, en *Lote*, Rosario, N° 8, diciembre 1997, versión on line consultada el 2/7/2010, disponible en <http://www.fernandopeirone.com.ar/Lote/nro008/rcinsurre.htm>

----- . *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2001.

----- . *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 2007.

TERÁN, Oscar. *Discutir Mariátegui*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1985.

----- . *Aníbal Ponce: ¿el marxismo sin nación?*, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, 1983.

THOMPSON, Sinclair. *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*, La Paz, Muela del diablo, 2007.

TORO, David. *Informe presentado por el señor Coronel Presidente de la Junta Militar Socialista al Ejército Nacional*, La Paz, Imprenta de la Intendencia General de Guerra, 1937.

TORREZ, Yuri F. *El indio en la prensa. Representación racial en la prensa boliviana con respecto a los levantamientos/campesinos (1899-2003)*, La Paz, Centro Cuarto Intermedio, 2010.

WADSWORTH Ana Cecilia e Ineke Dibbits, *Agitadoras del buen gusto. Historia del Sindicalismo de Culinarias (1935-1958)*, La Paz, Tahipamu/Hisbol, 1989

ZAVALETA MERCADO, René. “Las masas en noviembre”, en René Zavaleta M. (comp.), *Bolivia Hoy*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1983, pp. 11-59.